





**MEMORIA**  
**DE LA**  
**EMIGRACIÓN CASTELLANA**  
**Y**  
**LEONESA (Vol. III)**





**MEMORIA  
DE LA  
EMIGRACIÓN  
CASTELLANA  
Y  
LEONESA**

**(Vol. III)**

**JUAN ANDRÉS BLANCO RODRÍGUEZ  
JOSÉ M.<sup>a</sup> BRAGADO TORANZO  
Editores**



**ZAMORA  
2009**

Editores JUAN ANDRÉS BLANCO RODRÍGUEZ  
JOSÉ MARÍA BRAGADO TORANZO

© JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN. UNED Zamora. CAJA ESPAÑA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA

I.S.B.N. Obra completa: 978-84-936871-1-3 (Obra completa)

I.S.B.N. Presente volumen: 978-84-936871-4-4 (Vol. III)

Depósito legal: S. 1.587-2009

Impreso en España. Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona, S. A.  
Polígono Industrial «El Montalvo I», parcela 49  
37008 Salamanca (España)

# Índice

## RELATO DE BRASIL

<b>DE PARADELA DEL RÍO, LEÓN, A SANTANA DE PARNAIBA, SÃO PAULO, BRASIL</b> .....	13
Fe del Alba Escudero	

## RELATO DE CANADÁ

<b>RECUERDOS Y SUEÑOS DE UN CASTELLANO-LEONÉS EN CANADÁ</b> .....	19
Jesús Miguel García	

## RELATOS DE CUBA

<b>MIS EMIGRANTES</b> .....	25
María José Alonso	
<b>TESTIMONIO DE EMIGRANTES</b> .....	33
Nilda Bartolomé Sendín	
<b>MIS DÍAS EN ZAMORA (ESPAÑA) Y GUANTÁNAMO (CUBA)</b> .....	41
Benjamín Berdión Seisdedos †, Benjamín Berdión Martínez, Benjamín Berdión Díaz	
<b>EL SERPAPINTO</b> .....	69
Chata Cuba	
<b>MI EMIGRANTE</b> .....	73
Chunga Cuba	
<b>MIS INMIGRANTES: LA FAMILIA DE FLORINDA ROMO HERNÁNDEZ</b> .....	79
Elena Diego Romo	
<b>LA FAMILIA SERRANO CONCEJO</b> .....	83
Mirta Ríos Serrano	
<b>HISTORIA DE MI MADRE ZAMORANA</b> .....	103
Juan Bosco Estévez Fadón	

<b>DE SOBRADILLO, SALAMANCA .....</b>	119
Ángel Gajate Villoria	
<b>MIS EMIGRANTES: MIS ABUELOS Y MI PADRE.....</b>	131
Ángel González Lozano	
<b>GUERRA, AMOR Y AÑORANZA .....</b>	141
Nelly	
<b>LA EMIGRACIÓN CASTELLANA Y LEONESA HACIA CUBA .....</b>	149
Manuel R. Notario Álvarez	
<b>LA HISTORIA DE UN GRUPO DE ZAMORANOS TRANSCURRIDA EN DOS TIERRAS.....</b>	171
Tránsito Amparo Pérez Chicote	
<b>¡PAISANO! .....</b>	275
Aurora Pérez Guardamano	
<b>BOADA EN LA MEMORIA .....</b>	311
Pilar Sánchez	
<b>MI FAMILIA EN CUBA .....</b>	325
Laureano Sendín Martín	
<b>RELATO DE EL SALVADOR</b>	
<b>DE ZAMORA A FRANCIA, AL ZAIRE.....</b>	337
Consuelo Huerga González	
<b>RELATOS DE ESPAÑA</b>	
<b>CON TESÓN CONSIGUIÓ SU ILUSIÓN .....</b>	361
Tránsito Cabero Rubio	
<b>MEMORIA DE LA EMIGRACIÓN DE UN ZAMORANO .....</b>	383
Ramiro Camarzana Palmero	
<b>BIZKAIA .....</b>	389
Francisco Javier Gómez Juan	
<b>UN EMIGRANTE DESTERRADO.....</b>	403
José Luis Martín Rodríguez	
<b>ESTO SÍ QUE ES EMIGRAR .....</b>	439
Alfonso Ruiz Pastor	

**RELATO DE FRANCIA**

<b>A TRES DÍAS DE TREN .....</b>	<b>455</b>
Estrella Alonso del Barrio	

**RELATOS DE URUGUAY**

<b>HISTORIAS DE LA EMIGRACIÓN CASTELLANO-LEONESA .....</b>	<b>475</b>
Silvino Álvarez	
<b>MI HISTORIA DE VIDA .....</b>	<b>483</b>
Daniel S. Asensio Sastre	
<b>RECUERDOS, VIVENCIAS Y AÑORANZAS .....</b>	<b>487</b>
Herminia Leal Lorenzo	
<b>LA VIDA DE UN EMIGRANTE SORIANO ESPAÑOL .....</b>	<b>497</b>
Tomás de la Merced	
<b>HISTORIAS DE EMIGRANTES .....</b>	<b>507</b>
Patricia Pedraza	



**RELATO  
DE BRASIL**





# De Paradela del Río, León, a Santana de Parnaíba, São Paulo, Brasil

Fe del Alba Escudero

Me llamo Fe, y tengo 64 años. Estoy casada y tengo 2 hijas (40 años) y un hijo (35 años). Mi nieto, con 16 años, estudia en el Instituto Miguel de Cervantes (aquí, en San Paulo). Perdonen la escrita (*sic*)<sup>1</sup>, porque vine con 7 años y aquí aprendí sólo el portugués. Mis padres y muchos del pueblo (Paradela del Río, cerca de Toral de los Vados, en El Bierzo) no sabían bien el idioma, mezclaban el gallego (*sic*)<sup>2</sup>. A la escuela iban poco, porque trabajaban las tierras para comer, era una vida muy difícil. Papá trabajaba de día en las tierras, y por la noche era guardia en la fábrica de cal que había. Aprendió a ser sastre, cuando ya tenía hijos. Estudió hasta los 16 años. Tengo un par de libros y el manuscrito con el que aprendió las primeras letras.

LA DESPEDIDA, 1949. PARADELA DEL RÍO, EL BIERZO, LEÓN

Mis padres (con 29 y 33 años), yo y mi hermano (con 6 y 3 años), quedamos sin familia materna. Los dos tíos, Leopoldo y Antonio Escudero, hermanos de mamá, fueron fusilados en los años de la guerra<sup>3</sup>. Los padres, Manuela y Antonio, poco más vivieron, me acuerdo poco de ellos. La hermana de mamá ya estaba aquí. También, tías y primos, por eso se decidieron a venir. Me decían que Brasil era muy caliente, hacía mucho calor, por eso lloraba y no quería venir.

<sup>1</sup> Efectivamente, la autora tiene dificultades para expresarse en un castellano correcto, en la medida de lo posible hemos mantenido el texto original haciendo aquellos cambios necesarios para la adecuada comprensión. (N.E.).

<sup>2</sup> La autora se refiere a que mezclaban el gallego con el castellano, El Bierzo es una comarca que aun perteneciendo a Castilla y León es de transición con Galicia. (N.E.).

<sup>3</sup> Se trata, evidentemente, de la Guerra Civil española, 1936-39.

El día en el que nos despedimos de los vecinos, lo veo ahora, me parecía una calle muy larga y ancha, mas acabábamos de recorrer todo. Salimos del pueblo de noche en tren desde Toral de los Vados, la estación más próxima, hasta Vigo, el puerto.

La familia de papá quedaron todos, el padre y los hermanos. Mi tía y madrina, (Fe, como yo), que aún vive en el pueblo, tiene 86 años. La casa en la que nacieron está en pie. Es toda de piedras, no puede ser habitada, pero nos parece un monumento, es parte de nuestra historia, que aún resiste.

Fui recostada al lado de ésa, mi tía, con la que pasé la última noche. Era la primera vez que iba en tren, por esos pueblos que tardé mucho en volver a verlos.

En Vigo nos acompañaban mi tía y un primo. Ya en el barco, que era muy grande y viejo; no entendía por qué todos estaban emocionados. Para los pequeños era todo fiesta: bailamos la “raspa”<sup>4</sup>, en el barco todos nos miraban, y pasaba menor el tiempo<sup>5</sup> (19 días en el mar).

Entraba agua en el barco, y paramos en Dakar (África). Nos asustamos con los negros, nunca los habíamos visto. Los plátanos eran muchos, y los llevaban en la cabeza

Cuando llegamos comí plátanos, pero ni tenían y ni tienen aquel sabor<sup>6</sup>. Nunca más sentí aquel gusto, y ahora los tengo plantados en el jardín.

La familia de mi madre nos esperaba en Santos. Cuando llegamos al pueblo en el que íbamos a vivir, el sol brillaba mucho y hacía de veras mucho calor. Está grabado en mi memoria también cómo era la calle que bajamos hasta la casa de mi tía.

El cambio fue total: clima, lengua, comida... el comportamiento con las personas, por lo que éramos criticados a todo momento. Llegaban otros de los pueblos cercanos y nos comunicábamos, pero nunca estaban muy cerca.

Cuando empecé en la escuela, leía el manuscrito en español. Todos se me quedaban mirando. Peor para mi padre, porque tenía que trabajar de sastre, y los nombres de las cosas eran todos diferentes, pero salió a adelante y puso una sastrería propia (Alfaiataria España). Le gustaba mucho Brasil, pero luego quedó malo (antes de los 50 años), con cáncer. Sufrió mucho, más de 8 años, no volvió a ver a su padre ni a sus hermanos. Decía que ni en la Guerra había sido peor.

<sup>4</sup> Famoso baile con diferentes letras, muy de moda en los años 40. (N.E.).

<sup>5</sup> Por más rápido. (N.E.).

<sup>6</sup> Evidentemente la autora recuerda el sabor del plátano de las islas Canarias. (N.E.).

Los años 50 y 60 aquí, en San Paulo (en el Centro gallego: la Casa de España) tocaban música argentina, mexicana y cubana en la radio. El cine también presentaba libertad (La Márquez, Carmen Sevilla...)<sup>7</sup>.

Yo me casé con un brasileiro (*sic*), nieto de portugueses (Valdyr). Me envolví con la casa, los hijos y la salud (primero de mi padre y después ya en los años 90 con el óbito de mamá).

El año de 1990 fue un año especial para mí. Volví a mis raíces, mi marido no estaba jubilado y trabajando teníamos condiciones de ir. Desde el avión ya miraba a ver si terminaba el Atlántico. En Barajas cogemos el coche, los primos nos estaban esperando. El Bierzo no llegaba nunca, paramos en Tordesillas, para un café. Después de 40 años, volver a ver tías y primos, es muy emocionante. Tantas cosas se pasaron que no sabíamos por dónde empezar a hablar del pasado. Fui a la presa, en la que lavábamos la ropa, la escuela en la que aprendí a leer y la huerta, que era de pimientos.

La casa en la que yo vivía, de la abuela materna, ya no existía, mas unos primos estaban construyendo un chalé. Quedamos poco tiempo, porque mi marido quería ir a Portugal. La salida por segunda vez, no me olvido, me parecía que no volvería a verlos más.

Me seguí comunicando con la familia, le escribía a mi tía y ella a mí. Después de que muriera una madre en 1995, me llamó más para recordar todo.

Estamos actualmente jubilados, y como sabía de la ayuda a los mayores españoles, sólo quería completar los 60 años para mi beneficio de los viajes por el IMSERSO. Mi marido no quería ir, porque iríamos a gastar más, entonces le dije: ¡me voy sola!

Arreglé los papeles en setiembre para viajar en los primeros meses del 2005 ¡qué frío! No pasaban los meses, me acordé de una prima que hacía algún tiempo que no la veía, se entusiasmó y llegamos juntas en la excursión, en Tarragona. Los quince días nos lo pasamos muy bien, pero estábamos muy lejos de nuestro pueblo. Estábamos llegando cerca de todo aquello que nos marcó: la lengua, la comida (chorizos, cachuelas, el pulpo). Aquí también los hay, pero no son iguales.

Esta vez la despedida no la sentí tan mal, porque me parecía que podría volver, aunque como jubilados no sea fácil.

Los días se pasan mirando Internet. Busco todo que sea de ahí las casas rurales, los pueblos que hay cercanos al mío. Dense, mi hija, siempre dice que

<sup>7</sup> Se refiere a la famosas artistas y cantantes Concha Márquez Piquer y Carmen Sevilla. (N.E.).

tenemos que arreglar la casa de los abuelos para que no se acabe de estropear, pero de qué manera, no tengo condiciones. Tal vez los hijos lo hagan.

Tengo la esperanza de volver, pero encontrando a la tía y a la prima vivas. Espero que los hijos y nietos vayan a conocer sus raíces. Tienen la ciudadanía española, y están aprendiendo el español.

Cuando tuve los niños pequeños y después trabajando, no pensaba tanto en lo que pasó, pero ahora de mayores me vienen las recordaciones (*sic*) de los tiempos pasados (años 40 y 50).

Conocí este trabajo de la Memoria de los Emigrantes porque recibo en casa el periódico España Exterior.

Actualmente no tengo la televisión española, pero en el ordenador (regalado por los hijos) veo las noticias de todo.

Estoy muy contenta de participar en este concurso. Saludos a todos. Gracias.

**RELATO  
DE CANADÁ**



# Recuerdos y sueños de un castellano-leonés en Canadá

Jesús Miguel García

Recuerdo que el colegio se nos enseñaba sobre los españoles que emigraron en los años 50 y 60. Los libros de texto nos contaban que más de un millón de personas salieron durante aquella época hacia Inglaterra, Francia, Alemania y países de Hispanoamérica. También recuerdo las noticias del telediario a principios de los 80, con el Rey visitando a miembros de la Colonia española de Montreal. Esa imagen se me quedaría gradada en mi retina, como si de una premonición se tratara.

Nací en Castilla y León en 1968. Un año lleno de significación y sueños de libertad. Aunque crecí y me eduqué en esa ciudad castellana<sup>1</sup> entre gente a la que debo mi formación, mis valores y referencias culturales, muy pronto supe lo que era emigrar.

Con dieciséis años mis padres me mandarían a estudiar a Madrid. Me fui a vivir con mi hermana hasta dos años más tarde. Esta etapa me abrió los ojos y las puertas a un mundo totalmente nuevo y desconocido al que parecía aspirar y ansiar. Quería conocer el mundo; conocer a gentes de otras culturas y lenguas; otras ideologías con diferentes formas de pensar y vivir. Empecé a tener la extraña sensación de que un día, sin saber cuándo ni cómo, me habría de ver viviendo fuera de Castilla y León y fuera de España.

Con dieciocho años regresé a mi ciudad natal. Quería hacer una carrera y, a la vez, estar cerca de mis padres, ya mayores. En el fondo, sabía que, una vez terminara mis estudios, tendría que dejar Castilla y León y, a su vez, a mis padres, que tanto me dieron.

<sup>1</sup> Por lo que narra más adelante, la ciudad en la que nace, al parecer, es Valladolid, aunque parece desmentirlo posteriormente. (N.E.)

Transcurrieron tres cursos en el campus de la Universidad de Valladolid. Quería ser profesor. Mi deseo era enseñar, transmitir el valor de la cultura, del saber y compartir con otros el poder de la palabra, el poder de palabras que aprendí en mi tierra castellana.

Tras terminar magisterio, se me abría la posibilidad de quedarme en Castilla y León. En seguida me llamaron de un colegio. La directora sabía que era el primero de mi promoción y quería que diera clases en su centro. El sueño y la sensación que tuve en Madrid de que algún día viviría en el extranjero me hicieron dejar pasar aquella oferta. En su lugar, decidí especializarme e irme a estudiar filología a Valladolid.

Valladolid era, en cierta manera, salir de casa, a pesar de estar en la misma Comunidad.

Un día me tope con un anuncio del programa Erasmus. “Pon una estrella en tu currículum”, rezaba el cartel. Había oído hablar del programa. Estudiantes de una universidad europea podían cursar estudios durante un período de tres a nueve meses en una universidad de otro país de la Unión Europea. Sin pensármelo dos veces, solicité una beca para ir al Reino Unido. Un tribunal universitario, después de valorar el expediente académicos y el currículum, me comunicó que podía ir a Newcastle, en Inglaterra.

1992 fue un año clave para España: los Juegos Olímpicos, la Expo y Madrid como capital cultural de Europa. Ese año también se convertía en una fecha decisiva en mi vida. Todo parecía dar un vuelco, y aquel sueño, aquella sensación e ilusión que tuve de adolescente, se hacía realidad.

Los tres meses se convirtieron en nueve meses. Y los nueve meses de estudio en el departamento de inglés en la Universidad de Newcastle se prolongaron un año más, hasta terminar mi licenciatura en aquella ciudad extranjera, tan diferente en costumbres, gentes e ideas.

Pero era ese ambiente el que realmente me atraía, el que me hacía alargar mi estancia, renovando contrato tras contrato como profesor de español. Otro sueño de juventud; el de enseñar y compartir mi lengua y cultura, se cumplía.

La sensación de emigración se me hacía bastante diferente a la que muchos otros españoles habían experimentado décadas antes en el mismo país que me había acogido. Y, sin embargo, a pesar de ese calor humano internacional que viví durante casi doce años en el norte de Inglaterra, siempre me supe diferente... forastero, extranjero.

Los designios, y, tal vez, ese ambiente entre gente de diferentes razas, lenguas, costumbres y religiones en el que me movía, hicieron que conociera hace tres años a la que hubiera de ser mi esposa.

Un antiguo alumno mío me presentó a una compañera suya, una canadiense que, al igual que yo, también había dejado su hogar materno para ir



a estudiar, en su caso, a Irlanda, para pasar a trabajar a Inglaterra años más tarde. También ella quería poner sus conocimientos y talento al servicio de otros, en su caso, para salvar vidas.

Ya son también tres años desde que vinimos a Winnipeg, una ciudad en medio de este inmenso país que es Canadá, y ciudad donde viven sus padres.

Somos muy pocos los españoles que vivimos aquí. La mayoría están jubilados o a punto de jubilarse. Algunos ya regresaron a España, otros han fallecido. Todos vinieron en aquellos años en los que España se decía “diferente”. Y diferente es el emigrante que siempre se ve a sí mismo y se le ve de esa manera, diferente.

Hoy no quiero tener historia, quiero tener un destino, un destino unido a la tierra y a unas gentes que me vieron nacer y a los que debo mi lengua y mi cultura, mi identidad.

Siempre he tenido la extraña sensación de que moriré emigrante. A pesar del transcurrir del tiempo, aún queda en mí el joven estudiante que salió de Castilla y León, porque emigrante soy. Siempre llevaré conmigo la letra de aquella canción castellana: “Tierra sagrada que me vio nacer, tierra sagrada donde moriré”.



**RELATOS  
DE CUBA**



# Mis emigrantes

María José Alonso

«Lo que no ha podido desaparecer, lo que el tiempo no debe borrar, es el reconocimiento al aporte que hicieron los emigrantes españoles a la tierra que los recibió y a la que dedicaran todas sus energías».

**SALAMANCA**, tierra «hospitalaria y culta», como la llamaron los Reyes de España, es una ciudad tan vieja que necesita de continuos cuidados, y por ese motivo ha sabido conservar muchas cosas: La Universidad más antigua de Europa, dos catedrales y su puente más viejo lo construyeron los romanos. Cuenta con varias iglesias, que en otros lugares pudieran perfectamente considerarse como catedrales, pero su Plaza Mayor deja con la boca abierta a cuantos la



Don Francisco Alonso Martín y Doña María Feliza del Consuelo Pérez Gonjón.

visitan. Esa tierra salmantina, ha sido la cuna de nuestros antepasados. Y allí también nacieron mis abuelos paternos y dos de sus hijos, protagonistas de estas memorias.



Puente Romano y Toro. Por éste pasaba la Calzada de la Plata, importante vía que unía Mérida con Astorga.

Mi abuelo, Don Francisco Alonso y Martín, nació en Cipérez, partido de Vitigudino, el 1 de marzo de 1882, pueblo que en aquel entonces contaba con una población bastante numerosa. De padre zapatero y de madre dedicada a las labores propias de la casa. Desde muy pequeño supo ganarse el pan diario realizando el oficio aprendido de su padre, en una época en la que era muy difícil subsistir, no obstante, pudo además recibir buena instrucción.

Contaba el abuelo que abandonó su pueblo en la primera década del pasado siglo, exactamente en el año 1909. Mucho le costó separarse de su casa, la familia y demás seres queridos para llegar a Cuba buscando una mejor vida, viéndose obligado, como tantos españoles, a partir de su lugar de origen para asegurarse algo tan elemental como la supervivencia, atraído y subyugado por una fuerza, de la que en aquel entonces era difícil escapar. Tardó varios días en llegar al puerto de Vigo, por donde miles de emigrantes, en una travesía bastante penosa, embarcaban hacia América.

Al llegar a La Habana se estableció en casa de unos amigos en el poblado de Campo Florido, quienes le ayudaron en los primeros y más duros momen-

tos y allí comenzó, con unas pocas herramientas que había logrado traer consigo a remendar zapatos. De esta forma se daba a conocer en el oficio adquirido de su padre.

Al abuelo había que conocerlo por dentro. Era una persona sensible, apegada a sus costumbres y amante de la familia. Vivió con el sentimiento de haber dejado atrás (aunque temporalmente) a su esposa y sus dos pequeños hijos. En ocasiones se le escuchaba entonar en voz baja las canciones de su tierra, que le empañaban la vista, entonces haciendo un esfuerzo comenzaba a hablar de otras cosas, menos tristes para él.

Transcurrido un año y algunos meses, logró traer a mi abuela Doña María Feliza (*sic*) del Consuelo Pérez y Gorjón, nacida en Villar de Peralonso y hasta donde hemos podido conocer, todos sus antepasados eran igualmente salmantinos. Había nacido un 15 de febrero de 1881. De padre jornalero y madre costurera, oficio éste que supo transmitir a su hija. Con la ayuda de unos parientes que vivían en Galicia, pudo embarcar por el puerto de La Coruña con sus dos pequeños hijos. Isidro, de 7 años (que en

ausencia de su padre tuvo un accidente que le produjo la parálisis total de su pierna izquierda de la que nunca pudo recuperarse), y Nieves, de 3 años. Esta travesía les depararía a los abuelos un duro golpe: la niña, débil, enfermó de pulmonía y falleció a los pocos días de haber llegado. Fue una terrible y muy dolorosa pérdida luego de haber superado tantas dificultades, quedando el varón de 7 años, que pronto aprendió, a pesar de su corta edad e impedimento físico, algunas nociones de zapatería que le permitieron ayudar a su padre en el trabajo diario.

La abuela Consuelo era poseedora de un gran corazón. Su dulzura, su enternecida bondad y su magnetismo espiritual la colmaban siempre de una gran simpatía. No atraía por su pensar, sino por la sensible humanidad con la que supo educar a sus hijos. A ratos se le veía apartada en el sillón del cuarto repasando su libro de oraciones «Áncora de Salvación» (que aún conservamos). Entre sus páginas guardó celosamente la trenza de su niña fallecida, hasta el final de sus días.



Universidad. Fundada en el siglo XIII.



Plaza Mayor. Siglo XVIII. Centro de la vida de la ciudad.

La abuela, habiendo aprendido el oficio de su madre, contribuía económicamente con los gastos de la casa confeccionando ropas que amigos y vecinos le confiaban, ya que poseía tan hábiles manos para la costura que pronto pudo ganarse una buena clientela.



Del fruto de mis abuelos nacieron en Cuba otros cuatro hijos: tres varones y una hembra, y todos, menos el varón más pequeño, aprendieron el mismo oficio del padre. A medida que fueron creciendo, se iban incorporando a las tareas del incipiente taller que habían logrado establecer.

Transcurridos varios años, y en medio de muchas necesidades, habiendo ahorrado algún dinero y con la fuerza que caracterizó a todos los emigrantes, pudieron trasladarse para el pueblo de Guanabacoa, que por esa época prometía mejores posibilidades por las muchas industrias y talleres, sobre todo del calzado, que iban surgiendo durante los años cuarenta.

A pesar de que ya contaban con una fábrica que se identificaba como “Calzado Alonso” y que fue creciendo con el esfuerzo diario, la lucha y los desafíos continuaban. La muerte nos arrebató a la abuela un 18 de septiembre de 1951, y el abuelo, rendido bajo el peso de tantos y tan angustiosos años no pudo, nunca más, apartarse de esa nostalgia que siempre le acompañó. No le oímos más las canciones de su tierra, la vida le había cobrado una vez más un alto precio. Se le veía vencido, sentado en su taburete, recostado al portón de la casa con su boina de paño gris y su bastón, cabizbajo, como recordando y añorando lo que no podía ya recuperarse. ¡Cuánto deseó volver a pisar la tierra que lo viera nacer!... ¡Cuántas esperanzas y sueños que nunca pudieron hacerse realidad!



Catedral Vieja. Obra de los siglos XII y XIII.



Catedral Nueva. Es la penúltima Catedral que se construyó en España, las obras se iniciaron el siglo XVI y concluyeron en el XVIII.

Ya por los últimos años de la década del cincuenta, tres de sus hijos emigraron hacia los Estados Unidos, quedando el mayor de mis tíos y mi padre a cargo de la fábrica, hasta que en el año 1963 pasó a manos del Estado cubano; incorporando a los trabajadores, incluyendo a su familia, a otros talleres. Se conservó la vieja casona; pero el abuelo nunca se resignó a la ausencia de sus hijos ni a la pérdida de su fábrica de calzado por la que tanto había luchado.



Iglesia del Convento de San Esteban. Siglo XIII.  
Lugar de estancia de Cristóbal Colón,  
a su llegada a Salamanca hacia 1485.

En la mañana del 5 de enero de 1965 nos dejó para siempre. Seguramente, donde quiera que se encuentre, estará contemplando, junto a la abuela, su querida Salamanca, con la misma añoranza de un regreso que nunca lograron realizar.



Iglesia del Convento de las Agustinas. Cuadro de la Inmaculada. Obra de José Ribera, lo pintó en Nápoles por encargo del Conde Monterrey y para esta iglesia en 1635.



Clerecía: fachada y claustro. Fue mandada a construir en el siglo XVII por Felipe III y Margarita de Austria para los jesuitas.

# Testimonio de emigrantes

Nilda Bartolomé Sendín

Antes de comenzar lo que a continuación voy a relatar deseo agradecer a la Colonia Salmantina y a todas las personas que de una forma u otra tuvieron la iniciativa y feliz idea de que se diera a conocer la trayectoria de los emigrantes españoles en Cuba. En mi caso muy particular tiene un significado especialísimo, pues tengo la oportunidad de que reciban una visión y la forma de darles a conocer a los mejores españoles, emigrantes y padres que pudieran existir. Gracias nuevamente a todos por esta consideración al poder referirme a ellos.

Mi padre: Miguel Bartolomé Santos, hijo de José Bartolomé Petisco y María Santos Seisdedos llegaron a Cuba en el año 1915, acompañados de sus hijos, mis tíos, Antonio, Concepción, Teresa y Encarnación.

Mi madre: Elvira Sendín Bartolomé, llegó en el mismo barco que mi padre (eran parientes), acompañada de su padre, Miguel Sendín, y el mayor de sus hermanos, Manuel Sendín Bartolomé. Mi abuela, Isabel Bartolomé Benito, quedó en España con otro hijo al cuidado de las tierras que poseían.

Toda esta familia se agrupó para vivir en la calle 19 y Baños, hoy conocida por la calle E en el Vedado. Era como una casa de inquilinato con distintas habitaciones que se alquilaban independientes, la parte mayor fue adquirida por los Bartolomé y mi madre, su padre y hermano arrendaron una habitación en el mismo lugar. La madre de mi padre traía la encomienda enorme y de tanta responsabilidad de cuidar de mi madre como si fuera una de las propias hijas y así lo hizo. Enseguida comenzó el duro bregar de buscar trabajo para mantener aquellas dos familias y que parecieran una sola. Los hombres hicieron varios trabajos, como construcción, vender viandas y otros.

Mi padre comenzó a trabajar en la obras del malecón de La Habana junto a su hermano, el trabajo era duro para mi abuelo paterno, que comenzó a tra-

bajar en una panadería, así paso algún tiempo y del malecón pasaron a trabajar en las obras de los Baños de Carneado, aquí muy cerca de donde vivimos en la actualidad. Mis tías que eran un poco mayores que mi madre (ésta casi una niña), fueron encontrando sus futuros esposos, todos magníficos hombres. Mi tío Hilario Regadera Martín natural de Berrocal de Salvatierra se casó con mi tía Concepción, mi tía Teresa conoció al también magnífico Guillermo Fernández, de oficio carpintero y Encarnación se casó con Benjamín García, todos de Salamanca. También mi tío Antonio se casó con Carmen Pidre, ésta de Galicia, magnífica esposa y después madre. Todos comenzaban a hacer sus vidas, tener hijos y quererse cada vez más.

Mi padre, a su regreso de España, (ya que había vuelto para participar en la guerra contra los moros<sup>1</sup>), comenzó a trabajar en una panadería. Así pasaron dos años de intenso trabajo y mi padre tomó la mejor decisión que tuvo en su vida, palabras textuales, que fue la de desposar a mi madre. Se casaron el 24 de noviembre de 1917, mi madre con 17 años y mi padre con 26. Se acompañan fotos que acreditan su alistamiento en las filas militares, ya todos independizados aunque bajo la tutela de mi abuela paterna que era la regente de la familia. Comienzan a llegar los hijos, después de mudarse ya para otras casas que tenían más comodidades. Mi padre comenzó a trabajar en la Caja General de Obreros de Ferrocarriles y Tranvías, era conductor. Al año siguiente nació la primera hija llamada Elvira, como mi madre. Esa era la flor de la casa, también muy querida por mis abuelos paternos.

Mi abuelo materno con su hijo Manuel salieron de Cuba hacia la Argentina y después regresaron a España, donde ya se quedaron para siempre.

El día 28 de junio de 1920 nació mi hermano Miguel y el 22 de diciembre de 1921 mi hermano Alberto, la familia crecía, y mi padre hizo con su gran esfuerzo una casa para albergar a ésta que parecía que se agrandaría mucho más. Tengo los documentos en mi poder de la compra de los materiales para la construcción de esta casa, la compra del terreno, la solicitud de la electricidad, todo esto fue en Marianao, muy cerca de la casa que a su vez había construido también mi abuela paterna, así que seguíamos manteniendo una unión cada vez más estrecha, ya familiar.

Mi padre y mi madre eran felicísimos, jamás se oía una voz más alta que la otra, le dieron educación a sus hijos en escuelas que los hacían hombres de bien. Mis hermanos estudiaban hasta que tuvieron edad para trabajar y así comenzaron a ayudar en la casa con su aporte, que facilitaba el poder vivir más holgadamente. Mi hermana la mayor hizo sus estudios, además de lo que

<sup>1</sup> Se refiere a las guerras de Marruecos de finales de la primera década del S. XX. (N.E.).

se aprendía en aquella época, coser, bordar, etc. También comenzó a trabajar en una sastrería que se llamaba en aquel momento “La Ciudad de Londres”, que está en el corazón de La Habana. Mi madre trabajaba muchísimo en la casa, pero así y todo después de un tiempo grande en que tuvo al último hijo de la primera tanda (13 años), pues llegué yo, que mi nombre es Nilda, enseguida llegó mi hermana Sarita y 3 años después mi hermano Óscar. En conclusión, mis padres tuvieron seis hijos, tres hombres y tres mujeres. Mis hermanos trabajaban en un supermercado que se llamaba Kolimart y en sus ratos libres jugaban football en la Tropical. Recuerdo cómo tenían las piernas estropeadas de los golpes que recibían, en aquellos tiempos no existían todas las protecciones que existen ahora para este juego.

Mi padre seguía trabajando en los tranvías y una de nuestras diversiones más grandes era cuando tenía un turno durante el día que pasaba el tranvía cerca de la casa y nos poníamos de acuerdo y nos llevaba a los tres más pequeños junto a mi madre a pasear hasta donde llegaba la línea y volvíamos. Nos citábamos a la hora que pasaría y dos o tres cuabras antes de llegar donde estábamos esperando, hacía sonar la campana que tenía el tranvía, nos recogía y nos daba el gran paseo. Para nosotros era como viajar en un Mercedes Benz.

Ésta era nuestra vida muy feliz. Cuando me refiero, como lo hago al principio en este testimonio, de lo que significaban ellos como españoles emigrantes, era que no se cansaban de hablarnos de España. Cómo se vivía allí, cómo se trabajaba, cuando había fiestas, cuando salían a trabajar al campo, cuando había “matanza”, que era un momento tremendo, pues se mataban los puercos y siempre nos decía mi madre que del puercos se aprovechaba todo, hasta las tripas y la sangre, pues con esto se hacían las morcillas. Nosotros tenemos anécdotas graciosas e inolvidables, nos enseñaban los cantos, los juegos... Había uno que consistía en pellizcar la mano del niño y se decía “pinto liminto de calabacita, que vende las peras a 25, en qué lugar, en qué calleja...”. En Pascuas y Noche Buena, salíamos a cenar a casa de la abuela, íbamos cantando por la calle “levántate morenita, levántate resalada”, los criollos salían a vernos pasar y todo el mundo se sonreía y disfrutaban de aquella faceta española. Ya todos estos recuerdos se van disolviendo en la memoria. Estos juegos no solamente los enseñaban a nosotros, sus hijos, también los pasaban a los nietos. Ahora recuerdo que había otro juego que se hacía con un hueso de la pata de puercos, que se le daba vueltas y quería decir algo simpático, repito se están yendo de la mente estas cosas que tan felices nos hacían en esa época.

Siempre hablaban de España, siempre había algo que contar, pero también tenían muy adentro el cariño enorme que sentían por Cuba, a veces mi madre no sabía qué contestar cuando le preguntábamos a quién más quería a España o a Cuba.

Vuelvo a mi padre obrero. Se retiró en el año 1963, ya para descansar en la casa y ayudar a mi madre. Murió en el 17 de diciembre de 1976, por lo tanto tuvieron la unión más feliz que he podido comprobar, 59 años de matrimonio felicísimo. Como era de esperar, mi madre no tenía consuelo, y yo había comenzado a trabajar en un lugar muy prestigioso, hacía sólo unos meses, pero fueron muy consecuentes conmigo y me permitieron quedarme algunas semanas junto a mi madre. Ella misma me pidió que comenzara de nuevo a trabajar y así lo hice, dejándola sola.

Como aclaración, y para que no queden espacios abiertos, también señalo que mis hermanos mayores, Miguel y Alberto, se fueron para los Estados Unidos en el año 57 en busca de mejores condiciones de vida. Mi hermana la mayor, Elvira, y Sarita también se fueron, quedándonos solos mi hermano más chico y yo. Éste se casó y tenía su casa y su familia y yo vivía sola con mi madre. Mi hermano pequeño también falleció aquí en Cuba, 8 meses antes de mi madre, ella nunca lo supo, como en los dos casos anteriores, ya que nunca se lo dije. Comenzamos una vida nueva, faltándole a ella parte de su vida y a mí el padre cariñoso, fuerte de carácter, recto, pero a su vez dulcísimo y acogedor. Mi madre poco a poco fue asimilando aquel vacío que tenía en el alma y seguimos viviendo.

En el año 88 se organizó entre la embajada de España y la Línea Aérea Iberia, la Operación Añoranza, todos la conocemos, así que no tengo que explicar en que consistía. Hicimos gestiones al respecto y fuimos aceptados para viajar a España. Nos parecía mentira que nos pudiera suceder aquello, mi madre contaba con 89 años y mis compañeros de trabajo me decían que era un verdadero riesgo el hacer el viaje con una anciana, pero si alguien estaba disfrutando esto, era mi madre.

Le hice chequeo médico y todo estaba bien, así que todo se hizo como ella quería y se merecía, volver a lo suyo y a sus raíces. Todo fue organizado con una exquisitez tremenda y un orden absoluto. Se ofreció una cena de despedida el día que salimos en el restaurante “Papas” de la Marina Hemingway, con una atención especial, comida exquisita y trato inigualable. Salimos de allí bien tarde en la noche al restaurante Río Cristal, pues en aquella fecha se remodelaba el aeropuerto, allí se hizo el pre-chequeo, tomamos el ómnibus y fuimos directo al avión. Nos recibieron en el avión médicos que nos acompañaban por si cualquiera de los ancianos no se sintieran bien, casi todos pasaban los 75 años de edad y sólo un señor era mayor que mi madre. Contaba con 95 años, pero estaba tan encantado que los años no importaban.

Llegamos al aeropuerto de Madrid y fuimos instalados en el hotel “Barajas”, en el mismo aeropuerto, porque dos o tres días después cada uno salía para su región. No debo omitir que allí nos reunimos con los emigrantes españoles de otros países, Argentina, Paraguay, Ecuador, etc., Nos dieron



algún tiempo para que nos instaláramos y después se hizo una cena ya de proporciones gigantescas, con todos aquellos señores que parecía que se conocían de toda la vida. Aunque yo haga esta narración y luzca un poco fría, nadie que no haya vivido aquello puede comprender lo que pasaba por el alma de todos aquellos ancianos pensando muchos qué se encontrarían, cómo la pasarían, a dónde iban a parar, ¿quedaría alguien de la familia que hace tantísimos años no veíamos? Por ejemplo, mi madre había salido de España 73 años antes, es de entender cómo estaban los ancianos, aunque les confieso que era yo la asustada, ella disfrutaba hasta lo más mínimo y además era incansable a cuantas invitaciones nos hacían, yo destruida por el estrés y ella dispuesta a todo. Después de la cena de aquella noche nos llevaban a una taberna, donde casi todos lo estaban eran de la tercera edad, se disfrutaba, se cantaba, todo con mesura, aunque para ellos era en intensidad. No hubo un solo participante enfermo, ni sintiéndose mal. Regresamos al hotel con la advertencia de que teníamos que levantarnos temprano, pues habían actividades que cumplir, dimos vueltas en ómnibus por lugares maravillosos de la ciudad, fuimos a una feria que se llamaba “España fuera de España”, regresamos al hotel, descansamos un poco y volvimos a reunirnos para sacar fotos, encontrarse con las nuevas amistades y disfrutar de aquel sueño maravilloso.

Me advirtieron que se habían hecho gestiones de anunciar en la prensa de Salamanca que llegaban salmantinos que llevaban muchos años fuera de su país y que cualquiera que reconociera el apellido como de algún pariente y estaba dispuesto a albergarlo en sus casa, que lo hiciera, así surgió otra faceta de nuestras vidas, encontrar familias después de tanto tiempo fuera. Respondió a esta reclamación una nieta de uno de los hermanos de mi madre, que tenía su mismo apellido, entonces ya sabíamos a donde iríamos. Si no hubiera surgido nadie, la Embajada e Iberia alquilarían un hotel por un período de tiempo prudencial, para que se disfrutara el viaje.

A la mañana siguiente también nos levantamos temprano y después del desayuno nos llevaron al Palacio Real, porque el Rey nos iba a recibir, como comprenderán no salíamos de una sorpresa para entrar en otra. Ésta fue especialmente emocionante para mi madre, pues aquí en Cuba, cuando veía retratado al rey Don Juan Carlos, nos hablaba de que ella había conocido a su padre Don Alfonso<sup>2</sup>, claro, no personalmente, y llegó la hora. Todos íbamos elegantísimos y expectantes, jamás me hubiera pasado por la mente que en alguna ocasión conoceríamos a un Rey, y así fue, nos recibió con una dulzura

<sup>2</sup> El padre de S.M. Juan Carlos I era don Juan de Borbón, Conde de Barcelona, que no reinó, siendo éste hijo de Alfonso XIII, quien reinó hasta 1931, año en que se instauró la II República. (N.E.).

enorme, con delicadeza, no importaba que no hiciéramos reverencias, ni conociéramos de protocolo, después de que ya habíamos pasado por su lado preguntó cuáles venían de Cuba, le hicimos señas y vino a hablar con nosotros. Mi madre, como es natural, lo miraba casi sin creerlo, y le contó que había conocido a su padre a través de la prensa de la época, a él le agradó la noticia y también mi madre le preguntó cuándo venía a Cuba. Nos contestó que eso era muy protocolar (*sic*) y que no tenía noticias de cuando era el momento más apropiado. Permanecimos un buen tiempo haciendo anécdotas y él escuchó a todos. Nos marchamos de allí y cuando salimos de aquel lugar maravilloso, nos parecía que habíamos estado en la antesala del cielo.

Volvimos al hotel y de allí salimos por carretera nosotros, los que íbamos para Castilla, los demás cada uno a su rumbo, con la promesa fiel de volvermos a encontrar, hubo besos, fotos, muchas fotos, regalos, muchos regalos y la despedida. Los que íbamos a Salamanca hicimos escala en el hotel Meliá de Valladolid, allí después de descansar volvimos a cenar y cada uno podía llamar a quién quisiera y a donde quisieran. Llamé a mi hermana y a un hermano, porque los demás ya habían fallecido en un accidente de tránsito, mi hermano Alberto y mi hermana Sara, claro, que de esto mi madre no sabía nada, yo me encargaba de escribirle, como si fuera cada uno de ellos y nunca se enteró que de ya no los vería más. Su alegría era enorme al hablar con sus hijos y nietos, y después de desayunar al día siguiente seguimos de viaje hacia Salamanca.

Allí nos esperaba una grandiosa sorpresa, muy emocionante, fue el encuentro con la familia que no conocíamos y que nos acogieron como si nos hubieran visto hacía sólo unos días. Ella es Carmen Sendín, nieta de un hermano de mi madre, Eladio Quelle, su esposo y tres muchachos preciosos, muy educados y cariñosos que le hicieron la estancia en su casa a mi madre muy feliz, salíamos a pasear a enseñarnos la ciudad, conocimos la Universidad, la Casa de las Conchas, etc. Teníamos una cita con el alcalde y después con TV Española, donde le hicieron una entrevista a mi madre. La prensa escribió sobre nosotras, mi madre se sentía la mujer más importante del mundo y yo seguía con mi estrés.

Varios días después nos fuimos a Villarino de Aires y este fue otro encuentro mayúsculo, volver al pueblo donde nos recibió el alcalde, el boticario y el tamborirero y el pequeño que acompañaba a mi madre cuando llevaba la cena a los obreros al campo y ella le dijo “pero qué viejo estás”, todos se reían. A mi madre le parecía mentira volver a la iglesia donde cantaba cuando era pequeña, muchas mujeres del pueblo la saludaban muy cariñosas, vio su casa, claro muy cambiada y después nos fuimos para la casa de la familia a descansar y a preparar la cena en una estufa para todo el que quisiera ir. Se comió, se bebió se cantó y aquello no terminaba, llegaba la tía fulana (*sic*)

y el tío mengano (*sic*) y así estuvimos varios días hasta que regresamos a Salamanca.

Allí nos esperaba una invitación para conocer al futuro presidente de España, señor Aznar, que también fue gentilísimo con todos nosotros. Seguimos paseando, a la iglesia, las tiendas, restaurantes, muchas peras comía mi madre y yo uvas. Pero se iba acercando el día de regreso, pues ya casi había pasado un mes y aunque Iberia nos dijo que podíamos quedarnos cuanto quisiéramos, dijimos que había obligaciones que cumplir, pues yo debía comenzar a trabajar. Mi madre se fue de tiendas con la nieta y yo hacía algunas llamadas a personas conocidas en Madrid. Ella se compró unos zapatos muy bonitos, pero le hicieron una herida en el pie que le molestaba un poco. Llegó el día de la despedida, llegó el taxi que nos envió Iberia para llevarnos hasta el aeropuerto y nos despedimos, como es natural con lágrimas en los ojos, creo que la vida de aquella buena gente también cambió un poco y así nos lo hicieron saber. Llegamos a La Habana, donde nos esperaban familiares y amigos.

Mi madre siguió con la molestia en el pie, que no se sanaba. Regresamos un 24 de noviembre de 1988 y ella cumplía años el 20 de diciembre, le di una fiesta grande, pero ese día tuvo la fatalidad que le dio una isquemia transitoria. No dejó secuelas, pero las piernas se le inflamaron mucho, tenía que hacer reposo, no se acostumbraba a no hacer nada y se mortificaba, no mejorando a pesar de tener una atención especialísima, hasta que le dio un derrame cerebral y murió algún tiempo después de regresar de España, estaba esperando volver a su patria querida y regresar a la otra tan querida, también.

Este es el testimonio de los emigrantes que a mí me tocaron. Me siento muy orgullosa de ellos, los quise mucho y fueron los mejores padres, españoles emigrantes del mundo.

Mantengo correspondencia con la familia de España y espero poder verlos alguna vez.

De todo lo que aquí expongo hay constancia escrita y fotos a disposición del que quiera verlas.



# Mis días en Zamora (España) y Guantánamo (Cuba)

Benjamín Berdión Seisdedos †  
Dr. Benjamín Berdión Martínez  
Dr. Benjamín Berdión Díaz

La culminación de este trabajo historio-autobiográfico sobre “Mis días en Zamora (España) y Guantánamo (Cuba)” es un homenaje a la memoria de Benjamín Berdión Seisdedos, iniciador de la obra, creador de la familia Berdión-Martínez y el último de los emigrantes a América de la familia Berdión-Seisdedos, en el centenario de su natalicio (1906-2006).<sup>1</sup>



Nací en Cibanal, Zamora (España), a las 4 de la mañana del 30 de enero de 1906 y fui inscripto en el juzgado de Argusino (Documentos 2 y 3). Mis padres: José Berdión Fermoselle y Josefa Seisdedos Beneites (Documento 4), se

Documento 1. Benjamín Berdión Seisdedos. Nacido en Cibanal, Zamora (España), el 30 de enero de 1906. Fallecido en Guantánamo, Cuba el 22 de octubre de 1998.

<sup>1</sup> Benjamín Berdión Seisdedos, falleció en la ciudad de Guantánamo el 22 de octubre de 1998, a los 92 años de edad. Los originales utilizados en este trabajo se encuentran en los archivos de la familia Berdión Martínez, custodio: Dr. Benjamín Berdión Martínez



Documento 2. Mapa de Zamora donde aparece Zamora-Fermoselle-Cibalal.

dedicaban a la cría de ganado menor (cabras y ovejas) y en poca escala a la de vacuno, aunque también tenían algunos viñedos y tierras de cultivo sembradas de trigo y demás cereales para el consumo familiar; pero las uvas se utilizaban para hacer el vino que se tomaría en la casa y para la venta (Documento 5).

Mis abuelos paternos fueron: Manuel Berdión Castro y Luisa Fermoselle Vilariño (viuda para entonces); y los maternos: Pascual Seisdedos Gómez (fallecido antes de yo nacer) y Paula Beneites Villar, según consta en el acta de nacimiento, firmada por mi padre.



Documento 3. Casa natal. Casa donde nació en Cibalal, Zamora, España.

En ese medio de campesinos y criadores de ganado pasé mi infancia. A la edad de 6 años comencé mis primeros estudios en la escuela donde mi abuelo enseñaba hasta sexto grado, pues un solo maestro daba todas las asignaturas.



Documento 4. Mis padres: José Berdión Fermoselle y Josefa Seisedos Beneites.

En 1918, finalizada la I Guerra Mundial y siendo un jovencito de 14 años, me dediqué a cuidar el ganado menor por el día y a recibir clases de secundaria por la noche con un maestro particular, pues no había en el poblado otras escuelas para grados superiores y yo quería seguir estudiando. A los 15 años, terminada la secundaria, empecé a cultivar la tierra y a recoger las cosechas; pero en los momentos de distracciones jugábamos a la pelota vasca y usábamos como frontón la pared de la iglesia del pueblo. Para ese tiempo había alrededor de unas 400 personas en Cibanal. Y así transcurrieron mis años mozos en mi pueblo natal.

Estando próximo a la mayoría de edad, mi madre no quería que ingiéramos al Servicio Militar. Según ella decía, y repito sus propias palabras: “Prefería que se le partiera el corazón con la separación de un hijo a otro país, a que fueran a defender los intereses de los poderosos en el África”. Fue éste el principal motivo de mi emigración: no participar en el Servicio Militar.

Ya mi hermano mayor, Manuel, había emigrado a los Estados Unidos de Norteamérica, y conociendo que un pariente de mi padre, amigo de la familia, estaba radicado en Cuba (Guantánamo, en Oriente), y coincidiendo que un

vecino del pueblo, José Piris, estaba de vacaciones en España (Cibanal), mis padres decidieron que yo viajara a la Isla. Por ser menor de edad, me acompañaría mi hermana mayor Esperanza.

La idea de venir a Cuba serviría para continuar posteriormente a los Estados Unidos de América, donde vivía mi hermano mayor. Por eso podría decirse que mi arribo a esta tierra estuvo influenciado por la estancia de Manuel Domínguez Fermoselle en Carrera Larga (Guantánamo) y la visita de Piris al lugar donde nací.

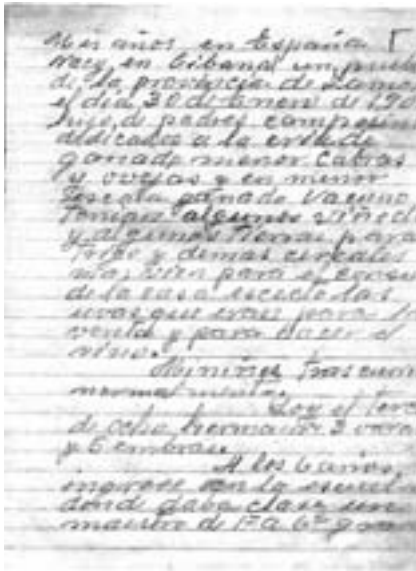
Ya decidido que saldría de España para Cuba, inicié los trámites para la emigración y solicité mi cédula personal, que tenía el número 373 del año 1925, con el folio 681292 de la provincia de Zamora en Cibanal, dada en Argusino el 9 de agosto de 1925 (Documento 6).

En el mismo juzgado de Argusino se solicitó la cartera de identidad, emitida por el Consejo Superior de Emigración, con la serie C número 134577, a nombre de Benjamín Berdión Seisedos, donde se recogían todos los datos y aparecía que era jornalero, soltero y que sabía leer y escribir, además del número de la cédula personal, haciendo constar el folio 5 del tomo 15 del juzgado de Argusino, fechado este documento el 1<sup>ro</sup> de diciembre de 1925 (se adjunta la impresión dactiloscópica de ambas manos y todos sus dedos, pues un requisito especial era la autorización de mi padre José Berdión Fermoselle para emigrar por ser menor de edad, la cual se produjo el 1<sup>ro</sup> de diciembre de 1925; documento este que debía ser presentado en el punto de embarque).



Cédula personal a favor de Benjamín Berdión Seisedos emitida el 9 de agosto de 1925 en Argusino. Zamora. España.





Documento 5. Manuscrito de puño y letra de Benjamín Berdión Seisdedos para la obra *Mis días en España y Cuba*.

Tengo en mi poder la cédula personal número. 373 y la cartera de identidad, emitida por el Consejo Superior de Emigración con el número 134577 (Documento 6A).



Documento 6A. Cartera Identidad emitida por el Consejo Superior de Emigración a favor de Benjamín Seisdedos.



En mi caso, el punto de embarque fue la Coruña, puerto marítimo al noroeste de España, por lo que tuve que viajar desde Cibalán, al suroeste de Zamora, hasta allí. Desde mi pueblo hasta Zamora fue en ómnibus; y desde Zamora hasta la Coruña, en tren, Hay algo que recuerdo muy bien, y es que cada vez que pasábamos por un túnel, había que cerrar las ventanas del tren, porque si no, entraba mucho humo.

Al llegar a la Coruña fuimos inspeccionados, y después de realizar el depósito correspondiente, me acuñaron la cartera de identidad, que fue firmada por el inspector el 5 de diciembre de 1925. Luego se le incluyó el nombre de la consignataria de la compañía del Pacífico, con el número 279/9. El billete costó 534,80 pesetas hasta La Habana en el buque Ortega, con fecha 7 de diciembre de 1925.

Como ya expuse, el viaje para emigrar hacia Cuba se inició en Cibalán (Zamora) hasta la Coruña, donde tomamos el barco, y digo tomamos porque me acompañaba mi hermana Esperanza por decisión familiar. La travesía desde ese puerto español hasta la capital de Cuba duró aproximadamente dos semanas, o sea, que saliendo el 7 de diciembre, llegaríamos a la Isla el 21 de diciembre. Fueron días de mareos y vómitos, en definitiva, un gran tormento; tan mal los pasé, que el viaje por mar no lo he olvidado en toda mi vida. En el puerto habanero se produjo una situación de mucha tensión, pues aunque yo traía todos los papeles en regla, para facilitar los trámites, cuando me preguntaran si había estado en Cuba, debía decir que sí; pero al no saber mentir, dije que no, lo cual motivó que me llevaran para Tricornia, el sitio desde donde devolvían a los emigrantes a su país, en este caso para Melilla, ciudad española situada en África. Ya pensando que todo estaba perdido, mi hermana fue orientada en el hotel donde se alojaba para que buscara un abogado, al que le pagaría las pocas pesetas que nos quedaban del viaje para sacarme de aquel famoso lugar.

Debo contar una experiencia que tuve durante mi estancia en Tricornia: *Yo nunca había visto un prieto, o sea, una persona de la raza negra y junto a mí, en carácter de detenida en el ya referido lugar, había una mujer de piel negra. A mí me llamó la atención y me acerqué curioso hasta tocarla, pero me sorprendí mucho cuando vi que la piel de la mujer no soltaba el color después de hacerlo.*

Luego de esta experiencia ya podíamos continuar el viaje, pues el destino nuestro (mío y de mi hermana) era Guantánamo, en el Oriente del país, y hasta allí iríamos en tren, lo que me hizo recordar su paso por los túneles en España.

Ése fue el recibimiento en La Habana, no muy agradable que digamos; pero teníamos la esperanza de que la situación fuera distinta en Carrera Larga.

Tardamos muchísimas horas en arribar a tierra guantanamera, acompañados de José Piris, pero nosotros (Esperanza y yo) llegamos primero que él, pues el tren pasaba por Carrera Larga antes de terminar en Guantánamo. Aquí nos recibieron de otra manera, pues nos esperaban Manuel Domínguez y el primo Germán Berdión, que ya llevaba algún tiempo en Cuba.

La llegada al lugar definitivo nos daba cierta alegría y ya habíamos aprendido la lección del desembarco en La Habana.

En esta región podría decirse que había una pequeña colonia de zamoranos, formada por Manuel Domínguez, mi primo Germán Berdión, mi hermana Esperanza, así como Manuel Castro y su hermana, que vivían en un pueblecito cercano al de Carrera Larga. Aquí comenzamos como dependientes de una tienda, que era de mediana para grande. Los primeros meses nos estuvimos adaptando a la nueva situación y a las características del cubano, siempre tratando de mofarse del galleguito que vino de España.

Por el color de la piel y de mi pelo pronto me pusieron el sobrenombre de “Rubio”, el cual llevé por tanto tiempo, que los más viejos lo usan cuando van a referirse a mí. Ya teníamos algunas referencias del carácter del cubano; por eso, al llegar, la forma jaranera y bonachona nos agradaba cuando era amistosa, pero en son de burla nos fastidiaba un poco.

El pueblecito de Carrera Larga estaba favorecido por el paso del tren, así que nos ubicamos en casa de Manuel Domínguez, que vivía cerca de la estación o punto de llegada y salida del mismo. Este amigo era propietario de una tienda que podría llamarse mixta, ya que vendía alimentos de todo tipo, propios del país, así como ropa y bebida, lo que permitía cubrir las necesidades de los campesinos en una gran comarca; pero también se ocupaba del correo de la zona. Me inicié en el trabajo de dependiente, y como fui adquiriendo mayor confianza y distinción por parte del dueño, eso era algo que molestaba a los otros dependientes, que tenían más tiempo que yo en los menesteres del comercio.

¡Ah! Pero una desgracia ocurrió al año siguiente: se le quemó la tienda a Domínguez, lo cual afectó mucho al recio zamorano, pues debido a su gran miopía, que le obligaba a usar unos gruesos lentes, corrió el peligro de haber muerto durante el fuego.

Con solo cuatro años en la actividad comercial, puse en 1929 mi propio negocio un poco al norte del pueblo, en lo que sería la vía principal, donde abrí una especie de tienda, muy parecida a la de Domínguez.

La estancia en Cuba me hizo, como extranjero, establecer comunicación con el Vicecónsul de España en la ciudad de Guantánamo, y el 25 de abril de 1927 fui inscripto allí mismo con el número 8191.



También solicité la cartilla del ejército español, donde se me eximiera de prestar servicio en filas por ser un ciudadano de raza ibérica que residía en otro país; por tal motivo escribí al Consulado de España en Santiago de Cuba, provincia de Oriente. En respuesta a mi petición, el 28 de septiembre de 1927 se me indicaron los documentos que debía enviarles, entre ellos la cédula personal (Documento 7), una fotografía y diez centavos para el franqueo. Para esa fecha cambiaron al cónsul de España en Santiago de Cuba y no fue hasta el 22 de junio de 1929, que recibí la cartilla de identidad del ejército español con el Expediente N° 28, donde se decía que era del reemplazo de 1927, del cuerpo de Argusino en la provincia de Zamora. Junto a la cartilla, el nuevo cónsul en Santiago de Cuba para esa fecha, Javier Olivio, me envió atentamente la cédula de nacionalidad y 25 centavos en sellos de correo, sobrantes de la cantidad que le había hecho llegar para los trámites (Documentos 7A y 7B).

En los años finales de la década del 20 y hasta 1931, el rey de España era Alfonso XIII, hijo póstumo de Alfonso XII, que asintió la dictadura de Primo de Rivera. Para esa época había una anécdota que contaba lo siguiente: Una anciana se le acercó al rey y le dijo: *“Dios te dé larga vida”,* y él le preguntó: *¿Porqué me deseas larga vida, si dicen que soy tan malo?* Entonces ella le contestó: *Conocí a tu abuelo y era malo; conocí a tu padre y era peor; y tú eres peor que tu padre, pero el que venga detrás de ti, será peor que tú.*



Documento 8. Mi hermana Isabel y su esposo Raimundo San Lucas.

La comunicación con la familia en estos primeros años fue buena, tomando en cuenta la distancia y el pobre desarrollo cultural de los campos de España, pues tuve relación por medio de cartas con mis padres y todos mis hermanos. Sólo haré referencia a algunas de ellas, entre la que debe señalarse la del hermano político, Raimundo San Lucas, que se casó con mi hermana Isabel. Este cuñado había estado en Cuba por la zona de Camagüey, en la construcción de molinos de viento para extraer agua de los pozos (Documentos 8 y 8A).



Documento 8A. Carta de mi hermana Isabel.

De las hermanas que quedaron en España, la primera en casarse fue Isabel. Ella y su prometido me invitaron al ofertorio, como es costumbre en el pueblo, por lo que pidieron la conformidad de mi hermana Esperanza y su esposo, ya para esa fecha se había casado con Manuel Castro Vega, y como aprobación le hice una carta con fecha 20 de octubre de 1929, donde le enviaba un giro para cumplir con la tradición del respigo (Documentos 9, 9A y 9B).





Documento 9. Mis hermanos/as, hermanos políticos: Matilde, Manuel, María, Isabel, Raimundo, Eduardo, Angelita y Simón.



Documento 9A: Esperanza Berdión y Manuel Castro.

En las primeras cuartillas me referí a la posible influencia para emigrar a través de mi hermano Manuel (Manolo), que se habla ido a Norteamérica, a Lyndhurst, en el estado de Nueva Jersey, pero mantuvimos correspondencia por un tiempo y yo era el puente entre el resto de la familia en España y él. Con fecha 28 de noviembre de 1929 recibí una carta donde me hablaba de las actividades que realizaba y su opinión sobre el matrimonio; pero sus palabras me quitaron la idea de ir a los Estados Unidos (Documento 10). Mi otro hermano, Eduardo, me escribió contándome lo que pasaba en el pueblo



y en relación con mi amigo José García; pero recuerdo una carta con especial cariño, donde me decía algo referente al envío de un reloj, lo cual pasaba en el mes de mi cumpleaños en 1930 (Documento 11).



Algo que me dio mucha alegría fue recibir carta de mi padre, donde me refería su estado de salud y el de mi hermana Isabel, así como el recibo de 500 pesetas que le había enviado (Documento 12).

Si fue agradable recibir correspondencia de mi padre, esto se multiplicó cuando mi madre me escribió con fecha 28 de abril de 1931 para decirme lo contenta que estaba por tener noticias mías desde Cuba, así como la confirmación de la llegada del cheque enviado en la referida carta (Documento 13).

Otra carta que me llenó de gozo fue la de mi hermana Angelita, donde me contaba que había recibido el pésame por la muerte de su esposo Simón, que tenía cuatro hijos y una hija religiosa, la cual manifestaba que en cualquier momento vendría a Cuba a visitar a sus tíos y primos. Tengo que decir, en honor a la verdad, que fue la que más me emocionó por su dedicación a conservar los recuerdos de la familia.

Los años 30, 40 y 50 se vieron influenciados por la Guerra Civil española, la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias. Ya para ese entonces, la comunicación no fue tan fluida como en los años de la década del 20 y siguientes.

Habían transcurrido 10 años de mi llegada a Cuba y hacía 5 que tenía mi negocio independiente, el cual no había dejado de ser influido por la situación económica del país. Durante el período de 1925 a 1933 estuvo en el poder el dictador Gerardo Machado, que fue derrocado por un movimiento popular. En este período, nació mi hijo Fernando.

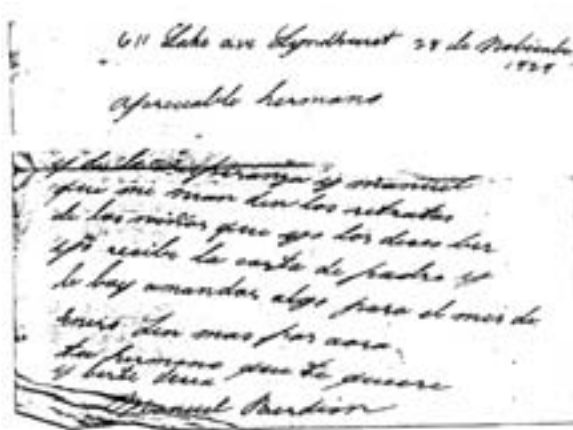
Al lado del establecimiento comercial en el poblado de Carrera Larga, construí una vivienda, donde pensé vivir con mi esposa y formar una familia. El 1<sup>o</sup> de junio de 1935 me casé con una linda joven cubana llamada Ennata Graciela Martínez Ceiro (Documento 15) y de esta unión nacieron ocho hijos desde 1936 hasta 1951: siete varones y una hembra, que fue la última en nacer, en este orden: José Israel 1936, Manuel 1938, Enrique 1939, Luis Felipe 1941, Pedro 1942, Benjamín 1945, Ramón 1948, Lourdes 1951.

Los hijos iban a la escuela del pueblo, que en sus inicios era de madera y al final de la década del 40 fue hecha de mampostería; pero no había mucha diferencia entre esas clases y las que yo había recibido durante la primaria en Cibanal.

Además de la educación, era necesario tener asegurada la atención médica de la familia, por lo que al nacer los hijos, eran inscriptos en el Centro de la “Colonia Española” en Santiago de Cuba, que tenía su filial en Guantánamo (Documento 15A). También éramos miembros de la Colonia Zamorana de Cuba, donde siempre cumplimos con puntualidad las obligaciones de los asociados (Documento 15B).

Los movimientos políticos no permitían que el país escapara de su influjo. En 1933, Fulgencio Batista dominó el gobierno cubano, primero como poder militar, después como presidente (1940-1944) y luego como dictador (1952-1959).

Al inicio de la década de los 50, la comunidad de Carrera Larga creó un Comité Pro-Luz con la finalidad de construir el alumbrado público para el poblado, con el honorable señor Manuel Domínguez Fermoselle como presidente y yo como tesorero. A través de colectas públicas y rifas, muy difundidas en la época, se obtuvo el dinero necesario para pagar a la Compañía Cubana de Electricidad el montaje de los cables y otros materiales que se requerían para ello. Los postes del alumbrado fueron donados por los vecinos, quienes ayudaron en la colocación de los mismos. Esta labor terminó con el simbólico entierro del candil, celebrado el 24 de abril de 1954 (Documentos 16 y 16A).



Documento 10. Carta de mi hermano Manuel desde Lyndhurst Nueva Jersey EEUU.

Este año fue muy importante en mi vida personal y familiar, pues además de haberse puesto el alumbrado público, la familia se trasladó a la ciudad de Guantánamo, donde tenía construida una casa desde 1952. Nos mudamos para allá porque nuestros hijos no tendrían entonces que ir diariamente desde el pueblecito hasta la escuela en la ciudad y porque podía poner un nuevo tipo de comercio de ferretería, ropa y otros artículos. Los años finales de la década de los 50 fueron muy malos en todos los sentidos para la población cubana, por los conflictos armados entre el ejército de Batista y los rebeldes de la Sierra Maestra.

Cibanal 19 de Enero  
1980 querido hermano  
salud todos y yo bueno  
en con pañia de nuestros  
padres y hermanos pro

medicinas cuando te mandaba  
medicinas que me mandabas un  
nito si te escribía una  
carta mandamelo que me  
con el mucha falta que  
te mandamos una nobelita de  
la penosa de plantar de  
nobar isemurio por el apote  
nie recuerdos de poder idema  
dar vides de tener mano que los  
Eduardo Bordin

Documento 11. Carta de mi hermano Eduardo.

En 1954 (tengo un comprobante del envío de algún dinero a mis familiares en España), la comunicación era escasa ya solicitud de mis padres, en agosto de 1955, realizamos la primera gran reunión familiar. Para esta época era muy fácil, ya que todos nuestros hijos estaban con nosotros todavía, así que les envié a ellos una fotografía con los muchachos, mi esposa y yo (Documento 17). He tenido noticias de que todos los familiares que visitan a mis padres, hablan muy bien de esa imagen. Los hermanos y sobrinos se recuerdan de la fotografía de la familia de Benjamín que mi padre tiene en el comedor de la casa en Cibanal.

El 1 ro de enero de 1959, con el triunfo de la Revolución cubana, nos llenamos de esperanzas por la mejoría económica y social que tanto habíamos ansiado. En este año se casó mi hijo José Israel, pero todos participaban de una forma u otra en la obra que se desarrollaba en el país, principalmente en la

educación. En 1965 se graduó de ingeniero mi tercer hijo, Enrique; y en 1969, de médico, el sexto de la lista, que se llama igual que yo.

A. Barón al Sr. Rubén  
1930  
querido y jo me alegro  
que al recibir esta tuya con  
los buenos por el momento  
nos otros bien es cierto yo que  
llebo dos meses a castillas  
y abo i chas do fuera  
si recibida de a de casita  
y recibida los quinientos por

de cuantos de de a de que  
sin por a la a de a de a de  
de a de a de a de a de a de  
de a de a de a de a de a de  
de a de a de a de a de a de  
Jose Rodas

Documento 12. Carta de mi padre.



Ciudad de Zamora 28 Abril  
1931  
querido y querido padre  
que oblige a todos a estar en un  
estado de bienestar todos bien  
recibida buena carta con el  
cheque de 1000 pesetas la cual  
nos hizo de muy buena alegría  
vienen con una carta  
toda el día de la semana  
de San Sebastián  
y a todos los que viven  
en un estado de bienestar  
y que los hijos se saludan

Documento 13. Carta de mi madre.

Podríamos decir que en 1961 se reactivó la comunicación con mi gente. Tengo una hermana que ha sido la que mayor cantidad de cartas ha escrito y la que me ha mantenido informado sobre lo bueno y lo malo que pasa en la familia. El 31 de marzo de 1961 recibí una carta donde ofrecía su ayuda, agradeciendo el apoyo recibido y conociendo de los difíciles tiempos que se vivían en el país: me refiero a mi hermana María, esposa de Manuel Alcántara (Documentos 18 y 18A).

Hasta aquí exacto con el artículo publicado ya de Zamora a Cuba.

Al cumplirse 15 años de la primera gran reunión familiar, que se efectuó el 15 de agosto de 1955 y donde nos retratamos todos, se celebró la boda de mi sexto hijo Benjamín, el cual se casó con Doña Adela Díaz García. Lo que marcó el 1 ro de agosto de 1970 fue que se hizo la segunda gran reunión familiar: los novios invitaron, todos estuvimos dispuestos a asistir a la misma y quedó la fotografía familiar con los hijos y los padres (Documentos 19 y 19A).

Los últimos años de la década de los 60 fueron muy tristes, pues fallecieron mis padres. Este es el precio que debe pagar el emigrante: no estar junto

a la familia en momentos difíciles de la vida, como es la muerte de un ser muy querido. Mi madre falleció 7 de mayo de 1967 y mi padre el 8 de septiembre de 1969, a los 90 años.

En 1985, mi hijo Pedro, el quinto, habló de realizar la tercera gran reunión familiar, pues se conmemoraban 30 años de la primera, efectuada en 1955. En ésta, la concurrencia familiar sería mayor, pues se juntaban tres generaciones: mi esposo y yo, mis hijos y sus esposas y esposos, así como los nietos, los jovencitos y adultos jóvenes y los menores. Son días de mucha emoción para todos nosotros (Documento 20).

En junio de ese mismo año se produjo un acontecimiento, pues no son muchas las parejas que llegamos tan lejos: me refiero a 50 años de casados. Al igual que las reuniones familiares anteriores, en ésta todos juntos cooperaron. Hay tres cosas que llamaron la atención: primero, vinieron varias personas que estuvieron en el año 1935; segundo, un amigo del nieto Benjamín Berdión Lam, encontró la crónica salida en la prensa sobre la boda el 5 de junio de 1935; y tercero, el cake tan original, obsequiado al matrimonio por la señora Danusia (Documento 21 A).

A partir de aquí, yo que soy el sexto hijo y me siento tan honrado de llevar su mismo nombre (Benjamín Berdión Martínez), continuó escribiendo sobre lo acontecido en la familia, cuya vida transcurrió de forma normal, pero sin estar exenta de las dificultades que afrontamos en el primer lustro de los años 90, muy difíciles para todos.

Hasta el 1<sup>o</sup> de junio de 1995, mi padre mantuvo un estado de salud adecuado, en compañía de mi madre, los hermanos que viven en casa y los nietos. Nuestros padres cumplían 60 años de casados, y el 30 de enero de 1996, mi progenitor cumpliría 90 años; fecha en la cual su nieto, que es coautor de este trabajo (Benjamín Berdión Díaz) se graduó de médico en el Instituto Superior de Ciencias Médicas de Santiago de Cuba (Documento 22).

En junio de 1998, en ocasión del 63 aniversario de su matrimonio con Ennata Graciela Martínez Ceiro, se le realizó la última fotografía a mi padre, cuando ya comenzaban los síntomas de la enfermedad que pocos meses después, el 22 de octubre de 1998, sería la causa de su fallecimiento. Con su muerte, perdió la familia Berdión-Martínez uno de sus pilares más fuertes



Documento 15. Mi esposa Ennata Graciela Martínez Ceiro. Nació en Guantánamo el 13 de noviembre de 1913.





Documento 15B. Documentos de miembros de las asociaciones españolas en Cuba. Miembro de la Sociedad Colonia Zamorana de Cuba.

(Documento 23); y la familia Berdión-Seisdedos, el último de sus emigrantes. Las semillas sembradas por Benjamín Berdión Seisdedos al otro lado del Atlántico, dieron sus frutos en éste.

El 27 de septiembre de 1998, falleció en España su hermana Angelita Berdión-Seisdedos. Al enviarle una carta de pésame a la familia Laguno-Berdión por el deceso de su madre, se inició el reencuentro de la familia Berdión Seisdedos e ambos lados del Atlántico: Zamora-España y Guantánamo-Santiago de Cuba.





Documento 16. Inauguración del alumbrado público en Carrera Larga, Guantánamo, Oriente. El comité pro-alumbrado público de Carrera Larga. El círculo inferior corresponde a Manuel Domínguez, Presidente y el superior a Benjamín Berdión Seisdedos, Tesorero.

Se estableció una comunicación más fluida entre la familia, lo cual motivó que un miembro de la cuarta generación, en la familia Laguno-Berdión: José Manuel Laguno Centeno, fuera el primero en cruzar el mar, ya no en barco, sino en avión, para conocer personalmente a sus parientes en Cuba (Documento 24).



Documento 16A. Copia cheque enviado a España a favor de José Berdión Fermeselle por Benjamín Berdión Seisdedos.

Un mediodía del mes de agosto se presentó José Manuel en la casa de Santiago de Cuba, acompañado de su flamante esposa Ester, pues estaban de “Luna de miel” y habían venido a disfrutarla en Cuba. Así se cumplió el objetivo del reencuentro familiar y se rompieron 75 años de aislamiento personal de la familia Berdión-Seisdedos. Es oportuno señalar que de la tercera generación somos 14 primos en América-Cuba y 14 en España.



Documento 17. Primera gran fiesta familiar de derecha a izquierda. De pie: Luis Felipe, Enrique, José Israel, Manuel y Pedro. Sentados: Ramón, Benjamín (padre), Lourdes, Ennata Graciela y Benjamín.



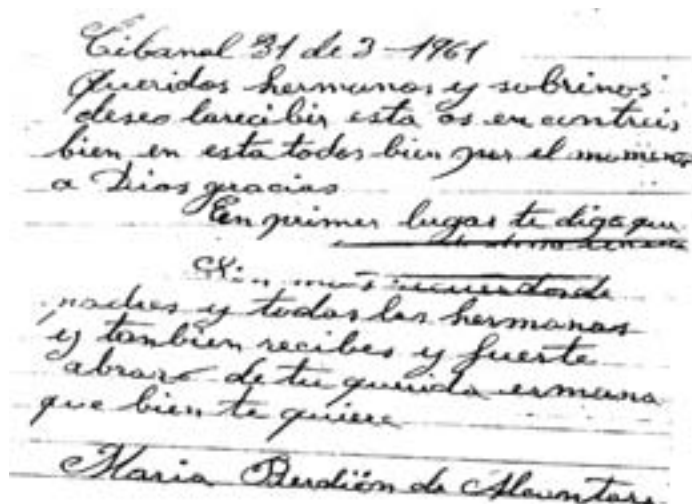
Documento 18 A. La familia Alcántara-Berdión, Manuel y María, Puri y Carlos.

Fue tan formidable y enriquecedor el encuentro entre las familias española y cubana, que en el año 2000 vinieron Manuel Laguno Berdión y su esposa Encarnación Centeno Díaz (Chone). Fueron días memorables los que pasamos durante su estancia en Santiago de Cuba y La Habana con Manolo, que al decir de Manuel Rivera Lozano, es el alma y vida del Pulijón y embajador de Fermoselle en Barcelona, en la dedicatoria de su libro Fermoselle (Documento 25).

El reencuentro de la familia Berdión-Seisdedos con miembros de España-Cuba, imponía ahora el de los parientes Cuba-España, lo cual se hizo realidad cuando yo, Benjamín Berdión Díaz, nieto de Benjamín Berdión Seisdedos, aquel mozo zamorano de Cibanal que emigró

hacia Cuba en 1925 y nunca regresó a su país natal, fui el primero de una inmensa familia en reencontrar la aldea que vio nacer a mi abuelo 96 años antes. En julio del 2002 pude cumplir uno de los mayores anhelos de mi padre y mío: visitar la casa madre, la gran casa, de la cual sus hijos (muchos de ellos) partieron un día para no regresar jamás, porque situaciones económicas y sociales lo impidieron; pero situaciones parecidas, y sobre todo sentimentales, han obligado al reencuentro.

La casa está en ruinas, pues hace muchos años que nadie la habita.



Cibanal 31 de 3 - 1961  
Queridos hermanos y sobrinos:  
deseo recibir esta os encontréis  
bien en esta todos bien por el momento  
a Dios gracias  
En primer lugar te digo que  
estoy muy recordando  
nada y todas las hermanas  
y también recibes y fuerte  
abrazo de tu querida hermana  
que bien te quiere  
María Berdión de Alcantara

Documento 18. Carta de mi hermana María.

A algunos metros vive la única descendiente de la familia Berdión en Cibanal: la tía María y su esposo Manuel. Pocas veces había oído hablar yo de esta tía y nunca había tenido comunicación con ella antes, pero cuando me presenté y le dije mi nombre y quién era mi abuelo, lloramos las dos, y yo como nunca lo había hecho antes. Un suceso mayor en la pequeña historia de una familia, de mi familia: la tía y su esposo viven como imagino vivía mi abuelo en los primeros años del siglo XX: una pequeña casa de campo en un pequeño pueblo donde permanentemente viven dos o tres docenas de personas, todas mayores; las calles aún sin asfaltar, donde el agua potable llega a las casas desde hace sólo algunos años y los únicos signos de modernidad son la electricidad y la televisión, pero aún se vive de la agricultura y la cría de cerdos y cabras, por lo que el vino, el queso, el jamón y el aceite de oliva, hechos por sus propias manos (lo que le da todavía más valor) no falta en ese

hogar de personas humildes y laboriosas, y quiero pensar que las uvas y los olivos son los mismos que cultivó el abuelo en algún momento de su vida.

No hay jóvenes en el pueblo; todos se han ido, antes o después: algunos cruzaron el Atlántico y otros viajaron dentro de Europa o en la misma España. En Cibanal pronto no habrá más nadie que cuente la historia en primera persona, o quizás nadie contará nada; solo quedará el pequeño y sencillo monumento al emigrante, en la carretera entre Cibanal y Fermoselle: pequeño y sencillo como los hijos de Cibanal, pequeño y sencillo como mi abuelo.

Durante mi estancia en Cibanal pude visitar la presa “La Almendra”, el lugar donde mi abuelo Benjamín dormía en las noches, durante el pastoreo de las ovejas. Estuve en la vivienda de los primos de mi papá, Asunción y Maruja San Lucas Berdión, me realicé una fotografía ante la fachada de la casa donde nació mi abuelo en Cibanal. No menos emotiva fue la estancia en el monumento al emigrante, donde dejamos constancia gráfica (Documentos 26 y 26A).



Documento 19. Segunda gran fiesta familiar 1 de agosto de 1970. Derecha izquierda Graciela (madre), Fernando, José Israel, Manuel, Enrique, Luis Felipe, Pedro, Benjamín, Ramón, Bejamín (padre).

#### AUTOR PRINCIPAL: BENJAMÍN BERDIÓN SEISDEDOS †

Nació en Cibanal, Zamora (España), el 30 de enero del 1906. Cursó la enseñanza primaria en una escuela pública y la secundaria en una escuela privada, con maestros particulares, y emigró a Cuba en 1925, para no participar en la guerra que desarrollaba España en África. Se estableció en el poblado de Carrera Larga, en la antigua provincia de Oriente, donde en 1929 organizó su

propio negocio hasta el triunfo del proceso revolucionario. Se casó en 1935 y tuvo numerosos hijos.

En 1954 se trasladó con su familia a la ciudad de Guantánamo, donde se mantuvo trabajando hasta 1967, cuando se produjo su retiro.

Falleció el 22 de octubre de 1998, a los 92 años.

## SEGUNDO AUTOR: BENJAMÍN BERDIÓN MARTÍNEZ

Nació en Carrera Larga, Guantánamo, Oriente (Cuba), el 16 de abril de 1945.

Se graduó de Doctor en Medicina en 1969, como Especialista de I Grado en Ginecología y Obstetricia en 1975, como Especialista de I Grado en Administración y Organización en Salud en 1984 y en ese mismo año como Especialista de II Grado en Ginecología y Obstetricia. Es Profesor Auxiliar y actualmente se desempeña como Asesor de la Vicerrectoría de Postgrado de la Universidad Médica de Santiago de Cuba.



Documento 19 A. 1 de agosto de 1970. Matrimonio Benjamín y Adela.



Documento 20: Tercera gran fiesta familiar. Derecha a izquierda: Ramón, Benjamín, Pedro, Luis Felipe, Lourdes, Graciela, Benjamín, Enrique, Manuel, José Israel y Fernando.

### TERCER AUTOR: BENJAMÍN BERDIÓN DÍAZ

Nacido en Guantánamo en 1972, primogénito de Benjamín Berdión Martínez y Adela Díaz García, graduado de Doctor en Medicina en 1996. Reside en París, Francia, desde el 2002.



Documento 21: Bodas de Oro. Benjamín Berdión y Graciela Martínez. De derecha a izquierda: Esteban, Olga, los esposos, Félix, Luisa 1935-1 de junio 1985.



Documento 21A: Bodas de Oro. Benjamín Berdión y Graciela Martínez. De derecha a izquierda: Esteban, Olga, los esposos, Félix, Luisa 1935-1 de junio 1985. Cake donado por la señora Danusia.

## PALABRAS FINALES

A las personas que han hecho posible en gran medida la recopilación de los datos y el apoyo moral y de todo tipo para concluir este relato:

A mi esposa, Ana Paula Aguiar, a la que conocí en Cuba a pesar de haber nacido en Portugal, cuyos padres, por gracia del destino, nacieron en Pampinella, aldea tan solo situada a 80 km de Cibalán, cruzando el río Duero, lo cual demuestra la certeza de la tía María cuando decía que el mundo es un pañuelo con cuatro puntas unidas.

A Manuel Laguno Berdión, primo hermano de mi padre y fiel mantenedor del patrimonio familiar, además de persona divertidísima y conocedora de cuanto refrán se dice en España.

A Lourdes Berdión Martínez, celosa veladora de cuantas cartas, fotografías y documentos dejó mi abuelo y única hembra entre tantos hijos varones de su matrimonio.

**FORMULARIO DE PARTICIPACIÓN**

Protagonista del texto: MANUEL BERDION SORDEA

Lugar y fecha de nacimiento: CUBANA, CANARIA, 1910

Estudios: SECUNDARIA

Profesión actual o anterior (o en preparación):  
COMERCIANTE (FRANCO)

Dirección actual:

Teléfono actual:

Breve itinerario vital del protagonista: causas de su emigración, incluidos o países en los que ha vivido, trabajos desempeñados, circunstancias más relevantes, etc.  
EMIGRÓ A CUBA PARA NO INTERFERIR EN EL SERVICIO EN ALICANTE, VIVió EN GUANTÁNAMO Y FUE SIEMPRE COMERCIANTE.

Completar el el nombre del texto en el mismo protagonista de la narración: SI ES EL MISMO.

Nombre y apellidos de la persona que envía el texto y grado de parentesco con el autor: DR. BENJAMÍN BERDION MARTINEZ, N 170

Dirección: HEREDIA 3097, apt. 202, SAN DE CUBA  
CALLE 1 BENJAMIN BERDION

Teléfono actual: 7026 02956 7026 02956

Título del texto: QUE VA A PUEBLO A PUEBLO, CUBA

Circunstancias de su redacción: EN MANEJARE AL CENTRO DEL AUTOS. FIDUCIA

Declaro que el texto me depositado en el Archivo de la Escuela Popular del Río Duero y en el Archivo de la Emigración del Consejo de la UNED de Zamora, con los siguientes reservas o no consulta y difusión.

Con la firma del presente formulario, el autor del texto o el protagonista, o su delegado del autor (autor o sucesor) de la Escuela Popular del Río Duero y el Consejo de la UNED de Zamora, a favor público no revocable, el contenido de la historia narrada, y a utilizar o reproducir fragmentos de la obra en otras circunstancias. Declara que no ha sido publicado con anterioridad y que acepta íntegramente el Reglamento del Premio.

1902 de Cuba, 17 de mayo de 1980 





# El Serpapinto

Chata Cuba<sup>1</sup>

Era 29 de mayo de 1945 y Argimira abordaba el Serpapinto con destino a Filadelfia, pero ahora viajaba como Joaquina Monfort Mir. Ella escapaba del fascismo, y lo hacía con la ayuda de la resistencia que le había proporcionado datos y documentos falsos para que pudiera surcar el Atlántico sin mayores dificultades.

Llegó a Filadelfia el 10 de Junio, pero aquel país era demasiado frío para su gusto y decidió seguir camino, arribando a La Habana el día 16 del propio mes. Ni ella misma podría haber pensado en aquel momento que echaría sus raíces en esta ciudad, y aún en ese momento faltaba mucha historia por hacer.

Acá las cosas fueron diferentes. Un país cálido, que tenía mucho de su tierra natal, por aquello de la colonización, entonces desde el principio se sintió más a gusto. Claro, que atrás se había quedado su media naranja y había que ver cómo y cuándo la podría encontrar.

Comenzó por esos días el sufrir de la espera, su esposo no llegaba y las cartas iban y venían. Él aún del otro lado del Atlántico, con el peligro del fascismo detrás de sus talones. Desde acá ella le escribe, dándole todos los pormenores de la persona que ha prestado su identidad para que también él pueda viajar y reunirse de nuevo.

Argimira, un nombre poco usual por estas tierras, por lo que empezaron a llamarla como era costumbre llamar a los emigrantes Españoles, cualquiera que fuera su procedencia, “Gallega”. Pero también la llamaron Joaquina,

<sup>1</sup> Con tal seudónimo se presentó el presente relato, no logrando averiguar el nombre verdadero de la autora. (N.E.).

María... en fin, cualquier cosa menos Argimira. Creo que si preguntan hoy por Argimira, nadie le sabría decir quién es, pero si Ud., preguntara por “la Galleguita”, estoy segura de que media barriada de Santo Suárez le sabría dar una razón.

¡Un día apareció en La Habana “el Gallego”!, que como pueden imaginar, tampoco era Gallego, era Madrileño, pero... ya saben... Ésa era su media naranja, con la cual había desandado guerras, campos de concentración, cárceles, una vida llena de aventuras, riesgos, algo como para hacer una novela. Definitivamente, ése era el hombre de su vida y con él seguiría hasta cerrarle los ojos.

Luego de dar tumbos acá y allá se asentaron en Santos Suárez, en una pequeña cuartería donde luego de muchos años nació su primer hijo, al que llamó igual que su padre: Andrés. Un pichoncito de español rubiecito y de ojos claros. Con esto se terminaba una era de aventuras, había que criar y educar a aquel pequeñín y para ello Argimira trabajó día y noche. Era experta lavando y planchando, no había quien le pusiera un pie adelante en esos menesteres. UD. le podía llevar una pieza con una mancha que pensaba irreparable y le doy por seguro que ella la borraba de sus ropas, lo digo por experiencia propia.

En las artes culinarias también era excepcional. Su sazón era conocida en varias cuadras a la redonda, sus pudines de 3 capas (flan, pudín, panetela), fueron famosos en el barrio y nunca nadie pudo lograr que ella diera la receta exacta de nada, decía que no lo hacía por medidas, que todo era a ojo de buen cubero, pero nada, siempre, siempre le quedaban del mismo tamaño y con el mismo punto, de las croquetas y la carne rellena, ni hablar. Estoy segura de que de haber montado una cantina el negocio hubiera prosperado, pero el viejo Andrés era demasiado celoso para permitirle a su Chati (así se decían entre ellos) andar en negocios a gran escala.

A los dos años del pequeño Andrés, llegó Rafael, su segundo hijo. La situación se hacía más difícil para ellos desde el punto de vista económico, pero acá estaba un nuevo niño y habría que salir adelante. Eso sí, todos juntos, la familia muy unida sobre todas las cosas, era el primer principio de ellos.

A golpe de esfuerzo y sacrificio logró que sus hijos estudiaran en una escuela privada, no en La Salle, pero sí en una pequeña escuelita del barrio, La escuela Progresiva y el Instituto Educacional Fariñas donde incluso enseñaron a los pequeños dos idiomas. Siempre dijo que sus hijos estudiarían y se harían hombres de bien, aunque en ello le fuera la vida.

## JOAQUINA MONFORT MIR

Era el nombre de una cubana que existía en realidad y que apoyaba a la resistencia. Ésa fue la mujer que prestó su nombre a Argimira para que llegara a Cuba y como el mundo es tan inmensamente pequeño, sucedió que un día su hijo Andrés se encontró con un hijo de Joaquina Monfort Mir.

Andrés trabajaba en la Refinería Nica López, y como las piedras rodando se encuentran, resultó que uno de los trabajadores de allí era de apellido Monfort. Andrés le cuenta que su madre para poder viajar a Cuba huyendo del fascismo, lo había hecho con un nombre falso, y ese nombre era Joaquina Monfort Mir.

Cuál no sería el asombro de ambos al comprobar que la Madre de su compañero era quien había cedido su nombre para ayudar desinteresadamente a una mujer que escapaba de las garras del fascismo.

Adoptar la identidad de otra persona no era tarea fácil. Era necesario que se aprendieran muchas cosas de la vida de aquellas personas que voluntariamente se prestaban a ayudar. Pasaban semanas repasando nombres de familiares, fecha de nacimiento, lugares de trabajo... en fin, cualquier cosa que fuera sensible a ser preguntada por alguien que estuviera tras la pista de aquellos hombres y mujeres.

Y al pasar el tiempo quizás nos parezcan personas insignificantes, pero son esas personitas quienes por años arriesgaron sus vidas luchando por sus ideales y por construir una sociedad más justa y liberar del fascismo a la humanidad.

Una de esas personitas era Argimira. Diminuta, sencilla, mujer de pueblo, pero en el fondo con el coraje de gigante.

## ARGIMIRA

Era una mujer pequeñita, con un color dorado en su piel que era digno de envidiar. Nada presumida, aunque de vez en cuando se rizaba su escaso cabello blanco como el coco, Siempre andaba con zapatillas de suela de goma. Ligera, como nadie puede imaginar, con un corazón que no le cabía en el pecho para ayudar y hacer el bien. Si Ud. necesitaba conseguir una medicina o cualquier otra cosa que le hiciera falta, puede estar seguro que ella movía cielo y tierra para ayudarle en eso, y como era así con todo el mundo, pues claro está, todos nos sentíamos comprometidos con ella. Era como una cadena gigante de hacer el bien: tú me das esto hoy para “fulano” y mañana “mengano” me da esto a mí para ti. Se pasaba la vida regalando comida a los vecinos, que adoraban su sazón.

Su mayor pasión eran las plantas y salir a caminar por el barrio y que todos la conocieran y la saludaran. Para ella no existían las colas, donde quiera que llegara se escurría con su pequeña figurita y luego contaba sus triunfos a los hijos.

Su vida se alimentaba de ser una persona importante en el barrio, a la que todos conocían, querían y que podía hacer y deshacer en colas, bodegas, carnicería, etc., etc., etc.

Los regalos que más apreciaba eran los adornos para la casa. Aquello parecía una quincalla y cada vez nos jurábamos que no le compraríamos un adorno más, pero nada, al final terminábamos todos en las mismas. Si era lo que ella más apreciaba, qué sentido tenía regalar otra cosa...

Durante el día era como una abeja laboriosa, siempre haciendo algo acá y allá. De noche, al terminar las faenas del hogar se sentaba frente a la televisión con un vaso lleno de caramelos que iría comiendo en la medida que veía sus programas favoritos.

En el fondo, muy en el fondo, creo que soñaba con volver un día a su tierra natal, pero el viejo Andrés no podía oír hablar del tema, y ella decía que guardaba dinero para un día dar un viaje a España. Todo lo recordaba y lo describía con una claridad asombrosa, y ese día llegaría para ella...

## EL VIAJE A ESPAÑA

Un día llamaron de la Sociedad Salmantina, preguntando sus datos para un posible viaje por el plan añoranza. Y allá se fue Argimira con un pequeño grupo de Salmantinas en un viaje maravilloso que la llevó de nuevo a su tierra natal, donde se sintió la mujer más feliz de la tierra al volver a ver a los suyos, la casa donde nació... Fue recibida con bombos y platillos, hizo programas de Radio, recibió una medalla, salió en periódicos..., en fin, que para ella fue el viaje a lo maravilloso.

El regreso a La Habana también fue con bombos y platillos. Todos los vecinos la esperaron a la puerta de la casa, la recibieron con pancartas de bienvenida... un alboroto tremendo había en el barrio aquel día, y ella disfrutó, tanto su estancia en la tierra que la vio nacer, como el regreso a la Isla que le dio cobijo.

# Mi emigrante

Chunga Cuba<sup>1</sup>

Estando en Villarino de los Aires, Salamanca, me entero de que dos familias, muy conocidas en ese pequeño pueblo del siglo XIX, Juan Benito, unido en matrimonio con María Benito, sin parentesco alguno a pesar de sus apellidos, por una parte y, Francisco García y Manuela Alonso por la otra, tienen un hijo, al que dieron por nombre Juan Antonio, y los segundos tuvieron una hija, a la que llamaron María.

Todos ellos, los nombrados, nativos de Villarino.

Por una casualidad, para esta historia, con crítica romántica, se encuentran. Se conocen, se enamoran y contraen matrimonio, del cual nacen varios hijos, y entre ellos uno, en el último año del tercer cuarto del siglo XIX. Este niño, que nació exactamente el día 5 de mayo del año 1874, a las tres de la madrugada, y ese mismo día, cumpliendo con la Santa Madre Iglesia Católica y Apostólica Don Audoxio Delgado Andrés, Cura Párroco de la Iglesia de Santa María la Mayor, de Villarino de los Aires, Diócesis y Provincia de Salamanca, bautiza solemnemente, y coloca los Santos Óleos y Crismas a ese niño, que recibió el nombre de Francisco. Este párroco advirtió a los padres, abuelos y padrinos del parentesco espiritual y demás obligaciones contraídas en ese acto tan solemne. Después del bautismo, el Sr. Cura Párroco anotó en el Libro decimosexto de Bautizados de la Parroquia en el folio cuarenta y dos y cuarenta y dos vuelto, el bautizo realizado.

Este niño, amamantado por su madre, crece y se desarrolla. Así pasa la época de lactante y de niñez, aprendiendo las primeras letras a escribir, leer

<sup>1</sup> Con tal seudónimo se presentó el presente relato, no logrando averiguar el nombre verdadero de la autora. (N.E.).

y a estudiar grados más avanzados de primaria en su pueblo natal, y más adelante, sigue sus estudios secundarios en Salamanca. Ya terminado el siglo XIX, recibe su título de Maestro, y un año más tarde publica su primer libro, *Estudio de la Lengua castellana*.

Corrían apenas los últimos cinco años del Siglo XIX, cuando éste, ya un apuesto joven oriundo del mencionado pueblo de Villarino de los Aires en Salamanca, decidió dar un paseo por la ciudad, donde estudió sus últimos años y aún como estudiante, residía en ella. Por sorpresa, tropezó su mirada con la de una joven señorita que se dirigió a la Santa Misa en unión de su madre y padre, ambos católicos. La madre de ella, fina y elegante, y la muchacha bella y dulce. Se dijo Francisco: “precisamente es lo que yo necesito, y trataré de conquistarla”. Al parecer, fue flechado por Cupido.

Ya la tenía bien ubicada, y sólo faltaba ver cómo se acercaba una y otra vez a la iglesia, que sería el punto más seguro para encontrarla. Así fue, y en próximos domingos se cruzaron saludos y miradas. A partir de esos domingos no era sólo Francisco quien trataba de verla. Ella, Elena, también buscaba encontrar la mirada de Francisco. Así trataron de verse más oportunamente, y por fin apareció la declaración amorosa de Francisco, que fue atendida por Elena.

Tras un tiempo de noviazgo se casaron, aproximadamente, en menos de un año de relaciones El villarinense con la salmantina, al fin y al cabo, ambos salmantinos. Él procedente de Villarino y ella de la vieja casona de la Plaza de la Verdura N° 62, en la propia ciudad de Salamanca, lugar donde pasó a vivir Francisco con la familia de Elena.

Fue un feliz matrimonio que duró muchísimos años. En esos años de matrimonio, y solamente en los primeros siete años, le nacieron cuatro hijos. La primera, una hembra llamada Alfa Jesusa, nacida en la misma casa y ciudad, al igual que un segundo hijo, un varón llamado Manuel. La tercera, una hembra bautizada con el nombre de Natalia, y que desde pequeña le decían Nina, y ya mayor, se le quedó el mote de “tía Nina” por los hijos de los otros hermanos.

Por último, de este grupo nacidos en Salamanca, una hembra, llamada Francisca, (que es el motivo entre otros de nuestra historia). Nació en Plaza de la Verdura N°. 62<sup>2</sup>, en la ciudad de Salamanca, el día 2 de Abril de 1907 y bautizada el día 8 del mismo mes y año en la Iglesia de la de San Martín en Salamanca, diócesis de Salamanca.

<sup>2</sup> La Plaza de la Verdura se hallaba en el actual Mercado de Abastos, tras la Plaza Mayor. (N.E.).

La situación económica de la familia empeoraba al de cursar (*sic*) del tiempo. Francisco se puso en contacto con una familia de su amistad, que vivía en Cuba en la provincia de La Habana, en un pueblo conocido como Pipian. Deciden emigrar a Cuba, y al llegar a La Habana, se dirigen a Pipián, donde comenzó como maestro para niños de primaria en una escuela pública. Entre tiempo y tiempo revalidó su título, y logró que su libro sobre la Lengua Castellana se utilizara por sus alumnos.

Contaba ya la niña Francisca con un año y medio de edad, y se mostró siempre muy activa y zalamera. Después de esto, por razones de poco alumnado, poco salario y pocas oportunidades de ofrecer clases particulares, el padre de Francisca decide cambiar de pueblo y escuela, con el fin de mejorar su economía, y así se trasladó para Güines, Nueva Paz, San Nicolás, pueblos que no han perdido su denominación, pero con la actual estructura política, (según la que las provincias de La Habana y Ciudad Habana se separan), quedan dichos pueblos en la misma Habana.

Es su trayecto por todos esos pueblos, y al pasar el tiempo, la familia de Francisco y Elena aumenta en número. Nacieron Julio y Rainier, el más chico de todos en total seis hijos, cuatro salmantinos y tres habaneros.

En todo este tiempo transcurrido, a nuestra emigrante, además de estudiar, le encantaba bailar y cantar, cosa que no le era fácil, por no ser bien visto entre la familia. Con 16 años, y a escondidas del padre, que era muy recto, practicaba football, y también se hizo corresponsal del diario La Prensa, en el pueblo de San Nicolás, como consta en un carnet de dicho periódico en nuestro poder. También consta que fue deportista, como jugadora de balompié o football, por retratos del primer equipo de ese deporte publicado en la prensa de Ciudad de La Habana, que también obran en nuestro poder.

Estudiaba para Maestra Hogarista (*sic*), tocando piano de afición y oído, así como la bandolina, donde ejecutaba música salmantina, española y cubana acompañando a la música con su canto, que a pesar de no haberlo estudiado era magnífico y lo hacía con una voz bella, dulce, melodiosa y bien modulada, que la acompañó aun hasta los 90 años de edad. Ello hacía que la invitaran a fiestas y sociedades regionales para oírla tocar y cantar. No era difícil encontrarla en alguna fiesta familiar bailando música tradicional.

Posteriormente, se mudan para la capital, por haber logrado el padre una plaza de maestro de una escuela pública en Jesús del Monte, hoy 10 de Octubre, en la calle del mismo nombre esquina a Cocos, frente a la escuela Católica en aquella época para hembras, “La Domiciliaria”, dirigida por las Hermanas de la Caridad.

En la época de su corresponsalía del periódico, y antes de mudarse para la capital, recibió el carnet de corresponsal ya mencionado, pero por temor a que su padre la regañara, en el mismo aparece Srta. Paquita B. de la Rosa

en vez de Francisca Benito y de la Rosa. No se está tranquila, y su inquietud la lleva terminando sus estudios de Maestra Hogarista (*sic*) a iniciar los de Corte y Costura, que también los termina graduándose de Profesora de Corte y Costura en varios sistemas conocidos en la época.

En este tiempo el padre se encuentra de Director de la Escuela Pública, donde comenzó en la Capital, y logra una plaza de profesor de Lengua Castellana en la Escuela del Centro Castellano de La Habana y algo después otra de Profesor de la Escuela Concepción Arenal del Centro Gallego de La Habana, que tenía más posibilidades económicas, y ofreció mejores salarios. Ya ha mejorado su situación, y puede lograr atender las tres plazas, ya que las de los Centros Regionales solamente le ocupan una mañana semanal.

Así pues, Francisca, con 18 años, jugaba en el Primer equipo Femenino que se hizo en Cuba, y escasos meses más tarde se da inicio a otro equipo, contra el cual jugaban con cierta frecuencia. El equipo en el que jugó Francisca se titulaba Hispanoamérica, y el otro se tituló Deportivo Centro Gallego, al cual el Hispanoamérica, donde se mantenía como regular Francisca, le ganó el campeonato nacional de Centros Regionales de España en Cuba. Así las cosas, nos encontramos a Paquita (Francisca) jugando football, estudiando, tocando el piano o la bandolina y bailando en las fiestas de algunas sociedades españolas que ya habían aparecido en La Habana, o bien en casa de las amistades, que eran muchas por los alumnados del padre.

Alguna vez “tía Nina”, que la cuidaba, la peinaba y le arreglaba el cabello nos contó algo de su relación con su hermana menor Paquita, y como ya comentamos, también nació en Salamanca, y en Cuba se casó con un español que un buen día regresó a España abandonándola y del cual vivió enamorada toda su vida hasta su muerte en Venezuela, después de haber viajado desde Cuba donde vivió más de 50 años y después de morir su hijo.

Al cumplir Paquita los 20 años, y estando de visita con su familia en casa de unas amistades, llegó un joven cubano, hijo de asturiano y de familia acomodada económicamente y habiendo terminado su carrera de Dr. en Farmacia y que estaba haciendo los posibles para adquirir una Farmacia para regentearla. Tal parece que el joven le fue simpático inicialmente, y posteriormente se enamoró de él, y ello hizo que respondiera a prácticamente una declaración amorosa de ese joven. No se rompieron sillones, en menos de un año, esta jovencita de la época, con 22 años, contrae matrimonio con el joven de referencia que se llamaba Manuel Óscar Rubín y Bravo, natural de Consolación del Sur, municipio de la provincia mas occidental de Cuba, Pinar del Río.

De ese matrimonio, muy feliz a pesar de las situaciones políticas del país en las que se inmiscuyó Paquita, (que escondió en su casa a revolucionarios de la época, compañeros de su hermano menor, el abogado Julio Benito de la Rosa, como lo fue Antonio Guiteras y otros).



Durante el gobierno del General Machado, que fue funesto para Cuba, y en los meses peores de ese gobierno y bajo los reclamos de la rebeldía de los estudiantes y obreros nace su primer hijo, Francisco Rubín Benito, y años después, en 1938, nace Elena, su segunda hija.

En esta ocasión, hembra a la que Paquita le ofrece cariño y amor, así como a su esposo, y lucha al lado de él para mantener la economía del hogar, cosiendo a máquina para los talleres, bordando y dando a veces clases de Corte y Costura y en otras ocasiones ayudando a su esposo en el despacho de la Farmacia.

Vivieron en varios lugares, venden la Farmacia y se mudan de un lado a otro. La situación del gobierno es caótica y triunfan los revolucionarios. Obtiene una dirección administrativa en el Ministerio de Comunicaciones su hermano Julio. Logra el esposo regentar una farmacia y Paquita obtiene un trabajo en el Hospital Militar. Todavía con aquel gobierno revolucionario el esposo ingresa en el ejército como profesor de química en la Escuela de Cadetes. Se estabiliza de nuevo el hogar y pasan nuevamente felices años naciendo ahora en el año 1938 la hija ya señalada.

Cuando muchos años después sube al poder por golpe de estado el general Batista, al esposo de Paquita lo destituyen como profesor y lo trasladan para regentar una farmacia militar. Paquita, durante el tiempo en que se encontraba ayudando a su esposo en la farmacia, estudió técnico de Farmacia pero no lo ejerció más, aunque ya le faltaba poco tiempo para retirarse.

A su hija, durante el tiempo de niñez y de jovencita, le pone en una academia de baile español, pero en el área del ballet. Ya han pasado algunos años, y su hijo Paco se gradúa de Contador y la hija, Elena, de Radiotelegrafista.

Seguía Batista en el poder como un verdadero dictador. Hay una revolución del pueblo y en 1959 triunfa ésta. Al esposo de Paquita, que seguía en una farmacia del ejército, es ascendido por el gobierno revolucionario, y poco más de un año después se retira y comienza a trabajar de civil en una farmacia de una clínica particular hasta su retiro. Paquita aprovecha la situación y se retira de Técnico de Farmacia.

Elena, la hija de Paquita, termina sus estudios de Bachiller en la Facultad Obrero-Campesina, ya casada con el actual y único esposo, Dr. en Medicina, se hace mecanógrafa, sale para la Medicina Social Rural con el esposo médico. Allí aprende laboratorio clínico, ayudando en la Cruz Roja y cuando regresa a La Habana se coloca como técnico y hace los estudios de Técnico de Laboratorio para oficializar su situación, y después de trabajar algún tiempo continúa estudiando la carrera de Estomatología, graduándose.

De nuevo le sonríe la felicidad por los triunfos de sus hijos, pero la felicidad no era completa, no se había cumplido uno de sus mayores deseos: Obtener de nuevo su ciudadanía española, ser en lo real y no sólo en el cora-

zón salmantina y poder ver a Salamanca y el lugar de su nacimiento. Ese amor por su tierra natal lo mostraba continuamente, y conservar un traje de charra<sup>3</sup> salmantina era su delirio, y así lo conservó hasta morir. Hace apenas unos días, la hija Elena, mi esposa, se lo entregó a la directiva de la Sociedad Salmantina en La Habana para una exposición en Salamanca, según dijeron, y después lo trajo para colocarlo. Murió a los 94 años de edad, el 17 de marzo del 2002. Fue socia de la Colonia Salmantina hasta su muerte.

Que descanse en paz quien no pudo firmar su expediente de nacionalidad, que le llegó la citación el 15 de noviembre de ese mismo año.

¡Que descanse en Paz y Dios la tenga en su seno a esta salmantina que nunca olvidó su tierra!

Nota: En días pasados entregamos un traje de Charra Salmantina a la Sociedad, que ellos trajeron cuando emigraron y tiene más de 100 años. También se entregó la partida de Bautismo original que se le da a la familia por la Iglesia el día que se bautiza y que tiene en poder de la familia desde 1907.

<sup>3</sup> Gentilicio con el que se designa también a los salmantinos (N.E.).

# Mis inmigrantes: la familia de Florinda Romo Hernández

Elena Diego Romo

San Felices de los Gallegos no era más que una pequeña aldea al oeste de la provincia de Salamanca, con su torreón y sus sembrados. Allí nacieron mis abuelos, José Romo Hernández, el 10 de septiembre de 1882, y Teodora Hernández Francisco, el 19 de septiembre de 1885. Pero cuando contrajeron matrimonio nunca imaginarían que su futuro se encontraba a miles de kilómetros de distancia, en una pequeña isla del Caribe.

Mi abuelo, según el cupo del pueblo, tuvo la suerte o la desdicha de ser quinto con el número 23, con lo que se consideraba elegido para el Servicio Militar Obligatorio, según las normas. Sin embargo, el 29 de mayo de 1905, fue declarado excluido totalmente debido a una cojera que presentaba en la pierna derecha.

Dos años después, el 3 de diciembre de 1907, nacería Florinda Romo Hernández, su primera hija, también en San Felices de los Gallegos. La situación económica evidentemente se tornó más compleja, así que decidieron venir para Cuba. ¿Cómo conocieron de la existencia de la isla? Realmente nunca lo supimos, quizás por los cuentos que se corrían de boca en boca.

Como tantos otros emigrantes españoles les sería muy difícil reunir el dinero para el viaje, por sus escasos recursos económicos, de manera que primeramente viajó José solo a Cuba en 3<sup>ra</sup> clase del vapor “Navarre”, desde el puerto de Santander, en España, el 4 de noviembre de 1910. Luego de su arribo a Cuba por el puerto de La Habana, en los primeros meses trabajó como albañil en la construcción del Malecón de La Habana y del puente sobre el río Almendares. Pero su cojera de la pierna lo limitaría físicamente por lo que tuvo que abandonar aquel trabajo y dedicarse a jardinero el resto de su vida.

Con el dinero ahorrado aquellos años, mi abuelo hizo un esfuerzo por reunificar a su familia y en 1912 pudo pagar el viaje en barco de mi abuela

y mi madre, Florinda, que para aquel entonces tendría apenas cinco años de edad. Así, mientras pudo abrirse camino aquí en Cuba, mi abuelo fue trayendo a sus hermanos, en la medida de sus posibilidades. Algunos tuvieron que volver de nuevo para España, pues el clima no les asentaba, y al final sólo quedó uno de ellos, Francisco, que a su fallecimiento fue enterrado en el Panteón de la Colonia Salmantina en el Cementerio de Colón. De la familia de mi abuela nunca tuvimos noticias, sólo sabemos que emigraron también para Venezuela y no volvieron a saber nunca más de ellos.

La unión de mis abuelos fue muy prolífica, llegando a tener seis hijas hembras además de mi madre, que serían: Agustina (la más pequeña y única que queda con vida), Francisca, María, Pilar, Fefita y otra que murió de niña. Siendo una familia tan numerosa, ellos tuvieron una vida de mucho sacrificio y trabajo. Mi abuela primero cocinaba a españoles que no tenían familiares en Cuba y después lavó para la calle casi toda su vida.

Mi madre, por ser la mayor de todas, tuvo que trabajar desde muy pequeña para poder ayudar en el sustento de la casa. Primero comenzó cuidando niños, y así en una ocasión tuvo que irse a vivir a Matanzas con la familia de uno de ellos, separándose varios años de sus padres y hermanas. Nos contaba que era tan pequeña que tenía que subirse a un banquito para alcanzar el lavadero. Más adelante, cuando tuvo edad suficiente, pasó a trabajar en una fábrica y luego como costurera en la tienda Inclán y en el asilo María Jaén en Marianao.

En dicho asilo, dirigido por las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, conoció al sobrino de la Superiora, Diego Navarro Pérez, con quien contrajo matrimonio el 12 de diciembre de 1936 por lo civil y el 13 de ese mismo mes por la Iglesia.

Como era costumbre en la época, mi madre dejó el trabajo luego de casarse, pero con el matrimonio vinieron los hijos y la vida se tomó más sacrificada. Tuvieron tres hijos, un varón, Diego, y dos hembras, Josefa Cecilia y Elena, la más pequeña que falleció de un año y medio. Mi padre trabajaba en un telar y mi madre comenzó a coser para la calle. Ella siempre fue una mujer muy emprendedora y luchó siempre por tratar de salir adelante. A sus hijos, de acuerdo a sus posibilidades, les dieron una carrera, porque no querían que pasaran tanto trabajo y necesidades, sobre todo como ella había pasado. Consiguieron una beca para que su hija Josefa pudiera estudiar Comercio en la escuela de las Hermanas de la Caridad, y el varón estudió en la Electromecánica de la Escuela de Belén. Ambos se sacrificaron para que sus hijos pudieran estar al nivel de los demás alumnos, cosa que a veces no fue fácil. Mi madre llegó a ser encargada de un edificio para no tener que pagar el alquiler del apartamento donde vivían, pues en esos momentos su esposo estaba operado y él trabajaba de carpintero por cuenta propia.

Como fruto del esfuerzo, pudieron ver a su hija graduada en el Teatro Auditórium de La Habana, y según nos contaba ella, esa fue una de las alegrías más grandes de su vida, aunque yo considero que su mayor felicidad fue poder regresar a España, pues nunca pensó que ese sueño se pudiera hacer realidad.

Cuando Sebastián Duque, en aquel entonces Presidente de la Colonia Salmantina de Cuba, le dijo que la llevaría a su pueblo natal en el viaje del Plan Añoranza, recuerdo que ella le dijo: “Duque, con eso no juegues”. Gracias a Dios que ese gran anhelo de su vida se pudo cumplir. Imagínense lo que significaba para ella volver a tocar su tierra española, de la cual había salido hacía 85 años atrás.

En Salamanca estuvieron hospedados en el Seminario de los Padres Reparadores, donde las muchachas que allí trabajaban y los estudiantes de curas se desvivieron en atenderla al ser la mayor del grupo cubano. Les hicieron un recibimiento magnífico con visitas a corridas de toros, centros comerciales, entrevistas para la radio y la prensa, etc. Pero lo más emocionante fue el día que pudo caminar por las calles de su pueblo de San Felices de los Gallegos, ir a la casa donde había nacido en la Calle Los Pozos No. 20, entrar en la Iglesia donde fue bautizada y rememorar los recuerdos de su infancia. Allí, al igual que en Salamanca, la recibieron como decía ella, “como si fuera una reina”, todo fueron agasajos.

Sus últimos seis años los pasó recordando los momentos que había vivido en España, con los álbumes de fotos y recortes de periódicos que sus hijos le confeccionaron, y deseando poder volver de nuevo. Sin embargo, al menos tuvo la satisfacción del regreso, algo que sus padres nunca pudieron alcanzar. Mi abuela falleció el 17 de julio de 1961 y mi abuelo el 11 de enero de 1962.

Mi madre siempre luchó por mantener en la familia el amor por su querida España. A pesar de su avanzada edad, dentro de la Colonia Salmantina en Cuba fue uno de los miembros más entusiastas, llegando incluso a formar parte de la directiva, sin que hubiese una fiesta o reunión que no contara con su presencia y entrega, como por ejemplo la recepción que dieron los Reyes de España en su visita a Cuba. De ahí que hubo quien le puso el sobrenombre de “El Estandarte”.

Cuando cumplió los 95 años en 2003, la Colonia Salmantina le dio un almuerzo en el restaurante que tiene la Agrupación Castellana y Leonesa, en homenaje a la natural de más edad que había en Cuba en ese momento. Su última actividad fue la conmemoración del 83 Aniversario de la fundación de la Colonia Salmantina en febrero del 2004, dos meses antes de su fallecimiento, el 16 de abril del mismo año.

Nos cabe la satisfacción de pensar que a pesar de los muchos esfuerzos que pasó en la vida, tuvo grandes alegrías, y vivió rodeada de bienestar junto a sus hijos, nietos y bisnietos, siendo muy admirada y querida.

## ANEXO

Se anexa a este trabajo un vídeo realizado por María Antonia Fernández, Secretaria de la Colonia Zamorana, que recoge una entrevista a Florinda Romo Hemández en su casa en octubre de 1999, donde ella nos cuenta de su propia voz vivencias y recuerdos de su vida.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> El vídeo se halla depositado, provisionalmente, en el Archivo de la Emigración de Castilla y León en la UNED de Zamora.

# La familia Serrano Concejo

Mirta Ríos Serrano

## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, le doy las gracias a mi cuñado el Ing. Eugenio Fernández Palma, por involucrarme y apoyarme en este proyecto.

Gracias también a mi hermana, Magali Ríos Serrano, por la incansable cooperación.

Y de una forma especial, a mi madre, sin sus recuerdos y testimonios habría sido imposible esta narración.

*A la eterna memoria de mi padre.*

## INTRODUCCIÓN

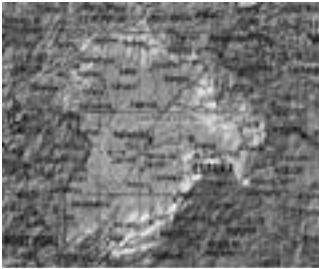
Lograr la correcta escritura de las vivencias imborrables de la familia Serrano Concejo ha sido una de mis mayores preocupaciones. A partir, de que los hechos relatados son verídicos. No pretendo enunciar en estas páginas la larga historia de personas inmigrantes. Se trata simplemente de relatar las experiencias vividas. He intentado desarrollarla en una forma sencilla y amena, si lo logro, habré cumplido mis objetivos.



Imagen de Villaflechós.

## DESARROLLO

Castilla y León está situada en el centro y noroeste de España. Limita al norte con Galicia, Asturias, Cantabria y País Vasco al sur con Extremadura, la Comunidad de Madrid y Castilla- La Mancha, al este con el País Vasco, La Rioja y Aragón, y al oeste con Galicia y Portugal. Tiene una superficie de 94.224 km<sup>2</sup>, que representan casi una quinta parte del territorio español. Sus nueve provincias: León, Zamora, Salamanca, Burgos, Soria, Segovia, Ávila, Valladolid y Palencia que, junto con las antiguas provincias de Santander y Logroño formaban la región de Castilla la Vieja, constituyen la comunidad autónoma más extensa del país la mayor región de la Unión Europea, en ese remoto lugar ya casi olvidado en la memoria, nació mi madre.



La marcha hacia lugares desconocidos en busca de un puesto de trabajo o de un refugio político para asegurar algo tan elemental como la supervivencia de quien se veía obligado a partir de su lugar de origen ha sido una característica de muchos pueblos, entre ellos el español.

La población, en cuanto a su número y a su composición por edades, no sólo evoluciona por el juego combinado de la natalidad y la mortalidad, sino además por los movimientos de salida y entrada de individuos, que pueden clasificarse en definitivas (lográndose el asentamiento en los países de destino hasta el final de sus vidas) o temporales, en menos casos (con el retorno).



Las causas de la emigración transoceánica están dadas por escasez de alimentos en algunas áreas, las sequías prolongadas, intolerancia al país, necesidad de mano de obra en labores agrícolas en el país de recepción, el establecimiento de un transporte naval



regular, además de las afinidades culturales y lingüísticas que favorecieron estos desplazamientos que estaban integrados por individuos jóvenes y fuertes, los débiles no emigraban y en su inmensa mayoría hombres, las mujeres emigraban menos. Los principales destinos fueron Cuba, Puerto Rico y Argentina. Posteriormente Venezuela y Brasil.



Pedro y Serafina.

Según la partida de nacimiento de mi madre, Manuela Serrano Concejo, nació el 24 de marzo de 1923 en el poblado de Villafrechós, Valladolid, España. Fue la quinta hija de la unión de Pedro Serrano Girón (1889-1959) y Serafina Concejo Cabrera (1892-1976), matrimonio que tuvo la característica de ambos ser hijos únicos y primos. Por la línea paterna los padres se nombraban Pedro Serrano Espeso, poseía algunos terrenos y se dedicaba a la cría de ganado, y Manuela Girón Barayón, a las labores propias de su sexo. Por la materna Ramón Concejo Cuenca, alguacil del poblado y Agustina Cabrera Izquierdo, ama de casa.



Isabel y Domingo.

La primogénita fue su hermana Oliva, que fallece a los cinco meses de nacida. Asimismo fallecen otros dos hijos a los pocos meses de nacidos por falta de asistencia médica por lo intrincado de la zona rural y las condiciones de vida que no resultaban las adecuadas. Del matrimonio nacieron siete hijos: Pedro, Manuela y Agustina, que fue la última hija concebida a la edad de 44 años; los otros cuatro hijos fallecieron antes del año de nacidos. (Anexo N.º I).

En el año 1915, a los pocos meses de nacido el segundo hijo, Pedro, como muchos otros españoles, decide emigrar a la República Argentina en busca de mejoras económicas y con la voluntad férrea de hacerse de un respaldo económico para luego establecerse definitivamente con su familia en esa tierra. El padre no emigraba precisamente por razones económicas, tenía respaldo financiero para la época, aunque las condiciones de vida eran propias de las personas de campo. Desde niño sentía la necesidad de encontrar un país



Joquina y Ramón. Isabel y Domingo



Manuela a los 15 años. Boda de Mauel y Manuela



que se adaptara a su satisfacción interna, quería otras condiciones de vida que le resultaba imposible alcanzar en su tierra natal Cuba llenó sus expectativas.

Estuvo seis años en la República Argentina, donde trabajó como jornalero en los trigales de la Pampa Argentina y en la cría de ganado vacuno, país que tampoco satisfizo sus anhelos. Con algunos ahorros regresa a Valladolid, ya

con el empeño de viajar a Cuba, donde habían emigrado amigos y familiares, convirtiéndose en realidad cuatro años más tarde lo que pudo ser una ficción. Ahora viajaba con la familia, debía asumir pago de pasajes, gastos de la travesía y mantener algunos ahorros.

En estos cuatro años se dedica a la cría de ganado, actividad que realizó desde niño con el padre. También en este período fallecen el padre y la madre. Al viajar a Cuba deja las tierras al cuidado de un paisano, con quien mantuvo una comunicación esporádica que devino en nula al fallecimiento de Pedro, aunque nunca manifestó interés alguno en los pocos bienes que dejó.

A bordo del buque Alfonso XIII, el día 12 de diciembre de 1925, desembarcan en La Habana Pedro Serrano y Serafina Concejo con sus dos hijos: Pedro, de once años, y Manuela, de dos. La travesía tuvo sus incomodidades e inconvenientes Serafina tenía cuatro meses de embarazo, y la hija Manuela viajaba como emigrante indocumentada. A pesar de los contratiempos, la esposa determinó viajar junto al esposo.



Pedro

Son recibidos por Dolores, amiga española que posee una casa de huésped. Les ofrece albergue y ayuda, hasta tanto, puedan trasladarse al Central Francisco en la provincia de Camagüey, donde se establecerían con la cooperación de algunos familiares, ya radicados allí. Como los inmigrantes debían enfrentar muchas dificultades, se instalaban en poblados formados mayoritariamente por personas de su mismo país de origen, y eran ayudados los recién llegados hasta lograr encaminarse.

La amiga Dolores llevaba ocho años de establecida en Cuba, país al que llegó en unión del esposo. Desde el arribo trabaja como operario en un taller de joyería, y ella como doméstica. Al fallecer el esposo cinco años después, Dolores invierte los ahorros en una casa de huésped, al frente de la cual estuvo hasta el regreso definitivo a Zamora, su tierra natal con las dos hijas y nieta en el año 1965.



Cuba es la mayor y más occidental de las Antillas, situada en la entrada del Golfo de México, por lo cual se le llama “Llave del Golfo”, con una extensión de 114.525 km<sup>2</sup> y su anchura media entre los 190 y los 30 kilómetros.

Durante la etapa de estancia en La Habana, el padre que era un buscavidas se contrató como vendedor de flores. También trabajó como auxiliar de cocinero en la cocina de la casa de huésped, donde el hermano ayudaba en las compras de los alimentos en el mercado, y la madre, a pesar del embarazo y el cuidado de la hija, cooperaba en la limpieza. En el verano del año 1926, una vez transcurrido el proceso de adaptación a las nuevas condiciones de la vida que comenzarían, (también había ocurrido el parto prematuro del sexto hijo el que fallece al nacer), se trasladaron definitivamente al Central Francisco, ubicado al sur de la provincia de Camagüey en la región oriental de Cuba, donde los terrenos son llanos, excelentes para la cría de ganado vacuno y siembra de caña de azúcar.

Han transcurrido seis meses de la llegada a Cuba, y han hecho contacto con amigos y familiares ya radicados en el Central Francisco procedentes de Valladolid. Entre ellos los primos Domingo Espeso y su esposa Isabel, los tíos Ramón y Joaquina, las amigas Victorina y Niñita, esta última casada con el Dr. Sosa, de origen cubano. Personas que emigraron buscando mejores condiciones de vida y económicas.





La familia Espeso se dedicaba a la cría de ganado vacuno en las tierras que habían logrado adquirir con el trabajo de un esfuerzo constante, laborioso y sin descanso. Cuando se establecieron en Cuba en el año 1915, Domingo trabajó como peón en el pastoreo de ganado vacuno e Isabel como doméstica, convirtiéndose en un colono prestigiado en la

zona, actividad que desarrollaba con el apoyo de los 3 hijos varones. Las dos hembras y la esposa se dedican a las labores propias del hogar. Sólo la hija primogénita, Julia, nació en Valladolid. (Anexo No. 11).

En mayo del año 1936 Domingo e Isabel viajan de vacaciones a España, con la finalidad de establecerse definitivamente allí en un futuro cercano. Estando en España comienza la Guerra Civil, ante la crítica situación política existente, deciden regresar a Cuba antes de la fecha prevista. Nunca más viajaron a la tierra natal, ambos fallecen en Cuba.

Los tíos se asientan en la Ciudad de Camagüey, no tuvieron descendientes. Ramón era cocinero, desde su llegada presta servicios en la cocina del Hotel “España” y Joaquina atiende el servicio de entrega de comida a domicilio en una casa de huésped, al morir los dueños ella hereda los bienes. En el año 1948 viajan a España para visitar familiares y amigos, regresan transcurridos diez meses. Residen en Cuba por el resto de sus vidas, donde habían arribado en el año 1917. (Anexo No. III).

El padre, entre los múltiples oficios que desempeñó, (peón, vendedor ambulante, mozo de cocina, etc.), conocía muy bien la jardinería, oficio que aprendió de forma autodidacta y comenzó a ejercerlo en casa del Dr. Sosa, donde la madre se ocuparía como ama de llaves. Este empleo les favorecía pues tenían vivienda, comida asegurada y un salario de \$50.00 pesos, además los dos hijos pudieron comenzar estudios en la Escuela Pública No. 2, único centro escolar del central. Pedro (Jr.) continúa los estudios en el año 1927 hasta alcanzar el sexto grado, y Manuela comienza a asistir a la escuela en el año 1929.

La atención a la niñez de Pedro (Jr.) fue asumida por los abuelos paternos y maternos, también por la madre. A pesar de los intentos por regresar, unido a los deseos, como consecuencia de la Primera



Guerra Mundial que provocó limitaciones en el transporte naval, además de lo arriesgado de la travesía, por tales motivos, el padre debió permanecer un prolongado tiempo en la Argentina, lo que proporcionó

que su hijo durante esta etapa sufriera las limitaciones de un niño que vive en una zona rural. Sin la atención del padre, a quien apenas conocía y le era imposible recordar, a los ocho meses de nacido dejó de sentir su presencia. Después del regreso del padre, comienza otra vida. Transcurrido algún tiempo asiste a la escuela y posteriormente lo ayuda en las labores del campo. La niñez de Manuela, fue semejante, aunque las circunstancias fueron otras, se acrecentaron las dificultades por los padres inmigrantes que comenzaban una nueva vida.



La adolescencia de ambos tuvo otros matices. La familia comienza a encaminarse, tienen lo imprescindible para vivir, además Pedro con 16 años trabaja como mensajero en la consulta del Dr. Sosa y recibe algún dinero extra, lo que permite que asistan a fiestas y puedan compartir con amigos y amigas.

Para poder enfrentar la situación económica de la familia, el padre asume otro trabajo de jardinería en la vivienda del administrador del central conocido como el Chalet de Mr. Miller. Después de algunos años cuando ya pudo darle casa propia a la familia dejan el empleo en la vivienda del Dr. Sosa y se trasladan a residir al poblado “La Loma”, a dos kilómetros del Central. La Loma era un poblado de casas de arquitectura colonial, rodeadas de jardines llenos de flores y patios con árboles frutales, lo que proporcionó que pudiera dedicarse al cultivo de hortalizas, flores y árboles frutales lo que realizaba con dedicación y esmero, además de ser otra vía de apoyo económico.

Serafina tenía gran habilidad para el tejido, oficio que aprendió de la madre, lo que le permitió enseñar a las amigas y confeccionar prendas tejidas para la venta, siendo otra vía de apoyo económico para ayudar a la manutención de la familia. El hijo, Pedro, ya con 20 años de edad, permanece en la vivienda del Dr. Sosa, donde trabaja como chofer.

Han transcurridos diez años de intenso trabajo, pero nunca tuvieron una solvencia económica para emprender negocio que le proporcionara mejoras económicas. Era una familia humilde que había alcanzado en esa época, a pesar de las limitaciones económicas mejores condiciones de vida.

Los padres y el hijo siempre mantuvieron actualizado el carnet de extranjeros, abonando anualmente la cuota asignada por inmigración. No sucede así con la hija nacida en España, que es inscripta en la Isla como un nuevo nacimiento. Por tal





motivo, mi madre vuelve a nacer el día 24 de abril del año 1928, como muchos españoles radicados en Cuba. Nunca estuvieron asociados a ninguna sociedad española por desconocimiento, propiciado por la falta de información y orientación. (Anexo No. IV).

Estamos hablando del desarrollo de la familia entre los años 1930 a 1935, donde la crisis económica y la situación política del país eran complicadas, pero a pesar de esto deciden no regresar a España y establecerse definitivamente en Cuba. Los padres de ambos ya habían fallecido, y los únicos familiares estaban establecidos en la Isla. Nunca en los planes estuvo el visitar la

tierra natal se requería de un respaldo económico que nunca tuvieron, vivían de forma humilde y sin lujos. Serafina añoraba visitar su tierra, Pedro encontró el bienestar y la razón de vivir en este país en lo que influyó el clima de la Isla. Precisamente en el año 1936 nace la última hija del matrimonio, en la madrugada del día 11 de septiembre. Manuela, cumpliendo quince años, foto realizada en la Ciudad de Camagüey, donde fue invitada de vacaciones por los tíos como regalo de cumpleaños.

Mi madre ya concluyó los estudios hasta el sexto grado, recibe clases de corte y costura y bordado, a la vez que ayuda en la crianza de su hermana menor.

Ya en el año 1940, después de haber trabajado sin descanso durante quince años, la familia tiene una mejoría económica. La madre se dedica por entero a las labores del hogar ayudada por su hija, el hijo mantiene su trabajo de chofer y el padre labora de jardinero, a partir de ahora en la iglesia “Santa Elena”, labor que desempeñó hasta su jubilación.

El principal entretenimiento de Pedro, a pesar de sus múltiples obligaciones, era la cacería. Disfrutaba salir a cazar con su hijo y el Dr. Sosa, ya fueran patos en la laguna o cualquier otro tipo de aves.

Creo que si algo influyó para que el padre fuera querido y admirado, tanto por familiares y amigos, fue por su nobleza, sencillez y buen humor, cualidades que siempre lo distinguieron. Para él no existían las incomodidades, y pasaba por encima de los contratiempos, hasta alcanzar sus propósitos.

Su hermano, con 28 años de edad, se independiza de la familia y regresa a La Habana para continuar el trabajo como chófer del Dr. Sosa. En La Habana forma su familia y en el año 1960 emigra a los Estados Unidos en unión de las personas que le brindaron ayuda y sirvió desde el arribo a Cuba. El Dr. Sosa





nunca tuvo descendientes, lo que proporcionó que Pedro fuera considerado como un hijo.

Después de fallecida la madre no mantuvo el vínculo con la familia.

Ya mi madre había conocido a la persona que años más tarde se convertiría en su esposo y padre de sus tres hijos en una fiesta de carnaval, ya que gustaba de la música y el baile.

El esposo, Manuel Ríos Brenlla, nace en Santa Comba, Santiago de Compostela, La Coruña, España, el 19 de septiembre de 1909. (Anexo No. V y VI). A la edad de 13 años, y ante la crítica situación financiera que presenta la familia agudizada por el fallecimiento del padre, decide emigrar a Cuba, impulsado por la esperanza de un destino mejor pero incierto. Viajó como polizante con la incertidumbre de enfrentarse a lo desconocido, pero convencido que Cuba le ofrecía una oportunidad.

Por los azares del destino, Manuel llega a La Habana a bordo del buque Alfonso XIII el día 12 de diciembre de 1925. Como podrán apreciar, ambos viajaron a Cuba en el mismo buque y quizás con los mismos sueños, ya que por conversaciones sostenidas con familiares y amigos, también por los documentos se conoce el puerto de embarco en Santander y el puerto de desembarco en La Habana. El buque estaba diseñado para transportar pasajeros en cámaras y en los sollados emigrantes, donde viajaron ambas familias.

A su llegada a Cuba se establece en el Central Francisco, Provincia de Camagüey, donde había contactado con un paisano el Sr. Amejeiras que le ofreció casa, comida y trabajo. Comienza a trabajar como liniero en el ferrocarril y el primer salario ganado se lo envía a la madre, manteniendo el envío cada vez que era posible.

Han transcurrido tres años, ahora trabaja como dependiente en una bodega en Ciego de Ávila, empleo que le ofreció un amigo cubano. Después de mucho trabajo, carencias y sacrificio, en el año 1940 tenía bodega propia en la Colonia “El Toro”, en la Provincia de Camagüey con casa de vivienda. Fue un reto en su vida, y tomó la decisión de invertir sus ahorros en este proyecto que le dedicó esfuerzo, empeño y tenacidad, de igual manera sintió la temeridad ante acciones peligrosas, a pesar de todo la vida lo gratificó. También le

dedicó tiempo a la superación pagando un maestro en horario nocturno para aprender a leer y escribir.

Anexo No. I

**ACTA DE NACIMIENTO**  
REGISTRO CIVIL DE 1.º de junio de 1942

Número 185 DISTRITO DE 1.º de junio de 1942

NOMBRES Y APELLIDOS <sup>del niño</sup>  
Manuela Serrano Coscjo

*[The form contains a detailed handwritten record of the birth, including the names of the parents, the date and time of birth, and the location. The text is written in cursive and fills most of the page.]*

*[Signatures of the registrar and witnesses]*

Acta Inscripción Nacimiento Manuela Serrano Coscjo en España

Mi madre frecuente ya algunas fiestas donde comparte con él, así comienza un noviazgo que terminará en matrimonio una agradable tarde del día 5 de junio del año 1942 en el Registro Civil del Central Francisco, Acta Nº 185, Folio 376, Tomo Tercero. En el año 1952, en ceremonia íntima contraen



matrimonio por la iglesia católica en la Capilla del Colegio “Sagrado Corazón de Jesús”.

Casada mi madre se traslada a vivir a la Colonia “El Toro”. Asume las obligaciones propias del hogar, además de ayudar al esposo en las labores de la bodega, donde ambos trabajaron con perseverancia, constancia y con el empeño de salir adelante.

Con una situación financiera solvente, compran un auto para facilitarse el traslado los fines de semana y vacaciones cuando visitaban a familiares y amigos. Regularmente realizaban los viajes en motores de líneas por una ruta de hermosos paisajes que disfrutaban, sentían algo exclusivo por la naturaleza.

En el año 1943 suceden dos acontecimientos importantes para la familia: como los negocios marchaban bien y con una posición económica desahogada, pueden mantener su modo de vida con niñera, cocinera, auto y planta eléctrica, por lo que solicitan asociarse al Francisco Social Club, donde pueden disfrutar de juegos de mesa, parque Infantil, bailes, fiestas, etc., además de una amplia vida social.

El día 11 de abril nace el hijo varón primogénito, que nombran igual que el progenitor, Manuel. En esta etapa Manuela se desentiende del trabajo de la bodega y se dedica únicamente a la crianza de los hijos.

Manolito, como cariñosamente llamaban al hijo, permaneció sin contarse el cabello hasta los 4 años, cumpliendo promesa de los padres por haber sido varón el primer hijo. El día 11 de abril del año 1947 le cortan el cabello.

Mi madre disfrutaba las reuniones familiares, y tenía como costumbre cada año los días 24 y 25 de diciembre reunirse toda la familia en una gran cena, donde participaban los padres, hermanos y amigos íntimos. La casa siempre adornada acorde a la fecha, un lindo arbolito de navidad y la comida preparada a la criolla. Asimismo era costumbre de la familia asistir a la fiesta de fin de año cada 31 de diciembre en el club, envuelto en el bullicio de la alegría del nuevo año. También se reunían para la celebración de los cumpleaños. Todos eran muy felices siempre luego de comer y beber, por la forma muy especial de mi madre de tratar a las personas, disfrutaba de un día de reunión con la familia.

Lo más sobresaliente acontecido: el 14 de mayo del año 1946 es el segundo y último parto de mi madre, un parto gemelar de hembras que nombraría Mirta y Magali. A los veinte días de nacidas las gemelas, son bautizados los tres hijos en la Iglesia “Santa Elena”.

En el año 1949 deciden comprar otra bodega en la Colonia “Las Diez”. Esto conllevó que mi padre tuviera que acogerse a la ciudadanía cubana, era requisito indispensable para continuar en el comercio. (Anexo N<sup>o</sup> VII y VIII).

La Colonia “Las Diez” tiene un significado muy especial en el orden sentimental. Allí estuvo la familia refugiada los últimos días que antecedieron al triunfo revolucionario, ante la amenaza de ser bombardeado el central. Cada noche se oía el trepidar de los motores de los aviones, era una amenaza constante para intimidar a los revolucionarios, entonces el esposo toma la decisión de salir con toda la familia del central. Las personas desconocen lo que es una revolución, por más que les cuenten siempre será muy distinto a lo sufrido, todo cambia y no sabes por qué, y los cambios son para toda la vida. Con estos cambios la unión de la familia se debilitó. Este proceso revolucionario fue apoyado por mis padres desde su inicio. La bodega era un punto de enlace, además contribuían con alimentos, medicinas, ropas, etc.

Motivado por el deseo de encontrarse con sus familiares, con quienes había mantenido siempre correspondencia el esposo, planifica viajar a España, (han transcurrido 25 años del arribo a Cuba). Antes de la salida a España, la familia se retrata para llevar fotos a los familiares. El día 15 de junio del año 1950 viajamos a La Habana para realizar los trámites. El día 20 despedimos a Manuel que regresará el 22 de noviembre del mismo año. (Anexo N° IX). Arribó al aeropuerto de “Barajas” en compañía del paisano Amejeiras. (Anexo No. X)

El encuentro con la familia estuvo cargado de emoción y acontecimientos, era como un extraño a medias. Todo había cambiado, pero la familia resultaba lo más importante y su atención una máxima prioridad. Durante este período se consolidaron las relaciones familiares y la unión con los amigos.

Durante estos cinco meses mi madre asume la responsabilidad de las bodegas, apoyándose con un dependiente en cada una y demuestra, una vez más, su personalidad valiente, audaz, arriesgada con carácter e inteligencia y con visión de futuro. Período en el que los negocios comenzaron a alcanzar mayores ingresos por su firmeza e inflexibilidad ante los créditos concedidos, cobró la totalidad de las cuentas pendientes, motivo por el cual el año 1950 tiene características especiales en el orden económico. En conversaciones con familiares y amigos siempre se precisaba un antes y un después del año 50, cuando Ríos fue a España.

Ya los padres habían ido a residir al Central Francisco, Serafina jugando la lotería había ganado \$10.000.00 pesos. Con este golpe de suerte la vida les cambió, adquirieron la casa en el central, compraron un auto y disfrutaron de vacaciones en La Habana, además de operar una cuenta de ahorro en el banco. Permanecieron de vacaciones tres meses visitando diferentes lugares, familiares y amigos.

Mi madre decide, a pesar de la protesta del esposo, que debíamos hacer lo mismo que los padres, residir en el central, lo que facilitaría la asistencia de los tres hijos a la escuela y estar más cerca de familiares y amigos. En el

año 1952 nos establecemos en el Central Francisco. Comenzamos a asistir a la escuela privada en el recién construido “Colegio Sagrado Corazón de Jesús”, donde continuamos estudios, ya era tiempo de asistir con rigor a la escuela y aprender. Una vez comenzados los estudios en el nuevo colegio, nos preparamos para recibir la Primera Comunión en la Iglesia “Santa Elena”.

En el año 1954, con una próspera situación económica, Manuel decide invertir en otra bodega. Ahora sería en el Central “Macareño” lugar aún más intrincado, lo que no es aceptado por mi madre y propone invertir en La Habana, pero ahora en otra empresa en la compra y venta de casas para en un futuro residir en La Habana, cuando los hijos debieran seguir estudios superiores. Esta empresa, que llevó a cabo con gran tesón y dedicación con el apoyo del hermano, comenzó a proporcionarles ganancias que se mantuvieron hasta el año 1960. Las gemelas, vestidas de españolas participando en la última fiesta infantil de disfraz, ofrecida en el Francisco Social Club en el año 1957.

Mi madre disfrutaba a plenitud los hechos importantes que ocurrían en la vida de sus hijos, era como ver sus sueños hechos realidad. A mi madre le gusta disfrutar de la playa y al esposo de la pesca, motivo por el cual, generalmente, los fines de semanas y en las vacaciones, íbamos para la playa de “Santa Lucía” o “El Guayabal”.

Una vez fallecido el abuelo, y con la intervención de los bienes por el Gobierno Revolucionario, la familia decide trasladarse para La Habana. Un sol tibio alumbraba el amanecer del día 28 de octubre de 1960, el de la partida, el de la despedida del suelo camagüeyano. Unos cientos de kilómetros de camino, finalmente llegamos a La Habana. Era una bonita ciudad que mantenía sus pasados coloniales, sus barrios residenciales, circulados de amplias avenidas con los balnearios cercanos al mar que eran sumamente agradables.

La vida le dio a mi madre algunas recompensas, algo que siempre quedó pendiente fue visitar su tierra natal, lo que había planificado hacer en unión de su esposo y tres hijos en el año 1961 cuando las gemelas cumplieran los quince años, solamente conocía la familia del esposo por medio de fotos amarillas. Los cambios sociales ocurridos en el país cambiaron definitivamente el rumbo de la vida, ya el momento era otro.

Los años 1962 a 1973 fueron años nuevamente de duro trabajo y sacrificio para mi madre, la que nos da a entender que la situación económica no es buena. El esposo recibe un salario de \$95.00 pesos desempeñando el oficio de sereno, lo que implica que mi madre, ante la apretada situación económica se dedique al oficio de modista, con esto y los ahorros pueden enfrentar el sostén de la familia. Sólo su capacidad creadora le permitió sortear cada mala jugada que la vida le puso por delante.

Anexo No. II



Valladolid, Noviembre 12-1936

Francisca Rico

Recuerdo de nuestro viaje

a España

Domingo e Isabel

Anexo No. III



San Pedro Juan

Recibe Este Foto

Como recuerdo de

Los Eios que -

siempre te damos

- Luciana Ribón

Pasamos a vivir una vida de grandes contrastes. En el año 1965, su hijo matricula en la Universidad en la Facultad de Ciencias Médicas, se gradúa de Dr. en Ciencias Médicas. Sus hijas matriculan la Escuela de Administración y se gradúan de Secretariado. Los hijos han logrado la independencia personal y económica en el año 1970.

Entre los años 1970 a 1980, cuando la vida de la familia parecía que se había encauzado, Manuela sufre la pérdida de la madre, y posteriormente la hermana emigra a los Estados Unidos, donde fallece a los tres meses. En este período se jubila el esposo con una pensión de \$75.00 pesos, ella debe continuar su oficio de coser para la calle hasta el año 1990, que enferma el esposo y debe dedicarle toda su atención.

Manuela hace 40 años fue libre de decidir emigrar a otro país, no le era impuesta esta condición como en la niñez. La elección fue continuar la vida de trabajo, abnegación y carencias en el país que la había acogido cuando llegó en total desamparo. En la memoria se le confunde si la elección fue por los recuerdos desgarradores que aún persisten de la emigración, por el temor, una vez más, a la incertidumbre a lo desconocido o por un sentimiento especial que siente por esta tierra.

La historia de la inmigración no comienza ahora, se remonta a muchos años atrás. Podemos decir que más del 60% de los cubanos tienen ascendencia española, fueron muy pocos los españoles que retornaron a su tierra natal. Una vez establecidos en la Isla, concebían las familias, llegaban los descendientes y se quedaban por el resto de sus vidas. Con estos descendientes llega el advenimiento en el año 1975 de la primera representante de la tercera generación de la familia a la que nombran Marialva. Después nacerán Marilia, Jairo y Marcel. Esta nueva etapa de la vida exige ayuda y cooperación en la crianza de los nietos. Ya en el año 1982 han nacido los cuatro nietos y están creciendo, comparten la vida con los abuelos y también asisten a la escuela.

Otro acontecimiento importante es cuando el Dr. Manuel Ríos Serrano debe brindar Asistencia Técnica en África, donde es designado en el año 1987 por dos años. En los ir y venir en ocasiones realizó escala en Madrid, por algunos días. Por tal motivo, tuvo la oportunidad de conocer la tierra de sus antecesores. Con lo cual se cumplió en parte el sueño de Manuela de que sus hijos visitarán su tierra natal.

En el año 1994 fallece el esposo, hecho que desestabilizó a la familia. El hijo vivía fuera de provincia, y la hija Magali no podía asumir esta responsabilidad, por tanto, Manuela continúa en su vivienda en unión de la hija Mirta y el nieto Marcel, como siempre habían convivido.

Es increíble cómo pasa el tiempo, ya los nietos han crecido y se han convertido en hombres y mujeres.

Los nietos, aunque ya son independientes y han formado sus familias, aún no han tenido descendientes, lo que implica que la cuarta generación está por llegar, y Manuela espera los bisnietos para convertirse en bisabuela, pero es feliz disfrutando de los nietos en los que ha visto los sueños realizados. Marialva y Marilia son Doctoras en Medicina; Jairo, Profesor, Lic. en Pedagogía y Marcel, Técnico Medio en Electrónica, estudia actualmente Ing. en Telecomunicaciones.

La vida de mi madre, aunque padeció carencias, dificultades y vicisitudes, tiene pinceladas de lo que podemos llamar casualidades del destino. Acontecimientos donde la coincidencia de la vida marcó pautas en el desarrollo de su futuro. Logró formar una familia sobre la base del amor, respeto y ayuda mutua, lo que se evidencia en los 52 años de matrimonio. Es una vida

**Anexo No. IV**



representativa de lo que es fidelidad, lealtad, sacrificio, honradez y coraje.

En el año 2000 comenzamos los trámites para recuperar la nacionalidad española. Una vez adquirida, se asocia en la Sociedad Castellana de Beneficencia. Mi hermana y yo nos acogemos a la nacionalidad española y también ingresamos en la sociedad, donde integramos la Directiva. (Anexo XI, XII y XIII).

Una vez más la vida la recompensó cuando en el año 2001 comenzó a recibir pensión asistencial del Gobierno de España, logrando su independencia económica y personal, así como una ancianidad digna.

En el año 2002 es entrevistada por el Sr. Juan Andrés Blanco, Director de Estudios a Distancia de la Universidad de Zamora en el domicilio de Manuela para la investigación que el Sr. Andrés estaba llevando a cabo de los

inmigrantes.

Ese mismo año asiste a la actividad que se ofrece en el club Villarino por el Día de Comunidad y de la Visita de la Directora General de Asuntos Europeos y Acción Exterior de la Junta de Castilla y León, donde recibe RECONOCIMIENTO de manos de la Directora María Aránzazu Miguélez Pariente.

La inmigración ha sido descrita como “Un sueño, un delirio, una fiebre, que la medicina no puede curar. Los signos de esta enfermedad son ver en sueños un país dorado por el sol.”

La emigración española a América alcanzó su punto más alto en el 1920, con más de 150.000 emigrantes, para decaer en la década de los años treinta y volver a subir a mediados del pasado siglo. Además, en la década de los años sesenta comenzó a decaer y en 1970 apenas llegó a 7.500. A partir del año 1973 decae, habiendo prácticamente desaparecido en la actualidad. Cuba se

convirtió en 1917 en el primer país de América de destino de los emigrantes españoles. Dos años después la población de Cuba ascendió a 2.899.004 habitantes, de los cuales 345.644 eran españoles, lo que significó que el 9% de la población total fuese de origen español. Ese año entraron al país 32.157 emigrantes españoles más.

Los españoles residentes en la Isla se adelantaron a los gobiernos de turnos en lo referente a la seguridad social, salud e instrucción. Crearon sociedades para recreo y socorro mutuo. Las familias educaron a sus hijos y les inculcaron el amor a la patria que los había acogido. Fundieron su cultura con la nuestra. Dejaron a las generaciones futuras de cubanos no sólo sus instituciones y obras civiles, sino lo más importante: su ejemplo de trabajo, organización y solidaridad.

## CONCLUSIONES

He tratado, en apretada síntesis, de entrar en contacto con nuestras generaciones de sentimientos íntimos y a la vez eternos. Con la intención de que la luz tropical que iluminó a mi familia se respire en estas páginas, escritas desde el corazón y para el corazón.





No he podido dejar de observar los aspectos positivos y negativos como consecuencia de trabajar con la memoria, proceso en el cual el individuo no sólo repite su experiencia pasada, sino que la reconstruye.

Ojalá sea un hallazgo para aquellos más jóvenes que no han tropezado con todo lo que está inserto en el difícil y grandioso privilegio de vivir.

ABRELO No. VI

Don Manuel Serrano Sotomayor, hijo primogénito de don Manuel Sotomayor y doña María de los Dolores, natural de San Sebastián de los Caballeros, provincia de León, España, en posesión de la titulación de

Cada uno de los señores don Manuel Sotomayor y don Manuel Sotomayor, hijos primogénitos de don Manuel Sotomayor y doña María de los Dolores, naturales de San Sebastián de los Caballeros, provincia de León, España, en posesión de la titulación de

Manuel Serrano Sotomayor  
Certificado de Autenticidad de Manuel Serrano Sotomayor

ABRELO No. VII



Certificado de Autenticidad de Manuel Serrano Sotomayor



Anexo No. VIII

*Tr. Conde Rodolfo Hernández Concepción, Jefe de la Sección Jurídica de la Dirección de Inmigración y Extranjería del Ministerio del Interior.*

**Certificado:**

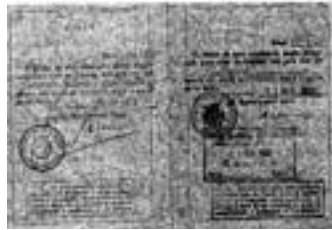
Que en los archivos de la Dirección de Inmigración y Extranjería consta en el Registro de Ciudadanía, con el No. de Orden 1200, Año 20, día 27 de Febrero de 1920, la inscripción de la Carta de Ciudadanía expedida por el Ministro de Estado, a favor de **Manuel Rizo Serrano**, natural de El Puerto de Santa María, en virtud de su estado de la fecha de su expedición, y que de el mismo y fecha, a raíz de la resolución de el artículo 1º de la Constitución de la República de Cuba expedida cuando se promulgó esta Ley, que el interesado es actual del Expediente 10772 del año 1920.

Y a solicitud de **Manuel Rizo Serrano**, se ordena la presente inscripción en la Ciudad de la Habana, a los 27 del mes de Octubre del 2020. (Firma del Sr. Asesorado de la Dirección de Inmigración y Extranjería)

*Tr. Conde Rodolfo Hernández Concepción*  
*Jefe Sección Jurídica*  
*Dirección de Inmigración y Extranjería*



Certificado en la Ciudad de la Habana de Manuel Rizo Serrano



Anexo No. XII



Recibo de inscripción en la sociedad

**Anexo No. XIII**

**SOCIEDAD CASTELLANA DE BENEFICENCIA**  
SEPTIMO 519 ENTRE CAMPANARIO Y LEALDAD  
CENTRO HABANA . CIUDAD DE LA HABANA  
CP 12400 . TELER. 8625482

**A QUIENES EL PRESENTE VIEREN:**

**SABED: QUE EN LA JUNTA GENERAL REGLAMENTARIA DE ELECCIONES,**  
CELEBRADA EL DIA 26 DE DICIEMBRE DEL 2004, PREVIA CITACION AL  
EFECTO, FUE ELECTO PARA OCUPIAR EL CARGO DE

*Vocal*  
*Mirta Ríos Serrano*

**Y PARA QUE EN EJERCICIO DE SUS FUNCIONES, DURANTE EL PERIODO**  
**DIRECCIONAL DE ENERO 1° DEL 2005 HASTA EL 1 DE DICIEMBRE DEL 2009,**  
**PUEDA ACREDITARLO ANTE LAS PERSONAS A QUIENES LE CORRESPONDA, SE EXPIDE LA**  
**PRESENTE CREDENCIAL EN CIUDAD DE LA HABANA, A LOS 27 DIAS DEL**  
**MES DE DICIEMBRE DEL 2004.**

*[Firma]*  
PRESIDENTE

*[Firma]*  
SECRETARIO



Credencial de Mirta Ríos Serrano como Directiva

Credencial de Mirta Ríos Serrano como Directivo.

# Historia de mi madre zamorana

Juan Bosco Estévez Fadón

## ¿LE SEGUIMOS DANDO A LA VIDA SUEÑOS?

Todos los escritores, comentaba a mi hija, deben enganchar desde el inicio. Sus relatos, historias o lo que sea escriban, deben atrapar al lector desde el comienzo, deben tener entonces un buen comienzo, y un buen escritor (parte difícil).

Esta historia es, por encima del relato de la vida de una emigrante que como diría Serrat nació en el Mediterráneo<sup>1</sup>, una historia de vida, una lección de vida y nada más. Algo tan fácil de pronunciar y tan difícil de expresar en palabra escrita, que sólo los que hemos vivido y sobrevivido a lecciones tan duras del destino o el azar, logramos, a duras penas. Espero que el letargo inicial, y las que ahora considero dulces agitaciones, de la que también es mi historia, no agoten al lector. Sin más, la historia de Aurora Fadón Gaspar: mi madre.

Nació el 1ro de marzo de 1905 en la casa paterna, ubicada en Argañín de Sayago. Es hija legítima de Don Manuel Fadón, ausente, natural de Villamar de la Ladu (*sic*)<sup>2</sup>, provincia de Zamora y de Agustina Gaspar, natural de Tudera<sup>3</sup>. Fue bautizada por Ildefonso Lozano Morgallo, cura párroco de la Iglesia de San Pelayo Mártir de Argañín, a los tres días del mes de marzo de 1905.

<sup>1</sup> Joan Manuel Serrat es un conocido cantante catalán quien tiene una canción muy famosa titulada *Nací en el Mediterráneo*.

<sup>2</sup> Villamar de Ladu, en el texto original, no existe en la provincia de Zamora, quizá se refiera a Villamayor de Ladre, localidad sayaguesa (N.E.).

<sup>3</sup> Pequeña población de la zona zamorana de Sayazo (N.E.)

Contaba que vivía en una casa radicada en una aldea, que hacía mucho frío y que en la casa se hacía casi toda la comida, desde el pan, hasta el proceso en el que se mataba el puerco y se hacían las morcillas. No recuerdo el medio que utilizaba para alumbrarse, pues no había energía eléctrica. El trabajo era muy duro, tenía un hermano llamado Mateo, sin embargo, no contaban con la presencia del padre, Manuel Fadón, que según ella había emigrado a la Argentina en busca de fortuna.

Decía mi madre que la zona tenía grandes viñedos, y cuando llegaba la época de recolección, todos se incorporaban a esta tarea. Después, para hacer el vino, se tomaban tanques o platones de madera donde se echaban las uvas ya maduras, siendo éstos lo suficientemente grandes como para que las mozas se metieran descalzas en ellos, reventando las uvas con los pies para sacarles el zumo y comenzar el proceso de añejamiento (eran aquellos tiempos de fiesta). El zumo<sup>4</sup> se almacenaba en barriles en las bodegas, ubicadas algunas incluso en los sótanos de las casas de las propias familias que se dedicaban a tal negocio. Allí se esperaba el tiempo establecido para verterlos de barriles grandes a toneles más pequeños, procediendo entonces a envasarlos en garrafrones o vasijas más pequeñas aún. La leña era el medio para poder calentar el cuerpo, de conjunto con el vino, el que nunca le gustó a mi madre y al que le echaba azúcar para poderlo tomar<sup>5</sup>. No recuerdo si alguna vez habló del ordeño de vacas, cabras o del pastoreo de ovejas.

Mi madre no abordaba nunca temas tristes, era una persona con poca cultura, pero tenía una visión muy optimista de la vida. Apenas me habló de sus juguetes o acerca de diversiones juveniles en Argañín, solo hacía referencia, ocasionalmente, al clima tan frío de la región. Contaba de los tipos de panes que ella misma elaboraba y del horno que en su casa tenían.

Los domingos iba en compañía de mi abuela y su hermano a la misa que ofrecían en la iglesia católica del pueblo. En ese espacio se reunían familias de la aldea y sus miembros confraternizaban entre ellos. Creo fue en esas reuniones informales donde los jóvenes se motivaron unos a otros y conocieron de los viajes a Cuba. Nunca me comentó acerca de los esfuerzos para obtener las pesetas que costaba el viaje en barco. Sé que pudo escasamente, venir en la última clase que tenía el llamado buque Marqués de Comillas. Decía, la travesía transcurrió entre mareos y vómitos por días y días, y duró aproximadamente más de 20.

<sup>4</sup> El autor se refiere al mosto. (N.E.).

<sup>5</sup> Añeja costumbre en las noches de invierno era el beber vino caliente con miel o azúcar. (N.E.).

Las penurias dejaron entonces de ser sufridas en suelo patrio y empezaron a ser vividas en tierra cubana.

Al arribar a la isla, la tuvieron por varios días en un cuartel, donde permaneció retenida previendo el gobierno la propagación de cualquier enfermedad. En ese período las amistades podían validar la honestidad del emigrante. Creo que al Cuartel le llamaban Triscornia o Tiscornia.

Estuvo unos días en casa de familiares de las mozas que venían con ella, mientras le conseguían trabajo. Yo solía preguntarle las razones por las que se había marchado de Zamora, era entonces que le brillaban los ojos y me contestaba que le parecía se abrían sus horizontes. Llegaría a un sitio en el que no pasaría tanto frío y donde podría salir adelante por su propio esfuerzo, donde el emigrante español no sería rechazado, por los vínculos ancestrales entre ambos países, por supuesto ello no era del conocimiento de mi madre.

Inicialmente consiguió empleo como criada en casa de una familia de clase media que creo vivía en el Reparto Buena Vista (actualmente forma parte de Miramar). Allí cocinaba, lavaba, planchaba y limpiaba. Dormía en el cuarto de criados y sé era una miseria lo que le pagaban, pero no recuerdo cuánto exactamente.

Pasó algunos años así, hasta que comenzó a tener dolores menstruales y le detectaron un quiste en un ovario. La operación en una clínica privada dio al traste con los ahorritos que tenía. Pasó un curso de corte y costura y empezó haciendo su ropa y la mía. Posteriormente consigue un trabajo en un taller de confecciones, propiedad de los que se decían polacos, ubicado en la calle Amargura entre Muralla y Teniente Rey. Allí cosía y le pagaban centavos por cada pieza que hacía.

Al conocer a mi padre llamado Alfonso comenzó una nueva etapa en su vida, también español (gallego), que venía de trabajar en la provincia de Santa Clara. Comienza así el romance que se legaliza el 14 de mayo de 1936 en el Juzgado Municipal del Este de La Habana Vieja.

Mis padres se mudan para la calle Inquisidor #459, entre Luz y Santa Clara, en el mismo municipio. Para un edificio situado sobre un almacén y que anteriormente era habitado por los que en él trabajaban. Éste fue convertido en una cuartería (solar) y ellos pudieron alquilar el cuarto no. 19, en un segundo piso donde había que subir 50 escalones. (Anteriormente había sido la carbonera, donde se almacenaba el carbón), al lado estaba la antigua cocina con chimenea y todo y ocho hornillas donde se le cocinaba a los trabajadores del almacén, y donde se puso el fogón de carbón de mis padres. En dicho piso había 10 habitaciones alquiladas de forma independiente y que tenían para uso común: 2 fregadores, 2 duchas, 2 tazas de baño y un vertedero. Había un encargado de la disciplina y mantenimiento del edificio, incluyendo el cobro

mensual, así como el cierre de la puerta de la calle a las 11 de la noche y de otros menesteres.

Mi madre tenía fama de buena cocinera, y como tal estuvo empleada en varias casas. Mi padre, trabajaba de cantinero en el bar Nalón, que estaba ubicado en Tte. Rey esquina Aguacate. Su horario era de 10 de la mañana a 10 de la noche, cobraba \$45.00 mensual y firmaba la nómina por \$75.00. Sólo descansaba el domingo. El gran dilema de mi padre era que le gustaba la bebida.

Transcurría el año 1943 y a mi querida madre le empezó a “crecer la barriga”. Las familias que nos rodeaban que la mayoría eran españoles, con excepción de algún marino mercante o prostituta, se preocuparon mucho por ello y como mi madre no fue al médico, empezaron a considerar debía ser un fibroma, porque decían era machorra (*sic*)<sup>6</sup>, pues tenía 38 años casi 39. Les cuento que a mi madre la ingresaron de urgencia en el Hospital Calixto García y por allí desfilaron para ver el fibroma profesores, alumnos y hasta enfermeras, y el fibroma se convirtió en un varón que nació el 19 de noviembre de 1943. (El santoral decía Santa Isabel de Hungría y San Ponciano).

Como el niño nació con ictero<sup>7</sup> (*sic*) (amarillo) la lengua pelada y la cabeza picuda pues me sacaron con fórceps, mi futura madrina, Carmen, dijo que no me bautizaba porque me iba a morir y entonces otra vecina, Alejandrina, le dijo a mi madre que si me salvaba me pusiera Juan Bosco como promesa a San Juan Bosco, cura fundador de la Orden Católica de Los Salesianos, y entonces me bautizaron con los nombres de Juan Bosco José (éste por el abuelo paterno).

El cuarto 19 de la calle Inquisidor tuvo un nuevo inquilino, se redujo su capacidad, pues se puso una cuna de hierro que tuve que usar hasta que cumplí los 12 años de edad, aunque se me salían los pies.

Como mi madre tenía que atenderme, habló con el dueño del taller de costura y éste le daba ropa para que cosiera en la casa y así siguiera obteniendo algunos ingresos. El cuarto 19 se vio reducido con una máquina de coser marca “Singer” ya obsoleta, pues según mi madre, era de lanzadera y por eso le costó barata.

Yo crecía y pasaban los años pero los cumpleaños pasaban sin fiestas, sólo salía con mi madre a ver las vidrieras de las tiendas, ella copiaba modelos de vestidos para hacerlos después en la casa y los domingos que íbamos a misa. No alcanzaba el dinero y la salud de mis padres no era nada buena por lo que decidimos hacernos socios de Clínicas Españolas y entonces mi madre

<sup>6</sup> Hembra estéril. Dicho término no es común usarlo para personas. (N.E.).

<sup>7</sup> Ictericia, enfermedad perinatal que se caracteriza por el color amarillento. (N.E.).

me hizo socio de Hijas de Galicia junto con ella y respectivamente mi padre de la Clínica La Benéfica.

Los 6 de enero se celebraba El Día de Reyes y yo hacía mi cartita pidiendo juguetes, pues mi madre me decía que la hiciera, a ver si me traían algo. Algunas veces los Reyes Magos me traían un “paquetico”<sup>8</sup> (*sic*) de galletas de soda.

Mi madre empezó a tener casi siempre por las tardes dolores de estómago y los viajes a Hijas de Galicia en tranvía se volvieron bastante frecuentes. Como en las consultas donde la atendían no detectaban qué tenía, la ingresaron y estuvo cerca de un mes, donde le detectaron que tenía una úlcera duodenal. Ese tiempo lo pasó prácticamente sola, algunas vecinas la visitaban ocasionalmente, mas siempre muy resignada y con un gran espíritu de que iba a mejorar.

A pesar de sus dolencias y los pocos medicamentos que había para esa enfermedad, siguió trabajando para podernos mantener. En aquel entonces recuerdo que mi padre escribió a casa de la familia de mi madre en Argañín, sin haber respuesta.

Cuando cumplí los 8 años recuerdo que mi madre estaba cocinando para llevarle la comida en cantina a una familia. El almuerzo se retrasaba porque el carbón ardía muy mal. Mi madre estaba pegada al fogón y en eso chisporroteó el carbón y una chispa le cayó en un ojo. Se hizo innumerables cosas, pero el ardor era tremendo. Hubo que llevarla a la Clínica Hijas de Galicia donde la ingresaron por 17 días, pues tenía afectada la córnea. Volvió a trabajar con el mismo espíritu de siempre.

La admiraba porque siempre estaba trabajando, tratando de sobrevivir, y lo más hermoso era que nunca se quejaba, hablaba poco de Zamora, toda vez que prácticamente no había comunicación por ninguna de las partes.

Ella siempre buscaba la forma de que yo disfrutara lo mejor posible y algunos domingos tomábamos el tranvía e íbamos al Balneario que tenía Hijas de Galicia en Miramar. No nos costaba nada, solamente el transporte en el tranvía.

Al terminar el 4<sup>o</sup>. Grado mi padre se quemó una mano con una cafetera grande del bar donde trabajaba y lo botaron del trabajo. Mi madre, para remediar algo esta situación, siguió cosiendo, pero también comenzó a cocinar a un matrimonio que gustaba de su sazón y le pagaban por hacerle el almuerzo y comida.

Este problema agravó la situación económica y no había dinero para poder seguir pagando la escolita privada que había en La Habana Vieja.

<sup>8</sup> Diminutivo en “ico”, muy zamorano (N.E.).

Mis padres, con los que asistía todos los domingos a la Iglesia de María Auxiliadora en la calle Compostela esquina a Teniente Rey hablaron con el padre Francisco Erdei de la situación que había con respecto a yo poder seguir estudiando, proponiendo hacerme monaguillo y así poder estudiar 5to. y 6to. Grado en la Escuela Parroquial del Santo Cristo que radicaba en la calle Cristo y Amargura.

Cuando ingresé con 10 años en la Escuela Parroquial del Santo Cristo que era totalmente gratis y daban hasta los uniformes, también me dijeron que el que mejores notas alcanzara en 6to. Grado, es decir, 1er expediente, le daban una beca para estudiar Comercio en la Escuela San Agustín, que quedaba al lado de la Iglesia, allí se estudiaba y se pagaban las clases.

La mayoría de mis consultas las hacía con mi madre, nunca tuve en consideración su poco nivel escolar, para mí sus consejos eran los más importantes y recuerdo que me dijo:

*“Lucha para que logres esa beca, es tu futuro, tu constitución física (flaco y chiquitico) no te permite que seas estibador o hacer trabajos pesados”* y una especie de poema vino a su mente que nunca se me olvidará:

“Estudia, mi niño, estudia, aunque el estudio te abrume, que un niño ignorante es, una flor sin perfume”.

Hay un incidente relevante que considero señalar y que también formó parte de las enseñanzas de mis padres y recuerdo dos, que en la vida me han marcado y que fueron: Expresar mis ideas siempre que las considerara justas, honestidad: *pobre, pero honrado*.

En la Escuela Parroquial Santo Cristo donde terminaba la primaria, me seleccionaron para el coro. Era fuera de hora. Un buen día el padre que tenía a su cargo el coro en un ensayo nos dio un papelito a cada uno que decía: *“¿Te gusta el coro?”*, *Sí o no y por qué*. Contesté que no, porque me quitaba tiempo para estudiar y quería coger la beca para estudiar Comercio en San Agustín. Al siguiente día el sacerdote me llamó y me dijo que yo había sido el único honesto en mi respuesta, pero esto requería de una sanción y por tanto me costaría que me rebajaran del examen final 40 puntos en la asignatura de Religión. Eso me traumatizó. Yo, aspirante a obtener la beca para San Agustín, había perdido 40 puntos y por tanto tenía que sacar 100 puntos para poder obtener 60 puntos, el aprobado.

Cuando llegué a mi casa hecho un mar de lágrimas se lo conté a mi madre y ella con esa tranquilidad de espíritu me contestó que ese era el precio de mi honestidad, pero que no obstante iba a obtener la beca.



En la iglesia de María Auxiliadora recibí mucho apoyo de los curas salesianos, mientras mi madre cosía sotanas para los monaguillos, manteles para la iglesia y no recuerdo cuántas cosas más.

Para hacerme monaguillo tuve que aprender las oraciones que tenía que pronunciar en la misa en latín. Aquello fue apoteósico. Entre Victorio Cayado que era el responsable de los monaguillos y después mi madre en la casa, que aunque no sabía nada de latín me obligaba a estudiarlo.

A raíz de esa fecha venía a visitar Cuba el 5<sup>o</sup>. sucesor de la Orden de los Salesianos en el Vaticano, el Padre Renato Ziggotti. Había que prepararle una bienvenida en su idioma, el italiano. Me escogieron. Con apenas 11 años, y sin saber bien el español, tenía que decir un discurso de dos hojas en italiano. Mi madre fue mi máxima inspiradora y exigente. Recuerdo que no tenía ropa apropiada para dicha actividad y venían representaciones de todas las provincias y de otras órdenes religiosas. Era un acontecimiento histórico y yo su anfitrión.

Mi madre cogió un saco azul prusia<sup>9</sup> que se lo regaló una vecina y me lo arregló, me hizo un pantalón gris, una camisa blanca y me compró la corbata. Los zapatos me los regaló Sarita, una vecina española que siempre me quiso como su hermano más pequeño.

El discurso en italiano me quedó muy bien, y el sacerdote me abrazó y me regaló una medallita de San Juan Bosco. Cuando terminé, los aplausos fueron vibrantes y mi vista pudo contemplar a mi madre zamorana, patatita de tamaño pero grande de corazón, de pie y aplaudiendo fuertemente como si hubiera visto la obra más grande del mundo. Era su obra.

Llegaron los exámenes finales de 6<sup>o</sup>. Grado y obtuve muy buenos resultados.

Otro momento de felicidad para mi madre fue cuando en pleno teatro de la Escuela Parroquial del Santo Cristo, el día de la graduación de 6<sup>o</sup>. Grado, un día del mes de junio del año 1956 me concedieron la Beca para Estudiar Comercio en el Colegio San Agustín por espacio de 3 años.

Llegaron las vacaciones y mi madre incrementó la producción alimenticia y la clientela en la entrega de cantinas a domicilio. Ya yo tenía casi 12 años y me encargaba de repartir las cantinas, y era bastante fuerte el trabajo pues tenía que subir y bajar muchas escaleras. Pero había que sobrevivir. Me sentía útil ayudando a mi madre, pues ella no se quejaba de nada, luchaba por sobrevivir, y eso es lo que más admiración me causaba.

Cuando iban a empezar las clases en el Colegio San Agustín fuimos tres los becados que citaron para matricular. Nos dieron una lista de libros

<sup>9</sup> Color azul muy subido (N.E.).

que había que comprar, tanto en inglés como en español. Cuando llegué a la casa, mi madre vio la lista y le dijo a mi padre que hablaba bien el inglés y el francés: “*Enséñale a tu hijo cómo se dice en inglés: Yo no tengo dinero, para que mañana vaya a la escuela y le hable al padre norteamericano*”. Nosotros no teníamos dinero para comprar esos libros y el resto de los muchachos se encontraban en igual situación.

Al día siguiente nos presentamos los tres becados en el Colegio y nos llevaron delante de un sacerdote gordo y bajito, con sotana blanca, que fumaba un tabaco grande y de color verde. Le llamaban “*Father Paccito*”, y en mi mal inglés le dije *we don't have money*. El padre nos miró y nos hizo señas para que lo acompañáramos. Nos llevó delante de la Secretaria, habló con ella en inglés, nos hizo una carta para cada uno, fuimos para la librería La Moderna Poesía y nos dieron todos los libros absolutamente gratis. El esfuerzo de mi madre había nuevamente logrado sus frutos.

Comenzamos las clases en septiembre de 1956 en el Colegio San Agustín, donde la mayoría de las asignaturas eran en inglés y yo nunca lo había estudiado. Lo comenté con mi madre, y ella, como siempre, me dijo: “*Eso lo vamos a resolver pronto*”. Le hizo un vestido a una señora que lo requería urgente, estuvo cosiendo toda la noche y al otro día, con lo que cobró, me compró un diccionario inglés-español-español-inglés. Todavía lo usa mi hija.

No es falta de modestia, pero el esfuerzo y el trabajo de mi madre merecían también el esfuerzo mío. Por eso me apliqué en estudiar y sacar buenas notas. Sobre la honestidad traigo a colación una anécdota: Un profesor de inglés, de apellido Blanco, mandaba a leer en inglés y después traducir, evaluación que iba haciendo sistemáticamente. Un día que me tocó a mí, leí en inglés y al traducir al español dije una palabra incorrecta. Él me dijo, “*siéntate chico, que no estudiaste*”. Yo le contesté, “*sí, yo estudié*”. Él me miró muy serio, y yo le dije todas las acepciones que tenía dicha palabra. Sólo me dijo, “*sigue leyendo*” y me dio 5 puntos.

En el Primer año de la carrera de Comercio en San Agustín fui el 3<sup>er</sup>. expediente, y en el último año me dieron el 2<sup>do</sup>. expediente. En el verano que terminé el 2do. Año, la situación en mi casa seguía súper crítica, mi padre no levantaba cabeza y mi madre ya no podía más. Mi madre habló con un vecino y éste me recomendó para un trabajo.

Avelino, que así se llamaba el español, habló con uno de los dueños de una Textilera que había en la calle Muralla #107, e/Inquisidor y San Ignacio en La Habana Vieja y empecé junto con otro muchacho a llevar mercancías en una carretilla por toda La Habana: Monte, Galiano, Neptuno, San Rafael, y otros lugares más. Trabajaba 44 horas a la semana y me pagaban \$5.00 cada sábado al mediodía. Con eso pude aliviar algo la situación en mi casa. Y sobre

todo la carga que pesaba sobre mi madre, y quedarme con 25 centavos para ir al cine Ideal o al cine Habana el domingo.

Con los \$5.00 que cobré una semana le compré a mi madre una nevera, pues en mi casa no había nada para tomar agua fría. Mi madre se puso muy contenta. Y me dijo, “*vamos dando algunos pasitos, tú verás que llegas*”.

Me volví a incorporar al último año de comercio en San Agustín, y cuando terminé empecé a trabajar nuevamente en la Textilera hasta que apareciera algo.

Mi padre seguía enfermo y sin trabajo. Nosotros siempre comprábamos los mandados al crédito en la bodega de Pancho, que quedaba en la calle Inquisidor esquina a Luz, en La Habana Vieja. Como no teníamos para pagar fuimos a casa de Pancho que vivía con su familia en los altos de la bodega. Mi madre le explicó la situación económica por la que atravesábamos y Pancho le contestó: “*Aurora, yo la conozco a usted hace muchos años, siga comprando los mandados al crédito hasta que usted pueda pagármelos*”. No pude expresar lo que sentí al ver del prestigio que a pesar de nuestra miseria tenía mi madre en el barrio y cuando salimos le dije: “*Cuando yo sea grande y trabaje, usted solo va a trabajar para la casa*”.

La graduación de Contador del Colegio San Agustín se acordó que se haría en la Iglesia de traje blanco y lacito negro. Yo era el segundo mejor expediente de este último año, pero ni pensaba en ir a la graduación, pues no tenía traje de ningún color.

Mi madre se movilizó y habló con una mamá que tenía un traje blanco que le quedaba chiquito a su hijo. Mi mamá me lo arregló, lo mandó a la tintorería porque estaba amarillo, me hizo la camisa blanca, los zapatos me los regaló la gallega Sarita y mi madre sólo tuvo que comprar el lacito.

Así fue como en junio de 1959 me gradué de Contador Privado en el Colegio San Agustín. Mi madre siempre ahí.

Los domingos seguíamos asistiendo a misa y allí mi madre conoció a una señora cuyo esposo era notario y habló con ella para ver si podía conseguirme trabajo. La respuesta no se hizo esperar, y el Dr. Oscar Ledesma Valdés, Notario Público y con Oficinas en la calle Oficios entre Teniente Rey y Amargura, me citó a finales de septiembre de 1959. Tenía también a su cargo el Opto. Legal del Banco Agrícola e Industrial que quedaba en la esquina de Tte. Rey y Oficios.

Me examinaron de taquígrafo-mecanógrafo y me dijeron que servía para la plaza y que me pagarían \$70.00 mensuales. Podía empezar el 1ro. de Octubre de 9 de la mañana a 1 de la tarde y de 3 a 7 de la noche. Llegué a mi casa loco de alegría y entonces le repetí a mi madre las palabras que hacía dos años le había dicho: “A partir del 1<sup>ro.</sup> de octubre usted no trabajará para nadie

en la calle. Sólo para la casa”. Desde ese momento se produjo un giro total en mi familia pero muy especialmente a favor de mi madre.

El día 25 ó 26 de Octubre, cuando el Dr. Ledesma me mandó a pasar para cobrar, las piernas se me doblaban. Me extendió mi cheque por \$70.00 y me dijo: *“Esta carta que redactaste está muy bien, pero tiene una falta de ortografía, pues le falta el acento a una palabra”* y de inmediato sacó su pluma Parker-51 y se lo puso con tinta. La próxima vez la rompo. Con mi primer salario llegué a casa, le entregué todo el salario a mi madre y entonces empezamos a pensar en qué íbamos a hacer.

Esa noche fuimos a casa de Pancho, el dueño de la bodega que nos había estado fiando por más de un año y le dije que a partir de ahora ya yo había empezado a trabajar e íbamos a ir amortizando la deuda que teníamos con él con \$20.00 mensuales, que por favor, los fuera rebajando de la libreta donde se anotaba todo lo que se compraba diariamente. Él solo contestó en presencia de toda su familia, compuesta por su esposa, dos hijos y dos nietos. *“Yo no me equivoqué con esta familia, son de ley”*.

El sábado fuimos a la tienda de Efectos Electro-Domésticos que quedaba en la calle Muralla casi esquina. a Cristo, se llamaba Humara y Lastra y compramos un radio RCA-Víctor verde oscuro de lo más bonito, que nos costó \$80.00 a plazos. Ya mi madre podía oír las novelas y la música española que tantas añoranzas le traían.

En el mes de Diciembre de 1959 el Dr. Ledesma nos llamó a cobrar antes de fecha. Se acercaban las navidades. Me pagó los \$70.00 del mes y \$35.00 de aguinaldo de Fin de Año.

Decidimos comprar un colchón nuevo para la cama de mis padres, así como muchas cosas para celebrar la Navidad, como jamón, queso amarillo, vinos, dátiles, higos, turrone y qué más contar. El día 24 de diciembre, día de Noche Buena, mi madre no se sentía bien del estómago, seguía con sus dolores. Tanto con que contábamos para celebrar y sin embargo no cenamos nada. Lo único que nos comimos mi padre y yo, fue un queso amarillo de cáscara roja que habíamos comprado y pesaba una libra. Esa noche fui solo a la misa del Gallo, que se celebraba a las 12 de la noche. Ahí aprendí que vale más la salud que los bienes materiales.

Mi madre me sorprendió el día de mi cumpleaños. El 19 de noviembre, cuando cumplía 16 años, me mandó a hacer el anillo de graduación que se hacían los contadores cuando se graduaban. Yo no pensaba que mi madre se iba a acordar de eso, era especial. Aquello me enorgullecí, me recordaba los esfuerzos realizados y podía recordarlos a diario.

Así fuimos mejorando económicamente. Mi padre comenzó a trabajar en enero de 1960, en el Hotel Sevilla Biltmore, (de él no había contado nada y creo que merece un párrafo aparte).

Como conté al inicio, mi padre también vino de España, oriundo de una familia industrial, su padre, en Santiago de Compostela, tenía una carpintería y una funeraria. El padre, según lo poco que me contaba, había muerto siendo él muy pequeño. Su madre falleció también siendo él pequeño, y entonces la patria potestad la asumió su hermano mayor, el cual invirtió la parte de la herencia de mi padre en que estudiara en los Salesianos de Santiago de Compostela, donde entre otras cosas aprendió inglés y francés. Tenía una hermana llamaba Pastora, que era mi tía.

Emigra a Cuba, pues al concluir los estudios tenía la edad para pasar el Servicio Militar y cuando aquello los mandaban a Marruecos a luchar contra los moros<sup>10</sup>. Cuando llega a Cuba también lo retuvieron en Tricornia y de allí se fue con unos paisanos a trabajar a Santa Clara. Trabajó como cantinero y después como intérprete por cuenta propia. Era un hombre capacitado para aquel entonces, pero poco luchador y con el vicio de la bebida. Creo que esa fue una de las causas por las cuales mi madre pasó tanto. Yo lo sufrí mucho, aunque ella aguantó mucho también.

Comenzamos el año 1960 y conocido el padecimiento de mi madre conseguí un médico particular que se nombraba Galigarcía, quien logró con nuevo tratamiento notables mejorías con respecto a su úlcera duodenal.

Le celebramos por primera vez que yo recuerde en mis 16 años un cumpleaños a mi madre, que el 1ro. de marzo cumplía 55 años.

Me motivó para que empezara a hacer ejercicios, era pequeño y muy delgado. No tomaba leche de vaca, y siempre me peleaba por eso. Empecé a leer bibliografía sobre el tema de cómo desarrollarse físicamente y llegué a tomar 2 litros de leche diarios.

Se aproximaba el mes de mayo y con él, el día de Las Madres, y yo estaba loco por regalarle a mi madre un refrigerador. Fui con una vecina a la tienda donde había comprado el radio Humara y Lastra y escogimos un refrigerador nuevo marca Westinghouse de 9 pies. La compra tenía que ser a plazos, con una entrada de \$100.00. Hablé con el Dr. Ledesma y le pedí me adelantara \$70.00 para comprarle un refrigerador a mi madre. Sólo me preguntó cómo se lo iba a pagar y le dije que a \$10.00 mensuales porque tenía que pagar la mensualidad del refrigerador. Le di las gracias y me incorporé a mi trabajo. No le dije nada a mi madre sobre el regalo del Día de Las Madres, y el sábado víspera de tan hermoso día, llegaba a la puerta de la calle Inquisidor #459, entre Luz y Santa Clara a las 4 de la tarde aproximadamente un camión. Se bajaron 3 hombres y preguntaron por el nombre de Aurora Fadón. Mi

<sup>10</sup> Tema recurrente en muchos de los relatos, no querer hacer el Servicio Militar en las dos primeras décadas del S.XX ante la guerra de Marruecos.

madre se quedó muy sorprendida y preguntó si no era una equivocación. El empleado le dijo que no, entonces me miró y se echó a llorar. Creo fueron las primeras lágrimas de felicidad de mi madre. Para subir el refrigerador hasta aquel segundo piso fue una odisea, y pasarlo por aquel pasillo estrecho con una baranda de hierro que amenazaba caerse fue algo histórico. Por fin llegó el refrigerador a la habitación donde casi ya no cabíamos. El empleado nos orientó acerca de cómo funcionaba. Era hermoso, blanco por fuera y forrado por dentro, puerta y todo de un material plástico verde claro o azul claro. Aún se mantiene en uso en casa.

Seguimos mejorando económicamente. Compramos una cocina, un canapé para salir de la cama de hierro que ya no cabía y hasta un ventilador. El Dr. Ledesma me sorprendió cuando en tres ocasiones le dije que me descontara el \$10.00 mensual del anticipo para el refrigerador y ya por último me dijo, “mira, yo no te voy a descontar nada porque lo que uno hace por una madre no tiene precio”. El también quería mucho a su madre.

Empecé a estudiar Contador Profesional por las noches, de lunes a viernes. Me sentía realizado. Salíamos en grupo de la escuela por las noches e íbamos a clubes a oír descargas, y los fines de semana al cine, teatro, restaurantes, etc.

El trabajo en la Notaría empezó a decaer y los préstamos que hacía el banco para el tiempo de zafra fueron eliminándose. Un día el Dr. Ledesma nos llamó de forma individual y cuando me tocó mi turno me dijo, “*me voy del país, pues estos negocios van a desaparecer, si quieres irte yo te pago los trámites legales y el pasaje. Vámonos para Puerto Rico que allí vamos a triunfar*”. Le pregunté por mis padres, y él me contestó *que después me los llevara*. Yo le pedí que me dejara pensarlo.

Salí del trabajo y me senté en el muro del malecón, frente a la Lonja del Comercio. Me puse a pensar en que mis padres habían emigrado a Cuba hacía muchos años, yo era lo único que tenían pues no había más familiares en Cuba. Mis padres se carteaban de vez en cuando con mi tía Lourdes, pero de Zamora sólo recuerdo que una vez mandaron una foto con toda la familia sentada como en unos bancos a la salida de la casa, todas las mujeres estaban vestidas de color oscuro y con unos pañuelos amarrados a la cabeza, los pocos hombres se veían mal vestidos y con caras todos de sufrimiento. Aquella foto me impactó, y todavía la tengo en mi mente. Mi madre me señaló cuál era mi abuela. Después no sé qué hizo mi madre con la foto. Al poco tiempo llegó una carta donde hablaban de la parte de la herencia que le correspondía a mi madre de las tierras que tenían en Zamora. Mi madre les contestó que ella renunciaba a su parte y hasta ahí supimos de su familia en Zamora.

Hablé con mi madre y le conté la propuesta hecha por el Dr. Ledesma de irme de Cuba y después llevármelos a ellos. Yo tenía mi decisión, pero quería

oír su opinión. Ella sólo me dijo, y con mucha firmeza, *que hiciera lo que mejor considerara para mí.*

Regresé al trabajo y le contesté al Dr. Ledesma que le estaba muy agradecido por su ofrecimiento, que me quedaba. Mi razón principal era no abandonar a mis padres que eran mi única familia en Cuba. El Dr. lo entendió y me pagó 3 meses de salario para que buscara otro trabajo. Mi madre no tocó más el tema, se veía igual, aunque internamente sentía la ida del Dr. Ledesma y su familia.

Los vecinos que vivían en el mismo solar, pero en dos habitaciones más grandes y con balcón a la calle y más independiente construyeron una casa en Lawton y le dijeron a mi madre si le interesaba mudarse para allí. Mi madre hizo las gestiones con el Sindicato de Gastronomía, que era al que pertenecía mi padre y le asignaron un cuarto, pues decían que había mucha necesidad de vivienda.

En aquella época el cuarto que ocupábamos pasaba a disposición del CDR y mi madre habló con su Presidenta, Juana Gandulla, la cual conocía hacía como 30 años a mi madre del barrio y le cedió el cuarto al Sindicato Gastronómico y entonces nos dieron los dos cuartos a nosotros solos.

Mi madre era bajita, blanca, de pelo negro y más bien delgada. Su acento tenía todavía el deje español y era, según ella decía, una zamorana de Castilla La Vieja<sup>11</sup>, luchadora y sacrificada.

En el año 1963 me gradué de Contador Profesional y ya trabajaba en la Empresa Consolidada Automotriz del Ministerio de Industrias que radicaba en Avd. de Boyeros y calle 100. Primero como Auxiliar de Personal y después como Auxiliar de Contabilidad. Ya ganaba \$150.00 mensuales y me matriculé por la noche en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana para estudiar Contador Público.

A finales del año 1963 se dictó la Ley del Servicio Militar Obligatorio (S.M.O.) que tenía una duración de 3 años. En febrero de 1964 fui llamado a una entrevista en el Comité Militar. Allí un teniente que me entrevistó al final me felicitó porque había sido seleccionado para integrar el 1er. llamado al S.M.O.

No entendía que yo con 20 años, trabajando, estudiando en la Universidad fuera reclutado a ganar \$7.00 mensuales y a portar armas. Yo, que desde un inicio le dije al teniente que a mí lo que me gustaba era la contabilidad, nada de armas. Que estaba dispuesto a defender mi patria pero no con las armas. Todavía, y a pesar de los años transcurridos, no puedo entenderlo.

<sup>11</sup> Zamora perteneció históricamente al reino de León, hoy está integrada en la Comunidad Autónoma de Castilla y León (N.E.).



Cuando le di la noticia a mi madre lo hice en un tono enérgico, restándole importancia. A ella se le aguaron los ojos, pero de allí no pasó. Sí, en varias ocasiones la vi llorando, y siempre le daba ánimo. Las especulaciones en aquel entonces eran muchas.

El 30 de marzo de 1964 salía en un camión militar de un lugar llamado El Pontón, que queda por la calle Manglar cerca de la plaza de Cuatro Caminos con destino desconocido. Allí sí me abracé a mi madre, besé a mi padre y me despedí de algunos amigos y compañeros de estudios. Nos llevaron para Colinas de Villarreal, cerca de Tarará donde estuve por espacio de 15 días en entrenamiento.

No supe nada de mis padres hasta la visita que organizaron por el día de las madres en una finca que había sido de Batista que se llamaba El Dique, creo que era por el Cotorro. Allí citaron a los padres para que fueran por sus medios a ver a sus hijos. La cantidad de personas en aquel lugar era indescriptible, yo buscaba y buscaba y no veía a mi madre ni a mi padre. Al cabo de una hora me pasó por el lado mi madre, pero ni me conoció. Imposible, la pobre, yo vestía un uniforme verde olivo de confección soviética en el que cabían dos yo. Había perdido 17 libras y estaba prieto como si hubiera ido a la playa. Cuando la vi le dije:

–*Vieja, soy yo.*

Entonces fueron los llantos.

Dicen que todo viene junto, y por ese tiempo mi padre casi cumpliendo los 59 años se enfermó seriamente del estómago y lo mandaron a jubilar. El ingreso en mi casa se redujo a \$52.50 mensuales, que era el 50% del salario de mi padre por enfermedad y después fueron \$60.00 mensuales de jubilación.

Mi madre gestionó con el Comité Militar la necesidad de mi baja del SMO por problemas familiares y yo por la Unidad Militar hice una carta y quedaron en darme la baja, pero nunca llegó.

Pasaron dos años y nada. Mi pobre madre vendía los cigarros, la leche, ropa y de cuanta cosa se pudo deshacer para sobrevivir.

Vino el reenganche en las FAR y me acogí a él, me empezaron a pagar \$134.00 mensuales y estabilizamos algo las cosas, pero mi padre seguía mal y mi madre empezó a decaer.

El 31 de diciembre de 1969 me desmovilicé y volví a la vida civil y no hacían falta contadores. Me ubicaron de Llenador de Carro Tanque en el ICP.

Mi padre comenzó a presentar problemas con la próstata y le detectaron cáncer de próstata. De la operación salió muy bien, pero su mente se perdió por completo. Los gritos que daba que lo estaban matando eran horribles, amén de que no controlaba el esfínter y se ensuciaba.

Las vicisitudes se incrementaron: viviendo en un solar con escasez de agua, mi madre ya enferma, mi esposa y yo, recién casados, los salarios bajos,



la ruptura del colchón y la cama cama, la puesta de dos canapés independientes, mi madre convertida prácticamente en la enfermera de mi padre y yo en el lleva y trae al hospital. Todo esto lo resistimos mi madre, mi esposa y yo. Fueron años de lucha.

Se agudizó la escasez de agua en La Habana Vieja y tenerla que cargar y después subirla 50 escalones fue una constante tanto para mi esposa como para mí.

Mi padre siguió complicándose y el 26 de septiembre de 1976 falleció y sus restos descansan en el Panteón de la Sociedad Benéfica Naturales de Ortigueira. Tenía al morir 72 años.

Estábamos afectados tanto física como mentalmente, pero como es lógico la mayor afectada fue mi madre. Para no hacerla inútil y que pensara menos le dábamos ciertas tareas, como ir a buscar el pan, y otras boberías, pero entonces comenzó a padecer según los médicos de demencia senil y se perdía por el barrio diciendo que iba para Zamora. Las veces que tuve que buscarla fueron incontables, y decidimos cerrar la puerta para que no fueran a atropellarla, pues tanto mi esposa como yo teníamos que seguir trabajando para vivir.

Sí recuerdo que en 1973 me gané un Televisor por el Centro de Trabajo y entonces por las noches nos sentábamos y mi madre disfrutaba mucho de los programas españoles, y la llevábamos al teatro en ocasiones cuando venían artistas españoles como Los Chavales de España, entre otros.

El tratamiento no lograba los efectos deseados, y como carecíamos de otros familiares, logramos ingresarla en el asilo de San Francisco de Paula, que queda en la calle Mayía Rodríguez, casi llegando a Seguridad del Estado, en el Sevillano. Las atenciones que recibió por parte de las monjas de la Caridad son inenarrables, ellas cuidaron a mi madre mejor de lo que yo pudiera. Recuerdo que podía visitarla a cualquier hora siempre antes de las 8 de la noche y yo iba dos y tres veces a la semana, aparte del sábado o el domingo y siempre estaba limpia, impecable, pero su cabeza se había perdido. Sólo decía, según me contaban las otras pacientes de la sala, el nombre de “Juanito” y “quiero irme a Zamora”.

Yo hablaba mucho con las monjas, sobre todo con la madre superiora Sor María Rita y con la enfermera Sor Mercedes, otra madre que estaba sola al frente de aquella sala.

Muchas veces, cuando me llamaban al trabajo o al vecino, me decían que mi madre estaba enferma, que cuando pudiera fuera a verla. Yo volaba sin alas, y cuando llegaba a la sala ya a mi madre la había visto el medico, la había medicado y se lo estaban dando. Aparte, una monjita sentada al lado de su cama la velaba día y noche. Los tratamientos con antibióticos que le mandaban eran caros, y nunca, a pesar de mi insistencia, aquellas santas me

cobraron un centavo por cuidar a mi madre. Mi único aporte económico se limitaba a \$60.00 mensuales de pensión que recibía mi madre.

Cuando mi madre se agravó ellas me lo hicieron saber y no dejaban que me quedara. Mi esposa estaba próxima a dar a luz, pronto iba a ser papá y mi esposa requería atención.

Nació mi hijo el 24 de septiembre de 1981, día de Las Mercedes, y mi madre falleció a la semana de haber sido yo papá.

Las monjas se hicieron cargo de todo, inclusive fue enterrada en un panteón propiedad de las monjas en una de las calles centrales del Cementerio de Colón.

Así concluye esta vida llena de trabajos, esfuerzos, sacrificios, añoranzas y abnegación de mi madre zamorana, de Castilla-la Vieja, como ella decía. Falleció a los 76 años con la añoranza de volver a la tierra en la que había despertado por vez primera.

Mi madre no resultó una estudiante talentosa, pues apenas pudo estudiar. No resultó una figura bella y escultural, famosa o popular. No lo era, sin lugar a dudas. Sus verdaderos valores estaban dentro de sí, fue una gran madre y sobre todo la directriz de nuestro pequeño núcleo familiar.

Pienso que haber emigrado en busca de mejoras económicas no implicó para ella el abandono de sus tradiciones o de su cultura. Fue ello en todo caso lo que le permitió, en otra región históricamente cercana a la suya, salir adelante.

Su vida no podemos decir que haya, precisamente, sido hermosa, mas su fortaleza espiritual forjó al hombre que escribe estas páginas, que se ha conmovido narrando esta tal vez un poco triste historia y espera tras el fin de su existencia retribuirle con estas letras su constante abnegación, dedicación, amor y entrega.

Descanse en Paz.

# De Sobradillo, Salamanca

Ángel Gajate Villoria

SEIS FAMILIAS CON DESCENDIENTES EN CUBA ACTUALMENTE.  
LA FAMILIA GAJATE CON CINCO MIEMBROS QUE HAN VIVIDO  
EN CUBA

ÁNGEL GAJATE VILLORIA

Agradecimientos: Las más sinceras gracias a mis hermanos Dolores, Sor Mercedes, Francisco, Manolita y Marcelina Gajate Villoria. A mis primos, especialmente Daniel y Lourdes. A Antonia Ruiz y Roberto Figueroa, madre y hermano de Lourdes. Todos ellos me han aportado muchos datos para la mejor confección de este trabajo.

FAMILIA GARCÍA LARROQUE

**Alejandro García Marcos** es el que dio origen a esta familia de Cuba. Nació en Sobradillo (Salamanca), en 1900. Vino a Cuba en 1918, buscando liberarse de la guerra en África. Se casó con Wilda de Jesús Larroque Molina, cubana.

Tuvieron tres hijos: Pedro, que es doctor en música, con especialidad en Oboe. Vive actualmente en España como profesor de música. Nadia, abogada que ejerce en la actualidad en Cuba.

Alejandrina, cantadora, en Cuba también. Wilda, viuda, vive actualmente en Habana del Este, Ciudad Camilo Cienfuegos, edificio 9 apartamento 403.

## FAMILIA RIBÓ

Vive en Cuba **Miguel Ángel Ribó Gutiérrez** en San Antonio de los Baños (provincia Habana) avenida 35, # 4610 entre 46y 48.

Fue el abuelo Miguel Ribó Mañé, nacido en Pons (Lleida-España) el que vino a Cuba. El padre de Miguel Ángel es Domingo-Martín Ribó Vivas.

Miguel Ángel está casado con Dámaris Vega López, y tiene dos hijas: Daniela, de tres años, y Alejandra, nacida en enero de 2005.

El hermano del abuelo, Fernando Ribó Mañé, nacido también en Pons (Lleida-España), vino primero a Cuba, y posteriormente se afincó en Sobradillo, donde en la actualidad viven dos de sus hijos: José y Lorenza Ribó Bravo.

## FAMILIA MÉNDEZ

Vive en Cuba **Tamara Santana Méndez** en Reparto Atabey ave 21# 21435. Entre 214 y 218. Ciudad de La Habana. Casada con dos hijos y una nieta. Es ingeniera.

El abuelo Bienvenido Méndez Alonso es el que vino a Cuba. Los hijos del abuelo fueron: María Méndez y Míria Teresa Méndez.

## FAMILIA MIGUEL

Es **Blanca** Miguel la que vive actualmente en La Habana.

Fue el abuelo Domingo Miguel llamado como apodo “Barullos”, constructor en Sobradillo, el que emigró a Cuba. En la avenida 41 entre 38 y 42 Domingo “Barullos” construyó una casa muy grande y larga para todos sus hijos, de la que apporto fotografía.

Blanca es viuda, y tuvo una hija que falleció y un hijo que le ha dado dos nietos, uno de ellos vive en España.

## FAMILIA DIÉGUEZ

Llegó desde Sobradillo a Cuba la abuela **Carmen Diéguez López**.

Carmen tuvo tres hijos, nacidos en Cuba: Zenaida, Gilberto Valdés Diéguez y Rosaura Blanco Diéguez.

Zenaida es la madre de **Araceli Ibarra Valdés**. Araceli está casada con Adalberto Ávila Martínez, y tienen dos hijos: Adalberto y Mercedes. Viven en Arellano, 267. Apart. 3. *el C* y D. Lawton. Municipio 10 de Octubre. La Habana.

## FAMILIA GAJATE

Reside en La Habana como misionero **Ángel Gajate Villoria**, sacerdote franciscano capuchino. Vive en la Iglesia Jesús de Miramar 5<sup>ta</sup> avenida #8003 entre 80 y 82 Playa Ciudad de La Habana.

## EL ABUELO LUIS GAJATE

Nació en Sobradillo, hacia 1875. Se casó con María Dolores Martín, nacida en Fuenteliante (Salamanca). De su matrimonio nacieron 8 hijos: José, Escolástica, Isidora, Manuela, Juan, una niña discapacitada, Leandro y Lucía Gajate Martín.

Sabemos que vino a Cuba en 1916, acompañado de Escolástica e Isidora que tenían entonces 14 y 12 años, respectivamente. José de 16 años, junto con la tía Ana y la mano que pudiera echar Manuela, se encargaron de cuidar a la madre, enferma de cáncer, y a los tres hijos pequeños.

El motivo por el que el abuelo Luis se decidió a venir a Cuba debió ser, ante todo, buscando una salida a Escolástica e Isidoro, las dos hijas mayores, y para “hacer su dinerito”, como decían allí. Sabemos que vinieron en el barco con más personas de Sobradillo, y que por esa época emigraron muchos españoles a Cuba en busca de trabajo. Desconocemos cuántos años vivió el abuelo en Cuba, pero sabemos que, a los 4 años más o menos de su estancia en Cuba, murió su esposa María Dolores. Volvió al poco tiempo a Sobradillo, donde falleció de cáncer muy poco después.

Lamento no haber encontrado de momento foto alguna del abuelo Luis y de la abuela María Dolores, ni en las casas de mis hermanos ni en la de mis primos.

## ESCOLÁSTICA E ISIDORA GAJATE MARTÍN

Llegaron a Cuba con su padre, Luis, en 1916, cuando contaban 14 y 12 años de edad. Escolástica nació en Sobradillo el 26 de septiembre de 1902. Isidora nació en 1904.

A Escolástica toda la familia la hemos nombrado siempre por el nombre completo, pero tanto en Cuba como en Estados Unidos la llamaron siempre Cora. A Isidora, en familia y en Cuba y en Estados Unidos la hemos llamado Dora. Ambas trabajaron al principio juntas sirviendo en casas particulares.

Escolástica contrajo matrimonio civil con Daniel Palop Power, de La Habana. De padre español de Cataluña y madre cubana. Estando encinta de su hijo, el esposo abandonó el hogar y Cora tuvo que trabajar más intensamente para poder vivir.

El hijo, Daniel Palop Gajate, nació el 8 de agosto de 1938. No conoció a su padre hasta los 18 años. Estudió en el colegio de Los Hermanos de La Salle, y posteriormente estudió la carrera de comercio.

Trabajó en el Banco Continental de Marianao. Cora le dio siempre buena formación religiosa que completó en Los Hermanos de La Salle.

Daniel tuvo dos años de noviazgo con Lourdes Figueroa Ruiz. Contrajeron primero matrimonio civil, el 13 de julio de 1961, para poder preparar los papeles de salida del país. Y matrimonio por la Iglesia el 20 de agosto del mismo año, en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen. Daniel vivía con su madre aliado de esta parroquia.

Es Daniel el que en una de sus cartas me recuerda aquellos años de juventud antes de su matrimonio: *“yo acostumbraba a ir a misa a la iglesia de Jesús de Miramar, pues el Club de Profesionales de Cuba me quedaba cerca y yo era miembro y lo visitaba casi a diario.”*

Vivíamos en La Habana, en la calle San Miguel # 1012 entre Infanta y San Francisco, cuadra y media de la iglesia Nuestra Señora del Carmen. En esta parroquia fui bautizado, confirmado, recibí la primera comunión y en ella nos casamos Lourdes y yo el 20 de agosto de 1961. Es una iglesia muy bella que espero algún día visitar. Mi madre se sentaba siempre cerca del altar de Santa Teresita del Niño Jesús, era muy devota de ella”.

## LA SALIDA DE CUBA DE DANIEL Y LOURDES

Fue Daniel el primero en salir el 8 de octubre de 1961, y lo hizo por Jamaica. Lourdes salió poco después el 31 de diciembre del mismo año, también por Jamaica, y de allí a Orlando (Estados Unidos) donde la esperaba Daniel. Fue en Orlando donde vivieron 4 años y donde nació la única hija que han tenido: Ana Palop Figueroa.

De Orlando pasaron el matrimonio, y la hija para Sarasota, donde se encontraron con la madre Cora que acababa de llegar desde Cuba. Vivieron 4 años juntos el matrimonio, la hija y la abuela. Lourdes afirma que *“la persona con la que he vivido más feliz es con Cora”*. Cora cuidaba la niña y la casa para que Daniel y Lourdes trabajaran. Daniel estudió en Sarasota Decoración Interior, aunque nunca ejerció esta profesión.

Daniel y Lourdes marcharon a Nueva York en 1969, y dejaron a su hija Ana con Cora. En esta ciudad han vivido desde entonces, trabajando los dos muchos años en un hotel de la montaña de Nueva York. Ella de camarera y Daniel de intérprete.

La hija, Ana, estudió la escuela primaria en Sarasota. Fue después dos años a estudiar bachillerato en Salamanca, en el colegio de la Santísima Trinidad. Volvió a Sarasota para terminar el bachillerato.

Posteriormente estudió Lenguas Modernas: francés en la Sorbona, inglés en Londres y portugués en Copacabana-Río de Janeiro. Aquí compraron los padres entonces un apartamento para la hija, y ahora en 2004 han comprado otro.

Cora, desde que emigró a Estados Unidos, vivió siempre en Sarasota-Florida. Nunca volvió a España. Su hijo, Daniel, me invitó en el año 1976 a visitar a su madre, pues yo era el único sobrino que me escribía con ella. No pude obtener este permiso, que nos hubiera hecho muy felices a los dos. Nos escribíamos con mucha frecuencia, al sentirme como sacerdote y franciscano impulsado a hacerlo, siempre me enviaba en la carta, envuelto en papel oscuro algunos dólares. Quiero copiar una de las últimas cartas que recibí de ella, fechada en Sarasota el 27 de febrero de 1995:

“Querido Ángel. Deseo que estés bien. Yo estoy pasando la vejez. Recibí tu carta, y me dio gran alegría. Me dices que estás bien gracias a Dios. Yo no contesté a tu carta, esperando que mi hijo viniera para que te escribiera él, pero se demoró, y cuando vino se me olvidó.

Daniel y Lourdes están bien, y Anita esta bien. Yo hablo mucho con ellos por teléfono. Anita me llama, ella tiene un buen trabajo y está bien. Ellos me llaman y vienen a cada rato. Ya te digo, Ángel, que estoy bien aunque con 91 años. Ángel, cuando Daniel vaya a España le digo que trate de verte, que vaya por el Convento del Sagrado Corazón de Madrid. Ángel muchas gracias por escribirme”. Cora

Cora falleció en Sarasota, el 21 de junio de 1999, a los 97 años de edad.

Isidora contrajo matrimonio con Israel López, con el que tuvo un hijo: Israielito López Gajate. Dora trabajaba lavando ropa, conoció a su marido Israel en Alquilar, donde él había nacido. Tía Cora decía que los dos eran muy cristianos, igual que su hijo Israelito.

En el año 1950 nos visitaron en España Dora e Israel a toda la familia: en Lleida a tíos Juan y Conchita. En Salamanca a tíos Leandro y Pilar y en Sobradillo a los demás hermanos José, Manuela y Lucía. Para todos, hermanos y sobrinos. Trajeron regalos muy buenos y bonitos. A mí, en concreto, me trajeron un cochecito con cuerda que fue el primer regalo costoso que tuve. Recuerdo que fueron días de mucha alegría familiar, en los que bailamos todos al son del acordeón de tío Domingo, el esposo de Manuela. También nos acompañaron a la misa dominical en nuestra parroquia de Santiago Apóstol.

Tío Israel trabajaba con una concretera en la empresa constructora de hormigón nacional. en la avenida Independencia. frente al Reparto Martí. Todavía no he logrado ver su vivienda, que era en el Reparto Martí. Como trabajaban los dos y tío Israel ganaba bastante pagaron el colegio y los estudios universitarios a su sobrino Daniel Palop. Fabricó también una casa con

dos plantas y pagó a tía Cora el viaje a Estados Unidos. Igual que Cora, Dora e Israel emigraron a San Francisco, Estados Unidos, en el año 1965.

Hacia 1978 se casó su hijo Israelito con una joven sudamericana. En esa ocasión me enviaron una foto el día de la boda, de los novios con Dora e Israel, pero mis hermanos no han encontrado la foto en mis álbumes que dejé en España.

Tía Dora murió hacia 1980. Desde entonces, tío Israel, que siempre me escribía por Navidades, dejó de escribir y responder a mis cartas.

### JOSÉ GAJATE MARTÍN

Nació el 18 de febrero de 1900. Al venir a Cuba en 1916 el abuelo Luis con sus hijas Escolástica e Isidora, mi padre quedó cuidando a su madre, María Dolores, enferma de cáncer, y a sus hermanos, pues él era el mayor. A la abuela tenía que darle de comer, la cual al poco tiempo murió con poco más de 40 años. Mi padre se dedicó a cuidar a sus hermanos, ayudado por Manuela y por la tía Ana.

A su hermano Leandro lo envió a estudiar a los Salesianos de Cádiz. Recuerdo que tío Leandro me decía que siempre agradeció a mi padre el haberlo enviado a estudiar, pues le permitió el ingresar después en el ejército donde llegó a ser capitán y más tarde creó en Salamanca el Comercial Toga que hoy dirigen sus hijos en tres tiendas: de muebles, electrodomésticos y relojería.

En 1920 fue al servicio militar a África: Larache y Melilla. Creemos que hacia 1923, cumplido el servicio militar emigró a Cuba, siempre nos hablaba de los días que pasó en barco viendo solo el azul del cielo y el azul del mar. Vivió 4 años en La Habana, trabajando como peón de albañil. Pudo también ayudar a sus hermanas Escolástica e Isidora buscándoles un trabajo mejor remunerado.

Hacia 1927 volvió a España y en 1929 se casó con Mercedes Villoria Gajate. Eran primos segundos. De su matrimonio nacimos 9 hijos, de los que vivimos 6. El tercero, Luisito, murió de uno o dos años. Dos mellizos, que nacieron después de mí, vivieron sólo dos horas, y los que bautizó de socorro la vecina, tía Joaquina Alonso.

### MIS PADRES JOSÉ Y MERCEDES: HONRADOS A CARTA CABAL

Con el dinero que trajo de Cuba compró una pareja de mulos que según me cuenta mi hermano Francisco, le costaron 40 duros. Cuando en 1975 se jubiló después de 46 años de labrador. Vendió esta pareja de mulos a unos gitanos para trabajar en una noria, y le pagaron por ellos más de lo que le



habían costado al casarse. Con el dinero traído de Cuba pudo comprar varias fincas de siembra de trigo, centeno, también fincas de pasto y de matorral. Duplicando casi sus propiedades. Llegó a tener un rebaño de más de 100 ovejas y 6 u 8 vacas bravas.

De ellos aprendimos a trabajar cantando por la alegría del trabajo bien hecho.

Los recuerdos que tengo de mis padres son, ante todo, del trabajo en el campo, en el que formábamos una piña los padres y los hijos, laborando con alegría e ilusión.

Viene especialmente a mi memoria la visión de mi padre sembrando con el saco al hombro, esparciendo el grano con la mano... trazando después los surcos muy rectos, al tiempo que le oíamos cantar la canción de “Cuba para La Habana”. Nos la cantaba también en los saraos, junto a los vecinos, por las noches:

De Cuba para La Habana  
Vi pasar una habanera  
Más linda que una mañana  
En tiempo de primavera  
Yo le pregunté si era  
Nacida en la montaña,  
No, señor, de la cabaña  
Que a lo largo se divisa,  
Donde se parte a la brisa,  
La rica flor de la caña.

También el recuerdo de la recogida de aceituna en diciembre o enero en nuestros olivares de la Barca junto al río Águeda. Mi padre vareaba las oliveras y después apañábamos la aceituna animándonos unos a otros al decir *¡tarea, tarea!* Solíamos cantar también esta canción:

Apañando aceituna  
Él me decía  
Con palabritas dulces  
Que me quería,  
Que se moría por mi querer.  
Dale a la vara, dale bien  
Que las verdes son las más caras  
Y las negras para ti...

En la siega todos participábamos segando a dos o tres surcos con la hoz. Los más pequeños trabajábamos también, recogiendo las espigas que habían caído al suelo. Después he leído en el libro de la Biblia, en Levítico 19, que Dios pide al labrador cuando siega la mies: “*No espigarás después de segar. Tampoco harás el rebusco de tu viña ni recogerás las uvas caídas. Se lo dejarás al pobre y al forastero*”. De todos modos mis padres daban a los pobres más de lo que podían. Al segar cantábamos. Como aprendimos de nuestros padres:

Segaba, segaba la niña y ataba  
Dicen que no me quieres, porque no tengo  
y a cada surcadita descansaba.  
Vacas en la majada, bueyes en el rodeo.

Con mi hermana Manoli iba normalmente a buscar las vacas y a guardar las ovejas y los corderitos. Mi padre nos había enseñado a ayudar a las ovejas a parir y a sacarle el corderito con cuidado. Después lo llevábamos al hombro. Solíamos cantar los dos esta canción que era muy popular:

Dicen que los pastores huelen a sebo,  
Pastora es mi zagala y huele a romero.  
Quítate, niña de esos balcones<sup>1</sup>,  
Porque si no te quitas,  
Ramo de flores,  
Llamaré a la justicia que te aprisione  
Con las cadenas de mis amores.

Nuestros padres nos enseñaron los bailes charros<sup>2</sup>. Mis hermanas y hermano bailaron siempre muy bien, especialmente los bailes charros, rendidos de nuestros padres. En el carnaval, al son del tamboril y de la flauta del tamborilero, tenían lugar en la Plaza del Castillo los bailes charros por barrios. Hacia el año 1955 mi hermano Francisco, a los 18 años, fue de barrio con mi hermana Dolores. Siguiendo la tradición, aquel año el tamborilero eligió a Dolores como la mejor bailadora charra, colocándole el sombrero en la cabeza que se decía “*ponerle la burra*”.

Nuestros padres cumplieron también la costumbre invitando al tamborilero a cenar. Para ello, mataron un conejo muy grande, cuya piel sirvió mucho

<sup>1</sup> La letra es muy conocida en la provincia de Salamanca. Debe leerse balcón, en lugar de balcones. (N.E.)

<sup>2</sup> Charro es salmantino (N.E.).

tiempo de alfombrilla a los pies de la cama de mis padres. Mis hermanos bailaban también en las bodas el baile de la rosca.

Mis hermanas tuvieron, desde muy jóvenes, novio. Recuerdo que, al volver de vacaciones en verano, hacia 1957, algunas noches escuché las canciones de los novios y de sus amigos que venían a rondarlas, al son del acordeón y del almirez.

...Ya no estás más a mi lado, corazón,  
Y sin ti yo sólo siento soledad...

Las matanzas las celebrábamos en familia, invitando a los hermanos de nuestros padres. De ellas siempre recuerdo los bailes y canto con el acordeón del tío Domingo Villoria, esposo de mi tía Manuela Gajate. Cantábamos con alegría:

Sobradillo que es mi pueblo  
Tiene cosas muy bonitas:  
Carretera hasta la plaza, un castillo y tres ermitas.  
Anda, Dolores, anda, Dolores,  
Que el pañuelo de seda cayó en las flores,  
Cayó en las flores  
Y no se manchó,  
Porque estaba debajo mi corazón

Aprendimos también a dar gracias por los frutos de la cosecha. Un detalle que nos emocionaba a todos era que, al recoger los frutos del campo: cereales, aceituna, almendra y otros, nuestros padres nos pedían siempre hacer un ramo de los frutos más lustrosos y llevarlo a casa para colocarlo como ofrenda a Dios en la mesita o camilla de casa.

También recuerdo cuando hacíamos la vendimia de la viña, que mi padre había plantado y que cavaba y cuidaba con mucho cariño lo que ahora hace mi hermano Francisco. Mi padre gozaba invitando a los amigos a compartir el vino con una jarrita de barro.

Igualmente recuerdo a mi madre, amasando el pan cada 8 o 10 días, mezclando la levadura con la masa de harina. Mi padre calentaba el horno con escobas e introducía con la pala el pan para cocerse. Cuando yo tenía 4 ó 5 años, al entrar a en la cocina, mientras mi padre calentaba el horno, tropecé con la leña y me di en la frente con la piedra de la lumbre. El médico tuvo que ponerme varios puntos, y lo hizo sentándome sobre una mesa mientras me agarraban con fuerza. Es uno de los primeros recuerdos que guardo.

Mis padres apoyaron mi vocación franciscana y sacerdotal. Cuando terminé el bachillerato, en el verano de 1959, estando de vacaciones, la víspera de marchar al Noviciado de Bilbao, me costaba decidirme. Consulté al párroco del pueblo y también a mis padres. Naturalmente, su consejo fue que era una decisión que yo debía tomar personalmente. Que ellos eran felices con que yo siguiera esa vocación pero que no podían decidir por mí. Al fin me decidí a dar el paso y viajar a Bilbao para iniciar el noviciado. Al despedirme de mis padres, por primera vez vi a mi padre llorar. Descubrí en sus lágrimas que sabía comprender mi situación. Como detalle del aprecio de mi condición de sacerdote, me impresionó que el día de mi primera Misa en el pueblo en el año 1967, mi madre puso en mi cama unas sábanas que ella había bordado de novia para su ajuar. Mi padre mató aquel día un becerro para el banquete de los familiares y amigos.

Agradezco el regalo de mis padres, que Dios me concedió: por 74 años mi madre y 78 mi padre. A los dos pude atenderlos en su última agonía y verles morir. En la muerte de los dos pude presidir el funeral, y Dios me concedió la gracia de la fortaleza para resistir la emoción y hablar de las virtudes, sabiduría y don de consejo que tuvieron. Murió mi madre en 1977 y mi padre en 1978. Creo que todo lo que de ellos recibí y gocé, lo expreso en la poesía “Mi padre labrador”. Yo mismo escribí la letra para la música que compuso José María García Laborda para el festival de Canción Misionera de España que sigue organizando Cristianos sin Fronteras. Fue en 1980. Ganó el primer premio de Madrid y el segundo a nivel nacional. En su honor lo escribí y hoy doy testimonio una vez más.

## MI PADRE LABRADOR

A mis padres labradores, que con su sencillez, pobreza y bondad me enseñaron a ser franciscano. Al llevar la paz y el bien a los hombres y a sentir la felicidad de dar.

Yo, el Quinto de la familia Gajate en Cuba desde octubre de 2002. Era la tercera vez que me ofrecía a venir a Cuba como misionero y a la tercera fue la vencida. Desde el día que llegué y visité La Habana y paseé por el Malecón me di cuenta de que esta Perla de las Antillas es todo luz y horizonte.

¡Cuánto hubiera gozado encontrando algún familiar aquí en Cuba! Al ver hombres trabajando en el campo o albañiles, me acuerdo de mi padre y abuelo y me parece estar viéndolos. Muchas veces tengo la sensación de encontrarme en Sobradillo, al visitar varias veces al año a las seis familias de Sobradillo que tienen descendientes viviendo en La Habana. Al estar fuera de España, experimento también la alegría de tener una familia tan larga, y con orgullo les hablo a los cubanos de que somos seis hermanos, tenemos trece sobrinos

y dieciocho sobrinos nietos, con las niñas que vienen de camino, y diecinueve primos carnales.

Mi padre labrador sembró al rayar el sol, su fe multiplicó su trigo y su labor, llevando a los demás su paz y amor. Labró los campos con mimo y tesón; Para sus hijos Dios le concedió trigo y pan. Mi padre labrador cantó al Creador. Con sacrificio él multiplicó tierras, rebaños que pastoreó, y sus primicias de espiga y flor de rodillas al cielo agradeció En tierra buena la viña plantó, Fruto abundante dio con lluvia y sol. Cuando su hijo subió al altar, Hizo ofrenda del vino al consagrar.	La madre conservó el fuego del hogar, Y el hijo se marchó inquieto por llevar Mensaje de amistad, paz y amor. Y junto al fuego surgió la unidad, Paz y alegría de ser bueno Y dar tu amistad. Mi madre amasó el pan nuestro hogar Pobres vivieron para compartir Con el mendigo la bondad y el pan. Para el ausente fue lo mejor De su hacienda y cosecha y de su amor. Fueron felices entregando a Dios Dos de sus hijos a evangelizar. Pero el pequeño tembló y dudó, aquel día a mi padre le vi llorar.
---	--

En estos dos años y medio que llevo en Cuba, me ha inundado una alegría interior, tan viva como nunca la había sentido antes. La atención y cercanía con los enfermos y ancianos en sus casas, con los pobres que se acercan a pedir algo, con los niños y jóvenes en la catequesis, con los Terciarios o seglares franciscanos, con los padres y madres y abuelos en el catecumenado de adultos. En fin, atendiendo a tantas personas que vienen a pedir pequeños detalles o favores para estar más formados o vivir mejor su fe.

Es una gozada del espíritu preparar a estas personas adultas, algunas de más de 80 años, para recibir el bautismo, primera comunión y confesión otros para casarse por la Iglesia después de muchos años de matrimonio civil. Algunas madres han recibido bautismo, primera comunión y confesión al tiempo que sus hijos, y seguidamente se han casado por la Iglesia.

Me siento feliz de compartir en esta Isla de Cuba la fe, la paz y el bien.



# Mis emigrantes: mis abuelos y mi padre

Ángel González Lozano

Yo tengo tres emigrantes: Mi padre, mi abuela y mi abuelo. Por tanto tengo dos historias, la de mis abuelos y la de mi padre. Comenzaré con la historia de mi abuelo, pues mi padre me ha dicho que es mucho más interesante. Y porque, además, mi abuelo la escribió con orgullo en una libreta, de la que puedo sacar muchos datos y descripciones llenas de emoción. Yo no conocí a mi abuelo, pero cuando yo era pequeño, mi abuela me contaba muchas cosas de él, y es casi como si lo hubiera conocido.

Mi abuelo tenía seis hermanos. Todos habían nacido en una pequeña y pobre aldea de la provincia de León, en España. Mi abuelo, Mateo, era el tercero de los hermanos por el orden de nacimiento, y sé que nació un 5 de octubre del año 1900 y se dedicó durante su juventud a las labores agrícolas, segando trigo, vendimiando, cuidando el rebaño de ovejas, ayudando en el deshierbe de la huerta y yendo a vender productos a las ferias..., y recuerdo que mi abuela me contaba que mi abuelo tenía un perro de caza muy obediente e inteligente al que le llamaba Gol. Sé que una vez mi abuelo cogió la escopeta un día que había nevado mucho y salió con Gol, y encontraron las huellas de una liebre y las siguieron. Se había metido entre unas peñas que tenían una pequeña cueva como si fuera un túnel de metro y medio de largo con un hueco de entrada y otro de salida y mi abuelo quiso coger viva a la liebre. Metió el brazo pero solo logró tocar los pelos de la liebre sin poderla agarrar porque ésta, al notar la presencia del perro, se había arrimado al otro hueco. Entonces mi abuelo tapó con unas piedras ese hueco, dejó al perro allí y dio la vuelta para agarrarla por el otro lado, pero el perro quitó las piedras y al ver que no podía entrar por ese hueco, dio la vuelta para ir por el otro, lo que aprovechó la liebre para salir a todo correr por el hueco libre y se les escapó a mi abuelo y a Gol.

Al hablar de mi abuelo y sus hermanos pudiera decir que esta es una familia de emigrantes. Todos eran muy jóvenes cuando emigraron. La aldea, que se llama Matanza y que según mi padre, queda cerca de Astorga, tenía la tierra muy seca y poco fértil y a todos los pueblos de ese lugar le ponían como apellido “de la *sequeda*”, por lo que la vida allí resultaba muy dura y difícil; por eso la juventud emigraba. El mayor de los hermanos de mi abuelo había nacido allá por el año 1895 y emigró a la Argentina cuando tenía 17 años.

Mi abuelo salió de al lado (*sic*) de sus padres cuando apenas tenía 16 años para ir a trabajar a Vigo, donde estaba establecido uno de sus tíos que tenía una tienda de comestibles. Con el tío llevaba ya trabajando desde hacía algunos años un hermano mayor de mi abuelo, el segundo, llamado José, quien había nacido en febrero de 1898. Cuando ya mi abuelo llevaba un año trabajando allí, el día 1.º de octubre de 1917, embarcó desde el puerto de Vigo acompañado de este otro hermano, que tenía 19 años, en un anticuado e incómodo trasatlántico español, el “Alfonso XII”, rumbo a La Habana, Cuba. Mi abuelo cumplió 17 años cinco días después de zarpar en el barco.

A ambos les habían garantizado empleo en Cuba en una tienda de víveres y, según escribió mi abuela en la libreta, eso fue uno de los motivos para salir de España, porque además de que siempre la juventud desea ver mundo, desea buscar también una vida mejor.

Llegaron a La Habana el día 13 de dicho mes por la tarde y al día siguiente empezaron a trabajar en la Plaza del Polvorín, en una bodega llamada “El Agua Fría”, y dos años después se le unió con 16 años Alfredo, el hermano que le seguía en el orden de nacer, y que había nacido en abril de 1903.

Allí pasaron mucho trabajo. Le pagaban un salario del que le descontaban la ropa, la comida y las alpargatas que le dieron por calzado (que mi padre me ha descrito cómo eran) y que sólo le daban otras nuevas cuando se le rompían, por lo que le pagaban poco y trabajaba 10 horas; pero, para ganar más, él y sus otros dos hermanos llegaron a trabajar 15 y 16 horas, y me dice mi padre que mi abuelo tenía que subir sacos de azúcar que pesaban como 200 libras por una escalera de travesaños sin pasamano y se ponía una buena faja para no herniarse. También tenía que llevarle la mercancía a clientes que vivían del otro lado de la bahía, por la Fortaleza de la Cabaña, y llevaba una carretilla con víveres y tenía que cruzar la bahía de La Habana en una lancha con una carretilla para repartir la mercancía y cuando la 1 Guerra Mundial toda la parte esa de la Fortaleza de la Cabaña se quedaba a oscuras cuando llegaba la noche como medida de seguridad. Una vez le cogió allí la noche e iba caminando por un trillo cuando le dieron unos militares el alto y mi abuelo tuvo mucho miedo, pues no había luna y no se veía nada. Me cuenta mi padre que mi abuelo dijo quién era y qué hacía allí, y los soldados le dijeron que anduviera con cuidado, pues no era hora de andar por allí.



También me cuenta que iba por La Habana Vieja repartiendo mandados con una cesta a la cabeza cuando un día unos muchachos de mal aspecto se metieron con él y que uno le pegó un chicle en la nuca y mi abuelo puso la cesta en el piso y le corrió atrás, lo cogió y le dio unos buenos golpes, pero cuando miró descubrió que los otros muchachos le habían llevado la cesta con mandados y tuvo que estar pagando al dueño ambas cosas por un buen tiempo.

Y me han contado que prácticamente no tenían días para salir a pasear, que no tenían tampoco médico, que si enfermaban no le pagaban, y que si iban al médico y éste le cobraba, se lo descontaban del salario. Aquella vida era muy dura. Me han contado, tanto mi abuela como ahora mi padre, que en una ocasión mi abuelo estando en la bodega del “Agua Fría”, pisó una tabla que tenía una puntilla y le atravesó la alpargata y el pie, y le costó mucho trabajo poder descalzarse, pues el clavo no quería salir y cuando lo logró, cogió la alpargata y con ella se dio duro sobre la herida en la planta del pie para que le sangrara bastante, para evitar así que le quedara alguna infección dentro de la herida. Luego lavó el pie herido con el jabón que le daban para lavarse su ropa, le echó bastante alcohol, lo vendó con una tela blanca y siguió trabajando.

Unos años después el mayor de los hermanos que están en Cuba, se va a trabajar al cabaret “El Manzanares”, cuyo edificio aún existe en Carlos III e Infanta –y que, según le dijo mi abuelo a mi padre, era, si no el primero, uno de los primeros en el que trabajaban mujeres para atender a los clientes–, y en el año 1923 entre los tres hermanos compraron dicho cabaret que también era cafetería y restaurante. Mi padre me cuenta que luego también hubo ahí un cine, pero mucho después, y ya ellos no trabajaban ahí.

En ese mismo año de 1923, el 1ro. de octubre llegó procedente de Vigo, España, otro hermano, Victorino, precisamente el día en que cumplía 18 años. Era el quinto por orden de nacimiento, y dos años después llegaba el sexto hermano, Aquilino, con 17 años

Es de notar que en 1925 el mayor de los hermanos en Cuba tenía 27 años; mi abuelo, 25; le seguía el otro con 22; otro más con 20, y el último en llegar con 17.

Mi abuelo ese año se tuvo que operar de las amígdalas en la Quinta de Dependientes del Comercio de La Habana, de la cual era socio, al igual que el resto de sus hermanos, y aunque esa clase de operación era sencilla, a consecuencias de la misma tuvo una gran hemorragia y lo pasó bastante mal.

Después de recuperado, los cinco hermanos trabajaron juntos en el “Manzanares” con mucho entusiasmo y gran sacrificio; pero aparecieron otros negocios similares, atendidos por mujeres, que le empezaron a hacer competencia, por lo que les dejó de ser próspero. En vista de eso decidieron

que había que venderlo como se pudiera antes de que fuese demasiado tarde y les fuera a dar pérdida. Por tal motivo en 1929 entre todos los hermanos compraron una bodega en el reparto Lawton, en el paradero de los tranvías, en combinación con varios otros bodegueros cubanos jóvenes y emprendedores, la cual fue a administrar mi abuelo. Allí también fueron a trabajar el más joven de los hermanos con 21 años y el que le seguía a mi abuelo, con 26.

En 1932 el hermano más pequeño de los que estaba en Cuba y que trabajaba con mi abuelo en la bodega de Lawton tuvo que retornar a España debido a que contrajo una enfermedad pulmonar y el médico le recomendó que tenía que ir a vivir para un lugar donde el clima fuera más frío y seco como el que había aquí cerca de Sancti Spíritus en Topes de Collantes, por lo que decidió regresar a su pueblo natal junto con su madre y el menor de los hermanos que allá vivían, donde el clima tiene esas condiciones, donde se recuperó por completo y nunca más volvió a padecer de los pulmones.

Mi abuelo estaba herniado y en 1935 fue operado en la Quinta de Dependientes. Pocos días después de la operación de hernia se le presentó una complicación: Los riñones no le secretaban orina y por tal motivo pasó 30 días muy mal en dicho centro de salud.

Varios meses después, el 1º de junio de ese mismo año de 1935, embarcó en el puerto de La Habana para hacer su primer viaje de retorno a España a su pueblo natal, Matanza, donde residía su mamá en compañía de los dos hermanos menores, pues su padre había ya fallecido en 1926.

A los pocos meses de encontrarse de regreso en España se le reprodujo la hernia operada, y por temor a otra operación, en la que volviera a tener complicaciones, prefirió continuar soportando esa molestia durante muchos años.

Al año de estar en España lo sorprende allí la Guerra Civil<sup>1</sup> y mientras dura ésta, permanece en la aldea de Matanza en compañía de su madre y del hermano que había estado en Cuba, pues el más pequeño había fallecido en 1936 a penas unos meses antes de estallar la guerra.

Mi padre me hace (*sic*) anécdotas que le contó mi abuelo de cuando la guerra. Dice que mi abuelo iba por un camino cuando vino un camión con hombres armados encima y al cruzarse en el camino, ellos levantaron la mano derecha y gritaron: “Viva Franco” y mi abuelo hizo lo mismo. Y no había pasado mucho cuando se cruzó con otros hombres que alzaron el puño izquierdo y dijeron: “Viva la República” y mi abuelo hizo y dijo lo mismo. Y que dijo mi abuelo que tenía que tener cuidado en no equivocarse pues lo podían tirotear, porque cada rato por eso lugares habían escaramuzas entre unos y otros.

<sup>1</sup> El autor se refiere a la Guerra Civil española (1936-39) (N.E.).

Terminada la Guerra Civil en 1939, la cual fue desastrosa para España, mi abuelo se casó con mi abuela, que había nacido el 13 de octubre de 1915, y que también era del mismo pueblo, el día 8 de junio de 1939 coincidiendo con la festividad de Corpus. Estando en el pueblo, meses después, el 20 de marzo de 1940, nació mi padre a las cuatro de la madrugada.

Ese mismo año, el 1º de octubre, desde el puerto de Vigo embarcaron hacia La Habana los tres: Mi abuelo, mi abuela y mi padre quien en esos momentos iba a cumplir seis meses de edad, hicieron una travesía con mar apacible en el vapor español “Magallanes”, llegando a La Habana el día 13 del mismo mes. Casualmente, las fechas de la primera salida de mi abuelo con su hermano hacia Cuba y la de llegada a La Habana coinciden en mes y día con éstas de ahora.

Se fueron a vivir a una casa que estaba en un pasaje de la calle Milagros. La casa dice mi padre que tenía una sala-comedor, un cuarto, baño, cocina de carbón y un pequeño patio. Mi abuela se ocupaba de la casa y mi abuelo administraba la bodega-cafetería-restaurant del paradero de los tranvías, donde él cocinaba. Y dice mi padre que mi abuelo le contaba a él con orgullo que muchos clientes querían que mi padre le hiciera bacalao a la vizcaína, pues era su especialidad.

José, el hermano de mi abuelo, había traído a Cuba en 1946 a mi bisabuela quien estuvo viviendo aquí tres años, pasando un tiempo en cada una de las casas de los cuatro hijos que tenía aquí.

En 1947 mi abuelo vendió su parte del establecimiento del “Paradero de los tranvías” a su hermano José y a un cubano llamado Lorenzo para descansar y recobrar salud según dice lo que escribió mi abuelo en la libreta. Y en junio del 48, después de descansar siete meses, mis abuelos compraron una bodega en Infanta y Jesús Peregrino que se dedicaba a la venta de víveres y licores, y, con mi abuela y mi padre, que tenía 8 años, se fueron a vivir para una casa que colindaba con la bodega. Mi padre me ha llevado varias veces por ese lugar que queda cerca de la Quinta de los Molinos, y me ha enseñado donde vivieron.

En esa bodega le fue muy bien a mi abuelo. Abría el establecimiento a las 7 de la mañana y cerraba a las 10 de la noche. Los domingos abría sólo 4 horas por la mañana. Tenía inicialmente un empleado o dependiente, y en ella trabajaba también unos horas mi abuela. Además de hacer las labores de la casa, atendía todo el mostrador, excepto la parte de la barra o el bar, y mi padre también ayudaba. Vendía a ratos cajas de cigarrillos, refrescos, latería y confitería, y llevaba mercancías a casa de los clientes. La venta aumentó porque mi abuelo trataba bien a los clientes, y se llegó a tener dos empleados. Pasaron años y en marzo del 55 mi abuelo vendió esta bodega en tres veces lo

que le costó. Logra así una pequeña fortuna como otros muchos emigrantes, a base de tesón y sacrificio.

Unos meses después, mi abuelo les pide dinero a sus hermanos, casi tanto como lo que obtuvo por la venta de la bodega, y compra en Lawton con ello unas casa para rentarlas. Se preocupa por tenerlas en buenas condiciones y atender a sus inquilinos, que lo querían como a un amigo. Entre mi abuelo, mi padre y otro hombre más le construyeron una acera a las casas. Poco a poco iba devolviendo el dinero que le prestaron.

En 1960 decide realizar con mi abuela y mi padre un viaje a España para ver a su mamá que ya tenía 93 años, y visitar a toda la familia. Le permitieron sacar 200 dólares a cada uno. Partieron el 3 de junio en el barco portugués Santa María con mar tranquila e hicieron la travesía en 12 días, con escalas en Port Everglades (en la Florida), Palma (Canarias), Santa Cruz de Tenerife (Canarias), (donde cuenta mi padre que un coro de danzas abordó el barco y animaron el resto del viaje con bailes y canciones). Luego hicieron escala en Funchal (en las islas Madeira, de Portugal), y Vigo (España).

En España estuvieron poco más de cuatro meses visitando a la familia y a amistades, estirando el dinero que llevaron, en un recorrido que los llevó por Vigo, Astorga, Matanza (la aldea), Cestona, San Sebastián, Bilbao, Santander, Oviedo, Gijón, León y Madrid. En algunos lugares estuvieron más de una vez.

Mi abuelo hizo que en la aldea donde nacieron vendimiara mi padre, pisara las uvas y sacara el mosto, segara el trigo con hoz y con guadaña, trillara con los bueyes, jugara a los bolos, fuera en mulo con sus primos y primas a las fiestas de pueblos vecinos, y entre otras muchas cosas, viera dónde lavaban las mujeres del pueblo, y que además de que fuera a misa en la iglesia de la aldea, se sentara en el pupitre del aula de la escuela donde mis abuelo no pudo terminar el 6to grado por tener que trabajar, y donde también estudió mi abuela.

Durante ese gran recorrido, vieron corridas de toros en San Sebastián y en Madrid, partidos de fútbol y bailes folclóricos en pueblos y ciudades, incluyendo el de los maragatos<sup>2</sup> con sus vistosos trajes, según me ha contado mi padre.

La Ley de Reforma Urbana del gobierno Revolucionario de Cuba, encabezado por Fidel, hizo que no pasaran el Fin de Año en España. Tenían el pasaje de regreso por avión y salieron para La Habana del aeropuerto de Barajas en octubre del 60 en un avión Super-G Constellation de Iberia que, casualmente, tenía también el nombre de Santa María e hizo escala en Santa

<sup>2</sup> Llámense maragatos a los leoneses de la zona aledaña a Astorga (N.E.).

María de las Azores y después en Las Bahamas, antes de aterrizar en el Aeropuerto Internacional José Martí de La Habana.

A mi abuelo le tasaron las casas en poco más de la mitad de lo que le costó y se lo pagaron mensualmente hasta completarlo en 1969. Luego el gobierno socialista, siguiendo su propósito de no desamparar a nadie, le pasó una pensión de 200 pesos hasta que falleció el 3 de mayo de 1983, a la edad de 83 años, por lo que no nos llegamos a conocer, pues yo nací en el 90.

Dicen mi abuela y mi padre que mi abuelo, a pesar de que no terminó el 6<sup>o</sup> grado, tenía muy buena ortografía. Era capaz de sumar números de tres cifras a la vez y se sabía las capitales de todos los países de Europa y de América y las de muchos otros países de los otros continentes, además de los principales ríos de muchos países y capitales, y conocía la historia de España. Y aunque no lo conocí, lo admiro mucho.

Ahora contaré sobre mi abuela por parte de padre, mi abuela emigrante, aunque al hablar de mi abuelo ya he contando algo de ella. A ella sí la conocí y la quería mucho y ella a mí también. Me contaba muchas cosas, de cuando ella era niña, de su querida aldea. Ella quería ser maestra, le gustaba la escuela y el estudiar, pero al terminar el tercer grado la pusieron a cuidar el rebaño de ovejas, a trabajar como pastora.

Recuerdo los cuentos que me hacía ella de los crudos inviernos, de las fiestas, de las romerías, de los pendones, y de los lobos y otros animales que merodeaban el pueblo, y de los miedos que pasaba sola y lejos de la casa, en compañía de su fiel perro de pelea, Navarro, que era muy valiente y cuidaba de ella y de las ovejas, y de otros dos perros más pequeños y lanudos que conducían al rebaño mordisqueándoles las patas a las ovejas que se descarriaban<sup>3</sup> y de la habilidad de su hermano Balbino para dirigir las piedras con la honda cuando alguna vez la acompañaba en el pastoreo. Su padre era vendedor y salía durante semanas a viajar en tren vendiendo ovejas y puercos, y sus hermanos se ocupaban de la cosecha y de otras tareas.

En más de una ocasión me contó que un día Navarro le salió atrás a una zorra y de pronto a ella se le apareció el lobo. Trató de gritar: “¡Al lobo! ¡Al lobo! Navarro, ¡al lobo!” pero la voz no le salía, el miedo le había quitado el habla. Las ovejas no huían, se quedaban quietas, como bobas, y se dejaban matar sin chistar. Ya había matado dos o tres y mi abuela que tenía unos 10 años sin poder hacer nada. Cuando apareció Navarro, y el lobo huyó.

<sup>3</sup> Se trata probablemente de un mastín leonés, raza de perros que se ha especializado en el cuidado del ganado y, especialmente, de la defensa contra los lobos. Los otros perros son conocidos como careas cuya función es guiar y conducir al ganado lanar. (N.E.).

En otra ocasión me contó que Navarro salió a fajarse tras un lobo. Mi abuela me decía que ella había visto a Navarro, que era muy valiente y fuerte, fajarse con dos lobos a la vez y ganarle a uno y hacer que los dos salieran corriendo, llevando alguna pata arrastro y soltando sangre, y ella le gritaba a Navarro para que no le siguiera, y él la obedecía, pero un día no hizo caso y se fue tras el lobo, y parece que se enfrentó a la manada, pues regresó muy maltrecho y no lo mataron gracias a un collar de púas que tenía alrededor de su cuello precisamente para protegerlo. Pero se pasó varios días para reponerse de las mordidas recibidas.

También en una ocasión su hermano Balbino regresaba al pueblo por un camino desde otro pueblo cercano a donde había ido a visitar a la novia y le había cogido la noche, y de repente el caballo no quiso seguir caminando, y Balbino vio a los lejos delante en el camino los ojos de un lobo. Decidió coger por otro camino y al poco rato le sucedió lo mismo. El lobo no lo dejaba pasar, y contaba mi abuela que Balbino le tiró una piedra y el lobo la cogió y la rechinó entre los dientes, por lo que decidió regresar al pueblo de la novia y pasar la noche allá en una venta para regresar al otro día temprano.

Hay muchos cuentos más que harían interminable este relato, pero hubo uno en el que un toro, que aparentemente era manso, estando en el pesebre, cogió a mi abuela un día de repente y la envistió, cogiéndola afortunadamente con los tarros<sup>4</sup> por debajo de los brazos y la tiró encima de unos fardos de hierba seca, y afortunadamente, no le sucedió nada, sólo el susto.

Mi abuela era muy laboriosa y tenía 5 hermanos, la mayor era Pilar, que muy jovencita, a los 19 años emigró a la Argentina, le seguía Balbino, luego Manuel, Rosario y Felipe. Este último murió en la Guerra Civil Española.

Una vez recuerdo que me dijeron que mi abuela habló por teléfono después de cincuenta años sin oírse entre ellas sus voces, comunicándose sólo por cartas, con su hermana Pilar en la Argentina y fue tanta la emoción que ninguna de las dos pudo hablar casi nada, lo único que hicieron era decirse “mi hermana” y sollozar. Ya mis abuelos fallecieron y los hermanos de ellos también.

Mi padre es el otro emigrante. Él vino a Cuba de meses y sabía de la aldea, de Astorga, de León y de otras ciudades de España, por lo que le contaba mi abuelo y mi abuela. Él, desde muy pequeño, le escribía en las cartas de su padre o de su madre, unas líneas a la familia.

Él me cuenta que cuando se mudaron para Infanta, jugaba en la Quinta de los Molinos con otros muchachos. Estudió en el colegio de La Salle, en la avenida de Carlos III, pero se puso a fastidiar a los demás muchachos cuando

<sup>4</sup> Cuernos (N.E.).

estaba en 5to grado y los curas lo botaron de la escuela. Mi abuela, en castigo, le dijo que iba a trabajar a tiempo completo en la bodega y él aceptó. Casi un año después, él le dijo a mi abuelo que quería seguir Dependientes de La Habana, logrando aprobar y entrar en el sexto grado. Al terminar el octavo con muy buenas calificaciones, quiso estudiar en San Alejandro, pero mi abuelo quiso que estudiara otra cosa primero y estudió Comercio, y sacó en los primeros dos años, hasta 1960 con las mejores calificaciones según su profesor. Aprendió inglés en una escuela pública y por sus buenas calificaciones se ganó una beca de verano en una escuela privada especializada en inglés, la Havana Business Academy.

En el sesenta, como ya dije, mi padre fue a conocer a su familia y a su aldea. Tuvo allí magníficas experiencias. Vio el pozo en la aldea, el cual había cavado en la roca con un pico mi abuelo con un hermano, cuando estuvo allí antes de la Guerra Civil. Vio los paisajes que él me ha descrito y que he visto también en fotos y tarjetas postales, y que algún día quisiera ver en persona. Luego del regreso, mi padre no pudo terminar sus estudios de Comercio, pues desactivaron esas escuelas y entonces comenzó a estudiar en una escuela Dibujo Comercial. Practicó natación, pero la dejó, pues tenía competencias por la noche y era cuando estudiaba dibujo, y de ahí fue a trabajar en una revista, como dibujante y luego como diseñador. De ahí pasó a trabajar como diseñador gráfico a un periódico nacional y llegó a ser Director Artístico.

Todos ellos me han inculcado el amor a España, a León, a Astorga, y a la aldea donde mis abuelos y mi padre nacieron. Por eso tengo también la ciudadanía española. Y me siento orgulloso de los tres, de mis abuelos españoles y de mi padre, mis emigrantes.





# Guerra, amor y añoranza

Nelly<sup>1</sup>

## UN RELATO SOBRE LA INMIGRACIÓN A CUBA DE LA FAMILIA VICENTE-SÁEZ, NATURALES DE SALAMANCA, CASTILLA-LEÓN, ESPAÑA

Nos conocimos hace más de 40 años, en circunstancias –diría yo– poco comunes.

Fue a primera vista, los dos coincidimos en que es la única manera de enamorarse de veras.

Éramos jóvenes en aquella época. No pasábamos los 30. Atrás quedaron desaciertos matrimoniales, pero el hecho de tener hijos hacía que fuésemos muy maduros y responsables.

Él, buen mozo, inteligente, me deslumbraron sus múltiples facetas, piloteaba aviones, jugaba con éxito pelota vasca y hasta recibió clases de canto lírico. Yo, alguien diferente, como él asegura, “La de las mil y una noches”, una mujer con UNEF (*sic*), que él lo define, así como lo dice. Hacemos todavía una buena pareja, nos complementamos, y eso también es amor.

Ya avanzada la relación, fue cuando supe que era un inmigrante español. Tan “aplatanado” estaba por los años de vivir en Cuba, que sólo podía descubrirlo la rigidez desacompañada de sus movimientos al bailar la música cubana, algo que, en cambio, se da muy fácil para los nativos de este lugar.

Siempre ha rechazado molesto el golpe violento de las tumbadoras y bongoes, pero si éstos acompañan a una mulata rumbera, todo lo soporta por disfrutar el espectáculo que resulta de ver en movimiento el mejor invento galle-

<sup>1</sup> Desconocemos los apellidos de la autora (N.E.).

go: ¡la mulata! “Gallego”. Así se les denomina en Cuba a todos los españoles, de cualquier región de España que sean. También le gusta la cadencia de un guaguancó, rumba acompañada con sordas palmadas de influencia andaluza, y el repiqueteo en el cuero de los tambores, con las uñas largas y endurecidas de los negros y mulatos más viejos. Tiene preferencia por la música lírica y con orgullo hispano afirma: ¡eso sí que es música!, cantada por los mejores exponentes españoles: José Carrera, Plácido Domingo, Montserrat Caballé.

En el baile, Antonio Gades, y en la guitarra Paco de Lucía. Son sus preferidos, y también los míos. Sin contar a la Montiel y a Lola Flores, vistas con la mirada de la adolescente que yo era entonces, y ahora, la Rosario, que con lo heredado de su madre y lo suyo muy contemporánea y atrevida, me encanta.

Pero para que pudiéramos amarnos en paz en “la tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto”, fue necesario que su abuelo don Cosme, natural de Bóveda del Río al Mar (*sic*)<sup>2</sup>, provincia de Salamanca, viniera a Cuba, en la etapa de la Guerra de Independencia, enrolado en el ejército como telegrafista. Era un hombre de paz. De esta manera, servía a su país sin verse obligado a quitarle la vida a otro semejante, que —luchaba por la libertad de su patria.

En esa misma época, mi abuelo José Dolores salía de su natal Santiago de Cuba, provincia oriental, lugar donde se han gestado todas las rebeliones de este pueblo. Atravesó la isla a todo lo largo, formando parte de las tropas del general Antonio Maceo, hasta llegar al extremo más occidental: la provincia de Pinar del Río, en la epopeya más grande de la guerra de independencia de Cuba, “La invasión”.

En Cabañas puerto de mar al Caribe, conoció a mi abuela, María Ramona, hija de asturianos, pero nacida en este propio lugar. Entre ellos surgió una pasión casi imposible entre un pardo cuarentón y una adolescente rubia hija del enemigo.

Fue necesario que terminase la guerra para que mi abuelo, ya con grados de coronel, volviera a buscarla y se la llevara, acción obligada dado que la familia obviamente no podía estar de acuerdo con esa unión.

Se instalaron en La Habana, para lo que José Dolores compró una casa en la hoy llamada Habana Vieja, que por supuesto, era el centro de la capital en aquel entonces.

Tuvieron seis hijos. Uno de ellos fue mi madre.

Pero no es la historia de un Romeo mambí y una Julieta pinareña la que quiero contar ahora.

<sup>2</sup> Bóveda del Río Almar, el río Almar es un afluente por la margen izquierda del Tormes (N.E.).

Don Cosme, por su parte, como la mayoría de los quintos deseaban, al terminar la guerra regresó a su terruño natal, donde la mayoría salieron en contra de su voluntad.

Así lo hace, y ya en España, se casa con una coterránea. Muy pequeña era, y siendo él muy alto a ella le decían “el bastón de Cosme”, cuando colgada de su brazo paseaban por la Plaza Mayor de Salamanca.

Sufrió Mónica la mujer de Cosme, muchos partos malogrados para al fin tener una única hija: Zoila. Era Zoila una niña todavía cuando su padre decide emigrar a Cuba. Buscaba prosperidad en un lugar conocido, dulce y cálido como nuestra tierra.

Tenían que pasar todas estas cosas para que Ignacio y Zoila, ambos nacidos en España, se encontraran en Cuba.

Ignacio por su parte llegó a esta isla huyéndole a “La mili” que espantaba de su país a muchos mocitos españoles. La Habana, la tierra prometida, fue el asentamiento que escogió.

Un paisano ya acomodado, lo ayudó. Comenzó como comenzaban todos de ayudante.

Era un negocio de dulcería. Un lugar elegante radicado en la calle Obispo, arteria principal de la hoy Habana Vieja. El número 99, puede verse todavía en el piso de la entrada de la edificación, grabado en una placa de bronce, legible a pesar del tiempo y las pisadas de los tantos que transitaron por aquel lugar en casi un siglo.

Prosperó a base de privaciones y ahorros, llegó a ser condueño del negocio. Compró propiedades, y entonces ya tenía lo suficiente como para formar una familia acomodada.

Hermosa y joven ella, maduro y honorable él, se unen en matrimonio.

Pasado algún tiempo, la añoranza de la tierra natal, siempre tirando fuerte, hace que regresen acompañados, como siempre estuvieron, de los padres de Zoila.

Viviendo en Salamanca tienen tres hijos, uno cada año: Ignacio, Zoila y Nacor.

El más pequeño tenía tres años cuando el fascismo se enardece, pidiendo sangre de los hombres de izquierda y una de las tantas víctimas fue el compadre de Ignacio, padrino de la niña.

Fuertes lazos unían a estos dos hombres, así que este hecho tan cercano le hizo temer aún más por la seguridad de él y su familia.

Las cosas empeoraban cada día. Al sorpresivo chillido de las sirenas, corrían por las calles con la incertidumbre que provoca el terror de verse expuestos sin protección alguna. Era largo e interminable el camino al refugio, así que Ignacio decide improvisar un lugar en el sótano de la casa donde

podían ocultarse de la muerte, que viajaba deprisa y sin destino fijo en aquellos penosos años del 38.

Dicen recordar una bomba que picó muy cerca en el amplio patio de la casa familiar, ubicada en el Paseo de Canalejas # 88 esquina a Pedro Cojos.

Se refugian en La Coruña, la casa estaba situada en las afueras de la ciudad.

No había recuerdos cuando comenzamos a hilvanar los hechos de esta etapa.

Pero bastó abrir una pequeña hendidura para que aparecieran imágenes dormidas en la memoria de los hermanos Zoila y Nacor.

—Había una playa, Riazor se llamaba y otra Santa Cristina...

El lápiz corre ahora garabateando notas para no dejar escapar detalles.

—Primero un tranvía y después una barca...

“Todo el viaje por el río no paraba de llorar del miedo”, confiesa Nacor.

La orilla del mar forma una herradura y en uno de sus extremos, unos pinares muy bellos.

—“Hacíamos castillos de arena, se dejaban al irnos no se derrumbaban. Es lo único de lo que me acuerdo”, dice Tata, que es como llaman a Zoila los de la familia.

Nacor asegura que en Puente de Ume se hacían carreras de motos. Aislados recuerdos, difíciles de ensartar en una historia auténtica pero incoherente.

—El parque de La Coruña era inmenso... Comíamos barquillos... parecían abanicos... y yo con mi porroncito, se me rompía uno y me compraban otro.

Un día me perdí, fui sola a llenar mi porrón en la fuente, el agua era muy buena, de manantial, al regreso no encontré a mis padres.

Llegué sola a mi casa, y ya pensaban en llamar a la policía, nadie se explicaba cómo pude atravesar con sólo cinco años la ancha avenida sin que me atropellaran aquellos carros que corrían a “toda velocidad”.

No sé en qué lugar, pero había árboles gigantescos, con merenderos en la copa y bancos para descansar y comer.

Me gustaban los percebes... eran ricos.

—“En un restaurante yo comí calamares”, dice Nacor

—“¿Calamares?, ¿Un niño de cinco años?, me parece raro”.

—“¿Por qué?, si tú comiste percebes, yo comí calamares”.

La finca de papá, era pequeña, un terreno llano, criaban cerdos.

No era muy lejos de la casa, como un kilómetro. Nos montábamos en ellos como robustos caballos, las piernas llegaban al suelo asegurando no caer en caso de que el animal se rebelase y decidiera huir.

Las primeras letras las aprendí con mi abuelo. Nos enseñaba a leer dibujando en los cristales empañados en el invierno. Me parece ver claramente sus dedos y sus manos muy grandes, así son las mías también.

Después de un año aproximadamente en La Coruña, emigran en el vapor “Magallanes” rumbo a Cuba nuevamente, dejando atrás el puerto de Vigo y a toda España.

En esta travesía se sentían relativamente seguros, pues un barco bajo la bandera española en su condición de país “neutral” no debía temer ser atacado por los submarinos alemanes, que merodeaban amenazantes por aquel océano oscuro y profundo.

Pero con la naturaleza sí que no hay pactos cuando ella quiere hacerse notar. Desea que la tengan en cuenta, que sepan que comparados con ella son diminutas las criaturas humanas y poco pueden contra su voluntad.

Y allí llegó la tormenta, con sus vientos muy fuertes, las olas altas, altas, muy altas, ¡que dan pavor!

Es fuerte el barco. Los niños no saben en realidad la magnitud del peligro, y ríen cuando el piano se desliza y va a parar al otro extremo del salón, donde Zoila, pequeña y delgada, descansaba sin apetito en un butacón. Corre el padre y la atrapa. ¿Por qué ocurrió?, nadie recuerda, ¿por qué no estaba asegurado el piano en un momento de tormenta?...

Pero no pasó nada, sólo el recuerdo vago. Los temores sólo acaban cuando acaba la propia vida.

—“¿Qué recuerdas del Magallanes?”, le pregunto a mi marido.

—“Un niño mayor que yo, disfrutaba con atemorizarme. Abría la pila del lavabo y me aseguraba que si él no la cerraba el barco se llenaría de agua y se hundiría sin remedio.”

Peleas por tratar de cerrar la pila y evitar la catástrofe. Risas burlonas, pequeñas crueldades infantiles.

Mi padre dio fin a todo eso. Me explicó “científicamente” porqué no podía ocurrir tal cosa, y viniendo de esta máxima autoridad que era mi padre, no creí más en aquellas tonterías.

Corría el mes de junio de 1940 cuando llegamos a Cuba.

Una espera larga, mucho tiempo parece a un niño de cinco años. Trámites burocráticos para poder jugar al fin al aire libre, en un país donde nunca hace frío de veras.

No debe de ser fácil dejar tu propia tierra, estabilidad económica, costumbres, cultura, amigos, el cielo, el olor a lo tuyo, para empezar de nuevo en otro lugar y llegar a sentirse a gusto. Pero ellos lo lograron.

Cubana es Ana, la hija más pequeña de Zoila e Ignacio. Cubanos los nietos, los bisnietos y los hijos de sus bisnietos.

Aquí todos tienen un abuelo “gallego”, así que no se pueden sentir extraños en una tierra donde todo lo español gusta y es bien recibido.

Pero poco disfrutó Ignacio de su familia y la prosperidad alcanzada después de duro trabajo. Muere de penosa enfermedad, dejando a Zoila con sus cuatro hijos, pequeños todavía.

Una guerra hizo que Cosme viniera a Cuba. Una guerra también obligó a su hija y a su familia a volver a Cuba.

Pero el amor se encarga de poner el toque de paz en las treguas de las guerras.

Muchos años después, Nacor, el menor de los varones de esta familia, cumplía con la “guardia obrera” en la puerta del Ministerio de la Industria Azucarera, donde laboraba como especialista en derivados de la caña, cuando llegó una muchacha trigueña preguntando por el director del grupo de teatro de aficionados que funcionaba en el último piso. Corría ya el año 1965.

Me encontré casualmente con Paco, quien hacía muy bien de gallego en sainetes criollos clásicos del gallego, la mulata y el negrito. Formábamos parte de los tantos actores aficionados que existían en aquella época.

Me propuso cubrir un papel vacante en una obra de Eugene O’Neill, dramaturgo norteamericano.

Por ese motivo es que llegué a las puertas del Ministerio, que era el lugar donde se efectuaban los ensayos.

Me entrevisté con el director del grupo, le gusté, me aceptó y comenzó a explicarme la trama.

Se trataba de un matrimonio con serias rivalidades profesionales, pero se aman intensamente. Ofuscados por la soberbia ambos buscan el amor en otra pareja, pero sin éxito alguno, y ya en el acto final, los protagonistas se reencuentran en un tempestuoso diálogo amoroso, que justifica el nombre de la obra “Ligados “.

El director, ansioso de comenzar me conmina:

–“Ven, Nelly, te voy a llevar para que conozcas a Michael”, nombres de ambos personajes protagónicos (*sic*).

Bajamos hasta la puerta de entrada del edificio. Allí de guardia estaba Michael.

Conversamos mucho, su guardia aún no terminaba y a mí se me fue el tiempo de tal manera que olvidé totalmente un compromiso que debía cumplir...

No necesitamos muchas cosas para casarnos, lo hicimos ese mismo año. En esa fiesta había sólo dos invitados: él y yo.

Me compró un bello anillo de platino y brillantes, y yo quise que el suyo llevara una inscripción inolvidable. Elegí el más bonito y ancho, apropiado para su mano grande y fuerte. Por dentro grabada una sola palabra “Ligados”, y una fecha, 1965.

Ahora más que nunca mi marido y yo estamos “Ligados”. Nos llevamos muy bien a pesar de las discusiones cotidianas por cualquier nimiedad, señal evidente de que algo hemos envejecido.

Tenemos dos hijas mellizas y dos nietos que refuerzan nuestra unión.

Y acusada como estoy de no ser todo lo cariñosa que él desearía, a pesar de que me preocupo y me ocupo al máximo por él y por los míos, tuve la oportunidad entonces de escribirle esta nota que surgió en la deliciosa inspiración de un amanecer y lo titulé:

### Mejor ahora

Mejor te digo ahora que te quiero  
Si no lo digo ahora, será tarde  
Cuando me vaya de prisa  
Pero aún ¿qué será de mí si te vas sin oírlo?  
No me perdonaré por no decirlo a tiempo,  
Y sin embargo se me pasan los días  
Una y otra vez y no te lo digo.

Después de toda una vida ausente de España, y con recuerdos vagos e imprecisos, recibe una invitación cumplimentando el “Plan Añoranza”.

Partió junto a su hermana en un viaje inolvidable al pasado, rebuscando recuerdos. Muchas expectativas y emociones.

Ya en el Paseo de Canalejas y Pedro Cojos muy diferente es todo.

La manzana es ocupada ahora por un edificio de ocho plantas y en los bajos un supermercado. Sólo queda en pie algo de antaño: arrinconada en una esquina, una vieja edificación de dos plantas. Y la gran avenida que prácticamente terminaba allí, ahora se extiende muchas cuadras más allá, poblada de edificios altos y un tráfico notable.

La Catedral impone como un reto a la técnica de poleas y sogas. La Plaza Mayor majestuosa.

Callejuelas con rincones que guardan historias.

Todo el ambiente evidencia la influencia romana, y el puente desafiando el tiempo, iluminado en la noche ¡es una belleza! Cuento esto como tantas cosas que he visto por sus ojos.

–Si pudieras tú verlo, cuánto disfrutaríamos...

Andar de tarde, en verano, todo muy pulcro y bello.

Hacer escala en cuanto rinconcito encontremos, una “caña” y una “tapa” aquí, y otra más allá.

Una empanada de chorizo, soberbia, con vino Rioja...

Y así sueña, con volver...

El día anterior al regreso a Cuba les dieron una despedida en el Ayuntamiento.

Como constancia de aquel momento en el que culminaba el “Plan Añoranza”, todos firmaron el libro de visitantes distinguidos, eran en total quince, tres de Cuba y el resto de Argentina.

Al día siguiente, todos los periódicos hicieron una reseña del acto. “El País” se refirió a este hecho de esta manera:

“Junto a las solitarias firmas el cubano Nacor Vicente escribió: “Dejo mi corazón en Salamanca, sólo superada en belleza por el corazón de su magnífica gente”.

A su regreso es, sorprendentemente, ¡español!

Todo era mejor allá. Sus gustos, españoles, Salamanca lo más bello que ha visto, convencido está. Muestra fotos postales para reafirmar lo que asegura con énfasis.

Parece olvidar lo contado, y se deleita como si fuera la primera vez que nos relata lo vivido.

Para al final concluir asegurando con nostalgia:

—Ahora que he visto tanta cosa bella, ¡ahora sí que tengo añoranza de Salamanca, y de España toda!



# La emigración castellana y leonesa hacia Cuba

Manuel R. Notario Álvarez

## LA EMIGRACIÓN DE LOS VILLARENENSES REFLEJADA EN TRES DE SUS PROTAGONISTAS

### Dedicatoria

A mis abuelos, Pepe e Isabel, y a mi tío Juan, que no pudieron darme riqueza material pero sí mucho amor, buenos ejemplos, y me enseñaron a querer a Villarino en lo particular y a España en lo general como mi segunda patria, lo que ha representado para mí una gran riqueza espiritual, que es mucho más importante.

A mis padres, que inculcaron en mí el estudio y la lectura, así como me transmitieron su amor por sus antepasados y sus lugares de origen.



Mis abuelos Isabel y Pepe.

A todos los villarenenses que emigraron a Cuba y que le dieron a ésta hijos; que fueron ejemplo de honradez y laboriosidad.

A mi pueblo cubano, que siempre ha mantenido un gran cariño y simpatía por el pueblo español.

### **Agradecimientos**

A los fundadores del Club Villarino y a los que lo han dirigido durante mas de 80 años, lo que ha permitido que hoy pueda estudiar y profundizar en mis conocimientos sobre la historia de Villarino de los Aires y su población, que no son más que mis raíces.

A mi hija Janet, que con su ayuda material y sus análisis críticos me ha ayudado a hacer este trabajo.

A todos aquellos que de una forma u otra me exhortaron a participar en este evento.

### **INTRODUCCIÓN**

El testimonio que a través de este trabajo expondremos, refleja una de las emigraciones de Castilla y León hacia Cuba más *sui generis*, y podemos afirmarlo de esta manera, por una serie de características peculiares, que más adelante explicaremos ampliamente, pero que ahora pasaremos a enumerar:

Hasta donde se ha podido investigar, con los descendientes de familiares y las Memorias de la sociedad Club Villarino de La Habana, en una etapa que ocurre entre 1900 y 1910, emigran a Cuba alrededor de 100 villarenenses, y si de acuerdo al Censo Poblacional de esa época el pueblo contaba con 2.000 habitantes censados, representaron un 5%, pudiendo decir que es bastante alto, para un lugar que por aquella época, estaba apartado de los centros urbanos, con bastante falta de comunicaciones y con muy bajo nivel cultural (gran cantidad de analfabetos y semi analfabetos).

En general, todos se agruparon alrededor de una misma zona de la Ciudad de La Habana. Si tomamos como centro lo que después fue el actual local social del Club Villarino, ninguno vivía a más de 2 km de distancia del mismo. Constituyeron una sociedad de socorro y ayuda para los naturales y sus descendientes, y para preservar las costumbres, comidas, música, cantos y folclore, primeramente del pueblo y sus territorios aledaños en particular, y de Salamanca y Castilla y León, ya en lo general.

Hasta donde se conoce el Club Villarino de La Habana, es la única sociedad de castellanos y leoneses, que representa un pequeño pueblo o zona, pues

las demás existentes o ya desaparecidas, al menos en América, representan a una Región, Provincia o Comunidad.

A pesar del origen pobre de la mayoría (campesinos, jornaleros, etc.), y que por tanto no contaban en Cuba con grandes recursos, se preocuparon de ayudar al desarmado de su pueblo de origen. Entre otras cosas, subvencionaron económicamente la construcción de una escuela primaria, pues la existente en ese momento era muy pequeña y estaba en muy malas condiciones.

Por último, lograron transmitir con tanto fervor y fuerza a sus hijos, nietos y resto de los familiares, su amor por el pueblo y sus costumbres, que hoy en día la casi totalidad de sus descendientes que se encuentran vivos y que radican en Cuba, pertenecen a la sociedad y luchan por mantener los vínculos con el pueblo, aunque la mayoría sólo lo conozca por fotos, escritos o relatos verbales, aunque realmente hoy son asociados también, españoles y descendientes de otras zonas y regiones de España.

## DESARROLLO

Hemos considerado importante en nuestro trabajo que antes de hablar de los tres emigrantes villarenenses que hemos cogido como ejemplo, debemos describir un poco a su tierra natal de origen que es la Comunidad Castellana y Leonesa y Villarino de los Aires y, por último, a su segunda patria, la tierra que los acogió con cariño y amor y donde formaron una familia que ha llegado ya en muchos casos a la quinta generación de descendientes.

## LA COMUNIDAD DE CASTILLA Y LEÓN

### **Características físico-políticas**

La Comunidad Autónoma española de Castilla y León está situada en el centro o noroeste de la península Ibérica. Sus límites geográficos son: al Norte con Galicia, Asturias, Cantabria y País Vasco, al Este con el País Vasco, La Rioja y Aragón, al Sur con Extremadura, la Comunidad de Madrid y Castilla-La Mancha, al Oeste con Galicia y Portugal. La comunidad representa en territorio casi la quinta parte de todo el territorio español, con una superficie de 94 224 Km<sup>2</sup>.

Está constituida por nueve provincias: León, Zamora, Burgos, Soria, Segovia, Ávila, Valladolid, Palencia y Salamanca, encontrándose en esta última el antiguo pueblo de Villarino, hoy uno de sus municipios. Si le sumamos a las provincias anteriores las de Santander y Logroño, que formaban parte de la antigua región de Castilla la Vieja, sería la comunidad más extensa del

país, y una de las mayores regiones de la actual Unión Europea<sup>1</sup>. Su capital es Valladolid, el núcleo urbano de mayor población con 321.000 habitantes en el 2005, seguida por Salamanca, Burgos, León, todas ellas con más de 100.000 habitantes. Por debajo de esta población están Palencia, Soria y Segovia, entre otras.

El territorio está formado por una planicie rodeada de montañas, entre las que se destacan la cordillera Cantábrica y la cordillera Ibérica, recorriéndola en una gran trayectoria el río Duero, con 895 km de longitud y una cuenca de 79.326 km<sup>2</sup>, el segundo más caudaloso de la Península Ibérica. En toda la altiplanicie abundan las amplias y fértiles llanuras, donde se cultivan los viñedos, los olivares y se cría una ganadería de muy alta calidad, entre otras de sus muchas producciones agropecuarias.

El clima mediterráneo se encuentra alterado por rasgos de tipo continental, debido fundamentalmente a la altitud de sus tierras y la altitud de sus montañas, por lo que se producen fríos inviernos, con temperatura media de 4 C<sup>o</sup> registrándose frecuentemente valores mínimos de -15°C.

## VILLARINO DE LOS AIRES

El Pueblo de Villarino de los Aires se encuentra situado, aproximadamente, a 86 Km al oeste-noroeste de la ciudad de Salamanca, en la provincia del mismo nombre, en la región de Castilla y León. Tiene una extensión de 102,6 Km<sup>2</sup> y está situado a una altitud de 605 m sobre el nivel del mar. Está limitada por el Norte por la provincia de Zamora, y por varios municipios de Salamanca en el resto de los puntos cardinales.

Poco se conoce del período neolítico sobre los habitantes que ocupaban el territorio de lo que es hoy la provincia de Salamanca, y es sólo hace 7.000 años el período que se conoció como Calcolítico (*sic*), donde existía el dominio de la metalúrgica (*sic*), principalmente el cobre, del que aparecen algunos vestigios que certifican la existencia de pobladores en la zona. Según el historiador Manuel Santoja, aparecen 121 puntos con indicios de esa época.

Ya de la Edad de Hierro, entre 700-500 años a.C., aparecen más indicios de armas y de restos de cerámicas provenientes de los pobladores de aquellos lares, que fueron los dos pueblos prerromanos, asociados a los celtas que en el siglo VIII a.C., viniendo del noreste de lo que es hoy España, se asentaron en estas tierras. Divididos en dos ramas principales: los vacceos y los vettones, siendo estos últimos los que ocuparon toda la zona que comprende las estribaciones de la sierra de Ávila, buscando la línea del río Tormes, encerrando

<sup>1</sup> Es la Comunidad Autónoma con más extensión de España (N.E.).

a Salamanca en su confluencia con el río Duero. Los vettones eran un pueblo ganadero principalmente (ovejas y cabras), así como dedicados a la cría de porcinos.

Aunque poco se conoce exactamente del nacimiento del asentamiento poblacional que hoy se conoce como Villarino de las Aires, sí se puede afirmar que sus ancestros se encuentran en este pueblo celta antes mencionado. Pueblo valiente, aguerrido laborioso y batallador. Ya en la época romana (siglos I y II d.C.) se tienen vestigios más claros de la existencia de Villarino de los Aires como asentamiento poblacional, pues en él existía un castro (asentamiento en el camino de alguna vía importante, que servía para la defensa de pobladores viajeros).

Así van transcurriendo los años hasta finales del siglo VIII, cuando Alfonso I de Asturias condujo a la población cristiana a la zona del naciente reino asturiano, lo que unido a una gran epidemia de viruela, produjo la despoblación del Valle del Duero. No es hasta 1107 cuando gracias a los reyes católicos (*sic*), y en particular a Raimundo de Borgoña se comienza a repoblar Salamanca.

En adelante, y hasta avanzado el siglo XVIII, no ocurre ningún cambio sustancial en la economía, manteniéndose la comarca como agrícola (principalmente viñedos) y dedicada a la cría de ovejas, cabras y porcino, fundamentalmente para el consumo de los mismos habitantes, por lo que el poco desarrollo del comercio mantiene a los habitantes en general con un nivel económico bajo, y por lo apartado de la misma, igualmente con muy bajo nivel cultural y un alto por ciento (*sic*) de analfabetos, sobre todo entre la población campesina que era la mayoría. Por estos años no pasaban las 200 familias asentadas en los que se consideraban los límites del municipio de Villarino de los Aires.

Como nota interesante quisiéramos precisar que, según el Registro histórico de población del Ayuntamiento de Villarino, a principios del siglo XX contaba con alrededor de 2.100 habitantes, y en el 2005 solo cuenta con 1.040, o sea, se ha reducido a la mitad en una línea descendente con algunos picos de subida aislados, en los que se elevó la cantidad de habitantes, que coinciden con aspectos como la construcción de la presa Almendra.

## LA REPÚBLICA DE CUBA

La República de Cuba está situada en el centro del mar Caribe, por lo que se le llama “La llave de las Antillas”. Es la isla de mayor extensión territorial de todo el archipiélago antillano, con una extensión de 114,5 miles de Km<sup>2</sup>, incluida la realmente llamada Cuba, así como otras como la isla de la Juventud y otros casos, que pertenecen a su territorio como son Cayo Coco,

Cayo Romano y Cayo Largo del Sur, entre otros muchos. Actualmente tiene una población de 11,5 millones de habitantes.

La temperatura promedio anual es de 25º C, y tiene solamente dos estaciones: la de lluvia y la seca.

Aunque el 40% de su territorio es de colinas y montañas, éstas últimas no alcanzan gran altura, siendo el Pico Turquino en la Sierra Maestra su mayor elevación, con 2005 m.

Por sus características de isla larga y estrecha, y de que sus ríos corren de norte a sur y viceversa, no cuenta con grandes ríos ni embalses de agua naturales.

#### LA INMIGRACIÓN DE VILLARENSES EN CUBA: UN ACERCAMIENTO AL CONOCIMIENTO DE UNA COLONIA A TRAVÉS DE UNO DE SUS MIEMBROS

El presente testimonio histórico trata de, tomando como sujeto a tres de los emigrantes del pueblo de Villarino hacia Cuba, describir las vicisitudes, dificultades, tenacidad y laboriosidad para lograr asentarse en Cuba y formar familia sin abandonar las raíces culturales que tenían en su tierra natal.

En este caso tornamos como personajes centrales a Isabel Mayor y Mayor y José Notario Campos, arribos abuelos del que suscribe, y a Juan Grande y Martín (mi tío político). Por varias razones, que no son solamente las familiares, sino además por lo que representaron dentro de la colonia bizarréense radicada en Cuba. Tres personajes más representativos, con características distintas, aunque debemos decir que con matices muy parecidos o similares, podíamos nombrar apellidos como Sendín, Francia, Mayor, Martín, Petisco, Rico, Iglesias, Marcio, Calvo, Benito, Grande, Santos, en fin, todos ellos y algunos más que quizás olvidemos involuntariamente, que lucharon por salir adelante en tierras cubanas, desde aquí ayudar al desarrollo del pueblo de Villarino y sus habitantes, apoyarse entre ellos en Cuba, ayudar a los que venían llegando y fundar una sociedad fraternal y para auxiliar en caso de enfermedad con fallecimiento de un familiar, además que les permitiera reunirse en actividades festivas, culturales y sociales, preservar la cultura del terruño y trasmitírsela a sus descendientes y españoles de otras regiones y pueblos de España que se iban uniendo a ellos por distintos motivos, ya fueran afectivos o familiares.

La Historia de Cuba podemos decir que es joven, pues antes de 1492, año en que Cristóbal Colón descubrió América, sólo la habitaban indios siboneyes y tainos, que tenían poco desarrollo y que eran básicamente pescadores y cazadores, aunque también tenían algunos conocimientos de la agricultura. A partir del descubrimiento de América y de Cuba en lo particular, comenzó un

desarrollo lento pero continuo de la isla en lo agrícola, basado en lo extensivo y mediante la explotación de esclavos traídos de África, pues la población indígena desapareció rápidamente, debido a los trabajos fuertes a que fueron sometidos, y a las enfermedades nuevas traídas de Europa y para las que no tenían defensas desarrolladas en su organismo. Por su posición geográfica en el centro del mar Caribe, la isla fue punto de arribo de los buques que llegaban o partían para Europa, tanto para reabastecerse como para repararse.

Numerosos gobernadores españoles dirigieron los destinos de la isla, siempre bajo el control de la corona española, los cuales, con mayor o menor éxito, la llevaron a ser ya en la primera mitad del siglo XIX una de la regiones de la América española con mayor desarrollo cultural y científico, además de un desarrollo en la agricultura (principalmente tabaco y caña) y en la industria azucarera.

Las guerras que se desarrollaron entre 1868 y 1898 por la independencia de Cuba, que deseaban muchos criollos (hijos de españoles nacidos en Cuba), trajo cierto debilitamiento de su economía y del poder del gobierno español. Finalmente la mal llamada guerra Hispanoamérica que EEUU le declaró a España trajo la pérdida del poder de España sobre la misma.

## COMIENZO DE LA EMIGRACIÓN HACIA CUBA

Las guerras antes mencionadas, la guerra contra Marruecos, las ya terminadas pero cercanas guerras de independencias de las colonias americanas que poseía España, y la pérdida de territorios como la Florida y Filipinas, debilitó grandemente la economía española, y por tanto la situación de los pobladores de sus provincias. Sobre todo la rural eran bastante precaria, por lo que el conocimiento de que se había terminado la guerra en Cuba, y que además tenía un clima que permite tres cosechas al año en muchos productos, sumado lo anterior a su desarrollo (luz eléctrica en muchas ciudades, desarrollo del ferrocarril e inversiones de distintos países) y de estar habitada por muchos españoles, (que se quedaron en el país después de 1898), hicieron que muchos españoles, entre ellos los naturales de Villarino de los Aires, iniciaran la emigración hacia Cuba. Con las maletas vacías de bienes materiales, pero llenas de esperanzas, para mejorar económicamente y poder ayudar a la familia que quedaba atrás, lo que no niega que en épocas anteriores, ya sea como civiles o como soldados, peno en casos aislados y en estos últimos reclutados por el Servicio Militar Obligatorio, hayan emigrado otros villarenenses.

Debemos decir que por estos años Villarino de los Aires tenía muy poco desarrollo, estando apartado de los núcleos poblacionales, y con pocas vías y medios de comunicación, o en muy mal estado, por lo que la población en estos años se sostenía prácticamente del auto consumo y pequeño comercio

entre los mismos pobladores y algunos municipios cercanos, manteniéndose en niveles de pobreza alta en la mayoría de sus habitantes, así como cultural. Lo anterior hace que la población, principalmente la joven, piense en la emigración como una vía de posible mejoría económica, y adónde (*sic*) mejor que a América, y fundamentalmente a Cuba, de la que se tenía referencia por los que la habían conocido durante la guerra, y de la que se sabía había un alto desarrollo para la época.

No podemos olvidar que Cuba y particularmente La Habana, su capital, como hemos dicho anteriormente, por su posición geográfica era punto fijo de arribo de las principales figuras de las letras y el arte de la época, existiendo teatros, hoteles, y un desarrollo general económico por encima de la media, o al menos muy superior a la mayoría de otras ciudades de la América hispano parlante, e incluso de España, y mucho más en comparación con la mayoría de sus ciudades del interior del país, así como pueblos y aldeas de las distintas regiones, en este caso particular la antes llamada Castilla La Vieja, hoy Castilla y León.

Un aspecto que merece una investigación, pero sería necesario la colaboración de algún historiador de Salamanca o del propio Villarino de los Aires, es a que otros lugares como México, Argentina, Venezuela, etc., deben haber emigrado otros villarenses, que incluso tenían mayores recursos minerales y mayor extensión, aunque quizás no fueron emigraciones tan masivas con respecto a la población del pueblo como la de Cuba.

Todo lo anterior crea las condiciones para que comience el movimiento migratorio hacia Cuba de villarenses, entre los que se encuentran nuestros ejemplos específicos, Isabel Mayor y Mayor José Notario Campos y Juan Grande Martín, de los que pasaremos a relatar los principales aspectos de sus vidas en Cuba, en el que se refleja como decíamos en el comienzo de este trabajo, con matices más o menos diferentes, pero en su mayoría similares, las de otros naturales de Villarino de los Aires.

## ISABEL MAYOR Y MAYOR

Arriba Isabel a Cuba un día no precisado de 1903, con 15 años de edad. Había nacido en Villarino de los Aires un 8 de Septiembre de 1888. Era la cuarta hija de un matrimonio que habían tenido cinco hijos más, nombrados Jacinta, Manuel Encamación, Juan Manuel y Teresa. Eran de origen campesino muy humildes, y según se ha podido conocer casi todos analfabetos, pues sólo Manuel alcanzó el 3<sup>er</sup> grado de escolaridad. A pesar de su corta edad cuando arriba a Cuba, Isabel ya sabía no sólo hacer los quehaceres de una casa, sino que conocía el arte de la matanza y la producción de embutidos, la elaboración de jamón, de quesos y la preparación de vinos.



Cuando Isabel llega a Cuba, acompañada por familiares del mismo pueblo, va a vivir a la casa de una familia española que había llegado dos años antes, empleándose rápidamente como doméstica, comenzando así su nueva vida lejos de su familia (padres y hermanos) y luchando por mejorar su estatus económico, y poder ahorrar al máximo para ayudar a su familia y proporcionarle el dinero del pasaje a sus hermanos.

De mi abuela tengo muchos gratos recuerdos. Era una mujer muy baja de estatura, pero muy fuerte de carácter, aunque muy dulce y cariñosa. No recuerdo haberle oído alzar la voz, no obstante ejercía una autoridad con sus nietos, que venía de cuando sus hijos eran pequeños y posteriormente jóvenes, pues todos trabajaban, pero tenían que darle el salario a la madre y ésta le daba para sus gastos, los alimentaba y le compraba su ropa, no faltándole a ninguno, cuando desearon casarse, techo y muebles para vivir proporcionado por sus padres.

Mi abuela era una magnífica cocinera, sobre todo de platos españoles típicos de Villarino, y como hemos dicho elaboradora de embutidos, dulces con la sangre del puerco y las sabrosísimas rosquillas, de la que aún conservo su sabor a pesar de más de 40 años transcurridos. Algo que nunca me he explicado, porque según tengo entendido no es un plato típico de Villarino, era el exquisito escabeche de sierra que hacía, y que nunca faltaba en su casa.

Una anécdota de mi abuela que se contaba en la casa por mi padre y mis tíos es la referida a cuando los llevaba a la costa a bañarse en el mar. Como eran seis y todos pequeños, le pidió a mi abuelo que le hiciera una soga corta que terminara a su vez en seis sogas largas, y los amarraba a todos y los mandaba al agua, cuidados con un perro que se bañaba con ellos, cuando uno estaba en dificultades o se alejaba hasta donde no le convenía a ella, solo con acercado con la soga, ya resolvía el problema, sin gritería, ni regaños.

Gracias a mi abuelo, mi abuela aprendió a leer, sumar y restar, de ahí no pasó, pero no le fue necesario para criar a sus hijos como hombres de trabajo y decentes, realizar todas las tareas de su casa, y tener una educación formal y unos modales ejemplares.

A pesar de que incluso ya casada hubo una buena cantidad de años que debido a deudas contraídas, y a la ayuda prestada a sus familiares para por viajar a Cuba, o establecerse, no la recuerdo negándole una ayuda a ningún vecino, ni una limosna y un plato de comida a ningún pordiosero que llamara a su puerta.

Como ama de casa que fue y su bajo nivel cultural, desde que se casó hasta su fallecimiento E.P.D., Isabel no destacó quizás como los otros dos personajes, que pasaremos a relatar una síntesis de su vida, pero sin embargo fue considerada como una madre y esposa ejemplar, que aprendió a desarrollarse junto con la sociedad en que vivía, además de destacarse entre familiares y

amigos, como madre y esposa ejemplar y persona de profunda ternura, bondad y espíritu de solidaridad.

A modo de resumen, podemos decir que Isabel cumplió su rol sin dificultades, a pesar del número de hijos que tuvo criándolos y colaborando a criar nietos, ejemplo de trabajadores y de decencia, tuvo una hija (Lala) que fue madre amatísima y esposa ejemplar.

## JOSÉ NOTARIO CAMPOS

Arriba José a La Habana Cuba siendo un rapaz en el vapor Roland el 8 de octubre de 1904 procedente de la Coruña, según consta en las estadísticas de la Dirección General de Inmigración de la entonces Secretaría de Haciendas, con una maleta de cartón medio vacía, en la cual venía, al igual que la que traía puesta, un poco de ropa humilde y gastada, pero llena de esperanzas, ilusiones, y ganas de trabajar y poder mejorar su situación económica, y a su vez ayudar a sus familiares en Villarino, padres y hermanos, e igualmente preparar un mínimo de condiciones para recibir a aquellos que quedaron en el terruño y que también soñaban con llegar a la tierra promisoría y que supuestamente los sacaría del bajo nivel de vida y de vicisitudes en que habían vivido, tanto sus ancestros como ellos mismos.

Ahora pasaremos a la parte principal de nuestro testimonio. José, (más tarde conocido por sus familiares, amigos y conocidos por “Don Pepe”), tanto por su carácter respetuoso y exigente, como por haberse ganado para muchos la condición de una especie: Patriarca, por su ayuda solidaria brindada a sus semejantes en toda una serie de facetas, que va desde alfabetizarlos hasta enseñarles un oficio de la construcción.

Nace un 19 de marzo de 1888 en el pueblo de Villarino, como ya hemos dicho anteriormente. Tercer hijo de Manuel y Catalina, nombre de sus padres, campesinos humildes ambos, los que llegaron a tener además tres hijos más nombrados María (la mayor), Pedro y Nicolás. Para reflejar claramente el origen humilde de los mismos, basta decir que José solía decir, ya adulto y después de haber fallecidos sus padres, “la herencia que me dejaron mis pobres padres fue el hambre y los trabajos que pasaron durante toda su vida”.

Los primeros años de su vida los pasa al lado de sus padres y hermanos, ayudando desde muy niño en sus labores del campo, con la siembra y la cosecha, y ya con doce años comienza a aprender los oficios de la construcción, llegando a dominar el de albañil y carpintero encofrador poco antes de partir hacia Cuba, ya con 16 años de edad.

Pero José, gracias primero a la obligación que le impusieron sus padres, y después a la ayuda del sacerdote de la iglesia del pueblo, aprende a leer y escribir, y adquiere con la ayuda de este último un mínimo de conocimientos

generales del mundo que le rodea. En este período que va de los 8 a los 14 años, se desempeña como monaguillo ayudando en todas las actividades relacionadas con la liturgia de la Iglesia, como misas, procesiones, novenarios, etc.

Con ya 14 años, a pesar de su corta edad, puede ganarse su sustento, aunque sólo alcance para vivir humildemente, y su hermana mayor, María, que a la sazón se había casado y mudado con su esposo a Madrid a probar suerte, lo acoge en su casa para que pueda trabajar, lo que hace como operario en los oficios de la construcción que ya conoce, y con sus salario ahorra dinero y prepara su viaje para Cuba, pues su hermana bien poco puede ayudarle, ya que ella trabaja como empleada doméstica, y su esposo como empleado del comercio, también con salarios muy bajos.

Como hemos dicho al principio, arriba José el día 8 de Octubre de 1904 y es recibido por familiares de unas amistades de su hermana que ya llevaban unos años viviendo en La Habana, aunque igualmente con poco desenvolvimiento económico. Pero José es un joven fuerte y saludable, con ganas de trabajar para salir adelante económicamente y poder crear una familia propia, ayudar a los que quedaron atrás y preparase adecuadamente para recibir a los que prometió ayudar para que arribaran a este nuevo país de expectativas y posibilidades.

Pasan así dos años en los que su hermano Nicolás arriba a La Habana, pero ya a la sazón José ha construido un pequeño cuarto de madera en los alrededores de lo que es hoy la Plaza de la Revolución, al que va a vivir aquél por un tiempo, recibiendo inicialmente no sólo un techo donde pernoctar, sino de todo tipo, hasta que logra independizarse y avanzar solo por su cuenta.

A la sazón lega a Cuba Isabel Mayor y Mayor (mi abuela), con 15 años de edad, de la que hemos hablado anteriormente, hospedándose la primera en casa de unas amistades inicialmente y después en la casa donde trabaja como doméstica.

Pedro, su hermano, es también al llegar de origen campesino, con algunos conocimientos de construcción, ayudando a José a aprender el oficio de albañil, perfeccionándose posteriormente como casillero, oficio que ejerció hasta su retiro laboral.

Los años van pasando, y el roce hace el amor y éste surge entre Isabel y José, por lo que éste arrendó un terreno en lo que hoy, ya urbanizado, es la Ave 15 entre 42 y 44 en Playa, y allí construye un humilde casa de madera y tejas, ayudado por su hermano Nicolás, sus amigos y su futuro cuñado. La casa sólo consta de un local general, una habitación de dormir y en el exterior la cocina y el escusado, y como es lógico sin electricidad ni agua corriente.

Pero no olvida José su promesa de ayuda a los futuros inmigrantes y a los que ya habían llegado, y construye en la misma área un gran cuarto de dor-

mir, con argollas en las paredes, para colgar las hamacas, donde se alojaron temporalmente su hermano, sus cuñados, primos y otros familiares y amigos hasta que pudieron independizarse.

Aunque lo que vamos a relatar comenzó por este tiempo y se alargó mucho más allá de la boda de José e Isabel, es importante que se conozca que, como hemos dicho anteriormente, él sabía leer y escribir, pero muchos de los que arribaban a Cuba no sabían, incluso Isabel, que era analfabeta, organiza una escuela en la casa por las noches, donde a la luz de una vela se estudiaba (al menos lo más elemental), impartidas las clases por José. De estas clases hay anécdotas simpáticas, como que le ponía a los menos aplicados, o con más dificultades en el aprendizaje, letreros en las paredes, criticándolos o diciéndoles burro, etc. ¿Y con qué materiales estudiaban?, pues con papel de cartuchos<sup>2</sup>, de recortes de las imprentas, y con lo que se encontrara a mano, lo importante era aprender.

Se casan José e Isabel en 1912, ya él con 25 años de edad y ella 24 años, un 28 de octubre de ese año, y comienzan su vida unidos, primero en la casa del Vedado, donde nacen sus tres primeros hijos: Isabel (Lala), José (Cheo), y Manuel (Lile, mi padre). Se mudan para la nueva casa, ya construida en lo que hoy es el Municipio Playa, y ahí nace su cuarto hijo, Paco.

Hasta ese entonces, los villarinenses se reunían cada vez que era un día de fiesta, cumpleaños o santo de alguno de ellos, y es en el bautizo de este último hijo, (que se celebraba en casa de Pepe, el 8 de noviembre de 1919), que, a propuesta de Manuel Marcio Martín, se acuerda crear una entidad fraternal, para mantener las tradiciones y costumbres de Villarino, y trasmitírselas a sus descendientes y otros españoles amigos residentes.

Se crea una Comisión Gestora para la constitución de lo que se acordó llamar “Club Villarino”, de la cual forma parte Pepe, y el 21 de diciembre de 1919 se aprueba el Acta de Constitución y el 18 de febrero de 1920 se da carácter oficial al Club, quedando inscrita en el Registro de Entidades de la ciudad de La Habana, como institución social española privada.

Violando un poco la cronología de este testimonio, porque realmente no es el objetivo de este trabajo el desarrollar la trayectoria del “Club Villarino”, (pero como forma parte de la vida de “Don Pepe”, queremos dejar constancia de su desempeño en la sociedad), en sus primeros 25 años, tomando las “Memorias de las Bodas de Plata” en la misma.

En el período 1921-1944, “Don Pepe”, apelativo que se ganó en el transcurrir de los años, no sólo por la edad, sino también por su seriedad, apoyo a

<sup>2</sup> Bolsa de papel o cartulina para contener frutas, comestibles, etc. (N.E.).

sus semejantes, educador y consejero en muchas ocasiones, llegando a ser, sin exageraciones, como un “patriarca”, de sus amigos y familiares.

En dicho período, “Don Pepe fue: Dos períodos electorales Presidente, Cuatro periodos electorales Vicepresidente, doce años –Vice Tesorero, Tres periodos electorales– Vocal. Además de lo anterior presidió o fue miembro de la Comisión Gestora de creación del “Club Villarino”, de la a Comisión Gestora para la construcción de una escuela en “Villarino”, de las Comisiones de Obras para la construcción del Local Social y el Panteón, (en las cuales trabajó con sus manos, junto con los hijos que ya podían trabajar), Vicepresidente de La Comisión de Administración, Presidente de la Comisión de Propaganda. Todo lo anteriormente expresado le valió a “Don Pepe”, ser uno de los cuatro asociados elegidos en las Bodas de Plata del Club con el Título Honorífico de “Presidente de Honor”. Los otros tres asociados fueron: Antonio Martín Herrero, Francisco Hernández Cruz y Manuel Marcio García. Como es natural, estos cargos antes descritos se le otorgaron por su tenacidad y trabajo en pos de desarrollar la unión y colaboración entre los villarenenses, y no dejar caer las raíces de su pueblo natal. Además fue nominado “Socio Propagandista de Honor” y “Socio de Constancia de Honor”.

Opinamos que no es necesario entrar en detalles de todo lo que luchó este asociado, porque en el Club Villarino se convirtiera realmente en una sociedad de recreo, auxilio mutuo y mantenedora de la imagen viva del pueblo de “Villarino de los Aires”, costumbres y tradiciones, y que incluso sirviera para ayudar, aunque fuera modestamente, al desarrollo educacional y social del pueblo.

Volviendo al hilo de nuestro relato en 1920, nace su quinto hijo Ángel (Tite), y un año después el salto y último, Loreto. Como familia pobre al fin, no puede “Don Pepe”, permitirse el lujo de que sus hijos estudien durante mucho tiempo, debiendo incorporarse al trabajo, en edad temprana (poniendo un sólo ejemplo, mi padre a los nueve años ya trabajaba de ayudante de herrero), alcanzando los tres primeros varones solamente el 4<sup>to</sup> grado, y los dos últimos el 6<sup>o</sup> grado.

“Don Pepe” mantuvo con sus hijos una mano dura, de patriarcado real donde incluso ya siendo hombres, pero solteros aún y viviendo en la casa de los padres, era éste el que decidía los asuntos más importantes de ellos, pero por otra parte, les enseñó a todos un oficio para ganarse la vida honradamente, y supo ahorrar el dinero suficiente para que cada vez que uno se quería casar y constituir familia aparte, le construía un apartamento modesto, pero confortable para que pudieran vivir y criar a sus hijos, al menos hasta que fueran mejorando su status económico y ya siguieran la vida independientes, pero eso sí, cuando uno de ellos necesitaba ayuda, llamaba a los demás a capítulo para que cooperaran con el necesitado.

Otro aspecto es cómo se ocupó de que los nietos, además de sus hijos aprendieran las costumbres, cernidas (*sic*)<sup>3</sup>, cantos, etc, de Villarino, hasta tal punto que aún hoy, después de casi 50 años de su muerte y de haberse perdido en el Club la tradición de la danza por falta de recursos, recuerdo canciones como “El burro del tío Silverio”, “Carmelita Hermosa,” “el padre Antonio” entre otras canciones del pueblo. Por otra parte, “Don Pepe”, como hemos dicho, era de un carácter serio y que inspiraba mucho respeto, aunque no miedo, y gustaba de jugar con sus nietos de distintas formas. Por ejemplo, a veces llamaba a uno de ellos y le decía que le trajera las pantuflas y le quitara los zapatos, y caían monedas de los mismos, que se las regalaba. Igualmente, el día de Nochebuena gustaba de esconder regalos en distintas partes de la casa, para que los nietos los encontraran, sin dejar de darle adicionalmente a cada uno el suyo.

Otras anécdotas de “Don Pepe” las podemos reflejar en su disciplina de comer exactamente a las 6:00 p.m. y acostarse a dormir a las 9:00 p.m. Día por día, interrumpiendo esto sólo en días festivos; como la Nochebuena, o el día de “San José”, en el que llegaban a su casa muchas personas a felicitarlo y que invariablemente se les brindaba anís “El Mono”<sup>4</sup>, y rosquillas hechas por la abuela Isabel (exquisitas), aunque se brindara otras cosas.

“Don Pepe” se desarrolló como trabajador de la construcción durante toda su vida laboral y llegó a ser Maestro de Obras, lo que hoy llamaríamos Capataz, y enseñó a todos sus hijos en lo mismo, hasta tal punto que todos llegaron a ser lo mismo. Hasta 1958 laboró activamente, cuando una parálisis facial por un accidente cerebro-vascular, le paralizó parte de la boca, decidiendo jubilarse, hasta su muerte un 12 de Octubre de 1960, cuando murió de un infarto cardiaco mientras dormía, (el cual no sintió, por ser indoloro). Su cadáver fue velado en el “Club Villarino”, y enterrado en el Panteón del mismo, donde descansan sus restos.

Si fuéramos a resumir la vida de Don José Notario Campos (“Don Pepe”), visto a los criterios actuales donde se reconocen méritos por participación en distintos sectores de la vida del país, tendríamos que decir que se merece el de constructor, educador y trabajador social. Pero creo que el mejor homenaje es recordarlo con la devoción y el cariño que se le profesa a un hombre de buena voluntad, luchador por la vida, buen esposo, buen padre y buen amigo, presto siempre a dar un buen consejo o tender una mano a quien la necesitaba, y que fue un “villarinese” de pura cepa, lo que supo demostrar a todo lo largo de su vida y su obra.

<sup>3</sup> Cernidas en el original, quizá el autor se refiera a comidas (N.E.).

<sup>4</sup> Conocida marca comercial de anís (N.E.).

## JUAN GRANDE MARTÍN (EL TÍO JUAN)

¿Por qué hemos tomado en nuestro trabajo al tío Juan?, pues porque además de ser un villarinense de pura cepa, porque lo recuerdo con mucho cariño, como un hombre incansable para el trabajo luchador, honrado y noble representativo del hombre humilde, que creó una familia y educó a sus hijos. Cuando lean lo que a continuación relatamos, se darán cuenta que fue una vida sencilla y llena de aventuras a la vez.

Nace Juan el 4 de Mayo de 1904, en el seno de una familia típica de su época y lugar, formándose dentro de la rectitud y exigencia de unos padres cariñosos pero rectos, nombrándose estos Manuel y Águeda. El menor de 6 hermanos (Teresa, Encarnación, José, Santos y Francisco). A mediados de 1918 llega a Cuba como emigrante junto con sus padres, ya que los otros hermanos estaban ya casados, teniendo en ese momento 14 años de edad. Inmediatamente comienza a estudiar la escuela primaria, la que ya había comenzado en Villarino, pero muy pronto le atrae más el trabajo que los estudios.

Empieza a trabajar repartiendo telegramas en la ciudad, como empleado de la Wester Union, desempeñándolo con dedicación e interés, comentando ya de adulto y realizando otros trabajos, que el se sentía orgulloso de haberlo ejecutado con eficiencia y rapidez, dos de los requerimientos de este tipo de trabajo. Posteriormente se dedica al oficio de taxista, trabajando con intensidad y brindando un servicio esmerado, lo que le permite comprar un auto convertible de la marca Hispano Suiza, que por aquella época del primer tercio del siglo XX, era de los más lujosos, lo que le permitió ser chofer de algunas de las figuras de la cultura y el deporte, entre otras, que por aquella época visitaron La Habana. Lo que más le gustaba era atender boxeadores.

Tío Juan tuvo muchas cualidades personales, que lo hicieron ser admirado y querido por muchos de los que le rodeaban, entre ellos mi tía Lala, que quedo prendida de su personalidad y el de su belleza, carácter y atractivo, casándose ambos el 24 de mayo de 1934, de cuyo fruto de ese amor nacieron Cuqui y Chiqui mis dos primas.

Tío Juan era de estatura baja, que disimulaba su gran fuerza física, a tal punto que pretendió ser boxeador, lo que no consiguió por tener los brazos muy cortos en comparación con otros boxeadores de su peso, lo que lo ponía en desventaja. La fortaleza que tenía sobre todo en los brazos era tal que recuerdo las anécdotas de competir pulseando entre amigos, y hasta con algunos profesionales, llegando a tener cierta (*sic*)<sup>5</sup> dentro de la ciudad, y entre sus

<sup>5</sup> Creemos que debe incluirse fama, notoriedad (N.E.).

amistades. También mi tío era jugador de pala, variedad del Jai alai. En esta modalidad inició a muchos de los miembros de su familia, incluyendo a mis tíos, a sus hijas y a mí. Recuerdo que jugaba con una pala profesional estrecha y larga, y ya avanzados los cincuenta años de edad, aun jugaba y ganaba partidos de frontenis.

Juan fue un autodidacta, le gustaba leer mucho, aprovechando cualquier tiempo libre para hacerlo, sobre todo cuando era chofer utilizando todas sus posibilidades de tiempo que le daba su trabajo. A tal punto llegó este entretenimiento (hobby), que llegó a memorizar versos completos de memoria de Espronceda, Núñez de Arce y otros, llegando también a memorizar el Don Juan Tenorio completo. Igualmente era aficionado a la música, y conocía muchas romanzas y zarzuelas las que cantaba con bastante buena voz y entonación, para ser un aficionado que nunca estudió canto, ni música.

Juan fue un villarenense de pura cepa, participando activamente en el desarrollo y consolidación del Club Villarino, en el cual ocupó cargos en su Junta Directiva, en la primera década de su fundación.

Volviendo a su ocupación laboral, a principios de la década del 40 dejó de ser taxista, y con la ayuda familiar se hizo garajista, un trabajo que lo obligaba a trabajar por lo menos 10 horas diarias los siete días de la semana. Llegó a tener un pequeño almacén propio de suministro de piezas y accesorios para los ómnibus de la antigua terminal de la Ruta 9 en Buenavista, mudándose a una casa de su propiedad frente a terminal donde vivió con su familia durante varios, hasta que se mudó posteriormente para, donde vivió hasta que en la década de los años 60 viajó a los EEUU con su esposa, donde se reunieron sus hijas. Allí vivió hasta su muerte en 1989.

De tío Juan su bondad y preocupación por su familia, principalmente hijas y sobrino, le inculcó a sus hijas el interés por los estudios y la superación cultural. Mis dos primas se tomaron siempre muy en serio los principios aprendidos, y ambas completaron su bachillerato, la mayor llegó a ganarse una beca de la UNESCO.

Pero debemos concentrarnos en la persona de Juan. Tío Juan añoró siempre Villarino, a tal punto que se pasaba la vida haciendo cuentos de allá, de cuando era pequeño, y enseñando a hijas y sobrinos, las costumbres y los cantos, y en cuanto pudo ahorrar lo suficiente fue con su esposa, hijas y suegros, repitiendo el viaje ya viviendo en EEUU, pues decía que no podía morir sin volver a verlo. En la sala de su casa en EEUU, ahora de una de sus hijas, hay en la pared una gran fotografía de una vista aérea del pueblo, la cual puso él en vida.

Su preocupación por los sobrinos era tal que cuando estuvo un poco holgado económicamente, se ocupó de comprarles bicicletas a sus sobrinos,



debido a que sus respectivos padres de estos no podían, y la bicicleta era un juguete simbólico para los niños.

De mi tío hay muchas cosas más que decir, lo recuerdo como un hombre de aparente fuerte y muy serio, pero creo que esto era una coraza que se ponía para no demostrar la debilidad de un corazón bondadoso, pues a pesar de esas aparentes características, era cariñoso, y a mí me permitió más de una majadería cuando era un jovenzuelo estudiante y que utilizaba su teléfono por largos períodos de tiempo para hablar con enamoraditas, y nunca recuerdo de él un regaño, y ya un poco mayor hasta su automóvil utilicé varias veces, a pesar de tener De Soto (*sic*) que con casi 10 años de uso, parecía que lo acababan de empezar a rodar, pues le daba el mismo el mantenimiento.

Por último deseo decir que tío Juan era un empedernido jugador de dominó, y que cuando el compañero le hacía una mala jugada o perdía un partido, le salía la sangre celta y el genio era “grande”, como su apellido. No sé si suerte o casualidad, pero pude ganarle algunos partidos, pero también le hice perder de compañero con él, saquen ustedes sus propias conclusiones.

Si fuéramos al resumir la vida de Juan Grande Martín, tenemos que decir, que fue un ejemplo de trabajo y responsabilidad. Fue buen padre, buen hijo y buen esposo, practicó su bondad con familiares y amigos, siempre con muy buena disposición. Fue un ejemplo de lo que puede hacer un hombre humilde cuando se propone luchar en la vida, por su desarrollo económico y cultural.

Hasta aquí mis memorias sobre el tío Juan, tengo muchas cosas mas en mis recuerdos, pero no puedo hacer interminable este trabajo.

## A MODO DE CONCLUSIONES PRELIMINARES

Este trabajo que estamos concluyendo no es, ni con mucho, un testimonio histórico. Aún falta mucho por sobre la emigración de los villarenenses a Cuba. Sí deseáramos que el mismo sirva para despertar el interés de historiadores villarenenses, salmantinos y castellanos, de aquí y de allá, y se profundice en los antepasados y sus orígenes, porque la emigración específica a Cuba. Cuántos fueron realmente, dónde están y qué hacen sus descendientes que ahora viven en otras partes, y para concluir, conocer si en otros países existen o existieron naturales de Villarino de los Aires.

Por nuestra parte, no pensamos paramos aquí, trataremos de seguir profundizando en Cuba y recabando el apoyo de información allende los mares.

Muchas han sido las ocasiones de españoles, castellanos y leoneses, así como de otras regiones españolas hacia Cuba y otras muchas partes del mundo. A nosotros con ésta nos sentimos obligados, no solo por ser descendientes directos de una parte de ellos, sino también, y creo que es mucho más importante, porque me dejaron en lo particular y a mi país en lo general un

ejemplo de honradez, laboriosidad, solidaridad, decencia y entrañable amor por su patria natal y por la que los recibió, por su patrimonio cultural y por que se mantuvieron vivas sus raíces muy importantes en este mundo actual en que en general se esta perdiendo nuestro patrimonio histórico.

### **Información utilizada**

- Memorias del Club Villarino
- Documentos de villarenenses
- Paginas WEB de Villarino de los Aires y Castilla y León
- Enciclopedia Encarta en Internet
- Testimonio orales y escritos de descendientes de villarenenses
- Villarino de los Aires

## ANEXO 1

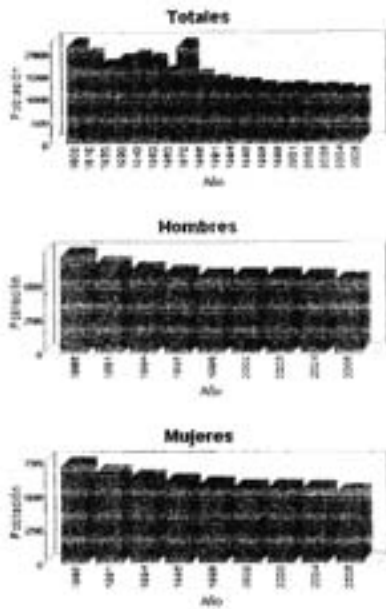
### **LISTADO DE ALGUNOS OTROS VILLARENENSES QUE EMIGRARON A CUBA EN EL 1<sup>er</sup> CUARTO DEL SIGLO XX<sup>6</sup>**

Manuel Mayor y Mayor. Pedro Mayor Seisdedos. Juan Manuel Mayor y Mayor. Nicolás Notario Campos. Asunción Calvo Vicente. Nicolás Sendín Martín. José Grande Martín. Santos Grande Martín. José Grande Martín. José Grande Martín. Teresa Grande Martín. Marta Martín Hernández. Isabel Sendín Martín. Teresa Sendín Martín. Isabel Martín Hernández. Telesforo Pacho Gutiérrez. Jacobo Bueno Expósito. Francisco Francia Cordero. Pedro Mayor Benito. Victoria Montes Calvo. María Montes Santos. María Martín Martín. Manuel Grande. Águeda Martín. Pedro Notario. Manuel Petisco Seisdedos. Manuel Alejo Cardiz Cardiz. Pedro Calvo Montes. Fernando Martín Seisdedos. Francisco Martín Benito. Pedro Hernández Grande. Manuel Marcio García. Antonio Hernández Petisco. Manuel Iglesias Luis. Miguel Matías. Juan Luis Mayor. José Grande Murguía. Fernando Benito Tajo. Antonio Luis Mayor. Higinio Martín. Manuel Martín Luis.

<sup>6</sup> Por problemas de tiempo de investigación, haber fallecido o estar fuera de Cuba los mismos y sus familiares con qué buscar referencias, y en otros casos, no tener aún la seguridad de si algunos nombres que tenemos en cartera, son o no villarenenses, este listado no está completo. Pedimos disculpa a los que hayan sido omitidos y a sus familiares (N.A.).



Vista aérea del pueblo de Villarino y su escudo.



Evolución de la población de Villarino de los Aires. Fuente: Diputación de Salamanca.

ANEXO 2

Fotos de Villarinenses



JUNTA DIRECTIVA EN EL PERIODO DEL AÑO 1946.—Comisión de honores a directos: Manuel Iglesias, José Nolasco, Antonio Luis, Claudio Luque, José Grande, Antonio M. Herrera, Manuel Martín y Jesús Sánchez.—Parada de izquierda a derecha: Patrocin Patricio, Florencio Álvarez, Ángel Sevilla, Esteban Martínez, Antonio Puentes, José Valverde, José Ruiz, Nicolás Sánchez y Ramón Menéndez.



JUNTA DIRECTIVA EN EL PERIODO DEL AÑO 1926 — SEÑALES DE IDENTIFICACIÓN: José San-  
ta, José Antonio, Manuel Peláez, Antonio M. Mena y Claudio Linares — Parecer de Superioridad





# La historia de un grupo de zamoranos transcurrida en dos tierras

Tránsito Amparo Pérez Chicote

Es difícil separar el árbol de la tierra.  
Es difícil separar la brisa del mar.  
Así de difícil fue para ellos.  
Separarlos de la tierra que les dio el ser.  
Lo que no les resultó nada difícil.  
Fue seguirla amando durante toda su vida.

La autora

## Dedicatoria

Este trabajo se lo dedico a todos los descendientes de los protagonistas que conforman esta ponencia, para que conozcan cuáles fueron las causas que dieron origen a su emigración y también sepan los trabajos que tuvieron que afrontar una vez en Cuba, siendo aún unos niños o adolescentes.

**A las Dos Tierras:** Ya que cada una en su momento jugó un papel muy importante en sus vidas.

**Zamora:** La tierra que les dio el ser, vivieron la primera etapa de su vida, la cual no pudieron olvidar jamás, la amaron de por vida.

**Ciego de Ávila:** Fue la tierra que los acogió. Aquí transcurrió la mayor parte de su vida, trabajaron, crearon sus familiares, se realizaron y la amaron también.

Las dos penetraron hondamente en sus corazones, segura estoy de que así fue.

## Objetivos

Contribuir con esta ponencia a rescatar la historia de la emigración zamorana que se asentó en la provincia de Ciego de Ávila-Cuba.

Estimular con este trabajo a las generaciones de descendientes zamoranos para que continúen investigando la historia de sus antepasados y así conozcan sus raíces, ya que esto forma parte de su propia identidad.

## Agradecimientos

Estoy muy agradecida a todas las personas que confiaron en mí y que respondieron a mi llamada, narrándome la vida de sus seres más queridos, me aportaron documentos y fotos de un gran valor para ilustrarlo y darle así una mayor brillantez. Algunos conocía, otros no, me presentaba en sus hogares y les explicaba el propósito de mi trabajo y, sin pensarlo, todos me brindaron su colaboración. A estos últimos les estoy doblemente agradecida, porque estaban en su derecho de negarse por no conocerme y sin embargo recibí todo su apoyo. Para todos ellos mi gratitud, respeto y cariño de lo más hondo de mi corazón, sin su incondicional colaboración no me hubiese sido posible llevar a cabo este proyecto que me ha resultado muy interesante, porque creo que con el haya aportado un granito más de arena para conocer la causa de la migración zamorana tan abismal hacia la América y en especial a Cuba.

## Desarrollo

Para iniciar mi exposición, les diré que este trabajo está basado en la historia de un grupo de zamoranos que emigraron para Cuba y que se asentaron específicamente en lo que es hoy la provincia de Ciego de Ávila.

Lo he elaborado realizando una exhaustiva investigación de cada uno, con gran esfuerzo, constancia y amor. No exagero si les digo que viví una carga emocional muy grande, porque yo también soy emigrante zamorana.

Me basé en testimonios de sus familiares, porque con excepción de dos casos que afortunadamente viven, el resto de los protagonistas de esta ponencia ya no se encuentran físicamente entre nosotros.

En cada historia me esmeré en plasmar sus vivencias tal y como me las iban narrando, manteniendo la naturalidad de sus expresiones y las emociones que experimentaban en esos momentos al hablar de sus seres queridos, porque eso también lo pude captar, que no fueron pocas las que se les aguaban los ojos y otras lloraban cuando hacían sus relatos, entonces tenía que calmarlas para después poder continuar.



Tuve en cuenta algunos aspectos de sus vidas que considero que fueron puntuales importantes en sus historias tales como: Su vida en Zamora antes de venir, motivo de la emigración, dificultades para integrarse a la nueva sociedad, percances vividos, trabajos realizados y nacionalidad que ostentaron.

Considero que lo más trascendental en la causa por la cual hubo una migración tan gigantesca procedente de Zamora hacia la América y en particular en este caso a Cuba fue la pobreza y las guerras.

Desde mi punto de vista diría que este grupo de emigrantes, en su gran mayoría, llegaron aquí en las primeras décadas del siglo XX, recién terminada la Primera Guerra Mundial. Y aunque España se declaró neutral, fue afectada enormemente la vida de todos los españoles, por la secuela que se desencadenó, entre estas causas podemos citar: La subida de los precios de las mercancías básicas, el contrabando desencadenado, los hombres tenían que ir al Servicio Militar y podían ser llamados al frente... en resumen, fueron años de mucha inestabilidad, ya que creció la violencia en las calles y la derrota del ejército español frente a la avanzada de las tropas marroquíes en Annual en 1921, por lo que España perdió la parte oriental del Protectorado de Marruecos.

Éstos, entre otros sucesos que ocurrieron, y la vida se tornó tan difícil. Esto dio lugar a que se decidieran a emigrar muchos zamoranos buscando mejores condiciones de vida, aunque al llegar aquí según las vivencias expresadas por sus testimonios tuvieron que enfrentarse a una nueva vida llena también de trabas y dificultades pero ellos vinieron decididos a luchar. En su inicio ocuparon los más duros trabajos pero poco a poco lograron salir adelante. Algunos lograron hacer un capital, otros no, pero en todos los casos se integraron a la sociedad y formaron una familia. A continuación veremos sus historias.

### EUNISE LEAL PÉREZ

Mi padre se llamó José Leal de la Iglesia. Nació el 19 de marzo de 1902 en Trabazos, provincia de Zamora, España. Su familia estaba conformada por sus padre, llamado Francisco, su madre Dolores y sus hermanos nombrados Paula, José, Silvino y Estrella. Él fue el cuarto hijo.

Su padre falleció cuando él aún era muy pequeño, no lo conoció. Sus hermanos emigraron para Cuba y él solo se queda con su madre, pero la pobre se enferma y se agravó rápidamente hasta el punto de que fallece. En su momento sólo tenía 13 años de edad, me contaba que allí trabajaba en las labores del campo, era todavía un niño. Vivía en la más espantosa miseria, en una sola habitación, ahí tenía el fogón, la mesa, la cama... o sea, lo imprescindible para

vivir y en las más pésimas condiciones, para calentarse del frío. Me decía que ponían una estufa en el centro de la habitación y ahí se calentaban.

En vista a la situación por la que estaba atravesando mi padre con su corta edad, solo y sin familia, entonces los vecinos le aconsejaban que emigrara a Cuba, ya que aquí tenía el resto de sus hermanos. Le ayudan a preparar las cosas de acuerdo a sus posibilidades, pues ellos tampoco tenían recursos, y lo embarcan de polizón en barco con destino a Cuba. Esto ocurrió en el año 1915.

Como es de suponer, vino todo el tiempo escondido en el barco. Lo ayudaban dándole comida algunos paisanos que viajaban en el mismo barco, y que éstos lo hacían de forma legal. Al llegar al puerto de La Habana, cuando se fue a bajar, como no tenía documentación, es detenido y tuvo que guardar prisión en Triscornia. Ahí también lo ayudó un paisano que había conocido en el barco, y como él si pudo desembarcar, buscó un amigo que tenía en La Habana y fueron y lo sacaron. Se tenían que responsabilizar con él, sino no lo daban.

Su objetivo era reunirse con una hermana mayor que vivía en la provincia de Santiago de Cuba. De inmediato se trasladó hasta allá, pero no se imaginaba que iba a sufrir un gran percance: al llegar a la casa toca a la puerta, el esposo de la hermana le abre y le comunica que acaba de llegar del cementerio de enterrar a su hermana, imagínense que llegada ¡qué dolor!, y a esa edad.

Su cuñado lo manda pasar y lo deja vivir en la casa, pero él decide venir para Ciego de Ávila porque aquí en un pueblo cercano llamado Simón Reyes, a 15 kilómetros de la ciudad, vivía otro hermano que tenía una pequeña tierra, entonces comienza a trabajar con mi tío en las labores del campo, ahí se mantuvo un tiempo.

Después conoce a otros zamoranos que vivían en la ciudad de Ciego de Ávila, se lleva bien con ellos y le consiguen trabajo aquí en un hotel llamado Nueva Isla que precisamente el dueño era español. Comenzó limpiando el piso y más tarde hace de todo, ahí aprendió como manejar el negocio del hotel.

En una ocasión, el dueño del hotel recibe una foto de su familia que vivía en España y se la enseña a mi padre. Él, al ver a una hija de éste le dice, y cito: “con ésta me voy a casar yo”, “pero si ella está en Islas Canarias”, le dijo el dueño del hotel. Al poco tiempo emigró para acá dicha familia, y como es natural la hija que a mi padre le había agradado en la foto, ella se llamaba Antonia Pérez Hernández, se hacen novios pero, poco después, el dueño del hotel se suicidó y entonces mi padre no sigue trabajando ahí.

Unos amigos lo embullan para que se fuera para Guanajay ya que allí tenía un buen amigo que a su vez era compadre. Se llamaba Serafín, entonces se decide ir para allá a trabajar en una bodega. Ahí estuvo durante 4 años, sigue las relaciones con mi madre por medio de cartas.

Más tarde él regresa para acá, y en esta oportunidad lo hace como delegado del Centro Castellano. Era una quinta de salud, su trabajo consistía en buscar socios para dicha quinta, cobrarles mensualmente y lo recaudado enviarlo para La Habana. No solamente contaba con socios en la ciudad, también se iba para los campos a buscar más personas que quisieran asociarse. Llevaba una hamaca y se quedaba en la casa de amigos para realizar el trabajo, no contaba con ningún medio de transporte, se movía a pie. Residía en el Hotel Campoamor. Éste tenía dos dueños y ambos eran españoles. Mi padre ahorra-  
ba para ver si en el futuro podía comprar algún negocio. Uno de los dueños del hotel le propone venderle su parte, considerándole con el precio dada la amistad que existía entre ellos, y él se la compra. A la vez sigue de delegado de la citada quinta, lo cual mantuvo hasta el triunfo de la Revolución. Más tarde el otro dueño del mencionado hotel le propone venderle su parte en el negocio y mi padre acepta y la compra. Ahora se queda de único dueño del hotel, que en ese momento era muy pequeño, contaba solamente con 8 habitaciones, un salón y un comedor. Después lo fue ampliando, y llegó a tener 55 habitaciones, algunas hasta con 3 y 4 camas, lo fue construyendo de mampostería.

Una vez instalado aquí se casa con mi madre, aquella de la foto. Ella siempre lo ayudó y atendía las labores del hogar. Comenzaron a nacer mis hermanos llamados José Silvino, el 20 de junio de 1925, dos años después nace mi hermana Paula Dolores el día 12 de marzo de 1927, más tarde la tercera hija llamada Estrella el 20 de septiembre de 1929.

Mi hermano no le pudo ayudar mucho en su negocio porque estudió doctor en farmacia, y en aquel entonces esa carrera solamente la había en la capital, o sea, en La Habana. Mis dos hermanas no estudiaron nivel superior, ayudaban a mi madre en las labores del hogar hasta que se casaron.

Mi padre cada vez que se le casaba un hijo le compraba una casa y se la regalaba, decía que así era mucho mejor para todos. Aparte del hotel también compra varias casas y las alquila para así incrementar su capital.

Ya en esta etapa había otra visión sobre la mujer, me refiero a prepararse para la vida y estudiar. Llegué a ser licenciada en contabilidad, trabajé muchos años y en estos momentos ya estoy jubilada. Vivo con mi esposo en la que fue en la casa de mis padres, ya mis tres hermanos fallecieron y por desgracia no tuve hijos, pero tengo varios sobrinos con los que mantengo muy buenas relaciones familiares.

Mi padre no tuvo ninguna ayuda económica para adquirir sus propiedades, lo que sí se puede destacar como yo narré anteriormente, los que le vendieron las propiedades eran sus amigos españoles y como trabajaba con ellos, lo consideraban a la hora de ponerle precio, esa fue la única ayuda que tuvo.

Como expresé al inicio, en España no le quedó ninguna familia, así que sus relaciones con su patria fueron frustradas por la vida. Tampoco ayudó a

nadie a emigrar para acá, recuerden que sólo tenía 13 años cuando llegó aquí, así que dejó pocos amigos o a lo mejor ninguno. Fue muy luchador y trabajador como ha podido ver en mi exposición, comenzó a trabajar siendo un niño y siguió así toda la vida.

Transcurría el año 1963 y por la Ley de Nacionalización le intervienen el hotel con la ley de la Reforma Urbana las casas, esto ocurre ya con el triunfo de la Revolución. Entonces le proponen ocupar el cargo de segundo administrador en el hotel Sevilla, y un tiempo después el de administrador en el hotel Santiago Habana y en este lugar sentado comiendo en el comedor fallece el 8 de mayo de 1968, debido a un infarto, a la edad de 66 años.

Mi padre tuvo que acogerse a la nacionalidad cubana para poder registrar las propiedades a su nombre, si era extranjero no se lo permitían, era la ley existente en el país para los extranjeros.

Sobre la cultura de España sí hablaba siempre. Le gustaba oír su música y ver los bailes de allí, pero no realizaba ninguno, para eso no tuvo aptitud, sólo para disfrutarlo. Siempre decía que Cuba le había gustado mucho por su clima, pues no había el frío que había dejado atrás y que esta tierra era muy fértil. Repitió muchas veces que le gustaría volver a ver su patria, pero la vida no se lo proporcionó, tampoco estaba motivado para ir a ver sus seres queridos por todo lo expuesto anteriormente.

Murió con ese anhelo sin poder lograrlo. Le gustaba hablarnos de su vida en España, de sus vivencias, que fueron muy tristes en esa etapa. Él se caracterizó por ser muy trabajador y responsable, y eso nos lo supo transmitir a todos sus hijos. Nos enseñaba con su ejemplo, era exigente consigo mismo. No tuvo vínculos con el Consulado de España aquí, debido a que nunca necesitó hacer ningún trámite, al no viajar a su patria. Con la Asociación Castilla y León tampoco tuvo relaciones, pues aquí en provincia no estaba organizada, sólo existía en La Habana y era para los que residían allí.

## UMBELINA ALONSO PÉREZ

Mi madre se llamó Alfonsa Pérez Pérez, nació el 31 de enero de 1902 en Alcañices, provincia de Zamora, España. Fue la sexta hija del matrimonio formado por Julián y María; sus hermanos se llamaron Francisco, María, Severino, José y Julián.

Sus padres fueron muy pobres. Se dedicaban a la agricultura, también vendían aceite en los diferentes pueblos de la provincia, iban hasta Portugal, pero corrían el riesgo que fueran vistos por la Guardia Civil y le confiscaran la mercancía y perdieran todo. Éste era el sostén que tenían para mantener a su familia tan numerosa. Me contaba que cuando sus padres salían a trabajar,

como ella era la más pequeña, la dejaban al cuidado de una tía y los demás hermanos se quedaban en la casa hasta la llegada de los padres.

La vida de su familia en España fue muy difícil, sería más explícita si le dijera que vivía en la más espantosa miseria, no la pasaron nada bien. Entonces oyeron decir en el pueblo que otros amigos habían venido para Cuba y que les iba bien, esto fue lo que los motivó a emigrar para acá buscando la mejoría de su familia.

Siendo aún muy jóvenes, aproximadamente en el año 1911, mi madre solamente contaba con nueve años de edad, comienzan los preparativos para emprender el viaje con toda la familia. No sé quién los pudo ayudar para emigrar, sólo me contaba que sus padres habían ahorrado, pero si alguien les tendió una mano, no lo sé, ella era muy pequeña<sup>1</sup>. A los padres de mis abuelos no les agrada nada la idea del viaje, pero al final lo aceptaron, porque pensaban que ellos no los podían ayudar y que deseaban mejorar las condiciones de vida de sus hijos.

Una vez concluidos los preparativos, emprendieron el viaje en barco. Éste era el único medio de transporte existente. Desembarcaron por La Habana e inmediatamente se dirigieron para esta ciudad de Ciego de Ávila. Fue el único lugar donde vivieron, y lo hicieron porque aquí residían algunos paisanos que le habían dicho que encontrarían trabajo y que era un lugar con mucha vida.

A mis abuelos lo que más le llamó la atención de Cuba fue su clima tan favorable para cultivar la tierra todo el año. Tuvieron deseos de regresar una vez aquí, pero claro, no disponían de los recursos para hacerlo y aceptaron el quedarse y emprender la nueva vida, buscando siempre el bien de sus hijos.

Mi abuelo y los hijos comenzaron enseguida a trabajar en el ferrocarril. Ellos nunca apartaron de su mente la idea de retornar, estuvieron trabajando alrededor de trece años e iban ahorrando todo lo que podían, entonces deciden el regreso, la idea era irse de nuevo todos.

Pero aquí hago un aparte para explicarle algo muy importante en la vida de mi madre, es que aparejado a su vida en Cuba estaba ocurriendo otra emigración procedente de Orense-España, vinieron dos jóvenes hermanos llamados Manuel y Elelvino (*sic*) y ocurre un imprevisto que hizo cambiar los planes. Al llegar ellos a La Habana, Elelvino compró un billete de la lotería. A su hermano Manuel no le agradó la idea, porque había invertido el dinero que ambos tenían para esta ciudad, pero cuál no sería la sorpresa “se saca el premio gordo” y esto hizo cambiar sus vidas. Elelvino que era el mayor, decide regresar en el mismo barco para España. Ya había logrado su objetivo, pero Manuel no aceptó su idea y se queda solo. Su hermano le dio un poco de

<sup>1</sup> Probablemente sea Etelvino (N.E.).

dinero y él se dirige para Ciego de Ávila. Al poco tiempo mi madre lo conoce, se hacen novios y se casan.

Entonces a mis abuelos maternos, que ya habían decidido retornar para España con toda su familia, mi madre les dice que va a quedarse con su esposo. Ellos no querían dejarla, pero ella los convence: su familia emprende el regreso y ella continúa viviendo aquí.

Claro que al principio no les resultó nada fácil la vida, pues ambos no disponían de recursos todavía. Mi padre comenzó a trabajar en una carbonera que era propiedad de un español, que precisamente era del mismo lugar de origen de mi padre.

Poco tiempo después el dueño decide retornar a su patria, y le vende la carbonera a mi padre a muy buen precio y así logra con mucho esfuerzo salir adelante esforzándose mucho. Con los ahorros que tenían compraron varias casas que alquilaron para así incrementar sus ingresos.

Mi madre quedó embarazada en dos ocasiones antes de tenerme a mí, pero ambas barrigas las perdió. Me decía que había pasado mucho trabajo con mi embarazo porque tenía miedo de perderlo como en los casos anteriores. Le tuvieron que hacer la cesárea, y al fin para orgullo de ellos nació yo el 16 de junio de 1939 y me dieron el nombre de Umbelina. No pudo tener más hijos.

Una vez que mejoraron sus condiciones de vida ayudaban a sus familiares en España. Como los dos trabajaban muy duro porque mi madre también vendía carbón, lograron hacerse de una vida holgada. A mí me dieron una educación esmerada, estudié hasta el bachillerato en una escuela de monjas, que se llamaba El Teresiano y después seguí estudios universitarios. Mi padre se mantuvo trabajando hasta muy mayor, porque decía que así se sentía mejor. Sus propiedades fueron nacionalizadas en la década del 60 y entonces le fueron asignados retiros a los dos. Él falleció en 1975 a la edad de 79 años, el de ella ocurrió el 3 de abril de 1997 a los 95 años de edad.

Siempre viví con ellos porque me casé pero me quedé a su lado. Estuvieron rodeados del cariño de todos nosotros, se veían muy felices, principalmente mi madre que pudo disfrutar más de su nieta Evelyn y sus dos biznietos.

Ella mantuvo la nacionalidad española toda la vida. Como siempre trabajó con mi padre no tuvo problema alguno con las leyes existentes en Cuba para los extranjeros.

Los vínculos con la familia en España fueron excelentes, siempre se escribían, enviaban fotos de ambas partes. Les diría que yo sin conocerlos ya los quería de tanto que me hablaban de su familia. Aún en estos momentos las relaciones con nuestra familia de España es la mejor. Hace dos años los visité

y ahora me volvieron a invitar, y ya tengo todo listo para ir de nuevo a verlos. Conmigo son muy cariñosos, no tengo queja alguna.

Mi madre no volvió nunca más a España, porque cuando comenzaron los viajes Añoranza la invitaron pero ya su salud no le permitía dar ese viaje tan largo.

Ayudaron a dos sobrinos de mi padre a emigrar a Cuba, estuvieron un tiempo trabajando, alrededor de cinco años y después retornaron a su patria, no se quisieron quedar aquí.

Recuerdo que mi madre tenía una amiga que se llamaba María que también había nacido en Zamora, y siempre que se hacía alguna fiesta en mi casa por cualquier razón, venía para ayudarla, y como las dos eran muy alegres cantaban y bailaban las canciones típicas de su tierra. Yo me divertía al verlas a ellas tan felices.

Fue muy alegre, siempre se estaba riendo, le gustaba en su tiempo libre tejer a crochet y con dos agujas, hacía piezas para la casa, lo disfrutaba mucho.

Recordó de España todo: su pueblo, una sierra que había cerca, la nostalgia la acompañó siempre... falleció anhelando volver a ver su patria sin poder lograrlo, fue muy aferrada a sus recuerdos y sus raíces. Se caracterizó por ayudar a todo el mundo, siempre hacer el bien y dar buenos consejos a todo el que se le acercara. No mantuvo relaciones con el Consulado de España debido a lo que acabo de plantear; que nunca viajó. Con la Asociación sí supo de su existencia, pues como ya expliqué la invitaron a viajar, pero no pudo aceptar.

Mi hija Evelyn recuerda a su abuela con mucho cariño y dice que ella la enseñó a ser una persona organizada, cosa que hoy en la actualidad agradece mucho.

## LUCÍA CANAS SÁNCHEZ

Comenzaré diciéndoles que mi padre se llamó Ignacio Canas Pérez, nació el 31 de julio de 1905 en Ferreras de Arriba, provincia de Zamora. Su familia estaba integrada por su padre llamado Tomás, su madre Gregoria y su hermano mayor llamado Vicente, él fue el segundo hijo.

Sus padres se dedicaron a las labores del campo. Tenían una pequeña tierra donde cultivaban muchos productos, después los vendían en su pueblo o iba su padre a venderlos a otros lugares cercanos. Mis abuelos nunca salieron de dicho pueblo, ahí nacieron y vivieron toda la vida. Su hijo Vicente emigró para Cuba pero estuvo muy poco tiempo y volvió a retornar a España.

Mi padre cuando cumplió 16 años, decide emigrar a Cuba motivado por otros amigos que habían venido y que le escribían a su familia contándole que

les iba bien, que aquí había trabajo y que se podía progresar. Unido a esto la causa principal fue la Primera Guerra Mundial, que los chicos cuando iban al Servicio Militar los llamaban por las quintas para ir al frente a pelear en la guerra, esa fue la principal causante de que él se decidiera a emigrar<sup>2</sup>. Nos contaba que su familia sufrió mucho con esa decisión de él, pero que después se consolaban porque pensaban que si se quedaba y se lo llevaban para la guerra se lo podían matar, y por lo menos si estaba en Cuba sabían de él y algún día podrían volver a verlo.

Mi padre, antes de venir para acá ayudaba a mi abuelo a trabajar la tierra desde que era un niño, al igual que su hermano. Ellos eran muy pobres, su vivienda estaba colmada de una miseria espantosa, solamente disponían de lo imprescindible para vivir y nada más, pasaban hasta frío, porque no disponían de una estufa para calentarse.

Comenzó los preparativos del viaje, sacó la documentación correspondiente y con unos ahorros que tenía su padre compró el pasaje en barco. Vino en tercera, pues la economía de su familia era muy deficitaria. La travesía fue de un mes aproximadamente, nos contaba él que se aburría en el barco sin hacer nada tantos días y todo lo que quería era llegar para comenzar a organizar su vida y trabajar.

Vino por el puerto de La Habana en año 1921. Inmediatamente embarcó para la actual provincia de Ciego de Ávila, una vez aquí fue a vivir a la finca La Ignacia que pertenece a un central azucarero llamado Venezuela, su ubicación en este lugar se debió a que allí vivían algunos paisanos que le habían dicho que le conseguían trabajo. Aquí transcurrió toda su vida, trabajó siempre en el campo, en tiempo de zafra lo hacía en la grúa número 6. Se tenía que levantar a las dos de la madrugada todos los días, el resto del año trabajaba en la agricultura. Nos decía que le había gustado mucho este país por su clima, que no hacía frío para levantarse de madrugada.

Una vez aquí pensaba mucho en su familia, pero no intentó retornar porque aún estaba presente el causante de su partida, o sea, la guerra, y por otro lado decía que no iba a regresar con las manos vacías.

Al poco tiempo recibió noticias del fallecimiento de su padre, pero su madre vivía con su hermano y eso en parte lo tranquilizaba. Las relaciones con su familia fueron excelentes, cada vez que podía le enviaba dinero a su hermano, sabía que a su vez estaba ayudando a su madre.

<sup>2</sup> Hay que recordar que España no participa en la Primera Guerra Mundial, quizá la narradora, Lucía Canas Sánchez, se refiera a las distintas guerras que España mantuvo en Marruecos en los comienzos del siglo XX (N.E.).



Se acogió a la nacionalidad cubana porque le querían aplicar la Ley del 50% en su salario, y entonces decidió optar por hacerse cubano para así poder cobrar el sueldo completo. Él siempre trabajó para el central.

Pasado unos años, en 1939, contrajo matrimonio con mi madre, llamada Altagracia Sánchez Díaz, que era hija de cubanos. Construyó su casa en la misma finca donde vivía. Mi madre se dedicaba a las labores del hogar y también lo ayudaba en el campo en todo lo que podía. Comenzaron a nacer sus hijas, la primera fui yo, que me llamo Lucía y nació el 6 de julio de 1941. A la segunda le dieron el nombre de Guillermina y nació el 10 de febrero de 1943. La tercera, Rosalía, que nació el 31 de agosto de 1947, (esta hermana mía ya falleció) y, por último, nació su cuarta hija llamada Natividad, que vio la luz el 25 de diciembre de 1949.

Nos criamos en el campo. Como no tuvimos hermanos y mi padre luchaba tanto por todas nosotras, cuando éramos unas niñas de siete años en lo adelante (*sic*) nos íbamos con él para el campo para ayudarlo. Nos enseñó a arar con los bueyes, yo al principio tenía miedo pero en vista que mis hermanas más pequeñas lo hacían me fui familiarizando con ellas y perdí el miedo. Mi madre hacía la comida y se la iba a llevar al campo para que así no perdiera tiempo en ir a la casa, a veces estaba bastante distante. No le gustaba vernos descalzas, pues eso para él era una ofensa, decía y cito: “Yo trabajaba día y noche para que a ustedes no les falte nada”, nosotras como niñas al fin lo hacíamos para jugar, no para herirlo. Él fue muy trabajador, y a pesar de la pobreza que teníamos nos supo dar mucho cariño y una educación muy aceptable, cosa que todas agradecemos mucho.

Cuando teníamos edad escolar mi padre compró una casa en la ciudad de Ciego de Ávila para que nosotras fuéramos a la escuela y aprendiéramos por lo menos hasta el sexto grado, así que junto a mi madre vivimos varios años en esta ciudad y él se quedó solo en el campo. Yo valoro mucho este gesto de mi padre para que nosotras no fuéramos personas incultas, esta decisión la tomó debido a que en los alrededores de la finca donde vivíamos no había ninguna escuela en esa época. Él decía que como no pudo estudiar no quería que a nosotras nos sucediera lo mismo. Se sacrificó mucho toda la vida por nosotras.

Después volvimos para el campo y continuamos ayudándolo y también compartíamos con nuestra madre las labores del hogar. Aquí vivimos hasta que nos casamos, y algunas nos fuimos para la ciudad, aunque hoy en la actualidad mi hermana Guillermina sigue viviendo en el Central Venezuela.

Mi padre mantenía muy buenas relaciones con todo el mundo, pero principalmente con sus paisanos, ellos eran como una gran familia, se ayudaban en todo.

Actualmente mantenemos muy buenas relaciones con nuestra familia en Zamora, y más se intensificaron los lazos después que mi padre viajó a España con el Plan Añoranza en el año 1998. Eso fue muy trascendental en su vida, pues lo había soñado tanto y verlo convertido en realidad fue muy importante para él: volver a ver su pueblo natal, donde aún quedaban familiares. Ese viaje le dio mucha alegría.

Después, mi hijo Armando por razones de trabajo estuvo en España y fue a conocer a su familia. También vino muy contento con las atenciones que recibió allí, estos dos acontecimientos le han dado mucho vigor a las relaciones con la familia, así que les diría que son excelentes.

No nos dijo nunca que fuera protagonista de los festejos de su pueblo, pero sí nos contó que participaba en las fiestas que se celebraban y que las disfrutaba mucho, le gustaba oír música de España y el baile también.

Sus relaciones con la Asociación de Castilla y León fueron buenas, cuando lo invitaron al viaje Añoranza que ya comenté, él quedó muy agradecido con todas las atenciones que recibió.

También lo ayudaban con las donaciones que enviaban y los regalos por Navidad. Siempre vivió rodeado de cariño de toda su familia, cuando ya era mayor y tuvo que dejar de trabajar lo rotábamos por la casa de cada una de sus hijas (un mes en cada lugar) y lo atendimos hasta su deceso que ocurrió 22 de abril del 2001 a la edad de 94 años.

### FELICIA BÁRBARA GARCÍA

Para dar inicio a mi exposición le diré que mi padre se llamó Gonzalo López Campano. Nació el 10 de enero de 1899 en Coreses, provincia de Zamora, España. Su familia al nacer él estaba formada por su padre llamado Manuel, su madre Fernanda y sus hermanos Aquilino, Paulino, Víctor y Gregorio, él fue el quinto hijo y el más pequeño de los varones.

Sus padres eran muy pobres, trabajaban como labradores en el campo pero ganaban muy poco y apenas les alcanzaba para darles de comer a sus hijos. También tenían una posada para que los que cruzaban por allí se hospedaran, descansaban un rato, comían algo y después continuaban su viaje, pero eso daba muy poco. Cuando fue mayorcito trabajaba con su padre en el campo y ayudaba como monaguillo al cura en las misas de la iglesia del pueblo. La vida allí era muy penosa debido a la miseria en que vivían, las condiciones del hogar eran precarias con piso de tierra, todos sus hermanos dormían en una misma habitación que era grande, se calentaban con una hoguera que hacían, colocándose todos a su alrededor.

Debido a las difíciles condiciones en las que vivía la familia, y aparejado a esto con un gran peso: el temor de que fueran llamados al frente a combatir a

la guerra, (en esos momentos estaba ocurriendo la Primera Guerra Mundial)<sup>3</sup>, es por lo que él y tres hermanos varones emigran a Cuba. Primero viaja sólo para acá su hermano Aquilino, él lo hace un poco después acompañado de sus hermanos Paulino y Víctor en el año de 1916, tenían entonces 17 años de edad, sus hermanos eran mayores.

Aquilino, que viene antes, se asienta en un poblado llamado Caguasal que pertenece a Jicotea, pueblo actual que pertenece a la provincia de Ciego de Ávila, trabaja en una panadería. Ese tío se casó aquí, tuvo dos hijos y años después emigra con toda su familia para los Estados Unidos.

Mi padre, con sus hermanos, salió del puerto de Santander en el Vapor Infanta Isabel en clase tercera, ya que era más económica. Pasaron en el barco el 31 de diciembre. Me contaba que en la travesía pasaron mucha hambre, y que llegando a Cuba pasó un vapor cerca de ellos y le tiraron piñas, pero como ellos no conocían aún esa fruta y era tanta el hambre se la comieron con cáscara.

Llegaron en los días primeros de enero de 1917 por el puerto de La Habana. La familia aceptó la emigración de sus hijos varones porque pensaban que si se los llevaban para la guerra los podían matar y eso le sirvió de consuelo para ellos.

Cuando llegaron a La Habana nadie los estaba esperando, pero como ya les narré que tenían aquí un hermano, se trasladaron inmediatamente a su encuentro y les tendió una mano a todos. La primera noche que llegaron al citado lugar se tuvieron que acostar cada uno en su hamaca. Me contó mi padre que como él nunca había dormido en hamaca al sentarse se colocó mal y cayó al suelo, me lo contaba riéndose.

Comenzaron los tres a trabajar de panadero en el mismo establecimiento que laboraba su hermano Aquilino y allí estuvieron alrededor de cuatro años. Habían ahorrado algún dinero y decidieron marcharse de ese lugar porque no había mucha vida.

Su hermano Paulino se separa de ellos, pues se va a residir para La Habana, mientras que mi tío Víctor y mi padre se asientan en la ciudad de Ciego de Ávila. Una vez aquí comienza a trabajar como panadero en una dulcería que se llamaba “Los Leones”, su dueño era español, que lo ayudó mucho. Su hermano Víctor también siguió trabajando de panadero, pero en otro centro de trabajo, ya no junto a él. Estando en dicha panadería le ocurre un percance y es, como ya expresé, el dueño era español y con él trabajaba su hermano que por supuesto también era español, al entrar al negocio mi padre también, era el tercer español y había una ley del gobierno de llamada Ley de

<sup>3</sup> Véanse notas anteriores (N.E.).

Nacionalización del Trabajo que estaba en el poder que decía que sólo podían trabajar en establecimientos dos españoles, el tercero tenía que ser con el 50% del salario. Pues como mi padre fue el último que entró, al aplicarse la ley no le quedó otra alternativa que nacionalizarse cubano para poder cobrar el sueldo completo.

Poco después se casó con mi madre llamada María Emilia García Pérez. Ella es cubana, siempre se dedicó a las labores del hogar. Nací yo, su única hija, el 14 de septiembre de 1950. Siempre viví con ellos, trabajé muchos años en contabilidad pero ahora estoy haciendo las labores del hogar, mi madre actualmente vive.

Su vida aquí después que comenzó a ganar su sueldo de panadero fue más asequible, sus condiciones de vida mejoraron. Siempre trabajó en la dulcería “Los Leones” hasta su fallecimiento, la única propiedad que tuvo fue nuestra casa.

Hace varios años que yo me acogí a su nacionalidad y he visitado España en dos ocasiones, y fui al lugar donde nació mi padre y eso me emocionó mucho.

Él se relacionó con muchos zamoranos que se asentaron en esta provincia y también con españoles de otros lugares de origen, frecuentaba la Colonia Española para relacionarse con ellos. Ayudó a su familia en España, me contaba que le mandó dinero a un hermano que se llamó Gregorio, que estaba preso, para que cuando saliera emprendiera su vida, ese hermano suyo no vino para Cuba. Mantuvo correspondencia muchos años con sus familiares, pero después del ciclón “Flora” dejaron de llegar las cartas y ahí fue truncada.

También emigró para acá una hermana de él llamada Dámata, pero estuvo muy poco tiempo porque se enamoró y los hermanos no estaban de acuerdo y retornó unos meses después.

Cuando comenzaron los viajes “Añoranza” a él lo invitaron, pero ya su salud no le permitía dar ese viaje y no pudo ir, sé que le hubiera alegrado mucho.

Él ayudó a emigrar a esa hermana que ya hice referencia.

Años después de ellos emigrar, ya muy mayor, vino su padre, que por cierto se quedó aquí en Ciego de Ávila con su hijo, y falleció aquí.

Mi padre cantaba y tocaba las castañuelas, que por cierto yo aún las conservo, y la panderetas en las fiestas del pueblo y también cantaba. Me enseñó sus canciones que aún tarareo, era muy alegre siempre se estaba riendo, él me decía siempre que la nostalgia nunca lo abandonó, que en ocasiones sentía muchos deseos de regresar, pero decía: “Sin dinero, ¿para qué volver a vivir en la miseria?”, y siguió luchando aquí con el afán de hacer dinero y algún día ir a ver a su patria, pero sólo fue un sueño en su vida.

En su tiempo libre mientras que la salud se lo permitió criaba conejos en el patio de la casa que era muy grande. También tenía una huerta y cosechaba muchos productos y los vendía.

Sí tuvo relaciones en la Asociación de Castilla y León, cuando se enfermó le enviaron muchos medicamentos, lo cual yo agradezco mucho.

Falleció a la edad de 95 años en el año de 1994.

Él se caracterizó por ser muy alegre, se reía mucho también, fue muy luchador para trabajar y salir adelante con su familia, se relacionaba con mucha facilidad con la gente.

### JUANA MERCEDES MEZQUITA GONZÁLEZ

El nombre de mi madre fue Ángela González Ramos, nació el 14 de agosto de 1915 en Alcañices, perteneciente a la provincia de Zamora, España. Sus padres fueron Martina Adoración y Domingo. Tuvo cuatro hermanos nombrados Antolín, María, José e Isidoro. Ella fue la segunda hija.

Sus padres y todos sus hermanos nacieron en la provincia de Zamora. Su padre poseía unas tierras que había heredado de su abuelo, y las tenía sembradas de plantaciones de corcho<sup>4</sup>. Se dedicaban de forma artesanal a fabricar unos taponos de corcho para las botellas y después los vendían para diferentes lugares, iban hasta Portugal. El corcho se extrae cada dos años, pero parece ser que como tenían muchas extensiones de tierras sembradas les alcanzaba para vivir. No podría decirles que vivieran bien, pero según los relatos que pude oír tanto de mi madre como de mis abuelos les alcanzaba para vivir holgados, claro que con mucho atraso en sus condiciones de vida, estamos refiriéndonos a la segunda década del siglo veinte.

Su vivienda en España era de piedra, la pude ver en una foto que mi madre conservó durante su vida. No tenían agua, la cogían de un pozo, o sea, como acabo de mencionar anteriormente vivían en unas condiciones de atraso, esto ocurría así por los pocos adelantos que aún existían hasta ese momento. Me contaba ella que para proteger los animales del frío los llevaban a un establo que tenían para que no se fueran a enfermar por las bajas temperaturas del invierno.

Ella nació, como expresé al inicio de mi exposición, en 1915, o sea, que ocurre su nacimiento cuando estaba ocurriendo la Primera Guerra Mundial, y aunque ella emigra a los 10 años en 1925 y ya la guerra había concluído, sí

<sup>4</sup> No existen tales plantaciones de corcho. El corcho es la corteza del árbol conocido como alcornoque, *Quercus suber* (N.E.).

estaba sucediendo la secuela que trajo consigo, que afectó a España y al resto del mundo por las consecuencias que se desataron a raíz de la misma.

El motivo de su emigración fue dado porque su padre ya había emigrado para acá hacía ya algún tiempo y reclama a su madre y la trae a ella y a su hermano Antolín, porque eran los dos mayores y deja a los tres más pequeños con unos familiares, con el objetivo de traerlos después, pero eso no ocurrió y ellos se quedaron allí. Nunca ella me contó que nadie los ayudara para emigrar, como ya mi abuelo estaba aquí fue quien los reclamó y costeó todo el viaje. Salieron por Santander en barco, que era el transporte existente y desembarcaron por La Habana en el año 1925. Mi abuelo los fue a esperar. Al llegar a Cuba vinieron directamente para Ciego de Ávila, pues ya mi abuelo les tenía preparado unos cuartos donde vivir y él trabajaba de cocinero.

Ella siempre decía que al principio extrañó mucho y que recordaba a sus hermanitos más pequeños, pero como era tan pequeña poco a poco se fue adaptando aunque siempre quiso retornar, pero nunca lo logró. Fue un anhelo que mantuvo hasta su muerte. No tuvo problemas para integrarse a la vida aquí, como ya su padre estaba relacionado y tenía muchas amistades y precisamente zamoranos y españoles de otras regiones y tenían hijos, pronto se relacionó con ellos y eso no fue lo que le afectara tanto.

Primeramente fue a la escuela. Ya de joven ayudaba a su madre en las labores del hogar, aprendió a bordar a máquina y se dedicó mucho tiempo a bordar ropa de niño y con eso ayudaba al sostén de su casa, porque al principio sólo trabajaba su padre. Después su hermano Antolín compró una fotografía que se llamó La Moderna y ella comenzó a trabajar con él. Ahí hacía de todo, aprendió a retocar las fotos de estudio y las pintaba, ahí permaneció hasta que se casó.

De joven conoce a otro emigrante zamorano llamado Pablo<sup>5</sup> Mezquita Moral, a través de su padre porque como era cocinero también por relaciones de trabajo comienza a visitar su casa y empieza una amistad entre ambos que prosigue con un noviazgo y que culmina en matrimonio. Se casan el 29 de octubre de 1947. Como mi padre era propietario de un hotel llamado “Rueda”, entonces mejoraron sus condiciones de vida, deja de trabajar y se dedica a las labores de su casa.

Primero nace mi hermano, llamado Pablo, el 14 de febrero de 1949. Nunca se casó, así que siempre vivió a su lado. Las propiedades que tuvo fueron las de mi padre, ella no adquirió ningún capital. Dentro de sus posi-

<sup>5</sup> En el relato original Pable, evidentemente se trata de un error tipográfico (N.E.)

bilidades si ayudó siempre a sus tres hermanos, que se quedaron en España. Nunca los olvidó.

Cuando era joven, antes de casarse, sus padres la inscribieron aquí en Cuba pero ella después de mayor recuperó su nacionalidad. Lo hicieron según ellos porque estuviera legal, eso lo solían hacer muchos padres por si necesitaban su inscripción de nacimiento por cualquier situación. Nosotros los dos nos acogimos a la nacionalidad Española por nuestro padre, que nunca la perdió.

Ella se relacionaba con otros zamoranos y españoles. Pertenecía a la Colonia Española, que era una sociedad que acogía a todos los Españoles residentes en la Provincia, se reunían y compartían diferentes actividades como bailes, fiestas por las fechas conmemorativas como fin de año, etc. Siempre mantuvo muy buenas relaciones con sus hermanos en España, recuerdo que se escribían mucho y se enviaban fotos de ambas partes. Esto se fue debilitando una vez que ella falleció, no volvió nunca más a España. Cuando ellos se casaron me contaron que quisieron ir a pasar la luna de miel, pero todo se quedó en el proyecto, no lo realizaron. Isidoro, su hermano, vino de visita en el año 1949, pero como ya tenía su vida y familia en España, sólo estuvo un tiempo y retornó. Los demás no vinieron, por lo que no se vieron nunca más.

Perteneció a la Sociedad Castellana de La Habana y más tarde a la de Castilla y León, (aún no estaba creada la zamorana en vida de ella). Recibió ayuda de dicha asociación por lo que estoy agradecida. En sus tiempos libres le gustaba coser, bordar y también leer.

Ella me contaba muchas cosas de su corta estancia en España, me decía que en su pueblo hacían la matanza, mataban a los cerdos y lo conservaban por mucho tiempo, aprovechando todo, hasta la sangre para hacer longaniza<sup>6</sup> (y como allí el clima le favorecía le duraba un tiempo), que la leche que tomaban era de cabra y que su padre tenía varias cabras, que ella cuidaba con mucho esmero.

Ella era muy afable, se relacionaba con mucha facilidad con las demás personas. Tenía muchas amistades que la visitaban y que ella también era recíproca. Recuerdo que a mí, como era la hembra y siempre estuve tan apegada a ella me llevaba cuando yo era pequeña, claro que después de mayor cuando estudié o estuve becada hasta que me gradué en la Universidad ya la

<sup>6</sup> La longaniza es el embutido fino de carne, chorizo. La autora se refiere a otro embutido, la morcilla que se hace con sangre de animal y otros variados ingredientes, según las regiones (N.E.).

vida cambió y yo no la podía acompañar, pero sé que ella seguía recibiendo y haciendo visitas mientras pudo.

Fue muy alegre, y después de que nacióramos nosotros, se consagró mucho a su labor de madre, siempre fue muy preocupada, no sólo con nosotros, sino con toda la familia, ayudaba a todo el mundo. Recuerdo una vez que una familia de un paisano se enfermó de una enfermedad que en estos momentos no recuerdo (creo que era paludismo), todos se enfermaron a la vez y ella trajo para la casa a dos niños para atenderlos y los tuvo hasta que se curaron. Esto demuestra lo humana que era, y siempre fue así hasta su deceso, que ocurre el 5 de marzo del 2002.

El nombre de mi padre (soy Juana Mercedes Mezquita González<sup>7</sup>), fue Pablo Mezquita Moral.

Nació el 2 de marzo de 1907 en Aliste<sup>8</sup>, perteneciente a la provincia de Zamora, España. Sus padres fueron Ángel, su padre, y Eulalia, su madre. Tuvo un sólo hermano llamado Eugenio, que era el mayor, así que mi padre fue el segundo de los hijos. Ellos eran muy pobres, su padre era labrador y apenas ganaba para comer, vivían en una situación muy penosa. Imagínense, solamente un jornal para una familia de cuatro personas.

Transcurría el año 1917, en plena Primera Guerra Mundial. La vida se tornó más difícil, pues hubo una subida de los precios de las mercancías básicas para la alimentación, se incrementó el contrabando, para adquirir algún alimento había que pagarlo a precios altos, cosa que ellos no podían a pesar de ser un riesgo, porque había mucha vigilancia. Unido a todo esto, ocurre la huelga de 1917, la cual abarcó toda la nación y la paralizó un mes. Viendo que la situación era cada vez más difícil para vivir, decide su padre emigrar a Cuba y lo trae con él. En esos momentos tenía solamente 10 años de edad, ¡era aún un niño!

Ya Eugenio había emigrado antes, y es quien lo embulla a venir y le ayuda en el viaje. Dejaron a la madre, porque no disponía Eugenio del dinero suficiente para los tres. Siempre tuvieron la idea de traerla después: prepararon la documentación para realizar ambos el viaje y salieron de Vigo, llegaron por La Habana, no lo estaba esperando nadie, pues la economía de Eugenio

<sup>7</sup> La autora del relato, Tránsito Pérez Chicote, presenta dos historias seguidas con la misma persona, Juana Mercedes Mezquita González, en el primer relato cuenta la vida de su madre, en el segundo, el presente, la de su padre. Hemos agregado lo que se halla entre paréntesis (soy Juana Mercedes Mezquita González) para la mejor comprensión del texto. (N.E.).

<sup>8</sup> Aliste como localidad no existe. Es una comarca zamorana y varios lugares llevan el sobrenombre de Aliste, p. ej. Riofrío de Aliste (N.E.).



no le permitía dar ese viaje. Se dirigieron para Ciego de Ávila directamente y tuvo el apoyo de su hermano.

Al llegar aquí, mi abuelo comenzó a trabajar y mi padre lo ayudaba, a pesar de su corta edad, de ayudante de cocina. Después que conocía el oficio y era mayor, sí lo ayudó mucho Rogelio y Paco Vocero, eran unos españoles que ya llevaban tiempo aquí ya habían logrado poner un negocio de equipos de refrigeración. Le facilitaron dinero para que él comprara una fonda. Ése fue su primer negocio: dicha fonda estaba situada en la calle Maceo, frente a una clínica donde venían muchas personas del campo, y al ingresar a sus familiares comían en la fonda y así el negocio fue prosperando. Esto lo hizo en unión de su hermano.

Después abrieron “el Mezquita”, siguen juntos los dos en su negocio. Este establecimiento era una cafetería muy moderna con iluminación eléctrica que la hace lucir muy bella y atractiva, causaba sensación a todos, pues fue la primera que se abre con esas condiciones aquí en la ciudad.

Más tarde, sobre el año 1947, la venden porque querían irse para España y unirse con su madre y poner allí un negocio del giro que ya conocían; pero al enterarse de que su madre ya había fallecido, desisten de la idea y no se van, y entonces compran el hotel “Rueda”. Éste fue su negocio mayor, ya que para la época este fue un hotel grande. Tenía tres pisos, situado en el centro de la ciudad, trabajando en conjunto los dos lograron subir su negocio y les fue muy bien. Él siempre trabajó de cocinero, y Eugenio atendía el Restaurante.

Ayudó a la familia de mi madre, pues como narré ya, ella sí dejó a tres hermanos en España.

En el año 1963, con la puesta en vigor de la Ley de Nacionalización, les fue intervenido el hotel.

Después de que su madre fallece, se rompe la correspondencia con España. Hasta ese momento sí la mantuvo, y también la ayudó en vida. Él nunca habló de la cultura de España, es que su vida fue consagrada al trabajo y los negocios, pues vivía para eso y dedicaba casi todo el día al trabajo, pero sí recuerdo que le daba muy buenos consejos a todo el que se le acercaba.

Después de que le intervienen el negocio ya no trabajó más, pues estaba enfermo y tenía cerca de 60 años. Se dedicó a cocinar en su casa, su oficio de cocinero no lo abandonó jamás hasta su fallecimiento en el año 1976, a la edad de 69 años.

He expuesto aquí solamente lo referente a la familia y al trabajo que realizó mi padre, pues al vivir tantos años en matrimonio con mi madre, ya lo narré antes, hay muchos pasajes en sus vidas que los vivieron juntos los dos.

NANCY MARTA CHICOTE ALCALDE<sup>9</sup>

Mi padre nació el 30 de octubre del año de 1908. Se llamó Manuel Chicote Carnero, su nacimiento ocurre en Pereruela, provincia de Zamora. Ocurrió en dicho lugar de casualidad, digo esto porque mi abuela viajó para España con su embarazo bastante avanzado. Me contaba ella que tenía miedo de parir en el barco, pero afortunadamente pudo llegar al pueblo y nació su hijo, por lo que está inscripto y bautizado allí. Mis abuelos permanecieron alrededor de 2 años en España, iban con dos hijos que habían nacido en Cuba, mi padre fue el único hijo que nació en España de los nueve hijos que tuvieron. Su familia, al ocurrir su nacimiento, estaba integrada por su padre, llamado Juan, su madre Martina, su hermano mayor Julián y su hermana Ascensión, así que él fue el tercero de sus hijos. Mi abuelo, en ese tiempo que permaneció ahí, trabajó en las tierras propiedad de su padre.

Mi padre emigró para Cuba en el vapor Alfonso XII, llegó a La Habana el 20 de diciembre de 1910, vino con sus padres y sus dos hermanos antes mencionados.

En esta ocasión mis abuelos se asentaron en el pueblo de Ceballos, que pertenece a la actual provincia de Ciego de Ávila. Aquí mi abuelo se dedicó a la agricultura y mi abuela a las labores del hogar, después se trasladaron a vivir en (*sic*) la ciudad de Ciego de Ávila. Mi abuelo compró un terreno bastante grande en la parte sur de la ciudad. Allí había un central azucarero, y le dijeron sus paisanos que iba ser un lugar de mucho trabajo. Construyó primeramente la casa para habitarla y después construyó 11 casas más, hizo una hortaliza y puso una bodega.

Como él vino solamente con 2 años de edad, nunca me habló de pasar trabajo para después integrarse aquí, era como si hubiera nacido en Cuba en ese sentido. Sus condiciones de vida aquí fueron normales: hijo de emigrantes, en ese momento estaban luchando por salir adelante. La comida y el cariño nunca le faltaron, porque, como ya les narré, su padre puso una bodega al lado de la casa de vivienda, así que ellos se alimentaban bien.

Una vez que fue adolescente, comenzó a trabajar en un almacén de víveres que era propiedad de un español llamado Balbín, amigo de mi abuelo. Allí

<sup>9</sup> Sobre la familia Chicote véase J.A. BLANCO RODRÍGUEZ Ed.: De Zamora a Cuba, *Memoria de la Emigración Zamorana I*, Tránsito Amparo PÉREZ CHICOTE: “La Historia de la familia Chicote-Carnero, creada en España, asentada y gestada en Cuba”, Zamora, 2007, pp. 119-148, especialmente pp. 137-138. Este relato obtuvo el I. Premio exequo. J.A. BLANCO RODRÍGUEZ y J.M. BRAGADO TORANZO Eds.: *De Zamora a Cuba, Memoria de la Emigración Zamorana III*, Tránsito Amparo PÉREZ CHICOTE, “Autobiografía: mi historia vivida en las dos patrias”, Zamora 2007, pp. 235-250 (N.E.).

estuvo poco tiempo; después pasó a ocupar el puesto de puntista en el central Stewart, hoy Venezuela. Allí realizó otros trabajos; pero más tarde estudió sastrería y puso una sastrería que le compró a un español que se fue a radicar a España. Ésta se llamó “La Borla”. Pasados algunos años fue poniendo una quincalla en el propio local y después decidió dejar el oficio de sastrería para continuar con el comercio, que más tarde lo convirtió en una ferretería que se llamó “La Universal”. Él tenía muy buena aptitud para el comercio, fue un gran comerciante, parece que lo heredó de su padre. Dicha ferretería la fue ampliando y la surtió muy bien junto con la dedicación y responsabilidad que siempre tuvo par el comercio. Llegó a tener una buena clientela y su negocio le iba muy bien. Luego mis abuelos se mudaron para una casa contigua a su comercio y mi abuelo, como ya era mayor, ya había dejado sus negocios; le ayudaba a él.

Por esa etapa contrae matrimonio con mi madre que se llamó Susana Alcalde López. Era hija de españoles. Al poco tiempo nació yo, su primera hija (mi nombre es Nancy Marta), el 17 de julio de 1945. Estudié contabilidad, trabajé unos años, pero por problemas de salud dejé de trabajar.

No tuvo ayuda para poner su negocio, como he ido narrando lo fue poniendo poco a poco con su propio esfuerzo. Tuvo que acogerse a la nacionalidad cubana porque no le permitieron registrar la ferretería a su nombre. Ésa era la Ley existente en el país para los extranjeros que residían aquí.

Un tiempo después nace mi hermano, que le pusieron por nombre Juan Manuel, el día 14 de febrero de 1955. Él estudió en la universidad la carrera de cibernética, al concluir la trabajó de profesor en la universidad de Camagüey. Actualmente trabaja en el Ministerio de la Construcción a nivel provincial.

Fue muy buen padre, nos dio una esmerada educación a los dos. Nos complacía en todo cuanto podía, recuerdo que de pequeña me llevaba a pasear con mi prima Amparo<sup>10</sup>, que precisamente emigró de Zamora. Íbamos a todos los lugares de diversión para los niños. A pesar de que abandonó el oficio de sastrería, se mantuvo cosiendo ropa para la casa. A mi hermano le hacía los pantalones y le arreglaba toda la ropa cuando ésta no le quedaba a su gusto. No solamente fue complaciente con nosotros, también lo era con sus sobrinos. Recuerdo que un primo, que le llamábamos Adito, siempre estaba con mi padre porque quería que le enseñara carpintería para construir sus propios juguetes. Tenía mucha calma para educar, y lo hacía con mucho amor. Ellos se llevaban maravillosamente bien.

Tuvo muy buenas relaciones de amistad con zamoranos que vivían en la ciudad, aquí hubo un asentamiento muy grande. Mantuvo correspondencia

<sup>10</sup> Se refiere a Amparo Pérez Chicote (N.E.).

con su familia de España porque su hermana mayor, llamada Ascensión, residía precisamente en Zamora. En el pueblo de Pereruela, mis abuelos tenían su familia, pero la misma sufrió una ruptura, porque mi tía junto con su familia emigró para acá y el hermano de mi abuelo falleció en el año 1950, y así fue que se debilitaron más las relaciones.

Mi padre hacía de todo en casa, lo mismo carpintería que albañilería, lo que fuera, siempre estaba haciendo algo porque era muy trabajador y todo lo realizaba con un curiosidad y un amor increíbles. En sus ratos de ocio le gustaba ir a jugar al dominó e ir a la Colonia Española, allí se reunían muchos españoles y pasaba un rato compartiendo con ellos. Siempre tuvo muy buenas relaciones humanas y tenía muchas amistades.

Yo me acogía a la nacionalidad española hace ya algunos años.

Mi padre se caracterizó por hacer el bien y ayudar a todo el que lo necesitaba. Nunca regresó a España, aunque siempre hablaba de ella con mucha nostalgia, pero hasta que vivió aún no existían los viajes del plan “Añoranza”, así que murió sin lograr su sueño. No tuvo relaciones con el Consulado, debido a que nunca viajó, y con la Asociación Zamorana tampoco, porque aquí en la provincia no funcionaba.

Actualmente emigró para España su nieta mayor, llamada Greycy Inda Chicote, vive en Valencia.

Su comercio fue nacionalizado en el mes de mayo de 1968, por la ley de Nacionalización. Entonces fue ubicado en la talabartería “El Caballo”, hasta que pasa para la tienda “La Victoria”, donde permaneció unos años, hasta que enfermó y pasó a jubilación. Falleció en octubre de 1984, a la edad de 76 años.

## JOSÉ PÉREZ CHICOTE

Permítanme incluir en este trabajo a mi hermano<sup>11</sup>. Su caso es inverso a los demás. Él nació en Ciego de Ávila, pero residió la mayor parte de su vida en Zamora de los 19 años que vivió, 14 fueron allí.

Para iniciar, les diré que se llamó José Pérez Chicote. Nació el 9 de enero de 1929 en Ciego de Ávila, Cuba. Fue el primero de los hijos del matrimonio formado por Ascensión y Agustín. Como ellos vivían al lado de la casa de mis abuelos maternos y él fue el primer nieto, estuvo siempre rodeado de cariño de toda la familia. Los hermanos de mi madre hasta entonces estaban todos solteros y ese primer sobrino fue un acontecimiento trascendental en la

<sup>11</sup> Recuérdese que la autora del relato es Tránsito Pérez Chicote (N.E.).

familia, todos lo querían y lo mimaban, por lo que él fue muy cariñoso con todos ellos.

Su infancia aquí pueden ver que fue muy feliz, pero cuando solamente contaba con 5 años mi padre decide retornar a España (él había nacido en Orense), porque su padre había fallecido y fue ayudar a su familia, ya que él era el único varón. Preparan todo lo relativo al viaje, y en el año 1934 embarcan los tres para España. Primeramente van para Orense, donde vivía la familia de mi padre, pero poco tiempo después se instalan en Zamora.

Comenzó a estudiar la enseñanza primaria. Siempre mis padres quisieron darle una buena educación, se sacrificaban por él para que estudiara en escuelas católicas. Fue siempre muy estudioso, responsable y disciplinado, a mi madre en el colegio la felicitaban por el hijo tan educado y estudioso que tenía.

Comenzó la Guerra Civil en España en el año 1936, por lo ellos no se escapan de vivir aquella vida tan triste, tan dura y cruel que se transitó allí. Todo escaseaba, alimentos, medicamentos, ropa... en fin, un déficit de todo, por lo que la vida se tornó muy crítica. Recuerdo que mi madre me contaba que cuando comenzaban a bombardear ella se abrazaba a José y no se separaba hasta que terminaba el bombardeo. Mi padre no permanecía en la casa, pues estuvo en la guerra también. En esos años su vida, como la de los demás niños españoles, fue muy difícil. Una vez concluida la guerra en 1939 continuó sus estudios, pues en ese momento solamente tenía 10 años de edad.

En agosto de 1938 nace mi hermana, llamada María del Carmen. Él la quiso y mimó mucho.

Años más tarde, en 1942, nací yo, y al año de nacida me dio la polio. Mi madre me contaba que yo lloraba mucho, y entonces José no quería que yo llorara y ayudaba en lo que podía en el hogar para que ella me pudiera tener cargada. Me decía que yo no quería comer, y que lo único que me gustaba era un flan de una yema de huevo: Mi hermanito me lo hacía para así ayudar a mi madre.

Pasados unos años, ya él era un joven y seguía estudiando, siempre obtenía notas de excelentes, contaba alrededor de 15 años. Aunque seguíamos teniendo una vida muy precaria, porque después de finalizada la guerra comenzamos a vivir su secuela, la cual se prolongó por muchos años, él quería vivir su etapa y quiso que mi madre le comprara una guitarra. Con un dinero que le enviaron mis abuelos de Cuba, ella lo complació, claro que dicho instrumento era de baja calidad pero él fue muy feliz con su guitarra y la aprendió a tocar, me parece que lo estoy viendo.

También le gustaba mucho ver las corridas de toros, cada vez que podía iba a verlos. Coleccionaba láminas de toreros y revistas, de hecho dos revistas

suyas del año 1948 las envié a la exposición que se montó en La Habana y que después fue para España.

Como ya expresé, nos mimaba mucho a nosotras. Recuerdo que un día de los Reyes (en pleno invierno),<sup>12</sup> yo era muy pequeña y me levanté temprano para ver los juguetes. Mi madre, la pobre, a pesar de la miseria que había, no dejaba pasar por alto esa fecha, aunque fuera algo de poco valor, pero siempre nos compraba algún juguete a las dos. Ese día que narro yo comencé a temblar del frío que tenía, y José me tapó y me subió al fogón y me sentó en una sillita al lado de la hornilla de carbón para que me calentara. También me sacaba a pasear, claro, cuando podía, porque él seguía sus estudios.

Mi hermana también recuerda anécdotas muy interesantes de él, dice que a ella la llevaba a la escuela cuando aún tenía alrededor de los cuatro años, en Zamora en ese tiempo nevaba mucho y todo se cubría de una capa de nieve, (ahora no ocurre eso), aparte de ponerle los guantes, él calentaba una piedra y la llevaba para cuando se le enfriaran las manos dársela y así le entraran en calor.

Hoy yo hago un recuento de cómo fue nuestro hermano con nosotras y me digo: otro joven no lo hubiera hecho. En vez de andar con chicos de su edad para divertirse, él prefería darnos atención y cariño a nosotras, eso jamás lo podremos olvidar. Tal parece que todavía con los años que han pasado lo estamos viendo frente a nosotras: él nos marcó para toda la vida con su actuar, su cariño incondicional hacia nosotras fue algo increíble.

En sus estudios no sabría decir hasta donde llegó, yo era muy pequeña, pero aseguraría que venció el nivel medio. No pudo continuarlo porque enfermó cuando sólo contaba alrededor de 17 años le dio la tuberculosis. Mi madre luchó mucho por curarlo, lo llevaba con médicos particulares, dedicaba toda la ayuda que recibía de mis abuelos para ver si se curaba, pero todo fue en vano y el 16 de septiembre de 1948 falleció en la calle Obispo Nieto 18 en Zamora.

Ese fue un golpe muy duro para todos nosotros, porque mi madre también se enfermó y esa fue la causa de que nosotros emigráramos para Cuba buscando la mejoría de ella. A mi madre le quedó siempre el remordimiento de que José se había enfermado porque después de su jornada en la escuela iba a trabajar a una fábrica de hielo con mi padre, y decía que el frío lo había enfermado. Eso no lo pudo superar jamás. Mis padres no querían que trabajara, pero él decía que así ayudaba a los ingresos del hogar y se sentía mejor ayudando.

<sup>12</sup> La festividad de los Reyes Magos se celebra el 6 de Enero, en ella se regalan juguetes a los niños. (N.E.).

Podrán ustedes darse cuenta de que, a pesar de lo corta que fue su vida, fue una persona intachable en todos los ámbitos: como hijo, como hermano, como estudiante, como persona... vivió muy poco, pero fue capaz de dejar un gran legado digno de imitar.

## BLANCA HOTELANO MONÉ

Mi madre actualmente vive, se llama Blanca Rosa Moné Pérez. Nació el 12 de septiembre de 1920 en Alcañices, provincia de Zamora. Su familia en España estaba formada por su padre, llamado Francisco, su madre llamada Urgencia y sus hermanos María, Manuel y Francisco. Ella fue la menor, o sea, la cuarta hija.

Vivió en su pueblo natal hasta la edad de dos años. En el año 1922 sus padres retornaron a Cuba. Digo así porque anteriormente ya ellos habían vivido aquí varios años, de hecho sus tres hijos mayores habían nacido en Cuba, ella es la única hija que nace en España.

Sus padres no estaban mal económicamente, aunque vivían en malas condiciones, debido al atraso que existía aún en aquel entonces. Todavía no se contaba con los adelantos que disfrutaban actualmente las personas que viven en los pueblos, por ejemplo agua potable, equipos eléctricos, calefacción, teléfonos, etc.

Mi madre emigra para acá porque su padre era maestro de obras de la construcción, hacía contratos para la edificación de casas en diferentes países de la América Latina, entre ellos Cuba, Venezuela, Puerto Rico y Santo Domingo. Él iba a uno de los países antes mencionado, construía “x” cantidad de casas que después vendía, entonces se trasladaba a otro país y repetía la misma operación. Cuando él iba a permanecer un tiempo prolongado en un país, y este es el caso que nos atañe que en el año 1922 vino con su familia a Cuba, aquí vivieron algunos años. El motivo de la emigración de mi madre es causado por el trabajo de su padre.

Ella antes me hablaba mucho de sus años vividos en Venezuela, ya ahí era mayor y lo recuerda bien y con mucha claridad. Yo aseguraría que su estancia en ese país la marcó mucho en la vida.

Mi madre regresa a España a los siete años de edad pero sólo permanece un corto tiempo y regresa para Cuba.

Cuando ella era pequeña, sus padres residieron en La Habana aproximadamente cuatro años y después se instalan aquí en Ciego de Ávila, y el resto de su vida vive aquí. Es el lugar donde más ha vivido, me ha contado que su familia en España sufrió mucho con la Guerra Civil, un tío suyo fallece peleando en dicha guerra.

Viviendo aquí en Ciego, y siendo ya una joven, conoce a mi padre que se llamó Alejandro Hortelano Serrano. Era hijo de españoles, se hacen novios y más tarde se casan el 22 de noviembre de 1945. Después de esto, ella se quedó para siempre a vivir aquí, se dedicó siempre a las labores del hogar.

Adquirieron propiedades de casas (una manzana) situada en Carretera central, entre las calles 3 y 4 en esta ciudad. También, junto con otros socios, compra la tienda “La Elegante”. En este negocio le fue bien, sus propiedades le fueron nacionalizadas en la década de los 60. Entonces nací yo, que me dio el nombre de Blanca, (igual que mi madre), después nace Ana Rita y por último Carlos. Mis hermanos se casaron y se fueron a vivir solos, yo siempre he vivido con mi madre, porque me casé pero seguí a su lado.

Ella no nos contó nada nunca de su vida en España, debido a la corta edad que emigró. Vino con toda su familia, no tuvo problemas para integrarse a la cultura de aquí, como era tan pequeña no extrañó nada. Aquí no vive mal debido al trabajo que desempeñaba su padre, no eran ricos pero vivían de forma aceptable. Siempre mantuvo la nacionalidad española, nunca renunció, tampoco lo necesitó para trabajar.

Sí mantuvo correspondencia con los familiares que se quedaron allá, hasta hace poco nos escribimos con una prima suya que vivía en Zamora, pero hace poco que falleció.

El segundo viaje lo realiza cuando la invitan por el “Plan Añoranza” en el año 1998, vino muy contenta y le gustó mucho, fue a su pueblo.

Le gustaba bordar y tejer a crochet. También cosía en sus ratos libres, siempre le ha gustado la música y el baile español. Sus padres cuando vinieron trajeron unas castañuelas que ella aún conserva, le gustó mucho bailar de joven.

Pertenece a la Asociación Zamorana de La Habana y recibe obsequios. También actualmente recibe ayuda por la seguridad social de España.

Nosotros nos acogimos a su nacionalidad española hace algún tiempo. Yo estoy jubilada, mi hermana Rita actualmente trabaja de redactora en la emisora provincial de radio, mi hermano Carlos emigra para los Estados Unidos hace ya 10 años.

Mi madre siempre ha sido muy trabajadora y luchadora en toda su vida, aunque ya con los 86 años que tiene y las enfermedades que padece no puede hacer nada. Lo que más la golpea es la pérdida de la memoria.



### MARÍA DEL CARMEN PÉREZ CHICOTE<sup>13</sup>

Para comenzar, les diré que mi hermana<sup>14</sup> se llama María del Carmen Pérez Chicote. Vio la luz un 2 de agosto de 1938 en Pereruela, provincia de Zamora, es la segunda de los hijos de la familia integrada hasta ese momento por Agustín, el padre, Ascensión, su madre y un hermano mayor, llamado José.

Sus años vividos en España fueron muy duros y tristes a la vez. Como pueden observar en la fecha de nacimiento fue en plena Guerra Civil. Ella recuerda que escaseaba todo: desde los medicamentos hasta los artículos imprescindibles de la canasta familiar. Había un hambre asombrosa, ni pensar en ropas ni zapatos, en ese momento eso era como soñar. Vivió en carne propia el trabajo que pasaba nuestra madre para comprar algún alimento, tenía que adquirirlos escondido a precios muy altos y con el riesgo de que la Guardia Civil se lo viera y se lo decomisara, entonces tuviera que regresar a la casa con las manos vacías. Vivió muy poco tiempo en el pueblo, enseguida nuestra familia se instaló en Zamora hasta que emigró para Cuba.

La vivienda era de clase pobre, pues solamente trabajaba nuestro padre. Aún no existía la calefacción que hoy hay, eso comenzó mucho después, en la década de los 60. Para calentarse era con un brasero que se colocaba debajo de la mesa mientras se comía, y después iba a la cama temprano.

Ha sido desde niña muy alegre, cariñosa y muy conservadora, se relaciona con mucha facilidad con las demás personas. De pequeña le gustaba mucho jugar con las amiguitas y conmigo, pero se ponía brava si se le rompía un juguete, porque ha sido obsesiva para cuidar de todo, cosa que mantiene en los días de hoy. En su casa tiene las cosas como las dejó mi madre y si algo por los años se deteriora enseguida lo arregla, es increíble la responsabilidad que tiene para cuidar las cosas. Al igual que yo expuse en mi ponencia,<sup>15</sup> ella también sufrió mucho con la enfermedad de nuestro hermano mayor llamado José; pues a causa del déficit de medicamentos debido a la Guerra Civil él falleció, y esa fue la causa que dio lugar a que emigráramos, porque nuestra madre se enfermó de los nervios, de lo cual nunca se curó, aparte de ser una persona muy enfermiza.

<sup>13</sup> Véanse notas anteriores sobre la familia Pérez Chicote. (N.E.).

<sup>14</sup> La autora es Tránsito Pérez Chicote. Hemos preferido poner el nombre de la protagonista del relato. (N.E.)

<sup>15</sup> La autora, Tránsito Pérez Chicote, parece referirse a los relatos a los que se ha hecho mención. (N.E.).

Mi hermana, al ser la mayor de las hembras, tuvo que asumir desde muy pequeña las labores del hogar, cosa que le afectó como es natural en sus estudios porque quemó etapas y transitó directamente a la adultez sin aún corresponderle. Por eso yo creo que aún hoy en la actualidad es tan trabajadora. Un tío llamado Manolo decía, y cito... “Tú cuando no tienes qué hacer, lo buscas de debajo de la tierra”. Tenía razón en sus palabras.

Después de ocurrida la pérdida de nuestro hermano mayor, mis abuelos maternos, que precisamente eran zamoranos pero vivían en Cuba hacía muchos años nos reclamaron. Reunieron el dinero con ayuda de los hijos porque ya ellos eran muy mayores y no trabajaban. Enseguida nuestro padre comenzó los preparativos del viaje para emigrar.

Ha sido muy inteligente siempre. Recuerdo esta anécdota que me ha contado muchas veces: terminada la Guerra, visitaba nuestra casa un primo de mi madre que se llamaba Julián. Era guardia. Entonces tendría ella dos o tres años, él para jugar le daba un libro (abierto en una página sin láminas) al revés y ella lo ponía al derecho enseguida. Él se asombraba, cómo sin aún conocer ni las letras sabía que estaba mal. Otra anécdota que mi madre me contó, que un día estaba sentada en el suelo en la puerta del frente de la casa y tenía los pies estirados encima de la acera, y al pasar una viejecita, ella recogió los pies. Tenía entonces unos tres años, y la señora tocó a la puerta y felicitó a mi madre por la hija tan educada que tenía.

Una vez concluidos los trámites para el viaje, salimos del puerto de Santander hacia Cuba. Desembarcamos por La Habana el 29 de marzo de 1949, nos fue a esperar un hermano de nuestra madre llamado Ángel. Por suerte aún vive, tenía ella 11 años de edad.

Nos trasladamos para la ciudad de Ciego de Ávila, lugar donde vivía la familia. Siempre se identificó mucho con nuestros abuelos, los veía tan viejitos que los ayudaba en todo lo que podía. Continuó sus estudios al llegar aquí, que por cierto estaba atrasada por todos los problemas ya planteados. Estudiaba la primaria por la mañana y por la tarde iba a estudiar corte y costura. Siempre fue muy hábil para coser de una pieza vieja hace otra y queda como nueva, es un don que la naturaleza le ha dado, le ha cosido a muchos familiares. Terminado el estudio del corte, cogió el título y comenzó a trabajar de maestra primaria en el grado de preescolar en la escuela “Alfredo Álvarez Mola” en la ciudad donde reside, se tituló y en ese centro y en el mismo grado trabajó más de treinta años, hasta que se jubiló. Se hizo una especialista en ese grado, recibió muchas condecoraciones y felicitaciones por su labor tan profesional, la cual amó mucho.

Siempre tuvo mucho prestigio en su trabajo. Todos los padres la querían y aún la quieren al igual que sus alumnos. Hoy en la actualidad, después de trece años de jubilada, cuando camina por la calle no la dejan porque la paran

para saludarla lo mismo abuelas, padres y alumnos. Eso es muy grande, el cariño que le muestran se lo ha ganado por su esfuerzo, constancia y amor en su profesión.

Yo me casé primero, y me fui para mi casa. Ella se quedó con los padres, así que luchó con ellos hasta el final, aunque yo siempre la apoyé en todo. Esa fue una responsabilidad de las dos en conjunto hasta que fallecieron; cuando se quedó sola yo me la llevé para mi casa y estuvo conmigo más de dos años y medio hasta que se casó con Francisco Díaz Montero y actualmente viven los dos en la casa que fue de nuestros padres.

Participó en la campaña de alfabetización en el año 1961. Alfabetizó a varias personas entre ellas a una niña que no caminaba y ella se condolía mucho de ese caso. Siempre me lo decía, ha sido muy receptiva para todos los problemas ajenos pues los sufre como propios.

No tuvo hijos, pero se ocupó mucho de sus dos sobrinos (mis hijos). Ellos fueron alumnos de ella en preescolar. Siempre estaba al tanto de todo, los quiere como si fueran sus propios hijos, ellos la quieren también mucho, yo me alegro de que eso sea así. Sufrió mucho la separación cuando ellos decidieron emigrar para España, y aún lo sigue sufriendo.

Mantuvo la nacionalidad española hasta 1974, año en que pusieron en vigor el carné de identidad en Cuba, y si no tenía la nacionalidad cubana tenía que dejar de trabajar de maestra, por lo que decidió optar por ella ya que nuestra madre era cubana.

Después de jubilarse la recuperó, y la mantiene actualmente.

Ha visitado a España en el año 1996 invitada por el “Plan Añoranza”. Dice que volver a ver a Zamora es lo mejor que le ha podido pasar en su vida. También mis abuelos les contaban siempre sus vivencias, por lo que siempre la ha tenido siempre presente en su corazón, y ahora que su sobrino mayor, llamado Óscar, vive precisamente ahí, pues más presente la tiene. No exagero si le dijera que la mitad de su corazón lo tiene en España.

Estuvo en Pereruela, su pueblo natal, y cuenta que le parecía que veía a los abuelos en la plaza bailando como tantas veces ellos se lo habían contado. Encontró a la familia de mi abuela, y la trataron como si la conocieran de toda la vida. También es de destacar la atención excelente que recibió por parte del Alcalde y el Juez del pueblo, “nunca tendré” –dice–, “como pagarle lo que hicieron por mí”.

Sus relaciones con la Asociación Zamorana son las mejores, tanto por parte de María Antonia Rabanillo como por Sergio Rabanillo. Mantiene muy buenas relaciones con ellos, sus vínculos con España son más que satisfactorios, pues como ya expuse anteriormente, al tener a sus dos sobrinos allí todos los días habla de su tierra y lo comenta conmigo. Además, a pesar de no haber

realizado más viajes, tiene amistades ahí que la visitan, porque son amigos de sus sobrinos que vienen a Cuba y la van a ver.

De la cultura de España no tiene grandes recuerdos, porque como ya es conocido, ella nació en plena guerra y después vivió sus secuelas, más los problemas del hogar, la pobre poco pudo disfrutar de la cultura. Le encanta la música, el baile y el cine Español. Cada vez que en el teatro de aquí viene un grupo con una puesta en escena sobre España yo la invito, y vamos las dos a verlo. Lo tiene en la sangre, parece que lo heredó de los abuelos maternos, que les gustaba todo eso.

A pesar de todo por lo que ha tenido que pasar en la vida, pérdida de seres queridos, secuelas de la guerra en España, dificultades económicas tanto allá como aquí, Período Especial en Cuba...ella es una persona muy alegre, comunicativa, optimista y con un estado de ánimo excelente. Creo que todos estos componentes hacen que ame la vida y a todos los que la rodean. Se caracteriza por ser cariñosa y buena con todo el mundo, y hacer el bien a todo el que se le acerca. A veces yo la tengo que llamar a la reflexión, porque se pasa de buena.

#### MERCEDES MEZQUITA GONZÁLEZ

Mi tío se llamó Eugenio Mezquita Moral. Nació el 12 de febrero de 1900, en Aliste<sup>16</sup>, Zamora. Su familia estaba formada por su padre, nombrado Ángel, y Josefa, la madre. Tuvo un sólo hermano, que se llamó Pablo. Su madre nunca vino a Cuba, su padre vino con su hermano y después retornó. Mi abuelo era labrador, y sus hijos también iban con él a trabajar la tierra, pero ganaban muy poco.

Mi tío es el mayor de los hijos. Vivían en pésimas condiciones, eran muy pobres. Con lo que ellos ganaban a penas les alcanzaba para comer. Su madre se dedicaba a las labores del hogar, no tenía los suficientes abrigos para cubrirse del frío, no lo pasaron nada bien en esa época. La vida en España en esa etapa que él vivió allí me contaba que había una pobreza extrema, por lo menos en el pueblo en que vivía, pero creo que sería igual en el resto de España, al no ser la clase rica que como es natural vivía con mejores condiciones de vida.

El motivo del emigrar es porque en el año 1917, que tenía entonces 17 años de edad, estaba transcurriendo la Primera Guerra Mundial y tenía miedo de ser llamado al Servicio Militar y que después lo llevaran al frente de batalla. Sus padres no querían que él viniera con esa corta edad, pero él insistió y

<sup>16</sup> Aliste es una comarca zamorana, no una localidad. (N.E.).

al fin ellos comprendieron que podía perder la vida en la guerra y era mejor que viniera para Cuba y se salvara.

Poco tiempo después prepara todo con unos ahorros que tenía y embarca. Sale de Vigo en barco y llega a La Habana, nadie lo esperaba, aquí no tenía, familia sólo unos paisanos. Se dirige para la ciudad de Ciego de Ávila, aquí había un fuerte asentamiento de zamoranos, y él conocía a algunos.

Me contaba que esta isla le había gustado mucho, principalmente por su clima. Al llegar aquí y verse solo no le faltaron deseos de regresar, pero cuando pensaba en la guerra que había dejado atrás se consolaba a continuar aquí y hacer su vida. Una vez que llegó comenzó a trabajar en una fonda como dependiente, así se inicio en ese mundo del cual nunca se apartó.

Alquiló un cuarto y vivió algunos años ahí, hasta que tres años después llegan su hermano Pablo y su padre, y entonces se mudan para un lugar más amplio, ya que tres personas no podían vivir ahí.

Ponen una fonda entre los dos al lado del “Garaje Firestone”, que precisamente estaba frente a una clínica que venían muchas personas del campo, ingresaban a sus familiares y entonces comían en la fonda y le llevaban comida al que estaba ingresado. Con mucho esfuerzo logran salir adelante, ése fue el primer negocio que ponen ellos dos.

Más tarde venden la fonda y compran un bar, al que le hacen un rebosamiento y le dan por nombre “Mezquita”. Le ponen luces que le llamaban la atención del público porque era la primera barra de ese tipo en esta ciudad. Ahí están varios años, pero en 1947 lo venden porque querían poner allí un negocio similar. Pero al enterarse de que su madre había fallecido, deciden quedarse y compraron entre los dos el hotel “Rueda”. Después de hacerle un arreglo comienzan a trabajar, y poco a poco su capital se incrementa, ya que este hotel está ubicado en el centro de la ciudad, en la esquina de la calle Independencia y José María Agramante. Tiene tres plantas, continuaron los dos trabajando juntos en dicho hotel durante muchos años.

Siempre ayudó a su familia que dejó en España, pues como bien les dije antes su madre nunca vino y su padre retornó, así que él mientras que sus padres vivieron los ayudó.

En el año 1963 le fue intervenido el hotel con la Ley de Nacionalización del capital privado. Tuvo que acogerse a la nacionalidad cubana para poder poner a su nombre los negocios que relacione antes.

SÍ se llevaba con algunos paisanos, pero no era una persona muy comunicativa. Más bien diría que siempre fue muy serio. Él se llevaba muy bien con un empleado del Hotel llamado Cortés, con él si se comunicaba. Se relacionaba con mi hermano y conmigo. Recuerdo que a Pablito le daba todos los días dinero para que merendara en la escuela y jugaba conmigo, que soy la más pequeña de sus sobrinas.

Una vez que compró el hotel, como no se casó nunca, siempre vivió ahí.

Después de que lo nacionalizaran, continuó viviendo en su habitación, ya no trabajó más, pasó a jubilación. Unos años después, en el mes de marzo de 1977, falleció.

Tenía ya 77 años.

Nunca regresó a España, pensó hacerlo en vida de su madre, pero por los negocios lo fue dejando y cuando en unión de su hermano quiso ir, ya su madre fallece y no realiza el viaje nunca.

Él se caracterizó por ser muy trabajador, no tenía hora para trabajar. Como vivía en su propio trabajo estaba al tanto de todo el día entero.

Como algo curioso, les contaré que el bar llamado “Mezquita” que el compró junto con mi padre, lo venden como es conocido en la década del 40. Nunca le han cambiado el nombre, siguió siendo un bar muchos años y ahora en estos momentos ahí hay una tienda perteneciente a Cubalse y sigue con el mismo nombre. Creo que esto es interesante, que por más de medio siglo esa esquina continúe con el mismo nombre de “Mezquita”, por nuestro apellido.

#### PABLO EUGENIO MEZQUITA GONZÁLEZ

Mi abuelo se llamó Domingo González Martín. Nació en Almeida de Sayago, el 4 de septiembre de 1887, en Zamora. Su padre se llamó Antolín, y sus hermanos fueron Dolores, Bernardo, Gabriel, José y Domingo, él fue el más pequeño.

Allá con sus padres se dedicaba a las plantaciones de corcho. Tenía extensas tierras dedicadas a este cultivo, sus hermanos también trabajaban dichas tierras. En la casa que habitaban las paredes eran de piedra, muy pequeña y las condiciones de vida eran pésimas, debido al atraso que aún existía en España y en el mundo, (principalmente en los pueblos) en el siglo XIX, cuando él nace, aunque ellos no vivían en una miseria extrema por el negocio del corcho y las tierras que tenían.

Él pasa el servicio militar, y una vez concluído éste ya tenía novia del mismo pueblo y contrae matrimonio con Martina Adoración Ramos Lucas. Continúa trabajando en las tierras de su padre en unión a sus hermanos. Comienzan a tener sus hijos y llegan al número de cinco. Ellos fueron Antolín, María, José, Ángela e Isidoro.

Después de la guerra, que concluyó en 1918,<sup>17</sup> los años que siguieron fueron de mucha inestabilidad en lo negocios y las cosas no le iban bien en

<sup>17</sup> Se refiere a la Primera Guerra Mundial. (N.E.).

cuanto a la venta de los taponos de corcho, y aparejado a esto, los paisanos que habían emigrado hacia la América le contaban que aquí les iba bien y que se ganaba dinero. Fue en la etapa en la que hubo una explosión de emigración muy grande hacia Cuba, y se decide a emigrar.

Viene sólo, él mismo se costea el viaje. Salió por el puerto de Santander y llegó a Cuba por La Habana. Estuvo en Tricornia, se dirigió para Ciego de Ávila, pues aquí tenía algunos paisanos que le prometían que aquí lo ayudarían.

A la familia no le agrada nada la idea de su viaje, y más que dejaba a su esposa con cinco hijos, pero él insistió y no les queda más remedio que asumirlo. Cuando vino ya tenía 36 años de edad, así que estaba acto para trabajar en lo que fuera. Al llegar y verse solo y pensar en los hijos que había dejado, me contaba él que quiso regresar, pero poco a poco lo fue sobrellevando y la ilusión de él era hacer dinero y traerle a toda su familia. Fue acogido bien porque tenía un carácter muy afable y se sabía ganar a la gente y llevarse bien.

Comenzó enseguida a trabajar de cocinero en el cuartel. Después pasó de cocinero también en la Comercial de Pina.

A los dos años de estar aquí, con el dinero que había logrado reunir reclamó a su esposa y los dos hijos mayores llamados Antolín y Ángela. Los tres más pequeños se los dejó a la familia con la idea de traerlos después, pero eso no lo pudo lograr porque las cosas no le fueron como esperaba. Tenía unos cuartos donde vivió la familia cuando llegó.

En el Machadato se sacó un billete de la lotería y compró una bodega en la esquina de las calles de Honorato del Castillo y Máximo Gómez, pero fracasó. Era un tiempo en el que la gente no tenía dinero ni para comer. Después compró una fonda, pero las cosas no le fueron bien y se la vendió a un amigo. Aquí no tuvo ayuda para poner ningún negocio, parece ser que él no tenía madera para comerciante, eso lo valoro según los fracasos que tuvo en sus intentos de poner negocios. Él tenía que cubrir los gastos de su esposa y sus dos hijos aquí, más enviar dinero para España para los tres hijos que dejó allá.

No renunció nunca a su nacionalidad, pues en su etapa no exigían aún la nacionalidad cubana para poner un negocio o trabajar. Le gustaba hacer muchos cuentos de los años vividos en España.

Me contaba que él tenía tierras en Portugal y que le gustaba mucho conocer y viajar, pero no lo pudo hacer porque su economía no se lo permitió. Los lugares que conoció en España son a los que viajaba para vender los taponos de corcho.

También me contó que él había pasado el Servicio Militar muy bien, porque cuando le llenaron los documentos para ingresar y preguntarle que oficio sabía, él dijo que trabajaba el corcho y le entendieron que era cochero,

y al incorporarse le dan un coche de un capitán para que lo atendiera. Así que el error fonético le favoreció, porque iba de un lugar a otro y frecuentaba las buenas casas y dice que se enamoraba de las criadas, pero que después lo dejaban, parece que era enamorado. Siempre estaba haciendo cuentos, tenía mucha habilidad para llegar a la gente.

Fue muy hábil para hacer cosas en la casa. Cogía unos pedazos de tabla y hacía un mueble, cualquier cosa, como electricista, albañil etc.

Perteneció a la Asociación Castellana en La Habana, aquí en vida de él no se hablaba de Asociación Zamorana, tampoco de las ayudas que hoy reciben los nativos, eso comenzó después de que falleció, el día 2 de junio de 1976.

### PABLO EUGENIO MEZQUITA GONZÁLEZ

Mi abuela se llamó Martina Adoración Ramos Lucas, nació el 25 de octubre de 1889. Vio la luz en la misma casa de mi abuelo, porque eran vecinos y su madre fue allí para que la ayudaran, así que nació en Almeida de Sayago, Zamora. Sus padres se llamaron Cándido e Isabel, y sus hermanos Juan, Antonio, María, Isidoro y José. Ella era la mayor.

Cuando se quedó sola con sus hijos, trabajó con su suegro y sus cuñados con el corcho. Ella sufrió mucho con la separación de su esposo y la necesidad económica que estaba pasando al frente de la casa, eran muchos los gastos que tenía que afrontar con sus cinco hijos. Cuando mi abuelo la reclama con los dos hijos mayores Antolín y Ángela, ella también sufrió mucho al tener que dejar a sus tres hijos menores al cuidado de la familia. Ese sufrimiento nunca lo pudo superar, la acompañó toda la vida. Fue una persona muy sufrida, no se reía.

Al llegar aquí tuvo que lavar para fuera, porque lo que ganaba mi abuelo no era suficiente. Además, eso fue en el año 1925, que estaba en el poder el gobierno de Machado y había aquí también bastantes necesidades. Ella quiso regresar con sus hijos pero la vida no se lo permitió. El viaje se lo pagó mi abuelo. Siempre vivió en Ciego de Ávila, como aquí estaba ya su esposo.

Las condiciones de la vida aquí, como ya narré, no eran nada buenas, le decían el Machadato, que eso era sinónimo de pobreza y miseria. La pobre sufrió mucho en su vida, sólo pudo ver, de los hijos que dejó allá, a Isidoro, que vino en 1949 de visita un tiempo. Ya estaba casado y con hijos, y retornó.

Mantuvo la nacionalidad de origen hasta su fallecimiento. Como no ocupó ningún trabajo, pues no lo necesitó. Sí se relacionaba con las personas, tenía amigos tanto zamoranos como de otras regiones que se llevaba bien con ellos y se visitaban. Siempre mantuvo correspondencia con sus hijos, cuando



recibía carta le daba mucha alegría. Nunca regresó a España, no se lo permitió su economía, porque deseos le sobraban.

Ella falleció el 2 de mayo de 1985 a la edad de 86 años.

OBSERVACIÓN: Solamente aquí hago referencia a los datos personales de mi abuela debido a que al exponerse la vida de mi abuelo ahí está implícita la de ella, pues la mayor parte de su vida transcurrió en matrimonio.

### CARMEN FAÚDEZ<sup>18</sup> RODRÍGUEZ

Iniciaré mi relato diciéndole que mi padre se llamó Tomas Faúdez Mateos. Nació el 15 de septiembre de 1908 en Viñas de Aliste, provincia de Zamora. Su familia estaba formada por su padre llamado Eugenio, su madre llamada Paula y sus hermanos Catalina, María y Andrea. Él fue el primer hijo.

Su padre trabajaba en las minas de carbón. Éste era un trabajo muy fuerte y muy arriesgado, porque tenía que cubrir turnos de día y de noche. Mi padre trabajaba también en las minas junto a mi abuelo, siendo aún un adolescente. Ellos eran muy pobres, las condiciones de la vivienda eran pésimas. El piso, me contaba que era de tierra y las paredes de piedra, no disponían de agua corriente, tenían que cargarla de un pozo que tenían en el patio, el agua para beber la conservaban en una tinaja para que les permaneciera fresca y se calentaban con una estufa. Su madre trabajaba en el campo para ayudar al hogar y realizaba las labores de la casa. La vida allí me decía que era muy dura, porque al ser pobres y estar formada su familia por cuatro hijos y en total seis personas no les resultaba nada fácil mantenerse todos con los salarios de mi abuelo, mi padre y la ayuda que aportaba su madre, o sea, que vivían muy reducido.

El motivo de emigrar mi padre para acá fue debido a la Primera Guerra Mundial, que estaba ocurriendo en esos momentos y los chicos eran llamados al Servicio Militar y una vez que habían tomado la instrucción militar se los llevaban para el frente a pelear<sup>19</sup>. En esos momentos ya mi padre tenía 19 años, y para que no se lo llevaran para la guerra emigró para Cuba. Eso fue aproximadamente en el año 1927, en el siglo XX.

Él vino sólo, con unas amistades del pueblo que lo ayudaron en financiar el viaje porque como ya les conté antes, sus padres no disponían del dinero para que él pudiera viajar. Vino en barco, la travesía fue de alrededor de un

<sup>18</sup> En el texto original figura Faúdez, debe de tratarse de error por Faúndez, apellido común zamorano (N.E.).

<sup>19</sup> España, como se dijo, no participó en la Primera Guerra Mundial. Debe de referirse a la Guerra de Marruecos, en 1927 ya no había enfrentamiento en Marruecos. (N.E.).

mes, viajó en tercera porque era el pasaje más económico. Él me contaba que se cansaba de ver mar y cielo tantos días y que cuando vio a Cuba se alegró mucho. Al llegar por el Puerto de La Habana no lo estaba esperando nadie, solo se dirigió para la actual provincia de Ciego de Ávila, se asentó en el lugar llamado Ceballos, allí tenía algunos paisanos que le ayudaron a buscar trabajo y un lugar donde vivir temporalmente.

Su primer trabajo aquí fue las labores del campo. Permaneció aquí varios años, construyó su propia casa y ahorra todo cuanto podía, porque su idea siempre fue no dedicarse al campo, pensaba poner un negocio en la ciudad. Pasados unos años y cuando su economía se lo permitió, se trasladó para la cabecera de la provincia en un barrio llamado Maidique. Allí puso una bodega que se llamó “La Gloria”, y construyó su propia casa.

Él fue demasiado bueno. Se condolía de los problemas ajenos hasta el punto que daba mucho fiado (creía en las personas), y tuvo grandes problemas por eso. Por poco fracasa en su negocio, pero logró salir adelante y no llegó a perderlo. Poco a poco incrementó su capital y llegó a tener 20 viviendas, las cuales tenía alquiladas, y así fue aumentando sus entradas.

Falleció en el año 1954, a la edad de 46 años.

#### CARMEN FAÚDEZ RODRÍGUEZ

Mi madre se llamó Paula Rodríguez Poyo. Nació el 29 de junio de 1910 en Aliste, Zamora. Su familia estaba integrada por su padre, que se llamo José, su madre Francisca y sus hermanos Gaspar, José, Manuela y Antonia. Ella fue la tercera de los hijos y de las hembras, fue la mayor. Sus padres eran muy pobres y se dedicaban a las labores del campo, pero lo que ganaban apenas le alcanzaban para comer. Las condiciones de la vivienda eran muy precarias, porque el piso era de tierra. Tenían una sola habitación grande donde dormían todos los hijos, solamente tenían lo necesario para vivir. Pasaban hasta frío, porque no contaban con los abrigos para taparse y para calentarse lo hacían con una estufa que todos se colocaban a su alrededor, no existía en aquella etapa de ningún adelanto eléctrico que hoy en la actualidad hay en los pueblos de España.

Sus hermanas Manuela y Antonia habían emigrado para Cuba hacía ya algún tiempo. Entonces fallecen sus padres, siendo aún muy jóvenes, y mi madre vivía con sus hermanos Gaspar y José. Cuando ella cumple los 21 años decide emigrar para Cuba, esto se debió a la vida tan difícil que tenían en esos momentos, y motivada por sus dos hermanas que vivían aquí, se dispone a correr fortuna y venir a unirse a ellas.

Ninguno de los hermanos habían adquirido un nivel cultural, solamente sabían leer y escribir al igual que mi madre.

Con lo que sus hermanos le pudieron aportar para preparar el viaje, (también recibió ayuda de sus vecinos), comienzan los preparativos y emprende su travesía. Lo hace en barco, y llega a Cuba por el Puerto de La Habana.

No la esperaba nadie. Una vez aquí en Cuba se dirige a la ciudad de Ciego de Ávila, ya que aquí vivían sus dos hermanas que estaban trabajando de domésticas en casa de españoles, así que mi madre comienza a trabajar de doméstica en una de esas mencionadas casas y allí mismo vivía. Nunca me contó que la trataban mal, como eran españoles los dueños siempre había una consideración con las sirvientas por tratarse de ser una española que tenía necesidad de buscarse la vida.

Me contaba que al llegar aquí tuvo muchos deseos de regresar, pero cuando pensaba la miseria que había vivido se lo quitaba de la mente, y como tenía aquí a sus hermanas pues le levantaban el ánimo y seguían hacia delante.

Nunca más viajó a España, porque la vida no se lo permitió, y cuando comienzan los viajes de “Añoranza” ya ella había fallecido.

Estaba trabajando en una casa cerca de la bodega de Tomás Faúdez, y ella iba a comprar alguna vez allí y se conocen. Eran jóvenes los dos, se hacen amigos y después comienzan un noviazgo que más tarde se convierte en una boda, por lo que al casarse ella deja de trabajar de sirvienta y se dedica a las labores del hogar y ayudaba a su esposo en la bodega, y ahí mejoran sus condiciones de vida, porque vive en una casa propia junto a su esposo, así que juntos luchan mucho para incrementar el capital. Todo cuanto lograron tener fue el resultado de sus trabajos en conjunto.

Entonces nací yo, el día 29 de octubre de 1923. Siempre viví con ellos, pues nunca trabajé en la calle, y después de que me casé vivía a su lado. Él me compra una casa cuando me casé. Luego nació mi hermano, el 21 de abril de 1925. Trabajaba con mi padre en la bodega, allí permaneció hasta que la intervienen.

Mi padre sí ayudó a su familia de España. Cada vez que podía les enviaba dinero, nunca oí que mi madre ayudara a su familia, como ya sus padres habían fallecido.

Mi padre falleció antes del triunfo de la Revolución, y mi hermano se quedó al frente de la bodega. Pero en la década del 60 fue intervenida por la Ley de Nacionalización, al igual que a las viviendas les fue aplicada la Ley de Reforma Urbana.

Mi padre se tuvo que acoger a la nacionalidad cubana, porque no le permitían tener ni la bodega ni las casas a su nombre si era español.

Mi madre nunca perdió la nacionalidad española, yo me acogí a su nacionalidad y luego también se acogió mi hermano.

Mi padre mantuvo relaciones con su familia hasta que sus padres fallecieron. Actualmente no mantenemos relaciones con la familia de España.

A él lo que siempre yo le veía que hacía era leer periódicos y oír las noticias de la radio. Su objetivo era oír y leer noticias de España, fue algo que siempre le interesó, decía que era para saber cómo estaba su patria. Ella no pudo decir nada específico que hiciera en sus ratos libres, lo que recuerdo es que siempre estaba trabajando, no estaba quieta nunca. Los dos siempre hablaban de la vida que tuvieron en su pueblo natal, la pobreza vivida, pero siempre pude observar una gran nostalgia que los acompañó hasta el final de su existencia. Mi padre me contaba las maldades que hacía con los otros jóvenes de pueblo, se veía feliz cuando lo narraba y se reía.

Yo recibí ayuda una vez, aunque ya tengo 83 años y estoy en silla de ruedas no he vuelto a recibir más ayuda, desconozco la causa. Mi hermano nunca ha recibido ayuda.

Mi padre, como ya conté antes, era una persona muy noble. Se condolía de los problemas ajenos y los sufría como propios. Fue un padre muy cariñoso, a nosotros nos quiso mucho y nos complacía en todo lo que podía. Siempre estuve a su lado, de hecho, murió en mis brazos en el año 1952. De ella no puedo decir otra cosa, fue una madre ejemplar a pesar de no tener nivel ninguno, siempre estaba al tanto de todos nuestros problemas y nos ayudaba a enfrentarlos, porque siempre tuvo un temperamento fuerte, algo que admiré en ella. Ninguno tuvo relaciones con el Consulado, como no regresaron a su patria, pues no lo necesitaron.

Mi madre vivió unos años más que él. Ella falleció a los 71 años, en el año 1981.

Él no dijo nunca que realizara ninguna manifestación cultural, pero sí gustaba de verlo y oírlo, al igual que mi madre, que le atraían mucho los bailes españoles, solía oírlo por la radio.

#### TERESA PÉREZ GAGO

Mi madre se nombra Pascuala Gago Romero. Ella nació el 15 de marzo de 1901, en Mahique (*sic*)<sup>20</sup>, Provincia de Zamora. Su hogar estaba formado por Felipe, su padre, e Isabel, su madre, y sus hermanos Victorino, Pascual, Félix, Vicente, María y Eugenio. Mi madre fue la más pequeña. Ella vino cuando tenía 14 años; allí no trabajó, solamente ayudaba en las labores del hogar.

Era una familia muy pobre, y sus padres habían fallecido cuando ella era pequeña. Se quedó con sus hermanos, pero cuando su hermano Victoriano emigra para Cuba ella quiere venir para acá, él era uno de los mayores y ella le había cogido cariño. En un viaje que él realiza a España la trae, en esos

<sup>20</sup> Mahique como tal en el texto. Se trata, sin lugar a dudas, de Mahide. (N.E.).

momentos tenía 14 años. La lleva a casa de una familia que él conocía, eran los dueños de una finca llamada “El Edén”. Eran de apellido Torres. Dicha finca estaba situada en Morón, Provincia de Ciego de Ávila. Ellos estaban bien de situación económica.

Allí pensaba estar un corto tiempo pero en la casa había unos niños cuya madre había fallecido hacía poco y le cogen cariño a ella y no la dejan ir. Permaneció trabajando ahí por muchos años, hasta que se casó. La tenían como una más de la familia, fíjese hasta qué punto que cuando su hermano Victoriano vende la finca y retorna a España la familia y los chicos no dejan que se la lleve, la querían como a una madre, claro que ese cariño se lo supo ganar, ella también era muy buena con todos.

Ya en ese tiempo era novia de mi padre, y poco después se casan. Entonces se van para la Finca que mi padre había comprado, y a la que hago referencia al narrar su vida. Ya los muchachos eran mayores y sí aceptaron muy bien su matrimonio.

Continuaron siempre llevándose como una familia, ¡fue una amistad verdadera! Siempre ella nos decía que quiso volver a España a ver a sus hermanos, pero la vida nunca se lo proporcionó. Lo único que ella hizo en su vida fue (*sic*) las labores del hogar. Una vez que tiene a sus hijos realiza las labores de madre también.

Su vida aquí fue bastante holgada, pues en la casa en la que vivió al llegar era una finca, y como a ella la acogen como un miembro más de la familia, ahí vivió no diría con riqueza, pero me atrevería a decir que tenía todo lo que necesitaba. Después cuando se casa con mi padre ya era propietario de una finca y también continúa viviendo muy bien.

Siempre estuvo al tanto de sus hermanos en España y cada vez que podía los ayudaba. Mantuvo su nacionalidad de origen, por el trabajo nunca necesitó renunciar. Nos hablaba de las fiestas que se celebraban en su pueblo. A ella le gustaba participar principalmente en las fiestas que celebraba la Iglesia, era muy católica. No tuvo relaciones con la Asociación Zamorana, pues en su tiempo en las provincias no se conocía.

Lo que la caracterizó en la vida fue la honradez. Era una persona educada a pesar de no haber recibido mucha educación, era muy decente y así nos lo transmitió a todos sus hijos, cosa que supimos asimilar y llevar a cabo en la vida.

Ella permaneció viviendo en la casa de la finca en unión con mi padre. Nosotros vivimos junto a ellos hasta que nos casamos que cada uno nos fuimos para diferentes lugares.

Falleció el 15 de marzo de 1985, a los 84 años de edad.

Observación: Solamente he expuesto aquí lo relativo a su vida, porque como vivió en matrimonio tantos años con mi padre su vida está implícita a la de él durante esa larga etapa hasta que falleció.

## TERESA PÉREZ GAGO

El nombre de mi padre fue Valentín Pérez Pérez. Nació en Cabañas de Aliste, Zamora el día 29 de julio de 1896. Su familia estaba formada por su padre, Vicente, y su madre, Joaquina. Tenía cuatro hermanos, ellos se nombraron Florentino, Tomás, Daniel y Ángela. Mi padre fue el mayor de todos. Su familia, junto a sus hermanos, nacieron en el lugar antes mencionado.

Mi abuelo tenía un molino de trigo y lo trabajaba. Como mi padre era el mayor, comenzó a trabajar también en el molino y ambos eran labradores también. Ellos eran muy pobres, sus condiciones de vida eran bastante deficientes, ya que hasta ese momento trabajaban solamente mi abuelo y mi padre, y su familia era de siete personas. Su vivienda estaba colmada de pobreza, también en la vida a finales de los siglos XIX y principios del XX existía un atraso muy grande. Pasaban hasta frío, porque no contaban con los abrigos y las colchas suficientes para todos. Fue una etapa muy difícil la que vivió él en España.

Cuando cumplió 18 años y ya estaba próximo para ir al servicio militar, transcurría en ese momento el año 1914. Precisamente en esta fecha comienza la Primera Guerra Mundial, que se prolonga hasta 1918 por tal motivo y por miedo a que una vez que pasara el servicio fuera llamado para ir a pelear a la guerra, fue que emigra hacia Cuba. Lo hace solo, su familia no quería que viniera pero viendo que en la guerra morían muchos jóvenes inocentes, prefirieron que emigrara y salvara la vida. Sus padres, con unos ahorros que tenían, fueron quienes le ayudaron para que comprara el pasaje del barco.

Emigra sobre el año 1915, y llega a Cuba por La Habana. Nadie lo esperaba, ya que aquí no tenía familiares, solamente contaba con el apoyo de algunos paisanos del pueblo que habían emigrado antes. Se dirigió para Morón, actualmente es un Municipio de la Provincia de Ciego de Ávila, porque aquí, como dije antes, tenía unos amigos. Me contaba que le había gustado este país, pues el clima favorecía mucho el trabajo del campo, pues esto era lo que a él le gustaba, cultivar la tierra. Al verse solo aquí y tan joven tuvo muchos deseos de retornar, pero cuando pensaba la causa de su emigración se conformaba con estar solo y no morir en el frente.

Fue bien acogido, porque él tenía muy buen carácter y enseguida se relacionó con varios zamoranos y españoles que lo apoyaron mucho. Lo primero en lo que trabajó aquí al llegar fue en una grúa por la noche y de día trabajaba en una tienda en un lugar llamado “Edén”. Esto era un campo que estaba situado cerca de Morón, paraba en casa de unos zamoranos.

Después de transcurridos unos años, y ya con los ahorros que poseía, compró una finca situada cerca de allí la que le puso el nombre del “El Caracol”. Ya en su finca comenzó a trabajarla, tenía caña y otros cultivos.

Puso una bodega en su propia finca, que pudo ir levantando con mucho esfuerzo, y logra salir adelante.

Cuando paraba en “El Edén” conoce allí en una casa a una joven, que por cierto era zamorana también. Hace amistad, y más tarde comienza un romance que culmina en un matrimonio, y como ya él había comprado una finca, construye una casa y los dos van a vivir al “Caracol”, allí pasaron toda la vida. Tienen seis hijos, que se llaman Vicente, que nació el día 9 de abril de 1927, Florentino, que nació el 13 de marzo de 1928, Teresa, que soy yo, que nací el día 9 de julio de 1929, le sigue Ángela Joaquina, que nace el 5 de octubre de 1932, Felina Isabel, el día 1 de junio de 1936 y, por último, Luis Valentín, el día 25 de agosto de 1945. Éste no lo esperaban, pues ya todos éramos mayorcitos cuando nace mi hermano Luis. Todos lo cuidábamos, y lo queremos mucho.

Aquí hago un alto para contarles algo que mi padre me dijo: cuando comenzaron a nacer mis hermanos, él le iba poniendo a cada uno el nombre de su familia. Parece que lo hacía para que cuando los nombrara recordar a sus seres queridos que había dejado en España. Eso fue así hasta el tercer hijo donde se ven repetidos los nombres, entonces a partir del cuarto hijo mi madre le dijo que los sucesivos hijos que tuviera ella les iba a poner el nombre y así quedaban complacidos los dos. Ésa es la causa por la que esos nombres de mis hermanos mayores aparecen repetidos en la familia.

Otra anécdota que también les contaré es que como vivimos toda la vida en el campo y por la noche no había ningún entretenimiento, cuando terminábamos de comer todos los hermanos nos sentábamos alrededor de mi padre para que nos hiciera cuentos de España. Eso era mientras que mi madre recogía la cocina, después nos acostaban a todos temprano.

Siempre ayudó a su familia, porque como les dije al iniciar mi exposición, dejó a sus padres y hermanos. Mantuvo siempre su nacionalidad de origen, no necesitó cambiarla nunca. Nos hemos acogido a su Nacionalidad Española tres hermanos hasta ahora. Siempre mantuvo correspondencia con su familia, lloraba cuando leía las cartas, era muy cariñoso con todos.

Actualmente mantenemos correspondencia. Una hija mía con una prima, a través de ella sabemos de los familiares que quedan allá, ya todos los tíos fallecieron. Siempre se relacionó muy bien, recuerdo que por las noches iban a casa algunos paisanos y se ponían a jugar a las cartas y la pasaban bien. A mi madre también le gustaba jugar, a todos nosotros nos acostaban y no nos gustaba, nos íbamos a la cama protestando, pero todos obedecíamos enseguida.

Mi padre no regresa a España nunca, cuando comenzaron los viajes de “Añoranza” ya él había fallecido. En una ocasión vino su hermano Florentino, pero estuvo un tiempo y retornó, fue al único que volvió a ver.

Nos contaba de las fiestas que se celebraban en su pueblo, él siempre participaba, tocaba el tamboril y se divertía mucho.

Lo que lo caracterizó en la vida fue su bondad, daba todo lo que tenía por ayudar a los demás, no podía ver a alguien que necesitaba algo y no ayudarlo.

En el año 1963, con la Ley de Nacionalización de la Reforma Agraria le fue intervenida la finca y la bodega. Nos quedamos viviendo allí, no tenía otras propiedades. Permanecieron en su casa hasta que fallecieron, el deceso de él ocurrió el día 10 de diciembre de 1979, a los 83 años.

## OBSERVACIONES

Como podrán observar en la gráfica que aparece adjunta en este trabajo, las mujeres fueron muy pocas las que renunciaron a su nacionalidad de origen, porque en su gran mayoría no ocuparon puestos de trabajo, ni adquirieron propiedades, se dedicaron a las labores del hogar.

No ocurrió así con los hombres que se vieron obligados a acogerse a la nacionalidad cubana, por las trabas que tenían para ocupar un puesto de trabajo o poner un negocio debido a las leyes existentes en ese momento en el país para los extranjeros, entre ellas podemos citar:

- Rebaja al 50% de su salario.
- No permitir registrar el negocio a su nombre.

Los tres hombres que no se acogieron fue porque en su momento, aún no estaban en vigor dichas leyes.

No hago rerencia a partir de la tercera generación de los descendientes porque considero que resultaría demasiado extenso el trabajo, pero sí lleva a acompañado en cada caso un árbol genealógico donde se puede apreciar que se integraron a la sociedad y formaron sus familias, también aparecen un grupo de fotos que corroboran lo antes expuesto.

En esta provincia existió un Viceconsulado de España en el año 1936, lo que pueden comprobar en el documento de certificado de nacionalidad de Domingo González Martín que aparece en el trabajo.

Conocí a la mayor parte de los protagonistas de esta ponencia, tres por el apellido podrán darse cuenta que están en mi familia (dos hermanos y un tío), pero con muchos tuve una buena amistad.

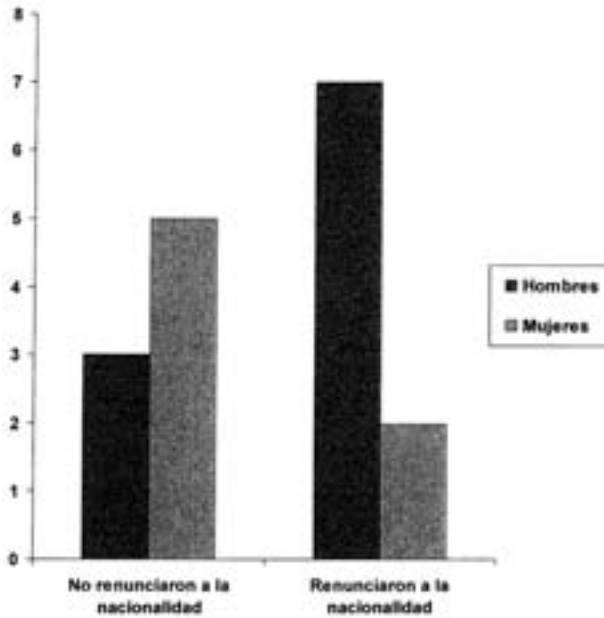
Espero que este trabajo haya sido de su interés, si fue así, le estaré muy agradecida.



GRÁFICAS

NACIONALIDAD QUE OSTENTARON EN CUBA

	Hombres	Mujeres
No renunciaron a la nacionalidad	3	5
Renunciaron a la nacionalidad	7	2



## FECHAS IMPORTANTES DE CADA EMIGRANTE

No.	Nombre y Apellidos	Año de nacimiento	Año en que emigraron	Edad	Año en que fallecieron	Edad
1	Eugenio Mezquita Moral	1900	1917	17	1977	77
2	Ignacio Canas Pérez	1905	1921	16	2001	96
3	María del Carmen Pérez Chicote	1938	1949	11	Vive	68
4	Alfonsa Pérez Pérez	1902	1911	9	1997	95
5	José Leal de la Iglesia	1902	1915	13	1968	66
6	Blanca Moné Pérez	1920	1922	2	Vive	86
7	Gonzalo López Campano	1899	1916	17	1994	95
8	Manuel Chicote Camero	1908	1910	2	1984	76
9	Ángela González Ramos	1915	1925	10	2002	87
10	Pablo Mezquita Moral	1907	1917	10	1976	69
11	Domingo González Martín	1887	1923	36	1976	89
12	Adoración Ramos Lucas	1889	1914	25	1978	89
13	José Pérez Chicote	1929	1934	5	1948	19
14	Tomás Faúdez Mateos	1908	1927	19	1954	46
15	Paula Rodríguez Poyo	1910	1931	21	1981	71
16	Pascuala Gago Romero	1901	1915	14	1985	84
17	Valentín Pérez Pérez	1895	1914	18	1979	83

Al arribar al final de este trabajo podemos hacer una valoración general y expresar todas estas personas desde muy pequeñas se enfrentaron con mucho arrojo a los rigores de la vida, que partieron de la nada, pero que lucharon y se integraron a la sociedad, a pesar de que tuvieron que afrontar muchas adversidades pero nunca desmayaron en su empeño y supieron dejar un digno legado a sus descendientes.

Fueron muy puros de alma, así me los expresaron sus familiares, que siempre hicieron el bien a todos los que a ellos se acercaban y a su vez los aconsejaba el camino a seguir, considero que ese es un sentimiento muy noble

y que con ese actuar deben haberse sentido en paz consigo mismo, esto debe servir de ejemplo para las nuevas generaciones.



- ▲ Puertos desde emigraron.
- ▲ Puerto donde llegaron.
- ▲ Lugar que nacieron.
- ▲ Lugar que se asentaron.



## RECOMENDACIONES

Por toda la investigación, dedicación, esfuerzo y amor que he llevado a cabo para elaborar este trabajo, sugiero que el mismo sea reproducido para que pueda ser leído por todas las generaciones de descendientes, para que sepan valorar los trabajos y sufrimientos que tuvieron que pasar sus antecesores, para que ellos hoy puedan disfrutar de una vida mejor.

Que esta ponencia no se quede archivada solamente en Zamora, los insto a que al reproducirla sea enviada a la Asociación Zamorana en La Habana y que ésta a su vez le haga llegar a todas las provincias y así pueda ser leída por todas las personas que se interesen en conocer el por qué hubo una emigración tan grande procedente de Zamora a Cuba.

## GALERÍA FOTOGRÁFICA

La historia de un grupo de zamoranos transcurrida en dos tierras

*FAMILIA DE: JOSÉ LEAL DE LA IGLESIA*



*JOSÉ LEAL EN SU HOTEL.  
1953*



*SU FAMILIA, ESPOSA Y SUS CUATRO HIJOS  
1961*



*CON UNA NIETA EN SUS QUINCE AÑOS  
1959*



*AQUI ALGUNOS DE SUS NIETOS  
1961*



*FAMILIA DE: ALFONSA PÉREZ PÉREZ*



*ALFONSA PÉREZ PÉREZ - 1922*



*ELLA CON SU FAMILIA - 1949*



*AQUÍ CUANDO SU NIETA CUMPLIÓ CINCO AÑOS  
1964*



*ENRIQUE Y LIONEL - BIZNIETOS - 1991*

*FAMILIA DE: IGNACIO GANAS*



*IGNACIO Y SU ESPOSA  
1999*



LUCIA CANAS - 1969

*HIJAS*



NATIVIDAD CANAS  
1971



MISLEIDI Y PABLO

NIETOS



NOEMI



DAYME



ADOLFO

ARMANDO





BIZNIETOS

ARMANDO



ARMANDO IGNACIO



*DANY DANIEL*



*CARLOS MIGUEL*



*FAMILIA DE: GONZALO LÓPEZ GAMPANO*



*GONZALO EN ESPAÑA ANTES DE EMIGRAR*  
1915



*(DEBAJO) ÉL CON SU FAMILIA - 1957*





*AQUI EN LA BODA DE SU HIJA- 1969*



*EN EL CUMPLEAÑOS DE SU NIETA YAMILÉ  
1976*

La historia de un grupo de zamoranos transcurrida en dos tierras



*EN EL CENTRO, SU HIJA CON SUS NIETOS*



*YA AQUÍ TENÍA MÁS DE 90 AÑOS*

FAMILIA DE: ÁNGELA Y PABLO



ÁNGELA GONZÁLEZ RAMOS  
1936



ÁNGELA Y PABLO MEZ-  
QUITTA MORAL — 1947



*EL DIA DE SU BODA - 1947*



*AQUI CON SU FAMILIA — 1953*



*ELLOS CON LA FAMILIA—1963*



*CON SUS HIJOS PABLO Y MERCEDES  
1994*

*FAMILIA DE: MANUEL CHICOTE CARNERO*



*MANUEL CHICOTE C.  
1930*



*CON SU ESPOSA - 1962*



*AQUI FRNTE A SU  
FERRETERIA - 1950*



*CON SU HIJO - 1963*



HIJOS



MANUEL (DE PIE)



MARTA



GRECY

NIETAS



GRETHEL



SAILIN

BIZNIETA



RACHEL



*FAMILIA DE: JOSÉ PÉREZ CHICOTE*



*JOSÉ PÉREZ-EN ZAMORA  
1947*



*SUS PADRES-1949*



*SUS HERMANAS CARMEN Y AMPARO-(CENTRO)  
1996*



*SUS SOBRINOS OSCAR Y CARLOS-2005*



*FÁBRICA DE HIELO DONDE TRABAJÓ JOSÉ;  
ÉL APARECE AL FINAL - DETRÁS. - 1947*

FAMILIA DE: BLANCA MONÉ PÉREZ



BLANCA MONÉ PÉREZ  
1938



EN SU BODA - 1940



*ELLOS CON SU PRIMERA HIJA- 1941*



*SUS HIJOS BLANCA Y CARLOS- 1946*



ANA RITA HORTELANO MONÉ - 1947

*FAMILIA DE: MARÍA DEL GARMEN PÉREZ CH.*



*MARÍA DEL GARMEN  
PÉREZ CHICOTE  
1956*



*CON SUS ALUMNOS EN UN FIN DE CURSO  
1977*





*ELLA CON SU HERMANA Y UNA PRIMA-1996*



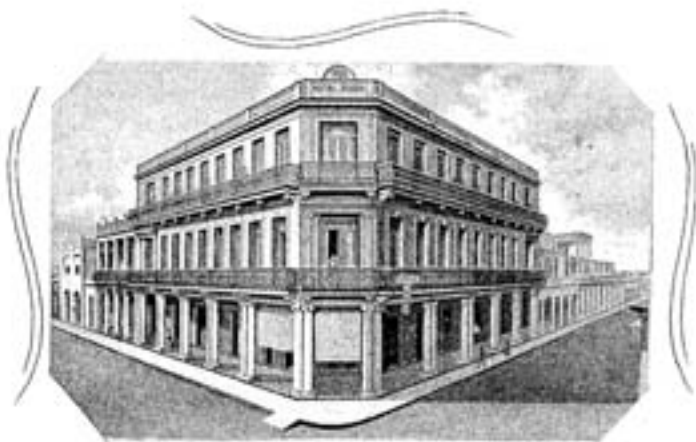
*SU SOBRINO OSCAR CON SU ESPOSA-2002*



*FAMILIA DE: EUGENIO MEZQUITA MORAL*



*EUGENIO EN LA CARPETA DEL HOTEL - 1960*



*HOTEL RUEDA - 1961*



*SU SOBRINO CARLOS CON UNAS PRIMAS  
2002*



*ELLA RODEADA CON LA FAMILIA  
2002*



AQUI TRABAJÓ EUGENIO - EL CORCHO  
1928

*FAMILIA DE: DOMINGO Y ADORACION*



*ADORACION CON SUS HIJOS  
ANTES DE EMIGRAR - 1900*

*ADORACION RAMOS LUCAS  
1950*





*ELLA CON DOMINGO GONZÁLEZ MARTÍN - 1933*



*AQUÍ CON SUS NIETOS - 1963*



*EN SUS BODAS DE ORO 1963*



*CON SUS HIJOS YA CASADOS 1963*

*FAMILIA DE: TOMÁS Y PAULA*



*TOMÁS EN SU BODEGA, CON SU FAMILIA  
1940*



PAULA RODRIGUEZ POYO  
1940



CARMEN - JOVEN  
1940

HIJOS



LUIS



CARMEN

NIETOS



CARMEN



NEMECIO



BARBARA



*FAMILIA DE: VALENTIN Y PASCUALA*

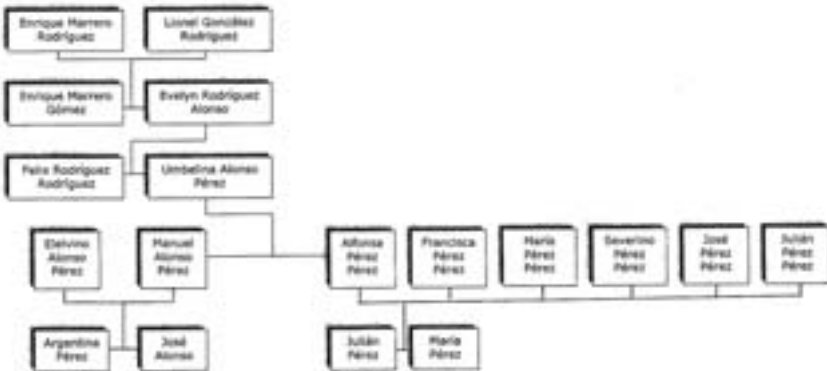


*ELLOS CON SUS HIJOS - 1976  
EN SUS BODAS DE ORO*

## ÁRBOLES GENEALÓGICOS

### ÁRBOL GENEALÓGICO

**Emigrante: Alfonso Pérez Pérez**



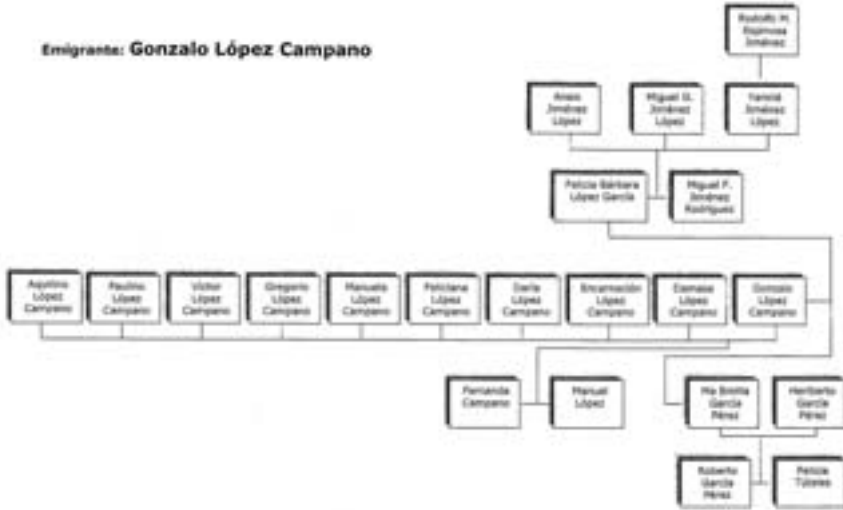
### ÁRBOL GENEALÓGICO

**Emigrante: Ignacio Canas Pérez**



ARBOL GENEALÓGICO

Emigrante: **Gonzalo López Campano**



ARBOL GENEALÓGICO

Emigrante: **Angela González Ramos**  
**Pablo Mezquita Moral**  
(MATEMÁTICO)



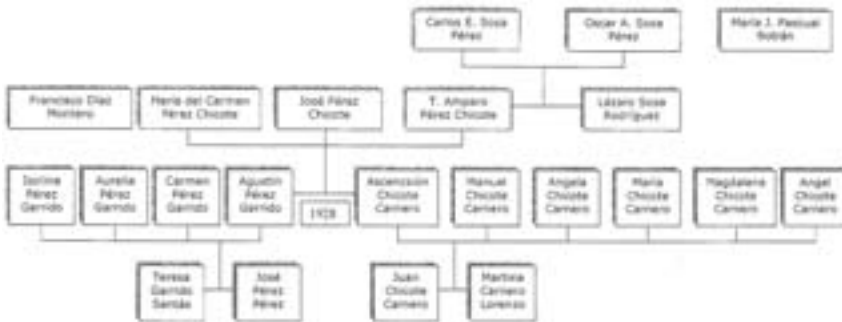
ARBOL GENEALÓGICO

Emigrante: Manuel Chicote Carnero



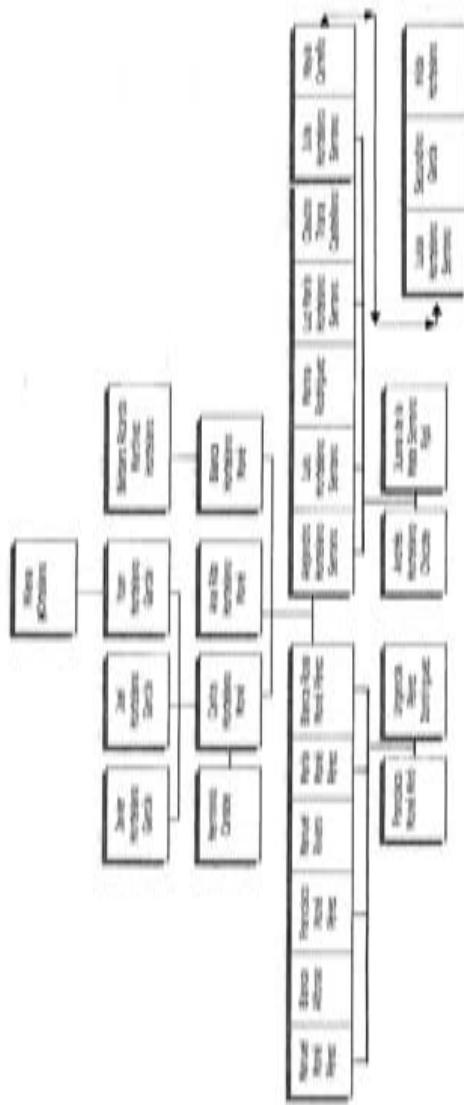
ARBOL GENEALÓGICO

Emigrante: José Pérez Chicote



ARBOLE GENEALÓGICO

Emigrante: Blanca Rosa Moné Pérez

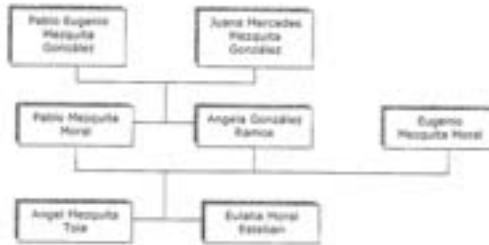


La historia de un grupo de zamoranos transcurrida en dos tierras



ÁRBOL GENEALÓGICO

Emigrante: **Eugenio Mezquita Moral**



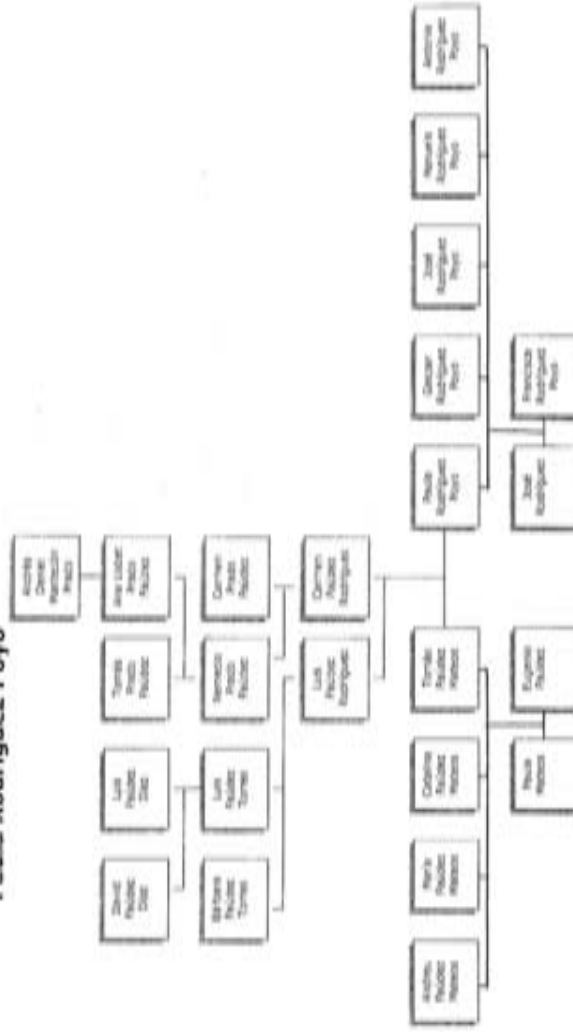
ÁRBOL GENEALÓGICO

Emigrante: **Martina Adoración Ramos Lucas  
Domingo González Martín**



ARBOLE GENEALÓGICO

Emigrante: **Tomás Faúdez Mateos**  
**Paula Rodríguez Poyo**

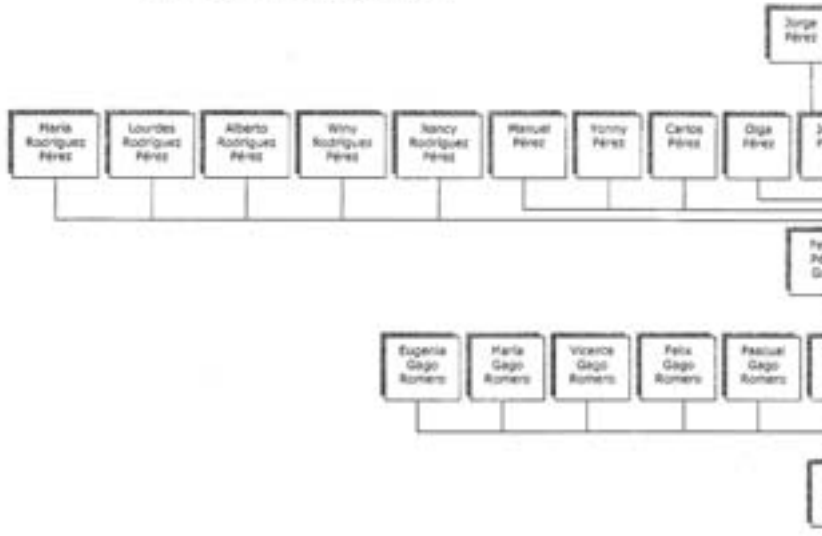






ARBOL GENEALÓGICO

Emigrante: **Valentín Pérez Pérez**  
**Pascuala Gago Romero**



## ANEXOS

Trabas que tuvieron que afrontar los españoles residentes en Cuba para insertarse a la vida laboral, debido a las leyes existentes en ese momento.

Durante el gobierno de transición de los 100 días, fue puesto en vigor el Decreto número 2583 el 8 de noviembre de 1933, que se llamó LEY DE NACIONALIZACIÓN DEL TRABAJO, la misma entre otros artículos decía:

#### ARTICULO I

- *Todas las personas jurídicas establecidas con carácter de patrones en el territorio nacional, en la explotación de empresas agrícolas, industriales o mercantiles, tendrán forzosamente que utilizar en los trabajos a que se dediquen un 50%, por lo menos de obreros y empleados nativos, y dedicar al pago de los salarios devengados por los mismos, un 50% por lo menos, de las cantidades que se destinen al pago de su personal, debiendo dejar implantadas en sus servicios ambas proporcionalidades si ya no lo estuvieren, dentro de un mes, a partir de la publicación de esta Ley en la Gaceta oficial de la República.*

#### ARTICULO III

- *Las plazas de obreros o empleados que vaguen o se creen en lo sucesivo, en todas las empresas establecidas en la República deberían cubrirse forzosamente por los patrones con personal cubano nativo.*

#### ARTICULO IV

- *Las cesantías o rebajas de obreros o empleados que se decreten desde este momento, por razones económicas o de otro orden, en todas las empresas*

*establecidas en la República, deberán hacerse efectivas en el personal extranjero mientras lo hubiere.*

*Ley Constitucional de la República de Cuba, entró en vigor el 20 de mayo de 1940.*

#### *ARTICULO 13*

- *Los Cubanos por Naturalización.*
- A) Los extranjeros que después de cinco años de residencia continúa en el territorio de la República y no menos de uno, después de haber declarado su intención de adquirir la nacionalidad cubana se le otorgará la carta de ciudadanía.*

#### *ARTICULO 19*


- A) Los extranjeros residentes en territorio de la República se equiparán a los cubanos.*
- B) En cuanto a la protección de su persona y bienes.*
- C) En cuanto al goce de los derechos reconocidos en esta Constitución, con excepción de los que se otorguen exclusivamente a los nacionales.*

*El cubano por nacimiento tendrá en el trabajo una participación preponderante, tanto en el importe total de los sueldos como en las distintas categorías de trabajo.*

La historia de un grupo de zamoranos transcurrida en dos tierras



<p style="text-align: center;"><b>ADVERTENCIAS</b></p> <p>Este certificado vence los días <i>31</i> de <i>Diciembre</i> de cada año y deberá ser renovado dentro del plazo de 30 días hábiles posteriores a su vencimiento.</p> <p>Su uso es obligatorio. En caso de extravío se solicitará un <b>DUPLICADO</b>.</p> <p>Los cambios de domicilio deberán comunicarse al Registro dentro de los diez días hábiles siguientes de haberse efectuado.</p> <p>Las infracciones de las disposiciones de la ley que regula el Registro de Extranjeros, son castigadas con multas incondonables e impostas por los tribunales de acuerdo con las disposiciones del Código de Defensa Social.</p>	<p style="text-align: center;">Modelo 62-A</p> <p style="text-align: center;"><b>CERTIFICADO DE INSCRIPCIÓN</b></p> <p style="text-align: center;">No. <i>317020</i></p> <div data-bbox="692 429 945 748" style="text-align: center;"></div> <p style="text-align: center;">El simio de la inscripción debe coincidir con el taladro de esta fotografía.</p>
--	---

<p style="text-align: center;">Prensa del interesado o sus cruz trazada por su mano.</p> <div data-bbox="275 1248 597 1463" style="text-align: center;"><p><b>DACTILOGRAMAS DE LOS INDICES</b></p></div>	<p style="text-align: center;">CERTIFICADO</p> <p><i>Estoracion Ramos</i> <i>Lucas</i> de <i>69</i> años natural de <i>España</i> ciudadano <i>Española</i> de estado <i>Casado</i> talla <i>1.54</i> Mts. cuts <i>B</i> estello <i>OP</i> ojos <i>P</i></p> <p>ha cumplido con los requisitos exigidos por el Decreto-Ley N° 788.</p>
---	--

Alcañices



El Excmo Sr. Capitán General de la 1.<sup>a</sup> Región  
y en su nombre el Sr. Coronel D. Antonio Pardo Alcañices  
1.<sup>o</sup> Jefe de la Administración de Zamora en el P. de la guerra  
Responde al Coronel D. Cipriano Pico Fernández

CONCEDO LICENCIA ABSOLUTA, por haber permanecido doce años en el servicio militar, desde la fecha de  
su ingreso en Caja, según lo dispuesto en los artículos 2.<sup>o</sup> y 7.<sup>o</sup> de la ley de reclutamiento, al soldado  
Domingo Francisco Martín, hijo de Antonio y de Alfonsa  
natural de Alcañices, Juzgado de primera instancia de Alcañices  
provincia de Zamora, nació el día 4 de Agosto  
de 18 87, de oficio carretero, su estado casado. Fue alistado en el reemplazo  
de 1 918, clasificado como soldado de habiendo prestado los servicios que se  
expresan al dorso.

Y por haber cumplido su compromiso en el Ejército, expido la presente en Zamora a 21  
de Julio de 1 920

Anotado el folio 125 año 183

El Coronel  
Antonio Pardo

Cipriano Pico





La historia de un grupo de zamoranos transcurrida en dos tierras

La historia de un grupo de zamoranos transcurrida en dos tierras



CLASE U<sup>o</sup>

VICE-CONSULADO DE ESPAÑA  
CIEGO DE AVILA (CUBA)  
SERVICIO DE REGISTRO NÚM. 105

*Luis José González*  
El Vice-Cónsul de España

Certifico que en el Registro de Matricula de Ciudadanos Españoles que existe en este Vice-consulado he y una partida señalada con el núm. 2556 que dice: Don Antonio González Martínez natural de Alameda provincia de Sevilla de 4 años de edad, de estado casado profesión ferrocarrilero y residente en San Cristóbal de las Casas, Yucatán, Méjico

Y a fin de que el interesado pueda acreditar su nacionalidad, le expido el presente en Ciego de Avila a 11 de Setiembre de 1911 de mil novecientos treinta y seis

VALER POR EL AÑO 1911 P. A. El Vice-Cónsul de España  
El Encargado Interino Enrique L. Navarro

**El Ministro de Estado de la República de Cuba**

Por la presente hace constar:

Don José José de la Sola natural de Zamora, España seiscientos y sesenta y seis años de edad, de estado casado y de profesión Abogado para quien se ha verificado la inscripción de su nombre en el libro de inscripción de los extranjeros que se encuentra en el presente libro de inscripción, con arreglo con el artículo del Reglamento de Extranjería que se encuentra en el artículo 1.º de la Ley de Extranjería de 1907.

En fe de lo que queda dicho, en la ciudad de La Habana, a los seis días del mes de Setiembre de mil novecientos veintiuno.

*Agustín M. Sola*  
Ministro de Estado

La historia de un grupo de zamoranos transcurrida en dos tierras

La historia de un grupo de zamoranos transcurrida en dos tierras





La historia de un grupo de zamoranos transcurrida en dos tierras



# ¡Paisano!

Aurora Pérez Guardamano

## SOCIEDAD BENÉFICA BURGALESA

En un lugar de Castilla, de cuyo  
Nombre no puedo olvidarme:  
ESPINOSA DE LOS MONTEROS,  
No ha mucho tiempo que vivía un  
Hidalgo pastor que decidió cruzar el  
Océano...

Espinosa de los Monteros

Esta historia empieza en una pequeña Villa llamada Espinosa de los Monteros (Fig. 1), cuyo origen hay que situarlo en los primeros momentos de la repoblación medieval, pues en el año 800 el abad Vitulo ocupa el área de Espinosa y ya se cita el núcleo en el año 816. A comienzos del siglo XI pertenece al monasterio de Oña, al ser incluidas dentro de las donaciones que se realizan para su fundación, y será Alfonso VI quien la impulse y reedifique más adelante. El apelativo de los Monteros, según la tradición, lo recibirá tras el intento de asesinato del conde Don Sancho García; gracias a un espinosiego<sup>1</sup> el Conde salvó su vida. El Conde como muestra de su gratitud crea en 1006 un Cuerpo de Monteros de Cámara, encargados de hacer la guardia a la persona real durante la noche.

Según nos cuenta el historiador Gonzalo Fernández Oviedo, en el tomo III de su libro “Quincuagenas y batallas” la condesa Aba, viuda del padre del

<sup>1</sup> El gentilicio de Espinosa de los Monteros. (N.E.).

conde fundador se enamora del rey moro Mohamed Almohadi e instigada por él, trató de envenenar a su propio hijo durante un banquete. Pero el montero del conde, Sancho Espinosa, advertido de la conjura por su esposa Elisa, camarera de la condesa, impidió que su joven señor bebiese de la copa envenenada. Gracias a la lealtad de su criado espinosiego, la traición, en vez de alcanzar su fin, se vuelve contra doña Aba y su amante, el rey moro y ambos resultan muertos. El conde, agradecido, le concedió de por vida la noble misión de velar por su persona. Y así creó el Cuerpo de Monteros de Cámara, todos nativos de Espinosa.



Fig. Villa Espinosa de los Monteros.

Los Monteros de Cámara han sido la guardia personal del sueño de todos los reyes en la Historia de España: el conde don Sancho creó cinco, Alfonso VIII, por privilegio dado en Castro Urdiales en el año de la era de 1246 (1208), los aumentó a veintitrés. Don Fernando el Católico, los elevó a setenta y seis. Carlos V los redujo a cuarenta y ocho, siendo suspendido su servicio por la Revolución del sesenta y ocho, al destronar a Isabel II y restablecido por don Alfonso XII, terminada la guerra en el año 1876. Desde que se instauró la Monarquía Parlamentaria a finales de la década de los años setenta, se recuperó al Cuerpo de la Guardia Real.

En la actual Guardia Real y dentro del grupo de honores, existen tres compañías: Una compañía del Ejército del Aire denominada “Plus Ultra”, otra compañía de la Marina denominada “Mar Océano” y una compañía del Ejército



de Tierra denominada “Monteros de Espinosa”. La Guardia Real custodia a la Familia Real Española, y entre sus actos de protocolo está el hacer los honores a los diferentes mandatarios de otros países.

En el año 1991 se impulsó la creación del “Día de los Monteros” para la celebración anual que conmemora el vínculo que tiene la Villa de Espinosa de los Monteros con la monarquía española desde el año 1006 (Fig. 2).

Como curiosidad, citaremos que en esta Villa se confeccionaron las lonas para las velas de las naves que formaban la Armada Invencible en el año 1588.

Espinosa de los Monteros se encuentra situada en la comarca de Merindades, a 96 kilómetros de Burgos. Abarca una extensión de 138 km<sup>2</sup>, y cuenta con una población aproximada de 2.303 habitantes en la actualidad. El clima está caracterizado por crudos y largos inviernos de hasta cinco meses en los que la temperatura media está por debajo de los 7 DC. La temperatura media anual es de 10,1 D. Posee fuertes amplitudes térmicas y heladas cuantiosas de hasta 180 días al año, dejando únicamente los meses de verano libres de éstas.

### MIS PRIMEROS 14 AÑOS

En el año 1906, el día 11 de marzo, (es decir, 900 años después de los hechos que acabo de relatar), nací yo.

Mis padres (Fig. 3) y mis abuelos eran nativos de Espinosa de los Monteros, y me inculcaron desde que nací el amor por mi pueblo, sentimiento que nunca me ha abandonado.



Fig. 2. El Cuerpo de Monteros de Cámara celebra los 1.000 años de fundado.



Fig. 3. Mis padres: Eduardo y Aurora.

Mis padres crearon una familia (Fig. 4) muy numerosa de 11 hijos: 3 hombres y 8 mujeres, yo soy el séptimo.



Fig. 4. Familia Pérez Baranda, 1918.

Mis padres no tenían riquezas. Eran una pareja muy humilde, y con una familia tan numerosa, todos empezamos a trabajar desde muy pequeños, lo mismo en las labores del campo como en el cuidado de las ovejas y cabras, y algunas de mis hermanas sirviendo en casas de familias en Bilbao. Como labradores cultivábamos, con la ayuda de una pareja de bueyes, patatas, trigo, repollo, alverjas y todo lo que se siembra en las huertas para el consumo diario de la casa. Esto es un trabajo duro, pues el invierno es muy largo y muy crudo y hay que garantizar la comida para la familia y los animales en los meses de verano para cubrir las necesidades de los doce meses del año.

En mi caso el trabajo que me tocó hacer fue *“pastorear ovejas y cabras”*. Recorrí todos los montes de mi pueblo y creo que no dejé un centímetro de tierra que mis pies no pisaran. Este trabajo siempre se hacía en grupos, pues yo iba acompañado de una de mis hermanas y se nos unían los muchachos de nuestra edad que tenían la misma labor, así se hacía más entretenido el cuidado de los animales. Las amistades que se hacen en esta etapa de la vida perduran en nuestro recuerdo siempre.

Mi pueblo está dividido en dos barrios: Quintanilla y Berrueza. Mi familia radicaba en el barrio de Quintanilla, y el río Trueba pasa por el fondo de la casa. Este río era nuestro lugar ideal para jugar y pasear.

Mi madre era muy religiosa. Nos enseñó a todos a amar a Dios y nos envió a la iglesia para aprender el catecismo, y a la escuela del pueblo para que aprendiéramos, como se decía en aquella época, las cuatro reglas.

Tanto para ir a pastorear como para ir a la iglesia o la escuela había que luchar con la nieve, ¡cuánto he oído a mis hijos el ansia que tienen por ver la nieve! Los entiendo, porque es un espectáculo maravilloso, pero las

nevadas que caen en mi pueblo son impresionantes. La nieve puede alcanzar la altura de los balcones de una casa, imagínense que hay una estación de esquí, la de “Lunada”, que tiene mucha aceptación entre los deportistas.

Para todos los del campo español en los siglos XIX y la primera mitad del XX, la vida se dividía en dos partes: el trabajo de labrador o salir al mundo como emigrante. Eso lo empezábamos a interiorizar desde la escuela, cuando nos enseñaban los países de América.

Los primeros emigrantes de mi familia fueron dos tíos míos, hermanos de mi madre. Fueron quienes recibieron a mi hermano Domingo, que vino a Cuba varios años antes que yo.

Cumplidos los 14 años, mi padre me envió a Cuba y me subí al vapor Alfonso XII en Bilbao y crucé el Atlántico (Fig. 5). Las imágenes de mi partida las tengo grabadas en mi mente como si fuera ayer. Mis hermanas me acompañaron hasta la estación “La Robla”, donde debía coger el tren que me llevaría a Bilbao. Recuerdo que me compraron unos polvorones, y no sé si es porque los tengo asociados a ese momento o porque realmente son sabrosos, pero mi paladar lo agradece cada vez que como uno. Por suerte no hice el viaje solo, pues vine con otro de mi pueblo, cuya historia les contaré después. Durante la travesía no hubo ningún problema, y como era la primera vez que salía de mi pueblo y tenía la juventud de mis 14 años, todas las incomodidades se convertían en nuevas aventuras.

Cuando el barco entró en el puerto de La Habana, yo estaba en cubierta esperando que me vinieran a buscar, pues se suponía que mi hermano lo haría.



Fig. 5. Cartera de identidad del emigrante.

El barco atracó temprano en la mañana, pero mi hermano pensó que era por la tarde y hasta esa hora no vino. Llegó en un bote desde el que gritaba mi nombre. Cuando oí sus gritos, me pareció que escuchaba el más hermoso de los cantos celestiales, empezaba una nueva vida.

Después de los primeros saludos, y todavía dentro del bote, mi hermano me presenta a un hombre negro a quien estreché la mano e inmediatamente guardé mi mano en un bolsillo, pues me habían dicho que las manos de los negros desteñían y no quería que me la viera sucia, ¡bendita ignorancia!

La primera pregunta que me hizo mi hermano era que si padre debía algo, y yo le respondí “*padre no debe nada, pero su ilusión es comprar la casa donde vivimos*”. Era el comienzo de un gran reto.

Era el 4 de noviembre de 1920, y Cuba me daba la bienvenida.

## DOS EMIGRANTES BURGALÉSES QUE RETORNARON

Mi tío Esteban, hermano de mi madre, emigró a Cuba a finales del siglo XIX. Vivió y trabajó en La Habana, y fue uno de los que le dio la bienvenida a mi hermano.

Sin embargo, mi tío un buen día decidió no seguir su vida de emigrante y terminar con su continua añoranza por su aldea y su familia y regresó a Espinosa en el año 1931.

Siempre que pienso en casos como éstos se me ocurre la misma pregunta, ¿hizo bien en regresar o debió quedarse como hicimos mi hermano y yo? ¿Tiene alguien una respuesta absoluta para esta pregunta?

No hizo un gran capital aquí en La Habana, pero algunos céntimos sí tenía, y con eso empezó a criar ganado vacuno a su regreso al pueblo. Se casó con una espinosiega y fundó una familia de 3 hijos y una hija.

Los hijos continuaron el trabajo del padre y lograron un nivel de vida aceptable. Todos viven en Espinosa, excepto la hija que se radicó en Bilbao.

Mi tío Eloy también decidió regresar en el año 1931, pero no tuvo la misma suerte. Aunque mi abuela trató de quitarle la idea de la cabeza, él no hizo caso y se fue a trabajar a las minas. Ese trabajo es muy duro, y él no lo resistió y murió pocos años después.

## OTRO EMIGRANTE BURGALÉS QUE NO RETORNÓ

Mi hermano nació el 20 de junio de 1897. Embarcó en el Marqués de Comillas, en los primeros años de la segunda década del siglo XX, y vino a Cuba. Era el tercer hijo de mis padres y el primer varón. Cuando viajó, nuestra hermana más pequeña no había nacido.

Cuando llegó tuvo que estar, por suerte, sólo un día en Tricornia, lugar de triste recuerdo para muchos emigrantes. Desde el momento de su llegada a La Habana empezó a trabajar en los muelles, donde se mantuvo hasta su retiro. Este trabajo era muy duro, pero él desarrolló una fuerza física increíble.

Él también tuvo la suerte de poder volver a España y ver a nuestros padres y conocer a nuestra hermana menor.

Tuvo la dicha de conocer a una joven criolla con la que contrajo matrimonio (Fig. 6), el 27 de noviembre de 1926 y con quien tuvo dos hijos. Esta cubana era hija de españoles, para más señas burgaleses, y para más detalle aún, de ¡Espinosa de los Monteros!

Esta cubana tenía dos hermanas y las dos se casaron con españoles.

Orlando, el más pequeño de mis sobrinos, comenzó su vida laboral en la casa donde yo trabajaba, así que fuimos compañeros de trabajo durante varios años.

Tanto mi hermano como mis sobrinos participaban en las actividades que organizaba la Sociedad Benéfica Burgalesa.

Domingo Pérez Baranda falleció en el año 1978. Eduardo, el mayor de sus hijos, en 1989, y Raquel, mi cuñada, en 1995. Los tres están enterrados en el Panteón de la Sociedad Benéfica Burgalesa.

#### EN CUBA: 1920-1936

Desde el momento en el que llegué, por gestiones que mi hermano había hecho, empecé a trabajar en una imprenta en la calle Mercaderes en La Habana Vieja, cuyo personal era todo español. Allí trabajaba y vivía, pues durante los primeros años mi cama fue una resma de papel.

Allí empecé de mozo de limpieza, eso me sirvió para conocer el negocio desde abajo. Mis compañeros de trabajo, y por supuesto mi hermano (Fig. 7) eran mi familia, y con ellos trataba de olvidar mi añoranza y mis deseos de volver a mi aldea y a mi casa.



Fig. 6. Domingo y Raquel el día de su boda (1926).



Fig. 7. Dos hermanos burgaleses en La Habana (1925).

Esos primeros tiempos son muy duros, pues de un día para otro todo ha cambiado para uno: clima, costumbres, amigos... todo, pero la fuerza de voluntad y el deseo de ayudar a los que quedaron en casa lo hace a uno seguir luchando. En esos años no hay descanso, ni reposo, se trabajan más de ocho horas diarias, incluidos sábados y domingos.

El cambio del clima es algo muy importante, pues mi pueblo está en la zona más fría de España, donde la mayor parte de los días del año son muy fríos, y de pronto encontrarme en una ciudad como La Habana, con calor todo el año y apenas unos días frescos, me hizo reconocer siempre: *“¡Cuba tiene el clima mejor del mundo!”*.

Empecé a conocer La Habana Vieja, todas sus calles y negocios los puedo detallar con los ojos cerrados. Como en aquellos años la mayoría de los comerciantes eran españoles, era fácil relacionarse, pues para todos era un consuelo reunirse y hablar de nuestra Patria chica. La mayoría conocían de las sociedades españolas que se habían creado o que estaban en proceso de creación, y así en el año 1920 ya me inscribí en la Sociedad Benéfica Burgalesa que había sido fundada el 29 de junio de 1893, en aquellos años toda su membresía éramos burgaleses. Su presidente en aquel momento era Benito Ortiz Ortiz.

Todas aquellas tertulias me permitieron oír muchas anécdotas y conocer a muchos emigrantes, por eso después con el paso del tiempo atesoraba muchas historias y muchos recuerdos de los que regresaron, de los que fueron muriendo y de los que seguíamos batallando en esta gran ciudad.

Algo que nunca dejé de hacer era escribir a mis padres y hermanos. Mantuve siempre una comunicación permanente con ellos: me fui enterando de cómo mis hermanas se fueron casando e iban naciendo mis sobrinos, estaba





Fig. 8. Casa natal de los Pérez Baranda.

al tanto a través de sus cartas de todo lo que pasaba en mi querida Espinosa y desde siempre los ayudé económicamente en la medida de mis posibilidades.

El hecho más entrañable para mí fue cuando en el año 1934 mi padre me mandó a decir que estaba en venta la casa (Fig. 8) donde vivía y donde habíamos nacido todos nosotros, y que su mayor ilusión era comprarla. Para mí esa carta tuvo tremendo impacto, pero yo no tenía el dinero que mi padre me pedía, y por única vez en mi vida le pedí dinero prestado a un paisano a quien se lo devolví en el tiempo acordado sin faltar una peseta. Él me reconoció mi puntualidad y no me aceptó la última mensualidad. Lamentablemente murió muy joven y dejó una niña huérfana. Con la viuda y la niña traté de demostrar siempre la gratitud eterna que tengo con ellos. A mis padres les di la mayor alegría.

Me han gustado siempre las fiestas, y trataba de ir a todas las que organizaban las sociedades españolas. Siempre le he contado a mis hijos una anécdota: tenía una invitación para una fiesta y en ella se especificaba que los caballeros debían ir con traje blanco, yo no tenía esa indumentaria y decidí ir con el único traje que tenía y vigilar al primero que entrara con un traje que no fuera blanco, el segundo fui yo, siempre he tenido en mi vida un lema: *“el NO ya lo tengo, vaya buscar el SÍ”*.

En el año 1929 ocupé el cargo de Secretario de la Sociedad Benéfica Burgalesa (Fig. 9) durante siete años consecutivos hasta 1936 cuando di mi primer viaje a España. A partir de 1929 no he dejado de estar en la directiva.

Ir al Consulado y a la Embajada no era una novedad para mí, pues los visitaba con mucha frecuencia por gestiones propias o de los miembros de

la Sociedad e incluso por amigos de otras provincias de España, siempre he tenido muy buenas relaciones con los trabajadores de estas entidades.

### Señores que han sido Secretarios de esta Sociedad

★

1893/1896 Sr. D. Valeriano Arce  
1896/1898 Sr. D. Miguel Zatón  
1898/1903 Sr. D. Blas López  
1903/1905 Sr. D. Silvestre Sáez  
1905/1909 Sr. D. Casimiro Crespo  
1909/1912 Sr. D. Bonifacio Gutiérrez  
1912/1916 Sr. D. Valentín García  
1916/1924 Sr. D. Jacinto Gallo  
1924/1925 Sr. D. Pedro Pereda  
1925/1926 Sr. D. Jacinto Gallo  
1926/1927 Sr. D. Pedro Pereda  
1927/1928 Sr. D. Lorenzo Gómez  
1928/1929 Sr. D. Luis Fernández  
1929/1936 Sr. D. Eloy Pérez Baranda  
1936/1937 Sr. D. Olegario Castresana  
1937/1941 Sr. D. Lucio Gutiérrez  
1941/1945 Sr. D. Eloy Pérez Baranda  
1945/1951 Sr. D. Olegario Castresana  
1951/1953 Sr. D. Gerardo E. Aldoy

★

Fig. 9: Un pedazo de la historia de la Sociedad Benéfica Burgalesa.

En la medida de mis posibilidades siempre hacía algún extraordinario para celebrar y recordar las fiestas de mi pueblo. La principal es la de Nuestra Señora de la Natividad, que se celebra el 8 de septiembre, ese día de cada año,



mi mente y mi corazón nunca han dejado de estar en Espinosa. En algunas ocasiones mi familia me enviaba algún recorte de periódico donde se reseñaba la celebración.



Fig. 10. Misa en honor de San Pedro en la Iglesia de la Merced.

Desde su fundación en 1893, la Sociedad ha celebrado una Misa (Fig. 10) en honor de San Pedro, que es el patrón de Burgos, el domingo más próximo al 29 de junio. Esta misa se celebró en la Iglesia de la Merced, hasta hace unos pocos años se está celebrando en la Iglesia del Cristo del Buen Viaje. Tanto en una iglesia como en la otra, siempre después de terminada la misa, nos reunimos todos los asistentes a conversar y recordar y siempre se ha ofrecido un brindis. Mientras mis hijos fueron pequeños, ellos conocían esta actividad como la misa de los bocaditos, ¡qué chavales!

Todos los años se organizaba la celebración de Un Día Buralés (Fig. 11) que consistía en un almuerzo con baile en algún restaurante de La Habana. Estas celebraciones llevaban mucho trabajo, pues había que vender los tickets para recaudar el dinero para ayudar a sufragar los gastos. Yo siempre me encargué de esta venta junto a otros paisanos, además de organizar la actividad y gestionar en la casa donde trabajaba la impresión de los menús y los tickets.

Un logro muy importante de la Sociedad fue la construcción de un panteón, el cual fue bendecido solemnemente el 18 de mayo de 1930. Esta es una preocupación de todos los emigrantes, tener una “casa” donde descansar

eternamente. Para este panteón todos los socios colaboramos con gran dedicación aportando cantidades de dinero de acuerdo a las posibilidades de cada bolsillo.



Fig. 11. Banquete tradicional para recordar nuestra Patria chica.

Seguí trabajando muy duro en la imprenta, pero empecé a ver los resultados. Cuando mi hermano se casó en el año 1926 me fui a vivir a su casa con su familia, y en el año 1936 comprendí que ya no debía esperar más y regresé a mi aldea.

## EL RETORNO

Había dejado mi casa siendo casi un niño, y regresaba hecho un hombre. Volver a mi casa, a mi pueblo, me parecía un sueño. Recorrí todos los rincones de mi querida Espinosa, todos los lugares estaban en mi mente, pues con ellos soñé despierto y dormido durante los 16 años de ausencia.

Sí debo contarles algo: era tan estrecha la comunicación que mantenía mediante cartas con mi familia que no fui un extraño para los que habían

nacido en mi ausencia y mucho menos para los que sí me conocían, tanto familiares como amigos, pues ya sabemos que en los pueblos pequeños los vecinos y amigos también son familia. Puedo decir que de todos recibí siempre mucho cariño.

Mis hermanas habían enseñado a sus hijas el arte de la costura y el bordado y se afanaron en hacer cosas para mí, el tío emigrante.

No todo fue alegría, la situación en España no era buena. Su pueblo estaba dividido, y estalló una guerra civil que nos llenó de luto y de dolor durante tres años. Luciano, el único de los hijos varones de mis padres que no emigró, fue al frente y no regresó. Fue un golpe muy duro para todos.

Pasé los tres años en Espinosa, por mi edad no fui al frente, pero sí estaba en la reserva y como tal tuve tareas, fundamentalmente el transporte y custodia de armamentos. En Espinosa no hubo batallas, pero sí sufrimos todas las indeseables consecuencias de una guerra.

Mis sobrinos, nacidos en Madrid, chicos en aquella época, fueron enviados a mi casa para que mis padres los cuidaran. Era triste saber la causa por la que estaban conmigo, pero tuvo el lado bueno, me permitió convivir con ellos.



Fig. 12. El ansiado retorno en 1936.

Ayudé a mis padres (Fig. 12) en la tierra y con los animales, debo reconocer que me costó trabajo hacerlo, pues llevaba muchos años viviendo en la ciudad y mis manos ya no estaban endurecidas como las de los labradores. Lo hice lo mejor que pude, y les di la alegría a mis padres y hermanas de estar

compartiendo todos juntos, y por supuesto todos juntos enfrentamos mejor la noticia de la muerte de mi hermano.

Muchos amigos me decían “qué pena que te cogió la guerra después de tantos años de ausencia”. Por supuesto hubiera deseado que no hubiera habido guerra, pero no permití que esa situación me amargara mi reencuentro. Lo disfruté de la mejor manera posible, y hasta pude dar algunos paseos con mis hermanas a Bilbao.

Después de que acabó la guerra, a mediados de 1940, pude regresar a Cuba (Fig. 13), volví a mi puesto en la imprenta.



Fig. 13. Pasaporte español. La Habann me espera.

Debo ser sincero y decir que a pesar del cariño por mi tierra y mi familia, en ningún momento dudé en regresar a mi segunda Patria, por lo que volví con los dos sentimientos mezclados: alegría y tristeza, ¡cuántas veces en la vida se experimenta esta sensación!

#### EN CUBA: A PARTIR DE 1940

A mi regreso, mi vida continuó bajo las mismas normas: mi trabajo, mi continua comunicación con mi familia y mi convivencia con mis paisanos.

En estos años de la primera mitad del siglo XX, la razón de ser de las sociedades españolas era ayudar a los emigrantes y su familia. Cuántos casos no hubo en los que los emigrantes se arruinaban o no lograban encaminar su

vida y decidían regresar, y no tenían ni una peseta para pagarse los gastos del viaje. Recuerdo que todos los meses se depositaba dinero con el fin de que la Sociedad asumiera las gestiones para el retorno, en varios casos de este tipo me tocó colaborar directamente.

El caso que más impacto me causó es el del vecino que vino conmigo a Cuba. Empezó a trabajar y puso su propia bodega, no se puede decir que era rico, pero se podía mantener y mantener a su familia. Se envició con las carreras de caballo de tal forma que lo perdió todo, al extremo que tuvimos que hacerle, entre todos, los trámites para su regreso. Incluso, en el momento de la partida, le di unas pesetas a un marinero amigo mío para que se las entregara en el momento de llegar a Bilbao para que pudiera hacer el viaje hasta Espinosa y le aclaré “no se las des antes, porque las juega”.

La madre lo recibió como sólo las madres saben hacerlo, lo vistió y hasta le compró un reloj. Al poco tiempo bajó a Bilbao, jugó y lo perdió todo, ¡triste vicio!

También cuando algún emigrante se enfermaba, la Sociedad estaba al tanto, pues muchos formaron familia, y tenían por tanto compañía, pero otros estaban solos, y los paisanos éramos su familia. La atención médica la recibíamos en hospitales conocidos como Quintas. Existían varias, todas fueron creadas sobre la base de las contribuciones de los emigrantes. Yo estaba inscripto en la Asociación de Dependientes de La Habana (Fig. 14), gracias a Dios sólo necesité de sus servicios cuando me operaron de la garganta.



Fig. 14. La Quinta de muchos emigrantes.

La Sociedad creó un Comité de Damas en 1949 que tenían a su cargo atender las visitas que los asociados y familiares hacen al Panteón de la Sociedad (Fig. 15) el Día de las Madres, el Día de los Padres y el Día de los Difuntos, además de recoger ropas para los ancianos burgaleses o descendientes que se encuentran recluidos en diferentes asilos y quintas.



Fig. 15. Un lugar sagrado construido con la ayuda de todos los burgaleses.

No todo era tristeza. Teníamos aficiones deportivas, y en el stadium de “La Polar” disfrutábamos de los partidos de fútbol, y qué decir de la pelota vasca en “Concordia” y “Lucena”, donde se lucían los pelotaris y desarrollaban buenos partidos. También seguíamos a través del periódico y la radio el desarrollo de éstos y otros deportes en España, y defendíamos a un equipo con la misma pasión que un fanático residente en España y hablábamos de los jugadores como si vivieran en nuestra propia casa.

De la música española siempre he disfrutado, pero debo confesarles algo: como Conchita Piquer, ninguna. Esa es la mejor, aunque disfruto con todo, la música flamenca es también de mis favoritas. Y, siempre que pude, cada vez que venía algún artista español a Cuba iba al teatro a verlo.





Fig. 16: Momentos tristes de los emigrantes

Fig. 16. Momentos tristes de los emigrantes.

De películas, “Nobleza Baturra” me impactó mucho pues entre otras cosas las escenas donde se veía el trigo movido por el viento, me traían a mi mente mi Espinosa natal. Las películas de Carmen Sevilla, Sarita Montiel y todas las que tenían música y baile español eran para nosotros, los emigrantes, como una inyección de vida.

Un día llegó la temida noticia: mi padre había muerto. En esos momentos uno piensa que nunca se debe abandonar el lugar donde se nace, y mucho menos separarse de la familia, pues de esa forma en el momento de la partida definitiva de un ser querido uno puede estar a su lado para cerrarle los ojos. Poco después, en el año 1946, mi madre murió (Fig. 16). Mis hermanas siempre nos dijeron que sus últimas palabras habían sido para mi hermano y para mí: “Pobres hijos míos”. ¡Qué dolor no haberlas podido oír directamente!

Como un rayo de sol después de un aguacero, un hecho cambió mi vida: conocí a una bella criolla que se convertiría en mi esposa.

### UNA EMIGRANTE VALENCIANA

Mi suegra nació el 3 de noviembre de 1889 en Losa del Obispo, un pueblo de Valencia, vino a Cuba en el año 1913. El padre era viudo con dos hijos cuando se casó con la madre de mi suegra. De este segundo matrimonio nacieron cuatro hijos, mi suegra era la mayor. En 1913 vienen a Cuba mi suegra, una hermana y un hermano con la esposa.

Tanto mi suegra como la hermana empezaron a trabajar como sirvientas en casas de familias adineradas de Marianao. En 1915 mi suegra regresa a Valencia pues le avisan que su madre está enferma. Allí estuvo dos años, y en 1917 hace de nuevo la maleta y vuelve a Cuba. Ella siempre contó que, cuando el barco inició la travesía ella trató de grabar muy bien la imagen que contemplaba, pues algo le decía que ella no volvería a España.

Era una mujer muy práctica, ya ella había conocido en Cuba, antes de irse en 1915, al hombre que sería su esposo, y venía con la ilusión de casarse y formar familia, y a partir de ese momento ella sabía que su vida cambiaría. Este presentimiento se cumplió, no volvió nunca más a España.

En el año 1918 se casó (Fig. 17) y, a partir de ese momento se dedicó a su casa y a su familia. Tenía un don especial para la cocina que le reconocimos siempre amigos y familiares. Yo no sé si usted ha comido una buena paella, yo puedo afirmar que he comido la mejor paella del mundo. Y qué decir de los postres que ella preparaba.

Francisca, la hermana que la acompañó en el primer viaje, en el año 1915 se fue para los Estados Unidos y allí murió pocos años más tarde. El hermano y la cuñada estuvieron en Cuba hasta 1920, fecha en la que regresaron definitivamente a España, pues no lograron adaptarse a la vida en América. En 1925 vienen por primera vez los dos hermanos más pequeños: Pura e Hilario.

Pura se quedó en Cuba definitivamente, pues se casó con un carpintero gallego. Este carpintero tenía unas manos privilegiadas y hacía con la madera verdaderas obras de arte, en mi casa se atesoran varios de sus muebles. Nació



en C (*sic*)<sup>2</sup> pueblo de La Coruña. Nunca regresó a su pueblo, pero siempre se mantuvo en contacto con su familia a través de cartas.



Fig. 17. Valencia y La Rioja unidos desde el año 1918.

Hilario no se adaptó, y regresó al poco tiempo a Valencia. Allí se encargó de hacer muchos cuentos de Cuba, lo que hizo que sus hijos siempre tuvieran curiosidad por conocer esta isla. Un hijo, con toda su familia, logró satisfacer su curiosidad: vinieron como turistas a conocer todo lo que habían oído sobre La Habana.

Es verdad que, aunque mi suegra no regresó a su Losa natal, nunca dejó de mantener contacto con su familia, y a través de las cartas a sus hermanos y sobrinos fortalecieron los nexos familiares.

<sup>2</sup> Se trata probablemente de Cee (N.E.).

En resumen, de los seis hermanos valencianos, cinco conocieron la experiencia de la emigración, dos regresaron y tres se quedaron para siempre en las tierras americanas. Claudia Cervera Torres falleció en 1981, sus restos descansan en el Panteón de la Sociedad Benéfica Burgalesa.

## UN EMIGRANTE RIOJANO

Mi suegro nació el 19 de agosto de 1885 en Castañares de Rioja, un pequeño pueblo de La Rioja. Se quedó huérfano de padre a los 4 años. Aprendió el oficio de albañil con su tío.

Cuando hicieron el sorteo de la mili, a él, que no lo quería, fue el único en el pueblo que le tocó ir a Melilla. Para evadirse salió por Francia con destino a Cuba en 1906.

Tenía dos hermanos: Adrián y Eustasia. Adrián se casó en España y tuvo una hija. El matrimonio emigró a Argentina, y dejó la hija en España por varios años. En Argentina tuvieron más hijos, y cuando la situación económica lo permitió mandaron a buscar a la hija que habían dejado en Castañares. El encuentro de los hermanos provocó cierta diferencia, pues los hermanos menores la llamaron siempre la Gallega. Eustasia también emigró a Argentina, donde se casó con un argentino y fundó una familia. Ninguno de los dos tuvo la oportunidad de regresar a España, los dos murieron en Argentina.

Se puede considerar que fue una casualidad que mi suegro viniera a Cuba, pues en realidad cuando se subió al barco no sabía ni cuál era su destino. Siempre mantuvo correspondencia tanto con su familia en España como con los de Argentina.

Siempre supo apreciar la buena cocina, y contaba que cuando llegó a Cuba, una de las cosas que más le impresionó fue ver frijoles negros en un plato. Varios años después su esposa le demostró que eran muy sabrosos y se convirtieron en un plato favorito para él.

Como todo emigrante tuvo sus altas y bajas económicas. Durante muchos años trabajó en la construcción, y en un momento en el que la suerte le dio la espalda, abandonó esa actividad y se convirtió en comerciante específicamente, en una pollería, hasta el año 1958 en el que se jubila. En este último trabajo contó siempre con el incondicional apoyo de su esposa, que lo ayudó mucho a sacar adelante el negocio.

Nunca pudo regresar a España. Tuvo siempre mucha relación con la Sociedad Castellana, de la que fue socio y directivo muy activo, ocupando el puesto de Vocal durante muchos años. Joaquín Guardamino Arguinzoniz falleció en 1965, y sus restos descansan en el Panteón de la Sociedad Benéfica Burgalesa.

## OTROS EMIGRANTES RIOJANOS

Mi cuñado se casó con una cubana que también tenía origen español. Los suegros de mi cuñado emigraron de La Rioja con tres hijos y otra familia del pueblo. Aquí trabajaron en el negocio de la tonelería las dos familias. La familia se incrementó hasta completar siete hijos, mi concuña (*sic*) fue la sexta de esta numerosa prole.

Estas dos familias y la de mi suegro tuvieron muy estrecha relación, pues todos eran riojanos y ávidos del recuerdo de la Patria chica. El matrimonio de mi cuñado materializó la unión de dos familias.

En los años de la crisis económica en Cuba, por el sistema de ayuda a los emigrantes consiguieron el dinero para que los padres y los dos hijos más pequeños retornaran a España. Allí vivieron varios años, pero no lograron salir del bache económico y decidieron volver a Cuba y reunirse de nuevo toda la familia. Este viaje sí fue definitivo.

En su día cada uno de los hijos se casó. La hija mayor contrajo matrimonio con un emigrante montañés, y junto a sus hijos visitaron España. Los otros seis hijos se casaron con cubanos.

Excepto los dos primeros hijos que nacieron en Cuba, los otros cinco conocieron España. Tanto los padres como los siete hijos de la familia Andollo Ortega descansan hoy en un panteón familiar en el Cementerio de Colón. Joaquín, mi cuñado, falleció en 1999, y sus restos descansan en el Panteón de la Sociedad Benéfica Burgalesa.

## MI FAMILIA CUBANA

Cirilo Villaverde, un escritor cubano del siglo XIX, ganó la fama con su novela Cecilia Valdés o La Loma del Ángel. Esa obra literaria se ha llevado a teatro, a ballet, a cine y en todos los ámbitos ha alcanzado éxito. El amor imposible de Leonardo Gamboa y Cecilia Valdés ha trascendido, y junto a esos personajes hay un lugar que se inmortalizó: la Iglesia del Santo Ángel Custodio. Para mí esta iglesia también tiene un valor especial: allí conocí a la bella criolla que me atrapó para toda la vida y con la que me casé en 1953.

En el momento que la conozco ella estaba preparando un viaje a España, con la gran ilusión de conocer a toda su familia y a la tierra de la que tanto había oído hablar, y a su vez los padres estaban muy orgullosos de que la familia española pudiera conocer a su hija mayor. A mí me gustó la idea de que uniera más sus vínculos con la tierra española, pero mientras los novios rompían sillones en las casas de los suegros, a mí me tocó esperar su regreso durante cinco años.

Siempre ha hablado de este viaje con mucha alegría, pues tuvo la oportunidad de conocer tanto a la familia riojana como a la valenciana, desarrolló sus dotes excepcionales de costurera y sólo le faltó ver nevar, pues siempre nevaba antes de que ella llegara o después que se había ido de un pueblo.

Mis dos hijos desde que nacieron oyeron hablar de España y de su familia. Recuerdo que cuando eran pequeños y me preguntaban por qué no veían la luna, siempre les decía “*la luna está en casa de las tías ahora*”. También en mi casa, todo el queso que se comía era de mi pueblo, pues yo les aseguraba que venía de Espinosa, que dicho sea de paso: qué sabroso es el queso que se fabrica en mi pueblo, es de leche pura de oveja y hace la delicia de todos los paladares.



Fig. 18. Comunicación constante entre la familia española y la cubana.

Como ya he contado, siempre mantuve la correspondencia (Fig. 18) con mi familia. Mis hermanas enseñaron a sus hijos a escribir a su tío de Cuba y mis hijos conocieron a través de las fotos a todos sus tíos y primos españoles y entablaron correspondencia desde edad muy temprana, y cada vez que se podía hablábamos por teléfono. A pesar de los kilómetros que nos separan logré, para mi felicidad, crear un puente entre mis dos familias.

¡Paisano!

Hay una revista que contribuyó mucho a mantener información actualizada sobre España y sobre todos los emigrantes en todos los países del mundo: Carta de España. Me suscribí a ella desde sus inicios, y todos en casa nos disputábamos su lectura. A ella le agradezco que contribuyera a aumentar el amor de mis hijos por mi querida Patria.

Les enseñé a celebrar las fiestas de mi pueblo, y siempre preparamos un almuerzo especial donde no faltaba un brindis con una botella de buen vino. Les expliqué el significado de cada una y lo que se hacía en mi pueblo para celebrarlas. La fiesta principal es la de Nuestra Señora de la Natividad, que se celebra el 8 de septiembre y que se disfruta durante varios días, donde se realizan múltiples actividades: concursos de pintura, verbenas, desfile de peñas, pasacalles, arrastre de piedras con bueyes, corrida del Toro de Fuego, mercado de ganado, desfile y concurso de carrozas y disfraces, bailables... (*sic*)<sup>3</sup> y como evento central la Misa solemne en la Iglesia de San Nicolás y la procesión. Siempre la Misa solemne se celebra el día 8 y el día 9 una por los difuntos. Hay siempre mucha música, y nunca faltan la gaita, un redoblante y una chirimía.

Todos los espinosiegos están agrupados en diferentes peñas. Cada una tiene un nombre que la identifica y un uniforme, la Peña de los Monteros es la de mi familia, usan pantalón o saya blanca y blusas y camisas a cuadros blancos y azules y una pañoleta roja. Hay muchas peñas y mucha competencia entre ellas, preparan actividades, carrozas y chiringuitos para las fiestas en completo secreto.

Además de la del 8 de septiembre, también hay fiesta el 15 de agosto en el barrio de Berrueza cuyo escenario principal es la Iglesia de Nuestra Señora de Berrueza, y el 5 de agosto la Romería de Nuestra Señora de las Nieves en Las Machorras. El entorno del santuario de Nuestra Señora de las Nieves es el escenario de esta romería, en la que participan las comunidades pasiegas de Burgos y Cantabria, junto a cientos de personas que acuden a contemplar esta celebración, declarada de Interés Turístico de Castilla y León.

La principal actividad de los pasiegos es la del ganado vacuno, donde se encuentra el germen de la fiesta. La fiesta arranca a primera hora de la mañana, cuando los danzantes salen a la entrada del pueblo para recibir a los visitantes. El grupo está formado por ocho danzantes, ocho muchachos del pueblo dirigidos por el mayoral, que es el mayor y quien dirige al resto. Además, hay otro personaje: el rabadán, que es el niño más pequeño y que lleva en sus manos un ramito de flores secas. Su misión es la de azotar al bobo, un personaje grotesco que simboliza al lobo y cuya misión es la de pedir limosna a

<sup>3</sup> Probablemente quiera decir bailes. (N.E.).

todos los que acuden, de no pagar el tributo no les permitirá la entrada. Todas las figuras guardan su simbología pasiega. Así, los danzantes representan a las ovejas, el mayoral al pastor, el bobo al lobo y el rabadán al perro del rebaño. Sobre las diez se oficia una misa para los danzantes que después volverán a la entrada del pueblo. Al mediodía todos los asistentes acudirán hasta la iglesia en procesión, para después dirigirse a la plaza del pueblo donde los danzantes “echarán” versos jocosos y sarcásticos relacionados con lo más sobresaliente que ha ocurrido durante el año en el pueblo. Ellos tienen una forma característica de hablar, que no es fácil de comprender por los forasteros. La celebración se completa con el plantón del haya a las puertas del pueblo el día 4, y con las fiestas chiquitas, el día 6, donde una carrera de burros y las competiciones del juego del tejo, declarado deporte autóctono rural, ponen el punto final a estos festejos.

**FERNANDEZ SOLANA Y CIA.**  
 ◀ IMPRENTA, PAPELERIA, ENCUADERNACION, RAYADO Y SELLOS DE GOMA ▶

**TARIFA DEL YIMBRE**

FACTURAS COMERCIALES			LETROS, FRASES, DIBUJOS Y MUEBLES		
DECRETO 127 N.º 100 de Septiembre de 1966			Ley de Imprenta de 1966		
Por...	Por...	Por...	Por...	Por...	Por...
1.000	1.000	1.000	1.000	1.000	1.000
2.000	2.000	2.000	2.000	2.000	2.000
3.000	3.000	3.000	3.000	3.000	3.000
4.000	4.000	4.000	4.000	4.000	4.000
5.000	5.000	5.000	5.000	5.000	5.000
6.000	6.000	6.000	6.000	6.000	6.000
7.000	7.000	7.000	7.000	7.000	7.000
8.000	8.000	8.000	8.000	8.000	8.000
9.000	9.000	9.000	9.000	9.000	9.000
10.000	10.000	10.000	10.000	10.000	10.000

**MERCADERES 158-160. APARTADO 751. TELF. 61-1254**



Fig. 19. La vida entregada a una imprenta.

En mi corazón siempre ha estado la condición de español, pero la ciudadanía la pude mantener hasta finales de 1955, cuando por motivo de las leyes laborales, y pensando en mi esposa y mis hijos, que habían nacido en esta tierra cubana a la quiero y agradezco tanto, decidí optar por la ciudadanía cubana, aunque en el año 1996 volví a recuperar mi ciudadanía española.

Desde el punto de vista laboral tuve una estabilidad muy grande toda mi vida, pues desde que llegué Cuba hasta que me jubilé sólo trabajé en imprenta.

ta. Empecé como mozo de limpieza, y paso a paso progresé hasta llegar a ser gerente. Trabajé como vendedor y adquirí una gran habilidad, puedo decir que era muy difícil que en un comercio donde yo ofrecía mis productos no lograra algún negocio. En la imprenta de la calle Mercaderes (Fig. 19) estuve hasta que se cerró en el año 1962, después estuve en una en la calle Muralla también en La Habana Vieja.

En el año 1966 ocurrió un cambio muy inesperado para mí: después de haber trabajado toda mi vida en La Habana Vieja, a partir de ese año me ubicaron en una imprenta de la calle Infanta, donde estuve hasta que me jubilé en el año 1979. Durante estos últimos años de mi vida laboral me desempeñé como jefe de almacén. En este lugar conté con la compañía de un asturiano, que nos conocíamos desde hacía muchos años, y que por primera vez coincidíamos en la misma imprenta, así que puedo afirmar que durante los 59 años que trabajé en Cuba siempre tuve paisanos a mi alrededor.

Estando trabajando en la calle Infanta recibí una noticia muy triste, la muerte de una de mis hermanas. Era la primera en dejarnos, y mi hijo fue el encargado de darme la noticia. Me dolió mucho, no pude volver a abrazada, ¡triste destino de los emigrantes!

En el año 1979, cuando me jubilé, realmente estaba fuerte y no sentía ninguno de los achaques de la vejez, pero mis hijos ya estaban trabajando y mis hermanas me ofrecieron algo maravilloso y muchas veces deseado: una invitación para visitarlas. ¡No lo pensé dos veces, jubilación y viaje! (Fig. 20).



Fig. 20. Después de 39 años, ¡Espinosa!



## MI JUBILACIÓN

Fue una oferta demasiado tentadora. Decidí incorporarme al grupo de los jubilados, aunque no cogí la jabita (*sic*) para buscar el pan, pues a partir de ese momento dediqué todas mis energías al trabajo en la Sociedad Benéfica Burgalesa a la que siempre estuve vinculado, pero que ahora recibía toda mi dedicación..., después de mi regreso de España.

Recuerdo que en la actividad que hicieron en la imprenta para despedirme les dirigí la palabra: *“ustedes que son jóvenes desarrollen el amor al trabajo, porque sin él, el hombre está perdido. Trabajen para que cuando les llegue este momento puedan disfrutar de una pensión decorosa”*, pues pienso que hay que inculcar en los jóvenes la disciplina laboral, pues *“la enfermedad del mundo es que no se quiere trabajar”*.

Habían pasado muchos años y el mundo había cambiado mucho. El Atlántico lo había cruzado ya tres veces, pero en un vapor, ahora de mar nada, era por aire en un avión de Iberia. Mi llegada a Barajas fue inolvidable, todas mis hermanas vinieron a Madrid a esperarme, además de casi todos mis sobrinos y sobrinos nietos. No creo que ningún Jefe de Estado se haya sentido mejor recibido que yo aquella mañana de abril de 1979. Gracias a Dios, a nadie hubo que llevarlo al médico. Una sobrina grabó un casete con la conversación, que mis hijos conservan como un tesoro, después el almuerzo de bienvenida en un restaurante. Sé que debió estar muy sabroso y bien preparado lo que sirvieron y que el restaurante estaría precioso, pero no me pidan que les cuente sobre eso pues yo solo tenía mente para no dejar de mirar a mis hermanas y sobrinos y sentir la tristeza de que no estuvieran mi esposa e hijos conmigo. Una vez más la alegría mezclada con la tristeza, esa es la sal de la vida.

Por supuesto me faltaba una gran emoción: llegar a mi pueblo, esa tierra de cuyo nombre no puedo olvidarme nunca, Espinosa de los Monteros (Fig. 20). La recorrí de punta a punta, conversé con todos los amigos y vecinos, comí los frutos de la tierra y la leche, queso y mantequilla que la da a conocer en el mundo, respiré su aire y me extasié con su cielo, subí sus montes y me imaginé pastoreado cabras y ovejas, y sentí de nuevo el frío de su clima.

Tuve la satisfacción de ver a la hija de mi maestro, ya una señora muy anciana, que me saludó con mucha efusión y que se acordaba muy bien de mí, y me dijo que su padre siempre había dicho que yo triunfaría en la vida, aunque nunca sabré si era una mentira o una verdad, fue agradable oírlo, ¿qué piensan ustedes?

Allí me contaron que como en Espinosa no hay hospital materno, todas las mujeres espinosiegas embarazadas van a Bilbao, por tanto cuando nacían sus hijos los inscribían como bilbaínos y si eso continuaba así Espinosa se quedaba sin habitantes nativos, y ya se llegó al acuerdo que, aunque los niños



nazcan en Bilbao, si la madre es de Espinosa, el niño es espinosiego, ¡qué alegría!

En la época de mi madre este problema no existía, pues los niños venían al mundo en las casas.

Mis sobrinos me dieron a conocer mi Patria, pues me llevaron a muchos pueblos y ciudades de su geografía, pero les confieso algo: siempre deseaba que la excursión terminara para regresar a mi Patria chica, era para mí la más bonita y donde mejor me sentía.

Durante este viaje comprobé algo, en Cuba he sido siempre el *Español* (pues aquí no identifican de que provincia uno es nativo) y en España yo soy el *Cubano*, ¡triste suerte la del emigrante! No sé si lo hago sin darme cuenta o si es una rebeldía interior por esta dualidad no aceptada, pero muchas veces a españoles con los que hablo les digo: “¡Cubano!” y tengo por hábito decide a los cubanos: “¡PAISANO!”.

En este viaje conseguí un mapa de España que coloqué bajo el cristal que cubre mi escritorio en casa, y cuando me siento por las noches a leer o hacer algún trabajo de la Sociedad siempre le dedico un rato a recorrer con la vista los lugares de mi Tierra que visité, y en mi mente repaso todos los rincones de mi pequeña aldea.

De regreso a mi Habana, pues creo que nadie me discuta que también es mía, como ya no tenía que ir a la imprenta, organicé mi tiempo: dar paseos y trabajar para la Sociedad Benéfica Burgalesa, de la que ya era Presidente desde el año 1976.

Para mis paseos elegí fundamentalmente el Malecón, ese símbolo de La Habana que añoran todos los cubanos cuando están lejos y que los que no somos cubanos de nacimiento veneramos, quizás porque desde su muro pensamos que estamos más cerca de nuestro origen o porque simplemente admiramos ese mar y ese cielo tan azules. En esa avenida, punto obligado de visita de los turistas, conversé con toda persona que por mi lado pasaba, lo mismo cubano que extranjero. Me es fácil identificar a los españoles y con ellos siempre echaba una parrafada. Les hablaba de Cuba y sus bellezas, y ellos me contaban de España. No sé el nombre de ninguno y ellos el mío tampoco, pero si me permiten me puedo considerar como un buen guía turístico, teniendo en cuenta a todas las personas que conocí.

Les puedo contar una anécdota: un cubano que siempre me veía pasar desde la ventana de su oficina, se decidió a conversar conmigo y le hablé de mi vida y se sintió motivado y me hizo una poesía que mis hijos conservan con amor. Sólo hay un detalle, siempre que alguien que no conocía me preguntaba mi nombre yo respondía Juan Palomo, al igual que si me preguntaban la edad decía 25, por tanto la poesía está dedicada a Juan Palomo.

Tengo otra anécdota: una vez conversando con un matrimonio español, me comentan que traían una carta de parte de unos amigos de Vitoria y necesitaban que les orientara para llegar a la dirección del sobre, ¡la carta era para mi esposa!

En cuanto al trabajo en la Sociedad, una tarea que me propuse fue conocer a todos los asociados e incorporar más socios. Ya en los finales de la primera mitad del siglo XX la emigración española hacia Cuba y en general América fue disminuyendo hasta casi desaparecer, y por otra parte en las décadas de los 50 y 60 muchas personas emigraron de Cuba hacia los Estados Unidos y otros países, todo contribuyó a que la fuerza y dinamismo de las sociedades españolas se debilitara mucho. Yo pensé que visitando a los socios podía lograr un resurgimiento, tratando de lograr su participación y la incorporación de amigos y familiares, por eso asumí las funciones de cobrador.



Fig. 24. España y Cuba unidas en una foto y siempre en mi corazón.

Traté de mantener, junto con los miembros de la Directiva, las actividades establecidas en el reglamento, las juntas y la Misa anual en honor de San Pedro y a su vez yo asistía a las que organizaban las otras sociedades. Participé asiduamente en los actos convocados por el Consulado español, y asistí con mucho entusiasmo a la programación del Festival la Huella de España.

Se fundó en 1970 la Agrupación de Sociedades Castellanas-Leonesas, la que tuve el honor de presidir de 1988 a 1994, y con la cooperación de todos los directivos de las sociedades que la integran y de algunos socios entusiastas se empezó a rescatar el interés por pertenecer a estas entidades.

Con el objetivo de que la emblemática Sociedad Castellana de Beneficencia no desapareciera, acepté ser su Presidente en el año 1981, cargo que ocupé con mucho amor, y creo que puedo sentirme satisfecho pues hoy la Sociedad está viva y con nuevos bríos.

## JUAN

<p><i>PALOMO que en suave brisa Bate su retirada Aferrándose a la vida Saltando murallas Doblando rodillas Levantas tu mirada y una cortina de casi 80 años Tiñe tus mejillas Que suave y lento andar Que seguro al pisar El muro milenario De los viejos castillos Tejidos en el aire, Con la niñez al hombro En los viñedos plateados De una tierra querida, recordada, Presente en la mirada De una ingenua mujer Que sacudió tus sienes Engavetó una bala Y te llamó de lejos,</i></p>	<p><i>Allí en la madrugada que decidió tu vida, Que te cambió la Patria Para sembrarte en otra De cálidas tonadas y mar embravecido Calmado por tu andar de rey resplandecido Que busca en el ocaso el tesoro perdido De la vida y la risa De la luz y la prisa ¿Qué guardas para otros Caminante infinito? Vencedor del cansancio Detonador de mitos, Casi ochenta años, Y vives Y suspiras Y sueñas y caminas kilómetros de vida, Con tus zapatos blancos, y mi envidia.</i></p> <p style="text-align: right;">8 de octubre de 1987</p>
--	---

En el año 1984 tuve una alegría inmensa, mi hermana más pequeña vino a Cuba. Fueron unos días maravillosos, que mi hermana estuviera en mi casa,

conociera a mi esposa y a mis hijos (Fig. 24), que pudiera enseñarle los lugares por donde había transitado en esta bella ciudad, era algo con lo que nunca me atrevía soñar. Y para mayor dicha, tuve la suerte de que se repitió esta visita en el año 1989. Con su presencia logré que un lazo real se estableciera entre mi familia cubana y la española. Para consolidar esta unión hemos tenido la suerte de que varios de mis sobrinos y mis sobrinos nietos nos visitaran posteriormente.



Fig. 25 Intercambio de impresiones para aumentar la prosperidad de las Sociedades Castellanas.

Cada día le doy gracias a Dios por haber sido tan benévolo conmigo, pues la experiencia de volver a mi tierra la he podido repetir seis veces más y con una gran alegría adicional pues en tres de esos viajes me acompañó mi hija. Pude lograr que al menos uno de los cubanos conociera a todos los españoles, tuve la gran ilusión de ver a mis hermanas junto a mi hija, una imagen siempre soñada, y escuchar de labios de mi hija frases de alabanza para mi Espinosa entrañable, ¡qué más se puede pedir a la vida!

En cada uno de los viajes que realicé siempre me hospedé en la casa donde había nacido y donde todavía vivía una de mis hermanas, por supuesto que tiene algunos cambios que la vida moderna va imponiendo, pero no se puede comparar con los pisos de nueva construcción. El resto de la familia me ofreció sus modernas casas, pero siempre las rechacé, volver a dormir en la casa donde se había fundado mi familia era un anhelo permanente. En una ocasión subí al pajar, y pude comprobar que los baúles que había llevado en el año 1936 todavía estaban ahí, y encontré un documento que reconoce el

final del entrenamiento militar de mi padre. Lo traje para Cuba para que mis hijos lo conserven.

**LA AGRUPACION DE SOCIEDADES CASTELLANAS  
DE CUBA.**

Acordó por unanimidad en su Asamblea General celebrada el 21 de julio de 1994

otorgarle la condición de:

**PRESIDENTE DE HONOR.**

Al señor:

**Eloy Pérez Baranda**

y con constancia firman este DIPLOMA

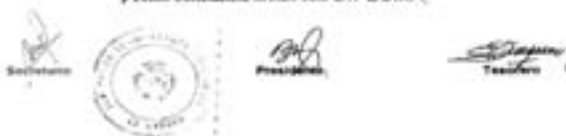


Fig. 26. ¡Gracias, paisanos!

Por supuesto que durante estos años, entre viaje y viaje hubo despedidas definitivas. Todas las despedidas son muy dolorosas, pero la muerte de mi hermana más pequeña ocurrió en el año 1994 en el mes de mayo y en casa no me lo dijeron, pues en aquellos días yo no estaba bien de salud, pero en enero de 1995 se empezó a hablar de un nuevo viaje a España y mi hija decidió que yo debía saber la noticia pues era peor que cuando llegara a Espinosa me enterara. Un domingo por la tarde me dio la noticia. Recuerdo mi respuesta “*por eso les he dicho siempre a tu hermano y a ti que no se separen, ni abandonen la Patria, si yo no hubiera salido de España, hubiera estado junto a ella para cerrarle los ojos*”.

Primero solo, y luego con mi hija, visité el lugar donde mis seres queridos descansan para siempre en mi Espinosa natal, esto me hace recordar que en uno de los viajes que realicé con mi hija me enfermé muy grave, ¡pobre hija mía qué susto pasó! Decidió avisar a su hermano y a su madre por si sucedía lo peor, en un momento que me preguntó si quería mandar a decir algo a Cuba sé que le contesté: “*todos tranquilos, a mí me entierran en el Panteón de los burgaleses en La Habana*”.



Fig. 27. Con gusto te entregué todo mi esfuerzo.

No había nacido cuando la Sociedad Benéfica Burgalesa se fundó, pero sí pude en el año 1993 cuando cumplía sus primeros 100 años de creada celebrarlo con una pequeña actividad en el local de la calle San Rafael (Fig. 25) donde radicábamos en esa época. La Agrupación de Sociedades Castellanas -Leonesas, en 1994, me otorgó la condición de Presidente de Honor (Fig. 26), documento que conservo con mucho cariño pues disfruto mucho al ver a las sociedades castellanas unidas en un objetivo común: contribuir al bienestar de los castellanos y leoneses y sus descendientes.

En el año 1995 ocupaba la presidencia de la Sociedad Benéfica Burgalesa y de la Sociedad Castellana de Beneficencia. Analicé que tenía ya 89 años y era el momento de que una generación más joven ocupara mi puesto, y así se lo hice saber a la directiva de cada sociedad.

La Sociedad Benéfica Burgalesa en enero de ese año me otorgó el título de Presidente y Socio de Honor *ad Vitam* (Fig. 27). Y en el mes de julio del mismo año 1995 la credencial de Vocal Nato. También tuve la satisfacción de que la Colonia Salmantina me otorgara el status de Socio Honorario, ¡gracias, paisanos!

En el año 1997 quise ir a España una vez más, ya tenía 91 años y quería ir para despedirme de mi tierra y de mi familia. Los vi a todos y disfruté en las fiestas de mi pueblo de los meses de agosto y septiembre, quería estar seguro de que Espinosa de los Monteros (Fig. 28) es tan bella como siempre pienso.

Cuando se inauguró el local social de Neptuno 519, el 5 de abril de 1998, con la presencia de una representación de la Junta de Castilla y León hicieron

un reconocimiento público de la labor que había desarrollado durante toda mi vida en las sociedades castellanas. Todos los asistentes me ovacionaron y lograron que mi corazón latiera más aprisa. También me otorgaron el certificado de Delegado de Honor de la Federación de Sociedades Españolas de Cuba (Fig. 29).



Fig. 28. Aunque salí con 14 años, ésta es mi casa.

Me siento orgulloso, porque a pesar de haber vivido desde el año 1920 en Cuba, tengo siempre a España en mi corazón junto a esta bendita tierra donde han nacido mis hijos y he sido capaz de transmitirles ese amor por la Patria donde nacieron y por la otra que vio nacer a su padre.

También es para mí motivo de satisfacción que hoy en día España ha dejado de ser la fuente de emigración de la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, de donde partieron cientos de miles de españoles, y que ahora ha pasado a ser de cierto modo un país de inmigración, es evidente que mi Patria se está integrando al mundo desarrollado. ¡Viva España!

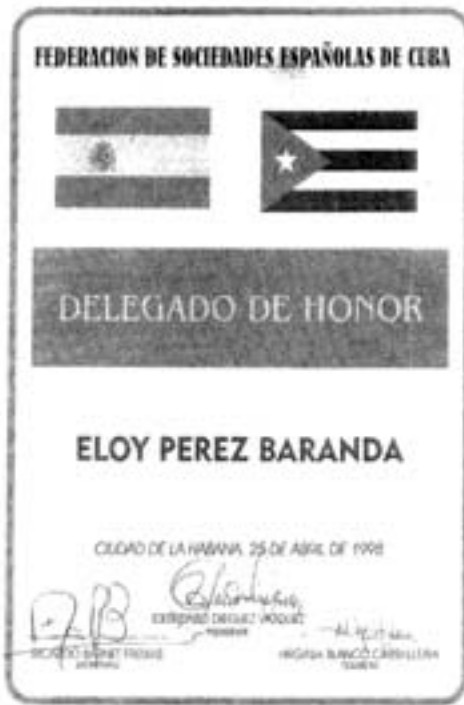


Fig. 29. Burgaleses, castellanos, españoles ¡muchas gracias!

## EPÍLOGO

Lector amigo, si has leído estas hojas y has sentido que tu corazón ha latido un poco más aprisa, si te ha hecho recordar un trozo de tu vida o si te has sentido coprotagonista de esta historia, entonces te mereces conocer un secreto: la redacción no fue hecha por el protagonista, la escribimos sus hijos como un homenaje al *PAISANO*. Todo el documento hemos tratado de redactarlo tal y como él lo hubiera escrito, y los textos entre comillas corresponden a frases textuales pronunciadas por nuestro padre y que nos parece estar oyendo.

Federico Luppi, el famoso actor argentino, que ahora reside casado con la actriz riojana Susana Hornos en Logroño, dijo estas palabras en una entrevista: *La añoranza, si nos hace felices, no nos sirve para ver las cosas de frente. Amo entrañablemente a mi país, pero no permito que me impida gozar mi día a día español*". Creemos que nos puede servir para resumir la forma en que enfrentó la vida nuestro padre y se la tomamos prestada a Federico



para escribirla así: *“La añoranza nunca me hizo infeliz, por eso pude ver las cosas de frente. Amé entrañablemente a mi país, pero no permití nunca que me impidiera gozar mi día a día cubano”*.

Eloy Pérez Baranda murió el 5 de junio de 1998, y sus restos están depositados en el Panteón de los burgaleses, como él aseguró.

*¡Paisano, descansa en paz!*



# Boada en la memoria

Pilar Sánchez

Transcurría el invierno de 1920 cuando toda su vida cambió. El mundo limitado a la familia, a las casas de Boada y Fuentes de San Esteban, a las descripciones de una lejana Salamanca y las historias de guerra en los campos de batalla de Francia, donde pelearon el padre y otros familiares y vecinos de la aldea durante la Primera Guerra Mundial, quedó atrás para siempre. Se abrían nuevos horizontes, con misterios y descubrimientos a cada paso.

Para la niña de cinco años, Emilia Garzón Benito, sin embargo, hasta los más pequeños detalles de esa breve vivencia en su natal Boada, quedaron impresos de manera indeleble en su memoria. Ahora, a la altura de sus 90 años, asombra a familiares españoles y cubanos con la vívida imagen que guarda de la casa natal, de los toros pastando en la pradera visible desde una ventana posterior de la vivienda, de las comidas preparadas en el hogar de carbón al centro de la habitación principal, alrededor del cual se desarrollaba la vida en común.

El primero en emigrar fue el padre, Mariano Garzón Torrens, quien respondió a la oferta de un tío de la esposa, establecido en La Habana, donde era dueño de una sastrería. Meses más tarde le seguiría la madre, Teresa Benito Corral, acompañada de Emilia de cinco años y María de los Sucesos, menor de dos años.

Del viaje Emilia recuerda haber ido primero a una casa en Ciudad Rodrigo, perteneciente a la familia Corral. De buena posición económica, esta residencia te impresionó no sólo por su mobiliario lujoso, sino por un baño muy distinto al que conocía hasta ahora, situado dentro de la casa (en la aldea eran excusados fuera de la vivienda principal), y que se descargaba halando una cadena, lo cual la asustó tanto que no quiso volver a utilizarlo.

Miembros de la familia en Ciudad Rodrigo las acompañaron hasta el punto de embarque en Cádiz, donde vio el mar por primera vez para atravesarlo en un barco de dimensiones que le parecieron inmensas a su pequeñez. De acuerdo con la Cartera de Identidad de emigrante, a nombre de María Teresa Benito y Corral, número 83571 que conserva hasta hoy Emilia, junto a su madre y hermana, abordaron el buque Alfonso XIII el 9 de diciembre de 1920 rumbo a Cuba.

## UNA ISLA COMO DESTINO

Una nueva oleada de decenas de miles de emigrantes procedentes de casi todas las regiones de España vinieron en las primeras décadas del siglo XX a probar fortuna a Cuba, de donde algunos coterráneos volvían ricos y aseguraban su ulterior vejez en la madre patria. Aunque la laboriosidad y economía de la mayoría ayudó a mejorar sus expectativas de vida bajo el sol tropical, no todos cumplieron su sueño de regresar a la aldea con los bolsillos llenos. Esta es una de esas historias.

Una vez reunida la familia Garzón-Benito en La Habana, los Corral le dieron albergue en una edificación adjunta a la casa principal, en la esquina de Santa Catalina y Juan Delgado, en la Víbora, hoy Municipio 10 de Octubre, que actualmente alberga a una Escuela Especial. Este sería su hogar transitorio hasta que empezó Mariano a construir su propia casa en Pasaje Este número 22, entre General Lee y Lacret, Santos Suárez, casa que aún existe, pero con otros propietarios.

La sastrería, situada en la calle Corrales en la actual Centro Habana, fue el sustento principal de la familia Garzón Benito hasta que fue cerrada por los años 40, después de la muerte de Corral y el despilfarro hecho por el joven hijo de la fortuna del padre. En estas circunstancias, el padre de Emilia buscó una nueva ocupación y abrió una pequeña zapatería en la esquina de Santos Suárez y San Julio, también en Santos Suárez.

De acuerdo con familiares en Boada, con quienes Emilia restableció contactos sólo recientemente, los oficios realizados por la familia Garzón y Benito en España eran precisamente la sastrería y la confección y reparación de calzado.

Emilia sufrió los avatares del resto de las jóvenes de escasos medios de aquellos tiempos. El trabajo de bordados y modistería sustituyó a sus sueños de maestra normalista, tronchados por el cierre de esa escuela durante la dictadura de Gerardo Machado. Buscando desenvolverse en esta coyuntura, estudió mecanografía y taquigrafía, pero el padre no la dejó trabajar fuera de casa. No obstante, siendo la mayor de tres hermanas, Emilia ayudó al sostén de las más pequeñas, María de los Sucesos y Mariana, aceptando encargos

de bordado y costura que le ganaron cierto prestigio de buena modista en el barrio.

La buena administración de Mariano y Teresa de los magros ingresos de la familia, sin embargo, permitieron a todos pasar los difíciles años 30 y todavía sacar un peso o dos para mandar junto a sus cartas a los parientes que permanecieron en la aldea. Sólo recientemente, conoció Emilia por el hijo de una prima, Justi Hemández, quien dio fe de aquellos envíos, que esas pequeñas donaciones mantuvieron vivos a toda la familia después de la devastación ocasionada a España por la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial.

La música, las costumbres austeras y la comida española siempre ambientaron la casa de La Habana y, aunque Mariano, Teresa y sus hijas no eran miembros ni asistían regularmente a actividades organizadas por la sociedad castellana, los padres mantuvieron el fuego vivo del amor por España, mediante la correspondencia y oyendo las transmisiones de radio desde la península Ibérica.

Con el tiempo, la casa de los padres resultó cada vez más pequeña para las tres jóvenes casaderas. Emilia, por ser la mayor, fue la primera en comprometerse con un joven que vivía en la misma cuadra de la zapatería de Mariano: Alfredo Fors Sánchez, descendiente de catalanes por parte de padre y de canarios por parte de madre.

## DEL DICTADO DEL PADRE AL DEL ESPOSO

De espíritu independiente para la época, Emilia relegó el interés de ejercer el magisterio, primero, y luego de poner en práctica sus conocimientos de secretariado, para dedicarse al esposo, con quien contrajo matrimonio en 1940, y a criar tres hijas después. Pocos meses luego de la boda, sin embargo, la vida puso a prueba su amor, tratando de arrebatarle a Alfredo, quien contrajo el llamado “tifo negro”<sup>1</sup>. Emilia pidió ingresar con él en el pabellón de infecciosos del hospital de la Asociación de Dependientes de La Habana y allí permaneció hasta su restablecimiento casi dos meses después. La enfermedad del esposo también la hizo interrumpir el embarazo que recién comenzaba por temor a que afectara el feto.

Recuperados ambos de aquella trágica etapa, Emilia pudo tener familia, y en la búsqueda de un hijo varón, dice ella sonriendo, el matrimonio tuvo tres hijas: Elsy, Elina y Emilia. Empezó a compartir los ideales del esposo, pagador del muelle de Atarés, tesorero del Sindicato Portuario, a la sazón dirigido por Aracelio Iglesias y afiliado al Partido Ortodoxo. Ella cuenta de los valien-

<sup>1</sup> Tifus (N.E.).

tes alegatos de Eduardo Chibás, cabeza de ese partido, y cómo el suicidio de éste afectó a la mayoría del pueblo que asistió en masa a su entierro.

Por dictados legales de aquellos años, y en la esperanza de trabajar fuera de casa algún día, Emilia asumió la nacionalidad cubana, que era la del esposo. Pero nunca para él ni para la familia Fors dejó de ser “la gallega”, mote (con significados que iban del cariño al desprecio) que se le da en Cuba a todos los españoles, sean andaluces, asturianos, catalanes o castellanos por igual. Quizás los únicos excluidos de ser llamados gallegos, eran los “isleños”, inmigrantes procedentes tanto de las Islas Canarias como de las Baleares.

Una expresión transmitida por Alfredo a su madre y hermanas y luego a sus hijas era que lo mejor llegado de España eran “Emilia y el jamón serrano”. Amaba los platos de la cocina española preparados por Emilia, quien junto a su suegra le incorporó los más gustados de la gastronomía criolla. Así era ella quien preparaba todas las tortas de los cumpleaños de las hijas, quienes recuerdan sobre todo los pudines, helados, natillas, arroz con leche y torrijas (*sic*).

De la abuela Teresa, las hijas recuerdan sus garbanzos fritos con chorizo, la tortilla de papas, cebolla y perejil cocinada a fuego lento, así como el cocido que en Cuba suele llamarse “caldo gallego”, con carne, embutidos, berza, nabo y papa. El bacalao también formaba parte de varios platos de la cocina de la madre de Emilia.

Buen esposo y mejor padre, Alfredo era también un fiel amigo. Acostumbraba llevar a estibadores y trabajadores de los muelles a almorzar en casa, gustaba de salir los domingos a la playa y el campo y realizó con Emilia dos viajes al exterior, pero ninguno a España. En 1950, Alfredo dejó el trabajo en los muelles para establecer su propio negocio de forrajería (venta de pienso para animales y útiles agrícolas), en San Francisco de Paula, a 12 kilómetros del centro de La Habana. Hombre confiado y honesto, Alfredo chocó contra el medio hostil de la competencia en el mercado que incrementó sus esfuerzos por sostener a la familia.

Trece años duró esa unión que sólo se rompió con la muerte precoz y súbita de Alfredo en 1952, a punto de cumplir los 37 años, por una trombosis coronaria. Emilia quedó viuda con tres hijas de ocho años, seis y uno y medio. Nunca más volvió a casarse por el temor a que un nuevo cónyuge maltratara a sus niñas. Así ejerció, en las más duras circunstancias, la independencia que de joven deseara, pero esta vez para sacar adelante una familia de la que fue y sigue siendo hasta hoy el horcón principal.

## CORAJE Y TERNURA

Emilia tuvo entonces que tomar decisiones dolorosas, pero necesarias. Renuente al principio a separarse de las hijas, la madre debió escoger por el

bien de éstas y dejó ir a la mayor, Elsy, con la cuñada que vivía en New York, quien se ocuparía de darle educación en ese país. Elina, la mediana, quedó en manos de la cuñada Hortensia y la abuela por parte de padre, Modesta, quienes vivían en Santos Suárez, mientras la más pequeña entró en un internado de primaria a cargo de una orden de monjas mexicanas, situado en la Calzada de Luyanó y llamado “La Sagrada Familia” y posteriormente, con los padres de Emilia.

No obstante esta desgarradora separación, Emilia siguió jugando su doble papel en el corazón de sus hijas. Incluso en el de la más lejana, cuenta ella, quien le escribía para que vendiera el establecimiento y el automóvil de reparto, a fin de irse a trabajar a Estados Unidos. Allí finalmente fue, acompañada de Etina, para reunirse con Elsy y trabajar en un taller de costura, el mismo donde trabajaba su cuñada. Dos años después debió regresar de urgencia en 1957, por una crisis de vesícula que terminó en el salón de operaciones.

Al término del curso escolar en mayo de 1958, Elsy regresó junto a su madre y no viajaría más a Estados Unidos a fin de estudiar secretariado, poder trabajar lo antes posible y contribuir al sustento de la familia, en ese momento dependiente de la costura de Emilia y algunos aportes del abuelo Mariano.

Irrumpe entonces la Revolución con toda su carga de cambios, sobre todo en las costumbres de su gente. Emilia se trasladó con sus hijas de la casa de sus padres, la que Alfredo construyó cuando se casaron, atrás de la residencia principal de la familia Fors, donde reside actualmente. Todas las posibilidades de educación y trabajo se abren ante las hijas y aunque mantiene el espíritu protector sobre ellas, deja que abran sus alas, viéndose realizado en ellas lo que no pudo alcanzar en su juventud.

Cambios bruscos habría de asimilar respecto a su vida anterior. Su hija mayor empieza a trabajar de secretaria a los 16 años, la segunda, Elina, se incorporó a la campaña de alfabetización y es situada en Pinar del Río, donde viajó Emilia algunos fines de semana y cuando esta cumplió sus 15, la fecha se celebró de manera modesta con una torta confeccionada por ella junto a la familia campesina a la que fue asignada la hija para alfabetizar a sus miembros.

Quizás la situación más difícil sería aceptar que la hija más pequeña, Emilia, ingresara en una carrera militar, con la aversión que toda la vida tuvo a las armas y la violencia. Pero una vez dado ese paso, siempre alentó a las hijas a trabajar y defender un gobierno que les había dado las oportunidades que ella no tuvo y cuyos principios eran los mismos que predicaba el esposo Alfredo.

Como unida mantuvo a la familia más cercana, lejos se irían sus hermanas, cuñadas, sobrinos y suegra. Perdió a sus padres, Teresa murió en 1960 y Mariano en 1967. Las hermanas, una estaba ya en Venezuela antes de la Revolución y otra se fue a Estados Unidos a principios de los 60, dejándose

influir por los rumores que le quitarían la patria potestad sobre sus hijos. La familia de Alfredo saldría más tarde rumbo a Estados Unidos, dejando la casa donde hoy vive Emilia y dos de sus hijas.

### UNA NUEVA GENERACIÓN

Una vez desaparecidos sus padres, Emilia asumió el relevo en la tarea de inculcar en los más jóvenes el amor a España, su música y tradiciones. Si sus hijas y nietas no se inclinaron hacia el baile español, siempre había fiestas de disfraz para las que ella confeccionaba improvisados trajes de gitana o española con retazos de vestidos, añadiéndoles abanicos, castañuelas y mantillas que guardaba para esas ocasiones.

Dice haber tenido la oportunidad de conocer Madrid, por donde pasó en tránsito en dos ocasiones, en viaje hacia y desde Londres, donde la hija mayor se desempeñó como corresponsal de la agencia Prensa Latina. Antes acompañó a Elsy a Moscú, donde realizó igual función. Pero a pesar de esos viajes, nunca pudo regresar a Boada, de la que solo la separaron tres horas en automóvil desde Madrid.

Emilia Garzón dice tener una vejez feliz, rodeada de sus tres hijas, cuatro nietos (dos varones y dos hembras), dos biznietos y otro en camino. “Por otra parte, igual que nunca me olvidé de ella, tampoco España se ha olvidado de mí, porque ahora recibo una pensión del gobierno de Castilla y León”, que según cuenta, la ayuda a contribuir a los gastos de la familia. Desde hace seis años es miembro de la sociedad Salmantina, una de las sociedades castellanas de Cuba, y sus reuniones son citas obligadas con los demás emigrantes.

Después de cumplir 90 años el 12 de noviembre de 2004, piensa que el único sueño que no se le ha cumplido es el de volver a ver la aldea, pero “mi hija fue en el año 2001 y trajo fotos de la que fue mi casa, tal y como yo la recordaba”. Desde hace algunos años, agrega, “tengo el placer de la visita de Justi, el hijo de una prima muy querida que me trae noticias de la familia que nos queda allá.”







Teresa Benito Corral, madre de Emilia, con su hermana María de los Sucesos, en la época cuando llegaron a La Habana desde España. (1920)



Mariano Garzón Torrens, padre de Emilia, como estaba cuando llegó a La Habana (1919-1920).



Juan Corral, tío de Emilia, quien trajo al padre de Emilia a trabajar en su sastrería con la nieta María.



Abuela de Emilia, Isabel Corral, con dos nietos.





Primos de Emilia, Consuelo y Eugenio Corral, desde Ciudad Rodrigo, Salamanca (1923).



Padres de Emilia con sus tres hijas  
(Emilia de pie junto a su padre).



Hijas, nietos y biznietos de Emilia en el Día  
de las Madres (mayo de 2004).



Tía de Emilia, Elisa Benito Corral, con la hija Francisca (1920-1922).



Emilia y su padre Mariano junto a las tres hijas de Emilia, con motivo de los 15 años de la más pequeña, Emilia, primera a la izquierda, junto a Elina y Elsy (1966).





Emilia (izq.) junto a su esposo Alfredo Fors (der.) y su hija Elsy en el cumpleaños de su otra hija Elina. (1948)



Emilia al cumplir 90 años en noviembre de 2004.





# Mi familia en Cuba

Laureano Sendín Martín

Nací en Marianao el 29 de marzo de 1939, hijo de pequeños comerciantes.

Cursé mis estudios primarios en escuelas particulares de barrio. Los grados 4º y 5º los cursé en la Escuela Gratuita de Belén hasta el año 1949, en el cual comienzo a trabajar con mi padre en una carnicería; simultaneando el trabajo con el estudio. Cursé la Segunda Enseñanza en el Instituto de Marianao, donde me gradué en Bachiller de Ciencias, en el año 1960. En el año 1963 comienzo los estudios de la Enseñanza Universitaria, trabajando y estudiando. Terminó en el año 1968, graduándome de Ingeniero Electricista: Especialidad en Control Automático.

Mi vida laboral comienza en el año 1959, en la Pasteurizadora “San Bernardo”. Pasando en 1964 a la Escuela de Automatización Industrial del Ministerio de Industria. Después de graduarme, trabajé en el Centro de Automatización Industrial hasta 1975, que me trasladé a la Dirección de Ingeniería del ICP.

Posteriormente trabajé en el Vice Ministerio de Desarrollo del MIQ de 1977 a 1980, en la empresa constructora del Metro de la Ciudad de La Habana, del 1987 a 1989.

De 1989 al 1994 trabajé en la Dirección de Automatización del INSAC, y por último, desde 1994 a la actualidad en el Grupo Empresarial SERVISA. S.A., del MINTUR.

Me casé en el mes del Julio del año 1963 con Rosaida Sixta Orozco Nápoles, producto de este matrimonio nacieron dos hijos, llamados Laureano Sendín Orozco, el cual nació el 10-03-1964, y el otro llamado Antonio Sendín Orozco, el cual nació el 06-07-1966. Ambos nacieron en Avenida # 11035

e/ 110 y 112. Playa de Marianao. Mun. Playa. Prov. Ciudad de La Habana, Cuba.

Nuestro hijo Laureano Sendín Orozco se casó en el año 1985, producto de este matrimonio tiene dos hijos, llamados Michel Laureano Sendín Ros, el cual nació el día 06-02-1986, y Richard Sendín Ros el cual nació en 12-03-1992.

El otro hijo, llamado Antonio Sendín Orozco, se casó en el año 1991, producto de este matrimonio nació Adrián Antonio Sendín Fuentes, el cual nació el 04-11-1996.

Soy hijo de padre, madre, abuelos y bisabuelos españoles, todos nacidos en el Pueblo de Villarino de los Aires, provincia de Salamanca, España.

Mi padre, llamado Nicolás Sendín Martín, nació el 11-02-1900, en el pueblo de Villarino de los Aires, provincia de Salamanca. En su niñez casi no pudo ir a la escuela, pues tenía que ayudar a su padre en las labores del campo. Su padre era labrador y siempre se dedicó a cultivar la tierra y trabajar en las fincas que tenían, en las afueras del pueblo. Cosechaban papas, uvas, peras, manzanas, melocotones, aceitunas y otras frutas. Fabricaban embutidos artesanales y vinos en sus bodegas, también hacían otras actividades dentro de la vida agrícola de la región.

Desde muy niño tenía que llevarle el almuerzo y la merienda a su padre, el cual trabajaba entre las lomas, muy distante de donde vivían en Villarino. En estos viajes, los otros muchachos del pueblo desde lejos le gritaban de mote o apodo “Sendia (*sic*)<sup>1</sup>, Melón Calabazo”, y él se ponía de lo más bravo y le gritaba a los otros “¡muchacho!, deja que te coja, me la vas a pagar”, y cuando se encontraba con alguno de ellos, se enredaban a golpes. Este mote de “sendia” (*sic*) lo llevó para siempre, debido a que su apellido era Sendín y todos los muchachos le llamaban *sendia* (*sic*). Cuando fue un poco mayor tenía que ir a cortar hierba para los animales, y trabajar en el campo junto a su padre en la recogida de las cosechas.

Toda la familia: los hermanos, primos, sobrinos y otros familiares se reunían dos o tres veces por año, en el pueblo de Villarino de los Aires a principios del Siglo XX y hacían una fiesta brindando con vinos, elaborados en las bodegas, que tenían en el mismo pueblo, comían chorizos, longanizas, jamón u otros embutidos, los cuales eran elaborados, con un proceso totalmente artesanal todos estos embutidos, se hacían con los animales que ellos criaban en sus fincas.

Todos los días 16 de Agosto día de San Roque el patrón del pueblo de Villarino, también se hacían peregrinaciones, se sacaba el santo de la Iglesia

<sup>1</sup> Por sandía. (N.E.).

y se paseaba por el pueblo, se hacían numerosas fiestas con todos los vecinos, se bailaba y cantaba por varios días, celebrando la fiesta tradicional del santo representativo del pueblo de Villarino “San Roque”.

A los 20 años viene en barco como emigrante a Cuba, con el propósito de unificarse con sus hermanas, quienes habían venido como emigrantes anteriormente. Vino con el fin de conseguir un trabajo mejor y más remunerado que tenía en su pueblo natal Villarino, donde sólo había sido labrador. Proviene de una familia de labradores.

Sus padres Miguel Sendín Martínez y Petra Martín Benito, producto de este matrimonio nacieron cinco hijos. Mi padre y cuatro hermanos, llamados Teresa Sendín Martín e Isabel Sendín Martín, ambas hermanas emigraron para Cuba en los primeros años del pasado siglo, aproximadamente entre los años del 1910 al 1915 buscando un modo de vida mejor que el de Villarino. Los otros dos hermanos llamados, Ángel Sendín Martín y María Antonia Sendín Martín, emigraron para Argentina, a principios del pasado siglo, también buscando un modo de vida y trabajo menos agotador, que el que siempre tuvieron en España.

Cuando mi padre llega a Cuba va vivir a casa de su hermana Isabel que vivía en el Reparto Arroyo Apolo. Barrio Azul. Mun. Arroyo Naranja. Comienza a trabajar en una fábrica de mosaicos propiedad de su cuñado Gonzalo, ahí se mantiene trabajando por unos 15 años.

En el 1935 se asocia con otro paisano de apellido Marin y comienza a trabajar como carnicero en una carnicera, que estaba ubicada en la esq, de las calles Fuentes y Tercera. Reparto Almendares. Ahí estuvo como comerciante hasta el año 1948.

Toda la familia los hermanos, primos y sobrinos se reunían dos o tres veces en el año y hacían una fiesta familiar en los Jardines de la Tropical. Allí llevaban comida española, embutidos, chorizos, jamón, empanadas gallegas y otras comidas, compraban un barril de cerveza y celebraban una gran fiesta familiar. Buscaban un gaitero y un tamborilero, los cuales tocaban música tradicional del pueblo de Villarino, allí cantaban y bailaban todos en familia junto con otros paisanos que se unían en estas fiestas tradicionales. Esta tradición se mantuvo por más de 20 años del 1935 hasta el año 1956, tal como se hacía a principios del Siglo XX en su pueblo natal Villarino.

En el año 1948 vende la carnicería y compra otra ubicada en Ave 9<sup>na</sup> esq. A Calle 110. Reparto Playa de Marianao. Del Mun. Playa. Ahí trabaja del 1948 al 1956.

Posteriormente, pasa a trabajar en otra carnicería en la Calle 96 entre 9<sup>na</sup> y 11<sup>na</sup>. Del Mun. Playa, hasta que fallece el día 20-07-1958, y fue sepultado en el Panteón del Club Villarino.

Todo el tiempo que vivió en Cuba, mantuvo correspondencia con toda la familia que quedó en España y con los hermanos que emigraron para la Argentina.

Mi padre fue de los socios fundadores del Club Villarino. Se hizo socio del Club en el mes de Agosto del año 1923. Se mantuvo como socio fundador por más de 35 años y es reconocido como el Socio No.7 del Club Villarino. Como socio hizo un gran trabajo y tuvo una gran participación por mantener las raíces de todos los emigrantes de Villarino en Cuba. Participó junto a un reducido grupo de paisanos, en las luchas y sacrificios por mantener y engrandecer esta Sociedad, y por el Club Villarino. Fue miembro del Comité Pro-Escuela de Villarino, conjuntamente con seis socios más. Fue miembro activo por muchos periodos de tiempo en la Junta Directiva. Así mismo, ayudó y cooperó con dinero en varias colectas para recaudar fondos, y ayudar a las reparaciones del mismo Club y en la fabricación de las (6) Escuelas del Pueblo de Villarino. Fue socio del Centro Castellano desde su llegada a Cuba, así como, también socio de la Quinta Castellana.

El Club Villarino celebraba todos los años el día de “San Roque” en los Jardines de la Tropical, allí danzaban y bailaban todos los socios, esta tradición se ha mantenido desde la fundación del Club, lo que a partir de los años 60 se realiza, en el local del Club Villarino en vez de, en los Jardines de la Tropical. También como tradición se celebra una misa en el Panteón del Club en el Cementerio de Colón siempre a mediados del mes de Agosto.

Nuestro padre fue un hombre muy trabajador y luchador pero tuvo pocas oportunidades en la vida. Era afable y cordial, muy amigo de todas las personas que de una u otra forma se relacionaban con él, y siempre su anhelo y añoranza era poder llevarme a España a conocer a toda nuestra familia, cosa esta que no pudo hacer, pues ganaba malamente nos alcanzaba para poder comer y vestirnos y para muy poco más.

Mi madre llamada Marta Martín Hernández, nació el 28-11-1905 en el pueblo de Villarino de los Aires, provincia de Salamanca.

Vino a Cuba a unificarse con su hermana Isabel que ya llevaba varios años en Cuba, como emigrante. Llega por primera vez el 24-09-1926, en el Vapor Espagne. Proviene también de una familia de labradores.

Sus padres fueron Laureano Martín Benito y Carmen Hernández García, y producto de ese matrimonio tuvieron siete hijos. Mi madre y seis hermanos más llamados, Isabel Martín Hernández, quien emigró a Cuba el 03-07-1917, y los otros cinco hermanos, llamados José Martín Hernández, Teresa Martín Hernández, Manuel Martín Hernández, Joaquina Martín Hernández y Juan Martín Hernández, todos se quedaron viviendo en España.

Cuando mi madre llega a Cuba en el año 1926 va a vivir a casa de su hermana Isabel, quien vivía en el Reparto Almendares.

Ese mismo año regresa a España y vuelve nuevamente a Cuba en el año 1937, a casarse con mi padre y se van a vivir a la Calle 50 entre 25 y 27. Mun. Playa. Producto de este matrimonio, nació el día 29-03-1939.

Cuando llega en su segundo viaje a Cuba, se dedica a los quehaceres de la casa, además de coser y tejer, oficios que aprendió en su Pueblo natal, Villarino de los Aires.

Mi madre también fue socia del Centro Castellano desde su llegada a Cuba en el año 1937, así como, de la Quinta Castellana.

Fue una mujer muy amable y cariñosa con todos los que la rodearon, con su familia, vecinos y con todos que tenían amistad con ella, quería y se dejaba querer por mi y por mi padre.

Muere con la añoranza de no poder satisfacer sus deseos de volver a España a visitar su familia, cosa esta que siempre anheló. Fallece el día 16-11-1961 en la Quinta Castellana y fue sepultada en el Panteón del Club Villarino.

Mis padres y yo vivimos hasta el 1949 en la Calle 50 entre Ave 25 y Ave 27. Mun. Playa, fecha en la cual nos mudamos, para la Ave 9<sup>na</sup> # 11035, entre 110 y 112, en la Playa Marianao. Mun. Playa.

Mi tía, por parte de madre, llamada Isabel Martín Hernández, nació el 14-10-1897 en el pueblo de Villarino de los Aires, provincia de Salamanca. Vino a Cuba en su primer viaje el 03-07-1917. Proviene, como relaté anteriormente, de una familia de labradores.

Antes de venir a Cuba se casa el día 10-02-1917 en el pueblo de Villarino, con Manuel de Celis Sánchez, hijo de Manuel de Celis y Juliana Sánchez, todos nacidos en Villarino. Del matrimonio de Isabel y Manuel nacieron tres hijos llamados Manuel de Celis Martín, que nació el 5-11-1919 y Carmen de Celis Martín, nacida el 31-05-1926. El primero falleció el 2-03-1920, siendo menor de edad. Antonio falleció el 13-10-1978 y Carmen, fallece el 22-10-1981, ambos sin dejar sucesión alguna.

Mi tío por parte de madre, llamado Manuel de Celis Sánchez, nació el 29-04-1891 en el pueblo de Villarino de los Aires, provincia de Salamanca. Vino a Cuba en su primer viaje el 03-07-1917, junto con su esposa Isabel. También proviene de padres labradores de Villarino.

Mi tío Manuel, cuando llega a Cuba junto con Isabel, van a vivir en el Reparto Almendares, en la esq de Ave 35 y calle 50. Comienza a trabajar como repartidor de leche, en un carro tirado por caballos, de la lechería Munquia Alejo, propiedad de unos paisanos, los cuales también eran de Villarino. Posteriormente, por el año 1923, trabaja como conductor en los tranvías, hasta su jubilación por el año 1951.

Manuel se hace socio del Club Villarino en el mes de Octubre de 1937 hasta el 9-12-1976, fecha en la que fallece, y es enterrado en el panteón del Club Villarino.

Mi tía por parte de padre, llamada Isabel Sendín Martín, nació en el pueblo de Villarino y emigra a Cuba aproximadamente en el año 1910, casada con Gonzalo Fernández y van a vivir a Barrio Azul, en Arroyo Apolo, del Mun. Arroyo Naranjo. De cuya unión nacieron tres hijas, llamadas Concha Fernández Sendín, Carmen Fernández Sendín e Isabel Fernández Sendín.

Mi otra tía por parte de padre, llamada Teresa Sendín Martín, nació también en el pueblo de Villarino y emigró a Cuba en los primeros años del 1900, casada con Manuel Rivas Seivane, fueron a vivir al Municipio Arroyo Naranjo. De esta unión nacieron dos hijos, llamados Antonio Rivas Sendín, fallecido el día 7-09-1993 y Luis Rivas Sendín fallecido el día 8-06-1968.

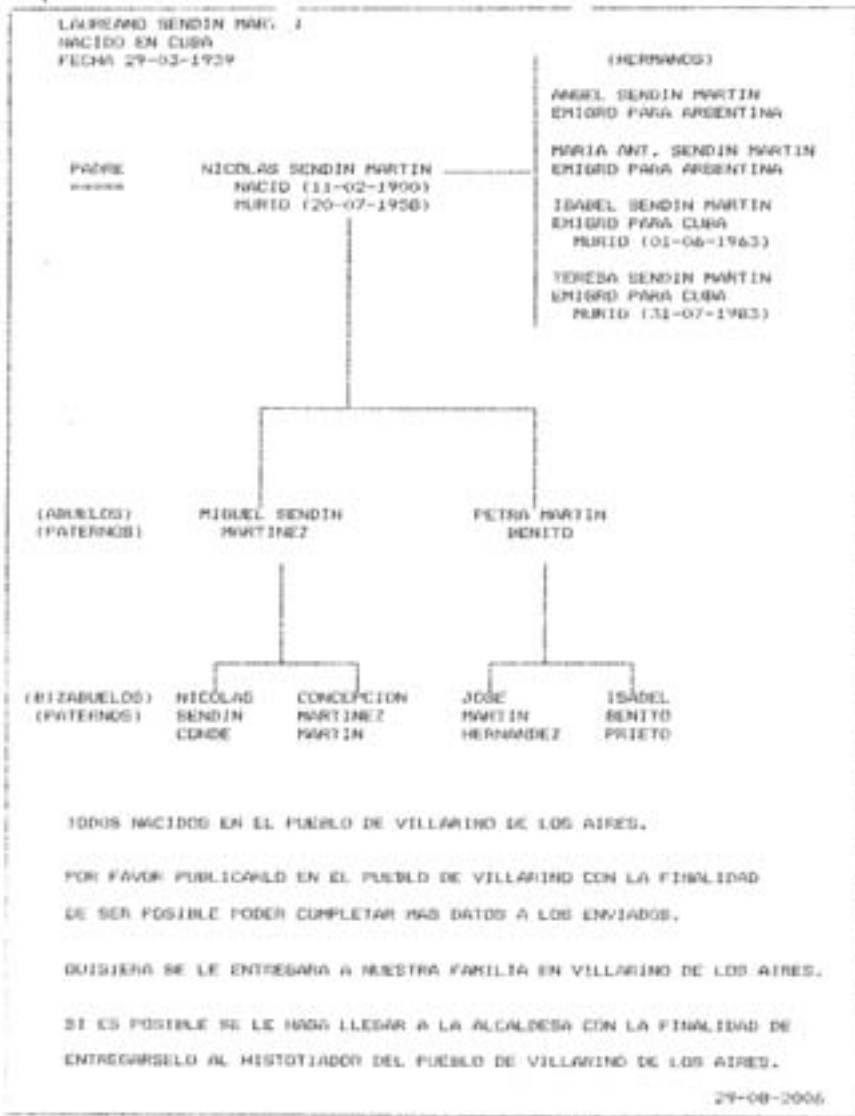
Soy socio del CLUB VILLARINO desde el mes de Agosto del año 1958 por más de 45 años ininterrumpidos. Actualmente pertenezco a la Junta Directiva del Club. Me acogí a la nacionalidad española el 24-10-1997, según consta en el Doc.No.141 de acuerdo al Acta 26 del CC La Habana 5-12-1977 del Encargado del Registro. Hicimos la inscripción del matrimonio con Rosaida Sixta Orozco Nápoles el día 14-12-1998 como consta en el Doc. No. 034 del Encargado del Registro obteniendo el Libro de Familia.

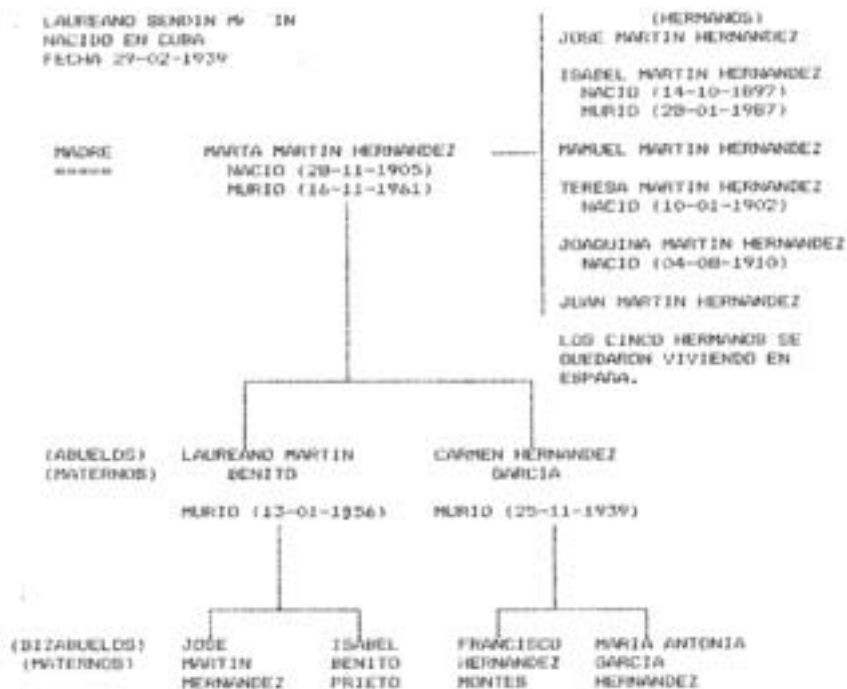
Nuestros hijos, Laureano Sendín Orozco y Antonio Sendín Orozco, ambos son socios del Club Villarino desde el año 1993.

Acompañamos a este testimonio un trabajo investigativo de todo el árbol genealógico de nuestra familia, con el objetivo de que sea enviado al Ayuntamiento del pueblo de Villarino de los Aires, con la finalidad de que el mismo se publique o sea expuesto, y pueda ser completado por nuestra familia, y de ser posible sea enviado o retornado nuevamente al Club Villarino en Cuba.

Tengo 67 años de edad y siempre he estado con la añoranza de conocer a la familia de mis padres en España. Esto siempre ha sido un anhelo de todos los que hemos recuperado la nacionalidad Española.

Podemos ser ayudados por las autoridades del gobierno Español, principalmente por la Sra. Alcaldesa y cooperar así con el plan Añoranza, como han hecho otros pueblos de Castilla.





TODOS NACIDOS EN EL PUEBLO DE VILLARINO DE LOS AIRES.

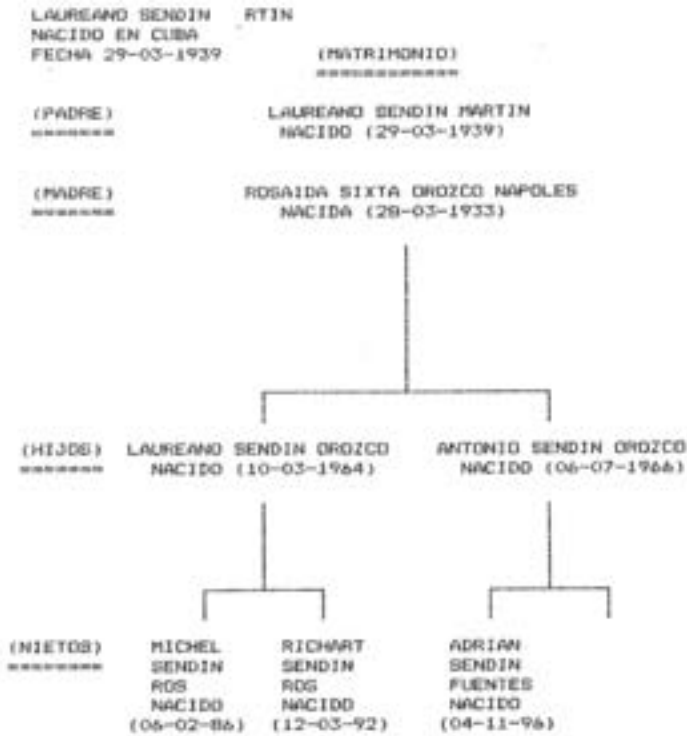
POR FAVOR PUBLICARLO EN EL PUEBLO DE VILLARINO CON LA FINALIDAD  
DE SER POSIBLE PODER COMPLETAR MAS DATOS A LOS ENVIADOS.

DICIERA SE LE ENTREGARA A NUESTRA FAMILIA EN VILLARINO DE LOS AIRES.

SI ES POSIBLE SE LE HAGA LLEGAR A LA ALCALDESA CON LA FINALIDAD DE  
ENTREGARSELO AL HISTORIADOR DEL PUEBLO DE VILLARINO DE LOS AIRES.

29-08-2006



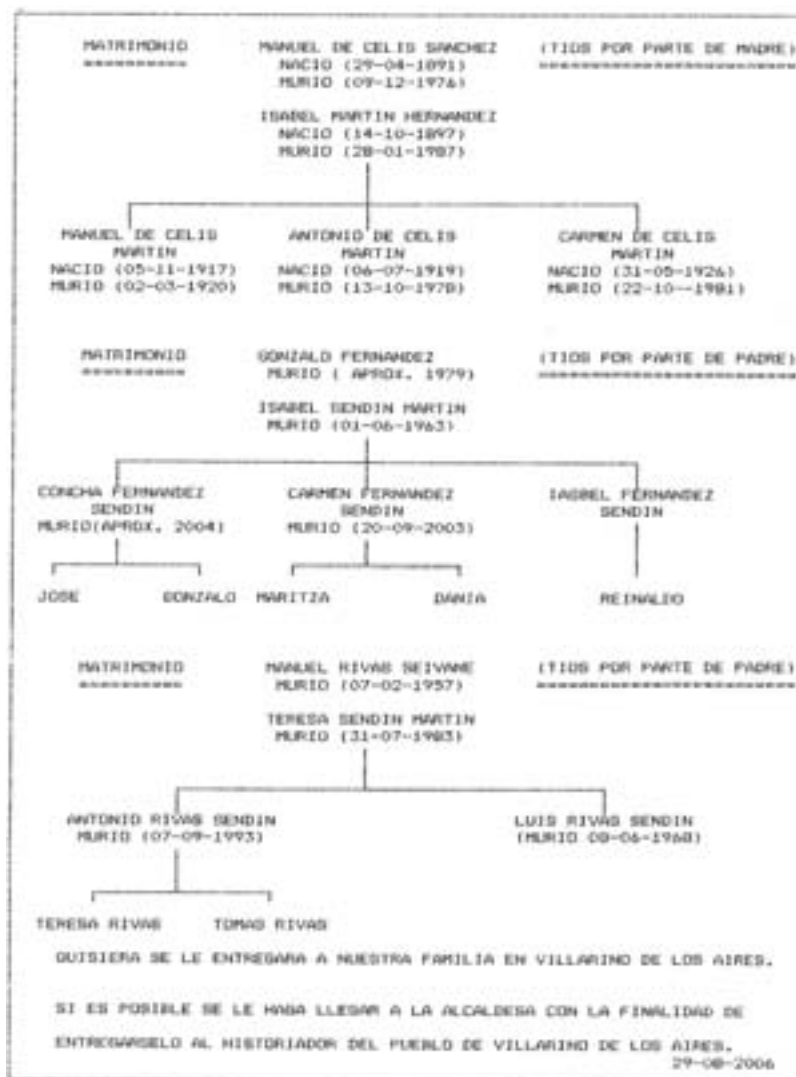


TODOS NACIDOS EN CUBA.

QUISIERA SE LE ENTREGARA A NUESTRA FAMILIA EN VILLARINO DE LOS AIRES.

SI ES POSIBLE SE LE HAGA LLEGAR A LA ALCALDESA CON LA FINALIDAD DE  
ENTRARGSELO AL HISTORIADOR DEL PUEBLO DE VILLARINO DE LOS AIRES.

29-08-2006



**RELATO DE  
EL SALVADOR**



# De Zamora a Francia, al Zaire...

Consuelo Huerga González

Llegué a París cuando tenía 18 años llena de entusiasmo, ilusión e ingenuidad. Quería aprender francés, hablado y escrito correctamente. Encontré trabajo para cuidar niños, la madre de los cuales hablaba español y quería practicarlo y mejorarlo también. Para obtener el permiso de residencia, me hicieron un contrato de trabajo y, como todos, tuve que ir a las dependencias de migración francesas para arreglar mis papeles.

No recuerdo cómo se llamaba aquella oficina, ni en qué calle estaba; pero lo que no se me olvida es que había que entrar por el patio trasero de un gran edificio, en el interior de la oficina estaba una funcionaria francesa de unos 60 años, gorda, de aspecto desaliñado, fumando sin parar “gauloises sin filtro”<sup>1</sup>.

En el interior había un gran mostrador, que dividía la sala en dos partes bien desiguales. Del mostrador para dentro se movían los funcionarios y estaban sus archivos. Del otro lado del mostrador esperábamos nuestro turno los emigrantes. No había ni una sola silla y teníamos que prolongar la cola en el patio exterior, así hiciera frío, calor, lloviera o nevara. Cuando yo entré por primera vez en aquella oficina, muchos de los funcionarios estaban fumando y como yo he sido una fumadora empedernida, pues encendí también un cigarrillo. Apenas le había dado dos caladas cuando esta funcionaria de aspecto desagradable me gritó que apagara el cigarrillo, porque allí no se podía fumar. Nunca he tolerado el “orden y mando” y siempre he reaccionado con rebeldía, así que le contesté que si no se podía fumar por qué estaba fumando ella, a lo que se enfadó todavía más si cabe, diciéndome que ella era francesa y estaba en su país y yo no, y que por lo tanto, tenía que apagar el cigarrillo

<sup>1</sup> Marca de cigarrillos franceses poco elaborados y fuertes (N.E.).

inmediatamente. Cabezota que yo soy, le contesté que cuando ella lo apagara, lo apagaría yo y la discusión seguía en aumento, hasta que me dice que si no hago lo que me manda, no voy a tener mis papeles y me va a regresar a mi país y yo que le contesto que yo no dependo de ella, pero ella sí depende de mí, porque tiene trabajo gracias a que hay emigrantes que tienen que arreglar sus papeles, y si no hay emigrantes no hay trabajo para ella. Si ella gritaba, yo gritaba más fuerte, si me decía que no le gritara, yo le respondía que empezara ella por dar ejemplo, total que todo el mundo estaba pendiente del espectáculo que estábamos dando y más de uno con la boca abierta. Ni ella ni yo apagamos los cigarrillos y cuando se dio cuenta que no iba a poder someterme ni callarme, se ocupó de arreglarme los papeles con rapidez, para que me fuera de allí cuanto antes.

Ni esta señora ni yo podíamos imaginar las repercusiones que tuvo esta discusión: para mí supuso el que a partir de entonces me dedicara al servicio y defensa de los demás y para ella, el tener que aguantar mi presencia y atenerse a respetar a los emigrantes durante todo el tiempo que yo estuve en Francia. Porque cuando salía de la oficina, en el patio había españoles pidiéndome que les ayudara a tramitar sus papeles en esa oficina, fundamentalmente porque ninguno de ellos entendía ni una palabra de francés y yo me defendía más o menos, porque lo había estudiado en el bachiller y me encantaba, por lo que ese día lo pasé enterito en aquella oficina, traduciendo, rellenando papeles, plantándole cara a aquella señora e incluso disfrutando de haberle ganado el pulso y, por supuesto, fumando.

Era raro el día que algún español no me pedía que le ayudara con su permiso de residencia y cuando llegábamos a la famosa oficina, siempre se apuntaban algunos más. Mi actitud era siempre la misma, ya casi un acto reflejo, en cuanto veía a mi contrincante, encendía un cigarrillo, aunque acabara de fumar uno y el de la señora, llamándome para atenderme rápido y tenerme a la vista el menor tiempo posible; pero yo ni ese gusto le daba, siempre respondía que había que respetar la fila y me atenderían cuando me llegara el turno, no antes. Así me gané las simpatías de los emigrantes y encendí las iras de aquella insensible mujer.

Yo pensaba que todo estaba bien, no me cuestionaba nada y mucho menos sospechaba que la situación en España era otra que la que nos habían enseñado en el bachiller. Al enfrentarme con esta funcionaria francesa, al principio fue a título personal, por ese espíritu rebelde que siempre he llevado dentro, pero poco a poco fui abriendo los ojos y descubriendo toda la problemática y las miserias de los emigrantes y por ende, de España.

Vengo de una familia en la que nunca se hacían comentarios políticos. Mi padre estuvo en la Guerra en el bando nacional y nunca hablaba de ello. Mi madre no salió de Villanueva durante la Guerra y tampoco hacía comen-

tarios al respecto. Todo se daba por sentado y no había cuestionamientos de ningún tipo. Pero sí nos educaron de manera que asumiéramos nuestros actos, fuéramos responsables y tuviéramos argumentos, a no agachar la cabeza y a defender nuestras posturas. Así que yo pensaba que estaba bien armada para hacer frente al mundo y en esa convicción no le temía a nada ni a nadie y ni se me pasaba por la cabeza que esto no era suficiente. Ingenua de mí, creía que lo único que me faltaba era hablar francés correctamente. La realidad se encargó de enseñarme que las cosas no son como parecen.

No entendía por qué los emigrantes españoles permitían que les trataran con tanto desprecio y despotismo y me encendía aquella mirada de pánico cuando yo levantaba la voz en contra de todo eso. Se lo decía a ellos, que un español no puede tolerar esas vejaciones y que hay que mantenerse en su sitio, haciéndose respetar. Empezaron a contarme sus historias, diferentes, pero iguales todas ellas. Apenas si fueron a la escuela, o sea, que sabían leer y escribir con dificultad, en cambio sabían mucho de trabajos duros, de salarios de miseria, de hambre, de necesidad, de puertas cerradas, de deudas en tiendas de comestibles que ya no siguen dando fiado, por lo que la única posibilidad de sacar adelante a la familia, es trabajar en Francia, conseguir el permiso de residencia y mandar un giro a la familia para que vayan tirando. Llegas a Francia y es peor que en España, porque además no hablas francés, así es que suplicas por un trabajo, por el salario que tengan a bien darte, si quieren te hacen un contrato de trabajo para tener los papeles en regla, si no puede ser, pues hay que seguir trabajando igual, sin hacer ruido, para que no nos manden de regreso a España. Cuando vas a la oficina de emigración, todos esos impresos que te dan para rellenar y que no sabes ni dónde hay que poner el nombre, pides ayuda y te dicen que lo hacen si les das dinero, ráscate el bolsillo y aguanta hambre para tener los papeles y cuando llegas a la ventanilla, que está mal, o que le falta un papel o que vuelva usted mañana<sup>2</sup> y el patrón que no te paga las horas que estás en la emigración, que te cobra los gastos administrativos de la gestión del contrato, y que ya empieza a cansarse de tanta ausencia, con tantos como hay que quieren trabajar y hasta sin contrato, y además se ríen de ti cuando dices algo en francés porque no sabes pronunciarlo, por lo que no podemos protestar, no sabemos dónde está nuestro sitio y queremos comer y que coman nuestros hijos y a ver si podemos ahorrar algo para volver a España lo más pronto posible, porque esto no es vida. Y los que se quedaron

<sup>2</sup> El “vuelva usted mañana” es expresión coloquial en la administración española cuando no se quieren resolver la documentación, su origen está en un artículo de Mariano José de Larra publicado en 1833 en *El Pobrecito Hablador* (N.E.).

en España, esperando el giro como agua de mayo<sup>3</sup>, aguantando la vergüenza de que mi padre se fuera de emigrante a Francia, escribiendo cartas muy largas y siempre pendientes del cartero. Y para mi sorpresa y asombro ni son delincuentes, ni gitanos, ni gentes de mal vivir. Son gente de lo más normal que soportan estoicamente lo que tienen encima y que sólo aspiran a tener una vida normal, entendiendo por normal no pasar hambre, comprar un piso y darles algunos estudios a los hijos, para que se defiendan en la vida y no tengan que pasar por las calamidades que ellos están pasando.

La familia con la que yo trabajo y con la que vivo, me hace preguntas sobre España de las que ignoro las respuestas. Es una familia muy agradable y mi relación con ella va mucho más allá de cuidar a los niños. Nunca me negaron un permiso para ir a la oficina de emigración a ayudar a los españoles que me lo pedían, al contrario, me asesoraban en muchas cuestiones que facilitaban los trámites. Terminamos intercambiando confidencias, sobre todo la madre de los niños.

Un día, caminando por los pasillos del metro, oigo a alguien cantando y tocando la guitarra. Me pareció una voz conocida y me volví a mirarle. Se trataba de un compañero de estudios de Ponferrada, con el que no había tenido mucho trato allá, pero me alegré mucho de ver una cara conocida y nos saludamos como si fuéramos los mejores amigos del mundo. Él se ganaba la vida tocando la guitarra y cantando en el metro y vivía en una de esas comunas producto de mayo del 68 y de las que yo ni había oído hablar. Fue un choque fuerte ver cómo vivían en esas comunas y más ver cuántos niños habían nacido como consecuencia de los largos encierros en la universidad. En todo caso, todos ellos eran jóvenes universitarios de cualquier nacionalidad, que habían colgado los estudios y trataban de sobrevivir con el espíritu *hyppy* en contra de todo lo establecido. Yo miraba todo aquello con los ojos a cuadros, no tenía nada que ver, y más bien estaba en contra de mi perfecto mundo que yo creía el único hasta entonces. Todo lo que yo conocía estaba bien, lo demás era desechable y aborrecible en mi mentalidad, por supuesto. Ricardo, que así se llama mi amigo, entablaba grandes discusiones conmigo a propósito de su forma de vida y de la mía. Él me tildaba de burguesa reaccionaria y yo le tildaba a él de aprovechado y explotador por despotricar contra la sociedad, pero a vivir a cuenta de ella sin trabajar.

Ricardo se encargó de introducirme en otro mundo totalmente desconocido para mí: el de los intelectuales disidentes españoles, dentro y fuera de España. Es curioso, porque este mundo de la intelectualidad vivía completa-

<sup>3</sup> Expresión coloquial en el interior de España, significando la magnífica oportunidad que supone pues es creencia cierta que “lleva en mayo, pan para todo el año”. (N.E.).



mente al margen, e incluso ignoraba, de los emigrantes que llegaban a Francia en búsqueda de un puesto de trabajo y, por supuesto, estos últimos, ni sabían de su existencia. Escuché y participé muchas veces en discusiones filosóficas, políticas y existenciales del café L'Odéon y en el "Quartier Saint Michel", descubrí el encanto de Montmatre, me inicié en el cine de calidad y descubrí el teatro independiente.

En paralelo, estaba el círculo de los meramente emigrantes que se circunscribían a Trocadero. Los del barrio "Saint Michel" hablaban de los emigrantes como la masa popular, un caso perdido, vaya, con los que no había que mezclarse ni perder el tiempo con ellos. Y los de Trocadero (los que ya tenían su "Carte de séjour" y ya llevaban varios años allá) consideraban a los de "Saint Michel" los "hijos de papá" que no han sabido nunca lo que es ganarse el pan. Nunca estuve de acuerdo con ninguno de los dos y todavía hoy sigo pensando lo mismo. El caso es que yo me sentía bien con unos y con otros, aprendiendo de ambos, pretendiendo que los primeros pusieran los pies en el suelo y que los segundos salieran a superficie y ocuparan su lugar, al mismo tiempo que yo iba perfilando el mío.

Recuerdo también de una manera especial la representación del grupo Tábano<sup>4</sup> en una sala de París, aunque no recuerdo el título, pero sí que eran historias cortas que plasmaban con ironía y crudeza conductas de la sociedad española y, muy especialmente, la actitud de los jóvenes españoles ante el sexo y la religión. Ahí nació mi amor al teatro que ha ido creciendo a medida que van pasando los años. Hasta entonces el teatro me aburría, porque me parecía pomposo, remilgado y aburrido. Al terminar la representación se inició una especie de debate, que más bien parecía un cajón de sastre, donde se iba saltando de un tema a otro sin orden ni concierto, hasta llegar a conformar grupos bien diferenciados que iniciaron su propia tertulia por separado, cada grupo tratando los temas de su orden del día particular, habiendo sido la obra de teatro únicamente la excusa perfecta para reunirse.

Así me di cuenta que intercambiaban información y consignas los que venían de España con los que vivían en Francia y no sólo estaba presente el Partido Comunista, allí había gran variedad, con lo cual descubrí que no todos los "rojos" eran comunistas y que no eran ni tan peligrosos ni tan desalmados como nos los pintaban.

Sylvie, la hermana pequeña de la madre de los niños que yo cuidaba, me introdujo en la sociedad francesa, su vida y sus costumbres. Era dos años mayor que yo y simpatizamos desde el primer momento. Lo que más me sorprendió era que hablaban de cualquier tema con absoluta normalidad, dis-

<sup>4</sup> Grupo de teatro. (N.E.).

cutían sobre ellos y no se rompía nada. No había temas prohibidos y ningún temor a expresar opiniones por muy controvertidas que fueran. Yo no acababa de salir de mi asombro. Los fines de semana nos íbamos fuera de París y conocí bastantes lugares de Francia. También estuvimos en los Alpes suizos, queríamos estar dos semanas, pero el dinero se nos acabó en la primera y tuvimos que regresar. En mi vida he estado en un lugar tan caro como Crans sur Sierre, cobraban hasta por estar allí. Desde luego que, en aquella época, los españoles éramos diferentes, estábamos apocados y atemorizados, incluida yo, y es normal que el comportamiento de los jóvenes franceses me asombrara, pero, al mismo tiempo, me apasionaba, porque se adapta muy bien a mi carácter. Aunque no quiere decir que sean perfectos, nadie lo es, naturalmente, pero he tenido en mi vida más de una discusión defendiendo la forma de ser de los franceses. En una ocasión, recuerdo que estábamos en una cafetería esperando al grupo para irnos a alguna parte. Yo estaba acatarrada y comenté ‘je suis constipée’ y un muchacho suelta la carcajada, burlándose de mi comentario. Yo no entendía nada y Sylvie me explicó que en francés constipado significa estreñido y por eso se reían. Así que le pregunté al muchacho cuántos idiomas sabía y como su respuesta fue que sólo hablaba francés, le dije que si alguien podía burlarse era yo de su ignorancia, porque yo hablaba correctamente el español y me defendía en francés, aunque cometiera algún error de vez en cuando. Me pidió disculpas y nunca más volvieron a reírse de mi francés, pero sí me corrigieron con respeto cuando no lo hablaba como es debido.

Estaba en Francia cuando murió Georges Pompidou<sup>5</sup>, concretamente, en la Costa Azul, en una urbanización privada donde pasaban las vacaciones esta familia con la que trabajaba, en Le Lavandou, muy cerca de la residencia de verano del Presidente francés. Cuando dieron la noticia por la radio, me entró el pánico en el cuerpo y no salía de mi asombro al ver que esta familia continuaba con su vida como si tal cosa. Lo más curioso para mí, claro, es que Francia entera siguió como si tal cosa. Ni salió el ejército a la calle, ni la policía, ni manifestantes, ni nada de nada. Se murió el Presidente, recibió sus honras fúnebres, pero no se interrumpió nada, no hubo ningún cataclismo y la vida siguió su curso tan ricamente.

No es que yo adoptara la forma de ser de los franceses, ni que renegara de los españoles, pero sí me removié los cimientos cuanto iba conociendo. Por mi forma de ser, todo lo rumiaba mucho, haciendo mío lo que realmente iba con mi carácter y desechando lo que no acababa de ver claro. Como siempre me ha gustado leer y tengo debilidad por la historia, me interesé especialmen-

<sup>5</sup> Presidente de la República francesa de 1969 a 1974, falleció el 2 de abril de 1974. (N.E.).

te por la historia española y comprendí y aprendí algo de la Guerra Civil española y la Segunda República. El Franco que me habían enseñado en España, se desveló como un ídolo de pies de barro y cayó hecho mil pedazos. Nunca he sido violenta y tampoco reaccioné violentamente en aquel momento pero sí entendí entonces por qué los franceses eran como eran y también por qué los españoles eran incapaces de reaccionar cuando degradaban su dignidad. Me pasaba un poco como a Unamuno<sup>6</sup>: me dolía España. Aunque siempre me he reafirmado en mi condición de española, reconozco los males y los atropellos de España, me duelen y nunca quiero que se repitan. Pero también siento orgullo de las grandes hazañas de España, de sus pueblos y de sus gentes, con sus luces y sus sombras, que también son las mías.

También estaba en Francia cuando se produjo el golpe de estado en Chile<sup>7</sup>. Todos los medios de comunicación franceses le dieron amplia cobertura y la verdad es que yo recibía esa información como algo muy lejano, hasta que conocí a Rosario y comprendí toda la brutalidad del asunto. Rosario tenía 8 años, era la hija pequeña del médico de Allende. Su recuerdo permanece muy nítido en mi memoria. Era morena, con una media melena de pelo negro y unos ojos negros preciosos que te miraban con angustia, como pidiéndote que le ayudaras a arrancar de su memoria el horror de haber visto cómo mataban a su padre, de cómo su madre las protegió a su hermana y a ella llevándolas a la embajada francesa y cómo había emprendido el viaje del exilio y el refugio en Francia. Me cogía la mano con las suyas, se pegaba a mí y levantaba su cabecita con esa mirada que conmovía el alma.

Una amiga mía francesa, maestra para más señas, se ofreció de voluntaria para enseñar francés a los refugiados chilenos. Fue una de las medidas que tomó el gobierno francés para insertar a los refugiados en la sociedad francesa. Y esta maestra me pidió que la acompañara para echarle una mano porque ella apenas si hablaba español y sentía que no podía transmitirles muchas cosas. La acompañé encantada y me encontré de golpe con lo que significa un golpe de estado, el horror y la tragedia para los golpeados. Entre ellos estaba Rosario. No hablaba, y se aferraba a su madre como a una tabla de salvación. Yo conseguí soltarla de su madre, le conté muchos cuentos, la saqué a pasear sin soltarla, ni soltarme ella, de la mano y sin dejar de hablarle. A partir de

<sup>6</sup> Miguel de Unamuno y Jugo, Bilbao 1864, Salamanca 1936, profesor de la Universidad de Salamanca y rector de la misma. Miembro de la Generación del 98 como poeta, destacó como pensador “regeneracionista”. (N.E.).

<sup>7</sup> La autora se refiere al golpe de estado protagonizado por el general Augusto Pinochet contra el régimen democrático de Salvador Allende, realizado el 11 de septiembre de 1973, como en parte relata la autora más adelante. (N.E.).

ahí, fui todos los fines de semana a verla y estar con ella. Conseguí que hablara, pero jamás habló del infierno que vivió cuando mataron a su padre. Lo que tampoco conseguí fue vestirla con colores alegres, cuando intentábamos que se los pusiera, se encerraba en sí misma y costaba que volviera a tener confianza. Tampoco jugaba, no aceptaba ningún tipo de juego, únicamente hacía dibujos, siempre con colores oscuros, donde no faltaba su madre bien pegadita a ella.

Esta niña me conmovió de tal manera que desde entonces considero que las guerras y los golpes de estado no justifican nunca el horror de una niña de ocho años y siempre lo personifico en ella. Y, aún sin yo saberlo, fue la razón de mi compromiso a luchar por la libertad en España sin que hubiera enfrentamientos armados y cuya única arma válida fuera la palabra, desde la razón y la verdad, poniendo de mi parte cuanto pudiera poner. Hoy comparto mi vida con un chileno, desde hace años ya, y por él conozco muchos detalles de la historia de Chile y de cómo se llegó al derrocamiento de Salvador Allende, pero sigo identificando el golpe de estado con la pequeña Rosario y la repulsa que siento hacia Pinochet es porque le considero culpable del desgarramiento de aquella niña, así es que me alegra cuando es encausado por algo y no puedo estar de acuerdo para nada en que se le deje morir en paz porque ya tiene una edad avanzada, porque cuando él cometió todas aquellas atrocidades tenía edad suficiente para saber lo que estaba haciendo y consciencia para conocer la brutalidad de sus atropellos, mientras que Rosario encarna la inocencia de la infancia arrancada de cuajo y con secuelas para toda la vida, así es que, al menos, tiene derecho a que se haga justicia, ya que no se puede borrar el pasado.

Con el tiempo he sabido de muchos casos tan desgarradores como el de Rosario que tienen que ver con la Guerra Civil española y el hermetismo del franquismo, pero lo cierto es que tal vez por ser historias del pasado, o porque están impresas en un libro, o porque yo no las he vivido directamente, no los he sentido tan en carne viva ni me han afectado tanto como el de Rosario, a quien perdí la pista porque su madre se fue a la Unión Soviética (de aquel entonces) y, como es natural, se llevó con ella a Rosario, aunque la hija mayor prefirió quedarse en Francia, y durante algunos años me mantuvo al corriente de cómo les iba a su madre y hermana.

Al Zaire me fui como misionera laica con una institución llamada EKUMENE, llena de ilusión, entusiasmo y ganas de hacer grandes cosas. Iba a trabajar en un proyecto que me encantaba (entonces le llamábamos “empresa social”) con los maestros nativos en Lubumbashi. Por acuerdos con el arzobispado, dábamos seguimiento a las escuelas de primaria, con capacitaciones y acompañamiento de los maestros.

Con un grupo de maestros que quisieron participar en el proyecto, hicimos la empresa social, que consistía en trabajar todos por igual y repartimos los beneficios. Solicitamos al gobierno la cesión de una granja abandonada, a 16 kilómetros de Lubumbashi y nos la cedió tras largos años de papeleo. Tenía 40 hectáreas y la atravesaba un riachuelo. Al principio, los maestros llegaban a pie, pero conseguimos fondos para comprar bicicletas para todos, lo que significó el primer lujo para los maestros. Como durante la semana trabajábamos en las escuelas, íbamos a la granja el domingo a las 6 de la mañana. Allí, con la azada como única herramienta, el primer año preparamos una hectárea para sembrar maíz. Al principio, yo pensé que no iba a ser capaz de soportar el calor. Recuerdo que me llevaba una garrafa de 5 litros de agua congelada, que para las 8 de la mañana ya parecía un caldo y no me alcanzaba para aplacar la sed. Cada cinco minutos bajaba al riachuelo y con el sombrero me echaba el agua encima hasta quedarme bien empapada, pero se secaba enseguida y vuelta a empezar. La tierra estaba seca y dura y no era capaz de hacer más de un metro de labrado en todo el día. Hasta que las manos se encallaron, pasé por tremendas ampollas, que se reventaban y me producían tremendo dolor cuando agarraba la azada, así que para poder hacerlo me vendaba las manos con algodón para amortiguar la presión.

Fue duro el adaptarme y más cuando era consciente de que disponía de todas las comodidades en la casa (agua corriente, luz, congelador, ducha, lavadora, casa amplia, un dormitorio sólo para mí, comida suficiente...) y podía recuperarme del esfuerzo. Desayunaba bien antes de salir de casa (a las 5 de la mañana, para estar a las 6 en la granja) y cuando regresábamos (a las tres o las 4 de la tarde) me bañaba, bebía agua bien fresca y comía fuerte para reponer fuerzas. Pero no era así para los maestros, que se iban a trabajar con el estómago vacío y al regreso, muchos días no tenían ni siquiera bukari<sup>8</sup> para llevar a la boca. Por ese motivo y pensando en ellos, sacaba fuerzas de flaqueza para seguir dándole a la azada, porque para mí la bicicleta no significaba esfuerzo añadido, sino una gran satisfacción porque nos igualaba a todos y lo pasábamos muy bien en el recorrido. El sacrificio no era comparable a la ilusión que teníamos todos con nuestra granja. Vivíamos a tope el momento de la siembra, cuando empezó a salir el maíz, cuando le echamos la urea o el abono NPK<sup>9</sup>, cuando arrancábamos las hierbas, que cuando terminábamos había que empezar de nuevo, cuando empezaron a nacer las mazorcas y nos preparábamos para la cosecha. Eran vivencias tan hermosas que no creo ser

<sup>8</sup> Por el contexto se deduce que bocado acompañante de la comida, es decir, pan, como explica líneas más abajo (N.E.).

<sup>9</sup> Señala la composición del abono, N (nitrógeno), P (fósforo), K (potasio) (N.E.).

capaz de plasmarlas en el papel como corresponde. El domingo que íbamos a empezar la cosecha, cuando llegamos al campo se nos vino el mundo encima: nos habían robado casi todo el maíz.

Estábamos todos como alelados, yo recuerdo que no era capaz de reaccionar, sólo miraba y me resistía a creerlo. Después vino el coraje y recogimos todo el maíz que nos dejaron y lo llevamos a nuestra casa, que era el único lugar seguro, para que no nos quitaran ni una mazorca más. Pensábamos que ese año el grupo de maestros no iba a pasar hambre porque tenían asegurado el maíz de su bukari y sólo nos quedó para repartir dos sacos de maíz a cada maestro, o lo que es lo mismo, seguir pasando hambre y esperar que la próxima cosecha sí pudiéramos recogerla nosotros y ser los únicos beneficiarios. Siempre nos robaron, lo que es lógico porque no estábamos allí permanentemente y con el hambre que arrastraba todo el mundo, el milagro hubiera sido lo contrario.

Al año siguiente sembramos dos hectáreas de maíz y sembramos alubias y soja con el doble objetivo de enriquecer la tierra y diversificar la alimentación de los maestros, además de cacahuets que, todo hay que decirlo, nunca se nos dio muy bien y acabamos por no sembrarlos más porque consideramos que no merecía la pena tanto esfuerzo para tan poca cosa. Tengo que decir que el bukari es el alimento base de los zaireños. Consiste en moler los granos de maíz (con una piedra) y la harina que se obtiene se echa en agua hirviendo, dándole vueltas para que no se agrume. Esa masa bastante espesa que queda es el bukari y la mayoría de las veces la comían con agua y sal una vez al día, cuando la comían. Por más que intenté comer bukari, fui incapaz, aquello no me pasaba, aunque me decían que los negros nunca iban a aceptarme si no lo hacía; pero en todas partes a uno le aceptan o le rechazan por su actitud, no por una comida, como siempre he constatado. Es más, los zaireños no soportan comer lechuga en ensalada, o huevos fritos, dos cosas que a mí me encantan y no por eso les rechacé o sentí que me estaban haciendo un desprecio, por lo que estoy segura que ellos reaccionaban igual hacia mi persona cuando no aceptaba el bukari.

Todo en el Zaire es sorprendente, chocante y muchas veces desesperante por la impotencia que sientes ante tantas y tantas situaciones. Yo llegué con 100 kilos de exceso de equipaje y allí caí en la cuenta de que no llevaba gran cosa. Entre lo que llevaba, había unas gafas graduadas para un maestro que apenas si podía ver y además estaba enfermo. Vicen, mi compañera de Ekumene, me llevó al hospital, al día siguiente de haber llegado, para que conociera al maestro en cuestión y darle las gafas. Fue toda una experiencia para mí. En ese momento pensé que Vicen estaba haciéndome una especie de prueba y me pareció muy fuerte para ser el primer día. La realidad se encargó de demostrarme después que no se trataba de ninguna prueba macabra. Entrar

en aquel hospital de Lubumbashi, fue entrar de golpe en la miseria del Tercer Mundo. Desde la misma entrada empecé a ver enfermos en el suelo, algunos sujetando, ellos mismos o algún familiar, una botella de suero por vía intravenosa. El pasillo y las escaleras mostraban el mismo aspecto y yo sentía que me temblaban las piernas y que en cualquier momento iba a darme un soponcio. Al llegar a la sala, donde se suponía que estaba el maestro, resultó que no lo encontramos. Lo habían cambiado de lugar y la única manera de dar con él, era buscándolo, así es que nos íbamos parando en cada cama, saludando y preguntando si alguien sabía de él. Las camas eran un poema: no había sábanas, los colchones tenían de todo menos higiene y en cada cama había tantos enfermos como cabían en ella, pero no menos de tres en cada una. No sé cuántas salas había, ni cuántos pasillos, ni cuántas escaleras, pero a mí aquello se me hacía enorme y cada vez más insoportable. Le decía a Vicen que lo dejáramos ya y que fuéramos a casa del maestro porque tal vez estaría allí, pero ella erre que erre, no me hacía ni caso, entre otras cosas, porque ella sí sabía cómo eran las cosas en Lubumbashi y yo acababa de llegar. Finalmente dimos con el maestro. Estaba en una sala que tenía el hospital para aislar a los enfermos más graves y con riesgo de contagio, no sé para qué, porque era exactamente igual que el resto del hospital, sin sábanas, sin desinfectar, y sin ningún tipo de precauciones. Mereció la pena recorrer ese vía crucis para encontrar al maestro. A mí me pareció muy mayor y muy enfermo. Se emocionó mucho por nuestra visita y más aún cuando le dimos las gafas traídas de España especialmente para él. Pienso que entonces ya estaba completamente ciego, pero igual se las puso y pareciera que eran el remedio de todos sus males. Murió dos días después y agradecí a Vicen que hubiera insistido en encontrado a pesar de todos mis malestares, porque ese maestro murió con algo suyo, mandado a traer de España y que en aquel entonces era privilegio exclusivo de los blancos (wamusungu, en suahili). Aquellas gafas le dieron dignidad para morir y constituyó la única herencia que dejó a sus hijos. Por eso digo que mi equipaje no era nada para todas las necesidades, esperanzas o sueños de cuantos zaireños conocí.

En la granja había una casa en ruinas que acondicionamos un poco para que pudiera vivir allí una familia que cuidara de nuestra cosecha. Ellos hacían su propio campo de maíz y era su medio de subsistencia. Tenían una niña preciosa con la que yo me encariñé mucho. Al principio tenía verdadero pánico de Vicen y de mí porque éramos blancas y en el Zaire a los niños les asustan con que viene el blanco, como en España con que viene el hombre del saco, así es que en cuanto nos veía, se ponía a gritar y a llorar desesperada. Poco a poco se fue haciendo a nosotras y al final corría a saludarnos cuando nos veía llegar. Pero un domingo no salió a saludarnos y nos acercamos a la casa



pensando que todavía estaría durmiendo. El papá nos dice que ha muerto y que ya la han enterrado.

Le dio el sarampión, y para quitarle el “fuego” del cuerpo la metieron en el arroyo, lo que le produjo la muerte. La impotencia y el dolor nos hizo enfadarnos con el papá porque no nos había pedido ayuda y parecía que no le afectaba el que hubiera perdido a una hija, que no era la primera, por cierto. De los doce hijos que había tenido, sólo le sobrevivió uno, todos los demás murieron de niños. Era algo que no cuadraba en mi mentalidad porque vengo de una familia de 13 hermanos, donde los niños siempre han sido el centro del universo, mis padres siempre atentos a cualquier percance que pudiera ocurrirnos y me admiraba que no se les escapara ningún detalle de cada uno de nosotros, cuidándonos, protegiéndonos y dándonos cariño.

Otro día, al llegar a la granja, salió a recibimos el guardián todo contento porque acababa de tener otra niña esa misma noche. La mamá y la niña estaban bien y nosotras no sabíamos si reír o llorar cuando nos contó cómo había sido el parto. Nos contó que sintió los dolores y salió de la casa para dar a luz, en medio de la oscuridad, con tanta serpiente como había por allí y las hierbas que eran como matorrales, se puso en cuclillas, rompió aguas y parió a la niña. Ella misma cortó el cordón umbilical, la envolvió en su “pañe” (vestido que usan) y regresó a la casa para presentar la niña a su padre. Estaba haciendo tareas cuando llegamos y otra vez regañina al papá y la obligamos a meterse en la cama y que reposara. Hablamos muy seriamente con los dos, y especialmente con el papá para que cuidara a esa niña y que, al menor síntoma de enfermedad, nos lo dijera. Iba creciendo preciosa, regordeta y sonriente que daba gusto llegar a la granja y ver a aquella criatura. Cuando tenía seis meses, le dio el sarampión. El papá nos avisó, después de haber bañado a la criatura para que se refrescara. Yo estaba decidida a no permitir que aquella criatura muriera y emprendí una batalla contra todo y contra todos para que aquella niña pudiera seguir viviendo.

Todos me decían que era inútil, porque el sarampión, complicado con la neumonía no tenía solución y que iba a dar vueltas por gusto, pero no podía escucharlos porque me dolía demasiado aquella situación. Removí Roma con Santiago para ingresar a la niña en un hospital en el que pudieran hacer algo por ella, porque ya sabía que en el hospital general lo único que conseguiría era precipitar su muerte. Tengo que decir que el sarampión era una plaga que arrebatava a cientos de niños cada año y en la sala infantil del hospital general había cuatro niños en cada camita y un montón de mamás con sus niños en brazos alrededor de las camas, esperando que un niño muriera para recostar al suyo en el lugar que había quedado libre. Conseguí ingresar a la niña y a su madre en el hospital de los ferroviarios y mañana y tarde pasaba por el hospital para asegurarme que la niña recibía todos los cuidados, y que la mamá



se alimentaba y seguía al pie de la letra todas las instrucciones hospitalarias. Tenía la firme convicción de que iba a recuperarse y tal vez por eso la veía mejor cada vez que iba a verla, aunque tenía la carita apagada y no conseguía que sonriera. Hasta que una mañana que estaba trabajando en casa, me dicen que una señora pregunta por mí, voy al salón a ver de quién se trata y veo a la mamá que se levanta del sofá y me entrega al bebé completamente tapado con una toquilla: había muerto. No sé lo que sentí en aquel momento, en todo caso, de todo menos alegría. Las compañeras me explicaron que la mamá consideraba que el bebé era mío por todo lo que había hecho por ella y por eso había venido a entregármelo.

Fue tan fuerte la vivencia de la mamá con su bebé muerto en brazos pasándomelo a mí que no sé exactamente cómo fue el entierro ni quién se ocupó de todos los detalles, a partir de nuestra casa. Esa mujer había caminado 5 kilómetros (desde el hospital hasta nuestra casa) con su hijita muerta en los brazos y tenía una expresión de serenidad y de resignación, como diciendo no hay nada que hacer y no merece la pena luchar contra la fatalidad. Me rebelaba porque toda mi lucha (y había sido mucha) no había servido para nada y pensaba en mi madre que, cada vez que había tenido que enfrentarse con alguna enfermedad nuestra, siempre consiguió vencerlas. Como cuando a Carlos le dio la parálisis infantil y no paró hasta que consiguió que no quedara paralítico, únicamente le quedó un pie algo encorvado que le hacía cojear pero no le impedía practicar ningún tipo de deporte. o cuando a Mary se le rompió una pierna y obligó al médico escayolarla hasta tres veces para que no le quedara una pierna más corta que la otra. O yo misma, que me golpeé un dedo con una piedra y no hizo caso del médico de cabecera cuando dijo que lo único que yo tenía eran caprichos de niña mimada, me llevó a un especialista de hueso y resultó que ya se me estaba engangrenando. Y tantas y tantas cosas más; pero aún cuando España no era por aquel entonces, ni se aproximaba siquiera, al ideal de cualquier país desarrollado, sí había una tradición y una cultura que ayudaron a mi madre a sacarnos adelante. Pero en África, sus tradiciones habían sido arrancadas de cuajo por los blancos y éstos nunca les permitieron acceder ni a sus tradiciones ni a sus avances. Así que las madres zaireñas se contentaban con que algún hijo sobreviviera, porque no había nada que les ayudara o facilitara la tarea. Carecían hasta de lo indispensable, siempre aplastadas, siempre pisoteadas, nunca tenidas en cuenta, de manera que les han despojado hasta de su dignidad. Y, además, eran las culpables de todas las desgracias, cuando la mayoría de las veces, por no decir siempre, eran las únicas en padecer y soportar las desgracias.

Cuando recuerdo a aquella madre con su hijita muerta en brazos entregándomela, siempre me hago la misma reflexión: siento que me está diciendo ahí tienes lo que la civilización blanca nos está haciendo, nos está matando

y además nos critica y desprecia por ello. Entérate de una vez que esta niña, por ser negra y por ser zaireña, no tiene ni derechos ni opciones, mientras que tú, por ser blanca, gozas de todos los privilegios en mi país en detrimento mío y de mis hijos que no sobreviven. Examina tu conciencia y después, si puedes, mírame a la cara y sigue diciéndome lo que puedo o debo hacer. Me sentí culpable de todas las atrocidades que la humanidad ha cometido en todos los tiempos, especialmente el genocidio encubierto de los blancos hacia los negros. Aunque no hubiera participado directamente, la historia, la cultura, la tradición y la educación me habían metido en ese engranaje y falaz de blanca civilizada y superior.

Siempre digo desde entonces, absolutamente convencida desde lo más profundo de mi ser, que todos los seres humanos somos iguales, porque ni elegimos el país donde vamos a nacer, ni quiénes van a ser nuestros padres, de qué color va a ser nuestra piel, ni dónde nos vamos a morir y, en consecuencia, nadie tiene derecho a avasallar a nadie ni a privarle de su dignidad.

La comunidad de chicas de Ekumene, estábamos en Lubumbashi, éramos cuatro en aquel momento. Dos se ocupaban de las mujeres en la cité de Kenia (barrio periférico de Lubumbashi, construido por los belgas para la comunidad negra). Tenían una guardería, un centro de salud y talleres de corte, confección y bordados, así como máquinas de tejer industriales. Funcionaba como una empresa social, es decir, todas las mujeres que trabajaban allí eran copropietarias, recibían capacitaciones permanentes y eran sus propias administradoras. Las otras dos (Vicen y yo) nos ocupábamos de los maestros con los que creamos también la empresa social de la granja como una forma de dignificar su vida y su profesión. Nos reuníamos cada mes para ver la marcha de la granja, distribuir trabajos, aceptar o no a nuevos miembros y hacer nuevos proyectos. Todos éramos responsables al mismo nivel y todos participábamos de los mismos trabajos, sin ningún tipo de distinciones. Vicen y yo éramos quienes nos encargábamos de tocar las puertas de organismos internacionales para conseguir fondos que hicieran posibles nuestros proyectos (por ejemplo, las bicicletas, la construcción de viviendas dignas en el recinto de la granja, la adquisición de bueyes que nos permitieran aumentar el terreno labrado y, por ende, sembrado con menos esfuerzo por nuestra parte; pero también, como cualquier maestro, nos íbamos a la granja en bicicleta, labrábamos la tierra con la azada, arrancábamos hierbas, poníamos abono, recogíamos la cosecha y desgranábamos el maíz exactamente igual que cualquier otro maestro, y recibíamos nuestra parte correspondiente de la cosecha. Nuestra casa, un chalet precioso en una zona residencial, reunía todas las condiciones para almacenar allí el maíz y poder ir distribuyéndolo a lo largo del año y de esta manera, los maestros tenían asegurado el bukari todo el año.

Esta decisión, como todas las que tomábamos, fue tomada por todos los maestros en una de nuestras reuniones mensuales, porque en la sociedad zaireña el círculo familiar no se circunscribe únicamente a abuelos padres e hijos, sino a todos los miembros de una misma aldea e, incluso de la misma tribu. O sea, que si hubieran llevado a su casa de una vez todo el maíz de la cosecha, antes de cinco minutos estarían obligados a compartirlo con lo que el continuo sacrificio que significaba la granja quedaría sin compensación alguna que mereciera la pena.

Los familiares y allegados aparecían a la hora del reparto, pero eran inexistentes cuando tocaba trabajar, y los maestros no iban a la granja para matar el tiempo, sino para tratar de matar el hambre que les acuciaba y asegurar el futuro de sus hijos, en el sentido de que si comen sobreviven porque con los salarios que tenían no les alcanzaba absolutamente para nada (unos salarios que no eran pagados puntualmente y, a veces, pasaban meses sin que vieran un centavo y siempre esperando percibir los atrasos).

Además de Vicen y yo, en el grupo de maestros, había una maestra, mamá Thérèse, una mujer con una determinación y un coraje que bien merece un comentario aparte. Tenía entre cuarenta y cincuenta años, siempre iba descalza, con un pañuelo en la cabeza y vestida de colores oscuros, con una vida intensa a sus espaldas, llena de tragedias, un presente con un marido borracho y maltratador, un montón de hijos famélicos y ella la única encargada de sacar adelante a la familia. Si yo hubiera tenido que pasar por la milésima parte que esta mujer soportó, haría mucho tiempo ya que hubiera tirado la toalla, pero mamá Thérèse no desesperaba ni en los momentos más desesperantes. Nunca se atrevió a ir a la granja en bicicleta porque no sabía andar en ella (yo creo que cambió la bicicleta por un saco de maíz para dar de comer a su familia), así que se iba caminando los 16 kilómetros sin que por ello rindiera menos en el trabajo. Los maestros la llevaban en sus bicicletas, pero un día el marido le dio una gran paliza por abrazarse a otro hombre en público (el abrazo no era otra cosa que sujetarse en la bicicleta para no caerse) y prefirió irse caminando para no crearse ella problemas ni creárselos a los maestros.

El grupo de muchachos de Ekumene estaba en plena selva, a 200 kilómetros de Lubumbashi. Esa distancia en el Zaire significaba un día de viaje, si todo iba bien. Consiguieron una granja abandonada en Lukotola (así se llamaba la aldea), acondicionaron la antigua casa de la granja y allí se instalaron con un grupo de muchachos zaireños.

Trabajaban la tierra y se alimentaban exactamente igual que los zaireños, es decir, té por la mañana, bukari y alubias al mediodía y otra vez bukari por la noche. Al mismo tiempo que los muchachos zaireños se robustecían porque comían tres veces al día (a lo que no estaban precisamente acostumbrados), los blancos iban adelgazando hasta llegar a no tener más que huesos y piel.

Recibían muchas críticas de parte de toda la comunidad blanca, incluidos los misioneros, porque a mi entender, eran una denuncia viviente de la situación que atravesaba la sociedad zaireña. Con los años consiguieron un desarrollo significativo en Lukotola para toda la población: domesticaron bueyes para trabajar la tierra (algo inédito en el Zaire), llevaron agua potable a la aldea desde un manantial no contaminado, escuela, centro de salud..., en fin, que cundió el ejemplo y gente de otras aldeas siguieron el ejemplo.

Que los muchachos llevaran esa forma de vida era criticable, pero más o menos aceptable, pero que Vicen y yo lo trasladáramos a la ciudad y siguiéramos su ejemplo, significó que todo el mundo pusiera el grito en el cielo, aunque nuestra alimentación fuera la de los blancos y viviéramos en una de sus confortables casas. Las mayores trabas llegaron, precisamente, de los misioneros blancos y muchos de ellos, incluso, nos hicieron un absoluto vacío y es que no era de recibo que estuviéramos ennegrecidas por el sol, con las manos llenas de callos y de tierra las uñas, que atravesáramos la ciudad en bicicleta chorreando sudor en una ropa sucia y llena de barro de regreso de labrar la tierra, peor aún, siendo domingo, día de encuentros sociales, de comidas succulentas y de actitud contemplativa. Para ellos era como si renegáramos de nuestra clase para mezclarnos con los negros, cuando debería ser al contrario: hay que ayudar a los negros, pero quedándose cada uno en su lugar, guardando las distancias, vaya.

El mejor apoyo que tuvimos siempre fue el de los muchachos de Ekumene: Nos comprendían, nos ayudaban, nos orientaban en cómo debíamos hacer las cosas y, sobre todo, nunca nos dejaron caer en el desánimo, además de dar la cara por nosotras ante todos nuestros detractores.

A pesar de que en todas partes yo me he sentido igual a todos, ni inferior ni superior, había un contraste brutal entre mis vivencias de Francia y las de Lubumbashi. En Francia, yo era la emigrante de un país subdesarrollado, por lo que era suficiente con que me permitieran vivir allí sin más pretensiones de ningún tipo. En el Zaire era mucho más que todo lo contrario. Mis derechos y privilegios venían por el mero hecho de ser blanca y eran, además, en detrimento de los nativos de allá. Por ejemplo, ningún zaireño tenía acceso a las granjas abandonadas por los belgas cuando llegó la independencia, así que la granja de los maestros estaba registrada a nuestro nombre y, legalmente, era propiedad nuestra. Para que los maestros pudieran usar sin problemas la bicicleta, también las bicicletas estaban a nuestro nombre. Era la época de esplendor de Mobutu con sus temibles policías del MPR (Movimiento Popular de la Revolución) corruptos hasta la médula, que no permitían respirar a los zaireños si no les pagaban por ello; con sus militares famélicos que también buscaban la manera de conseguirse el bukari porque, al igual que los maestros, sus salarios eran de miseria y también había atrasos en sus pagos (de

los militares que hablo, es de los soldados rasos, naturalmente). Era una costumbre generalizada entre los blancos, bajar la ventanilla del coche y entregar dinero a los soldados o a los del MPR para circular sin problemas por todas partes y como los de Ekumene no estábamos por la labor, empleamos muchas horas parlamentando y hasta discutiendo para poder pasar sin que tuviéramos que pagar por ello.

En el Kilómetro 14 de la carretera Madrid-Valencia conocí y conviví con los verdaderos marginados y desheredados de la tierra en España. Siempre con Ekumene, a quien el arzobispado de Madrid le encargó aquella parroquia, vivía con otra compañera de Ekumene en la casa parroquial y nuestras funciones eran las propias de una parroquia: Catequesis, bautizos, comuniones, bodas y entierros (las misas las daba un sacerdote, por supuesto).

Era una barriada de miseria, pero incluso allí había clases y marginación entre ellos. La “aristocracia” estaba formada por los que tenían casas construidas de ladrillo (sin planos ni arquitectos, por supuesto) mientras que los pobres eran los que tenían las casas de cartón y de desechos que recogían del basurero de Madrid, que estaba a un kilómetro de la barriada. Yo, que había estado en el Zaire trabajando para sacar de la miseria a quien quisiera de los maestros, sin preguntarles por sus creencias religiosas ni exigirles pertenecer a una religión para pertenecer a la empresa social, no podía circunscribir mi labor exclusivamente a los católicos que iban a la iglesia y que curiosamente, pertenecían a esa “aristocracia” del lugar, así que revolucioné todo el status que allí había y las puertas de la iglesia se abrieron de par en par para quienes no creían en ella. Mi manera de entender el evangelio ha ido siempre mucho más allá de ir a misa o recibir los sacramentos y considero mucho más importante ponerse en el lugar del otro y descubrir sus necesidades, sin quedarse cruzados de brazos, sino todo lo contrario.

Llevamos al hospital a un señor que vivía en una cueva y estaba totalmente alcoholizado, estaba vomitando sangre y pasábamos ratos con él en el hospital convenciéndole de que se quedara porque él prefería estar en su cueva. Otro matrimonio mayor, alcoholizado también, tenía unas peleas escalofriantes, y más de una vez tuvimos que llevar a la mujer a un puesto de socorro para que le suturaran alguna herida, en la cara sobre todo, hecha por algún objeto que le había lanzado el marido. Nunca conseguimos que pusiera una denuncia y es curioso, porque nos pedía ayuda cuando estaba chorreando sangre y se convertía en nuestra enemiga cuando las cosas iban más o menos bien en su casa. Acompañamos a una señora que estaba en fase terminal de cáncer hasta que murió y ayudamos a la familia en todos los trámites, además de darles cercanía y amistad. Eran emigrantes retornados de Francia y conseguimos que les dieran una pensión por el tiempo trabajado en Francia. Llamamos a todas las puertas para conseguir viviendas dignas para todos ellos, convirtiéndonos

en sus portavoces, llenando solicitudes y facilitándoles asesoría legal. En la noche dábamos clases y preparábamos para el graduado escolar. Todavía había algunos que no sabían leer ni escribir. Y cuando empezaron las obras para la autovía conseguimos arrancarle a la empresa contratada unas cuantas mejoras para aquella barriada.

Para mí, el Kilómetro 14 significó una gran riqueza personal, porque me despojé de muchos complejos y prejuicios y sobretodo, de hipocresía. Me refiero a que, aunque fuera de una manera inconsciente, hasta entonces ignoraba y creo que despreciaba a la gente como la que vivía en el kilómetro 14, tampoco había tenido contacto con ellos hasta entonces. Queda muy bien irse de misionera a África, pero alzarle en la voz de tus paisanos no provoca más que rechazo, empezando por uno mismo, que das por sentado muchas cosas sin querer indagar en las causas que lo originaron. No ves a las personas en realidad, sino que solamente ves las circunstancias que las rodean y aplicas los tópicos al uso de delincuente, borracho o drogadicto. Si consigues atravesar esa barrera de los tópicos y llegas a la persona, la escuchas, la ves, la comprendes, te solidarizas con ella y le tiendes la mano, de ninguna manera puedes quedarte indiferente.

Llegué a El Salvador de la mano de Cáritas para un proyecto de viviendas provisionales para los desmovilizados por el tratado de la frontera entre Honduras y El Salvador, financiado por la Unión Europea. Los materiales que se les proporcionaban eran los horcones y las láminas para construir una galera de 25 metros cuadrados por familia. Ellos mismos tenían que forrar esa galera con los materiales que tuvieran a mano. Les ubicaron entre la bahía de Jiquilisco y el río Lempa, entremezclados con los nuevos asentamientos de antiguos soldados participantes en la guerra civil, así como antiguos guerrilleros que habían entregado las armas y acogido a los Acuerdos de Paz. Mi primera batalla, que no fue ninguna nimiedad, fue para conseguir que toda la ayuda económica proveniente de la Unión Europea se emplease íntegramente para lo que había sido destinada. El resultado fue que alcanzó para mucho más de lo presupuestado, porque se habían abultado los precios (por algún funcionario salvadoreño en connivencia con un proveedor, para sacar tajada) y se pretendía, además, comerciar con una parte de los materiales. Con ello me gané las iras de los corruptos y los amores incondicionales de los beneficiarios.

Pero mi experiencia más impactante en El Salvador fue el desbordamiento del río Lempa. A causa de lluvias torrenciales, la compañía eléctrica abrió las compuertas de la presa en plena noche y sin previo aviso, por lo que todas estas comunidades quedaron completamente anegadas. Algunas familias pudieron salir a tiempo y se les proporcionó refugio en centros de salud, escuelas e iglesias, pero muchas otras se quedaron atrapadas en el agua.

No hubo muertos, por fortuna, pero sí muchos enfermos de infecciones en las vías respiratorias y en la piel. Se organizó un comité de emergencia del que formaban parte el gobernador de la región, la comandancia militar, el obispo y yo misma, desde el que programábamos y coordinábamos las acciones en toda la zona afectada.

Al principio, había reticencias por parte de los militares y hubo momentos de mucha tensión, pero cuando vieron que tenían mucho que perder y nada que ganar, tengo que decir que hicieron una labor extraordinaria. El primer choque fue porque consideraban un lujo innecesario proporcionar a los damnificados comida enlatada y agua embotellada y el más fuerte llegó a la hora del reparto. No teníamos ningún problema para hacer llegar los alimentos y medicinas a los que estaban en refugios y estábamos bien organizados para el reparto. No así con los que se habían quedado aislados, ahí dependíamos totalmente de los militares. A algunas comunidades sólo se podía llegar desde el mar, por lo que un barco militar se encargaba de hacer llegar los alimentos. A otras comunidades podíamos llegar con camiones del ejército, y en otras hacíamos llegar los alimentos y el agua por medio de un helicóptero, que por cierto fue con el helicóptero con quien más problemas tuvimos. Los salvadoreños tenían muy presentes todavía las brutalidades de la guerra, así es que cuando los pilotos del ejército les exigieron bajarse del helicóptero, temblaban al hacerlo (en todas las distribuciones iba alguien del comité de emergencia como responsable del reparto). No estaba previsto que yo fuera en el helicóptero, pero como no estaba dispuesta a ningún tipo de atropello, me subí al helicóptero y no les permití que me bajaran del mismo. Cuando quedaba aproximadamente un tercio de la carga, dicen que ya se ha terminado el reparto, que lo que queda es su cuota por el trabajo. Yo no sé por qué, en circunstancias críticas como aquella, en lugar de tener miedo, lo que prevalece en mí es la necesidad de hacer prevalecer la justicia. Sólo tenía en mente a los que permanecían a la intemperie con los pies en el agua y bajo la lluvia, aguantando hambre y sed y nosotros teníamos con qué paliar algo su situación. Cuando aquel capitán del helicóptero me dijo, rifle en mano, que él mandaba en el helicóptero, no menos firme, aunque sin rifle pero sí con ira, le repliqué que en los alimentos mandaba yo y no nos íbamos hasta haberlos descargado todos y por supuesto, se hizo lo que yo dije. Al regreso a la base sí me hicieron pasar miedo, aunque para ellos aparenté estar gozando del viaje. Y es que empezaron a hacer unas piruetas, que no salí disparada por el aire porque me sujeté a tiempo y mientras me agarraba fuerte con una mano a una barra del aparato, con la otra fotografiaba sin parar los estragos de aquella inundación, cuya panorámica se aprecia mucho mejor desde el aire. Estaban programados tres viajes por día del helicóptero, y como vieron que ni gritaba ni pedía que me bajaran, me dijeron que iban a llevarme al centro de distri-



bucción, porque ellos tenían que repostar gasolina, así yo podía descansar, a lo que yo les repliqué que no me bajaba del helicóptero hasta que hubiera completado los tres viajes programados. No les quedó otro remedio que llevarme a hacer turismo aéreo, bien bamboleado, por cierto. Después me comentaban admirados mi postura y se deshacían por complacerme.

Con los soldados de los camiones, también tuve sus más y sus menos para que colaboraran en la descarga de los camiones y la entrega a las comunidades. No había problemas para descargar el camión, pero había que formar una cadena con el agua hasta la cintura e ir pasando las cajas en alto a los de la comunidad. Como el agua tenía de todo menos limpieza, los soldados no estaban por la labor y lo hacían a regañadientes, después que habláramos con los mandos, con comentarios hacia mi persona que pretendían descorazonarme y que sólo me divertían, sin molestarme en absoluto, porque estábamos consiguiendo lo que realmente me interesaba, que era pasar los alimentos, sin que se perdiera ninguno, con rapidez, a todas aquellas comunidades aisladas por el agua. Poco a poco trabajamos en medio de un ambiente cordial; los soldados me llamaban abuela y yo les decía que los nietos tienen que respetar a las abuelas y hacer de buena gana lo que les piden. Si se quejaban por la dureza del trabajo, yo les replicaba que estarían menos cansados si no anduvieran todo el día cargando los rifles y me dejaban por imposible (siempre he tenido facilidad de palabra y es muy difícil vencerme en ese terreno; en una ocasión, un misionero en el Zaire dijo de mí que, cuando no hablaba, me salían letreros, y creo que está en lo cierto).

Fue un mes agotador, pero mereció la pena porque se atajaron a tiempo todas las enfermedades infecciosas, se atendieron a tiempo todas las necesidades puntuales de la gente, derivadas de la inundación, y tan importante fue la organización sobre el terreno como la ayuda internacional, que primero enviaron el dinero y cuando ya hubo pasado todo, se hizo el papeleo necesario. Lo que prevalecía en la mente de todos era hacer frente a aquella emergencia de la manera más efectiva posible y enfocado preferentemente a las personas afectadas. Los políticos y los militares entendieron que tenían que implicarse si querían fortalecerse y ganar popularidad y aceptación, así es que se entregaron de lleno a la tarea y en gran medida facilitaron el éxito. A partir de la segunda semana, cuando los militares llegaban a la aldea donde habíamos instalado el centro de operaciones, se me presentaba el capitán al mando con saludo militar y muy solemnemente, después de darme su nombre y cargo, me preguntaba qué órdenes había para ese día. Y todos hacíamos bromas sobre el asunto y lo hacían, por supuesto, llamándome comandante, capitán, pero, de preferencia, sargento, en medio de un ambiente agradable que distendía la tragedia del momento.



Pasamos muchas noches sin dormir y muchos días entre el agua y el lodo, pero no dejamos de comer ni un solo día, porque las gentes de la aldea donde teníamos el centro de operaciones (Nueva Esperanza, se llamaba la aldea) llegaban hasta nosotros con un plato de comida y un vaso de café, asegurándose bien de que comíamos y bebíamos lo suficiente cada día.

Desde El Salvador me reencontré con Octavio, un chileno compañero de Ekumene en El Zaire, maestro de vocación y de profesión, que estaba en Petén (Guatemala) dedicado a la enseñanza en una aldea de muy difícil acceso (El Naranjo), próxima a la frontera con México por el estado de Tabasco. Por aquel entonces trabajaba en una fundación, Finca del Niño, que acogía a niños huérfanos de guerra.

Nuestra amistad se hizo más profunda y desde 1997 compartimos amor, convivencia y proyecto de vida, año en el que me vine a El Naranjo para iniciar una vida en común con Octavio. La escuela de la Finca del Niño se amplió para los niños de la aldea, con clases de primaria y básico, y se abrieron tres escuelas más en aldeas de los alrededores, donde los niños no estaban escolarizados.

A la muerte del fundador de la Finca del Niño, se deshizo la Fundación, haciéndose cargo de las escuelas la Asociación Fe y Alegría, institución que se dedica a la enseñanza, con Octavio como director de las mismas. Me cuesta hablar de esta institución, porque sin explicaciones ni contemplaciones, Fe y Alegría nos cesó a los dos en enero de este año, justo cuando la situación ha mejorado de tal manera que ya no representa ningún esfuerzo dedicarse a la enseñanza en El Naranjo y se dan las condiciones necesarias para ello, quedando nosotros dolidos y obligados a tomar el camino de regreso a España, en una edad que ya no facilita las cosas para nuestra reinserción laboral, sin más capital que nuestra experiencia de vida entregada al servicio de los demás, y se nos hace muy cuesta arriba, naturalmente.

Sólo diré que hemos estado luchando contra corriente para impartir una enseñanza de calidad, de manera que los alumnos se conviertan en seres informados y pensantes, capaces de tomar las riendas de su vida y de su futuro. Hemos recorrido a pie (no había otra forma de acceso a muchas aldeas de Petén) muchos kilómetros del departamento de Petén para llevar maestros e instaurar escuelas en comunidades olvidadas de la mano de Dios. Que conseguimos becas para que los alumnos que salían del Básico pudieran continuar sus estudios medios, obteniendo una profesión.

Hoy, que El Naranjo goza de carretera asfaltada, luz, teléfono, internet y servicios bancarios, no deja de ser una satisfacción encontrar en puestos de responsabilidad a antiguos alumnos nuestros becados y un poco conminados a proseguir sus estudios, que nos dan muestras de su afecto y cercanía, probando con ello que siempre merece la pena luchar por los demás. Aunque

somos conscientes también de que en las alturas siempre habrá intereses que nada tienen que ver con los objetivos plasmados en sus idearios, que se contraponen con esos mismos objetivos, además de personas que sólo atienden a sus intereses particulares, generalmente ambiciosos tanto a nivel económico como social, que utilizan las miserias ajenas como trampolín para subir en su escala social y económica.

**RELATOS DE  
ESPAÑA**



# Con tesón consiguió su ilusión

Tránsito Cabero Rubio



## VALENTÍN, RECUERDO A MI PADRE

Valentín nace el día 28 de agosto de 1916 en el seno de una familia humilde dedicada a la labranza, en Villamontán de la Valduerna, La Bañeza, León.

¿Cómo era? –Alto, espigado, de mirada tierna y una sonrisa para cada ocasión. Su ternura y buen carácter le hacían ser querido por todos aquellos compañeros que en distintos trabajos convivieron con él. Trabajó duro, fue luchador, y su corazón de “emigrante” nunca, nunca olvidó su tierra leonesa.



Valentín Cabero.

Formó una familia de 6 hijos, 11 nietos y 4 biznietos.

Él, antes de entrar en coma, hablaba de sus padres y hermanos, y se fue a la estación de La Bañeza sin su maleta de madera y muchas ilusiones realizadas. El día antes de su muerte su recuerdo volvió a su esposa, hijos y nietos. El día 17 de julio de 1996 emprendió el viaje como “emigrante”, en un tren al que nadie quiere subir, pero que tarde o temprano todos tenemos que coger...

#### EL BILLETE

En un pueblecito de la Valduerna, cerca de La Bañeza, en Villamontán de la Valduerna, vivían sus padres con 9 hijos. Sacarlos adelante en los años 20 era muy duro; así que el mayor, Lorenzo, de 17 años, quiso irse a probar fortuna a las Américas, que, según decían, en 4 ó 5 años se volvía con la suficiente plata como para sacar adelante a toda la familia. Pero para poder hacerlo se necesitaba dinero en metálico para el billete del barco, ¿cómo hacerlo? –En Miñambres había un prestamista.

Quedaron de acuerdo sus padres y el prestamista en darle el dinero, y a cambio durante unos años se lo tenían que devolver en especies de la matanza: chorizo, tocino, jamón, huevos... y en el verano: trigo, cebada, centeno, garbanzos, alubias...

Todo fue de palabra, con un apretón de manos que su padre pensó en pagar pronto, así se realizaban los tratos en aquellos años. Su hijo querido se comprometió en volver pronto y mandar mucha, mucha plata...

#### EL OLVIDO

Con la ilusión de un joven por salir del pueblo, y con la esperanza de conocer mundo, su hermano Lorenzo se embarcó en busca de las Américas para hacer fortuna. ¿Qué le pasó? ¿qué fue de él? La Pampa Argentina se lo tragó, nunca volvió, nunca mandó la plata tan esperada. Sus padres sufrían en silencio el no tener noticias de su primogénito.

Por otro que fue con él, y éste sí volvió a su pueblo, supieron que era pastor. Vivía en una cabaña con una argentina, y nunca ganó lo suficiente

para pagar el billete a sus padres. La América que le habían contado, donde la plata se encontraba en cualquier parte, no existía, para ganarla había que trabajar duro y ahorrar; él ganaba y gastaba...



Trilla tradicional.

## EL AVARO

Se pasaban los días, meses, años...

Sus padres con dolor de corazón y mucha tristeza, sacaron de la escuela a sus hijos mayores, de 8, 10 y 12 años de edad para que se pusieran a servir en casas de señores para cuidar el ganado y atender las labores del campo, mientras sus hermanas ayudaban en las tareas de su casa, limpiando...

Cuando Valentín cumplió los 20 años, todavía seguían debiendo al prestamista la misma cantidad de dinero, que cuando se lo pidieron, vendieron los bueyes y el avaro decía que no era suficiente. Pretendía que durante toda la vida sus padres siguieran pagando aquel "billete de barco", que pobres eran, pero tenían su pequeña hacienda y el avaro prestamista les dejó en la miseria.

Mi padre y mis tíos se cansaron de pagar. Fueron donde el prestamista, y le dijeron que ya estaba pagado el "billete" con todo lo que le habían dado. Él lo negaba, diciendo que todavía debían mucho, pero la fuerza de la juventud y la injusticia de ver cómo cada año después de tanto sudor y esfuerzo, su deuda iba en aumento, unas palabras fuera de tono y el respeto a lo justo, hicieron que mi padre y mis tíos terminaran con la deuda con la que aquel "AVARO" se hacía cada vez más rico, mientras las gentes de los pueblos de alrededor eran más pobres.



## LA GUERRA

Después de librarse del prestamista, ese año toda la cosecha y matanza fue para casa. Se fueron recuperando mis abuelos. En su vejez volvieron a sonreír, ya era, por fin, todo de ellos. Pero... qué poco dura la alegría en casa del pobre...

Año 1936, estalla la Guerra Civil y vienen a buscar a mi padre. Se pasan tres años de guerra: León, Zaragoza, Teruel (en esta batalla le condecoraron con una medalla a su batallón), Toledo, Madrid... Durante todo este tiempo aprende a leer y escribir correctamente, ya que a los 8 años dejó la escuela. Conoce a mucha gente, pasa las calamidades de la guerra, que nos iba contando a lo largo

de los años; cómo veía ir cayendo a sus compañeros en aquellas trincheras y esperaba que nunca, nunca, sus hijos y nietos pasaran por otra guerra, y esperaba que viviéramos en el respeto mutuo y la paz.

## POBLADURA DEL VALLE

Al volver de la guerra, no tenía trabajo en ninguna casa de su pueblo natal, Villamontán. Se fue a buscarlo a Zamora, un día aquí y otro allí, se paró en Pobladura del Valle, mi pueblo.

Empezó sirviendo en una casa. Cuidaba el ganado, hacía las labores de labranza en el campo. Meses más tarde se cambió a otra casa en la que le pagaban más. Allí conoció a una bonita moza, y en tres meses se casaron.

Al año nació su primer hijo, José María, en los años siguientes: Encarnación, Olegario, Transi (soy yo) y Valentín.

En el verano trabajar de sol a sol: segar, acarrear, trillar, limpiar... En el invierno: pastor de ovejas con sus perros, Reverte y sus perritas, Rebulle y Corbata.

Una de esas noches en la era cuidando las parvas de trigo a la luz de la luna y mirando las estrellas, pensó que su familia necesitaba algo más; demasiadas bocas que alimentar, sus hijos iban creciendo y necesitaban algo más que en esos momentos no podía ofrecerles.

Sus cuñados habían emigrado hacía ya unos años a Bilbao, en el barrio de la Peña. Le propusieron que fuera su hijo mayor a probar fortuna, ya que estaría en su casa.



Durante tres meses José María estuvo trabajando en una bodega, y mandaba el dinero a casa, con lo que decidieron que él también podía ganar mucho más si iba a probar fortuna junto a su hijo.

Con mucha tristeza de dejar a su mujer y sus cuatro hijos se despidió en la estación de Pobladura, y se montó en el tren camino de Bilbao, donde le aseguraban que sobraba trabajo en las grandes empresas y que se necesitaba gente fuerte y con ganas de trabajar.



Foto de Valentín, esposa e hijos.

## EMIGRACIÓN A BILBAO

Con su maleta de madera llena de ilusión y esperanza, y con la fotografía de su familia, salió como tantos emigrantes a buscar un trabajo digno y una vida mejor para sus hijos y poder dejarles que irían a la escuela, cosa que él no pudo hacer...

Al llegar a Bilbao, se fue a la inmensa empresa de “La Basconia, S.A.”, su chimenea no paraba de sacar humo.





Le cogieron tres meses a prueba, ya que era un hombre de campo. Aunque sabía hacer las labores propias de labranza y pastoreo, no conocía cómo funcionaban los hornos de fundición de hierro, sacar la colada hirviendo y llevar el caldo a enfriar para después, convertirse en rodillos de muchas toneladas.

Aprobada la prueba, le hicieron contrato fijo con dos pagas, cesta de navidad, econo-

mato para comprar comida más económica, carbón para la cocina, Seguridad Social para él y toda la familia, y un mes de vacaciones.

Parte de sus sueños se hacían realidad, y el largo peregrinar se veía compensado con la tranquilidad de poder disponer de un sueldo fijo sin depender de cómo iría ese año la cosecha o si se le morían las ovejas.

Una carta certificada nos decía que venía a buscarnos en agosto cuando le dieran las vacaciones, que nos quería mucho y no podía vivir sin su mujer y sus hijos.

## TRASLADO DE LA FAMILIA

En agosto de 1958 empezamos a embalar nuestras cosas, con la ilusión de hacer un viaje estábamos encantados, sin percatarnos de las lágrimas de tristeza que mis padres derramaron al tener que desprenderse de los bueyes, la mula, el cerdo, las gallinas, todos nuestros animales que habían sido nuestro sustento durante tantos años.

¿Y la casa? Una preciosa y grande casa de dos alturas, haciendo esquina a dos calles con una puerta principal que se accedía a la vivienda y una lateral con sus puertas enormes para salir con los bueyes y el carro. Un grandísimo corral con un pozo de agua, no teníamos que ir a buscarla a la fuente, un pajar, un gallinero, donde recogíamos los huevos cuando oíamos cantar a las gallinas que todos nosotros correteábamos detrás de ellas y nunca podíamos coger...La pocilga del cerdo, su caseta y un pequeño huerto para tener a mano las verduras de primera necesidad.

Las ovejas se vendieron a un pastor. Lo que más pena le dio a padre, fue desprenderse de sus perros, Reverte y sus perritas Rebulle y Corbata, llamada así por su pechera blanca que tal parecía que llevaba una corbata. Durante

muchos años estuvieron pastoreando por las llanuras y el rastrojo castellanos, tantas noches durmiendo al raso en su compañía. A Reverte, Rebulle y Corbata nunca los olvidó.

Despedida de los familiares, vecinos, del pueblo...

¿Cómo sería la nueva tierra a la que íbamos?

Cuando el tren arrancó de la estación de Pobladura, un nudo en la garganta y un escalofrío por el miedo a lo desconocido recorrió nuestras venas, pero el tren seguía su marcha sin salir de la vía y no pudimos apearnos, sino seguir adelante hasta ese nuevo pueblo donde hacían falta muchos brazos para que la industria creciera.

Llegamos al anochecer. Una fila de farolas iluminaban las calles, muchas casas juntas, pisamos tierra firme y empezamos a caminar. Esa noche la pasamos en Ollargan donde los tíos recogieron a José María, su hijo mayor.

Al día siguiente nos levantamos temprano y nos fuimos a la casa que mi padre había apalabrado. Al llegar a Etxebarri, le preguntamos –“¿dónde es, papá?” Subiendo esa cuesta, y detrás de ese pinar. ¿Cuesta? Aquello no nos pareció una cuesta, era más alto que el Mulhacén<sup>1</sup>, no se terminaba nunca. ¿Y el pinar? En nuestras mentes infantiles jamás habíamos visto un monte tan alto ni un pinar tan grande, lo tardamos en cruzar una hora.

Cuando llegamos a casa, nos paramos en un edificio compuesto de planta baja, primer piso y segundo piso, como en el pueblo, pero... ¡oh desilusión!, sólo se podía utilizar el primer piso, en nuestro caso la planta baja, la cual tenía tres habitaciones, cocina, baño y un pequeño trastero para guardar el carbón para la chapa, el pasillo tenía 1 m de ancho 6m de largo en el que no cogíamos todos, era más pequeño que donde teníamos las gallinas en Pobladura, ¿dónde estaba el corral? ¿Por qué los pisos de arriba no eran nuestros como en el pueblo? Éstas y otras preguntas les hacíamos a mis padres, que sin poder respondernos, las lágrimas corrían por sus mejillas.

La primera noche en la nueva casa no dormimos nadie, nos ahogaba el espacio reducido de una vivienda de apenas 60 m<sup>2</sup> cuando veníamos de vivir de otra que tenía 3.000 m<sup>2</sup>. Amaneció un día triste, el cielo encapotado y el *sirimiri*<sup>2</sup> no cesaba, –“¿es que el cielo no es azul aquí?”– Le preguntábamos a papá, –“claro que lo es”– nos respondía, –“pero aquí llueve en invierno y en verano”–, –“pero... es agosto, en el pueblo no llovía en verano”–.

Con una sonrisa nos daba un caramelo de malvavisco, nos sentaba en su regazo y nos hablaba del pueblo prometiéndonos que en el verano con las vacaciones volveríamos a ir...

<sup>1</sup> Montaña más alta de la Península Ibérica. Granada. (N.E.).

<sup>2</sup> Lluvia constante y fina, típica del norte español. (N.E.).

## BARRIO DE SAN ANTONIO

Durante los primeros días de estar en el nuevo pueblo, mis padres se pusieron a comprar muebles, ordenar las cosas, inscribirnos en las escuelas, etc. Nosotros, por nuestra cuenta, agarrados de la mano, empezamos a explorar cómo era el nuevo pueblo donde íbamos a vivir.

El barrio de San Antonio, que pertenece al municipio de Etxebarri, se trata de un barrio de gentes muy sencillas que trabajaban la gran mayoría para las factorías de industria pesada. Con sus propias manos desbrozaron, allanaron, levantaron las primeras casas, acondicionaron el sitio lo mejor que pudieron y, además, edificaron ellos mismos la iglesia.

Al estar en las faldas del monte de Artxanda y Santa Marina, sus calles son de subir y luego las tienes que bajar; por las noches en las puertas de las casas se sacaban banquetas y como en Pobladura cada vecino, que proveníamos de otros lugares de España, contaban historias de sus pueblos y unos con otros se consolaban de estar lejos de su tierra.

En septiembre empezó el curso escolar y teníamos que ir a la escuela al pueblo de Etxebarri, en la fuente quedábamos todos los niños. Los mayores cuidan de los pequeños, mi recuerdo especial al “capitán de la pequeña tropa”, José Luis Vallejo, él nos guiaba por aquel camino entre un frondoso bosque, con dos caseríos en medio de la cuesta. Al pasar los perros ladraban, y el miedo nos hacía correr y correr y nunca llegamos tarde a la escuela. Al acabar la clase, vuelta a subir, sigilosamente, pasábamos por entre aquellos inmensos árboles, que a aquel pequeño grupo de niños nos parecían tan inmensos que cada día crecía más.

En un recodo del camino, nos esperaban los niños del pueblo para pelearse con los “emigrantes”. Las niñas cogíamos las carpetas, los libros y la bolsa de la comida, los niños dirigidos por el capitán José Luis, abrían paso, ya que nos cortaban el camino y decían que nos fuéramos a nuestro pueblo... Empujones, insultos, puñetazos y pedradas ¡cómo dolían! Pero nuestro capitán no se rendía. Llegábamos a casa magullados, con las rodillas sangrando. Allí nuestras madres nos esperaban con algodón y agua oxigenada, que con lo que escocía nos daba más fuerza para luchar al día siguiente a la conquista del camino libre para los “emigrantes”; cosa que conseguimos después de muchas, muchas peleas junto al respeto por todos nosotros.

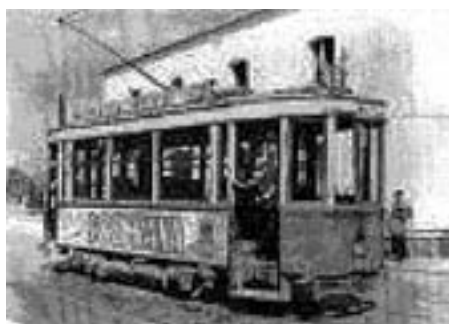
En estos últimos años, desde la zona de abajo hasta San Antonio, se han ido construyendo a lo largo de la carretera, en cuesta, edificios modernos que unen ambas zonas del municipio, lo que a ayudado a que Etxebarri sea un lugar muy cotizado a la hora de buscar piso, pero ha desaparecido el bosque ¡qué pena!

## TURISMO POR BILBAO

El invierno llegó. El cielo encapotado, el sirimiri no cesaba ni de día ni de noche, una semana, un mes lloviendo, la tristeza de recordar los días claros de Castilla, las llanuras soleadas, nos hacía sentirnos taciturnos e infelices...

Un día, cuando la nieve cubría las calles y los montes tenían un manto blanco, estábamos al calor de la chapa, y, para animarnos, Valentín nos prometió enseñarnos en primavera cosas maravillosas que no teníamos en el pueblo, así que preparamos un excursión por Bilbao en primavera.

Cuando las nieves cesaron el sol brillaba y los días eran más largos y claros, comenzamos la primera excursión. Nos montamos en un tranvía para ir a Bilbao, era como una máquina de tren sin vagones, sujeta por un rail en el techo que lo guiaba, los pasajeros viajaban dentro de la misma máquina, no tenía puertas y los más rezagados lo cogían en marcha porque iba a poca velocidad.



Llegamos a la capital, a Bilbao, con sus siete puentes, siete calles empedradas llenas de tiendas. No conocíamos nada más que una o dos, y allí estaban todas en fila, una de vestidos, calzado, cortinas, loza, comestibles, bares; mirabas por doquier había muchas más por todas las siete calles.

La plaza del mercado, de tres pisos, era un edificio precioso junto a la ría; el bajo era todo de pescado, en cada puesto había surtido de distintas especies, marisco, pulpos, mejillones, etc. El segundo piso, carne de ternera, buey, pollo, conejo, cordero, etc. El tercer piso eran montones de fruta, naranjas, manzanas, plátanos, fruta del tiempo que nunca habíamos visto. Al fondo una floristería repleta de claveles, rosas, calas, margaritas y muchas más, hacía que pareciese un bello jardín entre tanta fruta.

Valentín nos llevó a ver el funicular, ¡impresionante! un vagón sujeto por un grueso cable sube una inmensa cuesta hasta Artxanda, se pone perpendi-



cular, impresiona ver todo Bilbao metido en un “Bocho<sup>3</sup>” rodeado de grandes montes. Poco a poco subes hasta lo alto, a mitad de camino se para, para juntarse con el otro funicular que baja.

Un paseo por ese bello lugar, unos bocadillos de tortilla preparados en casa que sabían a gloria, un día al aire libre y nuestros corazoncitos empezaron a tranquilizarse y a

querer a esta nueva tierra.

Al mes siguiente, Valentín nos enseñó el puente de Deusto, nos dijo: –“este puente es distinto a los que conocéis”–. –“Y, ¿en qué es distinto?”– preguntamos, si a nosotros nos parecía igual y no tenía nada de especial, si no fuera porque era más ancho que los demás... –“¡Esperad media hora y lo comprobaréis!”–. ¡Qué aburrido! esperar tanto tiempo en un puente, papá sonrió y empezó a hablar con mamá. De pronto nos dijo: –“¡Mirad hijos!, ¿veis ese barco tan grande?–, –sí papá, qué bonito–, –estad atentos, porque lo veréis al otro lado del puente”–, –“pero papá”–, replicamos, –“se romperá el mástil, las velas son más altas que el puente”–; y en ese momento, el puente empezó a levantarse desde la mitad, poniéndose erguido. La mitad hacia cada lado de la ría, y un precioso barco navegaba majestuoso por delante de nosotros haciendo pequeñas olas al pasar, moviendo los pequeños barquitos que le acompañaban.

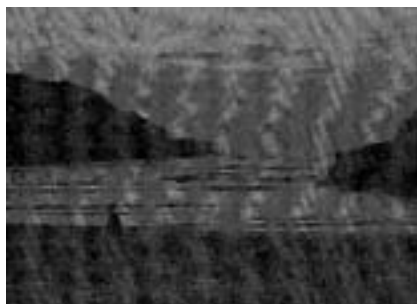
Nuestros ojos no daban crédito a los que veíamos ¡un puente que se levantaba! Se abría para que pasaran los barcos. Con la boca abierta los mirábamos, saludábamos, y ellos contestaban con la sirena de grandes y pequeños barcos produciendo un precioso sonido que hacía revolotear a las gaviotas.

La siguiente excursión fue todavía más sorprendente: Valentín nos llevó esta vez en el tren de Santurce, que bordea la ría hasta el mar. Al llegar a Portugalete, nos bajamos y papá nos dijo que íbamos a ver el puente más bonito del mundo ¡otro puente! –Papá ya hemos visto muchos–, –“pero como éste no”–, nos decía, –“pero papá...”–, –“¿os he mentado alguna vez?”–, –“No papá”–, –“entonces cogeos de la mano y seguidnos a mamá y a mí”–.

<sup>3</sup> Boche, agujero en el suelo, hoyo, que en los juegos infantiles se hace para meter objetos en él, en el juego de las canicas guá. Efectivamente Bilbao está como en un hoyo. (N.E.).

Nos fuimos por el paseo y llegamos a un espectacular armazón de hierros anclados a un lado y a otro de la ría, con unos gruesos cables que sujetaban una especie de barca. Al llegar junto a ella, papá nos dijo: –“hijos, este es el puente colgante, único en España, y hay pocos en el mundo”,– nosotros, atónitos le respondimos, –“pero, papá, es sólo medio puente, no se puede pasar al otro lado”–, una “tremenda carcajada” y un brillo de felicidad al ver nuestra inocencia resonó a nuestro alrededor.

Nos dio un beso, cogió los billetes y nos subimos al famoso “puente colgante”. Se cerraron las puertas, y el puente empezó a moverse, una sensación de incredulidad y emoción nos invadió al pasar por encima de la ría colgados de unos cables que se mueven.



Al estar en la otra orilla nos dirigimos al rompeolas a ver el mar... ¿Cómo sería? No nos atrevimos a preguntar, y al llegar... nos sentamos a mirar las olas, que se rompían contra unos inmensos bloques de cemento. La espuma nos mojaba suavemente los pies, el mar, la mar ¿cómo describirla? Su inmensidad mirándola a lo lejos se unía con el cielo, sus olas arañan las rocas con tal fuerza, que de forma caprichosa, van dejando la espuma sobre la arena. Es un paisaje para deleitarse y soñar en una puesta de sol sobre el azul del mar...

## NUESTRA SEÑORA DEL TRÁNSITO

Cuando yo nací, mis padres me pusieron el nombre de M.<sup>a</sup> del Tránsito. En Zamora es muy común, pero en esta tierra del norte, sonaba muy raro. Yo me encontraba incómoda cada vez que tenía que decirlo y ver la cara de perplejidad de la gente. Mis padres nos llevaron en la siguiente excursión al barrio de Begoña, donde está situada la Basílica de Nuestra Señora de Begoña, la “amatxu<sup>4</sup>” de Vizcaya.

<sup>4</sup> Diminutivo de madre en vascuence. (N.E.).





Tránsito Cabero, autora del relato, con el cuadro de la Virgen del Tránsito.

Al entrar en la Basílica, mi padre me explicó que en cada lugar hay una virgen y cada pueblo venera a una distinta. En León es Nuestra Señora del Camino, en cuyo santuario hemos estado. En Zamora es Nuestra Señora del Tránsito, y por eso me pusieron así mi nombre; la que estaba en el altar se llama “Begoña”, y casi todas las niñas llevan su nombre. Nos acercamos al altar, y mirando a la Virgen, prometí ir a Zamora a ver a mi patrona para llevar mí

nombre con orgullo, recordando que era de donde yo nací.

A través de otra zamorana que vivía al lado nuestro mi padre le encargó una medalla de la Virgen. Cuando me la dieron ¡la Virgen dormida! exclamé, me la coloqué al cuello y nunca me separo de ella. En mi viaje de novios, fui a verla, una profunda emoción me embargó el poder subir y postrarme a sus pies. Sigilosamente, para no despertarla, le recé con fervor pidiéndole me acompañara en la nueva vida que emprendía separándome de mis padres y uniéndome a mi marido. Traje una foto de ella en grande que puse en la cabecera de mi cama, en las vicisitudes le pido consuelo, en las alegrías le hago partícipe de mi felicidad. A las dos las tengo conmigo: la “Amatxu” de Begoña porque está cerca, y mi Señora del Tránsito para recordarme que a mi tierra castellana nunca la voy a olvidar, cada 15 de agosto las venero a las dos.

Para no olvidar a mi tierra soy socia del Centro Castilla y León de Basauri.

## VENTA DE LA CASA DE POBLADURA

El tiempo pasaba, y un nuevo hijo estaba en camino, Valentín trabajaba 8h y 12h para poder llegar a finales de mes, pero 5 hijos, el matrimonio y el que venía, no llegaba para todo. Muy a su pesar, y con un dolor en el alma que sólo lo entienden quienes se tienen que desprender de algo que quieren, pusieron la casa de Pobladura en venta.

Cuando el pueblo se enteró, como si fuese un castigo por haber “emigrado”, nadie quiso comprarla. Después de ofrecerla a mucha gente se interesó el cartero que estaba entonces. Con su sobrina se las arreglaron para ofrecerles una parte de lo que mis padres pedían. Tristes y desilusionados volvieron sin



su casa y sin poder hacer todo lo que querían al venderla tan barata. Su intención era vender también la del barrio de San Antonio y comprar una casa más grande en el pueblo de Basauri, donde la escuela estaba cerca, La Basconia estaba al lado y disponía de muchos servicios, como ambulatorio con médico y practicante, cines, bancos y todos los comercios como en la capital.

Al ver la tristeza de nuestros padres que no les alegró ni la llegada de su sexto hijo, preguntamos porqué. –“Hijos no”– dijo Valentín, –“vendimos la casa barata, y el cartero y su sobrina se mofan de habernos engañado”–;– nuestras mentes infantiles no entendían el significado de aquellas palabras, sólo veíamos que nuestros padres lloraban al haber perdido parte de su Castilla. Las risas del cartero y su sobrina se oyeron en el cielo, y Dios, que fue justo, vio nuestras lágrimas...

Con la diferencia de precio que no pagaron a mis padres arreglaron la casa por dentro. Se pavonearon en el pueblo del negocio que habían hecho; pero su avaricia y egoísmo no les dejó ver que lo primero que hay que arreglar en una casa son los cimientos y el tejado. Ese invierno fue muy duro: las lluvias y nieves caídas no las aguantó el tejado, derrumbándose en la primavera y quedándose sin casa el cartero avaro y su sobrina.

Nosotros seguíamos teniendo la otra mitad de Castilla... Villamontán nos esperaba cada verano.

## LA ROBLA

Después de pasar un largo invierno se termina el curso escolar, y a toda prisa, las maletas, la ropa, regalos... La noche anterior, preparativos de tortillas, lomo, chorizo, queso, fruta, agua... Las vacaciones de verano habían llegado en un día de tren en “La Robla”. En las curvas se podía ver la máquina humeante y el vagón de cola. Las carbonillas nos hacían llorar, pero ver los pueblos pasar, los puentes de hierro, parecía que el tren se rompía; mirar el pantano de Arija y comprobar que todavía se ve el campanario de la iglesia, observar el nivel del agua.



A las 14.00h parada en Mataporquera, a comer... ¡qué rica tortilla! Las fiambreras sobre una cesta de mimbre que hacía de mesa, 1, 2, 3, 4, 5, 6, estábamos todos, da tiempo de coger más agua. Un silbato anuncia la salida

del tren, en marcha lo cogen los últimos aguadores, faca, faca<sup>5</sup>, seguimos el camino.

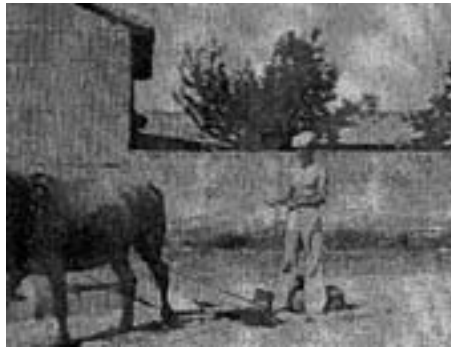
Al llegar a León, todos en fila cada uno con su bulto, 1, 2, 3,4, 5, 6, a prisa cruzar las calles a la otra estación, ¡Ése sí que era un tren! Una inmensa máquina, los vagones con asientos confortables, llegamos a La Bañeza.

Ya falta poco, vamos a la estación de autobuses, –“Pepe ¿podemos subir?”–.

–“¡Hola! Los de Bilbao”–, 1, 2, 3, 4, 5, 6, el autobús completo, los pueblos van pasando, poco a poco, 8 kilómetros y por fin, Villamontán. ¡A DISFRUTAR DEL VERANO!...

## EL FIELATO

Después de un verano de duro trabajo: segar, acarrear, trillar, con bueyes y trillo, recoger la era, barreda, hacer parvas, llevar el trigo al molino, y lo más divertido: cargar la paja en el carro, ir montado en la picota, llegar al pajar y..., todos los rapaces a pisar, ¡paja va...! una nube de polvo y paja nos caía por la cabeza, y empezábamos la pisada. Terminábamos como un espantapájaros, pero nuestra recompensa era traemos nuestra ración de alubias, garbanzos, chorizos, jamón, ¡tocino con sabor a Villamontán!



Cuando se terminaban el trigo y la cebada, se acarreaban los garbanzos y se esparcían por la era, a una preciosa yegua le enganchaban un trillo, y mientras trillábamos, cantábamos esta canción:

<sup>5</sup> Onomatopeya del sonido del tren (N.E.).

Corre, corre, caballito,  
trilla bien estos garbanzos,  
que serán nuestro sustento,  
en un largo, frío y lluvioso  
invierno, la, la, la...

Y si no quieres por este lado,  
te doy la vuelta y se  
desgranar por el otro,  
corre, corre, caballito, la, la, la...<sup>6</sup>

Pero una profunda tristeza nos embargaba cuando a la vuelta teníamos que pasar por el puente de León, desde la estación de vía ancha a la estación de vía estrecha La Robla, donde se encontraba “el fielato”, unos “señores” estaban controlando todos los bultos y se quedaban con la mitad de todas nuestras cosas. La rabia contenida de mis padres, la mirada atónita de unos niños que después de trabajar de sol a sol, mirábamos cómo nos cogían toda aquella comida que los abuelos y tíos nos habían regalado, no comprendíamos ¿cómo era posible que por el hecho de cruzar un puente teníamos que pagar y desprendemos de aquello que nosotros considerábamos que era nuestro?

Durante varios años duró el “fielato” ¿a quién se le ocurrió? Fue el “lucro” de pocos y la tristeza, impotencia, indignación... de muchos, muchos “emigrantes”, zamoranos, leoneses... que dejaban su pueblo con lágrimas que enjugaban en silencio.

En la mayoría de edad he vuelto a pasar por aquel puente, y esta vez las lágrimas recorrían mis mejillas, recordando aquellas mesas y los señores con inmensos sacos que llenaban con nuestro sudor, trabajo y mucha, mucha rabia contenida.

A un “emigrante” no le amedrenta casi nada. Sin saber de donde, saca fuerzas para enfrentarse a todas las adversidades que la vida pueda deparar; pero hay una que no resiste, y es que su propia gente, su pueblo, le haga llorar..., le robe, le cachee, le trate como a un criminal ¿qué delito era pasar de la estación de vía ancha a la estación de vía estrecha?. Sin saber por qué los puentes han marcado nuestra vida en esta tierra, según donde se vaya hay que cruzar uno u otro sin tener que pagar ningún arancel. Pero este de León ha

<sup>6</sup> Canción célebre de la artista española Mari Sol, a la que se le ha cambiado parte de la letra (N.E.).

<sup>7</sup> El fielato era una oficina de control a la entrada de poblaciones importantes en la que se pagaban una serie de impuestos de consumo, o se decomisaba el producto. (N.E.).

sido una espina clavada en el corazón de todos aquellos zamoranos y leoneses que eligieron el norte como lugar de su nueva residencia.

### TRASLADO A BASAURI

Más tarde de lo previsto nos trasladamos del barrio de San Antonio al pueblo de Basauri.

El pueblo de Basauri es industrial, con La Basconia, Firestone, Edesa, Coplástica y muchos talleres pequeños que distribuyen material para las grandes empresas, donde encontraba trabajo todo aquel que lo buscaba.

Dispone de todos los servicios: transporte de tren de vía ancha, Euskotren de vía estrecha, autobuses, (últimamente disponemos de lanzadera para el metro), ambulatorio, tiendas, bares, restaurantes, pensiones, hotel y polideportivo. El Mercabilbao, que abastece a la capital y pueblos de alrededor, facilita el empleo a muchos “emigrantes”.

La nueva casa estaba situada en Basoselay, detrás del Ayuntamiento, donde unas preciosas campas, llenas de pasto y helechos, eran el disfrute de los chiquillos al jugar en plena naturaleza.

Como había mucho terreno, el alcalde permitió a quien quisiera tener una huerta Valentín hizo por la parte de atrás de la casa un pequeño gallinero, y así tenía abono para su huerta, recordando su época de labrador.

Cada 1 de noviembre, día de Todos los Santos, en Santutxu se celebraba la feria del ganado. Cada año, papá nos llevaba a pasar la mañana en la feria viendo unos enormes bueyes, vacas lecheras y de carne, yeguas, corderos, gallos, capones, pavos y todo tipo de animales para la granja o Navidad. Cogíamos boletos del “cerdo de la misericordia”, que se rifaba todos los años. Nunca nos ha tocado, pero merece la pena ver tan grandísimo ejemplar.



Dejábamos para lo último ver los cabritillos. El que más le gustaba a papá lo compraba, y lo llevábamos a casa y lo metíamos donde las gallinas, que se alborotaban al ver el nuevo inquilino en su corral.

Durante casi dos meses cuidábamos al cabritillo. Cada tarde lo sacábamos a pastar cuando salíamos de la escuela, esperábamos que sonara el cuerno de “La Basconia” e íbamos a esperar a papá. En quince minutos se presentaba silbando, llamando al cabritillo que corría hacia él. Todos los días le guardaba un trozo de pan del bocadillo, el cabritillo se lo comía, saltaba y corría a nuestro alrededor. Valentín, después de una dura jornada en los hornos, se tumbaba en la fresca hierba sobre una manta, hasta que el cabritillo le lamía la cara, –“¡Hola! Reverte”, así se llamó el primer cabrito, Rebulle el segundo, Corbata el tercero, Perla el cuarto... así poníamos nombres a los seis años de matanza de cabritos que el alcalde permitió, ya que empezaron a venir “emigrantes” de todas las provincias y empezaron a edificar casas y casas hasta terminar con los verdes campos. Comida no le faltaba, y cuando llegaba la Navidad, estaba tan cebadito que una semana antes preparábamos la matanza. En lugar de cerdo, cabrito. Nos reuníamos los vecinos, a los niños nos mandaban a jugar, los mayores ayudaban a papá a matarlo. El cabritillo lloraba como un bebé, nosotros nos íbamos lejos para no oírlo, nos daba mucha pena. Le cogíamos cariño, le echábamos de menos hasta el siguiente año que tuviéramos otro.

Cuando los mayores habían terminado con la matanza del cabrito, lo ponían al sereno para, al día siguiente, trocearlo. Como no se podían hacer coscarones<sup>8</sup>, como se hace con el cerdo, preparaban chocolate con bizcochos y pasábamos parte de la noche recordando cada uno cómo se hacían las matanzas en sus pueblos, los niños escuchábamos las distintas historias. Cuando el sueño nos hacía cerrar los ojos, nos dormíamos con el recuerdo del cabritillo pastando por las verdes campos...

## ROTURA DE LA LOZA

Al tener gallinas, comíamos los huevos frescos. Lo malo eran las verduras, aquellos platos de patatas con acelgas y porrusalda que se llenaba la boca de hilos del puerro. Yo era mala comedora: un día me negué a comer, me castigaron sin nada más, si no comía porrusalda, tampoco lo siguiente. Me fui a la escuela pensando en la merienda, las tripas me hacían



<sup>8</sup> Restos de las mantecas del cerdo derretidas, chicharrones. (N.E.).

ruido, mi sorpresa fue que al volver seguía teniendo en la mesa para merendar el plato de porrusalda, me volví a negar.

Mi estómago me amenazaba con un ligero dolor que iba en aumento, en un descuido de mamá, me subí en una silla y detrás de las tazas en la alacena, estaba escondido el chocolate, pero no llegaba, me incliné un poco más, estiré el brazo y ¡qué pasa! la alacena se mueve y... ¡pataplán!... un estruendo de toda la vajilla, tazas, vasos, hizo que mi madre volviese a la cocina, ‘viendo con estupor, como toda la vajilla estaba hecha añicos’.

Sujetamos la parte de arriba de la alacena, recogimos los trocitos oyendo de fondo los gritos de mamá y a continuación una buena “azotaina” terminaron con el rugido de mis tripas; –“¡en qué loza vamos a cenar!”– exclamaba mamá –“si no has dejado un plato entero, cuando salga papá de trabajar tenemos que ir a comprar, vendrás conmigo para que sepa lo que has hecho”–. Los trozos de cristal se colaron en la porrusalda y me libré de comerla, pero mis nalgas me dolían...

Mamá y yo fuimos a las puertas de La Basconia a esperar a papá. Sonó el cuerno de la fábrica, y los obreros empezaron a salir. Al vernos se le alegró la cara, pero mirando a mamá se preocupó y corrió donde nosotras, –“¿qué pasa?”–, –“¡tu hija, ¿sabes lo que ha hecho?, no ha querido comer y ha destrozado la vajilla, las tazas, los vasos...”– –“¿es verdad, hija?”– me preguntó papá, –“sí papá, las verduras están asquerosas, tenía hambre, fui a coger chocolate y se cayeron todos los cacharros”.

Mis nalgas, previamente calentadas por mamá esperaban otra buena tunda de azotes, pero... en su lugar papá me cogió en brazos, me subió hasta el cielo dándome un dulce beso y ante el sombro de mamá me dijo: –“bueno, Leo, si la chiquilla tenía hambre no la puedo castigar, por eso no, ni a ella ni a ninguno de mis hijos, hambre ya pasé yo bastante; hoy nos ha dicho el encargado, que quien quiera trabajar el sábado se le pagará extra, yo me he apuntado y podrás comprar todo lo que la niña ha roto”.

Compramos ocho platos, ocho tazas, ocho vasos... Al llegar a casa, entre todos propusimos cómo volver a rellenar la alacena por poco dinero: El Starlux regalaba vajillas, el Chocolate regalaba tazas, la Nocilla<sup>9</sup> regalaba vasos. Durante muchos meses utilizábamos la pastillita para todas las comidas, la merienda era de nocilla, y el chocolate siempre, a todas horas, hasta completar la docena de cada utensilio.

Papá nunca nos castigó, nunca nos dio un cachete ni nos dio un “azote” a ninguno de los seis hermanos, nos educó con dulzura y cariño.

<sup>9</sup> Marcas comerciales de concentrado de caldo, de chocolate y de crema de chocolate. (N.E.).

## LA BASCONIA

La Basconia era una inmensa fábrica. Tenía muchos obreros con cuatro turnos, mañana, tarde, noche y día, de 8.00h a 5.30h, que era el de papá.

Cada tres meses los hornos, debido al calor excesivo de la producción del hierro, se estropeaban, y tenían que quedarse todo el día y a veces la noche para repararlo.

Les llevábamos comida y la cena, salían en turnos a las 13.00h, a las 14.00h, a las 15.00h. Cuando salían a comer, sus hijas les estábamos esperando en las campas con nuestra mejor sonrisa, el mantel extendido y preparada la fiambarrera con una bota de vino que les aliviaba la sed que traían del horno, ¡cómo degustaban la comida!, el cansancio les hacía tumbarse en la hierba llena de margaritas.



Sonaba el cuerno, volvían a la fábrica, nosotras recogíamos las cosas y nos íbamos a la escuela.

Un día su turno salió a las 15.00h. Estábamos esperándoles desde las 12.30h, y como no podíamos ir a la escuela, ya que entrábamos a las 14.30h y ya eran las 16.00h, nos invitaron a enseñarnos los hornos donde trabajaban. Nos pusieron un casco como el de ellos, y un grupo de 12 niñas entramos en aquella impresionante fábrica donde estaba llena de hierros y bobinas de gran tonelaje. Los hornos eran impresionantes, una grúa transportaba caldo hirviendo de hierro, que lo metía en un horno, y salían bobinas que otra grúa llevaba para que se enfriasen. Más adelante, unas grandes pinzas cogían los rollos, los ponían en vagones de tren para después transportados a aquellas empresas que lo habían solicitado.

Aquella tarde nos pareció maravillosa, pero... al día siguiente la maestra nos castigó sin recreo, sin vaso de leche ni galletas (que nos daban en el

recreo), a la tarde nos puso contra la pared porque no nos creyó que habíamos llevado la comida a nuestros padres.

Una madre, que su hija le contó al mediodía que la habían castigado sin recreo, fue a hablar con la maestra, y al ver que seguía castigada contra la pared su indignación fue en aumento. Habló con la directora, y exigió que nunca castigaran a unas niñas por llevar comida a sus padres que traían el sustento a casa para toda la familia.

La maestra nos levantó el castigo a las 16.25h, y salíamos a las 16.30h. Nos dijo que no le habíamos dicho nada, y que por eso nos había castigado por faltar a clase. Nosotras sabíamos que no era así. Cuando salimos de clase bajábamos las escaleras diciendo: –“Bruja asquerosa, cara de sapo, sí que lo sabías, pero nos has castigado porque somos hijas de emigrantes, te fastidias, que no nos importa”– y echábamos a correr. Nos íbamos a casa encantadas, porque al estar castigadas contra la pared, ese día no podíamos copiar la pizarra, y no teníamos deberes para el día siguiente. Así, pasábamos la tarde jugando...

En la Ceplástica trabajaban dos de mis hermanos: Jose María y Olegario. También les llevaba bocadillos cuando tenían que hacer horas extras, siempre lo hice con cariño hacia papá y mis hermanos.

## ALTOS HORNOS DE BARAKALDO

Cada trabajador tiene su ilusión y meta de conseguir un puesto mejor, dependiendo de la rama en que trabaje: para un albañil de hornos, su deseo era trabajar en los Altos Hornos de Baracaldo.

Se rumoreaba que La Basconia iba a ser adquirida por éstos. Valentín se puso el reto de tratar de trabajar en los mismos, con lo cual vería otro de sus sueños realizados, cosa que consiguió; al fin estaba donde el había soñado tantas veces.

Tras cinco años de empleado en los Altos Hornos, le llegó la jubilación tan

Grupo Sanguíneo [ ] ALTOS HORNOS DE VIZCAYA, S. A.  
 FABRICA DE BESTAO Y BARAKALDO  
 P.º AL.º [ ]  
 Dato. [ ]  
 Cargo [ ]  
 Domicilio Población [ ]  
 D.º N.º [ ]  
 28 de Enero de 1971  
 N.º de Matrícula 53.403



merecida y necesaria para poder pasar unos años disfrutando de la vida con toda su familia.

Lo mejor de la jubilación fue el poder volver a su Villamontán querido, y pasar largas temporadas con sus hermanos recordando su niñez.

### EL ÚLTIMO PUENTE

Valentín, has cruzado el último puente, cogiendo el tren para hacer el viaje que debemos emprender en solitario. Esta vez no nos has explicado cómo se cruza de la vida a la muerte. No te acompañamos, te olvidaste de contar, pero estábamos todos: tu mujer, 1, 2, 3, 4, 5, 6 hijos..., yernos, nueras, nietos, amigos, vecinos, etc.



Allí donde estés, seguro que has recibido a mamá.

***¡BUEN VIAJE, VALENTÍN Y LEO!***

*El día que salgan nuestros trenes y crucemos el puente de la vida a la muerte nos volveremos a reunir para que sigáis contando: 1, 2, 3, 4, 5, 6...*



# Memoria de la emigración de un zamorano

Ramiro Camarzana Palmero

En un lugar de ZAMORA de cuyo nombre sí que quiero acordarme, ya hace bastante tiempo que nací.

Yo nací para ser emigrante. Lo mío era como “La crónica de una emigración anunciada”. Mis padres, cuando me concibieron, ya tuvieron que saberlo.

No era yo el primero de mi familia que lo había hecho, pues dos hermanas de mi padre, a la temprana edad de 14 y 16 años, se fueron en un barco (y como Colón), embarcaron hacia un lugar que le dijeron era Argentina, y que ellas creían que estaba ahí mismo, y Dios mío, qué habrían pensado cuando llegaron al cabo de varias semanas... ya nunca pudieron volver a su España.

Pero no es esa terrible historia la que quiero hoy contar (aunque quiero hacerlo en su honor), sino la mía.

He dicho que lo de ser emigrante estaba cantado, porque figuraos... Nací en el año 1945 (justo en la posguerra), en un pueblo de Zamora (Navianos de Valverde), a orillas del río Tera, y sin ninguna propiedad. ¿Qué podría hacer yo allí?... Nada, tenía que irme.

Mi padre, y digo mi padre, porque mi madre cuando yo tenía nueve años decidió emigrar al Cielo, que no tenía terrenos pero era inteligente, quiso que mi emigración fuera menos traumática que la de sus hermanas, y decidió hacerlo por etapas. Y la primera etapa (ésta un poco a petición del cura y el maestro del pueblo), consistió en enviarme a los frailes, porque según él, por lo menos comería y me haría un hombre de provecho, que yo por aquel entonces no sabía lo que significaba eso. Y a los diez años y pico me fui a Coreses a estudiar para fraile (como se decía entonces), a la Congregación del Verbo Divino.

Fue una etapa muy bonita de mi vida, aunque a la vez dura, porque era una Congregación alemana y por lo tanto muy estricta y muy rígida. Allí aprendí a ser una persona independiente y dura (yo que soy blando por naturaleza), pues cada vez que abandonaba el pueblo después de las vacaciones, algo se iba desprendiendo de mi alma.

Allí adquirí una buena base de todo tipo de conocimientos, tanto técnicos como humanos, pero cada año que pasaba y me iba haciendo hombrecito, más inaguantable se me hacía permanecer entre aquellas paredes compartiendo aquella vida austera y monacal. Necesitaba otros aires y vida libre, porque me ahogaba... empecé a darme cuenta de que se me iban los ojos detrás de las chavalas, y de que no estaba de acuerdo en muchas de las ideas allí impartidas... al cumplir mi 7º año de colegio, y en aquellas vacaciones, tomé la firme e irrevocable decisión de no continuar en el c para fraile.

Mi idea, así lo había hablado con otros compañeros, era, una vez salido del colegio, seguir estudiando y hacer magisterio, pues me habían informado de que con un par de años podía conseguir ser maestro... Pero no contaba con una cosa muy importante, y era que cuando lo propuse en casa, me dijeron que muy bien, pero que ¿quién pagaba aquellos dos años?, porque en mi casa no había ni un duro... Se me hundió el mundo, y ya no supe qué hacer. Bueno, sólo había un camino, y era buscar trabajo y ponerme a trabajar, pues estaba claro que nadie me iba a dar nada.

Total, siete años estudiando y no me iban a servir para nada... Decidí irme a Madrid, porque allí tenía familia y me encontraría más arropado. Pero cuando llegué a la capital con los bolsillos vacíos y vi todas aquellas calles abigarradas de gente y aquella marabunta, me acojoné (*sic*), y me encontré perdido y descolocado.

Mi tía me dijo: “Hay que buscar trabajo enseguida, pues en una capital no se puede vivir si no trabajas”. Y claro que había que buscar trabajo a toda leche, porque conseguí una pensión para dormir y había que pagarla, y también comer.

La forma más fácil de conseguir enseguida trabajo era buscar algo en la hostelería, según me dijeron mis primos. Así lo hice, y, efectivamente, conseguí trabajo muy pronto en un bar... pero con lo que no contaba es que cuando me pedían los clientes las consumiciones, como combinados, destornilladores, san franciscos y cosas por el estilo, yo no tenía ni la más remota idea de lo que querían beber, pues provenía de un colegio de frailes y de un pueblo... y aquí no se pedían estas cosas, de modo que el dueño, creo que por lástima, no me expulsó, pero me metió en la trastienda a preparar los pinchos y los bocadillos.

Allí me aburría soberanamente, pues era un trabajo que lo hacía en una hora, pero había que estar mañana y tarde aguantando el chaparrón. Nadie me enseñaba, y sólo estaba allí de caridad... Empecé a darle vueltas a la cabeza

y, en aquella gran urbe y en aquel momento, yo no veía ninguna salida. Un día, echándole valor, se lo dije al jefe: “Quiero irme”. (Y él, pensando que me quería ir a otro establecimiento), me dice con toda la cara y la mala leche del mundo: “¿A dónde vas a ir tú, desgraciado, si no tienes ni puta idea?...”. Y tenía razón, porque aquello no era lo mío.

Pero... ¿Qué era lo mío?, Ni yo mismo lo sabía, pero tomé la decepcionante decisión de volver al pueblo, derrotado, porque me encontraba en un callejón sin salida.

Seguramente, mi padre se sintió defraudado, porque pensaba que su hijo, que había estudiado siete años para hacerse un hombre ilustrado, no podía fracasar de esa forma tan estrepitosa, ni estar en boca de todo el pueblo... Pero en la capital nadie me preguntó si sabía álgebra, latín, el teorema de Pitágoras o los logaritmos... sólo me pedían cachis, destornilladores o no se qué con pipermín... y eso no me lo habían enseñado para la reválida de sexto.

Después de todo este fracaso, estuve una temporada en Benavente aprendiendo el oficio de relojero, pero también sabía que por las circunstancias familiares que se daban en ese momento, tampoco iba esto a dar sus frutos, y así fue. Tampoco esto era lo mío. A los dos meses o así me llegaron noticias por unos conocidos: en Pamplona, en esos momentos, había trabajo. Y tomé la decisión de mi vida... irme a la aventura... y que fuera lo que Dios quisiera.

Aparqué todos mis lazos de unión. Tenía que olvidarme de todo y de todos. Tenía que desprenderme de cualquier vínculo que me atara a aquel Pueblo donde había nacido... donde habían nacido mis sentimientos, las chicas que me habían despertado al amor, los olores a tomillo y jara de cuando íbamos a cazar con los mozos del pueblo... en fin, todo.

La semana que faltaba para mi partida, me dediqué a visitar todos los lugares y rincones, donde habían sucedido mis vivencias, pues me daba la sensación, y así lo creía en el corazón, que ya no volvería a visitarlos jamás.

La última noche me fue imposible conciliar el sueño. No sabía qué sería de mi vida, no conocía para nada el lugar al que iba, ni siquiera si hablaban algo de castellano o se limitarían a comunicarse en euskera, con lo cual, otro problema añadido, pero... ¿Qué más daba uno más?

El viaje me pareció toda una odisea: Un amigo me llevó en moto hasta Benavente, de ahí hasta Valladolid en coche de línea, de Valladolid hasta Alsasua en tren (pero cambiándome de vagón en el camino, pues en el que yo iba montado en concreto, me dijo el revisor que iba para Bilbao), y de Alsasua a Pamplona en otro tren que, según decía una mujer mayor que iba en él, paraba en todos los pueblos de Navarra; y casi acierta, porque se me hizo eterno aquel viaje.

Ya estaba en Pamplona. ¿Y ahora, qué?... menos mal que la persona que me había escrito diciendo que había trabajo aquí estaba esperando mi llegada,

y me acompañó a casa de la patrona (donde él vivía), y me dijeron que también había sitio para mí.

Me extrañó que la mayoría de la gente se expresara en castellano, y eso me dio ánimos. Esa noche ya logré conciliar el sueño, y dormí unas horas.

Al día siguiente era domingo, y me dediqué a inspeccionar el lugar, es decir, Pamplona, y me pareció muy bella a pesar de mi tristeza. Todo verde, mucho árbol, con mucha limpieza... daba gusto pasear por allí... pero seguía teniendo mucha morriña. Me daban envidia las familias que paseaban, los niños que gritaban, las parejas que se miraban... en fin, añoraba a mis amigos, a mi familia, a las mozas de mi aldea, que quizás, y sólo eso, alguna estuviese también echándome en falta... pero en fin, ya no era el momento de volverse atrás, pues ya no quería más fracasos por mi debilidad.

El lunes ya fui a pedir trabajo. Mi idea era para la oficina, pero en el primer sitio que pedí (la fábrica de electrodomésticos de Super-Ser), ya me dijeron que si quería empezar a trabajar al día siguiente, pero nada de oficina, sino al taller, que me apuntaban en el momento. Y claro está que acepté, estaba con demasiada hambre de dinero como para no decir enseguida que sí.

Empecé a trabajar, como habíamos quedado, al día siguiente, un martes de junio del año 1964 y me designaron al departamento del “Armado”, que se llamaba así porque aquí era donde se juntaban todas las chapas y se armaba la estufa o el frigorífico, y de aquí ya pasaban a la pintura.

Yo, en concreto, le ponía con una máquina de electrodos las bisagras y los pestillos a las puertas de las estufas. Teníamos que hacer un determinado número a la hora si queríamos cobrar la famosa prima, que suponía un dinero extra muy bonito. Llegué a tener tal maestría en hacer ese trabajo que para todas las visitas que llegaban a la fábrica, era casi obligado que las llevaran a mi puesto de trabajo para verme realizarlo.

Así continué en ese mismo trabajo, porque lo que buscaba de oficina, parece ser que siempre estaba dado de antemano, siempre llegaba tarde.

Después de tres años pude hacer la primera visita al pueblo, y además esta vez ya no estaba derrotado. ¿Cómo voy a explicar mis emociones a alguien que no haya pasado por ese trance? Ni siquiera voy a intentarlo ahora, solo sé que el corazón se salía de su sitio, que me reía de todo y que volví a ver a mi gente, a mi familia, mis amigos y amigas. Hicimos jolgorio, y fuimos a bailar a los pueblos que celebraban sus fiestas patronales, que en fin, alguna vez hasta nos pasamos un poco haciendo el “ganso” (influenciados, tal vez, por la bebida). Visité los lugares del pueblo que más me gustaban.

Pero se me terminaba el tiempo, no podía estirarlo más, tenía que abandonar otra vez todo y seguir dejando trocitos del corazón... y volví de nuevo a Pamplona.

Vuelta al trabajo y a la monotonía... pero Dios se apiadó de mí, y una tarde en fiestas de un barrio, conocí a tres chicas que cambiaron mi tristeza a alegría, y al cabo de unas semanas, una en concreto me robó la parte de corazón que me quedaba.

Parece que a partir de ese día cambió mi vida por completo. No sólo la sentimental, sino también la laboral, porque una tarde que entraba a hacer mi jornada de trabajo me comunicó mi encargado que tengo que ir a las 18 horas a hacer un examen de no sé qué, (ya no me acordaba de que hacía unos seis meses que había visto un letrado en la fábrica, que el que tuviese interés, había unas plazas para programadores y analistas de ordenador, y yo había echado la solicitud). Todo nervioso, me volví a casa a ponerme ropa un poco más acorde con las circunstancias.

Me fui a hacer el examen donde me habían indicado, y resultó ser una cosa rarísima que yo no había visto nunca, pues pensaba que me pondrían problemas de cálculo y álgebra o contabilidad o a lo sumo raíz cuadrada, y no fue nada de lo que había estudiado, sino un test preparado por la empresa que iba a instalar el ordenador. Hice lo que pude, y resultó ser mucho, porque cuando vinieron los resultados del examen, me llamó a las oficinas el jefe de administración y me dijo: “¿Qué le parece a usted si le cambiamos el buzo por la corbata?”. Y lógicamente yo, todo serio, le respondí que encantado si era por el bien de la empresa.

A partir de ahí, todo vino sobre ruedas en el plano laboral. Nos dieron un curso de seis meses y trabajé haciendo programas para el ordenador (como la nómina, las primas, la contabilidad, los clientes, el almacén, etc.)...

Y en el plano sentimental, también empecé a tener buenas sensaciones y me enamoré. Las vacaciones, ya en lugar de ir al pueblo, las disfrutaba en Zumaya, porque la familia de mi novia iba siempre allí.

Me casé, y tengo tres hijos. Cuando todavía tenía uno y había encargado ya el segundo, en el año 1973 me enteré de unas oposiciones en Caja de Ahorros de Navarra, también para programadores. Estaba indeciso, porque enseguida iban a ser dos bocas de hijos que dar de comer y yo ya tenía un trabajo fijo, y además estaba muy bien. Llego a casa y le espeto a bocajarro a mi mujer: “¿Qué te parece si cambio un trabajo fijo por otro, que de momento tengo que estar a prueba seis meses, y si les gusta seré también fijo y sino, a buscar de nuevo trabajo?...”. Mi mujer, lo único que me preguntó, fue el nombre de la empresa, y al enterarse de que era Caja Navarra, enseguida me animó diciendo: “Si llevas ya varios años rindiendo a un buen nivel en Super-Ser y te aprecian, en la nueva empresa será igual, porque no vas a ser allí un irresponsable”.

Me presenté a las oposiciones, y al parecer tuve un buen día y las aprobé, y así fue como entré a trabajar a Caja Navarra y ya no me cambié de empresa

nunca más, además mejorando mucho y haciendo muchos amigos que me respetan y me aprecian.

El plano laboral estaba cubierto, y el sentimental, también. Estuve muchos años sin aparecer por el pueblo, pues mi trabajo y los hijos, por unas causas o por otras, me lo impedían.

Cuando por fin regresé a mi lugar de nacimiento, ya con la cabeza más alta, por supuesto que sentí las mismas emociones. Los viejos conocidos, los mismos olores que yo recordaba del monte, y volver a andar el camino que yo tantas veces había hecho hasta el río, los amigos del pueblo y volver a saludarlos (algunos ya no estaban),

¡Qué alegría charlar con ellos! Saber qué hacían y con quién se habían casado, y si tenían hijos... y también, ¿por qué no? Saber quién se había muerto.

Estuve una semana disfrutando, y la verdad es que me lo pasé muy bien, pero en el fondo, ya quería volver a mi sitio. Me di cuenta entonces: ya era Pamplona, allí estaba mi hogar, mi familia directa, mis hijos y mi mujer son Pamplonicas, y mi casa está preparada con las comodidades que a mí me gustan con mi ordenador, mi correo electrónico y mis cuentas, etc.

Cada vez que vuelvo al pueblo, me pasa lo mismo. Las emociones me embargan, y cuando ya estoy allí unos días y he visto a mi gente y mis lugares de recuerdo, entonces ya tengo ganas de regresar a Pamplona y estar otra vez con mis amigos actuales y mis hobbies, como la Casa de Castilla y León, mi teatro o Anaitasuna (mi club deportivo)... En fin, son ya muchas las ataduras que tengo en esta tierra (que por cierto, nunca me ha discriminado por ser castellano), y que creo, he aprendido a quererla de verdad.

Ahora ya, cuando alguien me pregunta de donde soy, le contesto: soy un zamorano navarro, y creo que no miento, porque es lo que me sale del corazón. Y si ahora tuviera que abandonar esta tierra, en la cual he sembrado pero he recogido con creces, seguro que volvería a sufrir otro tanto.

Pero aunque creo, y lo digo con la mano en el pecho, que he tenido mucha suerte en recalar en Pamplona y todavía mucha más suerte en mi trabajo y en mi vida sentimental, cuando pienso en mi corazón roto de aquellos años y en lo que me costó la adaptación, y eso lo traslado a otra persona que no haya tenido al final tanta suerte como yo, me pregunto: ¿Quién nos va a pagar todo ese sufrimiento?... Nadie, porque eso es impagable. Siempre lo comparo a una persona que está en la cárcel y después de varios años se demuestra que es inocente, ¿Cómo se le puede recompensar?... Nadie le puede devolver esos años.

Con esta narración quisiera hacer pensar, y pedir a las autoridades de cada pueblo y de cada nación, que hagan todo lo posible y pongan todos los medios que estén en sus manos para que estas historias no vuelvan a repetirse, y que cada uno tenga en su propia tierra lo que necesite.



# Bizkaia

Francisco Javier Gómez Juan

## PREÁMBULO

Según reza en el libro de familia de mis padres, nací tal día como el 28 de mayo de 1947, y se me puso por nombre Francisco Javier Gómez Juan, hijo de Francisco y Teresa, y nacido en la Calle del Sol N º25 del barrio de San Lázaro.

Tengo que hacer constar que nací en el seno de una familia sumamente humilde y con una particularidad añadida, la de que mi padre era sordomudo y de profesión limpiabotas, y claro, mi madre se dedicaba a las labores propias de una sencilla ama de casa.

Cuando yo tenía poco más de tres años muere mi madre, y tanto mi padre como yo somos acogidos por uno de los hermanos de mi padre en su casa.

Hay que decir que ambos vivimos con mis tíos hasta el momento en el que yo me hice mayor (veintidós años) y ante la falta de trabajo en Zamora y mis circunstancias personales, emigré a otras tierras para hacer una vida nueva en la que también hay que incluir mi matrimonio.

Quiero hacer notar que las poesías que acompañan a este relato, como se puede ver en ellas y en su lectura, exponen sentimientos y vivencias propias que he tenido a lo largo de los años, en mi ciudad natal y lejos de ella.

## FUERA DE MI TIERRA

Veinticinco años hace ya  
Que mi tierra dejé  
Y de mi Castilla marché

Parece que fue ayer  
Cuando al Norte llegué  
Y en él una familia creé

Aunque el tiempo ha pasado,  
Nunca te he olvidado y  
Año tras año tus tierras he pisado  
Veinticinco años, una eternidad

Los años vendrán, año tras año  
Verano tras verano  
Mis pies en mi tierra zamorana pondré  
En ella, veré el cielo azul  
Y las estrellas por doquier

Verano de 1994

#### SALIDA DE ZAMORA Y LLEGADA A VIZCAYA

Habiendo hecho una síntesis de mis señas de identidad como ciudadano de Zamora, es el momento de pasar, en primer lugar, a hacer un relato más o menos detallado de cómo fue la salida de mi tierra y la llegada a la nueva, en la cual resido desde entonces, haciendo la friolera de nada menos que treinta y seis años, que en verdad, ya son años a la espalda, con sus pros y sus contras.

Habían pasado veintidós años en mi vida. Tenía el servicio militar hecho, era el momento de buscar un trabajo.

Después de alguna cosilla en Zamora, y ante la imposibilidad de encontrar trabajo, un día, que no se me olvidará mientras viva, el tío del cual dependía (como he expuesto en el prólogo), me llamó y me dijo, más o menos con estas palabras: “Paco, hasta ahora has estado en casa, hasta este momento me he hecho cargo de tu padre y de ti. He hablado con Agustín, un familiar de tu tía, al que ya conoces, y hemos quedado en que te lleva con él a trabajar a Bilbao, en la empresa en la que él trabaja haciendo montajes. Cuando él marche de vacaciones a finales de agosto, te irás en el tren, y en adelante dependerás de ti mismo. Yo sigo haciéndome cargo de tu padre hasta que te asientes y te cases, luego, te lo llevas a vivir con vosotros”.

Tengo que decir que aquellas palabras fueron duras, y sobre todo sorprendentes en aquellos momentos, aunque analizadas hoy en día, son lógicas (y más si encontrar trabajo en Zamora era difícil, al igual que hoy en día).

La salida más normal o razonable para todos nosotros, tanto si fueses del pueblo como de la ciudad, era emigrar a otros lugares donde había industria

y por lo tanto se generaba trabajo y había inversión económica, algo que en Castilla no se producía, y claro, no procede entrar a discernir ahora y en estas líneas cuáles son las causas o motivos.

De todas formas, hay que admitir, con letras grandes, que es una enfermedad endémica de la tierra, por la cual generación tras generación se ven avocadas a salir al País Vasco, Cataluña, Madrid, Europa, etc.

Esto produjo algo muy fuerte... algo muy duro... es igual la expresión que queramos emplear. Se rompía de un plumazo todo, se dejaba a la familia y aquello con lo que habías crecido: pueblo, ciudad, amigos, costumbres, etc. Empezabas de golpe y porrazo una nueva vida, digamos que cambiaba sin saber cómo se iba a realizar tu futuro en adelante.

Realmente, hay que vivirlo dentro de uno, y más en mis circunstancias personales, que no procede ahora hacer comentario alguno, pero como es lógico pensar, sirven para formar a uno; y claro, yo no iba a ser menos.

Y llegó el día de mi marcha, de mi nuevo y definitivo cambio de vida, algo que no podía figurarme, y menos a mis veintidós años. Yo solo, subiendo a un tren por la mañana, con rumbo a lo desconocido, ante una vida nueva, gente, ciudad...cosas y más cosas, todas ellas por conocer. Habiendo hecho un alto en Vitoria para estar con unos familiares de la persona con la cual iba a trabajar, al día siguiente, a media tarde, tomé un autobús que me habría de llevar hasta la capital de Vizcaya: Bilbao.

Una hora más tarde entraba en la ciudad. Tengo guardada aquella imagen desde los cristales del autobús: aunque era a finales de agosto, y yo había dejado mi tierra radiante de sol, en Bilbao, al entrar por la plaza del Ayuntamiento, el día estaba nublado, y todo resultó aún más oscuro y triste.

Los edificios eran oscuros, motivado por el clima y por la contaminación de las fábricas, (según me comentaron más adelante).

Algo llamó mi atención poderosamente, y era, por supuesto, la presencia en la ría de unos barcos de pesca pequeños, pintados de vivos colores, que destacaban sobre el lugar, como queriendo dar un poco de colorido entre tanta oscuridad, ya que el agua, quizá de forma intencionada, con su suciedad hacía juego con el entorno.

El autobús siguió atravesando calles, hasta llegar a su destino final. Tomé un taxi, el cual me llevó hasta la dirección en donde yo viviría, que a su vez, allí se encontraba la familia de quien me había traído a trabajar a Bilbao.

## PRIMER DÍA DE TRABAJO

Eran las siete de la mañana. El despertador sonó en mi primer día de trabajo. Mi primer día de enfrentamiento ante la vida, ante unos horarios, unas

normas, unos deberes... en fin, cosas inéditas para mí, y me figuro la cara de susto y de pardillo que tenía en esos instantes.

En ese momento comenzaba una vida nueva, caminando hacia una parada de autobús, acompañado de la persona que me llevaría al trabajo en un autobús urbano de color marrón, cuyo destino era el pueblo de Basauri. El trabajo estaba, concretamente, en la empresa Firestone, a la cual se le estaba instalando un depósito para la fabricación de los neumáticos de coches y camiones.

Pasado un breve tiempo, el autobús, en una de sus paradas, nos dejaba frente a la fábrica. Al bajarnos, algo llamó poderosamente mi atención: había que cumplir con un ritual, el cual, como es lógico, yo desconocía por completo, pero mi acompañante, y la inmensa mayoría de trabajadores de entonces conocían: Entramos en la bodeguilla o tasca de rigor, y como una costumbre, los trabajadores pedían su copa Garvey, Ferry, Mistela... lo que cuadrara. Se puede decir que, a esas horas, el estómago estaba vacío. Realmente, para mí, el hecho era novedoso, y como es lógico, a esa edad yo no había probado el alcohol, y menos en el ambiente en el que me educaron.

Realmente pensé que quizás esa copa les servía para tomar, digamos, ánimo ante el trabajo que les esperaba, pues he conocido trabajos muy duros y costosos.

Por supuesto, cumplido el ritual de esa copa para empezar el día, cumplimos otra norma: fichar en una máquina a la entrada del trabajo. Acto seguido, cruzamos el pabellón de la fábrica, llegando a nuestro puesto de trabajo. Agustín me presentó ante mis compañeros, y a continuación, me dirigí al "tajo".

Hay que pensar que ante tal situación, yo no tenía ni idea de nada, me limitaba a observar lo que pasaba, y más cuando me encontraba subido, como los demás, entre andamios, y a unos quince metros de altura, más o menos. Vamos, que si te despistabas, corrías un peligro muy serio. Supongo que esa situación me tenía atemorizado.

Cómo transcurrió el día no tiene trascendencia, comimos en la empresa y posteriormente al trabajo, dando por hecho que continué con el mismo temor y con la misma sorpresa de estar en aquel lugar, con gente que no conocía, y empezando a trabajar por primera vez de forma seria, integrándome en el mundo laboral (que prácticamente no conocía).

Llegó la hora, una vez aseados, fichamos la salida, y acto seguido, tomamos el autobús de vuelta para casa, al barrio de Zurbarán. Los días se sucedían, y todo era similar: poco a poco tenía que integrarme en el trabajo y perder el miedo a la situación y a la altura.

## FÁBRICA DE ECHEVARRÍA

Lo que menos podía figurarme yo en aquellos momentos era un cambio de trabajo, y claro, implícitamente, un cambio de empresa, cuando todavía estaba, como quien dice, “tomando tierra”.

Habían transcurrido poco más de dos semanas cuando me llamaron de Zamora, solicitando que me presentara ante cierta persona de una empresa conocida popularmente en Vizcaya como Echevarría. Dicha empresa se dedicaba a la fabricación de aceros y laminación.

Tal y como me pidieron, me presenté ante esta persona, que resultó ser uno de los médicos de la empresa. Éste me expuso que gracias a su mediación, tenía un nuevo puesto en la fábrica para que entrase a trabajar.

Estaba claro que, de nuevo, se me presentaba una situación inesperada, cuando apenas habían pasado veinte días trabajando. Eran demasiados acontecimientos para un joven de veintidós años que sale de su tierra para enfrentarse a su futuro.

Verdaderamente fue algo inesperado, primero el tipo de la empresa, fabricación de acero, laminados, etc. En definitiva, una empresa de las grandes, con unos 2.500 trabajadores.

Esto supuso conocer nuevas gentes, encargados, técnicos... trabajo muy duro, como son estas fábricas, con métodos de trabajo rudos: el hombre lo hace casi todo, pues la tecnología no se había incorporado aún. Todo era sudar y sudar, desde que se entraba hasta que se salía.

Por si era poco duro, había tres turnos, algo que implicaba comer, dormir y trabajar cada semana a horas distintas. Vamos, un bonito cambio en mi vida...

Durante los años que estuve en la fábrica, digamos que pasó de todo. Lo primero es que había una norma en la empresa: lo primero que había que hacer era entrar a un departamento sumamente tóxico, que a su vez, hacía de comodín de mano de obra para otras secciones, por lo que siempre que faltaba personal, recurrían a nosotros; con lo cual, los últimos que entraban a trabajar en la fábrica eran los que tenían que andar de un lado para otro. Esto quiere decir que casi terminé por conocer la fábrica entera, sobre todo los trenes de laminación, en los que a veces se permanecía un tiempo, pero se volvía al puesto original.

Digamos que no siempre, pero sí mucho tiempo, me lo pasé de esta manera, aunque tuve algunos momentos buenos, dentro de la dureza, claro está.

Añadamos a todo esto, que en la empresa tuve que pasar por sufrir la experiencia de la crisis del acero, y a su vez, por la construcción de una nueva fábrica a las afueras de la ciudad, a la que nos llevaban diariamente a trabajar

en las nuevas instalaciones mientras no había trabajo para todos (debido a la disminución drástica de los pedidos).

Esta situación duró un largo período. Terminé trabajando en la nueva fábrica, pero, cuando pensaba que tenía un puesto seguro en ella, de nuevo me reclamaron para la antigua.

Volvieron los problemas, esta vez agravados con la aparición de una úlcera de duodeno y lumbalgias, con lo cual todo era aún más complicado.

A lo largo de estos años, sucedieron otros hechos paralelos en mi vida. Tuve dos, bueno... digamos tres, cambios de patrona. Una de ellas, puedo decir que si me descuido casi "las palmo": Quería ganar tanto dinero que me daba sopas de pan todas las noches (para aprovechar el que sobra), un huevo frito, media manzana y una docena de uvas gordas. Esto trajo consigo una desnutrición que superé gracias al médico de la empresa.

Cambié de patrona, y ésta era el polo opuesto: No tanta limpieza, pero sí abundancia de comida, lo cual era básico para mi trabajo, y gracias a ella, superé esa situación tan mala.

También sucedió algo que cambió mi vida para siempre. Viendo que mi trabajo no peligraba en lo que a estabilidad se refiere, tomé la decisión de casarme con la que ya antes de salir de Zamora era mi novia. Aunque tuvimos que hablar la decisión con su familia debido a nuestra corta edad (23 y 21 años); y también porque ella acababa de terminar la carrera de magisterio, al final lo conseguimos. Nos casamos un ocho de junio, en la Ermita del Carmen, Zamora.

Comenzaba una vida nueva: el matrimonio, los hijos que llegaron cuando llevábamos un año de casados (con lo cual tuvimos que aprender la asignatura de ser padres), y a su vez, trabajar ambos, pues mi esposa comenzó al año siguiente en un colegio.

Por supuesto, como expongo al comienzo de este relato, existía mi padre, y por lo tanto, lo trajimos a vivir con nosotros; como habíamos pactado con su hermano.

## NUEVO CAMBIO DE EMPRESA

Definitivamente, la salud no me favorecía en mi trabajo, y cambié de empresa. Al poco tiempo, encontré otro empleo muy opuesto al que había tenido: Era un taller de fabricación de piezas para motos y automóviles, algo que desconocía por completo, así que de nuevo tuve que aprender y a su vez familiarizarme con nuevas personas y nuevos mandos.

La fatalidad, sin quererlo, se hizo presente. Cuando llevaba más o menos tres meses en el nuevo trabajo, un percance fortuito causó un accidente que

hizo que perdiera por completo la visión de mi ojo derecho para siempre, algo que me produjo un trauma muy duro a mí y a mi familia.

Desde ese momento, quedaba disminuido. Pasado un largo tiempo en el que estuve recuperándome, me reincorporé de nuevo al taller, pues la empresa me reubicó en un nuevo puesto dentro de la cadena de producción.

Dos años más tarde, esta empresa se asocia con otra para hacer frente a los nuevos tiempos y a las nuevas tecnologías, y se construye una nueva nave en un polígono industrial de un pueblo de las afueras de Bilbao.

Esto ocasiona nuevos cambios, una vez más. Había que llevar el coche al trabajo por carreteras muy peligrosas. Lluvias, nieblas muy cerradas, heladas, etc.

A ello hay que añadir que la empresa se instaló en una parte muy fría de Vizcaya, aunque suene raro comparado con mi tierra. De hecho, en invierno, casi a diario se trabajaba a menos cinco grados de temperatura, como mucho. Por otra parte, la humedad de la zona máquinas y tornos hacía el trabajo aún más desagradable.

Mes tras mes, año tras año...todo siguió más o menos normal. La vida familiar “a tope”, y mi salud empeoraba por temporadas, pues el frío y la humedad del invierno me afectaban mucho.

## CRISIS DEL AUTOMÓVIL Y CAMBIO DE TRABAJO

Sí, por qué no, quizás pueda decirse que forman parte de mi vida los cambios y las nuevas experiencias.

En la anterior empresa me tocó vivir la crisis del acero, y en la nueva tenía que vivir la del automóvil. Varias secciones del taller se vieron sin trabajo por falta de pedidos, y esto hizo que durante un largo periodo parte del personal nos pasáramos el tiempo en el comedor, sin trabajar, sólo pasando el tiempo y con el salario algo disminuido.

Viendo que la situación se alargaba, se pudo negociar con la empresa una solución y ver la posible salida. Se ofrecieron ciertas cantidades para el que quisiera marcharse, si bien dichas cantidades no animaban a ello. De nuevo, se negociaron unas nuevas que sí estimulaban a los trabajadores.

Inesperadamente, mi vida da un cambio de 180 grados, tanto cambia, que repercute en la vida de mi familia y en mi salud.

Ante la situación por la que estaba pasando, un día, cierta persona conocida nos comenta que en la Universidad del País Vasco han salido unas cuantas plazas. Había que aprovechar la ocasión, además, podía salir bien: Sacar la plaza y tomar el dinero de la empresa.

Todo salió bien, conseguí una plaza y cobré el dinero, algo que le vino bien a mi familia, formada en esos momentos por mis cinco hijos, mi mujer y yo.

La empresa no se enteró hasta que cobré el talón y tuve mi puesto en la Universidad.

Cambiaba mi vida para siempre. Era otro mundo, otro trato con las personas, otras relaciones, otro respeto al que no estaba acostumbrado.

Todavía fue más sorprendente cuando vi que tenía, y tengo, el trabajo a no más de diez minutos de mi domicilio.

Verdaderamente, era tanto el cambio que no me lo creía, pues hasta mi salud se vio mejorada, aunque las secuelas de lo pasado quedaron ahí para no olvidar lo vivido: espalda estropeada y vista gravemente afectada.

Tengo que recalcar que, aunque también he tenido algún tiempo duro en la Universidad, es otro mundo si lo comparamos con el trabajo que realicé en las otras empresas.

Pasados unos años, después de tener a mis cinco hijos, llegaron otras dos niñas que incrementarían la familia. La última no gozaba de buena salud, así que me vi obligado a trabajar también por las tardes. Aunque pueda parecer una simpleza, esto hizo que me viera privado de hacer y de ver muchas cosas que la mayoría de las personas pueden realizar, como acudir al cine, al teatro, a conferencias, reuniones, pasear con mi esposa, etc.

Si a esto le añadimos que mi esposa trabajaba y que sólo la veía por la mañana y por la noche, quizás se pueda apreciar que la cosa tiene miga, pues la relación familiar y la vida en general se hacen más difíciles, pero por otra parte, yo me digo: “¿es fácil la vida? ¿ha sido fácil la mía hasta ahora?”

## NO SOY DE AQUÍ NI SOY DE ALLÁ

No soy de aquí ni soy de allá  
Acaso soy de algún lugar

El tiempo ha pasado  
Los años sobre mis espaldas  
Se han posado

Mi juventud en Castilla y León  
Mi madurez en Vizcaya  
De entonces acá, diez lustros  
Largos han pasado  
Cuántos ratos buenos  
Cuántos amargos



Cuántos recuerdos y sensaciones  
Se han sumado en mis entrañas

Cómo olvidar el lugar donde nací,  
Aquella plaza donde jugué,  
Aquellas calles donde  
Día a día crecí

Cómo olvidar a mi tierra,  
Sus plazas y sus calles y sus gentes.  
Cómo olvidar donde mi amor encontré  
Y en la ermita del Carmen  
Con ella me casé

Está claro que nací castellano y leonés  
Como lo es que me he de morir siéndolo  
No sé ni cómo, ni cuándo ni dónde  
Pero hasta ese momento,  
A pesar de sentir que llevo dentro,  
Nadie me podrá quitar  
Lo que en mi corazón siento

Algo percibo en mí  
Algo se mueve dentro  
Muy dentro, lo vivido, lo siento

Para mí, ella es mi tierra,  
Con su catedral y su Duero,  
Con su cementerio y sus muertos  
A los que la vida les debo

¡Ay! Mi Zamora querida  
¡Ay! Mi Castilla-León del alma  
Cuando en ella mis pies descansan  
Se sienten forasteros  
Y aquellos años vividos en tus calles  
En tus plazas, sólo quedan como un recuerdo  
Tus gentes no me conocen  
Yo a ellas, casi tampoco

Siento que siendo zamorano  
Siendo castellano leonés  
En mi tierra me ven forastero  
Como uno que no es de ellos

De ella tuve que salir  
Para labrar mi porvenir  
Después de los años,  
Todo ello conseguí  
Familia, amigos y trabajo  
Todo ello en el País Vasco

Los años han pasado  
Y una pregunta me hago  
¿De dónde soy, de Castilla y León o del País Vasco?  
En la primera me ven como a un extraño  
Y en el País Vasco...

Dura pregunta y amarga,  
¿De dónde soy?  
¿De aquí o de allá?  
Quizás de ningún lugar.  
Qué difícil se me hace,  
Qué difícil, llevar dentro ese pesar.

21-10-1998

## EPÍLOGO

Como epílogo a lo expuesto en todo lo que precede a mi vida, fuera del terruño donde vine a este mundo, no he hecho mención alguna a mi relación con mi tierra.

Intencionadamente, para hacer ver cómo me he mantenido unido a mis orígenes, he dedicado un apartado distinto, al que hago referencia a continuación:

Comenzaré diciendo que en los 36 años que llevo en estas tierras, a las cuales les tengo mucho aprecio por todo lo que he conseguido en ellas, sólo ha habido un año en el que no haya visitado Zamora en mis vacaciones, debido al nacimiento de uno de mis hijos en el mes de agosto.

Creo que esto es ya de por sí un dato muy significativo. Los primeros años se pasaron en la capital. Posteriormente, y ya con cinco hijos pequeños, en el pueblo de Perilla de Castro un familiar nos consiguió una casita; y año

tras año veraneamos allí toda la familia. Esta casa era muy vieja, y con mucho esfuerzo y sacrificio hemos conseguido tener una bonita vivienda.

## VIAJES A LA TIERRA

Mención especial se merecen los viajes, el cómo íbamos a Zamora. Me gustaría explicar cómo eran, con aquellos coches y carreteras.

Viajar en ciertas fechas, como Semana Santa y vacaciones de verano, solía traducirse 6 u 8 horas, por lo general.

Toparnos con los embotellamientos de Burgos, Magaz, Tordesillas... era lo más común. Todo esto, con un 850<sup>1</sup>: Baca llena, cinco niños dentro, el coche a tope de bultos y el calor de Castilla en verano.

Más tarde, fueron R-12<sup>2</sup> familiares, pues se necesitaba más espacio, ya que los hijos crecían.

Qué decir de más de un calentón de coche por los atascos y el tiempo parados, y toda la familia soportando la situación. Por ello, cuando preparábamos la marcha, sólo queríamos llegar sin contratiempos. Eso sí, a pesar de la carretera, todos estamos bien.

Creo que queda, o puede quedar, muy claro mi unión con La Tierra, y puede quedar aún más claro con lo que relataré acto seguido a modo de cierre.

## CENTRO REGIONAL

Hace unos 14 años, por ciertas circunstancias, me acerqué a un Centro Regional próximo a mi domicilio. Este hecho hizo reavivar mis sentimientos por la tierra, la familia y el trabajo.

Al poco tiempo ya estaba en la Junta de la Sociedad, y hace ya siete años que me convertí en el presidente de la misma.

Espero que esto sirva para hacer ver una vez más mi unión con mis orígenes, y cómo desde fuera de ella, sin esperarlo, trabajo en una sociedad castellano-leonesa.

He de decir que estoy orgulloso de haber ido con los grupos de la sociedad a mi tierra, y de demostrar que aunque soy un miembro más de todos aquellos que emigramos y que, desgraciadamente, sigue pasando en la actualidad, si bien es otro momento y otra economía, pero los jóvenes, como dije

<sup>1</sup> El autor se refiere al coche Seat 850, muy común en España en los años 70 y comienzo de los 80 (N.E.).

<sup>2</sup> El coche ahora es el Renault 12 (N.E.).

anteriormente, se marchan generación tras generación. Los pueblos se quedan vacíos, y el tiempo no arregla nada. Lo que quiero decir es que no es bueno emigrar, ya que se pierde el mejor patrimonio: las personas. Pierdes gente preparada que regalará sus conocimientos a otros lugares, y no importa dónde nacieron, crecieron, se formaron... a pesar de que la sociedad está estructurada de otra manera, se van.

Esta es mi vida desde que dejé Zamora, contada a grandes rasgos. No es nada del otro mundo, pero es ella: con sus pros y sus contras.

Por supuesto, sin rencores a mi tierra, pero veo que sigue sucediendo lo mismo que me ocurrió a mí hace la friolera de 36 años... ¡que ya son años!

### DEJARON SUS TIERRAS

Y salieron de sus tierras  
Y dejaron aquellas donde les parieron  
Aquellas donde aprendieron sus primeras letras,  
Aquellas en que ellas y ellos crecieron  
Acá o allá, en esta piel de toro  
De esta, mi tierra, de esta, mi España

Tenían la edad de trabajar  
Pero los recursos eran pocos  
Allí donde nacieron,  
No, no había para tantos manos  
Ni en el campo ni en la ciudad,  
Había que marchar, había que emigrar.

De la húmeda Galicia,  
De la sobria y ruda Castilla  
De Extremadura y La Mancha  
Y cómo no, de la blanca  
Y soleada Andalucía  
De ciudades y pueblos  
Muchas personas dejaron sus tierras,  
Dejaron su familia y sus hogares,  
Salieron a buscarse el pan,  
Salieron con temor y susto en el semblante,  
Sí, salieron con las manos por delante  
Para sin arrugarse labrarse su porvenir

Se fueron, sí, se fueron de su terruño  
Se fueron los gallegos, castellanos,  
Extremeños, manchegos y andaluces,  
Se marcharon a Madrid, Cataluña,  
País Vasco y hasta fuera de España.  
Llegaban con la maleta y lo puesto  
Y de dinero ¡ea! lo justo,  
Salieron a trabajar en lo que fuese  
Supieron lo que era el manganeso  
Carbono, cromo, níquel y vanadio  
Con el que se hacía el acero  
Y sudaron y sufrieron  
Con sus manos y sus riñones doblados  
Y conocieron el asfixiante calor  
De los hornos de fundición  
Y conocieron los calores y los fríos  
Subidos en los andamios,  
Y construyeron edificios y más edificios  
Se hicieron grandes los pueblos  
Crecieron las ciudades, crecieron,  
Con su presencia crearon familias  
Y engrandecieron la tierra  
En la que curtieron sus manos  
Y doblegaron sus espaldas  
Al toque de las sirenas de las fábricas

Se fueron los emigrantes  
Se marcharon a otras tierras,  
Pero pasados los años  
No se olvidan de sus raíces  
No se olvidan de sus tradiciones y costumbres.  
De vez en cuando regresan,  
Regresan a ver a sus pueblos, sus ciudades  
Vuelven para pastar por sus calles,  
Regresan a ver los castaños, los alcornosques,  
Las espigas, los olivos, y los molinos.  
Vuelven a sus orígenes  
Para ver sus pueblos blancos,  
Sus pueblos ocre, su arroyo,  
Su Miño, su Duero, su Guadalquivir.

Quizás, habiendo transcurrido los años  
Se sientan olvidados,  
Se sientan de acá como de allá  
Y llegado el caso,

Puede que ni lo uno ni lo otro.  
Lo que no han olvidado,  
Es que fueron emigrantes,  
Castellanos, gallegos, extremeños,  
Manchegos y andaluces...  
Y que eso sí, engrandecieron las tierras  
Donde trabajaron, donde sudaron  
Y doblaron sus espaldas, en las minas,  
En los barcos, en los telares,  
En las fundiciones,  
En centenares de empresas,  
En centenares de fábricas.

18-05-2005

# Un emigrante desterrado

José Luis Martín Rodríguez

Corría el verano del año 1960. Exactamente el 2 de agosto, un sacerdote, vestido con el traje talar, tomaba el tren de la mañana que cubría el recorrido Zamora-Medina del Campo. Su equipaje era muy escaso: una pequeña maleta, cuyo contenido se reducía a un par de mudas de ropa interior, un pantalón negro y una americana del mismo color. Su aspecto era el de una persona de treinta años, con rostro serio y su boca presentaba un rictus amargo, revelador de una trayectoria sembrada de dificultades y contratiempos; todo ello mezclado con la revelación de una voluntad resuelta. No era para menos el paso que iba a dar con ánimo resuelto. Con diez mil pesetas y el cielo y la tierra por todo patrimonio, comenzaba en aquellos momentos una nueva vida, presentida dura en la más oscura incertidumbre. Primer destino de su viaje: Madrid.

A la capital de España llegó un joven de treinta años, vestido con un traje negro, del que destacaba una corbata de discreto color. La sotana había dejado de ocupar su lugar en el primer tren de su destierro. Nunca más volvería a vestir aquellas ropas que, tal vez, hubieran solucionado sus primeras dificultades económicas, como habían remediado, desde 1956, sus elementales necesidades de persona austera (tal vez en demasía). Si había resuelto liberarse de las obligaciones, no podía considerar justo servirse de los derechos de su condición para sobrevivir. Arrostraba el porvenir con todas las consecuencias. Este porvenir se quedará, tal vez, para el final de este relato. Por el momento interesan las causas de su “heroica” deserción.

Este joven sacerdote soy yo: José Luis Martín Rodríguez. En adelante hablaré en primera persona, para acomodarme mejor a la convocatoria del premio “Memoria de la emigración zamorana”<sup>1</sup>.

Mi extraordinario expediente académico parecía haberme destinado a lugares altos en la jerarquía eclesiástica. Una intervención quirúrgica desafortunada me causó, por una copiosa hemorragia, la exclusión para disfrutar la Beca que la Diócesis de Zamora sufragaba en Roma. Los manejos de alguna persona me impidieron realizar estudios en la Universidad Pontificia de Salamanca. La insistencia protectora de un Jefe de Estudios, que casi me había obligado a acudir a una Universidad Pontificia, me empujó a pretender y obtener grados académicos en la Universidad Pontificia de Comillas, en el territorio que hoy se conoce como Cantabria (entonces Santander). Allí destaqué en resultados, merced a mi tálento y laboriosidad, unidos con toda seguridad a mi reconocida soberbia, cualidades que atribuyo: la primera al Autor de la Naturaleza y la segunda y tercera a mi tesón y fuerza de voluntad, que remediaron la pobreza económica de mis principios y me ayudaron a superar las no pocas dificultades con que el rigor y la envidia empedraron mi camino.

#### PRIMERA CAUSA DE MI “ABANDONO” Y POSTERIOR EMIGRACIÓN

En mi familia había una persona muy allegada que había realizado actos no recomendables y reprobados en la España de aquella época: Había llegado al pueblo de mis padres con un joven al que presentó como su marido, mediante un matrimonio de cuyos trámites nadie tuvo noticia. Precisamente en la primavera de aquel año 1960 había solicitado los documentos necesarios para contraer un matrimonio canónico. Para mí, joven sacerdote que curaba mi trayectoria en una impecable honestidad, refrendada por una intachable conducta de las personas de mi entorno familiar, la constatación de aquél “tropiezo” que me afectaba tan de cerca, supuso un revulsivo tan fuerte que vi allí un impedimento importante para mi labor pastoral. Acusé el golpe. Hasta tal punto que, pocos días después de recibirse la solicitud de documentación aludida, escribí una carta a la Santa Sede, bajo el Pontificado de Juan XXIII, en la que solicitaba la reducción al estado laical y ser relevado de la obligación del celibato. Dicha carta, firmada con el pseudónimo de “Rodericus Martin” (mis apellidos con el orden invertido y uno de ellos latinizado), obtuvo respuesta paternal, animándome a que pidiera fuerza en la oración y confiara en la Divina Misericordia, etc., pero no accediendo a lo solicitado. La recogí en

<sup>1</sup> El presente relato se presentó, como dice el autor, al premio “Memoria de la emigración zamorana”, por diversos motivos no pudo ser publicado en su momento (N.E.).



“Lista de Correos” de Toro, con alguna reticencia por parte del Director de aquella Administración de Correos, a causa del pseudónimo que dificultaba la identificación. Ante la negativa de la Santa Sede, entendí que la resolución de mi conflicto estaba en mi propia decisión referente a la permanencia o al cambio de estado.

## SEGUNDA CAUSA (ALGO MÁS INFLUYENTE)

Desde bastantes años antes, hubo un sacerdote que me ayudó mucho, no sólo en mi formación, sino también en la superación de dificultades económicas. El nombre de este benemérito sacerdote era bien conocido por aquel entonces. Se trata de D. Lorenzo Villar Calvo. Con él, aparte de recibir sabios consejos para mi formación, colaboré como fámulo, oficial de la Secretaría de Estudios, encargado de la Biblioteca del Seminario y ayudante en las tareas de la Obra de Vocaciones Sacerdotales.

La biografía de D. Lorenzo es muy importante y merece un largo inciso, por su influencia, en esta historia

D. Lorenzo, cuando yo, protagonista de esta historia, aún Seminarista, lo conocí, ejercía como Capellán en un Orfanato de niñas que había en la ciudad de Toro, entre las cuales se hallaba una prima lejana mía, después religiosa del Amor de Dios. Allí las huérfanas acogidas lo respetaban y querían como a un padre. En la ciudad, era conocido por su bondad y por su caridad que no conocía límites. Para su carácter paternal y benéfico por naturaleza, su misión era un anticipo del Paraíso. Pues bien, el Sr. Obispo lo llevó de Toro al Seminario Mayor de Zamora, con los encargos de Prefecto de Disciplina del Seminario Mayor. Profesor de Religión en todos los cursos que tenían tal asignatura antes de la Teología específica. Secretario de Estudios. Bibliotecario y Encargado de la Obra de Vocaciones Sacerdotales en toda la Diócesis.

Aparte de llevar magistralmente las tareas de Prefecto de Disciplina (no en vano había sido Seminarista después de la Guerra Civil, con los problemas de los que, habiendo sido soldados, volvían a la disciplina del Centro Eclesiástico), desempeñó extraordinariamente sus clases de Religión, la Secretaría de Estudios y la Biblioteca. Merece atención especial su labor en Vocaciones: Cuando él llegó, la aportación de esta Obra era la modesta cantidad de DIEZ MIL PESETAS al año, recaudada el “Día del Seminario” en todas las parroquias. A los tres años, él había conseguido que ascendiera a más de DOSCIENTAS OCHENTA MIL. Había fundado en toda la Diócesis Coros de pías mujeres que, además de orar por los Seminaristas, hacían una modesta aportación económica fija. Por entonces también se instituyó la Misa de los domingos, cuyo estipendio se destinaba al Seminario.

D. Lorenzo siguió trabajando así durante varios años. Pero un buen día, al regresar de Salamanca con su flamante Licenciatura en Teología, un joven sacerdote, el Sr. Obispo llamó a D. Lorenzo y le dijo que, al carecer de los certificados Académicos que se exigían para ser Profesor del Seminario (entonces parece que antes no), debía dejar su tarea en el Seminario y lo destinaba a ejercer como Capellán en el Asilo de Ancianos de la Capital. Yo, que desde hacía tantos años gozaba de la confianza de D. Lorenzo, escuché la confidencia de mi antaño Superior y siempre amigo a quien el golpe recibido causó una fortísima impresión. Un hombre lleno de vitalidad y espíritu de trabajo había sido relegado a un lugar habitado por “casi cadáveres vivientes”, muy dignos de atención, sí; pero que no podían satisfacer las ansias de un espíritu tan emprendedor.

Afortunadamente el Sr. Obispo cayó en la cuenta de la realidad, y ahí vino el segundo (o quizá tercer) golpe. Llamó a D. Lorenzo y más o menos le dirigió estas palabras:

“D. Lorenzo, yo comprendo que la tarea que ahora tiene entre manos no es apropiada a su dinámica manera de ser. Por eso, he decidido encargarlo de una parroquia que pueda llenar sus aspiraciones. Como Vd. sabe, se está preparando una reestructuración de las diócesis españolas. Teniendo en cuenta eso, le doy a elegir a Vd. entre la parroquia que pertenece hoy a Salamanca y pasará a Zamora y Casasola de Arión, que pertenece hoy a Zamora y pasará a Valladolid. Piénselo Vd. y comuníqueme el resultado de su elección”.

D. Lorenzo vio en tal propuesta cierta intención de deshacerse de él y, como consecuencia, decidió extrañarse de un Obispo que le parecía poco agradecido con sus sacrificios y desvelo para cumplir en los cometidos que se le habían encomendado. Se decidió por la solución que lo alejaba de la diócesis de Zamora y lo acercaba a su familia. En consecuencia, respondió al Sr. Obispo:

“Excelencia, ante esa alternativa, prefiero Casasola de Arión, porque está muy cerca de mi pueblo natal (Villavendimio) y de mi familia, que en caso de necesidad, se ocupará de mí”.

Naturalmente, se reservó que también era la manera de alejarse del Prelado de la Diócesis de Zamora. Se trasladó pues a la parroquia que, en breve, pertenecería a la Archidiócesis de Valladolid.

La vida se desarrolló con normalidad al principio. D. Lorenzo volvió a tomar contacto con actividades que llenaban sus aspiraciones y sus ansias de trabajar. Pero decididamente la suerte no estaba de su lado. Al poco tiempo de pertenecer a Valladolid. El Sr. Arzobispo decidió convocar un “concurso”,

que era una especie de oposición para ocupar parroquias en calidad de Cura Párroco. D. Lorenzo, Cura Ecónomo de Casasola, tendría que tomar parte en ese “concurso” para alcanzar la categoría de Cura Párroco, tal vez de un pueblo alejado de su pueblo y familia. Y eso cuando ya no era un joven, sino una persona entrada en años, agotada por los intensos trabajos y muy lejos de los años y capacidad de estudiante. Se le presentaba un horizonte muy negro. Y un poco atemorizado por aquella perspectiva y un mucho acuciado por su afán evangélico, emigró a Venezuela, a la Archidiócesis de Caracas. Tan pronto como llegó allá, el Cardenal Arzobispo de Caracas vio las excelentes cualidades que lo adornaban y le encomendó la Catequesis de todo el Arzobispado. Y he aquí a D. Lorenzo, instalado en la capital del Arzobispado y de la Nación; pero también por su enorme y extensa responsabilidad –cabalgando en una mula por las regiones andinas. (Desde allí me envió a mí, su amigo, una fotografía a caballo sobre su montura, vestido con sotana blanca y un salakof sobre su cabeza).

Esta biografía de un apóstol manejado como pieza de ajedrez o de juego de damas, unida a mi propia, aunque poco duradera peripecia, (parroquia de Santovenia, profesor de Seminario y Colegios, parroquia de Tagarabuena y Colegios, todo en tres años), fue la segunda causa de mi decisión. No estaba dispuesto a ser pieza de ajedrez con la que alguien jugara disponiendo: ahora le traslado a esta casilla, ahora a esta otra... y ahora “te doy a comer”. Los motivos de una decisión definitiva se iban acumulando; pero fallaba la circunstancia fundamental, y con ello entramos en la propia biografía y, en virtud de ella, en la tercera causa.

### TERCERA CAUSA

Pasamos por alto, porque en realidad no interesan al caso, algunas anécdotas de mi vida anterior a lo ya narrado de mis comienzos de la vida universitaria, algunos comportamientos de profesores, interesados –sin duda con la mejor voluntad– en achicar mi soberbia reconocida: en primero, tercero y quinto de Latín y hasta en primero de Teología.

En mis estudios universitarios, la tónica general fue de muy buen reconocimiento y consideración. Aparte de las excelentes calificaciones, en las que no aprecio ninguna clase de injusticia (en cualquiera de las dos consideraciones: equitativa y distributiva), se me reconoció mi posible mérito, encomendándose actuaciones extraordinarias dentro de las clases, nombrándome Profesor de Música de 3º de Latín, copista de la Schola, “Edil” en las clases de Teología, predicador en las Catequesis, en algún acto especial del mes de Mayo y fuera de las catequesis, en festividades de pueblos de Cantabria y

Asturias. Incluso se me concedieron permisos especiales de viaje a mi tierra para solucionar problemas familiares.

Sin embargo, hubo un detalle que me hirió y nunca he olvidado, tal vez, movido por la naturaleza orgullosa y susceptible del hombre pobre. Desde mis tiempos de Zamora, yo iba ahorrando lo poco que podía para ir a Lourdes, con el fin de implorar la curación de una afección antigua, que después me han diagnosticado como “bronquitis crónica”. Organizada una excursión (o peregrinación) a Lourdes de la Universidad, me apunté el primero, acuciado por el deseo alimentado durante varios años. Pero la diócesis de Zamora no había satisfecho la cantidad para manutención correspondiente a mi beca. Entonces los Superiores de la Universidad, considerando que “no podía pagar “gastos de supererogación”, sin estar al corriente en los ordinarios de manutención” (así se me dijo), me excluyeron de la excursión a Lourdes. Tan mal me sentó aquello, que decidí: “ya que en una peregrinación se debe caminar, dedicaré lo ahorrado a comprarme unos zapatos, que falta me hacen”. Y así lo hice, renunciando para siempre a mi viaje a Lourdes. Para otra persona, este dato carecería de importancia. En mí, especialmente sensible, que me consideré injustamente tratado, fue algo que se sumó al cúmulo de circunstancias adversas anteriores. Otros detalles, que obvié con una especial astucia, no merecen atención alguna.

Obtenida la Licenciatura en Sagrada Teología, en Junio de 1957, al llegar a Zamora recibí el nombramiento de Cura Ecónomo de Santovenia del Esla. Tal vez me supusiera esto una pequeña decepción, puesto que me había hecho ilusiones de que mi carrera merecía un destino de más altos vuelos e ignoraba que, en la mente de la Superioridad, aquel nombramiento era muy provisional y como solución del momento a mis necesidades económicas.

En Santovenia puse toda mi vida en ejercer mi cometido como mejor sabía y podía. Ignoré, para mi bien, un antiguo antagonismo que existía entre dos facciones del pueblo. Dedicué mis desvelos a llevar la parroquia con las innovaciones que juzgué oportunas y a atender al nutrido grupo de Seminaristas, tanto del Clero Regular como del Secular, que pasaban sus vacaciones de verano en el pueblo. Para mi legítima si bien excesivamente humana satisfacción, tal fue la aceptación de aquel pueblo que siempre llevaré en mi memoria que, sabido a finales de Agosto o primeros de Septiembre que el Sr. Obispo me había destinado a ocupar el puesto de Profesor de Latín, Castellano y Griego en el Seminario Menor de Toro, además de Coadjutor en la parroquia-Colegiata de Santa María la Mayor, se desplazó a Zamora una Comisión de vecinos de Santovenia, encabezada por el Sr. Alcalde, para suplicar al Sr. Obispo que no les llevara del pueblo a “su” Cura Ecónomo. Como ocurre casi siempre en estos casos, la embajada popular resultó infructuosa, con gran disgusto para los vecinos y para el Cura Ecónomo, que ya se había

ilusionado ejerciendo apostolado entre aquella grey. La embajada anterior se completó, el día de mi partida, con que el apeadero del ferrocarril se llenó de vecinos que me tributaban una emocionada y emocionante despedida, para asombro de los demás viajeros, a quienes produjo admiración y extrañeza una despedida tal, dedicada a una persona que estuvo en aquel pueblo tres meses escasos.

En Toro, mi labor de Coadjutor, que era un apéndice de mis trabajos como Profesor del Seminario, fue realizada con ilusión; pero siempre bajo la autoridad y dirección del Sr. Cura Párroco que, con toda justicia, me reservaba tareas secundarias, aunque tan satisfactorias como la Catequesis y la organización y dirección del Coro Parroquial. Esta subordinación y puesto secundario me hacían conceder a la parroquia una consideración de accidentalidad, subordinando las tareas pastorales a las exigencias de mi trabajo de Profesor, a las que se añadió la enseñanza de la Música en primer curso y la preparación del Coro del Seminario.

También, durante mi Coadjutoría, tuvo lugar en Zamora un Congreso Eucarístico Provincial. A mí se me encomendó organizar dicho Congreso en Toro y su Arciprestazgo tarea que realicé, al parecer, satisfactoriamente, dentro de mis posibilidades. Pasado algún tiempo, sin que interviniera solicitud alguna por mi parte, se me cambió la Coadjutoría de la Mayor por la Capellanía de San Babilés, en la parroquia de San Julián de los Caballeros.

Ya para entonces se había establecido un acuerdo entre el Obispado y un Colegio de Enseñanza Media de la localidad. En virtud de dicho acuerdo, varios religiosos del Colegio se encargarían de la enseñanza de las Matemáticas en el Seminario y algunos Profesores del Seminario impartirían clases en el Colegio. Al Profesor de 3º le correspondió el Castellano de 3º y Preuniversitario en el Colegio y más tarde, también enseñanzas de francés, aprovechando sus estudios en la Alliance Française en París. También enseñaba, por una exigua remuneración, Castellano de 4º y Filosofía de 6º en el Colegio “Amor de Dios”.

Pasados dos años, el Sr. Obispo creyó oportuno relevar en el Seminario Menor a los Profesores de enseñanzas fundamentales de 2º y 3º. Como “agravante” para mi exacerbada sensibilidad, que reconozco, se nos destinó a dos parroquias: a mí, a la de Tagarabuena, pueblo muy cercano a la ciudad de Toro y hoy perteneciente a su Ayuntamiento y al Profesor de 2º se le destinó a la parroquia de mis ilusiones: Santovenia del Esla.

Como es natural, esto me causó un profundo disgusto. Le manifesté al Sr. Obispo que mi estado de ánimo no hacía recomendable ese destino; pero él (tal vez en un exceso de confianza con relación a mí) me respondió:

—“Yo sé que Vd. se impondrá a ese estado de ánimo y trabajará bien donde esté”.

También seguí como Profesor en los dos Colegios (masculino y femenino) de Enseñanza Media de Toro y, como siempre, me dediqué en cuerpo y alma y con toda ilusión, a mi nueva parroquia. (Me han llegado noticias de que, todavía hoy, me guardan un grato recuerdo y profesan gran cariño allí). Entretanto habían tenido lugar dos Oposiciones, causa decisiva, sobre todo la segunda y el permiso denegado en el intermedio— de mi desertión y extrañamiento.

Un año después de terminar la Licenciatura, cuando ya estaba en Toro como Coadjutor y Profesor, se produjo la vacante de la plaza de Canónigo Lectoral de la S.I. Catedral de Zamora, que había ocupado el M. Mire. Sr. D. Eufrasio Mateos, que fue profesor mío de Historia (por cierto muy querido) en 3º de Latín. Al convocarse la plaza, oposité a la misma, en competencia con el M. Iltre. Sr. D. Jesús Gómez, Canónigo Lectoral de la catedral de Ciudad Rodrigo. Hay que reconocer que concurrir en tales circunstancias fue una osadía; ya que mi competidor, aparte de ser ya Canónigo Lectoral, había realizado sus estudios de Licenciatura en Roma, en la Facultad de Sagrada Escritura (disciplina específica en las tareas del Canónigo Lectoral), mientras que yo era Licenciado en Sagrada Teología por la Universidad Pontificia de Comillas.

No obstante, ambos aprobamos la Oposición y el Cabildo adjudicó la plaza, sin duda con toda justicia, a D. Jesús Gómez. Igual que antes de la oposición y durante la misma, a los dos jóvenes contrincantes nos ha unido siempre una sincera amistad, más agudizada —si cabe— después de la oposición.

Como consecuencia de la Oposición mencionada, quedó vacante la plaza de Canónigo Lectoral en la catedral de Ciudad Rodrigo. Desde allí, por gestiones de *un* amigo de mi época en Comillas, se me llamó para que concurreniera a la oposición que iba a convocarse. Hice un viaje a la ciudad salmantina y regresé animado por fundadas esperanzas. La plaza fue convocada y preparé los documentos necesarios para concurrir a la oposición pertinente. Pero cuando el Iltre. Sr. Secretario le presentó al Sr. Obispo la solicitud de permiso preceptiva, el Prelado se negó a firmarla, alegando que al haber sido becario en la Diócesis de Zamora, era en esa misma diócesis donde el solicitante debía desarrollar su trabajo. Dado el motivo tan justificado, acaté la decisión y esperé mejor oportunidad.

Pasó muy poco tiempo y se jubiló el Canónigo Magistral. Iltre. Sr. D. Francisco Romero López, uno de los más afamados Magistrales de su época. Teniendo en cuenta lo relatado, referente a la Lectoralía de Zamora, y la negativa del permiso para opositar en Ciudad Rodrigo, consulté al Sr. Obispo si creía oportuno que opositara a la Magistralía convocada. Su contestación fue:

“Eso debe consultarlo Vd. con el Profesor de Oratoria que tuvo en la Universidad Pontificia”.

Escribí a Comillas y la respuesta del P. Fernández La Fuente fue:

“Mi opinión es que no le sería difícil conseguir esa plaza, lo difícil sería mantenerla a la altura del Magistral que se ha jubilado”.

Comunique al Sr. Obispo esta respuesta y decidí presentar la documentación oportuna. Pero obré con una prudencia exquisita. Entregué la documentación al Illtre. Sr. D. Gregorio Gallego y le rogué que siguiera estas instrucciones:

Si no se presenta nadie o se presenta alguien que no sea Canónigo, presente mi documentación. Si se presenta sólo algún Canónigo de fuera de la diócesis de Zamora, preséntela: si se presentan dos Canónigos de Zamora, también puede presentarla. Si se presenta únicamente un Canónigo del Cabildo de Zamora, no la presente.

Con esto manifestaba que únicamente eludía la competencia en el caso de que hubiera de enfrentarme a un Canónigo perteneciente al Cabildo local.

A pesar de que mis instrucciones estaban claras, llamé por teléfono desde Toro a D. Gregorio a la una y media del día en que se cerraba el plazo de presentaciones a las dos de la tarde. Me respondió que no había solicitud alguna. Mi respuesta fue clara:

Entonces, presenté mi documentación.

Lo que yo no preveía era que en aquella media hora escasa, por orden del Sr. Obispo, me dijo alguien, presentó la documentación el Ilmo. Sr. D. Maximiano Andrés Blanco, Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora y algo así como Suplente del Magistral. Se daba además la circunstancia de que D. Maximiano me había examinado de Ingreso en el Seminario, había sido Profesor mío en 1º y 3º de Latín y 1º de Teología. Había además sido el “descubridor” y divulgador de mi soberbia, que intentó amortiguar por todos los medios que él estimaba oportunos, aunque siempre manifestó un excelente concepto sobre mis cualidades intelectuales y nos profesábamos un mutuo afecto. Sus brillantes cualidades como Profesor y como elegante orador lo hacían gozar de reconocido prestigio. Era por tanto para mí un contrincante temible.

La noticia me llegó a Toro inmediatamente y me produjo un enfado monumental. Despotiqué contra las dos personas que intervenían en la circunstancia y mis compañeros de docencia en el Seminario Menor me aconsejaban que me retirara de la contienda. Yo me negué, alegando que eso significaría algo así como reconocer, sin motivos para ello, un proceder injusto por parte de los componentes del Cabildo, que deberían juzgar las numerosas actuaciones de los opositores.

La Oposición se desarrolló normalmente. Como ocurrió también en la anterior, los dos contrincantes preparamos juntos la parte de “comedia” que había en los ejercicios. Me refiero a la “disputa escolástica”, en la que supimos cada cual las dificultades que opondría el contrario y la solución que debería darse a tales dificultades.

Mis esperanzas se vieron alimentadas por algunos datos: En la Misa Cantada que debía simularse con respuestas de los profesionales del Coro Catedralicio (Tenor, Contralto, Sochantre, Bajo, etc.), empleé toda mi habilidad, cantando el Prefacio solemniór, por ejemplo. El Sr. Obispo me dijo que la parte musical había sido extraordinaria. Cuando regresaba de actuar en el púlpito de la Catedral, habiendo pronunciado el preceptivo sermón, me encontré en la Plaza Mayor con el jubilado Canónigo Magistral y su comentario sobre el sermón fue: “Perfecto”. Terminada la Oposición, el Sr. Canónigo Secretario General del Obispado me pidió, en la misma Catedral, mis datos biográficos. Todo eso me hizo pensar en la posibilidad de conseguir la plaza.

Pero pronto se desvanecieron tales esperanzas y de la peor manera posible: *no* ocurriría, como en la oposición anterior, que aprobáramos los dos y fuera adjudicada la plaza a D. Maximiano.

Me llamó el Sr. Canónigo Doctoral, que actuaba como Secretario del Cabildo, me presentó un papel y me dijo:

“El panorama es el siguiente: El Cabildo piensa, para no adjudicar a ninguno la plaza, suspenderos a los dos. Para evitarle ese mal trago, le ofrezco la salida de firmar este papel, en el que renuncias a tus posibles derechos a la plaza, con ello evitarás que se te vote igual que si no le hubieras presentado”.

Mi pregunta fue:

—¿Tan mal lo hemos hecho como para suspendernos a los dos?

Respuesta:

—“No es así: los dos habéis hecho méritos para aprobar holgadamente”.

—En ese caso, dije yo, ¿no es posible aprobarnos a los dos y no adjudicar a ninguno la plaza?

D. Serapio Orduña, antiguo Profesor mío de Ética me dijo:

—“Esa solución *no* es canónica”.

Mi argumentación fue contundente:

—O sea, lo justo sería aprobarnos, pero el Código de Derecho Canónico *no* admite que nos aprueben sin adjudicar la plaza. Suspendernos es injusto, puesto que, como Vd. dice, hemos hecho méritos para aprobar holgadamente. Luego el Código de Derecho Canónico está de parte de la injusticia. Francamente esto me resulta inadmisibile y repugna a la justicia de la Iglesia



como Institución. No obstante, para evitar males mayores, firmaré el papel que Vd. me presenta.

Y lo firmé.

Cuando salí del recinto Claustal mis nervios fallaban ostensiblemente. Me encontré con mi compañero de curso y de Profesorado, D. Luis Esteban Lozano, tan alterado me vio, que me dijo:

“No debes conducir en tu regreso a Toro. Yo llevaré tu moto y tú vete en el autobús”.

Así lo hicimos, con tan mala suerte por su parte que, al terminar “la recta de Coreses”, él continuó en línea recta y el choque contra un objeto duro le produjo un fuerte atontamiento, aunque fue pasajero.

Al llegar al Seminario Menor, comenté lo ocurrido con los compañeros. No lo comprendieron y me manifestaron:

“Es decir: que te has suspendido tú mismo para evitarle el compromiso a los Canónigos?”. Opinamos que no has debido transigir.

Desde allí llamé por teléfono al Canónigo Doctoral y le dije:

D. Serapio: rompa ese papel que acabo de firmar, antes de que lo vea el resto de los Canónigos y ¡que sea lo que Dios quiera!

Puesto que no pude entrar en un Cabildo Catedral, ignoro las obligaciones de secreto a que puedan estar sujetos los miembros del Cabildo y demás participantes en las deliberaciones sobre adjudicación de una plaza de Canónigo. Sólo sé que, cuando se trata de las Canonjías que llevan anexo un Oficio (Lectoral, Magistral, Doctoral, Penitenciario), interviene el Cabildo en pleno y debe haber dos votaciones: una para aprobar o suspender a los candidatos y otra para adjudicar la plaza en caso de que sean aprobados más de uno, como ocurrió en mi oposición a la plaza de Lectoral. Sobre las deliberaciones y votación, en el caso de la Magistralía, me llegó el recado del desarrollo de los sucesos por parte de un amigo. En las deliberaciones parece que triunfó esta consideración: “¿Cómo vamos a adjudicar la plaza a José Luis negándosela a D. Maximiano que ha sido su Profesor desde que formó parte del Tribunal que lo examinó de Ingreso y después en varios cursos a lo largo de su estudios en el Seminario? Sería una tremenda bofetada para D. Maximiano”. En cuanto a la votación, se me dijo que debió procederse primero a la votación acerca de la actuación de D. Maximiano (seguramente por el orden alfabético de apellidos). El Sr. Obispo, primer votante, intentó introducir dos bolas blancas, con

ello parece confirmarse que indujo a D. Maximiano a que se presentara, como se ha dicho antes. Los Canónigos se opusieron diciendo:

–“Excelencia, en esta fase V.E. sólo dispone de un voto. En el caso de que fueran aprobados los dos candidatos y se produjera empate en la votación, es cuantío V.E. tiene derecho al voto de calidad para desempate”.

Ya se ha dicho que, según me confió el Canónigo Doctoral haciéndome saber la intención del Cabildo, no tuvo lugar esta segunda fase, puesto que las bolas negras superaron a las blancas en la primera votación referente a los dos candidatos. Repito que no sé si en quien me contó todo esto pudo más la amistad hacia mí que su obligación de secreto sobre lo ocurrido, lo cierto es que se trata de *un* testigo de excepción, puesto que fue uno de los votantes.

Así sucedió todo lo referente a la Oposición. Y, aunque lo narrado sobre la injusticia canónica fue la principal causa de mi decisión, el hecho de que, a pesar de mi indicación al Sr. Obispo, con motivo del nuevo destino a parroquia, en la que le decía que mi situación de ánimo no era propicia para encargarme del cometido que se me encomendaba, transcurrió un año desde todo esto hasta que se produjera la decisión que significó la ruptura con unas tareas que me aseguraban seguridad económica y de empleo, para lanzarme al abismo de una inseguridad para encontrar trabajo y, en consecuencia, conseguir los medios imprescindibles para la subsistencia.

Apunto esto como argumento que rebate *un* comentario que hizo alguien en conversación con un compañero, Coadjutor algún tiempo en la parroquia de San Torcuato en Zamora. Ese “alguien” afirmó, muy erróneamente por cierto, que mi decisión se debió a “la derrota en las Oposiciones” relatadas. No fue capaz, de entender que no hubo tal derrota. Es cierto que, con toda sinceridad, no me consideré superior ni siquiera igual a mi contrincante; pero cuando dos luchadores caen abatidos en el combate, no se puede decir que hubiera “derrota” por parte de ninguno y menos por parte del más flojo, que consiguió hacer caer al árbol poderoso que era el contrario. La pena es que el comentario procediera de quien, en la posterior convocatoria, en la que concurrieron él y D. Maximiano “hizo leña del árbol caído” en la anterior contienda: de quien obtuvo la plaza justamente con el argumento contrario al anteriormente esgrimido. Allí fue: “¿Cómo vamos a adjudicar la plaza a José Luis, si...”; Aquí *fue* “¿Cómo D. Maximiano, a quien suspendimos en la anterior convocatoria, va a conseguir la plaza en ésta?”. De todo esto se deduce que, en determinados casos, es conveniente callar, porque “en boca cerrada...”.

Ya después de la primera oposición, en la que –como se sabe– fui aprobado sin plaza, mi inmediato sucesor en la parroquia, por ignorancia o por malicia movida por la envidia, propagó que “en la oposición a Lectoral me habían suspendido”. Tanto un comentario como otro, no merecen hoy, como no mereció entonces lo del “suspense”, más atención que rebatirlos y dejar-

los en su merecido ridículo, aunque el segundo tenga mayor importancia por afectar a las causas de mi decisión.

Decidí “romper con mi carrera eclesiástica”, no por haber salido derrotado, sino porque la legislación de la Iglesia, al menos así se me dijo por un especialista, estaba de parte de la injusticia reconocida de habernos suspendido a los dos contendientes. Al salir de unos Ejercicios Espirituales en Comillas (y esto consta en un cuadernito de “propósitos”), yo me había propuesto “predicar de todas las virtudes, sin hacerlo de ninguna que no practicara”. ¿Podría en adelante predicar justicia en nombre de una Institución cuya legislación era, a mis ojos, injusta?

Esto colmó el vaso, que ya estaba casi lleno con las otras dos consideraciones: ¿Podría yo predicar en un púlpito la castidad antes del matrimonio, cuando un familiar muy allegado a mí había estado amancebado antes de su matrimonio, celebrado en aquella misma primavera? ¿Consentiría mi manera de ser, tan soberbio como yo mismo había reconocido y mis antiguos Profesores habían descubierto y manifestado, que siguiera siendo “un peón de ajedrez” como el bueno de D. Lorenzo y yo mismo, en mi corta vida profesional, sometido a la voluntad más o menos caprichosa de un Obispo? Éstas fueron, en realidad, las más fuertes causas de mi deserción.

Para terminar con este capítulo de “causas”, debo anotar otra circunstancia que pudo tener su importancia:

Como consecuencia de mi traslado a Tagarabuena, hube de emplear mi motocicleta a diario para asistir a las clases en los colegios de Toro. Aunque la seguridad en aquellos tiempos no estaba tan deteriorada como en la actualidad, *no* me apetecía dejar mi vehículo en la calle. En el Colegio masculino había sitio dentro, pero *no* era así en el femenino. Por ello pedí el favor a una familia, cuyo domicilio estaba próximo al Colegio, de que me permitieran guardar la moto en su casa, lo hicieron gustosos, tal vez agradecidos porque un hijo suyo, seminarista, había sido alumno mío en 3º de Latín y que el padre, durante sus estancias en Toro, era visitante asiduo de mi casa y ambos teníamos largos ratos de animada charla. Esto dio lugar a una estrecha relación con aquella familia, cuyo “cabeza” se había ido a Madrid por circunstancias de trabajo. Y, como consecuencia de esa familiaridad y frecuencia en el trato, se divulgaron habladurías que igual que la primera causa, pero con mayor motivo, se unieron a los motivos apuntados y reforzaron mi decisión de cambiar de vida.

Hoy, desde la lejanía, me parecen poco fuertes las razones alegadas para tomar una decisión tan importante; pero incluso en esta lejanía, estoy firmemente convencido de que hice lo correcto y de ninguna manera volvería atrás. Mi vocación, ya en el principio, no había sido seguir ese camino, sino un medio para poder estudiar, sin medios económicos familiares para comenzar y

proseguir estudios fuera del hogar paterno. El llegar hasta la cumbre se debió, tal vez, a un orgullo desmedido, al que sirvieron de acicate las dificultades y, al menos aparentemente, los obstáculos que me presentaban las actitudes de algunos Superiores y la envidia manifiesta de algún condiscípulo. Mi postura era ésta: “Vosotros no queréis que suba, pues no os saldréis con la vuestra”.

Sí experimentaba tendencia a la enseñanza. Lo había comprobado dando clases de Contabilidad y de dramática antes de cumplir los catorce años. Y ésa ha sido mi vida, consagrado a la docencia, creo, y esta creencia parece avalada por numerosos testimonios, que he sido un Profesor poco común. Una vez más se ha cumplido el dicho: “Dios ara derecho con renglones torcidos”<sup>2</sup>. El aparente fracaso me apartó de un camino errado para encaminarme por la verdadera senda de mi vida.

Llegué a Madrid y comencé a buscar trabajo a diario. Ofrecía mis servicios aprovechando mi Diploma de Contable, mis posibilidades como Oficinista o mi experiencia docente. En primer lugar acudí con este último ofrecimiento, a la Congregación Religiosa que regentaba Colegios iguales al que ayudé en Toro, en virtud de aquel intercambio Obispado–Religiosos del que he hablado. Antiguos compañeros de docencia me recibieron con mucha amabilidad; pero la puerta de solucionar mi situación estaba cerrada. Me dolió la ingratitud (así consideraba yo ese rechazo), pero la comprendí. En consecuencia, dirigí mis pasos a centros de Enseñanza regentados por seculares. Tampoco ahí tuve éxito: ni en otros centros de enseñanza, por el momento.

El orgullo y tesón, que otrora habían desviado mi camino, me sirvieron ahora para no cejar en el empeño. Hube de recurrir a una estratagema que aliviara aquella búsqueda desesperante por infructuosa. Por la mañana subía y bajaba escaleras pidiendo trabajo, por la tarde, para no tomar alguna decisión demasiado dramática, entraba en algún cine de doble sesión. Esta evasión, llevada a cabo en algo que me gustaba mucho, me ayudó a perseverar sin desfallecimiento en la búsqueda de un trabajo que no llegaba. Y así desde el 2 de Agosto hasta más allá de mediados de Noviembre.

Dos meses antes había ido a Valladolid para trasladar la matrícula de la Universidad vallisoletana a la de Madrid (la única que entonces existía en la capital de España). Un antiguo amigo zamorano, cuya amistad ha seguido estrechándose más cada día, me animó hasta obligarme a que me presentara a exámenes de Primer Curso, en el que estaba matriculado, en lugar de efectuar sólo el trámite de pedir traslado de expediente. Incluso, una noche, prepara-

<sup>2</sup> El refrán es “Dios escribe recto, derecho con renglones torcidos” o “Dios ara recto con surcos torcidos”; significando que Dios, Supremo Hacedor para los creyentes, aunque parezca que hace lo inadecuado, el resultado es el bueno (N.E.).

mos juntos una asignatura. El resultado no fue completo: pero superé todas las asignaturas de las que me examiné menos una: y quedé otra a la que yo me presenté. La preparación de Segundo Curso y bastantes asignaturas de Primero (ya se sabe que los Planes de Estudios no coinciden totalmente en las universidades españolas) ayudó también a superar el bache de no encontrar empleo.

Un domingo de Noviembre (estoy casi seguro de que fue el día 9) esperaba en la calle de Bravo Murillo para entrar en el cine. Vi en la exposición de una casa de motos (SEIMO) una con sidecar muy especial. No consistía en la típica barquilla, sino que una chapa unía a la moto el espacio correspondiente al segundo viajero. Me chocó tanto que, al día siguiente fui a pedir información sobre precio, condiciones de pago. etc. El dueño del negocio, en su afán de vender, ordenó que me hicieran una demostración dando una vuelta por las inmediaciones. Cuando llegó el compromiso de formalizar la compra-venta, acudí a exponer mi situación con toda sinceridad. Había solicitado empleo en Torrejón a los americanos<sup>3</sup>. Si obtenía el empleo, necesitaría la moto y podría pagarla, si *no* obtenía el empleo, ni necesitaba la moto ni podría pagarla.

El Sr. Antoranz (tal era el nombre del amable dueño de aquel negocio) me preguntó qué empleo solicitaba. Al responder yo que de contable o similar, me dijo que el contable de su negocio estaba haciendo pruebas en la Mutua Automovilista; que a finales de mes le darían el resultado, que pasara por allí entonces para ver si nos “entendíamos”. Vi la ocasión ante mis ojos y la aproveché:

¿Por qué, –le dije–, no ganamos tiempo? Puedo venir a prueba hasta finales de mes y, si mi trabajo le satisface, ya me quedaría y habríamos ganado el tiempo de la prueba.

Le pareció bien la idea. Al día siguiente el contable me hizo una especie de examen de contabilidad y me preguntó cuándo podía incorporarme. Respondí que podía quedar allí ya y ocupé mi lugar de aspirante.

A finales de mes, me llamó el Sr. Antoranz y me dijo:

El Sr. San Juan *no* se va, pero nos ha gustado su trabajo y si a usted no le va mal el módico sueldo que podemos ofrecerle (1.500 pts. mensuales), puede usted considerarse admitido.

Yo respondí:

–Nada tengo, por tanto, aunque el sueldo sea módico, no puedo rechazarlo. Me quedo.

<sup>3</sup> Torrejón de Ardoz, localidad próxima a Madrid donde existe una base militar de EEUU (N.E.).

Dos meses después, por causas que desconozco, el Sr. San Juan causó baja y yo “ascendí” a ser el contable y ayudante de oficina. Mi horario se aumentó hasta las diez horas diarias y mi sueldo también ascendió a 2.500 pesetas.

Un buen día, mientras estaba en la oficina, vi en el departamento de lavado a un antiguo amigo. Había ido a que le lavaran la moto. Entablé conversación con él y le pregunté por sus ocupaciones, era locutor de Radio Nacional de España en Madrid, tenía una agencia en una calle del centro, un colegio en las afueras. Mi pregunta *no* se hizo esperar:

–Entre tantas cosas, ¿*no* tendrías un puesto para mí?

Me ofreció la dirección del colegio, cuyo nombre era “San Isidoro”, con la carga de impartir clases de varias asignaturas y llevar la administración. (Quedamos en que el próximo domingo yo iría a comer a su casa, situada muy cerca del colegio y allí me expondría puntualmente las condiciones y los emolumentos que podría obtener.

Su exposición podría sustanciarse así: Yo asumiría la dirección e impartiría clases de catorce asignaturas (contando clase por curso y disciplina) desde 1º de Bachillerato a 3º de Magisterio, me encargaría de llevar la Administración, haciendo los cobros, atendiendo a los pagos, comenzando por el alquiler del local. Hechas las correspondientes deducciones, él y yo iríamos al 50% de los beneficios líquidos. Como él había hecho muchísimas tarjetas titulándose director, en las mías rezaría: “Director de Estudios y Administración”. En sus expectativas como Locutor de Radio Nacional estaba la de ser nombrado Director de Radio Nacional de España en La Coruña. Si esto ocurría, yo buscaría a una persona que impartiera sus pocas clases, pagaría a esa persona y disfrutaría de los beneficios líquidos al 100%. Así firmamos una especie de Contrato.

Todo fue normal, de acuerdo con el Contrato, hasta el mes de lucro. No se le confió la dirección en La Coruña; pero sí se le destinó a la “Emisión de América”, que tenía lugar de madrugada. Como consecuencia, después de unos poquitos días en que mi socio falló a sus clases, me dijo que le resultaba imposible atenderlas y que buscara a una persona que las impartiera. Así lo hice; pero de aquello del 100% no hubo nada, seguimos al 50 en los beneficios líquidos. Por otra parte, estos beneficios, que se me auguraron de unas 4.000 pts. mensuales, estaban reducidos a unas 2.500. Eso *no* me importaba gran cosa, puesto que me daba para pagar la pensión en la casa donde me alojaba.

Y en el mes de marzo llegó la ruptura, era costumbre en aquel colegio que los alumnos asistieran el Miércoles de Ceniza a la misa en que se imponía la ceniza. Coincidió, por otra parte, aquel año con la festividad de Santo Tomás de Aquino. Yo, que cursaba dos años en la facultad, delegué en un

profesor que vivía junio al colegio para que acompañara a los alumnos y aprovecharé el día para estudiar.

Unos días después, al mediodía, escribí en los encerados de las clases un aviso para los alumnos. Cuando llegué por la tarde, el aviso había sido borrado. Pregunté a la esposa de mi socio y me dijo que los había borrado ella. Yo le argüí:

–Soy el director de esto colegio y cuando escribo un aviso para los alumnos *no* debe borrarse sin mi autorización.

Entonces ella me respondió:

–El director es mi marido. Y la prueba es lo que pones en tus tarjetas de visita.

Le respondí relatando el “pacto” que, al efecto, habíamos establecido su marido y yo; y además, le argumenté:

–Según mis tarjetas, soy el “Director de Estudios y Administración”: ¿qué otra cosa hay en un colegio que se salga de esas dos funciones directivas?

Ahí quedó la cosa. Por la noche me llamó por teléfono mi amigo y me preguntó por qué no había ido el día de Santo Tomás a misa con los alumnos, qué había pasado con una alumna que había causado baja en el colegio y sobre el altercado con su esposa. Le respondí: a lo primero, con la razón que he expuesto, a lo segundo, que dicha alumna había preferido emplearse en una zapatería a seguir estudiando y a lo tercero con las mismas razones que había dado a su esposa. Entonces él, en lugar de comprender mi actitud, tuvo la ocurrencia de decirme que “cuando lo pedí trabajo había muchos que pretendían la plaza”. Mi respuesta (quizá demasiado impetuosa, como fue mi costumbre en la juventud) no se hizo esperar:

–Pues llama a uno de esos solicitantes, porque yo iré mañana a hacer cuentas y dejar mi puesto en el colegio.

Y así terminó mi función de Director de Estudios y Administración en el Colegio “San Isidoro”.

Quedé otra vez con el cielo, la tierra y unas pocas pesetas en el banco. Hube de buscarme alguna clase particular para sobrevivir. También en esta aventura la madre de algún alumno me dejó sin pagar el último mes y, ante mi reclamación, me humilló al decirme que “lamentaba que su hijo hubiera tenido *un* profesor tan pobre”. En cambio fue excelente mi relación con varias alumnas de la facultad, que solicitaron mis servicios encaminadas por un bedel, fallecido hace bastantes años, al que siempre agradecí su ayuda en ese sentido. La amistad que surgió entre nosotros duró hasta su larga enfermedad y su muerte.

Aquel verano tuve mi única experiencia como Profesor en la Enseñanza Primaria. En el colegio “San Isidoro” había dos jóvenes novios que también dejaron el colegio, aunque a finales de curso. La joven, que había perdido a

su padre recientemente, decidió abrir un colegio en la calle de San Diego y, además de contar con su novio, quiso que yo formara parte del equipo inicial. Fue una experiencia interesante, no sólo por las enseñanzas (para las que me sirvieron mucho los libros y revistas sobre Pedagogía que mi padre –Maestro Nacional– me proporcionó), sino también porque el alumnado procedía, en gran parte, de lo que entonces se conocía como “El Pozo del Tío Raimundo”. Hoy “El Pozo” *no* permite siquiera una ligera idea de lo que entonces allí se asentaba. Las clases, y sobre todo los recreos, eran un reflejo fiel del ambiente socio-cultural de aquella parte especial del Madrid periférico. Todavía hoy no puedo evitar sonreírme al recordar algunas escenas de aquellos recreos.

El curso siguiente impartí clases en un colegio privado, *no* “reconocido”, cuyo Director y dueño me trató bien, aunque el sueldo era de los que se estilaban por aquel entonces. Siempre estaré agradecido a aquel buen hombre cuyo colegio apenas le daba rendimientos para ir viviendo muy austeramente, y eso que se trataba de un matrimonio sin hijos..

Ya licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, comencé a dar clase en dos colegios reconocidos y, además, daba algunas clases a las alumnas de la Facultad que venían acudiendo a mis clases de Latín.

A propósito de esto, tengo una anécdota muy curiosa: El dueño de uno de esos colegios (yo impartía allí Lengua Española de primer curso y Latín de tercero) presumía de que en su colegio daba clases (de Latín de 4º) un profesor de la Universidad. Nuestro sueldo, mensualmente algo más cuantioso que lo que exigía la Legislación a los Colegios de aquella categoría, “absorbía” las dos pagas extraordinarias, la de “Beneficios” y el mes de verano.

Al llegar el verano, el profesor de la Universidad fue a Granada a disfrutar de sus vacaciones, yo, en cambio, para poder pagar la pensión, hube de dar clase a los alumnos que habían suspendido en junio, aumentados los de mi curso de tercero con los que suspendieron en 4º curso (a éstos de Latín e Historia). Pasado agosto, el “altoparlante” de mi clase requirió mi presencia en Dirección. Allí estaba el profesor de la universidad, a quien conocí entonces. El director me preguntó:

–“D. José Luis: ¿podría Vd. cambiar su hora de clase para tal otra?”.

Yo le respondí:

–A esa hora tengo una clase particular con una alumna de la Facultad.

Él, ante esa respuesta, me indicó que continuara mi clase.

En el recreo fui a la dirección y le dije al Sr. Director:

–D. Antonio: Creo que, si le expongo a mi alumna el problema, no tendrá inconveniente en cambiar la hora, puesto que está desocupada casi todo el día”.

Don Antonio me respondió:

–“Dejemos las cosas como están. Los padres de los alumnos de 4º me han dicho que prefieren que sus hijos tengan sus clases con usted”.



Y así fue como, a pesar del orgullo que sentía el Director por tener un profesor de la Universidad, me convertí, a partir de entonces, en profesor de Lengua Española de 1º y Latín de 3º y 4º en el Colegio “San Rafael” de la calle Cicerón de Madrid.

El curso citado también acudía por las tardes, a la “Institución Española de Selección Escolar” de la calle de Rafael Calvo. Mis clases eran de español de 1º a 6º y de Filosofía de este último curso. Estuve muy bien considerado, y esto era más difícil, porque el Español era la asignatura que había impartido la casi octogenaria Directora del Colegio, que, además, visitaba con cierta frecuencia esas clases. De su predilección por tal asignatura es muestra inequívoca que aquél, tal vez, era el único Colegio de Enseñanza Media en el que se impartían clases de Castellano en los dos cursos que no estaban obligados por los Planes de Estudios del Ministerio.

Pero llegó Junio y, como era la mala costumbre en muchos colegios de Madrid, se me anunció que cesaba, al igual que otros Profesores, y se me volvería a contratar en septiembre. (Esta era la manera de ahorrarse los sueldos y los Seguros Sociales del verano). No me parecía justa la medida y protesté ante el Secretario, que fue quien me dio la noticia. Me llamó la Directora a su despacho y me dijo:

–“En vista de su protesta, su despido será definitivo y, en consecuencia, no espere volver este centro en septiembre”.

Quedé en la calle con la correspondiente indemnización. Lo comuniqué al Director de San Rafael. El accedió a pagar al completo los seguros sociales que, a lo largo del curso, había satisfecho proporcionalmente, en conjunto con la Institución Española de Selección Escolar. Continué, en “San Rafael” y desempeñé, además de mis clases, el cometido de Vocal de Letras en la Reválida de 4º curso, que tuvo lugar en el Instituto “Cervantes” de la calle de Embajadores.

Precisamente en esa Reválida coincidí con el Vocal de Letras, que era dueño y director del colegio “Athenea” en la calle de Raimundo Fernández Villaverde. Enterado de mi situación de “paro parcial” (y tal vez influido por los informes de su amigo, el director del “San Rafael”), me ofreció trabajar en su colegio como profesor de Latín de 3º curso y Griego de 6º y Preuniversitario. Como es natural, acepté agradecido el ofrecimiento y me hice cargo del 3º, que en contraposición con lo que ocurrió en mis clases, era el que tenía fama del más revoltoso y bullicioso de todo el colegio.

De aquellos chicos guardo uno de los recuerdos más emocionantes de mi vida profesional. Aparte de la sorpresa (no se repitió) que se llevó el Sr. Director, cuando un día abrió violentamente la puerta de mi clase y hubo de disculparse diciendo:

–Perdone Vd., pero creí que eran éstos los autores del alboroto.

Mi respuesta fue:

–Pues ya ve Vd. que están como en misa.

Aparte de esa sorpresa, por un excelente comportamiento, surtió efecto una de mis normas de conducta con los alumnos. A principio de curso yo les decía:

–Si alguno de vosotros se encuentra indispuerto, por enfermedad o por algún acontecimiento familiar que le haya dificultado la preparación de clases, decídmelo al comenzar la clase y yo no le molestaré preguntándole la lección.

Pues bien, el día que me correspondía explicar la última lección del programa, yo llegué a clase con aspecto manifiestamente febril y con una acusada afonía. Mi sorpresa fue enorme cuando el alumno más pequeño de la clase se levantó y me dijo:

–”Señor (ése era el tratamiento que se nos daba en aquel colegio), cuando nosotros estamos enfermos, usted no nos pregunta la lección. Usted hoy está enfermo y no debería explicar. Podemos hacer una comprobación o algunos ejercicios en el encerado. Todavía hoy, cuando han transcurrido 40 años de aquello, tengo que hacer un esfuerzo para que la emoción no me arranque lágrimas. ¡El alumno más pequeño del curso que tenía fama de alborotar todo el Colegio! ¡Dios te bendiga, José Silva!

Esos dos colegios de la zona de Cuatro Caminos de Madrid señalaron el final de mi ejercicio en la enseñanza Privada.

A mediados de agosto del año 1965, después de unas oposiciones, cuyos ejercicios simultanéé con mis clases en el colegio “San Rafael”, elegí ocupar mi plaza de Profesor Adjunto Numerario de Filosofía en el Instituto de Enseñanza Media “Santísima Trinidad” de Baeza.

Don Antonio García Martín y don Luis Rubert Candau me dieron la enhorabuena, al mismo tiempo que manifestaron su sentimiento por perder un profesor al que estimaban. Yo les agradecí sus palabras y realmente siguieron siendo mis amigos, especialmente D. Antonio, quien, hasta que la muerte nos lo arrebató, no dejaba pasar ninguna de mis vacaciones sin que me invitara a una larga conversación y a una comida en el restaurante “Edelwais”, situado frente al Teatro de la Zarzuela. Ante su falta, todos los años, el día la Virgen del Pilar, reciben mi felicitación su viuda y una de sus hijas, que llevan ese nombre tan español.

Aquí comienza la etapa de mi vida en que, tal vez por primera vez, me sentí un hombre libre. Un empleo del listado me proporcionaría una retribución digna y el ejercicio de la docencia en un centro, en el cual el director y el resto del personal eran simples funcionarios o empleados y no “dueños” que podían “ponerte en la calle” si no cumplías a rajatabla sus instrucciones, algunas veces chocantes con tu propio criterio. En el instituto, era la Ley la

que imperaba. Si eras un fiel cumplidor de las disposiciones legales vigentes, nadie podría despedirte sin un expediente disciplinario, que debería atenerse a normas estrictas y completamente legales, estabas seguro de que, sin un motivo grave y justificado, nadie podría despojarle de tus derechos. Mi imperio de la Ley, al tiempo que te imponía unas obligaciones, te daba la seguridad y la tranquilidad del hombre libre. El resto dependía de ti y de tu comportamiento. En tu poder estaba ganarte el respeto y el cariño de tus alumnos, de tus compañeros y del resto del personal que trabajaba en el Instituto. Mi trayectoria anterior me auguraba una sólida esperanza de éxito en este cometido.

Fue providencial un encuentro en la antesala de un despacho del ministerio. Yo había escrito al instituto anunciando mi propósito de incorporarme al comienzo del curso académico. Me contestó el secretario acusando recibo de mi carta, deseándome una buena estancia en el centro y ofreciéndome los servicios del personal. Cuando acudí al ministerio para presentar mi documentación, como casi siempre, hube de hacer antesala. Allí estaba un señor, al cual saludé con el “buenos días” de rigor. Como ocurre en esos casos, permanecimos en silencio y cada cual se dedicó a revisar los papeles que llevaba para presentarlos.

Observé que los de mi vecino presentaban el particularísimo (tal vez único en toda España) sello del Instituto de Baeza. Esto me dio alas para presentarme como futuro Profesor Adjunto Numerario de Filosofía de aquel Centro. ¡Qué casualidad! Mi interlocutor era el Catedrático de Filosofía y Director del instituto que iba a ser el mío. Entablamos conversación y me dio amplísima información de todo lo que podía interesarme: cómo era la ciudad: cómo el instituto: problemas del municipio, especialmente referidos a la poca abundancia de agua, la existencia de sólo dos hoteles y la particularidad de que la estación (que yo conocía por haberme apeado en ella el año 1956 para solucionar el problema de unos viajeros alemanes) se encontraba a kilómetros de la ciudad de Baeza y había que llegar a ella por medio de un tranvía que, además, exigía un transbordo en medio de unos olivares (“Tres Olivas” denominaban al lugar de ese cambio). El que yo había de tomar en la Estación Baeza continuaba hacia Úbeda y el que tomaría en “Tres Olivas” seguía en otra dirección para morir en la ciudad de mi destino.

Esta última valiosa información me libró del error que muchos años antes había cometido Machado y aquel mismo año 1965 cometió el que llegaba como Profesor Adjunto Numerario de Geografía e Historia, al que yo cariñosamente “tomaba el pelo” aludiendo a su condición de Geógrafo. Ambos, al llegar a la estación, cogieron su maleta y comenzaron a andar preguntando por dónde se iba al instituto. Su chasco fue monumental cuando le dijeron que tendrían 16 kilómetros de camino. Yo, en cambio, que llegué en un tren muy de madrugada, merced a la información recibida, entré en la sala de espera

de la estación con mis cinco bultos (ropa y libros) y esperé pacientemente, en compañía de varios individuos de una apariencia *no* muy tranquilizadora, la hora del primer tranvía. Para suerte mía, aquellos compañeros de sala de espera tomaron muy pronto un tren cuyo destino era Cataluña.

Llegó el tranvía hacia las 7 de la mañana y, con gran trabajo, subí a él mi engorroso equipaje. Mi preocupación era el transbordo, porque se daba la circunstancia de que había un buen desnivel entre las dos vías, desnivel que había que superar subiendo por unas escaleras, agravado el problema por los dos viajes (por lo menos) que debería hacer para trasladar el equipaje yo solo. La particular idiosincrasia de los andaluces me inspiró tranquilidad; el conductor del segundo tranvía me dijo que no me preocupara, que hiciera todos los viajes que necesitara sin apuros, que él me esperaría lo que hiciera falta. Y así, a las ocho de la mañana aproximadamente, hice mi entrada en la ciudad, en aquel tranvía que, a causa de su posterior supresión, nunca más volvería a utilizar. Un taxi me condujo al “Hotel Adriano”, el más próximo al instituto de los dos existentes. Se encontraba en la misma calle, a unos cincuenta metros de la puerta utilizada por los profesores. Esto suponía que, salía del hotel con cinco minutos de margen para la clase y llegaba al Instituto con ocho minutos de anticipación (el secreto de la humorada era que llevaba mi reloj adelantado), el trayecto me llevaba dos minutos escasos.

Cuando llegué a Baeza, tenía intención de resistir sólo hasta que, en el primer concurso de traslados, solicitara ocupar plaza en otra población y saliera de aquella ciudad que, sin saber por qué, se me antojaba inhóspita.

Mientras esperaba a que abrieran el instituto para lomar posesión, me dediqué a recorrer la ciudad en dirección al sur. Esto me llevó al paseo de las Murallas desde donde se divisa el imponente panorama que, por el sur, más allá del valle del Guadalquivir, queda limitado por Sierra Mágina y hasta la Sierra de Cazorla, todas las estribaciones de Sierra Nevada y por el oeste y Norte presenta una parte de Sierra Morena. Me cautivó el paisaje y mi intención de permanecer escasos meses se tambaleó ya ese primer día. El trato con los alumnos de aquel instituto que siempre he considerado mi instituto, con los compañeros de profesorado que resultaron una verdadera familia, y con los vecinos de la ciudad, fueran padres de alumnos o no, fueron reteniéndome hasta permanecer allí ¡doce años! Sólo faltaba que allí naciera mi única hija y que el pueblo y las autoridades se empeñaran en colmar mi vida de ocupaciones agradables, aunque a veces duras. Con todo esto, no sólo viví allí aquellos doce años, sino que después me parece que me falla algo, si no voy a Baeza al menos una vez por año.

Es difícil resumir doce años y algunos más en unas líneas (cosa que pretendí ahora). Pero he de intentarlo, si quiero ceñirme a lo que ahora se exige de mí.

En cuanto a mi vida privada, el mes de abril de 1966, cuando iba finalizando mi primer curso en el instituto de Baeza, llegó mi dispensa del celibato. La boda canónica debía celebrarse en secreto, en un despacho de la Vicaría General del Obispado de Jaén. Y así fue el 23 de junio de 1966. Después hube de gestionar que se hiciera pública en el Ministerio de Justicia, previa autorización del Obispado de Zamora y se me expidiera el Libro de Familia en Jaén y en Baeza. Y en él pudo constar, llegado su momento, el asiento del nacimiento de mi hija Rocío, acaecido felizmente y para nuestra felicidad el 25 de Marzo de 1969.

En el Instituto, al que llegué como interino en espera de nombramiento de Profesor Adjunto Numerario –cosa que ocurrió a los tres meses, fui Adjunto Numerario tres cursos: Catedrático desde febrero de 1969 hasta junio de 1977, Vice-Secretario, Bibliotecario. Jefe de Estudios tres años y Vice-Director cinco años, sin contar mis actividades como Vocal de Letras por el Centro en exámenes de Reválida de 4º y 6º y Pruebas de Acceso a la Universidad, coronadas con mi representación en el Patronato de la Universidad de Granada.

En la ciudad, aparte de que se reclamara mi colaboración en pronunciar conferencias, presentar a ilustres visitantes o coros universitarios, tan pronto como se creó el Centro de Iniciativas Turísticas (C.I.T.), se recurrió a mí para que lo presidiera. Ocupé ese cargo, de manera aceptada por el Pueblo y Autoridades de Baeza y secundados por el Organismo correspondiente del Ministerio de Información y Turismo. Por él, se me encargó presidir el Patronato Musical Francisco de la Poza”, cuya banda necesitaba una urgente revitalización.

El C.I.T. tuvo tanto éxito, unánimemente reconocido, que en 1973, se nos propuso al Tesorero, al Vice-Presidente y al Presidente para ocupar tres puestos en la lista de Candidatos a Concejales por el “Tercer Tercio”. Se envió la lista al Excmo. Sr. Gobernador Civil y él la devolvió sin alterar nuestro puesto en la cabeza de la lista (igual, por otra parte, al que ocupábamos en el C.I.T.) y resultamos elegidos.

El Alcalde de aquel momento nos destinó a tres Tenencias de Alcaldía (a mí, como parecía natural, a la segunda. con la delegación de Educación). Pero el Gobernador decidió aceptar entonces la dimisión del Alcalde, presentada varias veces con anterioridad y nombrar para sustituirle al tesorero del C.I.T., quien cambió las Delegaciones. Nombró Primer Teniente de Alcalde al Vice-Presidente del C.I.T., con la Delegación de Hacienda y a mí, manteniéndome en la 2ª Tenencia de Alcaldía, que pasó a ser la de Gobernación (hoy Interior), me encargó las Delegaciones de Mercado, Matadero, Prensa y Relaciones Públicas. Se creyó obligado a darme la siguiente explicación, que yo no le pedí en momento alguno:

–“Supongo que te habrá extrañado que te haya concedido la delegación de Mercado y Matadero, en lugar de encargarle la de Educación. Te lo digo, porque varias personas me han manifestado esa extrañeza. Mis motivos son los siguientes: las competencias de un Ayuntamiento en materia de educación se reducen a la Enseñanza Primaria y, por tanto, no necesitan de un doctor en Filosofía y Letras. Por otra parte, sé por experiencia, que dispongo de ti en el caso de pronunciar una conferencia, presentar a alguna personalidad en el campo educativo, etc. En cambio, en los asuntos de Mercado y Matadero, que van bastante mal, yo necesito una persona que, por una parte, sea bastante enérgica (a ti te conozco como Jefe de Estudios del Instituto y sé que has demostrado esa cualidad) y, por otra parte, debe tratarse de una persona que no necesite favores de nadie (tú cobras del Estado y, por tanto, no necesitas clientes para un negocio), ni tenga familiares o amigos íntimos en el vecindario que puedan torcer su voluntad en algún asunto determinado (en tí se dan cita esas circunstancias). En una palabra: he buscado el bien de mi pueblo al elegirte para ese cometido. Si *no* coincidimos en esa apreciación, lo siento”.

–Señor Alcalde le dije– coincido perfectamente con Vd. en que estamos aquí para el bien de la ciudad. Y estoy dispuesto a trabajar lo mejor que pueda en el puesto que me asigne. Valoro con exactitud, y muy positivamente, su decisión.

Y así fue durante los tres años y medio que residí en Baeza a partir de entonces. A las 7'10 de la mañana estaba en el mercado fijando los precios fluctuantes de las mercancías. Dedicaba los recreos a una visita para comprobar que todo marchaba convenientemente, visita repetida a las dos de la tarde. Me privé de viajar los sábados, si el viaje suponía faltar a esa obligación que me había impuesto y alguna vez, me costó un pequeño disgusto imponer mi autoridad de “Alcalde de Plaza” para corregir anomalías que no se ajustaban a la legalidad vigente en materia de precios y márgenes comerciales.

Y, a pesar de esas decisiones, todavía hoy, cuando voy a Baeza, visito el Mercado y recibo muestras de reconocimiento por parte de todas aquellas buenas gentes, incluidos los que, en un momento, se sintieron perjudicados por mi actuación.

En algún momento, aparte de mi Cátedra y la Jefatura de Estudios o la Vice-Dirección (entonces los Concejales no tenían “dedicación exclusiva” ni cobraban sueldo o emolumento alguno por su cargo, excepto “ocasionalmente” los gastos de representación por alguna asistencia a Comisiones Provinciales, si *no*, las devolvían en concepto de “donación” al Ayuntamiento y mediante “cargáreme”, como hice en el único caso que se me dio), fui 2º Teniente de Alcalde, Presidente del C.I.T. y Presidente del Patronato Musical “Francisco de la Poza”. Por esos motivos, debía participar en casi todas las actividades de la ciudad, sin excluir atender a las invitaciones que se me hacían, por parle

de todas las cofradías, a participar en las presidencias de todas las procesiones de Semana Santa.

Y todavía, gracias a la tranquilidad reinante en aquel pueblo “entre andaluz y manchego” (que dijo Antonio Machado), tuve tiempo de dirigir comedias, participar en la organización (dejando a una comisión de alumnos todo aquello que significara “tocar dinero”) y acompañar a los alumnos del instituto en sus excursiones de fin de curso” los doce años que viví en Baeza.

Tal vez ocupara más de un volumen relatar las anécdotas que me ocurrieron durante aquellos doce años que siempre he considerado los mejores y más fructíferos de mi vida. Llegué a considerarme y ser considerado “un baezano más”. Para colmo, el nacimiento de mi única hija, Rocío, me ha ligado para siempre a esa Ciudad de nobles y honrados moradores.

De Baeza, por concurso de traslados, pasé a la villa de Móstoles, el segundo núcleo de población de la hoy Comunidad de Madrid. Llegué perteneciendo a la primera plantilla del primer instituto, hoy llamado “Juan Gris”.

Por las dificultades de mis compañeros, debidas a las tareas de traslado, fui elegido director, cargo provisional por un año hasta que se celebraran elecciones. Omito intencionadamente la frecuentemente tormentosa situación de aquel curso en el Instituto. Los tiempos eran propicios a las alteraciones de la vida académica (se trataba del curso 1977-78). Así no fue extraño que las elecciones, celebradas en mayo y en las que no puse interés alguno, dieran un resultado un tanto raro. Era preceptivo que fuéramos candidatos todos los Catedráticos sin excepción (sin tener en cuenta la voluntad de todos ellos). La elección era “a dos vueltas”. En la primera, tuvimos votos el director, el vice-director y el secretario. Tuve 10 votos más que el secretario, segundo en votos. En la segunda vuelta, en la que éramos candidatos sólo los dos más votados en la primera, el Secretario me superó en muy pocos votos (creo que fueron dos o tres). Habían sido tan numerosos los sinsabores y las dificultades de la Dirección aquel curso que me sentí “liberado”.

Pero se produjo una llamada de la Inspección y se me dijo:

–“El Ministerio acata la decisión del Claustro en la elección de directores. Por ello, en el primer instituto de Móstoles será director el que ha sido elegido. Pero nosotros queremos que un instituto de Madrid capital, de los que se han creado, nazca con tu espíritu y forma de hacer en la Dirección. Por eso se te trasladará, en comisión de servicios a uno de esos institutos como director”.

Mi respuesta fue la que podía esperarse: he terminado el curso tan cansado y decepcionado que *no* quiero hacerme cargo de dirección alguna. Y menos si he de trasladar mi domicilio o he de forzar la voluntad familiar de residir en el lugar de trabajo, yo habito en Móstoles.

La respuesta de la Inspección tampoco decepcionó las expectativas:



–“Perfecto: deberás poner en marcha el 2º instituto de Móstoles, creado en virtud de los Pactos de la Moncloa. Este curso funcionaréis en aulas cedidas por la Escuela de Artes y Oficios, situada en “Las Cárcavas”. Te encargarás de vigilar las obras del edificio propio que se construirá en la Avenida Olímpica, una de las calles de “El Soto”. Te llegarán compañeros “en comisión de servicios”, igual que tú, que ocuparán el resto de los cargos y se completará el cuadro de Profesores con el personal Interino que sea necesario. Encárgate de señalar la zona de influencia del 2º instituto sobre el plano de Móstoles y de que se matriculen en tu Instituto los alumnos que lo deseen. El resto de los trámites ya los conoces por tu larga experiencia en el “centenario” instituto de Baeza y por tu experiencia en los distintos cargos de un Instituto. Te fallaba el de Director y ya lo has sido.

No me quedaban argumentos. Se aludía a mi “espíritu y talante”, a mi experiencia y a la veteranía del instituto al que llegué como “aprendiz” y del que salí como experto al cubrir todos los cargos (incluido el de Director de forma accidental), por ser vice-director 5 años, veranear fuera el Director y yo permanecer allí en el verano y haber coincidido uno de esos mandatos ocasionales con la “declaración de ruina” del edificio del Instituto, antigua Universidad y monumento nacional, con lo que hube de tomar contacto con el Rectorado de Granada y el Ministerio de Educación en Madrid.

Acometí, pues, los encargos que se me habían hecho y he de reconocer que el curso 1978-79 ha sido el más satisfactorio de toda mi vida docente (treinta y siete años en la Enseñanza Oficial y ocho antes en la Enseñanza Privada, amén de clases particulares a partir de mis trece años de edad).

El curso 1978-79 fue para el 2º instituto de Móstoles (que tuvo desde sus primeros meses el nombre de “Manuel de Falla” en un record de rapidez en la tramitación), un año de convivencia cuasi-familiar. Éramos trece profesores que solucionábamos los asuntos ordinarios durante el recreo, tomando café en la pequeña sala de profesores. Las sesiones del claustro, que exigen mayor solemnidad, se celebraban al mediodía. Los profesores de la mañana nos quedábamos después de la hora de salida. Tomábamos un “tentempié” en una cafetería vecina. Iban llegando los profesores de la tarde y los que no tenían clase aquel día. Nos trasladábamos a la sala de profesores: celebrábamos la sesión y, terminada ésta, los profesores de la mañana iban a sus casas y los de la tarde y el director se quedaban para impartir las clases de la tarde y activar la burocracia. No hubo la menor discrepancia en todo el curso. Cuando existía divergencia de pareceres se recurría a votación y se adoptaba la opinión de la mayoría, sin artimañas ni falsos manejos de la democracia. Ejemplo claro el nombre del Instituto, triunfó la propuesta de la profesora de Música, no coincidente con la propuesta del director al que secundaban algunos profesores. Y en dos días, obtenidas la aprobación del Excmo. Ayuntamiento y la



de la A.P.A., el nombre de “Manuel de Falla” obraba en la Inspección y la Delegación Provincial, que lo aprobaron en muy pocos días.

En cuanto al comportamiento de los alumnos, solamente consigno una anécdota que considero muy importante y significativa:

Las aulas que nos cedieron, por otra parte capaces y bien dotadas, carecían de calefacción. El Sr. Director de la Escuela de Ares y Oficios me dijo que la solución era difícil y laboriosa, puesto que exigiría actuar sobre tabiques y suelos. Desde principio de curso me había puesto en contacto con la Sección correspondiente de la Delegación Provincial del Ministerio. Sin embargo, estábamos a finales de noviembre y nuestras aulas y oficinas seguían sin calefacción. El día 29 se presentó una comisión de alumnos en mi despacho, teniendo como portavoz, al delegado de 1º D. Éste, que casualmente respondía a mi nombre, tomó la palabra y dijo lo siguiente:

–“Señor Director: No podemos aguantar más tiempo sin calefacción. Como nos consta que Vd. no ha dejado de la mano el problema, venimos a formularle dos preguntas: 1ª ¿Dónde está situado el “tapón” de las gestiones? Porque estamos dispuestos a realizar una “sentada”, no en el Instituto, sino ante el despacho de ese señor. 2ª pregunta: Sabemos que ayer mismo ha estado Vd. en la Delegación para realizar la última gestión sobre este tema. ¿Cuánto tiempo considera prudencial para que esperemos, antes de proceder a la “sentada”?

Confieso que me asombró la madurez de aquellos jóvenes de catorce años y su manera civilizada y, al mismo tiempo, madura de abordar la situación. Y, con la misma contundencia y claridad, formulé la respuesta:

–El próximo martes se celebran Elecciones para que el pueblo español vote la Constitución. En este centro habrá una mesa electoral. Con ese motivo ese día no habrá clase. Voy a proponer a los profesores que el lunes, atendiendo a la preparación de la mesa y para ver si se soluciona el problema de la calefacción (insistiré en la Delegación), hagamos “puente” y dejemos el Centro a merced del personal que haya de intervenir. Si no se ha conseguido lo que pretendemos, el miércoles será el día oportuno para que hagamos (y hablo en primera persona) la “sentada” en la Delegación.

Los alumnos fueron a sus clases tranquilos y yo, después de solucionar con los Profesores el asunto del “puente”, comencé las gestiones sin limitarme al sector oficial. Llamé al electricista que había tenido en el primer instituto, de quien sabía, por experiencia, que entendía de calefacciones. Le rogué que examinara la nuestra y me dijera a ciencia cierta lo que ocurría con ella. Así lo hizo el jueves de aquella semana y, con gran alegría por mi parte, me comunicó que la avería era muy sencilla: se trataba sólo de que el motor estaba estropeado, nada de tabiques ni suelos. Afortunadamente, él tenía en su casa

un motor igual que el estropeado. Podía instalar el suyo, mandar arreglar el nuestro y, cuando estuviera arreglado, volver a cambiar los motores.

Agradecí su propuesta y, abusando de su amabilidad, le rogué encarecidamente que intentara la solución del problema.

Así lo hizo, a pesar de lo laborioso que resultaba. Había que vaciar el circuito, desmontar, volver a montar, volver a llenar el circuito para prueba, etc. A las once de la noche recibí la llamada esperada, la calefacción funcionaba y la dejaba puesta para que todo estuviera a punto.

Cuando los alumnos entraron el viernes en el Instituto la exclamación fue unánime y ruidosa: “¡Hay calefacción!”.

De nuevo acudió la comisión. Comenzaron por darme las gracias más expresivas y, a continuación, como no podía ser menos, salieron a relucir sus catorce años:

–Señor Director: ¿Y el “puente”?

Mi respuesta fue:

–Le propondré en el recreo a los profesores que aquello que se os concedía por necesidad, se os conceda como premio a vuestra paciencia con la falta de calefacción y a vuestra ejemplar manera de afrontar y exponer el problema, propia de personas de mayor edad. Venid al final del recreo a saber el resultado de mi gestión.

Los compañeros aprobaron entusiasmados, aceptando mi solución como una excelente medida “pedagógica”. “No sólo hay que sancionar las acciones vituperables de los alumnos, sino que deben premiarse algunas veces sus excelentes comportamientos. Y en esta ocasión, nuestros alumnos han sido unos auténticos caballeros”.

Los alumnos de la comisión, esta vez arropados por el resto de los alumnos, que llenaban los pasillos, recibieron con un aplauso cerrado la noticia. Y quiero creer que el comportamiento del claustro de profesores en esta ocasión, influyó poderosamente en que, en todo el curso, no hubiera el mínimo problema de disciplina en aquel Instituto. El último día del curso, al terminar la fiesta que prepararon, muchas alumnas y algunos alumnos se fueron llorando, “porque terminaba aquel año de fraternal convivencia”.

Me he extendido mucho; pero creo que, dada la actual situación de los Centros de Enseñanza en nuestro país, merece la pena manifestar esta situación de claro contraste.

Yo mismo lo experimenté en propias carnes. Los dos cursos siguientes, con profesorado de plantilla e interino y con alumnos más numerosos, ya en el edificio que se había construido el curso citado, hube de soportar huelgas prolongadas de alumnos y profesores, con el apoyo de un grupito de profesores más fieles a mi persona que al “sistema”, y de los dos bedeles del Centro. Casi milagrosamente, pude lograr que el Instituto funcionara, con el trabajo

de menos de un 20% del profesorado o de la inasistencia real a las clases de una mayoría muy notoria de los alumnos. Fue un triunfo notable que, a pesar de la situación de paro de la mayoría, la armonía entre los profesores no se rompiera y en las reuniones diarias, una profesora agregada informara de lo ocurrido el día anterior en la reunión convocada por el comité de huelga y yo informara de lo ocurrido en la reunión diaria de la Junta de Directores de toda la provincia de Madrid. Podría contar verdaderas anécdotas muy significativas acontecidas durante las huelgas de Profesores.

El 24 de febrero de 1981 surgió la desavenencia con la A.P.A. Se celebraron elecciones entre los padres de alumnos para el consejo de dirección del centro, de acuerdo con el Real Decreto que, al efecto, había sido promulgado en el mes de febrero. La única A.P.A. existente en el instituto “Manuel de Falla” organizó el proceso electoral, como estaba mandado; pero cometió el error de elaborar el censo de electores incluyendo sólo a los padres que estaban afiliados a la A.P.A., olvidando al resto de los padres. Yo, que debí presidir la mesa electoral en mi calidad de director, advertí omisiones y decidí que fueran anotando a los padres votantes que no estaban en el Censo Electoral. A pesar de tal concesión, el número de volantes fue de 85. En virtud de lo previsto en el Real Decreto, declaré que no procedía admitir en el consejo de dirección al colectivo de padres, puesto que el número de votantes *no* llegaba, ostensiblemente, al 20% de los padres que exigía la norma citada.

Yo negocié con el Delegado Provincial repetir las elecciones, presentando como argumento que las elecciones se habían realizado el día siguiente al célebre intento de Golpe de Estado del 23-F-1981 y el posible miedo que podía haber retraído a los padres de acudir a votar. El Delegado Provincial, ante mi deseo de que los padres estuvieran en el Consejo de Dirección (para contrarrestar otras presiones), accedió a mi petición y me encargó que fuera yo quien organizara el proceso electoral, elaborando un censo completo y visitando cada clase si lo estimaba oportuno, para animar a los padres a través de sus hijos, a quienes explicaría las ventajas que presentaba la presencia de sus padres en el Consejo de Dirección del Instituto.

La A.P.A., a cuyos componentes convoqué igual que al resto de los padres a una reunión en el salón de actos del centro, no quiso admitir la solución arbitrada por el Delegado Provincial y se empeñó en sostener que tenían derecho a entrar en el Consejo de Dirección. Naturalmente, yo no podía aceptar tal medida. Y allí comenzó una situación insostenible entre el Presidente de la A.P.A., que me declaró una guerra sin cuartel, y yo, que defendí la legalidad sin fisuras. El cruce de cartas duró todo el resto del curso.

El Ministerio cambió al Delegado Provincial y el que ocupó el puesto, amigo mío, por cierto desde hacía muchos años, me propuso una solución heterodoxa: “darle presencia física en el Consejo de Dirección sin que parti-

ciparan en las votaciones”. Como tenía que ser, *yo* me negué a tal “chapuza” y le ofrecí mi dimisión que no aceptó, “porque acababa de tomar posesión de su cargo y *no* sería de buen efecto que yo, que además era amigo suyo, le presentara la dimisión”.

Esto ocasionó que un buen día se presentara en el Instituto el Inspector de Zona y ante mi saludo, me respondiera más o menos, lo siguiente:

“Hoy no vengo en plan de amigo. Mi presencia aquí se debe a que el Delegado Provincial ha preguntado al Inspector-Jefe qué tal de “mano izquierda” tiene el inspector de esta zona para abordar el asunto de las pasadas elecciones al Consejo de Dirección. Y aquí estoy para someterle a una “encuesta”, por si procediera instruirle un expediente disciplinario.

Naturalmente, yo le dije que estaba a su disposición. Pasamos a mi despacho, él se sentó en mi sillón y yo frente a él, como si estuviera en el banquillo de los acusados. Comenzó el interrogatorio siguiendo un orden lógico y continuó hasta las dos preguntas decisivas:

–¿Cuántos padres votaron?

–Ochenta y cinco, le respondí.

–¿Cuántos padres hay en este centro?

–Puesto que los alumnos son 960, por muchos padres de hermanos que pueda haber, calculo que más de 850 padres.

–Es decir que, suponiendo 850 padres, al menos, si han votado 85, son un 20% de los padres. Y el Real Decreto exige un 20% de padres como mínimo. Pues, ni “mano izquierda”, ni mano derecha, aquí acaba todo este asunto.

El Inspector se despidió como el amigo que era hasta aquel día y yo me quedé con la tranquilidad del deber cumplido y de que se había desvanecido el peligro de un expediente, injusto a todas luces.

La traca final estalló finalmente en mayo-junio de 1981. En la sesión de claustro anterior a las calificaciones de fin de curso se decidió denegar la matrícula para el año siguiente a un grupo bastante numeroso de alumnos, cuyo comportamiento había sido especialmente inadmisibles. Las juntas de calificación de cada grupo deberían presentar a la dirección una lista de alumnos de ese grupo incluidos en la medida acordada por el claustro, aportando las razones de tal sanción. Yo hice constar mi disconformidad, en vista de que los tutores *no* habían llevado a cabo mi recomendación de principio de curso, para que los profesores tutores fueran haciendo saber a los padres, de modo fehaciente, las faltas cometidas por sus hijos, con el fin de evitar tales faltas y tener argumentos, si fuera necesario, para aplicar medidas sancionadoras. A pesar de esta advertencia, el claustro aprobó la propuesta de sancionar. Las juntas presentaron los nombres de un total de 47 alumnos, sin alegar causas que recomendaran su exclusión a la hora de matricular. El consejo asesor aprobó la medida y yo, como ejecutor de la decisión del claustro, envié una

circular a los padres de los alumnos interesados. En ella les comunicaba la decisión referente a sus hijos y les recomendaba que, con tiempo, puesto que estábamos en junio—, buscaran Instituto para que sus hijos se matricularan en septiembre.

Naturalmente, algunos padres pusieron el grito en el cielo y asesorados por uno de ellos, estudiante de Derecho, acudieron a la Inspección en son de queja. Cuando, interrumpiendo mis vacaciones, yo bajé de Laredo a Móstoles para denunciar un robo que se había producido en el Instituto, encontré sobre mi mesa una nota en la que se me decía que me pusiera en contacto con la inspección. Así lo hice, pero nadie tomó el teléfono. Era natural, puesto que todos los inspectores disfrutaban de vacaciones, ya que estábamos en los principios del mes de agosto.

El día después de mi regreso, el primer día de septiembre, me personé en la Inspección para ver de qué se trataba. No estaba el Inspector de Zona y tampoco el Inspector-Jefe. Me recibió otro inspector, que había llevado el instituto “Manuel de Falla” los dos primeros años (le había hecho “pisar barro” el primer año, atendiendo a mi ruego de que me acompañara a visitar las obras del edificio en construcción).

Teníamos tal sintonía que mantuvimos buenas relaciones hasta su fallecimiento, acaecido cuando yo llevaba unos años en la Universidad. Me dijo:

—“Aquí estuvieron unos padres protestando por la medida de negar a sus hijos la matrícula para el próximo curso. ¿Qué opinas tú sobre eso asunto?”.

—Estaría de acuerdo con la medida, si los profesores-tutores hubieran atendido a mis ruegos de principio de curso y los padres hubieran hecho caso omiso a los avisos enviados por el profesor-tutor de sus hijos. Pero, sin ese precedente, *no* me parece justa una medida que yo mismo he comunicado como ejecutor de la voluntad del Claustro.

Me alegra mucho que coincidamos. Yo entiendo que hay que realizar una “limpieza” en los institutos; pero hay que tomar medidas previsoras y procurar que los padres interesados se vean implicados con tiempo suficiente. En consecuencia, la orden de la inspección es que mandes retirar de la ventanilla la lista que se ha fijado por la parte interior de la misma y admitas la matrícula de todos los alumnos que la soliciten.

Reuní al Consejo de Dirección y le propuse que nos apuntáramos el tanto, aprovechando que la Delegación había autorizado un doble turno al Instituto, por lo que se duplicaba su capacidad.

—Podemos enviar, les dije, una circular en estos términos: el Consejo de Dirección, que en junio se vio forzado a tomar un desagradable acuerdo por la insuficiente capacidad del Instituto para atender la demanda de plazas solicitadas, ha reconsiderado su decisión y deja sin efecto la medida tomada en junio, ante el hecho de que la Delegación ha concedido un doble turno al Instituto.

Los componentes del Consejo de Dirección no admitieron aquella solución, que yo estimaba “diplomática”, y los Profesores representantes del claustro en el mismo me presentaron su dimisión irrevocable en aquel mismo momento. Yo, no obstante, envié en mi nombre, como director apoyado por la inspección, una circular a los padres interesados.

También ejecuté la orden de la Inspección con relación a retirar la lista de alumnos sancionados. Esto motivó que un grupo de Profesores me increpara y exigiera que el Inspector fuera al instituto a dar cuenta de tal medida al profesorado. Yo les respondí que la inspección me había dado la orden a mí, que era el representante legal del instituto. Dijeron que entonces, irían ellos a la Inspección si yo no me oponía. Como es natural, les respondí que, por mi parte, en absoluto habría oposición y que, si por tratarse de un día en el que tuvieran actividades en el centro, necesitaban mi permiso, contarán con él, ya que se trataba de acudir a un órgano de la superioridad.

Cuando días después fui a la inspección, a tratar un asunto con el Inspector-Jefe, me dijo, más o menos, lo siguiente:

—“José Luis: Ya sabes que, durante las vacaciones, tuvimos la visita de la A.P.A. de tu instituto. Hace muy pocos días estuvieron aquí unos dieciséis profesores, de ellos, unos cuantos venían inocentemente en plan de informarse, otros en cambio, iban por ti, a causa de la admisión de los alumnos que habíais excluido en junio. Pero tú, como no has hecho nada ilegal ni has ordenado más que lo que se te ordenó por la Inspección, nada tienes que temer. Sigue con tu cometido y si llega un momento en el que no resistes, nos lo comunicas y veremos qué hacemos contigo.

Mi respuesta fue la que correspondía a la situación. Es decir, Juan Antonio, que yo me pongo *como* una diana. Me tirotean la A.P.A. por un lado y esos profesores por otro. Y, cuando me hayan puesto como una criba, os lo digo y vosotros decidís si me enviáis al Clínico o a La Almudena. Pues bien, si yo fuera sólo catedrático de institutos, ahora mismo te rogaría, aunque hubiera de ponerme de rodillas, que dispusierais de la Dirección y me dejarais exclusivamente con mi cátedra, en la que nunca he tenido problemas. Pero, como se da la circunstancia de que, además de catedrático de institutos, soy catedrático de Escuelas Universitarias de Magisterio en excedencia, le comunico que voy a pedir reingreso en ese cuerpo y me iré a la universidad.

Y así lo hice, creo que el 26 de septiembre. Con el dolor de abandonar la Enseñanza Media, en la que estaban mis ilusiones, pedí reingreso en escuelas universitarias y se me concedió, provisionalmente, la cátedra vacante en Guadalajara, que dependía de la Universidad de Alcalá de Henares. Más tarde solicité la de Granada, que se me había asignado en el concurso de acceso; pero no lo conseguí, ni siquiera con un recurso al Excmo. y Magnífico Rector de la

Universidad granadina. Tuve que seguir “soñando Granada”, como me habían dicho unas compañeras de Móstoles glosando la canción de Agustín Lara.

En cuanto a la de Guadalajara, llegado el momento del concurso oportuno, solicitamos tres. Seguramente el que debería tener más probabilidades era yo, por haber ocupado realmente, “en activo”, la plaza de Guadalajara, mientras que los otros dos estaban, uno en “Comisión de Servicios” en la U.N.E.D. y el otro en excedencia Voluntaria por haber ocupado una Subdirección General. Pero este último, que sin duda, con malas artes, había conseguido que no le “anotaran” las excedencias, fue el agraciado, con gran sorpresa por mi parte; ya que conocía perfectamente el historial de los tres desde que accedimos en el mismo Concurso y fuimos destinados: uno a Málaga, otro a Badajoz y yo a Granada. Yo estuve un año en excedencia y me faltó el verano para completar los dos años “en activo”. Ellos, como he dicho, estuvieron los tres años en “comisión de servicios” o “excedencia” y ni un solo día “en activo”.

¿Cómo me enteré de las malas artes del “agraciado”? Hizo oposiciones a Profesor Titular de la Universidad de Alcalá. Pasados más de dos años desde que ocupó su plaza de Profesor Titular de Universidad, se nos nombró, por dos veces, a él y a mí, como Vocal titular y suplente respectivamente (alternando el orden: –en la primera él, titular y yo suplente y en la segunda yo titular y él suplente– y las dos veces como “Catedrático de Escuelas Universitarias de la Universidad de Alcalá”), para tribunales de Concurso-Oposición para una plaza en la Universidad Autónoma de Madrid y otra en la de Santiago de Compostela.

La primera vez me conformé con hacer una “consulta” al Consejo de Universidades, alegando el Real Decreto que lo excluía por no pertenecer “en activo” al cuerpo por el que se nos nombraba. No se me respondió a la consulta, pero sí se me comunicó que, “habiendo tenido que sustituir a D...”, pasaba yo a titular. La segunda vez (y habían pasado más de dos años), ante su negativa a comunicar la anomalía (su nombramiento podía dar lugar a impugnación y a dejar sin plaza al que la hubiera obtenido), hube de comunicarla yo formalmente, con lo que se cruzaron cartas muy desagradables entre la Secretaría del Consejo de Universidades y este pobre catedrático de Escuelas Universitarias, “culpable” de la situación, según dicha señora, por no dedicarme a faltar a clase para asistir a los sorteos, de cuya convocatoria no me enteraba. Ellos, me dijo, “anotaban de oficio las excedencias”. Al parecer, su “oficio”, en el caso expuesto, tenía coincidentes y curiosos fallos. Así se lo hice saber provocando su silencio.

Pasé un mal verano aquel año 1984. Parecía condenado a coger a mi familia y a ir como interino a la plaza vacante que me conviniera. Tuve la suerte de que mis alumnos de la Escuela Universitaria acudieran al Ilmo. Sr. Director y al Excmo. y Magnífico Sr. Rector de la Universidad de Alcalá de



Henares, pidiendo que me mantuvieran en mi puesto. El Sr. Director me llevó a Alcalá y solicitó al Sr. Rector que viera la manera de solucionar mi problema, aportando inmejorable informe oral. El Sr. Rector, en nuestra presencia, dictó a su secretaria una expresiva solicitud al Ilmo. Sr. Subdirector General de Escuelas Universitarias, en demanda de que se creara una “segunda cátedra” en la Escuela de Guadalajara y se me adscribiera a la misma. Pasados los correspondientes trámites, así se concedió. Quedé, pues, en Guadalajara como “adscrito” a la segunda cátedra de Filosofía. Hube de pasar algunas humillaciones (por ejemplo oír al Sr. Director decirme que mi situación era la de un “interino cualificado”: ¡yo, que llevaba en tres Cuerpos, como titular de plantilla la friolera de 18 años!). Así hasta que, pasado algún tiempo y previo paso del “compañero” a su Titularidad, llegó un Vice-Rector de Ordenación Académica, que, “liándose la manta a la cabeza”, solicitó y consiguió que se me aplicara la disposición transitoria de la L.R.U. que me concedía ocupar “definitivamente” la plaza a la que estaba “provisionalmente adscrito”. Y ése fue mi destino definitivo hasta septiembre del año 2000, en que me jubilé por haber cumplido 70 años.

Deliberadamente renuncio a exponer las “faenas” que hube de soportar en casi todos los años que permanecí en la Universidad, bastantes de ellas, aunque no todas, con sinceridad, por haber coincidido con el “tapón” que, llegando más tarde y escalando puestos superiores con “secretismo” (y hasta utilizando mi nombre para solicitar la creación de dos plazas de profesor titular de universidad), siempre consiguió tenerme dependiendo de su “magnanimidad” y proyectar sobre mi hija su comprobada poca simpatía hacia mí.

No me resisto, sin embargo, a narrar el último episodio de mi vida profesional, muy doloroso para quien hizo de la vida docente el exponente de una vocación, tal vez heredada en los genes transmitidos por unos progenitores dedicados al Magisterio.

Cuando comenzó el curso 1999-2000 manifesté al Sr. Rector mi voluntad de continuar como profesor al terminar ese curso, durante el cual cumpliría 70 años. Él me respondió que, llegado el momento lo solicitara. Como se sabe, el número de eméritos en una Universidad es proporcional al número total de profesores en la misma. La Universidad de Alcalá no contaba con el número de Eméritos permitido, ni aproximadamente. Pero, a lo largo de aquel curso, se cambiaron las normas con la particularidad de cerrar puertas a muchos y dejar ventanas abiertas para quien conviniera. Se exigían: cinco tramos de docencia reconocidos (25 años) y cuatro tramos de investigación (24 años). En aquel momento era casi imposible que alguien pudiera cumplir este último requisito, ya que haría, tal vez, unos quince años (a lo sumo) que había comenzado el reconocimiento de ese capítulo. Pero “este último requisito –decía la norma–



podrá ser obviado en el caso de un profesor de reconocido mérito”. Hay que advertir que, tanto los tramos de Investigación como el “reconocimiento del mérito”, son algo arbitrario y dependiente de la estimación de algunas comisiones. Yo contaba con algo más de siete tramos de docencia: pero, en cuanto al “mérito”, sólo hubiera podido aportar el ser uno de los profesores más valorados en las encuestas que anualmente se les hacían a los alumnos. Yo mismo reconocí, en una especie de queja al rector y al vice-rector de departamentos, que no me consideraba un profesor “de reconocido mérito” *porque yo no había faltado, injustificadamente (y muchas veces ni siquiera justificadamente) a una sola clase en toda mi vida docente*. El Sr. Rector no me respondió. El Sr. Vice-Rector me respondió pidiendo que enviara mi “currículum” para elevarlo al Consejo de Universidades. Para entonces mi esposa y mi hija me habían animado a dedicarme a vivir para mí y para ellas, puesto que durante muchos años habían quedado en un segundo plano, ocupando el primero mis obligaciones profesionales. Agradecí la respuesta del Sr. Vice-Rector y renuncié a una remota y problemática posibilidad de continuar satisfaciendo mi vocación a la docencia. Me queda sólo alguna colaboración solicitada por algún amigo o alguna institución “sin ánimo de lucro” para pronunciar alguna conferencia o charla sobre asuntos relacionados con la docencia o el desempeño de cargos en centros de Educación Secundaria.

Últimamente se me ha llamado a presidir la Casa de Zamora en Madrid, en unas circunstancias de reconocida precariedad, y he acudido a la llamada con lo que, de cierta manera, me he incardinado en mi provincia de nuevo, para –como he manifestado alguna vez– “hacer Zamora en Madrid, en colaboración con los zamoranos de esta diáspora y con las autoridades de nuestra provincia que deseen ayudarnos.

Pongo en el empeño el entusiasmo de siempre, aunque no me acompañen ya las fuerzas que eran una característica muy importante de mis años jóvenes. Confío en que Dios ayudará al éxito en esta empresa, apoyada siempre por entusiastas colaboradores.

Como remate, quiero explicar lo de “desterrado” expresado en el título.

Cuando me concedieron la reducción al estado laical y la dispensa del celibato se me impuso “no residir en lugar alguno de los que conocieran mi anterior condición de sacerdote”, fin eso consiste mi condición de “desterrado”.

Hoy han cambiado los tiempos y, aunque fui el primero que tomó decisión tan arriesgada en aquellos años, no fui el último: ni tienen que esperar cinco largos años para poder constituir una familia. Ya no me escondo y acudo con toda naturalidad, aunque sin hacer ostentación, a los lugares que entonces hubieran sido “muy comprometidos”.

Y quiero, finalmente, resumir en años mi emigración: Cinco años, primero, en Madrid: doce en Baeza (Jaén): cinco en Móstoles (Madrid): once en Guadalajara y, por ahora, casi doce en Madrid, de nuevo. He dicho, repetidas veces, que mi piso de ahora es “mi penúltima morada” (ya se sabe cuál será la última). ¿Acabará aquí mi larga peregrinación de “emigrante”?

# Esto sí que es emigrar

Alfonso Ruiz Pastor

Mi lugar de nacimiento fue en un pueblo labrador, Villasayas, de la provincia de Soria, el 23 de enero de 1932, donde lo único que había era el campo para cereal, no existiendo nada de regadío.

El mayor fruto al contraer matrimonio, en la citada provincia, eran los hijos. Yo era el mayor de mi familia, nacido en el año 1932, y a los cuatro años éramos ya tres hermanos. Con la citada familia a su cargo, mi padre tuvo que incorporarse al servicio militar, con lo cual nos quedamos mi madre y los tres hijos, viviendo con la ayuda de los abuelos, hasta que terminó la Guerra Civil. Ya a últimos del año 1939, licenciado mi padre, hubo que empezar una nueva vida con muy escasos posibles.

Yo iba al colegio, del cual siempre me acordaré con gran alegría, ya que en el aprendí a ser una gran persona, y con la preparación necesaria para salir adelante. Durante mi enseñanza primaria tuve un maestro del que nunca me olvidaré, ya que nos preparaba como personas, y con los conocimientos en general, para poder luchar con la vida y presentarnos a cualquier oposición.

A continuación aumentó mi familia y nacieron dos hermanos más, con lo cual ya éramos los padres y cinco hermanos, y los ingresos que daba la labor del campo, no compensaba con los gastos de comer, pagar rentas, etc. Mi padre, hombre con buena preparación para su época y un gran trabajador, montó una pequeña tienda de ultramarinos, donde se vendía de todo, mas el dinero en los pueblos estaba escaso, por lo cual el negocio daba para mal comer. Además del trabajo en el campo, el comercio etc., nos dedicábamos al transporte en carros de mulas, lo que era muy duro, sobre todo en invierno, por lo cual, con gran sacrificio y préstamos, compramos un camión viejo, de los que quedaron de la guerra, mas la verdad, que con los gastos de las reparaciones etc., las ganancias eran muy escasas, por lo que empecé a pensar en

emigrar donde fuera, pues entonces estaba de moda marchar a la Argentina, o a Suiza, así que empezó a rodar por mi cabeza la emigración

Al ser el mayor de los cinco hermanos y ser la mayor ayuda familiar, aproveché para prepararme con vistas a oposiciones, lo que también me podría valer si pensaba emigrar. Esta labor la realizaba por las noches, después de las tareas del campo o el comercio. Al ir empezando a realizar tareas mis hermanos, que me seguían en edad, pensé en emigrar a la Argentina, mas por ciertas causas no pudo ser en esos momentos.

A continuación me preparé para una oposición, para trabajar en la Compañía Telefónica Nacional de España, y a su vez para otra del Banco Español de Crédito, como auxiliar. Con la edad de veintiún años aprobé para ambas cosas, mas me decidí por Telefónica ya que podía presentarme al citado trabajo antes de incorporarme al Servicio Militar.

Mi primer destino fue el día 1-12-1953, en Bilbao, donde me incorporé para el cometido de empalmador de cables, y nos enviaron a una escuela que había en Barcelona, volviendo a ejercer la profesión a Bilbao. Ya en la citada, solicito ser destinado como celador a fin poder opositar como conductor en un futuro, como así fue. Ya destinado en Bilbao, fui a trabajar en periodo de pruebas a las provincias de Burgos y Álava (por cierto, en un crudo invierno, de grandes nevadas) por lo cual era lamentable, realizar la tareas propias de reparación de líneas en tales condiciones A continuación me destinaron a Guipúzcoa, desde donde pedí la baja temporal para incorporarme al Servicio Militar en la Academia General Militar de Zaragoza.

En la citada Academia, como soldado, tras el periodo de instrucción pasé a la Centralita de Teléfonos, mas al mes, más o menos, me destinaron forzoso (esto a la fuerza) al Parque Móvil de la Academia y al examinarme como conductor (función que ya conocía perfectamente) me nombraron Cabo del Parque de Vehículos. Como Cabo del Parque presté mis servicios tanto en la Academia como en campamentos, de los Pirineos y en los de Ezcaray (Logroño). Este trabajo de talleres y servicio de vehículos quizás me sirviera para en el futuro ser jefe de vehículos en la telefónica. Una vez licenciado volví al pueblo, mas viendo que las cosas estaban igual, reingresé en Telefónica, aproximadamente en la primavera del año mil novecientos cincuenta y cinco.

De nuevo en Telefónica pasé a Brigadas de Celadores de Líneas, con residencia en Bilbao, trabajando de sol a sol, con un sueldo escaso para vivir, salvo cuando estábamos fuera de residencia que cobrábamos dietas. Realicé trabajos en Vitoria, Burgos, Palencia y Navarra, hasta ser empleado fijo en la empresa con destino en Bilbao. Estos trabajos, sobre todo en invierno, eran penosos; y peores con grandes nevadas, ya que había que reparar las líneas en las peores condiciones con temporales que en Castilla eran muy duros.

Después de las correspondientes pruebas en los distintos trabajos, el 11 de noviembre de 1955 se me concede el nombramiento de peón de redes, con destino en Bilbao. Como peón de redes ya con carácter fijo en la empresa, y con 7.500 ptas. de sueldo anual, pasé a Brigadas de Líneas y Redes, trabajando en Burgos (provincia) en Logroño, Navarra y Guipúzcoa etc. A continuación me incorporaron a un grupo de instalaciones como instalador de teléfonos en domicilios y empresas, trabajando en Logroño, Zaragoza y Barcelona.

Todo lo anterior descrito con carácter provisional. En el año 1957, me presenté a una convocatoria para el ascenso a celador de 2ª, aprobando la misma con sueldo de 25.991'05 Ptas. anuales con efecto al 1 de abril de 1958. A continuación presto mis servicios en Bilbao, Las Arenas y Portugalete, y con comisión de servicio en Zaragoza volviendo de nuevo a Bilbao.

En octubre de 1958 contraje matrimonio, pasando a vivir en la C/ Novia Salcedo en Bilbao, trabajando en Las Arenas y Portugalete.

El trabajo anterior duró poco. De nuevo me envían en comisión de servicio a Logroño, donde me trasladé con mi esposa, la cual, y debido a los traslados constantes, se marchó a Soria, a su pueblo natal, Alcubilla de las Peñas, donde dio a luz a nuestra primera hija, a la que por motivos de trabajo, no puede ver hasta el día de su bautizo (en aquellos años el trabajo era lo primero) trasladándonos a Bilbao a continuación en Septiembre de 1959. A principios de 1959 compramos piso en Bilbao, donde residimos cierto tiempo.

Deseando ser conductor hago la solicitud, y paso a desempeñar este cometido en el año 1961, tras hacer un curso en Madrid y aprobar con el nº 1. A continuación paso a ser conductor de camiones con destino en Logroño, y prestando servicios en Bilbao. En los años 1962-63, soy trasladado a Logroño como conductor de un vehículo, para reparaciones de líneas de larga distancia, con vehículo todo terreno. Como conductor, he estado en posesión del carnet de conducir de todas las categorías a la edad de 23 años hasta los 72 años de edad, que renuncie a él, debido a que no lo consideraba necesario en la actualidad.

Con la antigüedad exigida para convocar a la categoría de capataces de Podas, me presento a concurso aprobando con el nº 2 de la promoción en octubre de 1963, y destinado a Barcelona número de Brigada 6321, Grupo de Empalmadores de Barcelona, yo con residencia Logroño.

Después de cierto tiempo, por motivos familiares, solicito traslado a Madrid (por encontrarnos enfermos tanto una de mis hijas como yo) por el tema que cito, donde soy trasladado por el Art. -141- en octubre de 1996- a construcciones.

A continuación, a fin de superarme y conocer los trabajos a fondo de mi categoría, solicito pasar a Conservación Madrid, concediéndomelo en diciem-

bre de 1966, siendo capataz de 1ª, y paso a prestar mis servicios en el departamento de ingeniería, realizando proyectos de presupuestos de líneas y redes.

A continuación, me destinan a la Dirección como Instructor en la Escuela Técnica de Telefónica, en la Escuela de preparación de personal de celadores, empalmador y capataces, en aquellos momentos en Madrid. Con los requisitos necesarios me presento a la convocatoria de encargados de brigadas aprobando con el nº 4 del curso impartido de julio a diciembre de 1969.

Terminado el curso citado soy destinado a petición propia a Madrid, como encargado de brigadas de 3º a redes conservación. En septiembre de 1970, se me designa con cargo de encargado de zona de 2ª. En febrero de 1972, se me concede el cargo de encargado de zona de 1ª.–

Durante el año 1972 al 1973 curso los estudios reconocidos por el Ministerio de Trabajo (Dirección de Promoción Social) de Mandos Intermedios Administrativos de los cuales poseo certificación.

En el mes de marzo de 1973, se me designa para el cargo de encargado de Agrupación de 2ª en la misma agrupación que presto servicio, y transcurrido el periodo de seis meses satisfactoriamente, se me eleva al cargo de Agrupación Norte de Madrid capital.

El día 8 de mayo de 1978 se me designa para ocupar el cargo de encargado del Negociado de Transportes y Vehículos de la Delegación de Madrid.

El día 24 de julio de 1984 se me designa para el cargo de Negociado de Conservación y Control de Vehículos en la Sección Edificios Transportes y Talleres de la Zona Telefónica de Madrid.

El día 21 de abril de 1986 soy designado para el cargo de Encargado de Negociado de Control e Información en la Sección de Vehículos de la Zona Telefónica de Madrid. Continúo con el cargo similar hasta mi jubilación, que por diversos cambios no puedo llevar a cabo por asuntos que trataré más adelante.

Solicito la jubilación a los sesenta años, mas antes de entregarla para su tramitación por ciertos cambios estatales, resulta que pasamos los empleados de jubilarnos por la empresa a jubilarnos por el Estado, o sea por la Seguridad Social. Yo me jubilaba en enero de 1992, y en el mes de diciembre de 1991, nos pasan los últimos días, más o menos el 28 a la Seguridad Social. Este cambio nos suponía unas pérdidas o disminución de ingresos al jubilarnos bastante elevadas. El mismo día 28 de diciembre de 1991, al entrar a trabajar, me dio un arritmia, que ya la tendré de por vida. Por lo que antes de jubilarme con pérdidas bastante fuertes, decido continuar trabajando, mas mi puesto de trabajo ya había sido ocupado por otros empleados, por lo cual a mí se me deja como encargado Negociado Inspector. Para recuperar algo, me reenganché tres años, o sea hasta enero de año 1995.

Desde esos momentos paso a tomar una serie de medicamentos, Digoxina y Sintrón y a los dos o tres años Urolosín para la próstata. Las causas<sup>1</sup>, yo no soy quien para decir cuáles fueron, mas yo soy el que las está sufriendo, además de pasarme la Noche Vieja del año 1991 en el Hospital de La Paz de Madrid.

A continuación les comentaré con brevedad a qué me dedico para calmar los nervios.

Hoja nº 37

**RESUMEN DE ESTANCIAS DURANTE EL AÑO 1962, con días en cada lugar.**

Mes	Ciudad o Pueblo	Días de estancia	Nº de días	Nº de días	Notas
Enero	Bilbao	1 al 24	24	24	En mi país
"	Segorbe	25-31	7	11	En mi país
"	"	1-4	4		
Febrero	Madrid	5-13	14	14	En mi país
"	Segorbe	14-21	10		
Marzo	"	1-31	31	56	En mi país
Abril	"	1-15	15		
"	Segorbe	16-30	15	35	En mi país
Mayo	Segorbe	1-20	20		
"	Segorbe	21-31	11	21	En mi país
Junio	"	1-10	10		
"	Segorbe	11-20	10	14	En mi país
"	Segorbe	21-30	10	33	En mi país
Julio	"	1-19	19		
"	Segorbe	20-31	12	47	En mi país
Agosto	"	1-31	31		
Septiembre	"	1-4	4		
"	Segorbe	5-20	16	61	En mi país
"	"	1-15	15		
"	Pamplona	16-31	16		
Octubre	"	1-11	11	31	En mi país
"	"	12-11-25	4		
"	Madrid	12-15	4	4	En mi país
"	Madrid	16-24-25-30	11	11	En mi país
Noviembre	Pamplona	1-5-17-3	6	6	En mi país
"	Madrid	18-1-2-10-10-10	10	10	En mi país
"	Madrid	11-21-21-31	15	15	En mi país

Durante este año 1962 estubo en diez y siete lugares de ferias, (visitando al matrimonio con dos hijos. (En mi país viviendo, ac esc en vivir) etc)

Quizás esta fue la época mas movida o similar.

Esto sí que es emigrar

<sup>1</sup> Evidentemente el autor se refiere a las causas de su arritmia. (N.E.).

A recordar los pueblos en los que he vivido: considerando de cinco a diez días –y semanas o meses–.

En la hoja nº 1, titulada “Año 1962: Esto sí que es emigrar”. Han sido 17 pueblos o ciudades distintas de las provincias de Vizcaya, Logroño, Navarra, Burgos. Promedio: serán, más o menos, cuatro pueblos por provincia y año. Estuvimos unos tres años con este trabajo, por lo cual podríamos considerar que sería más o menos unos 17 por año, y por 3 serían unos 51 pueblos o ciudades los que instalamos teléfonos para el servicio público. Es decir, estuvimos en 51 pueblos en unos tres años. Además de las cuatro provincias citadas, trabajamos en Álava, Guipúzcoa y Palencia. A su vez, trabajábamos en líneas interurbanas y del sistema “J”, por lo que quedarían pocos pueblos por conocer en esos años que he citado.

En la Ciudad de Medinaceli, llamada la ciudad del cielo:

En la Ciudad de Medinaceli hoy se empieza a celebrar,  
el séptimo centenario que se escribió el Cantar  
Llamado del *Mío Cid* y escrito por un Juglar.

No es que te haga falta un nuevo acontecimiento  
Pues tú, por sí sola, eres toda una monumento  
y ya eres grandiosa y bella en cualquier otro momento.

Te vemos la más hermosa desde la carretera general  
al llegar al arco romano te consideramos especial  
y al visitar tu plaza la calificación es excepcional

Tienes un arco romano único en España entera,  
que todo viajero verá al pasar por la carretera  
y mucho no tardará, en ver la Ciudad entera.



*Relación de Cargos y Puestos de trabajo  
realizados en Compañía Telefónica  
Nacional de España*

<i>Fecha del Nombramiento</i>	<i>Categoría o Cargo</i>	<i>Residencia</i>	<i>Trabajo</i>
28-11-53	Ingresó Pón. Poles	Bilbao	Bilbao Poles
11-11-55	Integrono Pón. Poles	"	" "
5-8-58	Colador de 32	"	Eliz. Cantón
28-10-63	Suplente de 39	Logroño	Barcelona
14-07-64	Suplente de 32	Madrid	Madrid
11-11-66	Suplente de 13	Madrid	Comunicaciones
12-6-67	Suplente de 10	Madrid	Comunicaciones
29-12-69	Cuencado Bto 30	"	"
07-12-77	" " 32	"	"
07-12-85	" " 43	"	"
18-9-70	Encargado Zona Red 22	"	"
19-12-86	Administrativo Poles	"	"
22-5-72	Enc. Zona Red 19	"	"
2-3-73	Encarg. Agrup. Red	"	"
2-11-78	Encarg. Reg. Carga	"	Vehículos
6-7-84	Enc. Reg. C. C. Poles	"	"
21-11-86	Enc. Reg. C. C. Poles	"	"
21-4-87	Enc. Reg. Poles	"	"

*Además de estos (18) Categorías y Cargos Trabajé  
con la Compañía Telefónica como Instructor (varios cursos)  
En Ingeniería Técnica en empresas Propietarias*

Recuerdo que, en mi juventud, un buen día de invierno, fui a comprar huevos a un pequeño pueblo llamado Lodares del Monte. Mi transporte era una bicicleta, y al volver a mi residencia a unos 15 km, se puso a nevar, cosa normal en esa zona de Soria. El camino era de tierra, y mi bici patinaba, sufriendo varias caídas, sin consecuencias para mí, pero en la cuesta se iban rompiendo los huevos. Ante la fuerte nevada, paré en otro pueblo llamado Cobertelada, y una señora muy amable me hizo una tortilla con los huevos rotos, con lo que recupere fuerzas para continuar el viaje de vuelta. Fue un día para no olvidar, volviendo a mi casa sin huevos y sin dinero, realizando el negocio más ruin y lamentable. En fin, cosas de la vida.

Otro suceso de mi juventud: Un caluroso día de verano, en el que me dedicaba al transporte en carro, con reata de dos a tres caballerías, se presentó, sin esperarla, una gran tormenta, la cual me sucedió encima de un puente sobre el río que corre junto a la estación de ferrocarril del paraje la Dehesa de Almazán (Soria). Fue tanta el agua que cayó, que pasaba sobre la carretera, las mulas asustadas, a mí solo me faltaba llorar, al estar solo en tal situación. En fin, con suerte se paró el chaparrón, y pude continuar el viaje. Al ocurrirme episodios como los comentados, sólo pensaba en buscar otra forma de buscarme la vida, ya que la que comento era muy dura y trágica. Como estos episodios pasé bastantes más, serían muchos para contar.

Ahora el suceso fue en un camión: Si mal no recuerdo era el año 1952, más o menos, no obstante no es el caso, sino lo ocurrido. Con frecuencia, desde mi pueblo, de la provincia de Soria, íbamos a por vino a Aragón, a la provincia de Zaragoza. Con la camioneta Ford transportábamos el vino desde Ateca o Calatayud a mi pueblo, y subiendo el puerto Alentis se empezó a calentar con exceso el agua del radiador. Al no disponer de agua le echamos vino, y al calentarse nos produjo gran dolor de cabeza (quizás pudo ser una borrachera), por lo que tuvimos que parar e ir al pueblo más próximo a por agua.

En fin, que el negocio no marchaba y lo único que quedaba era emigrar, siendo la causa para pensar irse del pueblo. El trabajo era ruinoso.

Respecto al comercio en Castilla, en mis años de juventud, ocurría lo siguiente: Lo más normal en el comercio era vender al fiado, o sea, que se cobraba el género que vendías al hacer la recolección de los cereales, trigo, avena, cebada, etc., en el verano. Si venía el año con buena cosecha, se cobraban las deudas existentes (si no se casaba algún hijo o cosa similar), pero si era escasa la cosecha la cosa era diferente, y al no cobrarte tenías que endeudar, y los intereses te hundían el negocio. Pensándolo bien, no era un negocio, era una ruina, por lo tanto lo mejor era emigrar o cambiar de vida.

Éstas y otras cosas similares hicieron que un servidor se marchara del pueblo a buscar otro medio de vida, antes de pasar por más fracasos.

Hoy día ha cambiado mucho la vida en la zona: ha tocado el gordo de la lotería de Navidad en el año 2006, en varios de los pueblos citados.

En la provincia de Soria, en los años 1945 al 1948, más o menos, existía el racionamiento de los artículos de primera necesidad:

UNA VEZ

*Comentarios sobre otros negocios,  
mas que ruinas:*

*En la provincia de Loria en los años 1946,  
al 1948 mas o menos, existía el racionamiento  
de los artículos de primera necesidad:*

*PROVINCIA CASTILLA DEL MADRID*

COMISARIA GENERAL DE		TARJETA DE RACIONAMIENTO	
ALIMENTACIÓN Y VESTIMENTA		NOMBRE DEL TITULAR	
Alfabeto	SEXO	Profesión	
TRP.	Edad	Categoría	
Nombre del titular		Domicilio	
Categoría de racionamiento		Número de ración	
Número de ración		Número de ración	
Tillemas Seta No.		Número 147000	
Soria		AS COMA	
Soria		Soria	

*Uno de los artículos racionados era el aceite.  
Pues bien, en invierno con el frío castellano se  
obra el aceite, y aun calentándolo para servir  
a los racionados, normalmente te quedabas sin  
lo que correspondía a tu familia, obra de las  
ruinas al tener un comercio de esa época.*

*Por lo tanto los vecinos del pueblo hacían  
los alimentos y nosotros a comer sardinas asadas*

Fotocopia cartilla del racionamiento.

Uno de los artículos racionados era el aceite. Pues bien, en invierno, con el frío castellano, se helaba el aceite, y aún calentándolo para servir a los racionados, normalmente lo quedabas sin lo que correspondía a tu familia, otra de las ruinas al tener un comercio de esa época.

Por lo tanto, los vecinos del pueblo hacían los alimentos y nosotros a comer sardinas asadas.

Además de la labor en campo, me dediqué durante mi juventud, de los doce a los veinte años, al comercio y el transporte, con carro y con camión matrícula 50-543 (sic)<sup>2</sup> marca Ford, pasando las noches en Villasayas, y los

<sup>2</sup> Evidentemente la matrícula es SO, es decir, de Soria. (N.E.).

días mayormente, en Almazán, y por las provincias de Soria, Guadalajara, Logroño y en Zaragoza. Nunca olvidaré el interés que tenía ya a esa edad por conocer todo lo monumental de las provincias citadas. Mi trabajo era tanto con carro o con camión el transporte de cereales, el vino, las frutas, hortalizas, o cualquier trabajo que salía. Debido a que estos negocios no me inspiraban seguridad, en mi mente empezó a surgir la emigración, como ya he comentado.

En párrafos anteriores he dicho que trabajé en Telefónica y en diversas provincias, lo que me permitió conocer, siendo conductor de todo tipo de vehículos, cantidad de monumentos históricos por las provincias Vascongadas, Logroño, Navarra, Castilla y León, Santander, Zaragoza, etc. y, por último, Madrid. Generalmente, las vacaciones durante mi etapa laboral las dediqué a visitar y contemplar por toda España y parte de Europa, y algo de África, el patrimonio monumental principalmente castillos, catedrales, iglesias, monasterios y cualquier otro edificio histórico.

Llegada la jubilación, a los sesenta y tres años, cursé los estudios necesarios para diplomarme en Derecho Tributario y Asesoría Fiscal, aprobando el examen con la calificación de Sobresaliente.

A la vez de estudiar, empecé con gran ilusión y empeño a construir maquetas generalmente de Soria y provincia. Al principio fue muy duro y difícil sin ningún apoyo, al comienzo de esta afición, pues los centros oficiales, etc., no creían en mi persona, quizás por la edad. Poco a poco, en tesón y gran sacrificio, y el ánimo de mi esposa (también soriana), realizamos obras de gran interés, tanto artístico como cultural, como ejemplo el monasterio de Santa M.<sup>a</sup> de Huerta, el castillo de Gormaz, etc, cuadros pirograbados, tallas, óleo y, en marquetería, relojes, lámparas, etc.

En estos momentos, con setenta y cinco años, el próximo mes de enero<sup>3</sup>, me decido hacer lo que se presente de cosas relacionadas con el arte que trabajo normalmente.

Y para terminar, creo que ésta es la mejor medicina aunque por prescripción médica tome Sintrón, Digoxina, y otros medicamentos.

Recuerdos de mis viajes a Soria. Y de la *Exposición* de mi Museo en Almazán.

<sup>3</sup> El relato está escrito en 2006, se refiere a enero de 2007. (N.E.).

## NUNCA OLVIDARÉ AL SR. LAS ERAS Y AL SR. MUÑOZ

¡Ay mi Soria querida, cuando me haces sufrir diez años tocando picaportes y ninguna puerta quiere abrir.	Qué difícil es soportable, que en olvido me tienes y no expongas mis trabajos, yo creo no me entiendes.
Yo nunca hubiese pensado que Soria fuese así, a pesar de haberme marchado por tí gran admiración sentí.	Yo me pregunto a veces, qué error he cometido, que por más ruegos que hago tú me tienes en el olvido.
No pasa noche ni día que no estés en mí memoria, ya llevo trece años reconstruyendo tu historia.	Gracias Sr. Muñoz por creer en mi persona, y el público al ver mi trabajo diga “es ARTE e HISTORIA”.

Gracias al gran público, “mis paisanos”, que visitaron día a día la exposición, y dicen, en general, “es arte e historia”. (Gracias, levantáis mi ánimo).

## DÍA A DÍA RECUERDO EL PUEBLO DONDE NACÍ

Yo a mi pueblo quiero volver, y a sus vecinos agradecer que siempre que voy me reciben con placer.	Muchos días al levantarme los planos de mi pueblo contemplas, y paso el resto del día con alegría y contento.
A los hijos de mi pueblo yo jamás olvidaré, para mí son mis hermanos al en el mismo lugar nacer.	Yo en mi pueblo he soñado mi segunda vivienda tener, mas por causas que no cito nunca a podrido ser
No hay noche ni día que a mí pueblo no recuerde, siempre con gran cariño y pensando engrandecerle.	Yo, años llevo pensando en mi pueblo acabar mi vida, más por mucho que lo deseo veo es soñar día a día.
Qué pena siento siempre, la ruina que se avecina, y que poco a poco mi pueblo se convierta en una ruina.	En la casa de mis padres una residencia quise hacer, para disfrute de mayores mas mis deseos no pudieron ser.

El lugar de nacimiento no se olvida.

Tema a exponer en Soria: Fecha 20 de julio, 2006.

Hoy acabo de llamar a la Diputación de Soria, y como siempre, revivo hechos para la Historia.	Yo a Soria pienso volver y contemplar sus monumentos, sus caminos recorrer y vivir dulces momentos.
Dicen que no tienen dinero, cosa que no pido, como nunca lo recibo el dinero está en el olvido.	Qué bella es la Plaza de Morón de Almazán, la Iglesia de Villasayas y el Palacio Velamazán.
Sólo quiero que Soria contemple lo que he hecho, recordando mis raíces y echando mucho pecho.	Al visitar Almazán toda ella son bellezas, sus Iglesias y Torreones sus murallas y su puertas.

Los cuatro puntos cardinales de Soria de recorrido y solamente Almazán me recibió con cariño	Y si puedes visitar la Iglesia de San Baudelio, piensa que sus pinturas en el Pardo están exponiendo.
De norte a sur, De este a oeste, Soria te sorprenderá	Madrid, 2006

### Soria

Pobres de los Sorianos que en busca del pan marchamos y que poco a poco el pueblo nos ha ido desterrando.	Llevo años ofreciendo en Soria, poder exponer, y ningún centro público me quiso responder.
Yo nunca pude pensar a mi pueblo no volver mas lo veo tan difícil que creo que no podrá ser.	Este año en Villasayas mi lugar de nacimiento, he expuesto mi Museo y a Madrid volví contento.
Hijos de Villasayas y de la provincia Soria os llevo en el corazón y también en la memoria.	En Soria, en la amistad una maqueta pedían, para poder exponer en su exposición unos días.
Yo mucha veces pienso que culpa pude tener por marcharme del pueblo allí, no tenía que hacer.	Mas al pasar los años se va perdiendo memoria, el cuerpo se va encogiendo y se va acabando la historia.
Llevo doce años trabajando, haciendo monumentos sorianos, ofrezco hacer exposiciones y sólo Almazán ha escuchado.	Que pena llegar a viejos sin conseguir tus deseos y que nadie te reconozca ni para darte consejos.

Madrid-Diciembre-2006

### ACONTECIMIENTOS POR CAUSAS DE MIS CONTINUOS TRASLADOS DE RESIDENCIA

Al contraer matrimonio en noviembre de 1958, compramos un piso en Bilbao, en la C/ General Andechaga Bloque 3º. 1º A, y a los pocos días, me mandan a Logroño en comisión de servicio, por lo cual se quedó, hasta que volvió mi esposa con nuestra primera hija, el piso vacío.

Al promocionar en mi puesto de trabajo y aprobar como conductor, me destinan fijo a Logroño, ya nacida mi segunda hija en el año 1961, mes de julio. Alquilamos un piso de Logroño, y el mismo día que trasladábamos los muebles de Bilbao a Logroño me cita la Compañía Telefónica para hacer el curso de capataz en Madrid, teniendo que dejar esposa e hijas con los líos del traslado. Mi esposa, con dos hijas de 6 y 18 meses, tiene que hacer el traslado de muebles de Logroño a nuestra Soria natal.

Hago el curso de capataz en Madrid. A los cinco o seis meses me destinan a Barcelona, por lo cual, todos para Barcelona. Una vez que la familia está en Soria, y yo en Madrid, acabo el curso, dándome el cargo de capataz, con destino a Barcelona, donde alquilamos un piso. Cada cargo, para consolidarlo había que estar un periodo de pruebas, y terminadas las mismas me conceden plaza en Barcelona a base de créditos, etc., sin vender en Bilbao, mas al no poder volver, vendemos en Bilbao para pagar el de Barcelona.

Teniendo problemas mi hija menor por la humedad del mar, pedimos traslado para Madrid, ya que a mí personalmente no me iba bien la baja presión y tenía asma. En el año 1965-1966, nos concede la empresa destino en Madrid, donde nos trasladamos. Al marcharnos de Barcelona vendemos un local que habíamos comprado con el piso, y con el dinero compramos en Madrid nuestra actual vivienda, vendiendo el piso de Barcelona a los tres o cuatro años.

Ya en Madrid hemos tenido una vida muy movida, la cual comentaré a continuación, pues para salir adelante hubo que dedicarse a varias cosas para ayudar al sueldo.

Al principio de vivir en Madrid se me producía asma al montar en el metro, por lo cual me compre un coche Seat de subasta en el Parque Móvil de la Guardia Civil “Seat 1400”, el cual no andaba prácticamente. A fin de poderlo utilizar, le coloqué un motor de gasoil nuevo y dio un buen resultado, siendo además económico.

A partir de ese momento, los domingos me iba a Soria y a Guadalajara, donde compraba huevos en las granjas de gallinas, y después durante las semanas los vendía en Madrid por las calles, normalmente por las tardes, que no solía trabajar en la empresa. Al principio todo marchaba bien, pero enseguida me vigilaban los policías municipales, y ya la cosa no funcionaba como en un principio. A continuación los solía vender en hueverías, aunque el margen comercial era menor. No obstante continué cierto tiempo con el tema, alternando el sistema y llevando el género a distintos comercios.

A continuación me enrolé con suministro de cosméticos por medio de vendedoras a mi cargo, y este negocio fracasó rápidamente, ya que era difícil tener personal adecuado<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> El texto termina en este punto, seguros estamos que el autor, desearía cerrarlo de algún modo (N.E.).





**RELATO DE  
FRANCIA**



# A tres días de tren

Estrella Alonso del Barrio

El paisaje discurría lento, en el horizonte, a través de las ventanillas. Era fácil contemplar durante un periodo relativamente largo las centrales eléctricas que surgían a intervalos, como nacidas de la tierra y sorprendentemente nítidas, en una maraña de trazos horizontales tanto más informes, gruesos y rápidos cuanto más de cerca se los miraba.

El traqueteo del tren acunaba la conversación de varios niños agrupados en el pasillo, fuera de los compartimentos, que apoyaban su nariz contra los cristales. Algunos pasajeros más, con barbas de tres días y sudor en los sobacos, estiraban las piernas, iban al servicio tambaleándose o fumaban tabaco negro mientras descansaban de sus compañeros de viaje, que dormitaban tras la puerta de aquellos habitáculos de tercera capaces de convertirse, en unos segundos, en habitaciones de seis camas para ocho desconocidos.

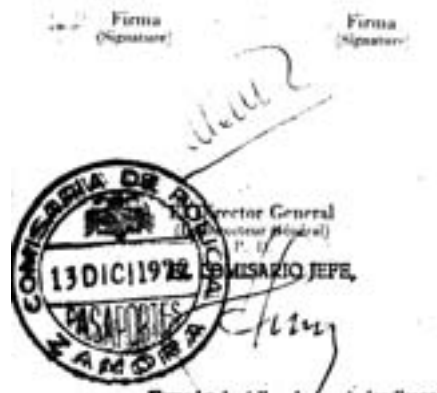
Jugaban a ser importantes los niños. Lo hacían tan en serio que ellos mismos parecían creer sus fantasías. Quizá el asunto surgiera de alguno cuyo padre hubiera trabajado realmente como peón, sin duda, en la construcción de alguna de aquellas instalaciones:

–“Ésa la hizo mi padre”.

–“El mío también”.

–“No, porque tu padre no conoce al mío, y si la hubiera hecho con él lo sabríamos.

Además, la hizo él solo”.



–“Pues mi padre también ha hecho una, mira, esa de ahí”.

–“Sí, hombre, sí. Eres una mentirosa, porque esa la hizo mi padre”.

–“Pues el mío hizo la primera que vimos, que era la más grande. Lo que pasa es que no dije nada...”.

Y todos ellos contemplaban extasiados la maraña de cables, luces y estructuras de hierro que podía verse cada pocos kilómetros, en algún lugar entre Francia y España. Algo de apariencia tan maravillosamente complicada tenía que ser, necesariamente, difícil de construir. De repente, alguien soltaba:

–“Pues mi tío es policía”.

Y dejaba a los demás con la boca abierta, pensando rápidamente alguna profesión o cargo más importante que ése tan importante para taponarle la boca al presumido sobrino del tío policía. Por supuesto, siempre ganaba la contienda aquel que más oficios o carreras de buen sonar conociese, porque a imaginativos y a faroleros allá se andaban.

–“¿En qué piensas?”, –preguntó de repente mi madre en ese tono suyo, entre curioso y divertido, de cuando me sorprende sonriendo y a mil años luz de donde está mi cuerpo.

–“Estaba jugando a las centrales eléctricas”.

En ese mismo instante caí en la cuenta de que uno de los enanos protagonistas de la historia era yo. Me llamó la atención que estuviera contemplando la escena como si del fragmento de una vieja película de Súper 8 se tratase. Como si visualizara en aquel momento algo que sucedió hace ya tres décadas, probablemente en el último viaje en tren que hicimos desde Francia, en la primavera de 1975. Aquel invierno había cumplido cuatro años en Oyonnax, casi al lado de Suiza, y ni siquiera recuerdo si en el camino de vuelta mi nombre era Estrellita, como me llamaban mis padres, familiares y amigos españoles, o *Estela*, como me decían mis profesores y compañeros de las guarderías. Lo



Certificado de nacionalidad.

que sí tengo claro es que ningún progenitor de los niños que íbamos en aquel vagón era ingeniero.

Los míos trabajaban en fábricas. Al menos por ese entonces, después de un largo periplo, desde mucho antes de que yo naciera, que les habían llevado a tocar todos los palos de la baraja menos las copas<sup>1</sup>. No había ni tiempo ni ganas de demasiadas diversiones cuando el objetivo principal era llegar, ganar algún dinero y volver. Como el de casi todos los emigrantes. Además, jornadas de 16 horas no dejaban espacio para mucho.

–“¿Cómo es que yo fui varias veces a Francia, mamá? ¿Por qué íbamos y veníamos?” –inquirí mientras le daba un sorbo al café que las dos nos estábamos tomando en la cocina.

–“Principalmente, porque nosotros nos poníamos a morir, así que veníamos a España hasta que nos mejorábamos un poco, y luego volvíamos para trabajar”.

La primera vez que tuve noticias –al menos conscientemente– de la mala salud de mis padres debió de ser no mucho después de aquel viaje, en el otoño siguiente. Desde Francia, y tras pasar el verano en Litos, nos fuimos a Olmillos de Castro durante el invierno. Cuando no emigrábamos a Francia, lo hacíamos a alguna aldea de al lado. En la última cumplí cinco años. Alguien del pueblo le preguntó a mi padre que si no hacíamos matanza. La respuesta fue que estaban enfermos del hígado y que guardaban un régimen. Nada de cerdo o de comidas con grasa. La verdura era la base de la dieta en casa y, aún hoy, me cuesta un triunfo ingerirla. A menudo papá me timaba miserablemente y me decía, completamente serio y asintiendo con la cabeza, que las berzas eran buenísimas para la voz. “Lo mejorcito, hijo”, aseguraba (siempre se ha dirigido a mí en masculino. Misterios de la vida). Como me pasaba el día cantando, me las comía sin rechistar a ver si la cosa iba a mejor. Papá no podía engañarme, ¿no?

Enfermar por exceso de trabajo. Con el tiempo supe que eso era lo que les había ocurrido. Horas y más horas, de sol a sol, con un bocadillo, un filete rápido o un cacho de pan con tocino. Sus cuerpos, fuertes y acostumbrados a duras labores desde bien pequeños, aguantaron el envite hasta que su hígado, el de ambos, dijo basta. Para entonces, habían hecho acopio de unos ahorros que se fueron bastante más rápido de lo que llegaron, tras un largo peregrinaje de consulta en consulta y de farmacia en farmacia. Cada semana, en España, sin Seguridad Social de por medio.

“Habíamos traído dinero como para comprarnos dos pisos en Madrid pagados al contado. Y compramos uno. Pero luego también acabamos ven-

<sup>1</sup> La autora hace un juego de palabras aludiendo a la baraja española (N.E.).

diéndolo”. Le habré oído esa frase mil veces a mi padre y no logro explicarme por qué no se curaban allí, en Francia, un lugar en el que no te dejaban entrar si no estabas bien de salud, porque su Seguridad Social sólo te cubría cuando llevabas un mes trabajando y, por lo tanto, cotizando. Precisamente por ese control de entrada y de la legalidad de sus inmigrantes, luego era posible disfrutar de las debidas prestaciones sanitarias. De hecho, hoy en día cobran de jubilación la parte correspondiente a lo que aportaron entonces. Lo único que puedo imaginarme es que sería el equivalente a vivir ahora mismo en España con un sueldo de obrero y la mitad del tiempo de baja.

–“¿Por qué no os curabais allí, mamá?”.

–“En Francia no podíamos estar sin trabajar. Aquí nos iba mejor para la salud y, además, haciendo droga los inviernos mis hermanos ganaban por estos pueblos y en Extremadura más que nosotros allí, así que veníamos para acá, la hacíamos, nos mejorábamos un poco y volvíamos”.

Justo un año antes de llegar a Olmillos con el utillaje imprescindible para pasar el invierno (la cama plegable, mi cuna, puede que una pequeña mesa y unos taburetes, la cacharrería y el ajuar indispensables), habíamos desembarcado de forma muy parecida en Oyonnax. En esas ocasiones no nos desplazábamos con la DKW amarilla de Gregorio, que era el vecino de Litos que siempre nos llevaba los trastos a los pueblos a los que íbamos, sino que, tras bajar del tren cargados de maletas se imponía la tarea de buscar dónde dormir, y luego, dónde vivir. Los emigrantes habían puesto en marcha un efectivo y útil sistema de intermediación. Consistía en que, cuando uno abandonaba una vivienda (y la movilidad debía de ser muy frecuente), le proporcionaba a su casero el siguiente inquilino. A cambio, y en pago por las mejoras que hubiese realizado en el lugar durante su estancia en él, al nuevo arrendatario le cobraba una cantidad que éste pagaba gustoso, puesto que sólo tenía que entrar a vivir. El dueño del inmueble, que no se llevaba nada, solía acompañar al improvisado agente en la operación, y acreditaba con su presencia que esas mejoras se habían realizado.

Las casas que encontraban los emigrantes no consistían, precisamente, en suites nupciales de hoteles de lujo. Más bien al contrario, al poco de llegar eran capaces de convertir cualquier chamizo en un hogar, por lo que el dueño, en lugar de enfrentarse a los gastos de mantenimiento que en buena lógica genera el alquiler de una casa, obtenía una propiedad un poco mejorada tras el paso del español, el portugués, el marroquí... Las autoridades fomentaban este comportamiento, sobre todo en las casas en las que había niños, con inspecciones de su departamento de Sanidad a las viviendas. Velaban así por la salud de los más pequeños y, ante todo, de las arcas públicas, ya que evitar enfermedades contribuía también a aliviar las consultas de sus centros médicos.

Nosotros dimos con aquélla cerca de la iglesia, frente a su costado izquierdo, tras cruzar la calle. Atravesábamos un pasillo oscuro, casi un túnel, hasta llegar a un patio cerrado, bastante amplio y con un techo de cuerdas de tender la ropa. Irene, una niña portuguesa (un auténtico nervio saltarín) que también vivía allí, solía jugar a alcanzarlas en medio del revuelo de sus vestidos, siempre de colorines y con varias capas, aunque no eran muy largos. “Es meo”, decían en broma, sobre algún objeto que me perteneciera, nuestros vecinos portugueses. Es curioso, pero yo sabía perfectamente que no iban en serio, que sólo se trataba de pasar un rato divertido con alguna chanza. Me pregunto en qué idioma hablaríamos Irene y yo, porque, entendernos, nos entendíamos perfectamente.

En torno a aquel cuadrilátero se abrían las puertas de varias casas. La nuestra estaba de frente, según se entraba, por lo que había que atravesar todo el espacio. La puerta daba directamente a una estancia en la que hacíamos vida. Una cocina de gas y un fregadero, a la izquierda, más una mesa y varios *tantanes* blancos pegados a la pared del fondo constituían prácticamente todo el mobiliario. Los tantanes de tía Maximina eran de colores, tapizados de flores en uno de los extremos, y se los trajo a España cuando regresó. Hacían un curioso contraste en la entrada de su casa del pueblo, de las de adobe de toda la vida, como la nuestra (y seguirán haciéndolo, porque creo que continúan en el mismo lugar).

Los nuestros quedaron allí. Hace poco tiempo, unos tres años, vi este tipo de asientos en una moderna tienda en Barcelona. Mi santo esposo no me dejó comprar un par de ellos, pero no descarto hacerlo en cuanto me los tropiece de nuevo. ¿Se llamarían realmente *tantanes* (o algo parecido) en francés? La original banqueta consiste en dos conos unidos por su parte más estrecha. Una de las más anchas se apoya en el suelo y la otra sirve de asiento. Además, son desmontables, por lo que si se escogían de varios colores se podía luego jugar a combinarlos. ¿Teníamos, además, sillas? Supongo que sí, pero sólo doy fe de mi hamaca, como las de ir a la playa, pero en pequeñín.

—“¿Recuerdas aquella vez que pensabas que no volvía?”, —me pregunta a veces mamá.

—“No”, —respondo, sabiendo que va a contármelo una vez más. Siempre se acuerda de lo triste.

—“Tenía que ir a la panadería, o a la carnicería, no sé, a comprar algo para comer.

Te acababa de sacar de la guardería y allí os ponían a jugar con arena para que no dierais guerra. Así que te dije: “Mira, hija, si me paro a lavarte y vestirme, me cierran la tienda, así que espérame aquí un poco que vuelvo enseguida”. Y te quedaste sola. Pero había una cola enorme, tardé más de lo que esperaba y cuando volví te encontré sentada en aquella hamaquita. Te habías

tapado con tu toquilla. Ni siquiera llorabas. Cuando te pregunté qué te pasaba, respondiste: “Creí que ya no volvías más”. Casi no te salía la voz.

A ella también se le apaga el final de la frase. Cada vez que me cuenta esa historia acaba con los ojos llenos de lágrimas 30 años después. Y a mí me rompe el corazón, porque me doy cuenta de que de las miles de hieles que pasaron en Francia, lo que recuerda con gran pena son las cosas que tuvieron que ver conmigo. Anécdotas de pequeños contratiempos que para mí se han perdido por completo. “*Avec le temps, va, tout s’en va*”<sup>2</sup>, que dice Leo Ferré.

A la derecha de la cocina se abría una puerta de acceso a la única habitación de la casa. En el reverso de la hoja, en dos o tres de grandes puntas clavadas, mis padres insertaban los recibos, según iban llegando. Era su peculiar archivador. Mi cuna estaba junto a la cama de mis padres, siempre cubierta por una colcha blanquísima. Es curioso, pero mi madre conserva esa costumbre suya de poner en todas las camas colchas que con el buen tiempo, cuando la luz entra a chorros por las ventanas, casi hace daño mirar. Porque a ello hay que unir que también le encantan los visillos blancos, como los que colocó en la casa de Oyonnax, y las paredes blancas. Encalar aquel “apartamento” fue lo primero que hizo cuando llegamos.

–“Las de Sanidad que vinieron a comprobar cómo vivíamos, cuando vieron que todo estaba perfectamente limpio y cuidado, se fueron muy satisfechas”–, me cuenta.

Y eso que no había baño dentro. Estaba fuera y era comunitario, para todos los habitantes de en torno al patio. Tipo agujero en el suelo. Literalmente, un agujero en el suelo. Quizá desde entonces conservo cierta afición por esa clase de sanitarios que, en alguna ocasión, muchos años después, alguien definió como “de a pulso”, refiriéndose a uno de un bar de Los Herreros<sup>3</sup>. Por mi parte, y siempre que tenga que compartir un váter con desconocidos (un garito, un camping, la casa de mis años de emigrante...), prefiero éstos, mucho más higiénicos. Los bichos infecciosos, cuanto más lejos de mi cuerpo, mejor.

Nuestros vecinos portugueses utilizaban una especie de cubos con tapadera para hacer sus necesidades dentro de casa y, más tarde, vaciarlo en el “baño”. Una vez me regalaron uno chiquito, amarillo, que no recuerdo que usara nunca. Se quedó en Francia.

<sup>2</sup> Con el tiempo todo se va (N.E.).

<sup>3</sup> Se refiere a un bar de la calle Los Herreros, calle con muchos bares en Zamora, algunos muy antiguos (N.E.).



También fuera había un cuarto trastero en el que guardábamos, entre otras cosas, mis camiones. Me los dejaban llevar al parque para enredar con la arena, pero no meter en casa. El juguete que más usé en ella, o al menos que más recuerdo, era un pequeño piano de cola naranja de patas desmontables. Se quedó allí. “¿Por qué no sacaste un tren eléctrico de aquella fábrica en la que los hacías, papá?”, le pregunto a veces. “Porque fue mucho antes de que tú nacieras, y por ese entonces no sabíamos si íbamos a tener hijos y, ni mucho menos, si sería un niño o una niña”, me responde siempre. O sea, que la decisión podía depender del sexo. Pero luego sí me compraron camiones. Otro misterio.

Había otro edificio en el fondo del patio. Estaba deshabitado. Creo que nos tenían prohibido que entráramos allí (¿estaría en ruinas?), pero ello no evitó que lo hiciéramos alguna vez. Las esquinas del hueco de la escalera se tornaban más negras a medida que se subían pisos, como si alguien hubiera pintado la realidad con un carboncillo. De detrás de aquel lugar un poco tétrico llegaba, sin embargo, algo muy hermoso: la música de acordeón que se oía en el patio. Había una escuela para aprender a tocarlo, y a mi madre le había faltado tiempo para preguntar a qué edad podía empezar a llevarme. Desde luego, la decisión de regresar a España fue posterior, pero aún así no le dio tiempo a inscribirme. Tal vez con alguna vieja melodía francesa de fondo, y bajo las cuerdas de tender la ropa, aprendí a montar en bicicleta. Tracé infinidad de círculos en aquel patio, primero con dos patines, luego con uno, luego sin nada... La bici, pequeña, azul, con las ruedas de goma blanca maciza y sin piñones (cuando dejabas de pedalear, se paraba), sí que llegó a España. Para entonces tenía el asunto dominado.

Antes de ir a la guardería, mi madre me llevaba a casa de la señora Severina. Era de algún pueblo no demasiado lejos del mío, en el camino hacia la Comarca de Sanabria, o puede que ya en ella. La recuerdo como una persona mayor, pero claro, con cuatro años yo consideraba que lo lógico era casarse a los 20, una edad avanzadísima. No sé cuántos tendría ella. O quizá lo que la hacía mayor eran sus costumbres. ¿Estaría viuda o soltera? No lo sé, pero, desde luego, no tenía un marido.

La señora Severina nos cuidaba a varios niños. Nuestros padres nos llevaban a su casa por la mañana, justo antes de entrar a trabajar. Ella se encargaba de darnos el desayuno y, después, de llevarnos a la guardería, cuando la abrían. Éramos tres o cuatro. Miguel Ángel y Óscar procedían ambos del pueblo de al lado del mío, de Villanueva de las Peras. Al parecer, Óscar era mi novio. El de Francia, porque yo en Litos había dejado a mi Manolo. Para recordar a Manolo, mucho tiempo antes le había puesto su nombre a un muñeco con el que dormí algún tiempo. Pero sólo algún tiempo, puesto que llegué a la conclusión de que me pegaba de noche (era demasiado duro y casi de

mi tamaño, así que mamá me compró una muñeca rosa de peluche, la Chelo, bastante menos agresiva y con mejores pulgas). Unos 12 años después de aquello creo que coincidí con Óscar en el Instituto, en Benavente, en el León Felipe. O eso le dijeron sus padres a los míos. No sé si se matriculó y luego lo dejó, o algo así, porque no le localicé. Lo más curioso es que en aquel centro, y en mi clase, había un chico, Carlos, que había nacido en Oyonnax el 2 de febrero de 1971. Exactamente el mismo día que yo y donde tenía que haber nacido yo. En cuanto a Miguel Ángel, debíamos estar al quite o se nos comía las galletas del desayuno (al menos, por ese entonces era un niño regordete y glotón). ¿Había una cuarta persona, otra niña, pero mucho más chiquitina que nosotros? ¿Raquel?

–“Cógeme ésa”, –dijo la señora Severina, de camino a la guardería.

Era la típica tapa de plástico, como un pequeño sombrero, de una botella de vino. Las cogía (o nos pedía que lo hiciéramos), les cortaba la copa y las forraba con hilo, una a una. Con aquellos aritos de colores unidos entre sí hacía tapetes. También tricotaba. A mí me tejó un chaleco amarillo y marrón que tuve durante años. Quizá en el momento de alcanzarle el tapón tuviera que cambiar de mano mi cestita roja de ganchillo, donde llevaba el almuerzo. Ésa me la había hecho Begoña, la hermana de unos amigos de mis padres que procedían de otro pueblo cercano a Litos, Bercianos de Valverde. Begoña era una chica joven que para mí ya no tiene cara, ni voz. Como compensación a esa carencia de mi memoria me envuelve una agradable sensación de calidez cuando la recuerdo.

–“Mamá, ¿qué quiere decir ‘cocotte’?” –le pregunté compungida un día, a la vuelta del “cole”.

–“Ah!, eso es cosa buena, hija” –respondió ella. “¿Por qué?” –inquirió a su vez.

–“Porque cuando llego a la guardería, los niños dicen “*regarde. ¡Il arrive La Cocotte*”<sup>4</sup>.

–“Pues mira, “*cocotte*” llaman, por ejemplo, a la olla exprés, porque es algo muy bueno”.

El primer y (creo) único mote que he tenido en mi vida era en francés. Eso es integración. Buscando la palabra tiempo después, he acabado deduciendo que lo que me llamaban era pollito, pájaro, o algo así. No sé. Nunca las he tenido todas conmigo.

Al menos no pasaba inadvertida. Salvo para los profesores. Fui a varios jardines de infancia, ya que según parece descansaban en días distintos, y también tenían diferentes horarios. En el más grande, a última hora los educa-

<sup>4</sup> La autora firmó su trabajo con el seudónimo de *La Cocotte* (N.E.).

dores nos iban sacando a una especie de sala con bancos corridos pegados a la pared, hasta que llegaban nuestros padres a buscarnos. Siempre había algún niño al que la *maîtresse* le hacía algún mimo. Se agachaba, le decía algo y le hacía alguna caricia, o le daba un beso. Quizá fuera amiga de su mamá. Ese niño nunca fui yo.

–“El primer día que te dejé, la primera vez que fuimos a Francia, te quedaste conforme”. –Mamá, siempre positiva–. “Lo malo es que luego te reuñió mucho. Cuando volví a buscarte te habías pasado casi todo el tiempo llorando como una magdalena, y la profesora no sabía qué hacer contigo. Lo ideal hubiese sido llevarte poco a poco, un par de horas al principio, luego alguna más... Pero te dejé allí durante toda la mañana, durante mi jornada laboral. Pobrecica, estabas hecha una pena”.

Siempre que lo cuenta acaba diciendo lo mismo, mientras me clava esos ojos azules suyos que duelen: “Pobrecica”. Y yo tampoco lo recuerdo. Veo todo aquello con otra perspectiva. Fría y sentimental a la vez. Como quien contempla un viejo film que le gusta y que habla de la vida de otra persona. No sé muy bien qué pensar ahora del efectivo método pedagógico que consistía en taponarle con “*sparadrap*” la boca al que hablara durante la hora de la siesta (nos hacían echar una cabezada sobre la mesa del aula). Siempre había alguno que no había forma de que se callara. Evidentemente, ni dolía ni era difícil de quitar, pero al que le tocaba la china solía agarrarse un buen berrinche. Creo que tampoco fui nunca yo, pero no me atrevo a jurarlo. De la que sí tengo una perfecta opinión es de la “seño” que me quitó la comba. Repartían un montón de ellas a las niñas y yo me acerqué a por una. Eran de colorines. “¿Es tuya?”, preguntó. “Sí”, dije. No tenía nada claro por qué me lo decía: los juguetes de allí eran todos de todos, ¿no? Los cogías, y jugabas. Pero no, no era mía. Estaban adjudicadas a niñas más mayores que yo, que se supone que sabían saltar con ellas. Total, que al rato me la confiscaron para dársela a la quisquillosa propietaria, que lloraba desconsolada. Y me quedé sin juguete nuevo (y, sobre todo, distinto). Parece ser que aquel juego no se adaptaba a mi edad. Poco importó que me lo estuviera pasando pipa. ¿No era esa la función que debía cumplir? Quizá la *maîtresse* pensara que porque yo no reclamara con llantos y pataletas lo que me gustaba, no me importaba, y se quedara tan ancha.



Algunas imágenes del pasado.

Si fuera posible proyectar fotografías mentales, las mías sobre las guarderías saldrían en color. De las tres. En ellas descubrí el primer superescaltric, los caramelos de gominola azucarada, las piezas de puzzle gigantes, de plástico y en tres dimensiones para montar castillos, la capacidad de una gran tormenta para subyugarte cuando llueve tanto que hay que esperar en la puerta a que pare un poco... y la sensación de estar como un pulpo en un garaje. Supongo que eso sería al principio, cuando ni siquiera entiendes que lo que te preguntan es si la comba es tuya y te la arrebatan para dársela a otra persona.

–“Estabais allí como perdidos, acoquinados”, –explica mi madre–. “Ni siquiera jugabais entre vosotros, los españoles”.

No creo que fuera tan drástico. Seguro que también fue al comienzo. Además, vivía con ellos, con mis padres. A otros niños los dejaban en España, con sus abuelos o en internados. Si conciliar familia y trabajo es difícil hoy, con parejas que se supone que se reparten las tareas, y con jornadas de 40 horas a la semana, no alcanzo a entender cómo se las arreglaban las madres de hace 35 ó 40 años, en el extranjero, sin familia, con ritmos de trabajo muy

superiores y nadie que las ayudara en casa. A veces la solución era tratar de “enriquecerse” de tirón, durante unos pocos años, y regresar a España a darle al hijo que se había dejado allí lo que los padres nunca habían tenido. Los colegios estaban llenos de niños así, con los padres fuera. En una ocasión, el mío me dijo que si me portaba mal, me metía interna. Era un farol como una casa, porque antes se habrían vuelto a España que dejarme a mi sola en otro país, pero yo no lo sabía. La idea de que me separaran de ellos me congelaba las ganas de hacer cualquier travesura. No concebía que pudiera pasarme nada más aterrador. Y, sin embargo, cuando volvimos, en el cole en el que entré a los 5 años en Benavente había nenas internas que jugaban, reían y tenían toda la pinta de ser perfectamente felices. Seguro que lo estaban pasando mucho peor sus padres.

–“Nada más empezar a ir a la guardería volviste con gripe”. –Mi madre rellena los huecos allí donde mi memoria, empiezo a pensar que selectiva, no llega-. “Lo malo no fue eso, porque a ti se te pasó enseguida, sino que se la contagiaste a papá, que se puso con 42 de fiebre. Deliraba, decía que veía mosquitos, o arañas, o yo qué sé. El caso es que no podíamos llamar al médico porque no llevábamos aún ni un mes allí. Ni teníamos todavía Seguridad Social ni dinero para pagar uno particular. Lo pasó fatal el pobre hombre, hasta que se curó”.

¿Perdería el trabajo después de aquello y buscaría otro? ¿Pudo justificar la ausencia al trabajo de aquellos días? Ni idea.

En una ocasión me llevó con él a la fábrica. Hileras interminables de grandes máquinas, o al menos a mí me lo parecían, se sucedían en una enorme nave. Él se sentaba frente a una rejilla que se abría y se cerraba cada “x” segundos. No sé cuánto tiempo transcurría, pero no demasiado. El suficiente, eso sí, para que aquel enorme bicho dejase perfectamente preparado una especie de puzzle con un completo juego de reglas: escuadra, cartabón, semicircunferencia... Estaban sujetas entre sí por lagrimillas de plástico, y la cosa consistía en separarlas, dejarlas perfectamente colocadas en una caja que había en el suelo y tirar a un recipiente de reciclaje las varillas sobrantes. Todo ello, antes de que la reja se abriera de nuevo. El ritmo de trabajo, en esas condiciones, lo marcaba el infernal artilugio, no el obrero. Papá, con sus dedos cortos y regordetes, se daba bastante maña, la verdad. Siempre se la dio para trabajar como un mulo. Ahora, cuando los miro, me llama la atención descubrir una sucesión de falanges cada vez más delgadas y apergaminadas en unas manos de “señorito” que nunca tuvo. Manos de octogenario cansado, agotado físicamente, superviviente de mil achaques y enfermedades, y poseedor de unos expresivísimos ojos marrones, que en otro tiempo, cuando yo niña, despedían chispas de alegría.

Mamá también me llevó alguna vez con ella. Sobre todo, cuando trabajaba de asistenta para una carnicera (ella dice que estúpida) con dos hijos, niño y niña. Patrie, el mayor, de cuatro años y medio (uno más que yo), era completamente idiota. O al menos a mí me lo parecía. Sobre todo después de que se planchara la nariz sin que su madre lo impidiera. Por supuesto, se hizo una buena herida.



Mi viejo pasaporte.

“Aquella carnicera”, como la llama siempre mi madre, era la típica persona que se cree que por tener a alguien a sueldo tiene que imponer su voluntad a costa de la lógica. Y más aún si ese alguien es su criada.

—“Siempre me mandaba a hacer la compra a la una de la tarde, cuando todos los comercios estaban hasta arriba. Yo trataba de explicarle que si iba a las 9 de la mañana, nada más abrir, en pocos minutos acababa con eso. Pero no había tu tía. “Usted tiene que ir cuando yo le diga”, me decía. Lo que acababa pasando es que de tanto hacer colas en todas partes, acababa tarde mi jornada

y, por tanto, llegaba con retraso a buscarte a ti, con el lógico enfado de las profesoras de la guardería, que también querían irse a sus casas a comer. Así que un día le dije en mitad de la carnicería, que estaba llena, que no. Que era mi hora de salir y que iba a buscar a mi hija. La muy asquerosa empezó a decir a sus clientas: “Vean ustedes como responden. Ten a una persona para esto, para que haga lo que le dé la gana”.

–“Yo me acuerdo de Patrie”, –intervengo. De cuando se planchó la nariz.

–“No se ocupaba ni de sus hijos”.

–Mamá chasca la lengua y niega con la cabeza–. Una vez le dije: “Mire, la niña no deja de llorar. Yo creo que le duelen los oídos. Debería verla un médico”. “Es otitis, la tienen todos los niños”, me contestó. Al día siguiente amaneció la niña con la almohada de la cuna llena de pus, porque le habían reventado. La muy burra no le había hecho ni caso.

En parte por efectos secundarios de esas historias y en parte debido al paso del tiempo, Oyonnax me viene a la cabeza en blanco y negro las más de las veces. Sólo los recuerdos concretos, de juegos o de días festivos, aparecen como coloreados. En medio de la cocina, mi piano naranja. En medio del patio, mi bicicleta azul y las faldas de colores de Irene. En medio del parque o de la guardería, mis camiones o las piezas del puzzle gigante. En medio de la calle, las *majorettes*, con sus chaquetas y sus *sombreritos* rojos. Ellas desfilaron a ritmo, con botas altas, blancas, y minifaldas tableadas, también blancas. Movían las barras con una destreza que me dejaba con la boca abierta. Yo las contemplaba como si fueran algo completamente ajeno a mí, un simple escaparate. Formar parte de aquellos grupos estaba abierto a cualquier persona, incluidos los hijos de los emigrantes, pero eso lo he sabido hace muy poco. Supongo que habría que tener una edad mínima para ello.

En una de aquellas fiestas descubrí la explosión de color de los fuegos artificiales. Los vimos desde la barandilla de la iglesia, justo al lado de nuestra casa. El cielo se cubría de puntos de luz maravillosos. Sólo en otra ocasión me han vuelto a impresionar tanto y también fue en Francia. Hace pocos años tuve la oportunidad de contemplar, casi por casualidad, un impresionante espectáculo en una playa de Cannes. Tirada boca arriba en la arena, en una preciosa noche, aprendí que al fuego le gusta cubrirse con sus vestidos más llamativos y bailar vals sobre el mar en las noches de verano. La compañía responsable de aquella mágica hora era levantina, como las exquisitas naranjas que mis padres aseguran que comían en Francia, llevadas desde España. “Las mejores que hemos probado en nuestra vida”, afirman.

Puede ser que también fuera durante aquellas fiestas cuando descubrí los elefantes. Pasaban el día detrás de una valla hasta que llegara la hora de su actuación, y el público podía visitarlos, igual que al resto de los animales

del circo. A aquellos enormes paquidermos les gustaban los cacahuets. Si se los extendía alguien, los cogían con su trompa suave, fría y húmeda y se los llevaban a la boca. ¿Realmente los encontrarían en ella? Y los caballitos, donde el encargado hacía flotar una gran borla sobre las cabezas de los niños y jugaba con ellos a que la atraparan. El que lo lograba se montaba gratis una vuelta. En una ocasión se empeñó en que la cogiera yo. Me la ponía delante de las narices para que me hiciera con ella. No sé si tanto se notaba que estaba triste. No recuerdo que hubiera pasado nada malo, pero era incapaz de jugar. Sólo muchos, muchos años después, volví a sentir el zarpazo de la pena injustificada. Pero eran mucho más habituales las risas, los juegos, los globos que se escapaban hacia el cielo en las fiestas de La Cluse. Yo no me explicaba por qué los míos, inflados a pulmón, bajaban hacia abajo en vez de volar.

–“¿Te acuerdas de la vez que te measte de alegría?”.

–Es mi padre quien pregunta, que miedo me da cada vez que lo hace. Mi madre se acuerda de lo triste, y él de lo que me hace sentir un poco ridícula. Son el complemento perfecto.

–“No, no me acuerdo, pero no me lo vuelvas a contar, por favor”, –suplico.

–“¿Cómo se va a acordar?” –zanja mamá–. “Eso fue la primera vez que fuimos con ella a Francia, y era muy chiquitina. Cumplió dos años aquel invierno”.

–“También fue en Oyonnax”, –continúa papá. Otra vez va a contármelo–. “En las fiestas fuimos a un espectáculo que había en una carpa. Alguien empezó a cantar “Que viva España”, la de Manolo Escobar. Tú te subiste a la silla en la que estabas sentada, loca de alegría de oír cantar en español, empezaste a saltar y te measte. Pobrecica mía, ¡qué emoción te entró!”.

Lo dice sonriendo, casi riendo, con esas chispas suyas que le bailan en los ojos y que rescata de vez en cuando no se sabe de dónde. Yo de aquello no recuerdo nada. El caso es que en Oyonnax pasaron varios años. Algunos antes de que yo naciera, ya que me “fabricaron” allí en 1970. Luego, otra temporada durante el invierno de 1972-1973 (la primera vez que me llevaron a mí). El último, el de 1974-1975, cuando regresamos, que es el que se pasea por mi cabeza un poco amarillento y con las esquinas dobladas.

–“A ver si me aclaro: a mí me hicisteis allí y vinimos a que naciera aquí, ¿no?”–Pregunto.

–“Sí, hija. Una tontería, porque yo tenía la consulta en la que me trataba a la vuelta de la esquina por un lado, y la fábrica en la que estaba, a dos pasos por el otro.

Podía haber trabajado casi hasta el día de dar a luz y si surgía un problema antes, pues allí estaba el médico. Cuando le dijimos que veníamos a España a que nacieras se llevó un disgusto, el hombre, porque como fue un



embarazo tan difícil de conseguir prefería atenderme él hasta el final”. –“¿Y por qué vinimos?”.

–“Se empeñó papá. Empezó a decir que aquí estaba toda la familia por si pasaba algo, que podía contar con mi madre y mi hermana... Una tontería, porque el que no estaba era él, que iba a trabajar a Escober toda la semana. Y con el vespino por esas carreteras en medio del monte, en diciembre y enero, imagínate. Además, fue un invierno cargado de nieve y estábamos en Litos. Si nos llega a pillar allí la nevada y me pongo de parto, pues tendríamos a la familia, pero ni a un médico cerca. Mi madre estaba asustada. Al final estuve en Zamora, en casa de Laura, por lo menos quince días antes de que tú llegaras”.

–“¿Y luego, qué?”.

–“Luego vinimos a Litos, hasta octubre, y fuimos a San Martín a hacer droga ese invierno. Allí aprendiste a andar y cumpliste un año. Y de ahí volvimos a Francia otra vez”.

–“¿Fue en San Martín donde se os presentó la Guardia Civil en la droguera?”.

–“Creo que sí. Ya sabes que había que hacer lumbre para calentar las calderas, y le preguntaron a alguien del pueblo que qué era el humo. Claro, les dijeron “son los drogueros, que cuecen la jara para hacer droga”. Y allí fueron a pedirnos los papeles. Les explicamos que se trataba un producto que sirve de base para un montón de productos de droguería, de ahí el nombre, y que no tenía nada que ver con la clase de droga que ellos se habían imaginado. Como vieron que teníamos todo en regla y a la gente contratada, se fueron y ya está”.

Mi padre, cuando iban a algún pueblo a hacer droga, contrataba a unos 30 hombres para arrancar la jara del monte. Había que hacerlo así, por la fuerza bruta. Después, para cocerla, era suficiente con el trabajo de los dos más el de un atizador. Por ese entonces la diferencia entre ser el último mono asalariado en una fábrica y ser un trabajador-patrón con una treintena de personas a tu cargo era, únicamente, de distancia: exactamente, de tres días de tren.

San Martín de Castro se me desdibuja. Las únicas imágenes que existen de aquello, de la primera vez allí, las he visto decenas de veces: una pequeña-gordita y de cara redonda, con un gorro blanco y una superminifalda roja sobre una especie de pantalón, también blanco, trata de mantener el equilibrio junto a la droguera. Efectivamente, estaba aprendiendo a andar. Las que no he visto, pero existen en mi mente, pertenecen a la segunda vez: justo en medio de las dos etapas en Oyonnax, y previo paso por Madrid para que mamá se operara de unas hemorroides que llevaban tiempo siendo insoportables.

La fuente, en medio de la plaza, tenía varios grandes vasos. Eran lavaderos para las mujeres. Al parecer, por aquel entonces ya existían las lavadoras,

pero yo descubrí eso varios años más tarde. Curiosamente, mucho después de convivir prácticamente desde que nací con el tomavistas, artilugio al que mi madre siempre ha tenido gran aprecio y con el que grabó toda mi infancia, incluido el episodio de la minifalda roja en la droguera. Igual que tampoco había tenido ningún empacho en hacerse con un tocadiscos, muchos años antes, en el que sonaban canciones de Enrico Macias, Gastón Temporé y su acordeón o Carlos Gardel. Y, junto a ellas, las de El Pequeño Ruiseñor o Juanito Valderrama, con su El Emigrante, la preferida de mi padre. Una completa banda sonora para los fragmentos de una vida a caballo entre Francia y España.

No así de Alemania, donde también estuvo mi madre. Allí compró ropa preciosa, que aún conserva, pero no música. En busca de mejores oportunidades, se fue de avanzadilla unos meses con la ayuda de su sobrino Valuso, un sacerdote que desempeñaba parte de su labor en una residencia de ancianos de Bonn. Allí se incorporó también mi mami. Hijo de uno de sus hermanastros, sólo tenía 5 años menos que ella, es decir, unos 27, puesto que los pasaportes acreditan que mamá había cumplido sólo 32 cuando se fue. Faltaba un lustro para que yo naciera. Al final regresó a Francia, puesto que los trabajos que había en uno y otro país para emigrantes no diferían demasiado: eran los que los oriundos no querían realizar.

La vida de emigrantes de Pepe y María, sin embargo, había comenzado mucho antes, apenas 3 años después de casarse. Él tendría 32 y ella, 25. Arribaron a Niza, tras una primera incursión de mi padre a la que mi madre se unió unos meses después. El trabajo, en el campo o en un andamio, se veía “recompensado” con el alojamiento nocturno: un chamizo para una cuadrilla entera. Los patronos sacaban el máximo partido posible de ellos.

La primera vez que se marcharon juntos, puesto que mi padre fue solo la primera vez, se pusieron a trabajar una finca en una colina, al lado de Niza. Corría el año 1959 y la emigración a Francia no era un fenómeno aún muy extendido. Vivían cerca de los propietarios, dentro de la parcela, pero en una especie de caseta construida en un desnivel, por lo que al menos uno de sus costados quedaba pegado, literalmente, a la tierra del barranco. Uno de los trabajos consistía, cuando llegaban ya de noche a cenar y a descansar, en esparcir por la parte baja de las paredes alcohol de quemar y prenderle fuego. Así lograban dormir sin humedad.

Otra importante labor era trabajar el campo por el día y, cuando ya había oscurecido y no podían hacer nada más en él, preparar cajas y cajas de flores, hasta las dos de la madrugada, ya que el patrón las vendía en el mercado. Se supone que mis padres recibían un porcentaje de las que tuvieran salida pero, curiosamente, los clientes siempre habían comprado menos de lo previsto. Hasta que un día bajaron ellos a ver cómo se hacía, y su jefe, mosqueado por

la inesperada situación, les dejó solos ante el público. Aún no sabían apenas una palabra de francés. Aún así, dificultades de idioma incluidas, descubrieron que los claveles se despachaban en cantidades muy superiores a las habituales.

Aquella situación contrastaba bastante con la primera impresión que se llevaron de Francia, en lo que respecta a la honradez. Según cuenta mi madre, en aquella colina llena de fincas, cuyas casas estaban situadas en el interior y no en el borde del camino, existía un curioso método de abastecimiento. Consistía en que los habitantes ponían en la puerta de entrada, sobre una piedra lisa o superficie similar que hubiese por allí, una lista con los artículos que les hacían falta: dos botellas de leche, un pan y un kilo de naranjas, por ejemplo. Junto a la nota, el dinero para pagarlo y, si eran billetes, se ayudaban de una pequeña piedra para que no se los llevara el viento. Pasaba el lechero, dejaba la mercancía solicitada, se cobraba del dinero disponible y dejaba la vuelta. El panadero y el frutero hacían la misma operación. Cuando llegaba el mediodía y se paraba de trabajar en la finca, propietarios y obreros salían y cogían sus artículos junto con la vuelta exacta que hubiese sobrado.

Ese alarde de integridad regía, al parecer, sólo entre los oriundos, puesto que los patrones no tenían el más mínimo empacho en engañar a sus contratados españoles. Como contrapartida, y para ser justos, es necesario resaltar también que aquella excelente práctica desapareció cuando, con el transcurso de los años, Francia se llenó de emigrantes españoles y portugueses.

Sería posible hacer tomos y tomos de páginas con los detalles de los emigrantes españoles en Francia: cambios de trabajo constantes, siempre aceptando los más duros, miles de historias y anécdotas que reflejan cómo era la vida allí, eficaces métodos de aprendizaje de francés que consistían en ir a la tienda a comprar carne, apuntar con el dedo lo que querías y esperar a que el dependiente dijera el nombre del artículo para memorizarlo. Luego, con la cuenta, el procedimiento inverso: quedarse con el palabra de la cifra, entregar un billete y contar la vuelta para deducir a qué número correspondía. Así, día a día, mientras la comunicación con la familia se producía a través de cartas que no llegaban, precisamente, a la velocidad de un correo electrónico. Y es que los emigrantes solían proceder de pueblos y casas en los que el teléfono, y más aún una conferencia internacional, eran artículos de lujo que nadie podía permitirse.

Pero, al final, existía una única obsesión: volver a la tierra. Con esa idea en la cabeza hicieron las maletas muchos que no querían que sus hijos crecieran en Francia hasta una edad en la que el regreso a España supusiera un desarraigo casi imposible para ellos. Ése fue, por ejemplo, el caso de los míos. Otras muchas personas permanecieron allí, donde siguen siendo “los españoles” y, cuando vuelven ahora a las fiestas del pueblo, son ya “los franceses”.

Mis padres y yo le damos el último sorbo al café. A uno de los miles, reales o imaginarios, que han servido para que hablemos de Francia, recordemos aquel país y nos entre el gusanillo de volver. Yo lo he hecho este verano. Volví a Oyonnax poco después de tener prácticamente acabado este relato. En otras ocasiones he ido a conocer Niza. Me consta que a ellos, si no le tuvieran auténtico pánico a la posibilidad de hacer un viaje tan largo, les encantaría visitar los lugares en los que trabajaron, hicieron una hija o se preocuparon en la distancia por la salud de sus padres (uno de nuestros regresos, el único que hicimos en avión, fue para el entierro de mi abuelo paterno).

También comprobaron los años luz de distancia cultural y económica que puede haber entre dos países que hacen frontera, rieron, lloraron...

—“¿Y qué pensábais cuando íbais a Francia?”, —preguntó—.

—“Pues hija, qué íbamos a pensar. Íbamos contentos, porque allí ganábamos el pan”.

**RELATOS DE  
URUGUAY**



# Historias de la emigración castellano-leonesa

Silvino Álvarez

Nací en Aranda de Duero, provincia de Burgos, el 2 de mayo de 1925.

Trabajé desde los siete años, primero vendiendo diarios y luego en una fábrica textil que nunca se funcionó (*sic*)<sup>1</sup>. Porque nos dijeron que venían las máquinas en un barco, y este barco se hundió. Luego, a los dieciséis años, trabajé en una fábrica de mosaicos hasta los veintiún años. A mi quinta la llamaron para incorporarse al cuartel de artillería. Éramos dos amigos que teníamos la misma edad y siempre estuvimos juntos, también en el cuartel de Vitoria. Nos licenciaron cuando teníamos 24 años y a los 28 ya teníamos novia; él era carpintero y yo seguía en la fábrica de mosaicos.

Como es de suponer, en los ratos libres hablábamos de la situación y nos dábamos cuenta de que si nos casábamos, como no teníamos casa tendríamos que pagar alquiler, y por lo tanto no tendríamos para comer, pues la situación no estaba bien y trabajando mucho ganabas poco. También nos dábamos cuenta de que los jóvenes se marchaban del pueblo, bien hacia Europa, bien hacia América. Y hablamos de emigrar donde fuera. Consultamos a las novias y estaban de acuerdo en marchar; como es de suponer, primero nosotros.

Un día me dicen mis padres, al oírme hablar de que quería emigrar, que se pondrían en contacto con un tío cura. Este cura les mandó un contrato de trabajo, y dijo que iba a ver cómo me iba a reclamar. Y así él también reclamó a mi novia con contrato de trabajo. Un día me escribe una carta y me dice: “Aquí al Uruguay no puedes venir, porque nadie quiere hacer un contrato”. Fuera del pueblo yo no tenía familiares, y lo veía difícil poder emigrar al

<sup>1</sup> Por lo que dice el autor del relato debe entenderse que nunca funcionó adecuadamente. (N.E.).

Uruguay. Hasta que un día recibo una carta de mi tío cura diciéndome: “Mira, Silvino, me enteré de que para venir a Brasil no se precisa nada, y del Brasil pasan por la frontera y se viene la gente al Uruguay; pero corres el riesgo de que te agarren en la frontera y te manden de nuevo al Brasil, pues así les pasó a varios”. Pero yo ya lo sabía, por lo que escribían los amigos de otros animando a irse a un paisano del pueblo que tenía problemas con la novia, y me mostraba las cartas que le mandaban del Brasil. No puedo creer que esos amigos le pudieran engañar, pues le decían que le iban a dar tierra nada más llegar.

Así que en una agencia me hacen los documentos y salgo para Vigo, que es donde tengo que embarcar. Yo nunca había salido del pueblo y todo era cuestión de preguntar. En Vigo le pregunté a un hombre “¿dónde es el consulado de Brasil?” y me dice: “yo lo llevo”. Pasamos por un bar, y me dice que si quiero tomar algo. Entramos, y me pregunta: “usted, ¿en qué trabaja?”, y yo le digo que en una fábrica de mosaicos; y me dice: “No precisa ir al Brasil, yo lo llevo a una fábrica donde el dueño es amigo mío, pues se jubiló el que trabajaba”. Yo tenía la cabeza en Uruguay y nadie me detendría en España, y le dije que no.

Bueno, este hombre me llevó donde tendría que entregar los documentos para embarcar. Llego al mostrador y el que me atiende me dice que falta un documento: yo ya lo había previsto, pues al paisano del pueblo que había venido antes que yo le habían mandado de vuelta a buscar ese documento. Yo igual había ido unos días antes por si me pasaba lo mismo, pero tuve suerte. Cuando me atendía este hombre, se acerca otro que sería el jefe, y le dice al que me atendía: “Déjale que pase”. Así me libré de volver a por el otro documento. A todo esto, este amigo del pueblo volvió, y traía lo que le habían pedido. Embarcamos en el mismo barco, un barco francés ya viejo, que creo sólo hizo un viaje más.

El compañero de viaje del pueblo no tenía porqué venir: en el pueblo tenía su yunta de machos<sup>2</sup>, trabajaba la tierra y disponía de pesetas. También tenía amigos que disponían de tierras; no estaba como nosotros que vivíamos de un salario y que no podíamos comer. Yo ya sabía por su manera de ser en el pueblo que no se adaptaría.

Cuando llegamos a Santos teníamos que esperar unas horas. Con este amigo mirábamos el puerto y veíamos un grupo de gente que subía sacos de café por una rampa. Eran blancos, negros y de todas razas, y lo primero que me dice es: “Aquí no me quedo, yo me vuelvo para España”. Pasaron unos

<sup>2</sup> Mulos, cruce de burro y caballo, animales de tiro muy comunes en España por su fuerza, resistencia y sobriedad en la alimentación. (N.E.).



meses y me escribieron desde España diciéndome que el paisano vino repatriado al pueblo.

Bueno, bajamos en Santos y junto a los demás nos llevan a San Pablo. Teníamos que ir a buscar una pensión: él traía las direcciones de los amigos que le escribían al pueblo. En taxi fuimos a la dirección que tenía. Llegamos, y nos dice una vecina: “Este señor hace unos días que se fue a Porto Alegre”. Yo le había dicho de ir al convento<sup>3</sup>, ya que yo traía una dirección; al llegar me dicen que este padre está en un congreso. El cura que nos atiende nos dice si precisamos una pensión, y nos lleva a una pensión de un español que nos atenderá bien. Llegamos a la pensión, que era de un aragonés, donde había muchos españoles.

Escuchando hablar a estos españoles, un gallego decía que lo que ganaba lo cambiaba en dólares y lo mandaba para Galicia. A mí esto no me gustaba. Había otro, que como el cocinero de la pensión era negro, decía que se iba a comer a otro lado, que no comía cosas que habían tocado sus manos. Para mí todo eso era nuevo, pues salir del pueblo hace unos pocos días, todo cuanto hablaban los demás lo escuchaba. Me extrañaba que estuviera pagando la pensión y que pagara dos veces la comida. Era abundante: La verdad es que a mí tampoco me gustaba, pero la comía. Había un catalán, que al servirle varios platos, él tenía un plato hondo donde ponía toda la comida junta. Los dólares era la primera vez que los oí nombrar.

Yo ya estaba en Brasil, pero seguía soñando con Uruguay, que era mi destino. Al día siguiente ya nos orientamos y fuimos en ómnibus a visitar nuevas direcciones que traía mi amigo. Llegamos a una casa, y nos atiende una mujer joven catalana a quien preguntamos por un amigo si es que vivía ahí. Nos dice que es su esposo. Pero estando esperándole llegó otro joven, y como no nos parecía, él y la señora al ver nuestro gesto, la mujer nos dice: “éste es mi hermano”. Y enseguida vino el amigo que yo no conocía pero sí a sus hermanos del pueblo, y ya le reconocí. Nos invitó a comer, y nos dice que él hace cosas de albañil por su cuenta. Yo le dije que en qué trabajaba, y me dice: “Vamos, que yo te llevo a una marmolería que hacen tu trabajo: los capataces son españoles y yo les hice muchos trabajos”. Fuimos, me presenté, y al día siguiente estaba trabajando. Ya mi amigo le dice: “Tú vienes conmigo a trabajar de albañil”. Y bueno, fue una suerte encontrar a este paisano, que nos solucionó el problema del trabajo.

Yo traía otra dirección que me había dado mi primo en España y fuimos a visitarle, pero no estaba. Nos dijeron que mañana podríamos encontrarlo y

<sup>3</sup> Se trata, evidentemente, del convento en el que vivía el “tío cura” al que ha hecho referencia con anterioridad. (N.E.).

agregaron que él podría ayudarnos. Yo vi su casa, que parecía un chalet, y como a lo mejor podría darnos algún trabajo, yo no volví, pues mi idea era Uruguay, y este amigo de mi primo podría quitarme mis intenciones.

Otro día había salido de trabajar, y escucho a un joven que me dice: “Paisano, ¿a dónde va?”. Y como llevábamos el mismo camino empezamos a hablar, y le dije que mi destino era Uruguay. Y me dice: “De allí vengo yo”, y me agrega que allí se vive mejor, pero me tuvo que venir porque tenía dos amigos que querían que me casara con la hermana y a mí no me gustaba. Mira, tengo una carta para ella, si la quieres llevar. Le digo que sí, que cuando llegue le llevo la carta. Como ella trabajaba en una tienda que vendía ropa y en ese momento no podía atenderme, le di mi teléfono y me llamó algunas veces, pero yo no fui y no la vi más. Me dio la carta, un mapa de Montevideo y un peso uruguayo. Y me dice: “Con este peso tienes para recorrer todo Montevideo”. Y era verdad, el boleto costaba 10 centésimos. Para ir a Montevideo vas a ir en el tren que fui yo, y tarda siete días en llegar. Te aconsejo que compres embutidos duros y pan. Después de hacerlo me di cuenta de que todo salió como él me dijo.

Iba teniendo suerte: No había tenido ningún contratiempo, todo me iba saliendo bien. Hasta que llegó el día de salir para Montevideo. Cuando llego a la estación con dos valijas de madera que no valían nada, pero iba toda mi ropa, había que pasar por una puerta giratoria donde estaba un empleado. Un hombre que está detrás de mí me dice: “Con dos valijas no le dejan pasar”, y me agarra una y paso. A mí no me dio tiempo ni de hablarle, y me llamó la atención que todos caminaban corriendo. El hombre pasó la maleta y la dejó en el andén.

En el tren iban tres españoles para Montevideo, pero no llevaban comida, y yo no tuve más remedio que compartirla con ellos. No alcanzó para los siete días. Dejé algo olvidado para comer, aunque yo no comía mucho. Iba subiendo gente y el tren se iba llenando. Cuando llegamos a un pueblo bajan buena cantidad, y dicen que van a la feria de otro pueblo. En una estación que se llenó el tren se sienta a mi lado una persona bien vestida, que no parecía feriante, y empieza a hablarme. Yo le digo que voy para Montevideo, y él me pregunta si soy católico. Yo le respondo: “Católico, apostólico y romano, que es lo que aprendí en mi pueblo”. Y me pregunta si creo en la Virgen, le digo que sí, la madre de Jesucristo, cómo no voy a creer. Y me dice: “¿Tú no sabes que Jesucristo tenía más hermanos y que eran pescadores?”. Y le digo: “Yo de eso no sé nada, ni creo en nada de eso, al menos nunca me hablaron de eso, aunque puede ser verdad lo que Ud. me dice, tendré que aprender algo”; y me da una dirección para cuando llegue a Montevideo, donde me darían una Biblia. Y seguía hablándome más de Jesucristo. Yo creo que después de lo que me habló sería testigo de Jehová. Yo no fui a por la Biblia.

Los cuatro llegamos a un pueblo cerca del Uruguay llamado Santa María, que me recordaba a mi pueblo. Se escuchaban discos españoles, y la comida era a la española y abundante. Nos pusimos al día del hambre que teníamos los cuatro. Después llegamos a Santa Ana do Livramento, en la frontera brasileña, y a la ciudad de Rivera del lado uruguayo, separadas por una carretera. A estos tres amigos les recibió algún amigo, porque no les vi más. Pero el gallego que los recibió me dice que de Rivera sale un coche para Montevideo, que le diera plata para el boleto y que a la hora me llamaría, pues no tenía más que cruzar la calle. Pero éste no me llamó a la hora que me había dicho. Al día siguiente viene, y me dice que perdimos el primer ómnibus y tenemos que viajar en otro. Pasamos a Rivera y se puso a hablar con otro hombre, discutían los dos y no se entendían. Yo me di cuenta de que lo que querían es que yo pagara otro boleto. Les dije: “Bueno, si hay que pagar otro boleto lo pago”, y así todo se arregló. Cuando vieron que llevaba dos maletas me dice que se las deje, que me las mandaría por tren, pues en el ómnibus me pedirían documentos. Le dejé la plata que dijo, (yo siempre confiado de todos). Subí al ómnibus de la compañía ONDA. Llegados ya a Montevideo, fuimos mi amigo y yo a la estación durante varios días, hasta que aparecieron las maletas. De todos modos se portó bien el gallego, tan sólo me faltaba una afeitadora y una ropa que no tenía mucho valor.

En Rivera yo compré un libro para disimular, pues no olvidaba lo que me había dicho el amigo: “Te pueden devolver a Brasil si te agarran sin permiso”. Yo traía mi pasaporte, pero era para el Brasil, y también un documento para poder trabajar que me habían dado en el Brasil. Así que yo llevaba el libro abierto, pero no leía ni una letra. Llegamos a una parada, y desde abajo oigo preguntar, (sería la policía), si hay alguno sin documentos. Y dice el guarda, por el chofer: “Éste no lleva documento”. Y enseguida oigo decir: “Pasen, sigan”. Pero en el camino, ya cerca de Montevideo, sube el revisor o el inspector del ómnibus, pero al verlo con traje y gorro me pareció un policía. Yo que iba en los asientos de atrás, miraba lo que la gente sacaba de las carteras para enseñárselo. Yo creía que sería el pasaporte y miraba con los ojos bien abiertos. Para mí todo era nuevo. Cuando me tocaba a mí vi el documento que pedía: el billete del ómnibus que yo llevaba. Suspiré, y me quedé tranquilo.

Cuando entramos a (*sic*) Montevideo, el guarda pregunta a los pasajeros dónde quieren bajar. Cuando llegó hasta mí me pregunta y le digo que voy hasta el final. Y llegué a la Plaza Libertad, última parada del ómnibus.

Así pisé por primera vez Montevideo. Mi amigo me había dicho que cuando llegara me tomara un taxi que aquí le pagamos. Yo no sabía lo que era un taxi. Vi a un hombre lavando un coche y le pregunto si ese coche era un taxi. Me dice que no, y me da los detalles del taxi. Pero yo no quería arriesgarme al taxi, creía que podía equivocarme, porque como nuevo que era

en Montevideo, no conocía a la policía, por si me pedían documentos. Pero como no traía nada en las manos y era temprano, pregunté por la dirección del amigo. Me dije a mí mismo: “Voy caminando, ya llegaré”. Puedo decir que este recorrido lo he hecho mil veces después. Y preguntando llegué a la casa del amigo.

Justo llegué a la hora del descanso, y ya iban a comer. Nos dimos un gran abrazo, como también con la señora que era del pueblo. Hablamos hasta que tuvo que volver al trabajo, pues vivía en una casa de la fábrica. Cuando salió de tarde, como en su casa no podía quedarme, pues no tenía lugar, me llevó a la pensión que estaba cerca de la casa y de la fábrica donde él trabajaba de carpintero. Y como también era fábrica de mosaicos, ya me tenía el trabajo junto a la pensión, en la misma pensión que él estuvo cuando vino. Nos quedamos hablando con el dueño de la pensión, y cuando llegó la hora de la cena, nos sirvieron un primero, un plato de sopa y luego un plato de pasta. Yo no esperaba que me sirvieran más, pero me sacaron un plato con un churrasco que lo llenaba. Yo me dije si esto sería siempre así, así que ya empecé bien en la pensión. Yo en España nunca había comido así, y como me gusta comer estaba contento. De beber no servían, pero el beber no lo echo de menos porque no fui hombre de beber.

A los cuatro días ya estaba trabajando en la barraca. Primero tuve que trabajar en otra cosa, porque no había puesto en las máquinas. Un día estando en un pasamanos cargando baldosas en un camión, grita el gerente de la fábrica: ¡gallego! Yo recién llegado de España no sabía si en el grupo había algún gallego, y no le contesté. Gritó cuatro veces más, hasta que en la última grita: ¡español! Yo volví la cabeza y vi que se sonreía. Y le pregunto si es que me llamaba a mí, “como usted gritaba ¡gallego!, y yo no soy gallego, no sabía si me llamaba a mí”. Y me dice: “desde mañana ganas un peso más”. Yo igual sabía que me llamaba a mí, pero recién llegado no me gustaba que me llamasen gallego. Luego tuve muchos amigos gallegos, y yo mismo me llamaba gallego.

Todos españoles sabíamos cómo se vivía en la época de Franco y cómo emigraban los obreros que podían... y uno de ellos fui yo. El amigo que me había conseguido trabajo en la fábrica a los cuatro días de llegar, ya desde el primer día me habían puesto en planilla con los aportes para la jubilación. Trabajé 33 años, y siempre pagaron lo mismo<sup>4</sup>. Ganaba ocho pesos, y de acuerdo a eso pagaron todo el tiempo que trabajé. Al mes ya empecé a tra-

<sup>4</sup> “Siempre pagaron lo mismo”, el autor parece querer indicar que la empresa siempre cotizó la misma cantidad para la jubilación pues su sueldo, como se lee, en líneas más abajo, fue subiendo. (N.E.).

bajar en la máquina haciendo mosaicos, y ganaba 10,6. Llegué a ganar más porque fui capataz: terminé siendo capataz general ganando mucho más, y por lo tanto aportando mucho más para cuando me jubilara. Pero la empresa no hacía los aportes correspondientes, aun siendo obrero mensual. Llegó el día de jubilarme, y de acuerdo a los aportes que deberían haber hecho, tendría que cobrar tres veces más de lo que estoy cobrando. El empleado de la empresa me dice que no puedo cobrar más porque no hicieron las debidas cotizaciones y se paga de acuerdo a lo cotizado. Así que tuve que callarme. Nadie nos hacía caso si protestábamos, pues había terminado la dictadura y no hacían caso a los reclamos y menos a los obreros como yo.

Un día salíamos de cobrar mi señora y yo. Nos acompañaban dos amigos que también se había jubilado ese mismo día y también habían cobrado. Me dice uno de ellos: “Qué mala cara traes, Silvino”. Le dice mi señora: “No va a tener mala cara, pues con lo que le descontaban en la fábrica le quedaron 40 pesos”. Y dicen los otros amigos: “A mí me dejaron 25”, “y a mí 28”. Me quedé más tranquilo, porque a ellos les había quedado menos que a mí. Yo creí que solo me pasaba a mí, pero ellos también esperaban más.

En España no sabía lo que era hacer paros<sup>5</sup>. No me gustaba nada, porque ese día no ganaba el sueldo, y yo recién llegado, lo precisaba para mandar a mi novia, que estaba en España, y así pudiera comprar ropa para traer y pagar el pasaje. Estaba haciéndole un contrato de trabajo para poder venir. También mandaba algo a mis padres. Como para que me gustaran los paros, eran pesos que no cobraba.

Un día me dice un compañero que por qué no iba a los paros si todos vamos; porque si no hacemos paros no nos aumentan el salario y cada vez ganamos menos; te van a criticar si no vas. La empresa no prestaba el camión para ir. Hasta el capataz me decía que fuera, pues el capataz me apreciaba mucho, porque se daba cuenta que en el puesto que me ponía me desempeñaba mejor que nadie y me daba el trabajo que otros no sabían hacer. Los compañeros ya me miraban mal por no ir a las manifestaciones. Yo recordaba de mi vida en España, que todos aquellos que protestaban iban a la cárcel, pues Franco no permitía nada de esto y a los pueblos nos llegaban esas noticias. Ese era mi miedo, que aquí hicieran lo mismo y la policía hiciera lo mismo.

Este compañero me animaba y el capataz también. Un día este compañero me invita a ir, y me dice que la empresa presta el camión y que van todos... así que fui con ellos a la concentración que era en el Palacio Legislativo. En la concentración había muchos obreros, pero también había mucha policía. Yo no le decía nada al compañero, pero digo la verdad, miraba por donde

<sup>5</sup> Huelgas. (N.E.).

escapar. Los que hablaban en la tribuna eran obreros con la ropa de trabajo como nosotros, hablaban contra el gobierno, les llamaban ladrones y muchas cosas peores. Y como se iba haciendo de noche, la gente se iba, iban lejos y se les hacía tarde. Yo le decía a mi compañero: “Vámonos, que esto se pone feo”, y él me contesta que no pasa nada. Esto no es España con Franco. Yo no me escapaba porque llevaba un mes en Montevideo y no sabía el camino de la pensión, pues sólo conocía de la pensión a la fábrica. Pero subió un negro a la tribuna, también con ropa de trabajo, y se puso a criticar a los gobernantes, y si los blancos criticaron al gobierno éste los criticó más. Yo pensaba que si este hombre estuviera en España y dice estas cosas, lo matan. Yo ya estaba más asustado, porque quedábamos pocos obreros y quedaban más policías, Yo no creía que fuera a terminar bien, y miraba por dónde escapar. El compañero me miraba y no me decía nada, pero pensaría que yo andaba con un miedo atroz y que si no me iba era porque no sabía ir a casa. Yo pensaba que la policía empezaría a dar palos, y a tirar tiros. La verdad, que si yo sé que iba a pasar esa tarde tan mal, no hubiera ido. Pero todo terminó bien, no pasó nada. Yo mi miedo pasé, pensando lo que hubiese pasado en España. Si esta gente habla así en España, no bajan de la tribuna.

Al otro día, en la fábrica, me felicitaban por haberlos acompañado, porque a pesar de llevar un mes en la fábrica, era responsable en el trabajo; pero también sería porque el compañero les diría el gran miedo que pasé y que me quería marchar por miedo a la policía.

Con el paso del tiempo les acompañaba a todas las manifestaciones, porque me daba cuenta de que era el único medio de que aumentaran el salario.

Tendría más que contar de mi vida en Montevideo, pero creo que es mucha letra y ya está bien. Lo que sí debo decir es que cuando yo llegué hace 52 años, esto estaba bien, pero ahora este país está mucho peor que España cuando emigramos nosotros; pero aquí vivo y a los 80 años es difícil marchar de aquí, y ya jubilado, a dónde voy.

Sigo vinculado a la UNIÓN CASTELLANO LEONESA, pues cinco burgaleses queríamos formar el club burgalés, pero como en esos años en España se formaron las comunidades autonómicas y se unieron Castilla y León, nos reunimos y acordamos poner ese nombre. Yo me dediqué a cobrar y a convocar a los socios durante los diez años de vida desde que se fundó, y a pesar de mis años, sigo apoyando y trabajando para la UNIÓN CASTELLANO LEONESA, como integrante de la Comisión Directiva.

# Mi historia de vida

Daniel S. Asensio Sastre

Mis recuerdos tienen inicio en la plaza de un pueblito zamorano de labradores, frente a la casa donde nací. Mi abuelo materno juega conmigo. Es domingo, y los mozos del pueblo juegan a la pelota de mano. En el bar de la plaza se oye el murmullo de los parroquianos, que disfrutan su aperitivo o juegan a las cartas. Así transcurre el día en Santa Eulalia de Tábara, Partido de Alcañices, Diócesis de Astorga.

En la casa viven mis padres, Daniel y Catalina, y mi tío Sabino. Mi tío es soltero, y es el zapatero del pueblo. Tiene un ayudante que es mudo y que también vive con nosotros. Con los años tuve conocimiento de que el pobre falleció en la explosión de una caldera mientras destilaba aguardiente.

Mis padres se dedican a la labranza. Siembran trigo, cebada y centeno, y también algarrobas. Además tenemos viñas. El trabajo es duro, agotador. Sol y lluvia, frío y calor. Todo se sufre. Todo se aguanta.

Vino la Guerra, y a mi padre lo llevaron al frente. Al llegar al Puente La Estrella, y debido a una mala maniobra del chófer, el camión en el que viajaba volcó. Mi padre quedó aprisionado bajo la caja del camión. Un hierro le atravesó el tobillo deshaciéndoselo. De ahí lo llevaron al Hospital de Zamora, donde excelentes cirujanos y traumatólogos le recompusieron el tobillo de tal manera que no se le nota para nada que allí haya tenido semejante traumatismo. Actualmente camina perfectamente y sólo con el mal tiempo, a veces le incomoda. Esto ocasionó un revuelo en el pueblo. Era la visión de la primera víctima de la Guerra. En mi mente está aún grabado el momento que apareció en casa con la pierna enyesada y con muletas. Creo que todo el pueblo desfiló por casa ese día. Era una multitud que sigo viendo. Indudablemente, esto le salvó la vida. La convalecencia fue larga y él nunca volvió al frente. Digo que esto le salvó la vida, porque todos sabemos lo que pasó en el frente del

Guadarrama, con cantidad de muertos por ambos lados, en un frente que duró toda la Guerra.

En esos años, la Guerra, o la consecuencia de la Guerra, dominaba nuestras vidas. Los alimentos racionados, los horizontes estrechos, las esperanzas congeladas.

Las perspectivas para un agricultor no eran otras que no fueran el sudor en verano y el frío en invierno. Con ese panorama, la gente comienza a buscar otros horizontes, bien para sí, bien para sus hijos. Alemania, Francia... les ofrecen ilusiones de bienestar y conocimientos y el desafío de lo desconocido. Del otro lado del “charco”. América ejerce una muy fuerte atracción. Cuba, Méjico, el Río de la Plata... Ya nuestros mayores habían visitado esas tierras. Un día cualquiera, mi abuelo paterno, casado y con tres hijos, discutió con su padre, contaba la abuela que a la chita callada se embarcó para el Río de la Plata (linda manera de sacarse la “mufa” de arriba) dejando a la familia sola a su suerte. Pasaron los años sin dar señales de vida, hasta que un día, achacoso y enfermo, apareció en casa. Vino sólo a morir. Mi padre ya era un mocito. Ahora le tocaba el turno a él, y un día cualquiera, Don Daniel Asensio González, hijo de Antonio y Encarnación, tomó a su esposa Dña. Catalina Sastre Angelón y siguiendo las huellas paternas aterrizó en Buenos Aires. Allí vivía Carlos, hermano de mamá y varios parientes lejanos. En España quedamos mi hermana Encarnación, casada con José Suárez Castro, con su hijo Pepín de tan sólo un año de vida y yo. Sucesivamente y en corto espacio de tiempo vino José, después Encarna y Pepín y yo fui el último en arribar a estas tierras en el año 1959 en un cálido día de enero, pero no para Buenos Aires, sino para Montevideo, una hermosa ciudad balnearia capital del Uruguay y que se comentaba que tenía muchas raíces españolas hasta el punto de que parecía una ciudad española de tantas.

¿Por qué para Montevideo y no para Buenos Aires? Eran los años 50, y gobernaba Argentina el Sr. Domingo Perón. Perón había promulgado una Ley que impedía girar dinero a España y reclamar a los hijos. Ni cortos ni perezosos cruzaron el charco, y se radicaron en Montevideo.

En Zamora quedaron los recuerdos del tiempo vivido, mientras tramitaba la documentación que me permitiría unirme a mi familia. Mi abuela materna, Dña. Luisa, se había jubilado y compró una casa en la calle Del Santo Nº. 1. También mi tío materno, Sabino, se había mudado a Zamora y tenía un taller de zapatería en una esquina de la Plaza Viriato.

Cómo olvidar los paseos por Santa Clara después de las 19 horas... o las reuniones con los amigos los domingos después de la Misa de las once, con quienes, arrancando de la iglesia que estaba frente a la esquina de la zapatería, íbamos recorriendo los bares hacia Tres Cruces. En cada uno de ellos degus-



tábamos las riquísimas “tapas” tradicionales, junto al no menos tradicional “chato”. Pagaba el que perdía los dados.

Los Juicios orales y públicos nos reunían en las tardes de ocio o el interminable ir y venir por Santa Clara. Quedan prendidas en mi nostalgia la Semana Santa, con sus hermosísimos Pasos y emocionantes procesiones; la fiesta de San Pedro, con su tradición, que desbordaba de alegría; y la pesca en el Duero, con la cabeza bajo el agua, o la pesca de la anguila en el Valderaduey. Todo se perdió en el tiempo, pero no en el recuerdo. Todo ello forma las raíces que me sujetan a mi “terruño”.

En Uruguay encontré el complemento a mi vida. Gente fraterna que te recibía como uno más. Nunca me sentí un extraño.

La Universidad del Trabajo del Uruguay me dio la formación y el lugar para ganarme la vida. En ella trabajé y conocí a mi esposa, Clara, la que me dio no sólo la vida, sino otra vida más, que es nuestra hija Alicia.

En la Universidad me jubilé como Jefe de Locomoción y Talleres en el año 2000, después de 40 años en los que realicé las más diversas tareas administrativas desde el primer lugar del Escalafón administrativo.

Creo haber cumplido con el destino que Dios me encomendó. Amo a esta tierra y a su gente que forman, junto con mi tierra zamorana, los dos pilares, las dos raíces que me sostienen y me alimentan. En los dos lugares están mi corazón y mi mente. A los dos los amo.



# Recuerdos, vivencias y añoranzas

Herminia Leal Lorenzo

## DE LA VIDA DE UNA EMIGRANTE ZAMORANA: DE SAN VITERO EN URUGUAY

Mi historia se remonta a una historia de emigrantes: Mis abuelos eran muy pobres.

Mi abuelo Victoriano, padre de mi madre, emigró a Cuba con la finalidad de ahorrar y de esa forma poder comprar unas tierras en el pueblo para estar mejor; pero no corrió con la suerte deseada, pues el banco donde guardaba el dinero dio quiebra y se quedó sin nada. Mi abuela Miguela tuvo que mandarle para el pasaje, y regresó a España.

Mi abuela Máxima, madre de mi padre, emigró a Uruguay. Estuvo unos años aquí, hasta que después regresó a España, se casó allí y allí permaneció. Cuando mi abuela estuvo en Uruguay, la ciudad de Montevideo llegaba hasta la Puerta de la Ciudadela.

Mis padres, Marcelino Leal Ramos y Justina Lorenzo Hidalgo, se casaron en San Vitero<sup>1</sup>. Ya casados vivían cada uno en la casa de sus padres, porque no tenían una casa en común. Allí se vivía de lo que se cosechaba, y se trabajaba mucho en el campo. Se plantaba el trigo, se trillaba y luego se llevaba el grano a un molino del que ya salía la harina y el salvado. También se plantaba el lino. Me acuerdo siendo una niña ver las plantaciones de lino, hermosas con sus flores azules. Luego se cortaban, se hacían manojos y se llevaban al río a San Juan, que era un pueblo lindero a San Vitero. Allí, en el río, se dejaba varios días para que se ablandara, luego se procesaba en la casa

<sup>1</sup> Localidad de la provincia de Zamora (N.E.).

hasta formar una fibra, que luego se hilaba y quedaba un hilo de lino, con el cual se hacía tela.

La gente del pueblo sabía hacer de todo. La lana de las ovejas se hilaba en ruecas rudimentarias, luego se teñía con cortezas de plantas. Se hacían mantas hermosas en telares y a mano y también ropa para las personas. En ese pueblo muy poco se compraba, pues (*sic*) la verdura y las legumbres, todo se cosechaba, también fabricaban los fideos, que los colgaban de unas varas para que se secaran y duraran un tiempo.



Esta foto fue sacada al tercer día de llegar al Uruguay. Mis padres, mi hermana y yo con un amigo de mi padre.

Cada familia tenía sus animales, que le servían para el trabajo y para el alimento. Los burros se usaban mucho para el trabajo, porque no había máquinas; era todo a pulmón. De los cerdos se hacían chorizos, morcillas, jamón crudo del que aún recuerdo su exquisito sabor.

Mi padre, Marcelino, junto con el trabajo de la tierra, había aprendido con mucho empeño y sacrificio la profesión de sastre. Caminaba nueve kilómetros aproximadamente por día para ir a aprender, y también trabajaba algo.

Las casas tenían gruesas paredes de piedra (por el frío). Adentro se hacía fuego, que se llamaba lumbre. Ahí se colgaba una olla donde se hacía la comida, que generalmente era caldo de coles con carne de cerdo. También se colgaban los chorizos para que se ahumaran y curaran.

Generalmente, al costado de la casa había un corral donde se guardaban los animales, porque el frío del invierno los mataba, y en ese corral grande se hacía un colchón de hojas de árbol traídas del bosque, donde los animales

hacían sus necesidades, al igual que las personas, porque no había baño en las casas. Luego de tantos días se sacaban esas hojas y se usaban de abono. Nuevamente se traían hojas nuevas, y así se mantenía sin olor y limpio. En unas piezas que había en los corrales se guardaban también distintos granos como trigo, porotos<sup>2</sup>, garbanzos, papas, etc.

En los corrales era común ver como anidaban las golondrinas. La gran mayoría de las casas tenían en su puerta un agujero redondo para que entrara y saliera el gato.

Recuerdo mi pueblo, San Vitero, como una ciudad en miniatura, muy bonito. Me encantaba jugar en la nieve, haciendo bolas y tirándonos entre los niños. A veces venían comediantes ambulantes en carruajes y era una diversión ir a ver el espectáculo. También los domingos de tarde se hacía baile en algún lugar del pueblo, al aire libre. Se bailaban, entre otros bailes, los pasodobles. Grandes y chicos, todos se divertían, y a mí me encantaba todo eso. San Vitero tenía aproximadamente ciento cincuenta vecinos. Era hermoso: tenía dos escuelas, dos iglesias, dos molinos, tres fuentes, sus prados y su bosque, todo en conjunto era como un lugar encantado. También se hacían ferias: una se hacía todos los meses; me acuerdo de que vendían de todo un poco, como pulpo en cazuelitas que se comía allí mismo. La otra feria se hacía dos veces al año. Se llamaba “La feria del Cristo”, porque se hacía al lado de una iglesia que se llamaba “Del Cristo”. Esta feria era muy grande, venía gente de los pueblos linderos a comprar y a vender, se vendían hasta animales.

Mis padres, como ya conté, trabajaban la tierra, y mi padre también cosía, pero ellos estaban casados y no podían vivir juntos por no tener casa ni tierras propias porque eran de sus padres. Lo peor fue cuando falleció mi abuelo paterno, Valentín, (yo aún no había nacido) pues surgieron problemas familiares, que sumados a los económicos de esa época, fueron los que hicieron a mi padre emigrar hacia Uruguay para ver si podía ya formar un hogar y tener su familia con él.

Dado que cuando mi abuela paterna, Máxima, estaba en Uruguay, también vivía allí su hermana Manuela; ella se quedó aquí y luego se casó, formó su familia con su esposo Ramón y sus hijos. Ramón, el tío de mi padre, fue quien lo reclamó, por eso pudo venirse a Uruguay reclamado por su tío.

Al llegar a Uruguay mi padre empezó a trabajar de sastre, pero no le iba nada bien y temía tener que irse de vuelta, pero a los dos años la situación mejoró bastante, y vivía con sus tíos. A los tres años de estar aquí en Uruguay decidió reclamarnos o irse porque nos extrañaba mucho. Empezó los trámites para traernos.

<sup>2</sup> Alubias (N.E.).

## MIS RECUERDOS

Allá por el año 1957, cuando yo tenía siete años de edad, vivía en un pueblito muy chiquito de Castilla la Vieja<sup>3</sup> llamado San Vitero, provincia de Zamora. Mi padre hacía tres años que se había venido para América del Sur, a Uruguay, y se quedó en su capital Montevideo. Mi madre seguía en San Vitero, con mi hermana de dos años, Valentina, y yo. De mi padre en San Vitero no tengo ninguna imagen, pues se fue cuando yo tenía cuatro años y no me acuerdo nada de verlo.

Pasé mis primeros años en un pueblo con un bosque y hermosas flores, árboles frutales, fuentes, lo cual hacía de mi vida algo muy natural. Jugaba con mis amigas, iba a la escuela y era una niña feliz. Dormía con mis dos abuelos maternos, que los adoraba. Todas las tardes esperaba a mi abuelo Victoriano cuando venía con las vacas, porque me traía moras del bosque.



Tíos, abuela y primos.

Me acuerdo de mi pueblito, y es tal como una postal en mi mente. Al entrar a él, en un costado de la carretera, había dos árboles de castañas muy grandes, y debajo de ellos jugábamos, con sus hojas grandes nos hacíamos sombreros. Me acuerdo del bosque, tupido en vegetación, y de las jaras que tenían lindas flores, las margaritas de todos colores y otras flores que cubrían

<sup>3</sup> San Vitero, provincia de Zamora, pertenece al antiguo Reino de León, no de Castilla la Vieja (N.E.).

el bosque y los campos en la primavera. Los puentes, (con forma de arcos), con sus arañas de patas largas, en los cuales jugábamos y buscábamos erizos. Al arroyo que cruzaba el pueblo iba la gente a lavar la ropa, porque en las casas no había agua.

A la escuela a la que yo iba, en el invierno, llevaba un braserito de lata, dándole vueltas para mantener vivas las brasas; así nos calentábamos porque hacía mucho frío. Frente a la escuela había una plaza, en la que jugábamos debajo de una morera. También ahí había una de las iglesias del pueblo, a la que me encantaba ir cuando había casamientos o bautismos, porque tiraban cohetes, monedas y caramelos. Me acuerdo de las procesiones, pidiendo que lloviera cuando había sequía; y de muchas otras cosas más. San Vitero, un pueblito de película; perfumado por el aroma de los manzanos y las rosas. Ese perfume todavía perdura en mi mente. Entre medio de toda esta postal, un día me vi en una ciudad, no me acuerdo cuál era. Al tiempo supe que esa ciudad era Gijón.



Mi abuela, tía y primos.

Nos hicieron muchos exámenes médicos, y luego fuimos a comer sardinas a un lugar que se parecía a una pensión u hotel chico. Permanecimos varios días en esa ciudad. La veía grande, era la primera vez que se salía del pueblo. Yo no sabía qué era lo que estábamos haciendo en esa ciudad mi madre, mi hermana y yo. Adoraba cada piedra de mi pueblo, cada flor, el bosque, el trigo, la siega, mis abuelos y mis tíos, pero cada vez estaba más lejos de eso que tanto adoraba.

No sé como aparecí en un barco “Monte Udala”. Era hermoso; no entendía nada pero estaba perdiendo, sin darme cuenta, mis tesoros: “el pueblito” que amaba, mis abuelos que adoraba y mis tíos. Pasaban los días y las noches, y seguíamos viajando en el barco, pero no me daba cuenta a dónde íbamos, ni pensaba nada sobre lo que había dejado atrás. Mi madre lo pasó mal, mi hermana con su corta edad no percibía nada, yo correteaba todo el día sin pensar en lo que extrañaría. Fue un viaje hermoso, para mí era un hotel cinco estrellas. Tenía luz y agua, que en el pueblo no había. Plancha para planchar la ropa, radio, que yo nunca había visto. Me acuerdo del comedor del barco como un restaurante de lujo, en mi mente yo lo comparo con el Titanic. También me encantó la fiesta en alta mar, el simulacro de hundimiento, después una gran comida y juegos, carreras de embolsados, juegos en las piscinas, etc. Para mí fue un viaje inolvidable, aunque era chica no he logrado olvidar ningún detalle. No me daba cuenta a dónde me dirigía y qué era lo que el destino me tenía preparado.



Esta foto fue sacada cuando mi padre se vino a Uruguay.

## MI VIDA EN URUGUAY

Cuando llegamos a Montevideo el 20 de octubre de 1957, a las 12 de la noche, vi la fortaleza del Cerro de Montevideo toda iluminada, y el faro con su luz más potente. Mi padre nos estaba esperando en el puerto, aunque yo no lo conocía. En mi mente no lo registraba, me había olvidado. ¡Claro!, fueron tres años sin él.



Así empezó mi vida en el Uruguay, Montevideo. A mi padre yo no lo quería, le decía tío. Mi padre me compró un muñequito chiquito que parecía un niño Jesús jese muñeco fue el único que tuve en toda mi vida!

A quince días de dejar mi pueblo, el sentimiento de añoranza de lo que dejé se hacía cada día más fuerte. Me acuerdo que la gente del barrio me hacía hablar porque le gustaba mi acento (pronto lo perdí). En muchas oportunidades me sentí discriminada, me decían “gallega” y algunas otras cosas que es mejor olvidar.

Al llegar al Uruguay, yo recién había cursado segundo grado en España y aquí tuve que cursar nuevamente ese grado. Pronto empecé la escuela: fui a una escuela pública muy chiquita, donde las aulas parecían vagones de tren. Hoy en día en ese lugar hay otra escuela y liceo.

A esa altura comenzó en mí un pensamiento casi fijo, la melancolía de saber que no volvería a ver a mis abuelos porque estaba tan lejos, sufría y lloraba en silencio. Gran parte de mi vida me pasó esto de llorar en silencio porque añoraba ver a mis abuelos queridos que los había dejado. También de recorrer el pueblito, tocar las piedras, ver la morera, las cuevas de tierra blancas, con las cuales se pintaban las casas. También recuerdo las cigüeñas, dando vueltas alrededor del pueblo, despidiéndose hasta el próximo año.

Mis padres, aquí en Montevideo, en el barrio Piedras Blancas, vivían en la casa de sus tíos, pero al poco tiempo compraron un terreno (con una casillita (*sic*)) en la misma cuadra que vivíamos. Lo compraron y pagaban por mes. Un primo les ayudó y les prestó dinero. Era una casilla muy precaria, cuando había viento parecía que se iba a volar.

Éramos muy pobres, pero mis padres trabajaban día y noche para poder salir adelante. Plantaban coles y nabizas como en España, y pronto entraron en conversación con unas monjas que pasaban siempre. Por las plantaciones, ellas enseguida se dieron cuenta de que eran españoles pues ellas también lo eran. Tenían el colegio “Divina Pastora”, a dos cuadras de nuestra casa, y les propusieron a mis padres que me mandaran a su escuela, que no me cobrarían. Hasta me daban ropa y comestibles que venían del exterior. Allí me inscribieron en tercer año. Tuve una maestra, una monja joven española, que yo quería mucho. Luego, los años siguientes tuve maestras que no eran monjas. Yo venía de la escuela, limpiaba la casa, hacía los deberes, y luego les ayudaba a mis padres a coser: horas me pasaba cosiendo, y si tenía tiempo jugaba.

Mis padres, trabajando mucho, lograron hacer una casa al frente y quedó la casillita al fondo. Cuando yo cumplí trece años nació mi tercera hermana, Miguela. Era tan deseada por mi otra hermana y por mí que la teníamos como una muñeca.

Empecé el liceo, pero seguía ayudando a mis padres para entre todos poder terminar la casa. Toda mi vida sufrí en silencio. Cuando yo tenía die-



ciséis años falleció mi abuelo, y quedaba todavía mi abuela, que la adoraba, pero seguía sin poder ir. También a mi tía, que era mi madrina y la quería mucho. Ella me había enseñado a leer y escribir. A medida que pasaban los años me fui resignando de no poder volver a ver más a mis seres queridos, ni los tesoros de mi pueblito.

A los diecinueve años conocí a mi primer y único novio, el que es mi actual marido. Al año y medio nos casamos. Trabajábamos los dos: Yo estudié para mecánica dental, pero como me era más fácil trabajar cosiendo, porque de chica me había criado entre ese trabajo, me dediqué unos años a coser. Hacía pantalones de verter (*sic*) para “La casa del

uniforme”, y también en fábricas de prendas de exportar. Mi marido estaba terminando de estudiar maquinista naval y estaba trabajando en ANCAP. Al año y medio tuvimos nuestro primer hijo, Marcelo. Siempre trabajando para poder salir adelante y tener algo. Cuando nuestro hijo tenía dieciocho meses tuvimos el segundo hijo, Andrés.

Luego falleció mi abuela materna. Yo la adoraba, y sentí que mi mente ya no lloraba más por ir, al no tener mis dos abuelos que tanto los quería. Eran mis amores. Seguía teniendo a mis tíos y mi pueblito, aunque cambiado, moderno con luz y agua, sin los castaños en el costado de la carretera, sin el trillado del trigo, sin la lana de las ovejas y sin el hilado del lino en la rueca a la luz del candil, sin el braserito de lata, sin muchas cosas naturales que el modernismo sepultó.

Ante todo esto que vivía y que pasaba en mí, yo seguía luchando. Queríamos tener nuestra propia casita, porque estábamos alquilando. Mi suegra, la madre de corazón, nos vendió una casita muy precaria que ella tenía alquilada, se la pagamos como pudimos. Nosotros estábamos pagando alquiler, y a su vez pagando a un abogado para echar la gente que estaba alquilando la casita, que no nos pagaban nada. Nos llevó como dos años y medio darles el

desalojo, pues antes era peor que ahora. A veces no teníamos dinero ni para la leche de los niños, porque se nos hacía difícil pagar todo esto y vivir. Luego nos entregaron la casita, toda rota con el baño afuera, y el techo se llovía por todos lados. Pero igualmente nos mudamos con los dos niños. Éramos felices porque teníamos algo que era nuestro.

Pronto nos vino una luz: Pidieron maquinistas navales para Venezuela, y se anotaron como seiscientas personas, entre ellos mi marido, quien tuvo tanta suerte que entre los siete elegidos que él fue uno de ellos. Tenía veintitrés años, y nada de experiencia. Así fue contratado para emigrar a Venezuela, a una empresa americana “Universi Zansps” en Puerto Ordaz. Otra vez el tema de la emigración retornó a mi vida, de la misma manera que le sucedió a mi madre. Éramos jóvenes, teníamos dos niños chicos, pero era el momento, había que sacrificarse por tener algo mejor.

Mi marido se fue y yo me quedé aquí con los niños. En cierta forma la historia se volvía a repetir. Vino a los ocho meses, estuvo veinte días con nosotros, luego se fue y volvió ocho meses después, y cuando llegó ya pudimos comprar una casa linda y nos mudamos, era en el barrio del Cerro. Nos quedamos en esa casa, y mi marido se volvió nuevamente. Trabajaba en una draga “Icoa”, impresionantemente grande, dragaba el río Orinoco.

En la casa nueva yo me sentía que flotaba. No tenía casi muebles, me parecía que esa casa no era nuestra; sufría mucho porque lo extrañaba, lo quería mucho y lo amaba. Era joven, con los dos niños, tenía plata, no precisaba trabajar, pero extrañaba mucho y al poco tiempo nos fuimos a Venezuela los niños y yo.

Allí en Venezuela teníamos un apartamento muy lindo, pero nos veíamos cada veintiocho días.

Yo extrañaba mucho el Uruguay, era como que había revivido en mí la historia vivida en la niñez. No podía estar, extrañaba todo, nuestra casa que habíamos comprado, mis padres, mis hermanas, no sé, los árboles, las plazas, la vida aquí, una segunda patria a la que me había acostumbrado. Estuve en Venezuela casi dos años. No veía la hora de volver. Cuando volvimos, con algo de dinero, nos compramos un taxi, pero aquí uno pierde la mitad de lo que trae. Seguimos aquí en Uruguay, luego tuvimos nuestro tercer hijo, Nicolás. Al igual que mis padres, pasaron trece años para tener el tercer hijo.

Mi marido, Reynaldo, aquí trabajaba en el taxi, porque no había trabajo en los barcos. Yo seguía trabajando en lo que hubiese. Vivíamos en la casa del Cerro, más tarde nos mudamos a un apartamento en el barrio Paso Molino. Luego vendimos el taxi, y mi marido empezó a trabajar en el ómnibus como conductor. Mis padres continuaban viviendo en Piedras Blancas.

Soy una persona conservadora, que adora la vida en familia. Me gusta que las familias se integren, se quieran, que no se pierda eso de hermanos, abuelos, tíos y primos. Es probable que mi historia de vida haya influido en ese deseo constante de ver a la familia unida.

Mis hermanas se casaron y tienen tres hijos cada una. Lo más triste es que hace seis años perdimos a mi madre, que la quería mucho, y todavía no lo he podido aceptar. La recuerdo siempre, la veo y de noche sueño con ella. También le gustaba que la familia se integrara, pensaba que nunca se iba a ir, y aún me parece mentira.

Mis tres hijos ya tienen su casa con sus señoras: Claudia, Serrana y Ana. Yo los quiero mucho y a ellas también. Todavía no tengo nietos, pero espero tenerlos pronto. Son trabajadores y hogareños, y sus señoras también.

Tengo cinco sobrinas y un sobrino, que también los quiero. Mi sobrina mayor, Gabriela, que es mi ahijada, recientemente tuvo una niña hermosa a la que llamó Lucía. Es la florecita de la familia, pues es la más chiquita.

También tengo un perro y dos perras, una de ellas, "La Loli", que me acompaña, es un tesorito, es como una personita. Parece un muñeco de peluche. Es chiquita, cariñosa, es como la nietita que todavía no tengo.

A pesar de todo esto que he vivido y que tengo, en mi mente está mi pueblito, San Vitero, detenido en el tiempo, esperando algún día poder verlo nuevamente, con todo su modernismo, aunque me siento a la vez triste de perder toda esa postal, natural e inocente, de la época en la que viví.



Mi abuelo, mi abuela hilando, y una vecina.

# La vida de un emigrante soriano español

Tomás de la Merced

## MI INFANCIA SON RECUERDOS DE UN PUEBLO DE CASTILLA

Nacido el 29 de diciembre de 1919 en Arévalo de la Sierra, provincia de Soria. Este pequeño pueblo queda a pocos kilómetros de la heroica Numancia, próxima al río Duero. Esos numantinos, que no quisieron doblegarse y menos entregarse a los romanos, prefiriendo morir luchando.

Cuando contaba con cinco años, falleció mi padre. Éramos cinco hermanos: tres mujeres y dos varones. Mi hermano Antonio era el mayor, tenía 14 años, seguido de los más pequeños, con Valentina, que es la única que me queda, tenía tres años.

Mi madre se llamaba María, y mi padre Feliciano. Mis padres eran muy jóvenes, y mi madre, al quedar viuda, tuvo que trabajar duro y hacer aquello que antes hacía mi padre. Se sacrificó mucho para poder criarnos y sacar la casa adelante.

Había deudas, puesto que habían comprado algunas fincas. Mi madre era muy derecha y puntual para pagar; creo que yo heredé bastante de ella.

En el último negocio que trabajé tenía un empleado en un escritorio y se llamaba Pepe: solía decirme: “Tomás, Ud. tiene un defecto, y es que le gusta pagar las cuentas lo más rápido posible”.

Mi niñez fue bastante dura: a los nueve años empecé a trabajar de pastor cuidando un rebaño de ovejas. El asunto era colaborar para ayudar a pagar las cuentas. Los inviernos eran muy duros por el frío que hace en esa sierra de Soria, y a veces con mucha nieve. A los diez años me contrataron también de pastor en Cuéllar; este pueblo queda a varios kms. del mío. El rebaño era bastante grande, que pertenecía a varios dueños. Los primeros meses no fueron nada fáciles, pues tuve que adaptarme a vivir fuera de la familia con

gente desconocida para mí. No solamente adaptarme a los patronos, al pueblo, a las costumbres y a la falta de cariño de mi madre y de mis hermanos. En ese pueblo estuve 7 años. Los patronos me querían como si fuera su hijo, y yo me acostumbré a vivir contento. Durante todo el año teníamos dos días libres: uno era el 20 de julio, día de los pastores. Ese día se renovaban los contratos para seguir con los mismos patronos o buscar nuevos. El otro día era San Miguel, el 29 de septiembre, que eran las fiestas del pueblo. El día de San Pedro yo aprovechaba para venir a ver a mi madre y a mis hermanos. Recuerdo que atravesaba montañas para hacer el camino más corto. Venía caminando, siempre corriendo, y llegaba a casa todo transpirado, pero no sentía el cansancio. Me emocionaba mucho con los abrazos de mi madre, y siempre me preguntaba si estaba contento con los patronos y si se portaban bien conmigo.

A mí me gustaban las ovejas, ya que los primeros años de mi niñez y juventud me crié entre ellas. Muchas veces pensaba para mis adentros que cuando fuera grande compraría un rebaño para mí. Las ovejas son muy bravas y muy tercas; donde va una quieren ir todas, tanto para lo bueno como para lo malo. Pero con buena educación tú consigues dominarlas. Yo las conocía muy bien, por el mucho tiempo que llevaba cuidándolas. A muchas las había bautizado, y cada una tenía su nombre. Yo las llamaba y siempre me contestaban con su balido. Ellas también me conocían a la perfección, ya que a muchas las vi nacer y crecer y hacerse ovejas adultas. Me seguían a todas partes. Yo siempre procuraba llevarlas por donde mejores pastos había. Las ovejas son más obedientes que ciertas personas si las educas bien. Ellas te corresponden bien. Siempre hay algunas<sup>1</sup> con algún comportamiento nada bueno, pero con un silbido o una voz siempre solían obedecer, de lo contrario merecían su castigo.

Tengo que puntualizar que durante los seis meses que permanecí en el cuartel<sup>1</sup>, la comida era excelente: en todas las comidas había vino. Los domingos, después de comer, buen café y puro para los que fumaban. Después de terminada la guerra, volví al mismo cuartel. El asunto de la comida había cambiado completamente. Esto yo lo explicaré en su momento.

## NOS EMBARCAMOS A ESPAÑA DESDE CEUTA

Bueno, llegó la hora de embarcamos para España, sin saber a qué frente nos destinarían. La despedida del cuartel fue muy emocionante después de un gran banquete, acompañado de los correspondientes brindis y algunas buenas arengas por parte de los jefes, tales como: “Soldados valientes, no

<sup>1</sup> El autor pasa a estar en la “mili” sin contar nada previamente (N.E.).

dudamos que vais a dejar bien puesto el honor el Batallón de Transmisiones de Marruecos”.

Nos embarcamos de noche en unos barcos viejos, en total unos 150 mil hombres. Tuvimos que esperar varias horas bastante alejados del puerto, con las luces apagadas por temor a ser bombardeados por las fuerzas republicanas. Al día siguiente desembarcamos en Cádiz. Fue un recibimiento muy emotivo. A nuestro paso por las calles nos vitoreaban y tiraban claveles, y nos obsequiaban con bebidas, puesto que hacía bastante calor.

### FRENTE DE BATALLA EN LOS QUE PARTICIPÉ COMO RADIO TELEGRAFISTA

Primer frente: Extremadura. Nos llevaron a Trujillo, Cáceres, un pueblo muy bonito, muy histórico. Nos alojaron en un teatro. Desde allí contemplábamos la estatua de Pizarro, conquistador del Perú. Conocí la casa donde nació ese gran conquistador. La estadía en Trujillo fue tranquila, pues el frente estaba bastante retirado. Después de un par de meses, a mi equipo nos mandaron al frente, a las trincheras en plena montaña. Todas las noches nos comunicábamos con nuestro capitán, reportándole todas las novedades del frente. Éramos tres telegrafistas, el cabo y dos soldados. Teníamos un aparato con el que se podía transmitir durante el día y la noche transmisión oculta. Solamente podía verlo el que recibía el mensaje; todos los mensajes eran por clave. En el monte construyeron chabolas para pernoctar. Había muchas ratas que nos comían los calcetines, y de noche, si te descuidabas estando dormido, te tiraban de los pelos. El frente era muy tranquilo, y cada dos meses había relevo. Otra vez para Trujillo. Aquello era lindo; varios de los compañeros hasta se fueron con chicas de ese lugar. Pasamos unas Navidades en ese famoso Trujillo que por cierto lo pasamos lindo. El capitán que mandaba la compañía se preocupaba mucho por sus soldados, particularmente por la comida, por la ropa y el calzado.

En la compañía había un soldado “mariquita”, entonces el capitán mandó comprar 50 puros. Este “mariquita” los cuidaba. Recuerdo que un día apareció por la avenida principal de Trujillo, desfilando con los 50 puros detrás de él. Aquello fue un gran acontecimiento: aplausos, felicitaciones al mariquita, al capitán y a toda la compañía. Esos 50 puros fueron sacrificados, con los que pasamos una noche buena bárbara.

De la noche a la mañana viene la orden urgente y nos llevaron al frente de Guadalajara; allí las papas quemaban. A los italianos les dijeron: “A la bayoneta” y entendieron a la camioneta... salieron corriendo a la retaguardia.



Nuestra División 152 tuvo que pelear duro, y hubo bastantes bajas. A nuestra compañía le tocó un pueblo que se llamaba Sotodosos, y allí estuvimos sitiados varios días.

Nosotros, teníamos la central telefónica en el centro del pueblo. Uno de los días bravos en batalla, un cañonazo pegó en el poste donde estaban todas las líneas y nos dejó incomunicados con el cuartel general. Con la primera bandera de la Legión con la que varios moros, ahogados según los comentarios, se emborrachaban y caían en los depósitos de vino.

Después la división se puso en marcha, y estuvimos dos días caminando. Recuerdo alguno de los pueblos y otros que ahora no recuerdo. El asunto es que después de llegar a un punto determinado, se reciben nuevas órdenes y otros dos días caminando. Nos mandaron a otras posiciones dentro del mismo frente. No hay que olvidarse que en este frente del Ebro fue donde se ventiló la guerra”.

Corría el mes de setiembre para conquistar la Sierra Caval y la Sierra Pandol.

A las siete de la mañana llegaban los “pavos”, nombre que se le daban a los aviones de combate. Bombardearon muchas horas, unos venían y descargaban y otros seguían haciendo lo mismo. Total, se calculaban unos 300 a los mismos objetivos. Había 500 baterías disparando sin parar. Aquellas montañas estaban en llamas, y a pesar de todo eso no era fácil de avanzar: esto duró varios días.

Uno de esos días, a mi equipo, que en total éramos cinco, teníamos la estación de radio y teléfono en un pequeño búnquer protegido por bolsas llenas de tierra. Nos mandaron un cañonazo, y todo quedó destruido. De cinco sólo quedamos dos: el asturiano valiente y el que suscribe, que a mis 86 años puedo contado. En aquel entonces solamente tenía 17 años.

Esta historia que estoy narrando no es nada ficción, fue pura verdad. Este mes de junio, en el canal 79 de TVE, los jueves a las 23 horas de Uruguay están dando un programa titulado “Laberinto Español”. En ese programa hay buenos historiadores que explican los sucesos ocurridos en la guerra española, tanto de un bando como del otro.

Una noche, yo estaba mirando el programa cuando aparece el frente del Ebro allí explicaban lo mismo que yo estoy narrando: lo de los aviones y lo de las 500 baterías. Seguramente algún otro español haya visto el mismo programa y que también podrá certificar.

## FRENTE DE VALENCIA Y FIN DE LA GUERRA

Dejamos el infierno y nos trasladan al frente de Levante, Valencia. A nosotros nos trasladaron a Liria, un pueblo muy bonito, y nos alojan en un



cine. Al poco tiempo, y pasados unos pocos días, otro traslado a Paviás, un pueblo muy pequeño abandonado por sus vecinos, con todas las casas cerradas. Nos encontramos en el frente cerca de primera línea. En ese pueblo solamente estaba una sección de sanidad, y nuestro equipo de transmisiones. A los pocos días se fueron los de sanidad, y el teniente que mandaba sanidad me dijo: “De la Merced, queda el alcalde del pueblo”. En ese mismo pueblo de Paviás nos enteramos por radio que la guerra se había terminado. Fue la mejor noticia.

### NI UN SOLO TIRO

Seguramente, los que leen estas historias vividas por mí, no creerán que yo, durante toda la guerra, no disparé ni un solo tiro. Primeramente, llevábamos un fusil y después nos lo sacaron, ya que para nosotros era muy molesto por el transporte de nuestro equipo que pesaba bastante. Después nos dieron una pistola, esa arma era más práctica. Gracias a Dios nunca tuve que emplearla por lo que tengo mi conciencia tranquila, ya que no maté a nadie, cosa que me alegra mucho.

### DESFILÉ DE LA VICTORIA EN VALENCIA

Después nos mandaron a Valencia, y me tocó hacer el desfile de la Victoria. Antes de desfilarse, mucha revista de equipo, uniforme y práctica. Esto fue bastante pesado. El desfile fue por las calles principales de Valencia, muy emocionante. Como que fue el capitán de mi compañía durante los 24 meses que estuve en la Guerra. Después de saludarle militarmente me dio un abrazo, y los dos nos emocionamos mucho. Recuerdo lo primero que me dijo: “de la Merced, si quiere puede venir de ordenanza conmigo y todo lo que pueda hacer por Ud., para mí será una gran alegría”.

“Mi capitán, se lo agradezco mucho; estoy a las órdenes del teniente del Toro y mi trabajo es distribuir la correspondencia del Batallón y ayudar en la oficina”.

A todo esto, también cruzaba el teniente del Toro y observó todo el espectáculo. El capitán Fernández llama al teniente del Toro y le dice: “Ya sé que este soldado está con Ud.; le ruego encarecidamente tenga mucha consideración con él que bien se lo merece. En todos los frentes, cuando las papas quemaban y había ‘que salir a jugarse la vida, siempre cumplió como un buen soldado”.

Me hizo recordar Guadalajara y el frente del Ebro. Desde ese momento todo cambió para mejorar. Después el teniente ascendió a capitán y le destina-

ron a Algeciras. Un día me invitó a comer a su casa, me dio la nueva dirección y se me ofreció para cualquier cosa que se me ofreciese y olvidarme todos los contratiempos.

Al poco tiempo me licencié y regresé a mi pueblo. Estuve unos cuantos meses haciendo los trabajos del campo. Algunas quintas de soldados, que tenían que haberlos licenciado, el gobierno no lo hizo, inclusive a mi quinta, que nos volvieron a llamar de nuevo por asuntos de los maquis, que estaban en Francia y esperaban invadir España.

### ¡GUARDIA CIVIL!

Yo pensé que me tocaba otra vez marcar el caqui. En esos días anunciaban unas vacantes para guardias civiles de costas y fronteras. Nunca pensé ser guardia civil. Se me presentaban dos caminos; pero decidí solicitar. Me llamaron, aprobé el examen y a los pocos meses me aceptaron. Me incorporé en Cádiz; la academia estaba en San Fernando y allí estuve varios meses, hasta que nos dieron el alta por casualidad, y sin pensar ya era guardia civil.

Mi primer puesto fue Santipetri<sup>2</sup>, un pueblo muy pequeño donde funcionaba una fábrica de conservas de atún. En tiempos de zafra había mucha gente, y en invierno no quedaba nadie. Allí me repitió otra vez el famoso paludismo; había que tomar bastante quinina. Nuestro servicio era en las playas. El invierno era muy difícil por la gran humedad, y nos atacaba mucho el reuma, así que yo pedí el traslado para Navarra. A los pocos meses me concedieron el traslado, y me mandaron a Espinal, un pueblo cerca de la frontera con Francia, muy próximo a Burguete, pueblo de mucho veraneante. Nuestro servicio era en los montes vigilando la frontera. Allí no estuve mucho tiempo.

### GUARDIA ESPECIALISTA DE ADUANAS Y FRONTERAS EN NAVARRA

Estando en Espinal, salieron unas vacantes para guardias especialistas en aduanas y también me presenté. El teniente que me examinó era de Soria, y me dijo que si me tocaba en la aduana principal de Navarra que está en Dancharinea, “espero que te guste, pues es muy tranquilo, ya que el puesto internacional está cerrado”. Efectivamente, me mandaron a este pueblo. Yo en aquel entonces tenía 24 años, y lo mejor de mi juventud lo pasé ahí. Mi felicidad duró 7 años, pues el servicio era muy tranquilo. Teníamos buenas relaciones con los gendarmes franceses.

<sup>2</sup> Se refiere a Santipetri, Cádiz (N.E.).

A los pocos meses Alemania ocupó Francia<sup>3</sup>, y llegaron los soldados alemanes a ocupar el puesto de la policía francesa. También con los alemanes teníamos buenas relaciones. Durante esos siete años no faltaron novias ni amigas. Yo de noche pasaba la frontera para hacer algunas visitas, pero antes del amanecer tenía que volver. Una vez me vi en serios apuros, pues los alemanes que vigilaban la frontera tenían perros policías, y una noche, cuando yo regresaba, apareció una patrulla alemana y con uno de ellos permanecí hasta que toda la documentación estuviera en regla. Y como todo llega en este mundo, también llegó la hora de abandonar la patria por la que tanto había luchado.

Tuvimos que marchar a Francia y embarcamos en el puerto de Le Havre. El grupo estaba compuesto de 65 personas. Había de todo un poco: varios matrimonios, algunos recién casados y varios solteros, entre ellos el que suscribe.

La despedida de Elizondo también fue muy triste. El día que me despedí de aquella joven, que me había cautivado y que estaba muy enamorado de ella, a mí me pareció que me quedaba yo más triste que ella. Yo me preguntaba: “¿Será verdad que me quiere?”. En ese aspecto estaba muy equivocado, por lo que me demostró después.

## EL VIAJE HACIA AMÉRICA

El viaje fue bastante largo, pues tardamos 40 días en llegar. Viajábamos en el barco Tacoma, que en aquel entonces era un barco mixto. Nuestro largo viaje fue debido a que tuvimos que pasar por Canadá a buscar un cargamento de papas para siembra. Allá permanecemos una semana, donde existía la ley seca, pero el contrabando no faltaba como las bebidas alcohólicas. Había grandes nevadas y un frío que pelaba. La gente vivía a todo confort. Recuerdo que un domingo fuimos a misa y la iglesia estaba toda calefaccionada, cosa que nos sorprendió.

## ¡DESTINO URUGUAY!

Uno de los compañeros que era del valle de Ulzama, había sido estudiante de cura y recuerdo que me decía: Tomás, nosotros vamos a mandar negros. Nos tocó marchar juntos para el departamento de Florida, en Reboledo y en la estación nos estaba esperando el capataz del tambo, un negrito brasileño, que por cierto era todo un caballero. “¿No decías tú que nosotros mandaríamos

<sup>3</sup> El autor confunde fechas, Alemania ocupa Francia en 1941, y, según cuenta es en el año 1943 (N.E.).

mos negros?”, así le dije a mi compañero Ciganda, que así se llamaba: “Ahí tienes al negrito que nos mandará a nosotros”.

## PRIMEROS TRABAJOS

A Ciganda, lo primero que le mandó fue hacer zanjas para instalar el agua corriente. Me decía: “Tomás, me estoy haciendo la fosa”. Yo me reía. A mí me mandaron ordeñar vacas y no sacaba leche ni para el desayuno. Una vez, una vaca me tiró tal patada que fui despedido a media cuadra. La leche no se cayó, porque no había conseguido sacar nada.

El negrito conmigo se portó muy bien, siempre procuraba buscarme alguna vaca mansa. Cuando vio que yo no era para ese trabajo, me cambió de oficio y me encomendó el trabajo que consistía en llevar con un carro la leche que se sacaba en el campo hasta la estación de ferrocarril y mandada a Montevideo a la cooperativa de Conaprole. Uno de los días que estaba preparando todo el equipo para el caballo, que por cierto, era mi cumpleaños, al pasar por debajo de la cabeza del caballo me pegó un mordisco que todavía me está doliendo. Primero pensé que sería alguna caricia, ya que era mi cumpleaños.

El capataz siempre me preguntaba: “¿Sr. De la Merced, cómo le fue hoy?”. La cosa marchaba bastante bien, y yo me sentía ya medio vaqueano. Un día, antes de llegar a la estación de ferrocarril, de repente, al carro se le salió una rueda; yo salí con el caballo por delante y los tarros de leche cayeron al suelo. La mitad de la leche se perdió. Arreglé el carro como pude y la leche que se salvó la mandé por ferrocarril como de costumbre. Cuando regresé, el negrito me preguntó cómo había sido el viaje. Yo estaba preocupado de contar todo lo sucedido; él le restó importancia y me dijo que no me preocupara, que no era la primera vez que ocurría. Yo le pedí que lo arreglara bien, él conocía a varios paperos de cuando tenía el almacén y también conocía el mercado modelo y el agrícola eso me ayudó bastante.

Un día le dije a mi socio Jesús que uno de los dos sobraba, pero que yo no tenía motivos para marcharme, y decidió irse para España. Después vino a trabajar de socio Antonio Guelvenzu, que había venido conmigo al Uruguay. Un vasco, un catalán y un castellano. Cada uno tenía su misión dentro de la fábrica: Armando se encargaba de la contabilidad, Antonio, que no quería saber nada de compras ni atender a la gente, le gustaba trabajar y vigilar, y el que suscribe encargado de las compras para la fábrica. Hay un refrán muy verdulero que dice: “el negocio está en la compra”. Los tres trabajamos como fieras.

## ¡VIDA DE MUCHO TRABAJO!

Fueron pasando los años, y el local nos quedaba chico. Los dos socios me encomendaron solucionar ese problema y que me preocupara yo de buscar nuevo local. En el barro de la Unión encontré dos: uno en Justo Maeso y el otro en Gobernador Viana. El primero me gustaba mucho, era una carpintería que reunía todas las condiciones que nosotros precisábamos. Hablé con los dueños, que eran judíos, y me dieron un precio que me parecía caro. Les dije a mis socios que iba a pelear hasta rebajar el precio y se echaron a reír, suponiendo que los judíos son bravos para la plata. Llegamos a un acuerdo y el negocio se hizo. Tuvimos que hacer reformas bastante grandes en el local, que llegaba a tener unos 500 metros cuadrados, y una vez todo instalado y autorizado, nos mudamos a nuestro nuevo local.

Ahora trabajábamos con mucha más comodidad, coincidiendo con los años de las vacas gordas. En aquellos años no se importaban productos que nos hicieran competencia. En esos años empezaron a aparecer los supermercados. La fábrica trabajaba sábados y domingos, y cualquier día festivo. Cuando llegaban las fiestas navideñas nos volvíamos locos: la plantilla en esos meses era de unos 20 empleados, y se trabajaba hasta la una de la noche. Después se volvía a la normalidad y bajaba la cantidad de empleados.

A los pocos años, Armando Merced falleció, cosa que lamentamos mucho. Yo le compré su parte del negocio, puesto que Antonio no quiso comprarlo solo ni a medias. Arreglé todo con la viuda y todo se solucionó así. Pero también tuve que hacerme cargo del trabajo que hacía Armando, cosa que para mí no era nada fácil. Me puse en contacto con un catalán que trabajaba en la Candelaria, en una fábrica de productos lácteos, y como mi oferta era mejor, a los pocos días ya estaba trabajando con nosotros. Hasta que vendimos el negocio de papas fritas KW Al: ése era el nombre de la firma.

Yo trabajé hasta los 72 años, y mi primer viaje lo hice cuando habían transcurrido 15 años desde mi salida de España. Después hice otros más seguidos. Tras fallecer Armando, tardé 20 años en visitar España, pues para viajar precisaba por lo menos dos meses, cosa que no era posible porque no debía faltar al negocio.

## VIAJES POR PAÍSES AMERICANOS

Y todo no va a ser trabajar, hay que disfrutar un poco, así que durante estos 20 años, en compañía de mi señora, conocimos y recorrimos algunos países de nuestra América, como Brasil, Méjico, Perú, Bolivia, Argentina, Chile con buenos vinos y buenos mariscos, Paraguay, Colombia.

¡Cuántas alternativas tiene la vida!, los dos patrones que tuve cuando trabajaba en el bar, los dos, ¡vinieron a pedirme trabajo!

# Historias de emigrantes

Patricia Pedraza

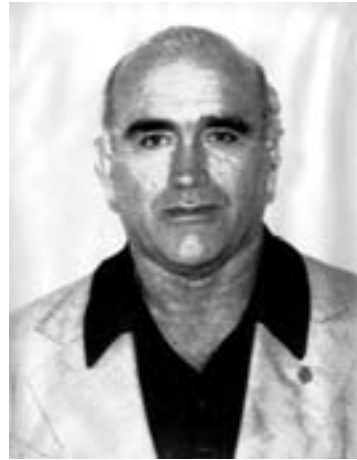
*A la memoria de mi abuelo, Ismael Pedraza, quien con sabiduría y amor nos inculcó el cariño por su tierra, nuestra tierra.*

FRESNO DE LA VEGA-LEÓN (1928-1952)

A cuarenta y dos kilómetros de León, y recostado sobre el río Esla, se encuentra Fresno de la Vega, cuidado por antiguos chopos y erguido alrededor de su torre, vigía constante del movimiento del pueblo. Aquí, entre huertas y casas de barro, nacieron mis abuelos, allá por el año 1928.

Mi abuela, hija de campesinos de clase media–alta, con cuatro hermanos, vivía en el Barrio de Arriba. Su madre, Escolástica, hacía las veces de partera en el pueblo, y su padre, Mario, era agricultor, como casi todos los vecinos de la vega, donde la tierra era símbolo de riqueza.

Mi abuelo era hijo único. Su padre, Manuel, era periodista, y su madre, Amadora, maestra de párvulos. Mi abuelo perdió a su padre a los cuatro años de edad, y supo ser hijo de su pueblo. Ávido de conocimientos, supo mezclarse entre los corrillos del Ayuntamiento y la Iglesia, aprendiendo todo oficio que tuviera en sus manos, desde monaguillo de la Iglesia de San Miguel hasta oficial secretario del Ayuntamiento. Se notaba, ya desde niño, que no pararía





nunca de aprender y que la palabra sería su herramienta más notable.

Visitando Fresno, su memoria se hace presente. Hay quien dice que nunca las campanas volvieron a tocar igual que cuando Ismael las doblaba, y miles de anécdotas y recuerdos vienen a sus cabezas de aquel niño y sus travesuras que alborotaban todo el pueblo. Más de uno recuerda a la “gusarapa”, la cola de

aquel gato negro que hacía mover a través de un hoyo en la madera del techo para asustar y mantener en silencio a aquellos niños, alumnos de su madre. Cuentan que saltaba los muros como ninguno, y que más de un vecino vio su primera fruta desaparecer en el aire.

La vida en Fresno era apacible y tranquila, siguiendo los dictados de la naturaleza, en cuanto a cosechas y fiestas.

Así transcurrió la vida de mi abuelo en Fresno de la Vega, y aquel amor por su pueblo siguió creciendo. Fue entonces cuando, en julio de 1949, junto a unos amigos, fundaron la Sociedad “Círculo Cultural y Recreativo Fresno de la Vega”, institución de la cual mi abuelo era el presidente. El propio gobierno civil de la provincia de León aprobó la constitución de la Junta Directiva de esa sociedad con fecha 20 de julio de ese mismo año.



Mis abuelos se conocían desde siempre. Varios aleros cubrieron y protegieron aquel amor, que comenzó de adolescentes y que creció como aquellos chopos de la vera del río. Todos recuerdan aquel año en la fiesta de los quintos, donde era tradición dejar en la ventana de las quintas una ramita de árbol, cada cual con su significado particular (álamo que te amo, chopo



que te quiero, y de palera que te quiera tu abuela). Cuentan en el pueblo que aquel año cuando mi abuela se despertó encontrando casi un álamo entero aferrándose a su ventana, sintió en lo profundo de su corazón de quien provenía aquello.



Y así, entre cartas escondidas y miradas robadas, su amor fue creciendo. La familia de mi abuela no consentía aquella unión que todo un pueblo apañaba. Mi abuelo llegó a enfrentarse al padre de mi abuela, diciéndole que sí metía a mi abuela en un convento el se disfrazaría de monja si fuera necesario para rescatarla.



su madre animó esa unión, y según cuenta mi abuela, siempre le repetía “hija, cástate a gusto, porque el enojo de un padre no dura un año” y cuánta razón tenía.

Vivieron en casa de la madre de mi abuelo, y allí al año siguiente nacía mi padre. Según mi abuela fue la primera vez que la vio un médico. Y aunque su deseo en ese momento era estar sola con su madre, en aquella pequeña habitación todo un pueblo se asomaba para ver nacer el fruto del amor que aquel pueblo apañó. Y con la llegada de mi padre, aquellas rencillas de familia poco a poco se fueron desvaneciendo.



España vivía tiempos difíciles. Eran tiempos de posguerra, una España dividida y dolida, donde el trabajo escaseaba y el salir adelante día a día se

hacía profundamente desgastante (*sic*). Mi abuelo buscaba trabajo para el sustento de su nueva familia, pero parecía que no había nada para él.

Recorría las zonas cercanas al pueblo en busca de trabajo, consultaba con familiares y amigos de la capital, donde tal vez hubiese más posibilidades. Buscaba entre sus recuerdos y los de su madre, amigos que pudieran estar en mejor situación y que pudieran proporcionarle un trabajo o la referencia necesaria para conseguirlo.

Fresno de la Vega a 4 de Diciembre de 1.922.

Excmo. Sr. D. Miguel Primo de Ribera.  
Londres.

Respetable V.ª.

Antes de nada debo pedir a V.ª. me perdone el atrevimiento que me tome de dirigirle esta carta, por tratarse de que no le conozco personalmente y puesto que si lo hago, es debido a la amistad que unía a su difunto padre (q.d.g.f.) con el mío; Pues bien como quiera que han transcurrido muchos años desde el fallecimiento de ambos y debido a mi corta edad no me había percatado de que podía contar con el apoyo de un hijo de un íntimo amigo de mi padre, hoy que me creo un hombre puesto que cuento 24 años de edad; me dirijo a V.ª. en suplica de que tome interés por este su seguro servidor que desde este mismo momento se tiene por uno de sus buenos amigos. Yo desgraciadamente me encuentro en un trance muy penoso, ya que me encuentro casado, con un hijo y mi pobre madre y a mis 24 años me halla sin colocación y sin ganar nada, pues parece que desde que falleció el difunto padre que yo contaba la edad de cuarenta años todas las desgracias han caído sobre nosotros: Por este motivo recurro a V.ª. contando con la amabilidad de su corazón ya que sería el único que podría hacer algo en mi favor tratando de colocarme y sabiendo que V.ª. podría hacerlo ya que su personalidad en España es muy grande. Yo no tengo más conocimientos que lo que he aprendido en la Escuela y la práctica de siete años de Oficial de la Secretaría del Ayuntamiento de Fresno de la Vega, y esto es el único medio económico con que cuento, pues ya podrá darse cuenta de la situación a desesperada en que me encuentro. Ya no es el V.ª. concierne a mi padre, se llamaba Manuel Pedraza Asensio y here entonces director de El Sol, ya el haberme dado cuenta de la amistad de nuestros difuntos padres ha sido la correspondencia que he encontrado, por casa y que había entre ambos, y si no he solicitado antes su ayuda fue como le digo por mi corta edad. Pense haberle escrito al enterarme de que había sido nombrado Embajador de España en Londres, también mi mas cordial bienvenida subrebuena y no lo hice entonces porque no me atrevi a escribirle pero ante las circunstancias que me rodean, lo hago hoy desamandole desampare dicho cargo con el mayor acierto.

Queda mas en espera de su contestación y en el entender de que ha de tomar interés por mi, se despide de V.ª. su affec. S.C. que se pone a sus órdenes.

Firmado/ Immanuel Pedraza

S/º Immanuel Pedraza Goyas  
Fresno de la Vega (León.)

Como último esfuerzo para quedarse en su tierra, escribe en diciembre de 1952 al hijo de un amigo cercano de la familia, Miguel Primo de Rivera quien se encontraba en ese entonces en la Embajada de España en Londres. Tal vez estuviera en sus manos la posibilidad de conseguirle algún trabajo que pudiera darle la seguridad necesaria para mantener a su familia en la tierra que los vio nacer. Tras varias misivas, le escribe haciéndole saber su deseo de ir a una tierra llamada Uruguay, en la cual reside su tío por parte de madre, y de la cual le han hablado muy bien. Es así que en marzo de 1953 recibe respuesta de Primo de Rivera indicándole la dificultad para ubicarlo, ya que no había al momento plazas vacantes. Asimismo, le indica que no conoce al Ministro de la Legación en Montevideo y que deberá confiar en las palabras de su tío.

Mis abuelos habían recibido una misiva de sus tíos, quienes les contaban las bonanzas de estos suelos tan lejanos y la posibilidad de tener un trabajo seguro. Los tíos de mi abuelo vivían en un país llamado Uruguay, en Sudamérica, cuya grandeza era tal que hasta en el deporte habían logrado acallar a todo un estadio. Al realizar la hazaña de vencer a Brasil en su propio estadio de Maracaná, Río de Janeiro, levantando la copa del mundial del '50. Tal vez esta tierra al otro lado del océano le ofrecería la oportunidad que no encontraba en su patria.

## LA PARTIDA Y EL VIAJE



La decisión estaba tomada, y ahora comenzaba la ardua tarea de preparar los papeles necesarios para poder realizar el viaje y entrar a un mundo desconocido para ellos. La emigración no era fácil, para poder entrar legalmente en Uruguay era necesario ser reclamado por una persona residente en aquel país, y llegar con un contrato de trabajo. Otra posibilidad, impensable para una familia con un hijo tan pequeño, era entrar ilegalmente por la frontera con Brasil, donde las pocas noticias que se recibían no eran para nada halagadoras. Fue así que, tras conseguir una carta enviada por el tío de mi abuelo y varias recomendaciones de las funciones realizadas en el ayuntamiento del pueblo, mi bisabuela vendió su casa y prepararon su equipaje.



Para mis abuelos, de 25 y 22 años respectivamente, aquella aventura de ver América era todo su sueño, que les daba fuerzas para el futuro y la posibilidad de brindarle a mi padre una vida mejor. Para mi bisabuela, que contaba con cincuenta y tantos, cuya vida había transcurrido en aquel pueblo, la partida era su calvario.

Y así llegó el momento: el panadero del pueblo, Claudio Morán, les dio la primera ayuda que necesitaban, trasladar a esta familia hasta Palanquinos, y de allí en tren hasta Vigo.





Los acompañaron en esta corta travesía los padres de mi abuela, Mario y Escolástica, quienes no podían creer que su hija y su único nieto dejaran esas tierras.

Al llegar al puerto de Vigo se divisaba el barco que los arrancaría de su tierra, dejando parte de su alma anclada en España, y con la promesa de que algún día volverían. Quiso la casualidad que ese fuera el último viaje que realizara el “Highland Princess”.

Con su talón de embarque de familia de emigrantes en la mano, partieron mis abuelos, mi padre, con tan sólo 17 meses de edad y la madre de mi abuelo, el 15 de septiembre de 1953, del puerto de Vigo con destino Montevideo. Aquel billete de ida sería pagado en destino. Al otro lado, en el puerto, parados los padres de mi abuela, se despedían sin saber que ese sería el último día que verían a su hija y nieto.

Con tres baúles, colchones de lana, y sus corazones llenos de esperanza partieron en un viaje de 20 días hacia lo desconocido.

Tal vez sea casi imposible imaginarnos ahora, en la época de Internet y comunicaciones al instante, lo que aquella partida significaba. Nunca habían

Forma 3070

Talón de embarque de familia de emigrantes

**LA MALA REAL INGLESA**

Nombre del barco: \_\_\_\_\_  
 Fecha de salida de: \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_

Nombre de pasajeros: 47

Recibido para embarque (debe completarse por el representante de la empresa, en el momento de salir de la ciudad de origen) en el vapor: **HIGHLAND PRINCESS**  
 que tendrá en salida de la ciudad de: **VIGO** el día: **13 de Mayo** de 1914 para el puerto de destino: **MONTEVIDEO**

Para más datos de los talones: *Real Decreto*

Nombre	Edad	Sexo	Profesión
1. <i>Francisco Sánchez</i>	35	M	1914
2. <i>María Sánchez</i>	32	F	1914
3. <i>Juan Sánchez</i>	10	M	1914
4. <i>María Sánchez</i>	8	F	1914

SEPTIEMBRE 1914

**CLOSED CABIN**

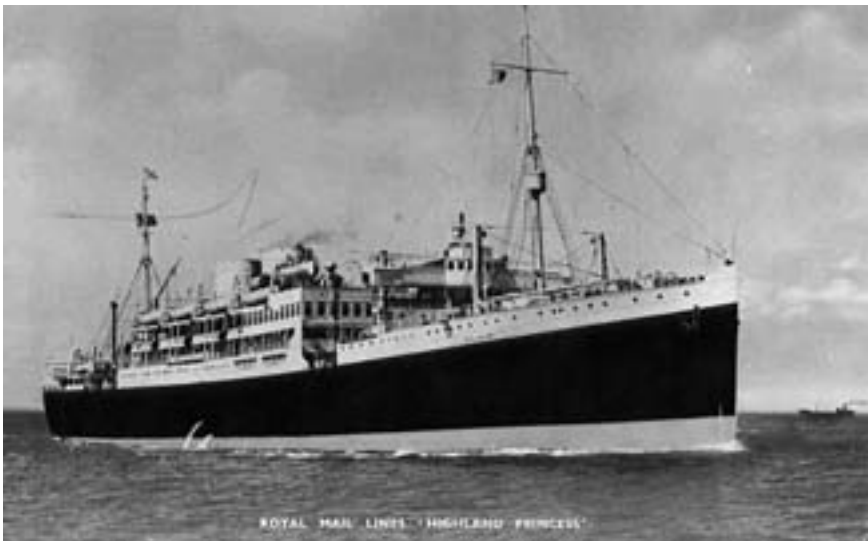
LA MALA REAL INGLESA

11

visto el lugar a donde se dirigían, no sabían con lo que se encontrarían, no sabían cómo sería el viaje. Si volverían a ver, tan siquiera hablar, con aquellos que dejaban en ese momento...Fotos en blanco y negro y cartas escritas a mano, que tardaban más de un mes en llegar a destino, era la comunicación que les esperaba por largo tiempo.

El viaje parecía eterno. La única capaz de ponerse en pie era mi bisabuela, que con mi padre en brazos, recorría el barco y atendía las necesidades del pequeño, quien tal vez por su corta edad no notaba que hacía tiempo habían dejado tierra firme.

Mis abuelos apenas podían salir de su camarote, las náuseas se apoderaron de ellos al poco tiempo de perder de vista el puerto de Vigo, y no los abandonarían hasta pisar el puerto de Santos en Brasil, escala antes de arribar a Montevideo.





Fue en el mismo barco, donde mi abuela vio por primera vez a una persona tomando “mate”, bebida característica de Uruguay y la región, la cual en una vasija del mismo nombre, generalmente de calabaza, se coloca una yerba (hojas secas y molidas de esta planta) a la cual se le hecha agua caliente, preparándose así una infusión, la que se toma a través de una bombilla (pajita de metal). La impresión de mi abuela fue que aquel hombre estaba peor que ella, y qué enfermedad tendría tan grave, que tenía que tomar agua a través de aquella pajita de metal. No sabría ella que más tarde en su vida, y a su manera, también prepararía aquella infusión y la llevaría de retorno a su pueblo natal.

La llegada al puerto de Santos, Brasil, fue toda una experiencia para esta familia, que nunca había salido de aquella vega entre montañas, y que su viaje más lejano había sido tal vez alguna visita a Palanquinos, las carreras hasta el pueblo cercano de Cabreros del Río o a Valencia de Don Juan, o a la propia capital León, a tan sólo cuarenta y dos kilómetros de Fresno.

Para mis abuelos fue la primera vez que vieron gente



de color, y este hecho aislado y tal vez sin importancia, denota el poco conocimiento que había del mundo al que se dirigían. Hay que tener presente que la emigración no era como la conocemos hoy, que ya no nos sorprende ir caminando por la calle y escuchar otros idiomas, ver gente de otras razas, otros pueblos, otras costumbres. Ahora las fronteras son una, y el conocimiento que tenemos del mundo es mucho mayor. La televisión no existía, aunque para algunos menores de 20 años esto pueda resultar increíble.

Finalmente, arribaron al puerto de Montevideo. Allí se encontraban esperando sus tíos con su hija Billy, de 17 años de edad.



El tío de mi abuelo, Benigno, vivía en pleno barrio Pocitos, de la capital, Montevideo. Tenía una de las tiendas (almacén) más surtidas del barrio, junto con una peluquería. Fue el primero en tener teléfono, número que mantuvo mi abuela hasta hace poco tiempo, cuando cambiaron la numeración telefónica de Montevideo.

Benigno estaba casado con Doña Pilar, mujer increíble de paciencia infinita, y con unas manos de oro que manejaba el ganchillo como pocas he visto. Perdón que me detenga en su persona, pero creo que fue digna de admirar. Aquella mujer, que vivió 95 años, y de la cual no recuerdo nunca haber escuchado una palabra más alta que la otra.

Nada más entrar en la estancia, un objeto extraño que colgaba de la pared empezó a sonar con viva voz. Billy tomó una de sus partes, y parecía hablar con otra persona que quién sabe dónde se encontraría. Fue la primera experiencia que tuvo mi abuela con un teléfono.

Como esto, muchas fueron las anécdotas. Como el día que mi abuela vio a Pilar vender yerba para el mate, y preguntó cuál era el animal que comía el pasto tan molido. En ese momento, mi abuela aprendió qué era eso del “mate”, y cómo era su preparación.

Dos años vivieron mis abuelos en casa de sus tíos, y aquella promesa de trabajo que los arrancó de sus raíces nunca fue cumplida. El trabajo nunca llegó, y tuvieron que ganarse el pan con lo primero que encontraran. Eran emigrantes, y debían realizar aquellas tareas que los uruguayos no deseaban hacer.

### PRIMEROS AÑOS EN URUGUAY

Ya en Uruguay, mi abuelo vuelve a escribir al Duque Miguel Primo de Rivera solicitándole una carta de recomendación para el Señor Marqués de Saavedra representante de España en Uruguay, carta recomendación que nunca recibe. En febrero de 1954 llega la contestación a su misiva y una vez más las puertas se cerraban para ese trabajo tan ansiado ahora en el Nuevo Mundo.



La necesidad puede más, y mi abuelo sabía que debía mantener a una familia que lo había seguido ciegamente a su nuevo destino. Los trabajos fueron múltiples. Recuerdo claramente sus cuentos, de cuando tuvo que vender maíz acaramelado (Pop) en el estadio y era tal su vergüenza, que las palabras no le salían, y en vez de gritar lo que vendía, ofrecía lo que vendía su compañero más cercano: Tal vez un producto que nada tenía que ver con lo que él tenía. Las sumas de la ganancia se podían contar en céntimos, pero

el esfuerzo fue muy fuerte. Aquellas palabras que habían retumbado en sus oídos “este gallego no sirve para nada”, dieron el empujón necesario para que el esfuerzo fuera mayor, y así contaba mi abuelo que de no animarse a hablar, pasó a ser uno de los primeros vendedores, ascendiéndole a repartidor, donde le entregaron una moto para realizar el reparto.

Mi abuela, que nunca había trabajado, tuvo también que poner el hombro, y una vecina le comentó sobre unos misioneros estadounidenses que necesitaban a alguien para planchar. Ella recordaba que en el pueblo le gustaba mucho planchar la ropa, pero lo que en su infancia era un juego pasó a ser su sustento. Recuerda los momentos que pasaba rodeada de ropa y de tres pequeñajos de ojos grandes, que no hablaban ni una palabra de español. Este trabajo lo realizaba a escondidas de mi abuelo, el cual, en su anhelo de darle lo mejor a su familia, no quería que su mujer trabajara.

Mis abuelos no podían entender por qué les llamaban “gallegos”. No porque esto fuera un insulto para ellos, sino porque ellos tenían bien claro que su acento delataba que eran castellanos y no hablaban ese dialecto que habían escuchado en su pueblo de aquellas vendedoras de ropa o señores que afilaban cuchillos. La que más furiosa se ponía con esto, pueden suponer, era mi bisabuela Amadora, quien habiendo sido maestra y teniendo siempre a flor de labios que el idioma español es el más rico en expresiones idiomáticas, aquello no cabía para nada en su mente.

Así transcurrieron los primeros años, con mucho esfuerzo y añoranza. Se extrañaba todo, las casas no eran las mismas, el cielo no era igual, los árboles no contaban historias, las calles no tenían recuerdos. Cuenta mi abuela, que caminaba las pocas calles que la separaban de la rambla y la playa de la mano de su hijo, y llorando miraba aquel río, ancho como mar, y para sus adentros se repetía una y otra vez que si en vez de ser agua fuera aquello tierra, de a poco caminando llegarían de vuelta a su pueblo.

El encuentro de su hogar fue toda una hazaña. Alguien les había hablado de un complejo con siete apartamentos, tipo casitas, a estrenar cerca de la tienda de sus tíos. El lugar se encontraba a pocas calles de la Playa Pocitos, cerca de donde vivían en ese momento, y de donde tenían respectivamente sus trabajos. Una de las cosas que más extrañó mi abuela eran las casas. En el pueblo todo era amplitud, y aquí los pisos eran muy pequeños. Fueron, pues, a ver aquel lugar, y sí, era todo lo que podían soñar en ese momento. El alquiler era impensable: 162 pesos, aquella suma era más de lo que ganaba mi abuelo en un mes, 153 pesos. Admiro el empuje que tenían y aquella voluntad infinita, de la que debemos aprender cuando nos quejamos de las pequeñas cosas que nos faltan. Su decisión fue que el día tendría que tener más horas, y entonces mi abuelo, además de su trabajo de repartidor en el mercado de frutas y verduras de Montevideo, en las horas de la madrugada cargaba cajones

como ninguno. Mi abuela siguió trabajando en casa de los misioneros, y luego pasaría a un Hotel cerca del barrio de Carrasco. Hasta mi bisabuela, que también manejaba la aguja muy bien, comenzó a zurcir para ganar el dinero tan ansiado



para pagar las cuentas que generaban. Con no más mobiliario que los tres baúles y colchones traídos en su viaje plantaron bandera en aquella casa, en la cual vivirían para siempre. En ella se criaron mi padre y mi tía, y supieron criarme a mí junto con la visita de mis primos. En esa casa aún vive mi abuela.

Uno de los misioneros era carpintero, y les hizo su primera mesa. Sentados en cajones acomodaban la fina vajilla de porcelana, traída de España, regalo de bodas, con imágenes de la Giralda de Sevilla y la Torre del Oro. Pero la grandeza de la vajilla no era lo que les importaba a mis abuelos, sino trabajar día y noche para poder tener algo que colocar en ella.

Uruguay, al llegar mis abuelos, estaba más avanzado que España, por lo menos ciertas comodidades habían llegado a la mayoría de la población. Cuentan que les llamaba la atención las heladeras, teléfonos, locomoción, las comodidades de las casas, aunque éstas fueran mucho más pequeñas que las de España, los pequeños electrodomésticos, como lavadoras y secadoras rudimentarias. Donde cocinaban, en algo llamado “Primus”, era una especie de cocinilla con una sola hornalla, a la cual se le ponía un alcohol violáceo y se prendía con un mechero. Los baños; esto era toda una historia en sí misma. Para empezar, estaban dentro de las casas, y contaban con todo el mobiliario necesario. Claro, Montevideo era una capital, y ellos venían de un pueblo del interior de España. No dudo que en Madrid la gente ya conociera estas cosas.

La vida de mis abuelos, los primeros años en Montevideo, fue una vida dura y de trabajo, con muchas necesidades. Ellos eran jóvenes, y el orgullo de la hazaña que habían cometido era más fuerte. No podían darse el lujo de hacer llegar a España, a su pueblo y su familia, las noticias de las penurias por las cuales estaban pasando. Así que las cartas que llegaban a España estaban

cargadas de todos aquellos sueños con los que habían llenado sus maletas, y contaban historias de vidas placenteras.

Estas historias de emigrantes, como las de hoy en día, involucran mucho más que meramente la parte económica, motor importante de muchas decisiones. Están cargadas de una parte emotiva, del desarraigo, de la falta de sentimiento de pertenencia, la añoranza de una caricia, de una voz, hasta de un perfume, la familia, los amigos, la tierra.

El amor y el respeto que se tenía esta familia, y la lucha por lograr sus sueños los llevó a salir adelante. Mi abuelo siempre decía que el hogar lo hacía la familia que vivía dentro, y aunque la casa fuera chica, si el corazón era grande todos cabrían en ella.

### LA VIDA EN MONTEVIDEO

Fue así que, poco a poco, la otra mitad de su alma se aferró a estas tierras y tuvieron una hija, Isabel, nacida en el nuevo mundo.

Mi abuelo, como lo había hecho en Fresno de la Vega, se entregó a la gente que sería su compañera de ruta, y se comprometió con la sociedad de la cual ahora era parte.



Me asombro aun ahora, tantos años después de su muerte, recorriendo las cartas y recuerdos que guardo con sumo celo, al ver la versatilidad de su persona y el amor que le ponía a todo lo que hacía en su vida. Todo parecía interesarle y para todo tenía tiempo, es así que incursionó en la hipnosis, fue pastor evangélico, político, periodista, panadero, cobrador de una empresa de balanzas, mago en cumpleaños infantiles. Supo hacerse muchos amigos en el correr de su vida, y nos dejó a todos nosotros, su familia, el legado del amor y el respeto, la herencia más grande que alguien puede dejar a los suyos.

Tuvo una tienda de reparto de pan en el barrio de Carrasco, en el tiempo en el que las casas permanecían abiertas y la gente se saludaba cada día, donde los repartidores entraban en la cocina y dejaban su mercancía. Donde el repartidor de leche encontraba tempranito en las puertas de las casas las botellas vacías, junto con el dinero para el pago de las mismas.







Conocía cada casa, cada rincón del barrio, se preocupaba por sus vecinos y por lo que ellos tenían para contar. Sus historias de familia y sus necesidades. Sus conocimientos de hipnosis los utilizó para ayudar a la gente que quería dejar de fumar o que sufría de asma.

Se entregó al barrio por completo, y como haría más tarde con otros, participó de cada acto de ayuda. Es así que guardo como mi pequeño tesoro cartas de la Comisión Fomento de la Escuela Pública Nº 175 del Tajamar y de la Asociación Fomento de Carrasco.

Su incursión en la magia la utilizó para hacer sonreír a aquellos que más lo necesitaban, colaborando con la “Comisión de Amigos de los Enfermitos del Hospital Pereira Rosell” en Montevideo, donde cada fin de semana realizaba su acto.

En el edificio donde vivían también residían los misioneros evangélicos, que habían dado su primer trabajo a mi abuela. Mi abuelo, de monaguillo de iglesia de pueblo, cantando misa gregoriana, conoció esta religión evangélica, y vio que todo ese deseo de ayuda al prójimo podría tal vez desarrollarlo más a través de su fe. Al consagrarse como Pastor Evangélico, otras puertas se le abrieron y prestó servicio al centro de acogida de menores del Instituto Nacional del Niño, y en el Hogar de Ancianos Público “Piñeyro del Campo”. Sus visitas las realizaba acompañado de sus hijos, a quienes les enseñaba aquellas realidades de gente sin afecto y con tantas carencias. Hijos que aprendieron a atesorar lo que tenían y sentirse orgullosos de su familia. Creo que, como padre, la satisfacción más grande que le debe haber dado su carrera de Pastor Evangélico tuvo que haber sido haber casado a su propia hija en ceremonia religiosa.

Los años pasaban, y cada vez se aferraban más a estas tierras, en las cuales cosechaban día a día muy buenos amigos.

Estos emigrantes, que llegaron de la vieja Europa, muchos de los cuales vivieron sus primeros años en los sótanos de sus trabajos (bares, estaciones de servicio, panaderías), muchos de ellos clandestinos, estos “gallegos”, que con sudor y esfuerzo fueron aprendiendo diferentes oficios, dando estudio a sus hijos, algunos de los cuales llegaron a convertirse en dueños de aquellos



lugares donde trabajaron y dejaron los mejores años de su vida, forjaron el futuro de estas tierras, casi sin darse cuenta. La mezcla de lo criollo y lo europeo es lo que somos nosotros hoy en día.

En diciembre de 1958 una noticia caería como un mazo destrozando la navidad que se acercaba, y mi abuela supo que su madre, su compañera, había muerto. Las únicas palabras que brotaron de sus labios en aquel momento fueron que no volvería más a España, pues el dolor sería demasiado fuerte.

Años después, quiso la casualidad que mi bisabuela Amadora y mi bisabuelo Mario, de la misma edad y nacidos en el mismo pueblo, pero separados por un océano, murieran el mismo día.

Los padres de mi abuela nunca volvieron a ver a su hija y a su nieto, y la madre de mi abuelo nunca volvió a pisar su patria, ni su pueblo, ni aquellas calles, ni sus niños alumnos, ni el lugar donde tantas veces de joven había dicho que quería ser enterrada, cerca de sus chopos y de su río.

Mis abuelos se fueron estabilizando a lo que laboralmente se refiere. Mi abuela se dedicó a tejer prendas a mano y máquina, haciéndose de una clientela fiel. Mi abuelo consiguió trabajo de cobrador en una empresa que vendía balanzas y cortadoras de fiambre, trabajo que realizó hasta el último día de su vida.

Las raíces en el nuevo mundo se fueron afianzando. Mi padre, Moisés, se casó con mi madre, Mirta, y nos tuvieron a mi hermano y a mí. Mi tía Isabel se casó con Freddy, y tuvieron también dos hijos: Marcelo y Federico.

Es así que, aunque los corazones de mis abuelos estaban en paz con la familia que habían formado en Uruguay, pudiendo realmente sentirse orgullosos de todo lo que habían logrado y de lo que nos enseñaban cada día, la mitad de su alma se encontraba aún anclada en otro mundo, en otras tierras, y aunque el dolor fuera muy grande, debían volver. No debería pasarles a ellos lo que les pasó a mis bisabuelos.





Los lazos con la familia que habían dejado años atrás debían incrementarse formando una intrincada telaraña de conocimientos y afectos a la distancia.

## REGRESO A ESPAÑA

Pasados veintiséis años, ya con cuatro nietos en Uruguay, luego de varios años de ahorro y algún dinero prestado, tomaron la decisión de volver a su tierra. En una fría tarde del año 1979 partieron desde el aeropuerto de Carrasco hacia Barajas, en Madrid, con un nudo en el estómago, y la misma ansiedad que cuando partieron de Vigo; pero sabiendo que había personas que ya no estarían esperándolos en el puerto.

Llegaron a Madrid, y después de todo este tiempo, esperándoles allí en Barajas se encontraban una hermana de mi abuela, Dinora; uno de sus hermanos, Honorato, y una hija de éste, Amalita.

En coche se dirigieron directamente al pueblo, y durante el camino, los recuerdos, las palabras, los gestos se mezclaban con las lágrimas, los abrazos y los silencios. Veintiséis años no podían ser contados en cuatro horas.

No puede describirse con palabras. Cómo expresar en estas líneas los sentimientos encontrados al entrar en su casa: ver su antiguo cuarto, entrar en la cocina y ver el fogón, y no ver a su madre allí sentada. El río, y todos

los recuerdos encerrados en aquellos paseos eternos de verano junto con sus amigos. Imposible de transcribir sus emociones, sus recuerdos. Veintiséis años pesaban en sus espaldas, y en las de aquellos que se iban encontrando a medida que avanzaban por las calles del pueblo. Tres meses estuvieron mi abuela y mi abuelo, disfrutando, saboreando, recordando esos caminos, esos perfumes que tanto tiempo atrás habían dejado, pero no por ello olvidado.

Cuando mi abuela partió de España, sus hermanos aún no se habían casado, así que ahora a su regreso mucha era la familia por conocer, tenía sobrinos y cuñados. A su vez, sus amigas también se habían casado.

No sólo la familia había crecido y avanzado. Aquel país que habían dejado tantos años antes, también había evolucionado, y mucho más que Uruguay. Contaba mi abuela de aquellas casas de terrón, ahora revestidas y recicladas, puestas a nuevo. Ahora las cosas eran diferentes. Las oportunidades estaban en España, y ellos estaban en Uruguay. Aunque económicamente mis abuelos ya se encontraban estabilizados, su patria era ésa, España, y ahora la veían como la habían soñado: hermosa y pujante.

Sus hermanos nunca habían emigrado. Sus hijos habían nacido allí en el pueblo como sus padres, y sus abuelos, ellos vivían sus costumbres, sus ritos, los sabores de sus comidas, sus perfumes, su agua. Cómo explicarles a ellos lo que se sentía, cómo pedirles tan siquiera que ellos entendieran.

A medida que pasaba el tiempo, su corazón les pedía por los suyos, sus hijos y nietos, que esperaban ansiosos en Uruguay, por las noticias que traerían sus abuelos. Recuerdo que mi abuela me había dicho que cuando el ciruelo del fondo comenzara a tener sus primeros brotes, ellos volverían, y ya hacía días que el árbol estaba florido.

Es dolorosa y difícil la vida del emigrante, el sentido de pertenencia se desdibuja; como decían mis abuelos, en España no eran españoles, y en Uruguay no eran uruguayos. En Uruguay les decían los gallegos y en España, les preguntaban de qué parte de Argentina eran. Su alma ya no volvería a ser una, siempre estaría dividida entre dos mundos: una mitad anclada en España y la otra anclada en Uruguay.

Volvieron entonces a Uruguay, a contar a sus hijos y nietos la experiencia tenida en su tierra, con muchas fotos para pieza por pieza ir armando aquel árbol familiar, ir reconociendo rostros y nombres, características, el lugar donde vivían, tantos recuerdos.

Para mi padre, que había venido tan sólo con 17 meses, cualquiera diría que Uruguay era su lugar. No recordaba otras cosas. Pero los cuentos de mis abuelos, y aquellas historias interminables, hacían sentirse parte de aquellas tierras. Mi padre cuenta que siempre sintió que pertenecía a España. Era su gran anhelo conocer a sus primos y la casa donde había nacido. En el año



1981, junto con mis abuelos, mi padre visita España, y principalmente Fresno de la Vega.

Salieron de Madrid en tren a pleno día, con destino a León, allí los esperarían para en auto llegar a Fresno. Cuenta mi padre que la primera impresión que tuvo fue estar inserto en los libros del Cid. La zona de León está rodeada por montañas, pero sus llanos no son del verdor de las tierras gallegas o asturianas, su tierra es amarillenta y en algunas zonas rojiza. El verde lo dan los campos sembrados por las hortalizas.

Y el ganado más predominante son las ovejas.

Llegaron al pueblo a las 3:00 de la mañana. Para mi padre todo era nuevo, y a la vez muy familiar. Le llamaron mucho la atención aquellas casas tan amplias de dos pisos, con aquellas escaleras y habitaciones interminables. Todas con fondo, en las cuales los que no tenían plantíos, tenían animales.



La atención de la gente de Fresno fue impresionante: yo puedo dar también testimonio de ello. Todos tienen algo en común: la comida, la gran cantidad de comida, la interminable mesa servida, sea la hora que sea. No importa a donde vayas, el jamón serrano, el vino, el queso, los dulces típicos de

Fresno, las berzas, todo viene bien. ¡Cuántos platos sirven al mediodía! la entrada, el primer plato, el plato fuerte, la ensalada, el postre, el licor y las pastas, tal vez esto sea consecuencia de las necesidades que pasaron de niños.

Otra cosa muy característica de España, y que nos llama mucho la atención, son las películas del cine.

Ver una película de vaqueros e indios hablada en español castizo es toda una experiencia. Yo, hasta el día de hoy, no me acostumbro, y prefiero la función de traspasnoche con sus subtítulos.

Tres meses estuvo mi padre en esta oportunidad conociendo a su familia en España, y también volvió, porque su otra familia se encontraba en Uruguay. Y al igual que había pasado con mis abuelos anteriormente, una parte de su alma quedó anclada en Fresno. Muchas fueron las historias que trajo, también muchas fotos, y al igual que sus padres, la promesa y el anhelo de que volvería a España algún día.



Las bodegas a la entrada de Fresno, cuando uno viene de Valencia de Don Juan, con sus antiguas cubas.

## HISTORIA DE VIDA TRANSMITIDA A GENERACIONES

Mis abuelos siempre hablaban de España. Mi abuela, aún ahora, siempre habla de España. Desde que quedaron viudas mi abuela y su amiga Azucena fijaron una tradición. Todos los domingos, mi abuela va a casa de Azucena a almorzar con ella. Azucena, también es de Fresno de la Vega, y parece que las veo. Se paran en la entrada del pueblo, y comienzan cada domingo su peregrinación a Fresno. Pasan por la casa del tren, entran al pueblo, pasean por la calle Tarifa, las escuelas, su plaza, su iglesia con su torre, visitan una a una las casas de sus amigas, suben por la calle arriba, ven la casa que era

de mi abuela, los lavaderos, y luego de pasar revista a cada casa, comienzan a recordar los juegos de niños “el manro” (*sic*), “las tabas”, “la comba”, sus travesuras. Hay veces que hasta se llaman en la noche para preguntarse, “¿te acuerdas cómo se decía?” (tal cosa o tal otra).

Estas historias, y estos recorridos, los realizaba muchas veces mi abuela en vida de mi abuelo, y también con su amigo Aladino. Fueron siete los que llegaron a estas tierras desde Fresno de la Vega. Mis abuelos, con mi padre y mi bisabuela, Aladino, un amigo de la familia que trabajaba en casa de los padres de mi abuela y Azucena y su marido Próspero.

Y así, entre esas historias, se criaron primero mi padre y mi tía, y luego mis primos y yo. Son las historias de vida de emigrantes, las historias que los abuelos cuentan a sus nietos, que se transmiten de generación a generación.

¡Qué risa les daba a mis compañeros en el colegio cuando se me escapaba sin pensar alguna de las palabras que mis abuelos decían!, aquello de caldero en vez de balde, cazo en lugar de olla, rodilla para designar un repasador, maleta, los verbos con otra conjugación, falda para la pollera, el característico vale y tantas otras. Recuerdo la expresión de mi abuelo, no seas “papanatas”, por tonto.

Aquellas costumbres del licorcito luego de la comida, “el pisolabis”, que sería un “tente en pie” aquello que se consumía para seguir adelante antes del almuerzo, según el diccionario es una comida ligera.



El diccionario..., guardo como otro de mis tesoros heredados el diccionario que utilizaba mi bisabuela cuando daba clases en Fresno, allá por

el año 1940. Comienza con la palabra “afuetear”<sup>1</sup> ya que la carátula y sus primeras hojas se perdieron con el tiempo. Tiene 1546 páginas, todas con sus pequeños dibujos ilustrativos. No estará adecuado al vocabulario actual según la Real Academia, pero puedo dar fe de que siempre que mis abuelos pronunciaban alguna palabra inexistente para nosotros, decían que en el aquel diccionario, al cual le llamamos “Larousse”, por una editorial muy conocida, encontraríamos la palabra. Y allá corría a buscar mi diccionario, y sí, efectivamente, aquella palabra estaba. Hasta el día de hoy, cuando ya el recuerdo de mi abuela y Azucena falla, el “Larousse” nos ilustra. Yo sigo diciendo que es trampa, que ese diccionario no es de la lengua española, sino que es de la lengua de Fresno de la Vega.



Los domingos, los cumpleaños, y bueno, por supuesto las fiestas navideñas, eran sagradas para mi abuelo. No había excusa posible para no reunir a toda la familia en aquellas celebraciones, donde ¡oh, casualidad!, la comida nunca faltaba, y aunque con 35 grados de calor, las costumbres europeas dejaban su rastro.

Mientras los mayores hacían los preparativos, nosotros, los niños, preparábamos nuestros oídos para los cuentos. Cómo nos gustaba escuchar a mi abuela hablar de su burra, montada en la cual, llevaba alguna comida a su padre hasta las tierras de labor. Su encuentro en una oportunidad con los gitanos, cuando la burra la tiró en el camino.

Las travesuras que realizaba mi abuelo al trepar por el lado de afuera de la torre de la Iglesia, para ver algún nido de cigüeñas, las labores que hacían en el colegio, los carámbanos (otra palabra para el “Larousse”), es el hielo que se forma en las casas y que cuelga de los tejados luego de la helada, mis abuelos los arrancaban y usaban de caramelos, a pesar de eso mi abuela cuenta que

<sup>1</sup> No existe semejante término en el DRA. (N.E.).





nunca tuvo un resfrío. Hay que ver que jugaban en la nieve, en el río helado, y las mujeres en aquel entonces no usaban pantalones como ahora.

Cada vez que decíamos “otra vez”, por la comida que nos servían, mi abuela contaba que todos los días se comía lo mismo, garbanzos con berza, y que algunas veces tocaba “de viernes”<sup>2</sup>, como decían ellos, y era cuando a los garbanzos se le echaba un puñado de arroz.

Parece mentira cómo los olores y perfumes muchas veces pueden trasladarnos

de un lugar a otro. Recuerdo cuando mi abuela hacía alguna comida de olla, es decir, lentejas, garbanzos, les echaba al final los que ella llamaba “ajo rajao”<sup>3</sup>. En un sartén pequeñito saltaba al fuego en aceite dos dientes de ajo a los que agregaba una cucharada de pimentón; los sacaba del fuego, y, en ese

<sup>2</sup> Los viernes, para los católicos, es obligada la abstinencia, es decir, no se puede comer carne. En los viernes de cuaresma era común comer garbanzos con arroz y bacalao seco, plato conocido como potaje. (N.E.).

<sup>3</sup> Más conocido como sofrito. (N.E.).





momento, les echaba un chorro de vinagre. Tras esa preparación, se la agregaba a la comida. Cada vez que siento el aroma al pimentón me lleva a aquellos tiempos, y también a la cocina de mis tíos, Leoncio y Carmina, en España, en Fresno, y me parece que eo a Carmina preparando su berza con “ajo rajao”.

Una cosa que extrañó mucho mi abuela eran las “sopas de ajo”, que se hacían en escudillas de barro, siendo ese su desayuno de todos los días.

Un año le mandaron a mi abuelo en una bolsita una cantidad de hierbas, hierbas del río Esla. Yo no entendía para qué era aquello que mi abuelo maceró en una gran olla, en su propio cuarto, con canela, regaliz, naranja. El aroma que salía de aquella olla que revolvía cada tanto, de semana en semana, era penetrante, dulce, a pradera limpia y aire puro. Aquello era lo que ellos conocían como Licor del Corpus, un licor que se llamaba así porque era tradición hacerlo en las casas en el mes de junio, cuando la celebración del Corpus Christi.

No hace mucho, visitando Fresno, me sirvieron un té con el mismo aroma. Inmediatamente mi mente se fue con mi abuelo, y pregunté qué té era ese que tenía olor a Licor del Corpus, y entre risas me confirmaron que estaba hecho con hierbas recogidas de las márgenes del río Esla.

También nos contaban cómo desde pequeños aprendían las lecciones en el colegio, cantando en verso, y de tanto escuchar nos aprendimos aquella de



“León tiene cinco provincias que son...”<sup>4</sup> y la melodiosa canción de las tablas, y “por San Blas las cigüeñas verás y si no las vieres año de nieves”<sup>5</sup>.

Otro libro que guardo es uno de Gramática Castellana según la Real Academia Española, también de mi bisabuela, del año 1914. Este libro lo usaban mis abuelos como libro de cuentos para mí y mis primos, por tener muchos recitados. Sé que aquellos emigrantes, que estudiaron de niños en España, se acordarán de “El niño huérfano”: “Yo soy un niño huérfano en la tierra...”. “La cigarra y la hormiga”, “La Lechera”, y tantos otros.

Nunca olvidaré aquel trabalenguas que mi abuelo repetía una y otra vez, el cual transcribo en honor a su memoria: “Guerra tenía una parra y Parra tenía una perra. La perra de Parra rompió la parra de Guerra y Guerra pegó con la porra a la perra de Parra. ¿Oiga usted, compadre, Guerra por qué pega con la porra a la perra de Parra? Porque si la perra de Parra no hubiese roto la parra de Guerra, Guerra no hubiese pegado con la porra a la perra de Parra”.

Fuimos creciendo, sin darnos cuenta, en un mundo paralelo, viviendo y escuchando cosas que tal vez otros niños, compañeros de escuela, no escuchaban. Me sorprende ahora, ver por ejemplo, escenas de la serie de Televisión Española “Cuéntame cómo pasó”, y reconocer personajes, canciones, ritmos de una España que jamás conocí, pero que siento haberla vivido.

Aquellos pasodobles de Manolo Escobar, infaltable para los domingos, el “y Viva España”, aquello de “Viva León porque tiene lo que no tiene Madrid, una catedral bonita y un hospicio con jardín”, las películas de Marisol, la canción de “pajaritos a volar”..., cómo nos gustaba de niños hacer aquellos pasos con mis primos en el living de la casa de mi abuela.

<sup>4</sup> Hace referencia al antiguo Reino de León que se componía de las actuales provincias de León, Zamora, Salamanca, Valladolid y Palencia. (N.E.).

<sup>5</sup> Refrán que continuaba “año de nieves año de bienes”, significando que la cigüeña llega a la península Ibérica a comienzos de febrero, la fiesta de San Blas se celebra el 3, y si la cigüeña no llegaba es que hacía mucho frío, había nevado, la nieve derretida se filtraba lentamente y de ahí que la cosecha fuera buena. (N.E.).

La sobremesa con los chistes de Gila<sup>6</sup>. Hasta me hicieron creer que Luis Aguilé era mi tío. Tengo en España un tío abuelo llamado Luis, que vive en Fresno. Nunca le gustó fotografiarse, y tal vez por ello preguntaba yo con más insistencia cómo era Luis mi tío, y bueno, que más que cuando salía Luis Aguilé en aquellas galas, me decían “¿ves? ese es tu tío Luis”. Luego, en casa de mis padres, aquellos discos de vinilo de Mocedades, Camilo Sexto<sup>7</sup>, películas de Saura. Hasta hoy en día me sorprende de vez en cuando tarareando aquella canción de la película “Cría Cuervos”, “hoy en mi ventana brilla el sol...” Recuerdo cuando empezaron a llegar a Uruguay, series producidas en España, aquellas horas eran sagradas, “Los gozos y las sombras”, “Anillos de Oro”, “Verano Azul”, cómo lloramos con la muerte de Chanquete. En fin todo un mundo paralelo para nosotros.



Aunque no nací en España, siempre algo de mí me decía que pertenecía a aquel lugar. Un poco como el sentimiento de mi padre, que aún viniendo de niño, su tierra le tiraba tanto. Cerraba los ojos, y aunque nunca había estado, creo que conocía el pueblo de mis abuelos muy bien. Las historias de sus huertas, donde el pimiento es el rey, sus eternos pastores de ovejas, la copita y la partida en el bar. Siempre me gustaron mucho las fotos y las revisaba una a una con mi abuela, quien me indicaba quién era quién, y sus correspondientes parentescos.

En casa, el cartero siempre fue muy importante. Era quien, en aquellos sobres blancos, nos traía un pedacito del otro mundo, noticias de nuestra gente. Y bueno, luego el teléfono, sólo algún domingo al año. Nos llamaba la atención con mis primos, que siempre que llamaban al pueblo lo primero era

<sup>6</sup> Célebre humorista español. (N.E.).

<sup>7</sup> Famosos cantantes de los años 60 y 70. (N.E.).



saber quién había muerto, no entendíamos hasta ahora aquella pregunta tan rara para nosotros.

Y así, todas estas costumbres y relatos se aferraron en nosotros, marcándonos para toda la vida. Éramos tan afortunados que no teníamos una patria, sino que teníamos dos.

#### ESPAÑA: DESEMBARCO EN NUESTRA TIERRA

Mi padre tuvo la gran suerte de poder visitar España de la mano de mi abuelo. Recorrer las calles de su pueblo junto a él. Verlo subir a su torre de la Iglesia, verlo tocar sus campanas. Mi abuelo siempre nos decía a mi tía y a mí que nos llevaría a conocer a su gente, pero el destino no lo quiso así y falleció antes de que pudiera viajar nuevamente a España con nosotras.

Mi primera visita a España, en el año 1995, el desembarco en mi tierra, porque la siento así, fue muy especial. Acompañé a mi abuela a su regreso a su pueblo, sin su compañero de toda la vida. Fue una decisión muy difícil, pero creo que mi abuela lo necesitaba mucho. Al año de haber fallecido mi abuelo, mi abuela decide que tiene que ir a España. Gracias a unas amigas, a las cuales siempre recordaré, Carmen y Luisa, pudimos hacer el viaje. Ellas viven en Móstoles, Madrid.

Siempre supe que pertenecía a otro lugar además de Montevideo, pero creo que, hasta que no llegué a Madrid, no podía imaginar en mi mente lo que

sentiría en ese momento. Es algo muy raro, que sólo aquel que lo siente puede entender, y es también muy difícil de explicar. Tan sólo puedo decir que, cuando el avión estaba aterrizando en Barajas, agarrada de la mano de mi abuela, en silencio y entre lágrimas, pensé “estoy llegando a casa”. Y así me siento cada vez que he tenido la oportunidad de viajar a España, me siendo en mi casa.

Madrid me impactó mucho, y es una ciudad a la que me gusta regresar. En ella conocí a mis primas y a mi tío. Y pude visitar a estas amigas en Móstoles.

Pero nos quedaba aún lo más importante, Fresno de la Vega. Tomamos el autobús con destino a Valencia de Don Juan. Es extraño, porque nunca había recorrido aquellos caminos, pero su aire, su paisaje, todo me resultaba familiar. Cuando llegamos a Valencia de Don Juan, en noviembre del año 1995, todavía no estaba construida su Terminal de Autobuses. Allí, en medio de una de sus calles, nos estaba esperando mi tía Dinora y mi tío Ángel. Nos fundimos los cuatro en un abrazo, y no hubo necesidad de palabras.

Era invierno, y los chopos lucían desnudos. Era una noche fría, pero con un frío seco que te empujaba a respirar profundo y llenar los pulmones con aquel aire limpio. El pueblo estaba allí, en penumbras, en silencio, sus calles vacías.

Fuimos derecho a la casa de mis tíos, la ansiedad era mucha, demasiada. Conocer en persona a mi familia, aquella familia que tenía dibujada en mi cabeza gracias a las fotos de mis abuelos, pero que nunca había podido abrazar. Ahora los tenía ahí, tan cerca.

Todo estaba allí, tal cual mi mente lo recordaba, aunque nunca lo había visto. Ese año se casaba la hija de Dinora, Juanita, y nosotros fuimos partícipes de ese casamiento. Realmente me hicieron sentir que era parte de su vida, que pertenecía a esa familia, aunque nunca nos hubiésemos visto. Si



hay algo que tengo que decir, y lo defiendo siempre, es que nunca me sentí extranjera. Podía yo sentirme parte de España, pero tal vez España no me sintiera a mí, parte de ella. Eso no fue así, toda la gente que he conocido me ha hecho sentirme parte de su vida, no se si pasará por su mente o si sabrán lo mucho que significan ellos para nosotros.

Ese año, por haber ido con mi abuela y estar siempre a su lado, reviví sus historias, conocí a sus amigas, pude visitar las casas del pueblo, ver dónde nació mi padre, dónde se crió mi abuela, y la torre..., la torre de mi abuelo.

En el año 2001, gracias a un viaje de trabajo, pude volver a España y visitar Fresno. Fui sola, pero no me sentía así al recorrer sus calles, escuchar sus ruidos: una presencia me acompañó en todo momento. No puedo explicarlo, mi abuelo murió en Uruguay, pero donde puedo sentirlo, saber que está a mi lado, es en Fresno. Es llegar a Fresno de la Vega y salir a sus calles, y un frío envuelve mi cuerpo, mi piel se pone de gallina, allí lo siento, siento que se para a mi lado y recorre el pueblo conmigo.

Siempre pensé que sólo me pasaría a mí, pero cuando mi madre, por primera vez, fue al pueblo y nos quedamos en casa de uno de mis tíos, una noche me comentó lo que sentía, y ahora lo sé, mi abuelo volvió a lo que más quería y está allí viviendo en su pueblo.

Con mis padres visitamos Fresno de la Vega, en septiembre, justo para su Fiesta del Pimiento. Todo un pueblo hace gala de la labor de todo un año, y muestra las maravillas que da su tierra, gracias al amor y cuidado que le ponen cada uno de sus vecinos. Puedo asegurar que no he visto ni pimientos y ni ristra (*sic*) de ajos tan grandes como los que he visto en Fresno para su fiesta.

Para mi tía Isabel, sé que su visita a España marcó también su vida. Su anhelo, al igual que el mío, era hacerlo acompañada de su padre. Por eso puedo imaginar todo lo que pasó por su mente y por su corazón. Tuve el gran honor de ser yo quién la acompañara en su desembarco en España. Acompañarla, y mostrarle también sus raíces, como una vez mi abuela hizo conmigo.

Mi tía tiene cuatro hijos: Marcelo y Federico (casados ya), con los cuales compartí mi infancia, y tuvimos la suerte de crecer en este mundo paralelo, como yo le llamo, Carolina y Agustín vinieron después, Carolina tenía



tres meses cuando murió nuestro abuelo. Espero que ellos, aunque a su manera, recuerden también a ese abuelo que, aunque no conocieron, les dejó una familia de legado. Espero a través de estas líneas poder contribuir con ello.

Pude, en esa oportunidad que acompañé a mi tía a Fresno de la Vega, subir junto con ella a la Torre de la Iglesia. Estando arriba, como un milagro, las campanas



comenzaron a tocar, desde sus ventanas se divisaba todo el pueblo, sus casas, sus huertas, sus chopos, el río, y aquellas campanas sonando. Aquel sonido, que al principio nos aturdió, nos fue envolviendo poco a poco, su padre le estaba dando la bienvenida a su pueblo y yo fui fiel testigo de aquello.

Una cosa que me encanta de España son sus abuelitos, le llamó la atención también esto a mi tía: verlos paseando, sentados en la plaza, reunidos en el bar. Creo que quien mejor lo relata es Joaquín Sabina, en su canción “Yo me bajo en Atocha”, cuando dice “...sus abuelitos al sol...”.

En Fresno el secreto de esta vida longeva, aseguro yo, está en su agua, ya que las personas que cuentan con algunos años, aún siguen yendo a buscar agua del chorro. Dicen que una de las cualidades del agua es ser insípida, pero ésta tiene un gusto a montaña, a pradera, como un elixir que renueva cada célula del cuerpo a medida que la vas tomando. Así, como un ritual, en cada una de mis peregrinaciones a Fresno, bebo un sorbo de aquella agua fresca, y hago mi promesa de volver.

## FAMILIAS DE DOS MUNDOS: FAMILIAS DE EMIGRANTES

Qué importantes son para nosotros, familias de emigrantes, las asociaciones de las diferentes provincias que se forman en el extranjero, como por ejemplo “La Unión Castellano-Leonesa” en Uruguay, de la cual soy socia. Estas asociaciones son el nexo, son las que en gran escala toman estas pequeñas historias y las transmiten junto con nuestros abuelos y padres de generación en generación. Forman los espacios para que los emigrantes se conozcan, manten-



gan sus costumbres, sus ritos, no pierdan su memoria. Tal vez para aquellos que se encuentren en España, y nunca hayan emigrado, no puedan comprender las emociones y energía que se sienten en cada una de sus reuniones, en los paseos, tal vez el único momento que tienen algunos de reunirse con otros de su tierra, y por un momento soñar con ser niños y volar hasta ella.



Somos familias de emigrantes, quién podría haberle asegurado a mis padres que con cincuenta años dejarían Uruguay y a sus hijos y se radicaría en España.

Tal vez mi padre siempre lo supo en lo profundo de su corazón, pero creo que su mente ya lo había descartado. Mi madre puedo asegurar que nunca lo pensó.



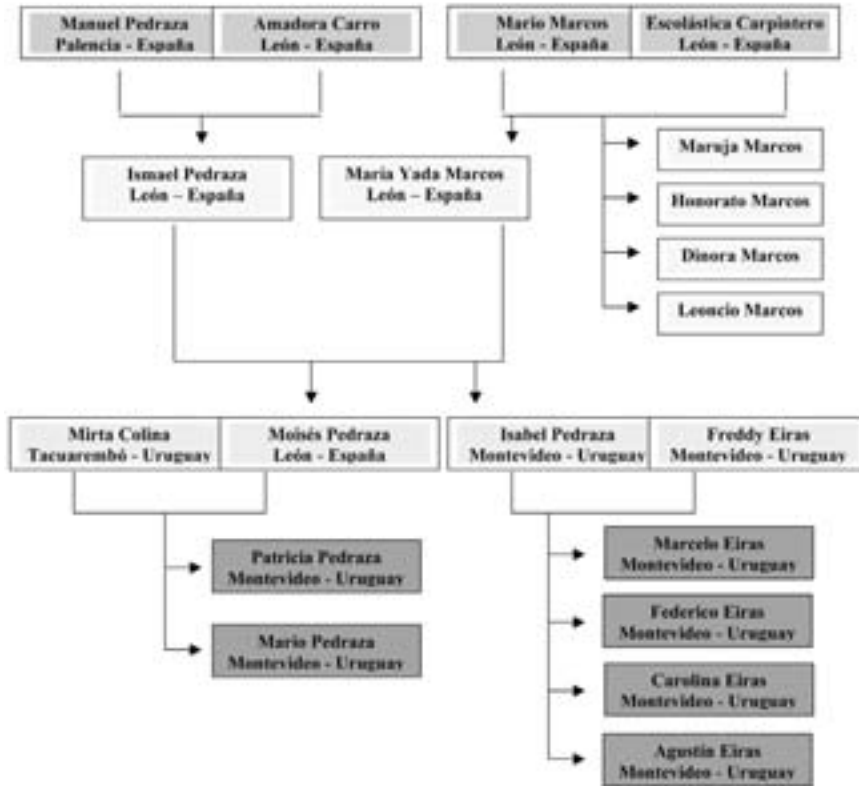
Y así hace ya casi cuatro años, al igual que un día lo hicieron mis abuelos, mis padres tomaron la decisión de dejar Uruguay, serían ellos ahora los emigrantes, y partirían con destino a España.

Primero fue mi padre, quien volvió a España como emigrante retornado. Para él era el reencuentro con sus raíces. Fue difícil al principio hasta encontrar su lugar. Ahora

vive en Gijón, Asturias, donde también viven unos primos por parte de mi abuelo. A diferencia de mis abuelos, cuando partió de Uruguay levó anclas, y creo que su alma se encuentra entera en aquel lugar.



### ARBOL GENEALÓGICO



La decisión para mi madre fue más dura, sin familia en España, dejaba en Uruguay a sus hijos y a su madre, y creo que ella sí dejó parte de su alma anclada en estas tierras, y siempre se sentirá mujer de dos mundos.

Mi hermano y yo ahora nos encontramos en Uruguay, aunque no sabemos por cuánto tiempo.

Mi alma se debate entre la mitad anclada en el puerto del Cantábrico, y la mitad anclada en el río ancho como mar. Aunque nacida en Uruguay, llevo la nacionalidad española en los papeles, pero fundamentalmente en la sangre. Me siento parte de este mundo paralelo en el cual vivo, de esa España que guardo en mis recuerdos, de esa familia que me hace parte; de esa tierra y ese abuelo que me llaman... Y somos así, familias de emigrantes, familias de dos mundos, familias con dos patrias.



EMBAJADA DE ESPAÑA  
EN LONDRES

24 BELGRAVE SQUARE,  
LONDRES, S.W.1.

12 de diciembre 1962.

Sr. Don Inmaculada Carrero,  
FRESNO DE LA VECA, (León)

Mi querido amigo,

Recibo su carta 4 del actual y, a fin de hacer cuanto esté a mi alcance para ayudarle en sus deseos, le agradeceré me informe con más detalle sobre sus conocimientos y aspiraciones, para tratar de buscarle un empleo en consonancia con sus aptitudes.

Dígame también si la colocación ha de ser precisamente en esa provincia o si preferiría Vd. alguna otra ciudad.

En espera de sus noticias, queda  
suyo affmo. amigo,

FIRMA: Miguel Primo de Rivera.



EMBAJADA DE ESPAÑA  
EN LONDRES

24 BELGRAVE SQUARE,  
LONDRES, S.W.1

15 de febrero 1954.

Sr. Don Innael Betraga Carro,  
Francisco J. Barros, 3.100.  
República O. del Uruguay.  
MONTEVIDEO.

Mi querido amigo:

Recibo su carta 31 de enero último y con mucho gusto le daría una carta de recomendación para el Señor Marqués de Saavedra, pero le conozco poco y, por otra parte, dudo que haya vacantes en esa Representación de España, pues se imagino que tendrán una plantilla fija, como nosotros aquí, y cuando necesiten personal seleccionarán a quien reúna las mejores condiciones para el trabajo a desempeñar de taquígrafos, contables, etc.

Le sugiero a Vd. que vaya a ver al Señor Consejero de nuestra Misión en Iba y le exponga sus deseos, pues así notarán su nombre, dirección, conocimientos especiales y demás circunstancias suyas para figurar como candidato en la primera vacante que se produzca.

Celebraré le vaya muy bien por ahí y, con este motivo, le saluda muy afectuoso, amigo,

Firmado: El Duque de Primo de Rivera.

Montevideo, agosto 31 de 1963

Sr.

Ismael Pedraza

De nuestra más elevada consideración:

En nombre de la Comisión de Fomento, Personal docente y alumnos de la Escuela Pública No. 175, nos es grato hacer llegar a Ud. nuestro profundo reconocimiento por su valiosa colaboración, desinteresada y generosa, de alto relieve artístico, prestada a nuestra Escuela con motivo del festival realizado recientemente en el Tajamar.-

Como el de Ud. honran a quienes los realizan, nos destacan un espíritu abierto a las más nobles acciones, fundamentalmente cuando éstas están dirigidas hacia el bien de nuestros niños, levedura admirable del porvenir feliz de nuestra patria.-

Al reiterarle nuestro agradecimiento y descontando que en nuevas oportunidades tendremos la inmensa satisfacción de contar con su invaluable concurso, nos complacemos en presentar a Ud., junto con nuestro cordial saludo, el testimonio invariable de nuestra mayor consideración y estima.-

Francisco José Viña  
Secretario

Guillermo Rogner  
Presidente

Núm. 20

Don **ARIASIO LOZANO BERNHO.**

Comandante del Puesto de la Guardia Civil de esta residencia perteneciente a la 106 Comandancia de León

CERTIFICO: Que **D. DIEGO PEDRAZA GARRO** .  
residente en la demarcación de este Puesto, durante su permanencia en la misma ha venido observando buena conducta moral, pública y privada, de buenos antecedentes político-sociales y está considerado aficto a la Causa Nacional.

Y para que surta sus efectos en instancia solicitante en la Maestranza de Aviación Militar.

-----  
extiendo el presente a petición del interesado y al solo objeto indicado.

León a Don Juan a 20 de Abril de 1951

El Brigada Comandante de Puesto,  
*Ariasio Lozano Bernho*

En voluntario solicitar en la pro-ba planes de este cuerpo.







D. Esteban Carpintero Guerrero, Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de Fresno de la Vega.

CERTIFICO: que de los datos y antecedentes obrantes en este Alcaldía, resulta que D. Isaac Pedraza Cerro, de 22 años de edad, soltero, natural y vecino de esta villa ha trabajado en este Ayuntamiento, en concepto de escribiente temporero por espacio de cinco años, alternativamente, habiendo observado buena conducta y desempeñado mi ~~función~~ función de este Alcaldía.

Y para que surta efectos legales, expido la presente e instancia del interesado, en Fresno de la Vega a diez y seis de Abril de mil novecientos dieciséis y uno.



**ASOCIACION FOMENTO DE CARRASCO**

Avda. General "EL TAJAMAS"

URUGUAY 4418 - Tel. 55 02 08

\*\*\*\*\*

Carrasco, Febrero de 1965

Señor Immanuel Petroga,


PRESENTE,

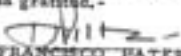
De nuestra mayor consideración:

La ASOCIACION FOMENTO DE CARRASCO, ante el clamoroso éxito obtenido recientemente con motivo de los festejos de la SEMANA DE CARRASCO, realizados en honor de los millares de Turistas que visitan nuestro País, y en el de nuestros asociados y residentes del Balseario, expresa su público agradecimiento a quienes brindaron su apoyo con todo desinterés, a fin de convertir en bella realidad, sus propósitos de colaboración con las autoridades públicas y privadas, de ofrecer espectáculos de verdadera jerarquía artística, cuya superación, es dable notar, año a año.-

Llegue pues, nuestro cordial y sincero reconocimiento al Concejo Departamental de Montevideo y sus dependencias Dirección de Relaciones Públicas, Dirección de Arquitectura y Urbanismo, Dirección de Paseos Públicos, Jornadas Vecinales de Cultura, Banda Sinfónica Municipal, Comisión Municipal de Fiestas, Ministerio de Instrucción Pública, Consejo Directivo del Sodre, Ministerio del Interior, Jefatura de Policía de Montevideo, Dirección de Seguridad, Dirección de Tránsito Público, Guardia Republicana, Seccional 26a., Ministerio de Defensa Nacional, Dirección del Servicio de Ingeniería y Arquitectura, Inspección General de la Fuerza Aérea, Pro-Secretario del Consejo Nacional de Gobierno Tte. de Navío don Jorge Suarez, Batallón de Ingenieros de Peñarol, Expositores del 2º Salón de Artes de Carrasco, Conjuntos Artísticos "El Pericón", "Petros y Palmas", "Los Grillos", Banda de la Fuerza Aérea, Sra. Margot Busto de Messera, Plantel de Perros Policiales, Conjunto Musical Estrellas del Bandonéon, Escuela La Estancia El Chingolo, Sra. Lillian Piris, Sr. Nelson Piris, Ninas Cobucci Labrada y Tejera, Prestidigitador e Husionista Immanuel Petroga, Titeres La Tarumba, Club Ciclista Cordón Carrasco por su extraordinaria competencia deportiva realizada en el Circuito Carrasco, y a la Prensa, Radios y Canales de T. V. que con ejemplar generosidad y máximo desinterés fueron factores preponderantes del éxito obtenido, de dedicándose costosos espacios, por lo que merecen nuestra inmensa gratitud.-

Frente pues, al magnífico éxito obtenido por la ASOCIACION DE FOMENTO en los aludidos festejos de la SEMANA DE CARRASCO, reiteramos a los Organismos Públicos y Privados, Instituciones, Prensa, Radios Canales de T. V. y demás personas anteriormente nombradas, nuestra más inmensa gratitud.-

  
ANTONIO FERRER OMAR,  
Secretario General.

  
DOCTOR FRANCISCO PATERNO,  
Presidente.



Primo de la Vega a 16-12-33

Sr. D. Miguel Primo de Rivera.  
Londres.

Respetable amigo:

Acabo de recibir a su atenta carta de 12 del actual la cual me causa una gran alegría al ver que había escogido con interés cuanto en la mía le pedía; y en relación con la misma le informo lo siguiente. En cuanto a los conocimientos que posee, no son otros que la práctica de mis siete años de Oficial en el Ayuntamiento de Fresno de la Vega, con los cuales me creo capacitado para desempeñar y llevar al corriente cualquier cargo dentro de una oficina cualquiera que esta sea su categoría (Indicatos, I. D. Previsión, cualquier departamento Ministerial.) y en cuanto a mis aspiraciones, no son otras que hallarme colocado y ganar un sueldo lo suficiente necesario para el sostenimiento de mi familia, que como le he dicho son, mi esposa, hijo y madre. También me pide donde desea la colocación y la verdad es que ya en cualquier sitio me es igual puesto que lo que quiero es trabajar, pero Madrid y Valladolid con preferencia. Hada sea; como quiera que están próximas las pascuas de Navidad, aprovecho la oportunidad para felicitarle las Pascuas y desearle feliz despedida y entrada de año, y haber el año con nosotros entre con suerte.

En espera de sus noticias queda muy affmo. amigo.

*[Firma]*

CONSULADO DEL NEGOCIAT  
GIJON

Gijón, 4 de Agosto de 1933.-

Sr. D. Ismael Pedraza Cerro  
León.-

Muy señor mío:

Por orden del Señor Cónsul se cumple comunicarle que con este mismo fecha se han recibido los permisos de entrada de V. su esposa, e hijo y de su señora madre.-

Dios o doce días antes de salir para el puerto de embarque se serviran pasar todos por este Consulado con los pasaportes debidamente autorizados por las autoridades correspondientes a su jurisdicción, y pasaportes ras estampillados en los mismos, con el nombre del barco que les ha de conducir a Montevideo o medio de transporte que piensan utilizar, lugar y fecha exacta de salida, significándole que solamente poseen un plazo de un año, el cual empieza a correr y contarse desde esta fecha, pasado el cual sin embarque se perderían todos los derechos con el consiguiente perjuicio para Vds. ya que de seguir intencionados el embarque tendrían que expensear todos los trámites de nuevo como si nunca hubieran hecho nada. Ahora bien, dentro del referido año, si transcurriera, o sea antes sin presentarse a visar tendrían que aportar documentación precisa, la cual les sería solicitada a su debido tiempo, para renovar sus certificaciones político-sociales.-

Sérvese suaver recibo de lo presente.-  
Con los saludos para todos queda de V. atto. e. e. q. e. e. e.-

*[Firma]*  
Secretaría del Consulado



<p><b>ELIJO DE DISEÑOS VARIOS</b>                  FOTOS - REPRODUCCIONES DE DISEÑOS                  ALUMBRADO ELÉCTRICO                  EN TODAS CLASIFICACIONES                  VENTAS DE BARRILETAS</p>	<p>Por la tarde, <b>BAILES POPULARES</b> en la Avenida Central.                  Por la noche,  <b>GRANDES BAILES</b>                  y diferentes bailes en los salones y salones de fiesta.  <b>GRAN ASALTO</b> en el Centro.                  No falta de asistir a estos Dances Populares, los que servirán por este momento a gratificar a LA COMPAÑÍA.                  Fiesta de la Plaza, Junio 1936</p>
<p><b>CASA COPETE</b>                  SERRALLES DE VINO LAS VEGAS</p>	
<p><b>CAFÉ</b>                  LICENCIADO - INGENIERO  <b>GERARDO VAZQUEZ</b>                  ESPECIALISTA EN TODO TIPO DE REPARACIONES                  ELECTRICAS DE LA CIUDAD.</p>	
<p><b>TALLER MECÁNICO Y HERRERIA</b></p>	
<p><b>ARSENIO GARCIA</b>                  CONSTRUCTOR DE MORTAJAS Y NORIAS E OBRAS DE ORO Y PLATA                  PRECISOS Y CONTEMPORANEO Y GRANES MÁQUINAS</p>	
<p>OFICINA VITALIA DEL SIDA  <b>DAMÓN ARTEAGA</b>                  VIDES AMERICANAS</p>	<p><b>FELIX PÉREZ</b>                  CONSTRUCTOR DE CASAS</p>
<p><b>LIBRODUTAIL...</b>                  Sea elegantes y vistosa con arreglo a las últimas disposiciones de la moda.                  Solo le queda hacer un comentario sus vestidos en el taller de</p>	<p><b>TALLER MECÁNICO</b>                  CARPINTERIA  <b>José Sánchez</b></p>
<p><b>TRINIDAD GARCIA</b>                  MODISTA - DISEÑADORA</p>	<p><b>NAZARO BERNOSO</b>                  CONSTRUCTOR DE CASAS</p>
<p><b>FILIBERTO BERNOSO</b>                  CONSTRUCTOR DE CASAS</p>	<p><b>LA BOUTIQUE</b>  <b>ADOLFO CARPINTERO</b>                  CARPINTERIA</p>

ESTACION GRUPEL

**FIESTAS**

**FRESNO DE LA VEGA**

Santísimo Corpus Christi

1936

SELECCIÓN DE...  
 IMPRENTA FERRAZ...  
 V. ALFARO DE SAN JUAN...  
 1936

<p><b>REPARTERIA</b>  <b>MAXIMILIANO MONTIEL</b>                  A cargo de su hijo Maximo,                  una excelente repartería</p>	<p><b>PROGRAMA</b>                  DIA 10                  A las 7 de la tarde, comenzará la Fiesta del pueblo de comensales, actividades recreativas y el desarrollo de gran cantidad de juegos y bailes.                  A las 10 de la noche, <b>Grandiosa Verbena</b> en la Plaza de la República, acompañada o acompañada por el conjunto de la banda de música de la ciudad.</p>
<p><b>FRANCO LA ROSA</b>  <b>Brúno Marcos</b>                  PAIS DE LINO Y COMEDIO</p>	
<p><b>EL ASO Y LA MOJEDA</b>  <b>LA PELUQUERIA</b>  <b>OSIBÉN COUTEROS</b></p>	
<p><b>Bernardo Carpintero</b>                  COMERCIERO Y EXPORTADOR DE VINOS  <b>SIEMPRE BUENAS Y A BUENOS PRECIOS</b>                  SIEMPRE GRANDES EXISTENCIAS</p>	
<p><b>TOMÁS RODRIGUEZ</b>                  CERRAJERÍA Y SERRALLES                  SERRALLES Y CERRAJERÍA PARA CONSTRUCCIONES DE TODO TIPO                  PARA OBRAS DE REPARACIONES  <b>SANTO MORA GARCIA</b>                  PARA OBRAS DE REPARACIONES                  PARA OBRAS DE REPARACIONES                  PARA OBRAS DE REPARACIONES  <b>LA FERIA DE FLORES VIVAS</b>                  CARRERITA DE VINO, PLAZA DE SAN JUAN                  ESPECIALIDAD EN FLORES VIVAS  <b>NARCISO RODRIGUEZ</b></p>	<p>Esta verbena será precedida por el gran espectáculo "Las Comedias" y el espectáculo "Los Juegos" que se celebrará en la Plaza de la República.  <b>FUEGOS ARTIFICIALES</b>                  organizados por la comisión de festejos de la localidad y acompañados por la banda de música de la ciudad.  <b>DIA 11</b>                  A las 10 de la noche, la Banda de Música interpretará algunas piezas.                  A las 11 de la noche,  <b>MISA SOLEMNE</b>                  en la Iglesia de San Miguel.</p>
<p><b>TOMÁS EL RICO VERNER</b>                  CAFE SUREÑO</p>	
<p><b>CAFÉ DE ANTONIO</b>                  ESPECIALIDAD EN FLORES VIVAS</p>	
<p><b>AQUILINO VAZQUEZ</b>                  SERRALLES</p>	

<p><b>PLAZA DE COMEDIO</b>  <b>DONOSO GODOZO</b>                  ESPECIALIDAD EN  <b>BAILES Y RECREOS</b></p>	<p>A las 11 de la noche, <b>CONCIERTO MUSICAL</b>                  A las 12 de la noche,  <b>ELEVACIÓN DE GLOBOS Y FIGURAS GROTESCAS</b>                  A las 4 de la tarde,  <b>UNA COMEDIA EN UN ACTO</b>                  organizada por la comisión de festejos de la localidad y acompañada por la banda de música de la ciudad.                  A las 8, <b>BAILES POPULARES</b> en la Plaza de la República.                  A las 10 de la noche,  <b>Verbena Popular</b>                  desde las 10 de la noche, se celebrará en la Plaza de la República, una gran verbena popular, organizada por la comisión de festejos de la localidad y acompañada por la banda de música de la ciudad.  <b>FUEGOS ARTIFICIALES</b>                  y una gran fiesta.</p>
<p><b>LA PELUQUERIA</b>  <b>GRAN PELUQUERIA</b>  <b>Lino Cañibano</b></p>	
<p><b>MANUEL RODRIGUEZ</b>                  CERRAJERÍA                  PAIS DE LINO Y COMEDIO</p>	
<p><b>GARCÍA DE ANDRÉS</b>  <b>FRANCO</b>-CASA DE COMEDIO                  ULTIMAMENTE</p>	
<p><b>CAFÉ - CASINO</b>  <b>Felisa Montiel</b>                  EXQUISITO COMEDIO</p>	
<p><b>REPARTERIA...</b>                  organizada por la comisión de festejos de la localidad y acompañada por la banda de música de la ciudad.  <b>FERIA DE FLORES VIVAS</b></p>	
<p><b>Víctor Marcos</b>                  LICENCIADO Y COMEDIO</p>	
<p><b>GERARDO DE SILE</b>                  NUEVO CAFÉ</p>	
<p><b>EUSEBIO RODRIGO</b>                  CONSTRUCTOR DE CASAS                  PARA OBRAS DE REPARACIONES</p>	
<p><b>LA COMEDIA</b>  <b>DOLORES NICOLÁS</b></p>	
<p><b>SIRIO RODRIGUEZ</b>                  ESPECIALIDAD EN FLORES VIVAS</p>	

Historias de emigrantes



<b>Manuel Rodríguez</b> Calle de la Moderna	<b>Vda. de Simón Muñoz</b> ULTRAMARINOS	<b>NICOLÁS CABALLERO</b> Compra-Venta de Pieles
<b>Wenceslao Mateos Arteaga</b> PROFESOR MERCANTIL CLASES PARTICULARES Y A DOMICILIO -- PRECIOS MODERADOS AGENTE DE «CANTABRIA» SOCIEDAD ANONIMA DE NEGOCIOS DOMICILIO SOCIAL: MADRID -- SEVILLA, 6 - APARTADO, 912		
<b>CASA SÁNCHEZ</b> Carpintería Mecánica Construcción de Cubas VENTOROSOS	<b>CERVICERA-BAR</b> Bodega Vinícola SERVICIO ECONOMICO Eusebio Guerrero	<b>PABADOR</b> CASA DE COMIDAS Zacarías Prieto VENTOROSOS

<b>Peluquería «LA HIGIENE» Barbería</b> Un buen corte de PELO y un perfecto APEITADO se lo hacen a V. en la PELUQUERÍA de <b>VALENTÍN CAÑIBANO</b>	<b>«LA NEUTRAL» BASTREÑA</b> Una casa que ofrece a V. tres garantías: ELEGANCIA, DISTINCIÓN y CALIDAD Servicio especial en cortes y peinados <b>AMADOR MONTIEL</b>	
<b>Manuela GUERRA</b> PROFESORA de Corte y Costura	<b>PANADERIA</b> <b>CLAUDIO MORÁN</b> Transporte Dedicado	<b>«LA PLARCA»</b> El mejor Café Exprés <b>PELISA MONTIEL</b>
<b>ZAPATERIA - CALZADO A LA MEDIDA</b> <b>DÁMIANO VÁZQUEZ</b> Rapidez y exactitud en la construcción de calzado de lujo y para el campo	<b>Vjuda e Hijos de Arsenio García</b> <b>QUAN TALLER MECÁNICO</b> Construcción y Reparación de MÓBIOS = SERVICIOS ECONÓMICOS	
<b>Panadería La Esmeralda</b> Fabricación selectiva y reservada - Agua corriente <b>Jerónima Vázquez</b>	<b>Para Decoración y</b> Alquiler de «MUEBLES» no deben de visitar a <b>Cesáreo Calleja</b>	<b>Casa de Comidas</b> <b>Gaspar ANDRÉS</b> Gran Cocina - Puro Esmeralda VENTOROSOS







